

Del autor de *El lenguaje de las mareas*

SALVADOR GUTIÉRREZ SOLÍS

LOS AMANTES



ANÓNIMOS

EN TRES CIUDADES ESPAÑOLAS, EN PAPELERAS DE LUGARES
MUY FRECUENTADOS, APARECEN UN PIE, UNA MANO Y UN CORAZÓN.
TODO APUNTA A LA PRESENCIA DE UN ASESINO EN SERIE.



Salvador Gutiérrez Solís

Los amantes anónimos

NOVELA

© SALVADOR GUTIÉRREZ SOLÍS , 2021

© Editorial Almuzara, s.l., 2021

Autor representado por Silvia Bastos, S.L. Agencia literaria

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright* .»

Editorial Almuzara • Colección Tapa negra

Director editorial: Antonio Cuesta

Edición de Javier Ortega

Ebook de R. Joaquín Jiménez R.

www.editorialalmuzara.com

pedidos@almuzaralibros.com — info@almuzaralibros.com

[@AlmuzaraLibros](#)

ISBN: 978-84-18578-10-6

Hecho en España — *Made in Spain*

Para Mario, tiempo de amor.

Aunque los amantes se pierdan, el amor, no.

Dylan Thomas

Encuentra carne sobre huesos que pronto ninguno tendrán.

LUNES, 2 DE JUNIO DE 2014. 7.48 H.

Carmen Puerto está despierta desde hace una hora, pero no quiere comenzar este lunes, esta semana, y finge dormir. Continúa, ficticiamente, el sueño de la pasada noche. Ha soñado que paseaba entre las dunas de una blanca y luminosa playa, como si fuera una de las mujeres que aparecen en el cuadro de Alex Katz que cuelga en una de las paredes del salón; que se bañaba en un mar esmeralda, agua templada, acogedora; que se tumbaba en la arena, desnuda, relajada. Corría, gritaba, era feliz. Ha soñado que un hombre, alto, moreno y guapo, muy musculoso, el pelo corto y rizado, encrespado, la esperaba tumbado sobre una toalla, también desnudo. Cuando llegaba a su lado, el hombre la abrazaba, la besaba, la acariciaba, y comenzaban a hacer el amor. El hombre, se parecía a Alberto pero no era Alberto y hacía el amor hasta quedar sin fuerza, felices ambos, desmayados de tanto placer. A continuación, reían, bebían cerveza y comían bocadillos, antes de volver a hacer el amor. Cuando despertó, Carmen estaba desnuda y muy excitada, y siguió soñando, ficticiamente, mientras se acariciaba con un pequeño vibrador violeta. Quiere seguir sintiendo a ese hombre a su lado, volverse a bañar en ese mar esmeralda, cuando la pantalla del ordenador portátil, que la acompaña en la cama, se ilumina.

—¿Estás despierta?

—No, por eso te respondo.

—Ese humor tuyo...

—El humor tiene horario nocturno.

—A veces ni eso.

—No escoges la serie adecuada.

—No te imagino riéndote con una teleserie.

—Deberías llevar tu imaginación al gimnasio...

—¿Hay gimnasios para la simpatía?

—Los cerraron con esto de la crisis.

—Y a ti no te pillaba uno cerca...

—Te dejo, me voy al gimnasio —en la pantalla de su *Iphone* puede leer *JJ1*.

Carmen Puerto minimiza la ventana del chat y atiende la llamada de teléfono.

—Dime —su voz es seria y ronca, como si pretendiera exhibir que le molesta que la llamen tan temprano, todavía en la cama.

Al mismo tiempo, Carmen abre una fotografía en la pantalla de su ordenador portátil: un hombre de unos cuarenta años, moreno, alto, con nariz prominente, ojos grandes, marrones, cejas muy pobladas, y negras, como su cabello, con facciones agradables, con una gabardina de un gris verdoso. Es Jaime Cuesta.

—Carmen, disculpa la hora, pero necesitamos tu ayuda — la conoce Jaime y sabe qué tono de voz y qué palabras debe emplear.

—¿Estás con ésa? —enfadada, interrumpe a Jaime.

—¿Cómo, quién?

—Ésa, tu compañera o lo que sea, la tal Julia...

—Sí, sí... —disimula Jaime, pero Julia, a su lado, sabe que habla de ella y recrea un gesto de incertidumbre.

—Dile que no vuelva a intentar localizarme, que no lo vuelva a intentar, que me deje en paz —

dice Carmen muy despacio, grave, amenazante.

—Yo se lo digo, no te preocupes.

—Jaime, no me has entendido, quiero que se lo digas ahora mismo...

—¿Ahora?

—Ahora.

—Díselo tú —le indica, y Julia arquea las cejas, preguntando.

—¿Qué coño pasa? —le susurra Julia a Jaime, muy cerca del oído.

—Yo no voy a hablar con esa tipa, díselo tú... —ordena Carmen.

—No creo que... —divaga Jaime, en medio de una situación, violenta y embarazosa, ante la que no sabe cómo reaccionar.

—Adiós, Jaime, adiós... —amenaza Carmen con finalizar la conversación.

—Coño.

—Adiós, adiós...

—Espera.

—Díselo.

—Julia, por favor, no vuelvas a intentar localizar a Carmen —por fin dice Jaime, que se lleva un dedo a la sien, escenificando locura, mientras que Julia frunce el ceño, visiblemente contrariada. Hace por hablar, pero Jaime se lo impide, tapándole la boca con la palma de la mano.

—Que no lo vuelva a hacer —imagina Carmen la escena al otro lado del teléfono. Puede ver a Julia muy enfadada, histérica, haciendo lo imposible por arrebatarse el móvil de Jaime.

—No lo hará —trata Jaime de conservar el equilibrio, contentando a Carmen, manteniendo en silencio a Julia.

—Si lo hace... —no concluye Carmen la frase.

—No te preocupes.

Tras un incómodo silencio de varios segundos, Carmen pregunta con desinterés:

—¿Qué habéis encontrado?

—Julia te lo acaba de enviar al WhatsApp.

—Julia...

—Sí, ya lo tienes.

Carmen abre una nueva fotografía en la pantalla del ordenador. En ella se puede ver a una mujer de unos treinta y largos, cuarenta tal vez, pelo rubio muy corto, cara delgada, más atractiva que guapa, cuello muy estilizado, ojos amplios, luminosos, de un azul cielo, sin pendientes en las orejas, de piel blanca. Es una fotografía de Julia Núñez.

—Ahora te llamo —interrumpe Carmen bruscamente la conversación.

Julia se separa de Jaime, se muerde los labios y golpea con fuerza su hombro derecho.

—¡Eres el puto perro de la pirada esta, el puto perro, puto perro, que lo sepas! —le recrimina con violencia.

—Vete a la mierda.

No se detiene Carmen a contemplar las tres imágenes que ha recibido en su teléfono móvil, directamente las reenvía a su cuenta personal de correo electrónico.

El dormitorio permanece a oscuras, apenas unos rayos de sol se cuelan por las primeras rendijas de la persiana. Sin embargo, Carmen se mueve con agilidad en la oscuridad, está acostumbrada a ella. Abandona la cama, busca a sus pies la parte superior de un chándal azul marino con tres rayas blancas en las mangas, que se coloca a toda velocidad, no cierra la cremallera, y recorre el pasillo y el salón, entre una densa penumbra que fabrica un decorado fantasmagórico; en la

cocina, introduce una taza de agua en el microondas, selecciona un minuto en el temporizador, escoge al azar un tarro de capuchino —varios tarros se apilan sin orden junto a la placa de vitrocerámica, sobre la encimera—; lía un cigarrillo con tabaco, *Cutters Choice*; añade dos pastillas de sacarina al agua caliente y cuatro cucharadas de capuchino en polvo; se dirige al desordenado y oscuro salón, durante varios segundos contempla un cuadro de Alex Katz en el que aparecen dos mujeres caminando entre las dunas de una playa —*Partida*—, en la pared que prosigue al pasillo, y el sueño de la pasada noche regresa fulgurante y eléctrico durante un segundo. Enciende el cigarrillo y lo coloca sobre un cenicero de cristal, transparente, toma asiento en un sofá de cuero marrón, frente a una pantalla de plasma de 50 pulgadas, bajo otra reproducción de Alex Katz, *Blue umbrella*, que representa a una mujer con la cabeza cubierta con un pañuelo y bajo un paraguas en un día de lluvia. Conecta la pantalla de plasma y, ayudándose de un teclado inalámbrico, accede a su correo electrónico y comienza a examinar las tres fotografías que se ha reenviado desde su teléfono móvil.

En la primera fotografía puede ver una blanca y pálida mano de mujer, seccionada limpiamente donde arranca la muñeca, con las uñas pintadas de un rojo intenso.

—Un corte limpio, una sierra eléctrica con toda probabilidad. Sin rastros de sangre, uñas en perfecto estado, pintadas una vez fallecida —repite en voz alta lo que escribe en una libreta de pastas verdes.

La segunda fotografía corresponde a un pie, seccionado a mitad de tobillo, igualmente blanco y pálido, también limpio de restos de sangre, igualmente las uñas perfectamente pintadas, pero en esta ocasión de un azul marino muy brillante. Con una pequeña cicatriz junto al meñique, *no reciente*, tal vez un corte de la infancia, deduce mentalmente Carmen.

—¿Te gusta el color? —se gira Carmen, y le pregunta al cuadro de Alex Katz que tiene a su espalda: Karen (*La sonrisa de Karen*).

En la tercera fotografía aparece un corazón humano, cortadas las arterias y venas a ras, dentro de una de esas bolsas de plástico transparente que se utilizan para conservar alimentos.

—Vaya, ha pasado por el súper —murmura Carmen Puerto, sin apartar la vista de la pantalla.

Carmen abandona momentáneamente el sofá de cuero, se coloca en cuclillas delante de la pantalla y, como si estuviera escaneando o memorizando las imágenes, examina las tres fotografías centímetro a centímetro. Se detiene especialmente en las uñas pintadas de la mano y pie, en sus llamativos colores. Bebe el resto de capuchino con un gesto de desaprobación, ya frío, y a ella le gusta muy caliente, lía un nuevo cigarrillo, y marca el teléfono de Jaime (*JJ1*).

—¿Por qué habéis sacado el pie y la mano de sus bolsas? —le recrimina a Jaime, nada más escuchar su voz.

—Ahhh —duda Jaime, se lleva la mano libre a la nuca, centra su mirada en Julia, que continúa furiosa—, para que se vieran mejor en las fotografías —concluye.

—*No alteres mortajas, hijo mío* ... Habéis manipulado unas pruebas —le advierte Carmen. No puede evitar pensar en Hilario Pino cada vez que habla con Jaime.

—Nosotros no hemos hecho nada, ya sabes... De todos modos, lo han hecho siguiendo el procedimiento, no temas, las bolsas también van a ser analizadas —trata de ser convincente Jaime.

—Cuando hagan las pruebas los *batiblanco*s descubrirán que los restos corresponden a tres personas diferentes, a tres mujeres, con toda probabilidad. Pero esto no quiere decir que sean víctimas preferenciales —explica Carmen Puerto mientras recorre con su mano la pantalla, tal si estuviera acariciando los miembros encontrados.

—Tres mujeres... —intenta decir Jaime. Julia escucha cerca de su hombro.

—Tres mujeres de más o menos la misma edad, sí, tres mujeres... —se detiene un instante Carmen, hipnotizada por el azul de las uñas del pie—. Están congelados todos los restos, y me atrevería a decir que hasta hace no tanto estuvieron en un congelador, a muy baja temperatura, veinticinco o treinta grados bajo cero. Seguramente, no se trata de un congelador doméstico, más potente.

—Sí, estaban congelados... —confirma Jaime, sorprendido.

—Tenéis que haberlos encontrado en un lugar muy público, muy popular, necesita llamar la atención, presentarse ante todos como es debido... a lo grande: es su carta de presentación. *Ya estoy aquí*, nos está diciendo —sigue hablando Carmen mientras no cesa de mirar las fotografías de la pantalla.

—Carmen, los han encontrado en tres puntos diferentes — le rectifica Jaime, y los labios y ojos de Julia fabrican un gesto de satisfacción.

—Joder, tres sitios diferentes, joder, más a lo grande de lo que imaginaba... Va a por todas el hijo de la gran puta.

—Sí, en tres.

—¿Dónde?

—Madrid, Barcelona y Sevilla.

—Joder, joder, sí que apunta alto.

—Sí, y en lugares muy populares, como tú decías —una apostilla de Jaime que contraría a Julia.

—Evidente.

—El pie en Madrid, en la Plaza del Callao, a escasos metros del edificio Capitol. En Barcelona, en Plaza Catalunya, la mano. El corazón, en Sevilla, a unos pocos metros del Ayuntamiento. En los tres casos, dentro de papeleras, perfectamente envueltos, bien protegidos, en esas bolsas... — le informa Jaime.

—Esas bolsas que han estropeado.

—Las van a analizar —repite Jaime.

—¿Ya hemos comprobado las cámaras de seguridad?

—Sí, y de momento no hemos encontrado nada.

—Nada, nada... —replica Carmen y amplía nuevamente las fotografías de los tres miembros.

Conoce la posición de las cámaras, escribe Carmen Puerto en su libreta.

—Estamos tratando de buscar con cuantas de las denuncias por desaparición que tenemos coinciden. Estamos en ello, ya sabes... —le gustaría a Jaime ser más preciso.

—Con ninguna coincidirá, ya te lo digo —sentencia Carmen y se dirige a la cocina para prepararse otro capuchino—. Todavía no hay denuncias.

—¿Tú crees?

—Necesita llamar la atención —dice Carmen a la vez que abre fotografías de los lugares indicados, a través de la aplicación de Google.

—No te puedes imaginar la que se ha montado —comienza a decir a Jaime, pero Carmen lo interrumpe.

—¿Cuándo los habéis encontrado? ¿Con cuántas horas de diferencia? —pregunta Carmen, con un lápiz en la mano.

—La mano de Barcelona, ayer por la noche. El pie de Madrid cuatro horas después, sobre las dos de la madrugada y el corazón de Sevilla hace un rato... a las siete. En ese orden los hemos encontrado.

—Vaya juerga que se ha metido el cabrón —comenta Carmen.

Anota en una libreta: *BCN, ¿sábado 31M/1J?, Mad 1J, ¿Sev 1J/2J?*

—Estamos comprobando si le podría haber dado tiempo a una sola persona... —dice Jaime.

—Le ha dado —y rodea con un círculo las abreviaturas de las fechas y de las ciudades anotadas.

—¿Tú crees? —escucha Jaime en su teléfono el crujido, al quemarse, del papel del cigarrillo que Carmen está fumando.

—Estos han sido los fuegos artificiales... —masculla Carmen.

—¿Fuegos artificiales?

—Volverá a matar —sentencia Carmen, al tiempo que despliega sobre la pantalla un programa *pirata* por el que puede acceder a las cámaras de seguridad de los tres lugares en los que se han encontrado los miembros.

—¿Cómo?

—Volverá a matar. Y no tardará en hacerlo.

LUNES, 2 DE JUNIO DE 2014. 9:00 H.

A pesar de la llamada que la sacó de la cama poco antes de las ocho, Carmen Puerto se entrega a su rutina diaria. Como cada mañana, salvo la de los domingos, a las nueve en punto conecta la cámara del videoportero de la puerta al ordenador y aguarda la llegada de Jesús mientras fuma, toma un capuchino y escucha las noticias en la radio. Aunque ella misma ha sido la que ha construido y mantiene esta excusa a lo largo de los años, en realidad no solo lo hace por esperar la llegada de Jesús. En estas esperas, frente a la pantalla del ordenador, cada mañana contempla a sus personajes habituales: los clientes del bar de la esquina, en dirección a la Avenida de Andalucía, Manuel, el propietario del taller de motocicletas, y sus característicos silbidos; la dueña de la frutería de la esquina, Rocío, ese anciano de estirado pelo negro que saca a pasear su perro, un bóxer con el cuello blanco, a Mónica, la dependienta de la pequeña tienda de ultramarinos de enfrente. Con suerte, también puede contemplar Carmen a otras nuevas personas, desconocidas, anónimas, a las que asigna actividades y personalidades de todo tipo. «Este tío bien podría ser médico, tiene cara de médico, y esa mujer es profesora, en esa carpeta lleva los exámenes, esta pareja discute por algo de la boda, esa tiene pinta de ser una leona en la cama, ese rubio la tiene más pequeña de lo que se cree». Cuando era una niña, con su hermana Ana, Carmen Puerto jugaba a algo parecido, se asomaban al balcón y trataban de adivinar quién aparecería bajo el arco de la plaza. Contabilizaban los aciertos en una libreta y la que antes llegaba a diez era la ganadora.

A las 9.02 h. aparece Jesús en la pantalla del ordenador. A pesar de que la imagen no es lo nítida que Carmen desearía, puede verle ojos de sueño y gesto de lunes. Carmen se reincorpora, apoya los antebrazos sobre el cristal que cubre la mesa. Repite Jesús la camisa negra, con doble cuello, que se compró en las últimas rebajas y unos vaqueros gastados, manchados en la parte posterior de la rodilla izquierda, descubre Carmen. Como siempre, su bolsito azulón colgando de su hombro derecho. Y como casi siempre, justo después de levantar la persiana metálica, Jesús se queda un instante, menos de un segundo, mirando hacia la cámara del portal adyacente a su establecimiento. Tal vez sea su manera de desear buenos días cada mañana.

—Buenos días —dice nada más dejar de verlo—. Karen, se ha cortado demasiado el pelo esta vez, le hace cara de tonto — se gira Carmen sobre ella misma y le comenta al cuadro que tiene a su espalda.

Como la mayoría de las ubicadas en la zona, la casa de Carmen Puerto cuenta con dos plantas, fachada estrecha, rectangular, rematada por una azotea. Calle Padre Pedro Ayala, barrio de Nervión, en Sevilla. Es una zona muy tranquila, familiar, con aspecto de pueblo en la mayoría de sus calles. Muy cerca de la antigua fábrica de cerveza Cruzcampo y de la Prisión Provincial, «la cárcel», como se la conoce en la actualidad.

Nada dejó al azar, la situación geográfica de la vivienda de Carmen Puerto surgió de un minucioso estudio previo: a menos de 15 minutos, caminando, de la estación de tren de Santa Justa; a menos de dos kilómetros, tras finalizar la Avenida de Andalucía, de la SE30, que conecta con Cádiz, Huelva, Málaga y Córdoba; y a menos de 10 minutos, en coche, del aeropuerto de San Pablo.

La planta baja de la casa de Carmen Puerto la ocupan la puerta de entrada, tras la que se encuentra la empinada escalera que conduce a su vivienda, y la peluquería para «caballeros» de Jesús, Jesús Fernández Cortés, su particular inquilino. Aunque exteriormente pueda parecer más amplio, a tenor del tamaño de la fachada, el piso de Carmen Puerto, situado en la primera planta del edificio, es relativamente pequeño: 66 metros cuadrados. Un dormitorio con dos ventanas

que dan a la calle, pero que siempre están cerradas, las persianas hasta abajo; un amplio salón cuadrado y oscuro; un cuarto de baño y una cocina rectangular, que concluye en un pequeño lavadero, en el que se eleva una escalera metálica, de caracol, que conduce a la azotea.

Todavía sentada frente a la pantalla de plasma, Carmen da por concluida la conexión con la calle de esta mañana, una vez que Jesús ha accedido a la peluquería. Recupera las fotografías de los tres miembros seccionados que le han enviado Jaime y Julia. Contempla las imágenes una a una, las examina y analiza de forma individual, y a continuación de manera colectiva, estableciendo posibles vínculos que desarrolla mentalmente. No escribe en su libreta, de momento. Visita las portadas de las ediciones digitales de algunos periódicos, necesita comprobar que, de momento, nadie ha filtrado la noticia. A través de una de sus cuentas falsas, escoge @arga2 en esta ocasión, accede a la cuenta de Twitter de Pedro Ginés, un periodista de «investigación», célebre por sus apariciones televisivas y por sus informaciones «exclusivas y confidenciales».

—De momento este cabrón no ha dicho nada —murmura Carmen, tras comprobar que su último tuit es del 31 de mayo.

A continuación, como si alguien le indicase los pasos a dar, Carmen se coloca unas gafas de sol, unas Rayban metálicas con cristales verdes, descuelga un manajo de llaves de un clavo en la pared, a la izquierda del cuadro de Alex Katz de las dos bañistas que pasean relajadamente entre las dunas y se dirige a la cocina. Se prepara un capuchino: agua muy caliente, cuatro cucharadas y dos comprimidos de sacarina. Introduce una de las llaves en la cerradura de seguridad de la reja metálica negra que separa la cocina del lavadero. Una lavadora, un pequeño tendedero y tres estanterías de pvc. Nada más comenzar a subir la escalera de caracol, escucha: «¡hola, me encanta reír y jugar!», que exclama un My Little Pony de tonos violetas, rosas y grisáceos, con voz aguda de cuento infantil, sentado en el séptimo peldaño. La voz del pequeño unicornio no sorprende a Carmen Puerto, que se detiene a medio camino de la escalera e introduce una llave en la cerradura que hay en la trampilla del techo. Ayudándose de las dos manos levanta la portezuela de acero y una avalancha de luz, de rayos de sol, se proyecta sobre su rostro. Por unos segundos, instalada en la oscuridad, Carmen Puerto se siente indefensa, vulnerable, atropellada, a pesar de la protección de las gafas. Aun así, la rutina traza el recorrido, repite los movimientos de cada mañana, tiene memorizadas todas las distancias, y accede a la azotea sin mayores complicaciones.

Flanqueada en sus cuatro costados por un tupido y alto cañizo artificial, desde la azotea de Carmen solo se contempla el cielo, interminable y azul, como una infinita cúpula monocolor. Ningún edificio, antena o similar a la vista, como si se tratara de un lugar en mitad de la nada o por encima de todo. Carmen Puerto camina hasta la parte delantera, donde se alza la fachada principal del edificio hacia la calle Padre Pedro Ayala y ayudándose de una manguera azul marino riega un amplio arriate donde crecen sus plantas de marihuana. Verdes y frondosas, rezuman salud y atención permanente. Comprueba el estado de las hojas, busca imperfecciones, examina el color y grosor de los tallos, toca la tierra para cerciorarse de que la humedad es la adecuada. Seguidamente, busca en la parte inferior de un armario de aluminio una llave, oculta en la parte interna, que no tarda en encontrar. Abre el armario, de la balda superior coge un cenicero, papel de fumar y boquillas marrones, un encendedor y una cajita de madera. Toma asiento en una hamaca de lona, en el centro de la azotea, y lía dos cigarrillos con marihuana. Durante unos segundos contempla el cielo, sin nubes, azul, monotemático, que lo cubre todo, más allá de los cañizos que la protegen de posibles miradas. A continuación, con naturalidad, es un ritual que repite la mayoría de los días que luce el sol, se despoja del chándal azul marino que

la cubre, también de la ropa interior, bragas y sujetador blancos, de algodón, y desnuda se deja caer sobre la hamaca. Comienza a fumar la marihuana con los ojos cerrados.

Sigue teniendo Carmen un cuerpo menudo y armónico, los años aún no se han cebado con ella; su piel continúa siendo pálida y tersa, con un mapa de pecas en el pecho y en las mejillas. Delgada, de ojos inquietos, de un marrón miel, nariz con intención aguileña. Desde los veinticinco, dentro de unos meses cumplirá cincuenta años, Carmen tiñe su pelo de una intensa tonalidad cobriza que subraya la delgadez de su rostro. Raramente usa pendientes, anillos o pulseras, como en tantas otras cosas es una mujer sencilla, austera. Si tuviera que elegir Carmen una parte de su cuerpo se decantaría por sus manos, puede que lo haya confesado en alguna ocasión, afiladas, de uñas cuidadas, jamás pintadas. Le gusta mirarlas cuando habla por teléfono o cuando fuma marihuana desnuda en la azotea, como en este momento. Pero ahora, Carmen no mira sus uñas, sigue reproduciendo las tres fotografías que le han enviado Jaime y Julia. Trata de establecer conexiones, puentes, con otras imágenes similares que conserva en su memoria. Una mano, un pie y un corazón congelados, envueltos en bolsas de plástico de las que se emplean para la conservación de alimentos. «En perfecto estado los tres miembros, limpios, sin un arañazo, sin rastro de sangre, seccionados meticulosamente, con la ayuda de una sierra eléctrica con toda probabilidad», deduce.

Aunque el archivo mental de horrores que conserva es muy amplio, no recuerda haberse enfrentado con unas imágenes similares a las que acaba de recibir. Tan solo puede relacionar las fotografías con noticias que ha leído en los periódicos o que ha contemplado en la pantalla, en algún informativo. Los niños congelados en Pilas, una localidad cercana a Sevilla. También bebés, igualmente congelados, en Austria. El caso de un millonario venezolano que mantuvo el cadáver congelado de su esposa durante varias semanas. El congelador de ese caníbal, mexicano y escritor, que almacenaba los «filetes» de sus víctimas, hasta ser cocinados y devorados. También en México, los cadáveres congelados de dos supuestos narcos en Sinaloa. O el caso más reciente, solo un año atrás, del hombre que asesinó y descuartizó a su propio hermano y luego lo congeló en dos cámaras frigoríficas, en Mallorca. Puede recordar Carmen otros casos con cadáveres congelados, acaecidos a lo largo del tiempo y que contaron con un tratamiento relevante en los medios. Casos que siempre consiguieron captar su atención, que la impulsaron a elaborar todo tipo de teorías sobre el papel desempeñado por la congelación, pero a los que nunca se ha enfrentado de una manera directa.

Hasta hoy, en ninguno de los casos en los que ha tomado parte, casi veintiséis años de profesión, nunca antes había aparecido un cadáver congelado. Y hoy, de repente, se enfrenta a tres. Porque Carmen tiene claro que las propietarias de los tres miembros seccionados están muertas.

Tras fumar los dos cigarrillos de marihuana, Carmen Puerto se pone en pie y, desnuda, comienza a regar el pequeño huerto que tiene en el lateral derecho de la rectangular azotea, en un arriate de un metro de ancho, tres de largo y unos setenta centímetros de altura. A los calabacines solo les quedan unos días, tersos y alicaídamente amarillentos, puede que menos de una semana, para ser recolectados; los tomates necesitarán de más tiempo, todavía verdes y pequeños, evalúa Carmen. Es inmejorable el aspecto de las seis coles, rotundas, han engordado considerablemente en las últimas semanas. Comienzan a asomar los pimientos verdes y en los plantones de las berenjenas se intuye el futuro fruto. En cuclillas, en el lateral izquierdo de la azotea, donde los rayos de sol se mantienen durante más tiempo a lo largo del día, Carmen comprueba los indicadores de humedad de sus cactus: peludos astrofitos, punzantes biznagas, quiscas, pitas despeinadas y acechantes y un esbelto y afilado saguaro. El saguaro supera ya el metro de altura,

se proyecta fantasmal y desafiante a través de sus tres brazos, verdes y peludos. Fue su primer cactus, el primero que plantó, con frecuencia lo recuerda Carmen Puerto, ya han pasado cinco años.

Donde concluyen los cactus, bajo un pequeño techado de lona verde, que los protege del sol, Carmen Puerto tiene plantados cuatro pascueros. Los rocía con una fina lluvia desde la distancia, utilizando un vaporizador, comprueba que la tierra, negra, permanezca húmeda y sin moho, elimina las hojas secas. Tras cada Navidad, espera que la cabalgata de los Reyes Magos concluya, Carmen incorpora un nuevo pascuero a su pequeña colonia. Debería contar ya con cinco, pero se trata de una planta que sufre especialmente con las elevadas temperaturas de Sevilla y que requiere de excesivos cuidados y atenciones, y Carmen no se las prestó en los inicios. Hasta la segunda Navidad que pasó en esta casa no dio con el método correcto para cuidar convenientemente los pascueros.

Le relaja contemplarlos, recorrerlos con la mirada, recordar la Navidad que llegaron. Otras navidades, de ese otro tiempo que vivió, afuera, en su otra vida.

Una vez realizadas estas tareas, que lleva a cabo con metodismo y pulcritud, Carmen Puerto se viste y camina en dirección a los pascueros. Se arrodilla frente a la parte lateral, con cuidado busca en la zona central de ambos extremos unas asas de cuerda que no tarda en encontrar, escondidas. En cuclillas, muy despacio, ayudándose de las cuerdas, levanta el testero de madera sobre el que descansan las cuatro plantas. De rodillas, Carmen se asoma al hueco oculto bajo los pascueros. En su interior reposan varias carpetas de pastas verdes, su chaleco antibalas, grilletes y placa, dos teléfonos móviles y varios discos duros protegidos por una bolsa de plástico transparente, un álbum fotográfico que ignora desde el primer instante, varios juegos de llaves, latas de comida y botellas de agua, ya caducadas, y una pistola semiautomática, *HK USP Compact*, de 9 mm., negra, y varias cajas de munición. Lo examina todo Carmen Puerto desde la distancia, sin tocar ninguno de los objetos, solo necesita comprobar que todo se encuentra tal y como lo había dejado la última vez —seis meses atrás—. Esta visita al «baúl de los pascueros», como ella misma denomina a su pequeño zulo, también puede entenderse como un ritual, forma parte de su rutina, que efectúa cada vez que comienza un nuevo caso.

Tensionada pero excitada, las imágenes de los tres miembros seccionados siguen estando presentes en su cabeza, Carmen Puerto abandona la azotea cerciorándose de que la trampilla quede herméticamente cerrada. Dos veces gira la llave hasta el tope final. «Nuestra magia es tan especial», le canta *My Little Pony*, con su voz juguetona, cuando baja la escalera de caracol; Carmen no le presta atención. En la cocina, tras asegurarse que ha cerrado convenientemente la puerta del lavadero, dos veces gira la llave, vuelve a introducir un vaso de agua en el microondas y mientras espera a que se caliente comienza a escribir en la primera hoja de una libreta de recias pastas verdes: «Dos kilos de cebolla fresca, naranjas de zumo, tres kilos por lo menos, dos de alcachofas, un kilo de zanahorias en rama y tres berenjenas grandes. También necesito cuatro paquetes de tabaco, un paquete de boquillas de las finas y cuatro librillos de papel de fumar. Tres paquetes de ensalada, mira la fecha de caducidad, por favor, cuatro kilos de patatas, un litro de aceite de oliva y vinagre de manzana. Y cómprame tres encendedores y seis cajas de cerillas».

Mientras bebe el capuchino, Carmen repasa la lista que acaba de escribir, sabe que se ha olvidado de algo. Abre frigorífico y despensa, mira en varios armarios, y añade a la lista: «También necesito dos botes de capuchino y dos kilos de limones, que no sean muy grandes, un paquete de macarrones, ajos y una cajita de sacarina». A continuación, se dirige al salón, se sitúa frente al cuadro de Alex Katz que reproduce a dos mujeres paseando por la playa, *Partida*, y que ocupa buena parte de la pared. Descorre el cuadro como si fuera una puerta, realmente lo es, en

su parte posterior esconde un pequeño montacargas, setenta centímetros de altura, sesenta de ancho, de color blanco en el exterior, perfectamente encofrado en el muro. Abre la pequeña puerta, introduce la hoja de papel donde ha anotado la lista y pulsa la tecla «0».

Sin clientes en este momento en la peluquería, todavía temprano, escucha Jesús el sonido del montacargas, que acaba de llegar. Deja sobre una mesita de cristal el periódico que está leyendo, *Diario de Sevilla*, y se dirige a una pequeña habitación que utiliza como almacén. Un espejo de considerable tamaño oculta el montacargas. Lo abre y lee la lista.

Como tantas otras veces, piensa en voz alta: «Qué coño hará con tanto capuchino y con tantos mecheros, es imposible que le dé tiempo a gastarlos».

Cuando no hay clientes en la peluquería, como ahora, cuando no hay tráfico en la calle, como ahora, cuando los clientes del bar cercano no hablan en los veladores, cuando en el taller próximo no están probando una motocicleta, cuando no ladran los perros de la tienda de animales de la esquina y a algún jovencito no le da por escuchar música a todo volumen, tal y como ahora sucede, Jesús puede escuchar los pasos de Carmen Puerto sobre su cabeza, en la planta de arriba. Es lo poco que conoce de ella después de cinco años de relación, además de su letra, clara, redondeada, que es seguidora del Real Madrid, que le gusta un tipo de música que él considera extraña o su casa, a la que ha accedido en cinco ocasiones, y siempre porque a Carmen no le ha quedado más remedio que solicitárselo (reparaciones de electrodomésticos, instalación de Gas Ciudad o de fibra óptica, etc.). Pero en esas cinco ocasiones, nunca pudo ver a su «casera», a pesar de la curiosidad.

Seis meses después del fallecimiento de su madre, noviembre de 2008, tras varios años de discapacidad a consecuencia de un derrame cerebral, Jesús descubrió el local gracias a un anuncio que dejaron en el buzón de su casa. Se adecuaba exactamente a lo que estaba buscando: a escasa distancia de su domicilio familiar, donde convivía con su madre, a la que cuidaba, tal y como antes había hecho con su padre; 55 metros cuadrados, más que suficientes para la peluquería que tenía planeada; precio a negociar. Jesús marcó el teléfono que aparecía en el folleto publicitario y atendió su llamada un abogado que lo emplazó a mantener una reunión en su despacho. Ésta se produjo dos días después, tras mostrarle el local una chica rubia, en un edificio de oficinas en el centro de Sevilla, en la Avenida de la Constitución, en la sede de *Santamaría Abogados*. Condujeron a Jesús hasta un despacho amplio y luminoso, con un inmenso ventanal desde el que se podía contemplar la Catedral, la Puerta de Jerez y el Palacio de San Telmo. Entregado a las vistas, no se percató Jesús de la llegada del abogado, que lo conminó a tomar asiento en un sillón metálico con reposabrazos y respaldo de cuero negro. El abogado, de nombre Juan Santamaría, tras los saludos de rigor, le comunicó a Jesús que representaba a la «persona propietaria». Ignorante en estos asuntos, no le sorprendió a Jesús este anuncio, pero sí, sobremanera, lo que le expuso a continuación, tras una exhaustiva entrevista personal: el principal requisito para alquilar este local reside en convertirse en los pies y en las manos de la «persona propietaria», en «su conexión con el exterior».

—No entiendo lo que me quiere decir —respondió Jesús, incrédulo.

—Es un tema muy delicado, le ruego absoluta confidencialidad... ¿Le puedo hablar con franqueza? —preguntó el abogado a Jesús con rictus serio.

—Claro que sí.

Aunque se encontraban solos en el despacho, el abogado miró hacia la puerta, comprobó que permanecía cerrada, que seguían solos.

—Usted se encargará de abastecer a mi cliente de todo lo que necesite, comida, libros, periódicos, así como de otras posibles compras. También atenderá sus trámites administrativos,

simples, no se preocupe, de los otros se encargará este despacho; recoger envíos, que vendrán a su nombre, porque el nombre de mi cliente no aparecerá en ningún documento, así como estar disponible los fines de semana, en el caso de que surja alguna urgencia, que no creo que llegue a suceder; mantener en buen estado el local, así como la fachada, atender las revisiones de las instalaciones, esas cosas... —dijo el abogado, Juan Santamaría, de corrido, como si repitiera una lección bien aprendida.

—Ser un recadero, ¿no? —preguntó Jesús, todavía instalado en la sorpresa.

—Más que eso: será, como le dije anteriormente, su relación con el mundo —sentenció el abogado.

Jesús seguía impresionado por la propuesta, no daba crédito a lo que escuchaba. Tardó unos minutos en reaccionar.

—¿Por qué no quiere su cliente tener relación con el mundo? —preguntó.

—Digamos que no puede... y dejémoslo ahí —dijo el abogado, al tiempo que dejó caer el contrato sobre la mesa.

—¿Una enfermedad? —se interesó Jesús.

—Como le he comentado con anterioridad, mi cliente se ocupará de todos los gastos de mantenimiento del edificio, le ingresará en su cuenta el importe que las compras acarreen y usted no pagará ni un solo Euro en ninguno de los conceptos que pueda generar el establecimiento de su negocio, ni contrato de arrendamiento, ni el Impuesto de Bienes Inmuebles, tampoco el consumo de electricidad... —obvió el abogado la pregunta de Jesús, en un intento por acelerar el fin de la negociación.

—Necesito saber si su cliente es un enfermo, o es un terrorista o alguien que está huyendo, yo qué sé, no me quiero meter en ningún lío... nadie ofrece tanto por cuatro recados —insistió Jesús.

—Es muy importante que esté de acuerdo con el punto siete, en el que se indica que si por algún motivo usted desea romper el trato deberá hacerlo con 15 días de antelación, además, por supuesto, de la cláusula de confidencialidad, que le obliga a no contar nada de este asunto a nadie, absolutamente a nadie — se mantuvo el abogado en su guion, obviando las preguntas de Jesús.

—Imagínese que se dedica a fabricar armas, o drogas, o lo que sea... y yo acabo acusado de ser el cómplice.

—Me gustaría que tuviera clara la cláusula de confidencialidad, esencial en este acuerdo, por...

—Necesito que responda a mis preguntas —interrumpió Jesús bruscamente al abogado.

Juan Santamaría por fin miró directamente a Jesús a los ojos.

—No padece ninguna enfermedad, no tiene la menor intención de fabricar drogas, armas o cohetes espaciales, no está buscado por la policía, no ha cometido ningún delito, simplemente no le gusta el mundo y tiene el suficiente dinero para construir su propio mundo, ¿más tranquilo ya?

Tal y como acordaron esa mañana, por ambas partes se ha respetado hasta hoy el pacto establecido. Apenas ha habido fricciones en estos años, en los que, por otra parte, nunca ha habido un contacto directo. Solo el montacargas, algunas visitas a su vivienda, ausente siempre Carmen Puerto, paquetes grandes que Jesús ha subido por la escalera y que ha dejado delante de la puerta, las anotaciones en las hojas de papel y los escasos momentos de silencio, en los que Jesús cree escuchar sus pisadas, su música preferida o, incluso, su voz, han sido los únicos vínculos de esta relación estable, respetuosa y completamente aséptica.

No tardó Jesús en saber que se trataba de una mujer, por las peticiones escritas en las hojas de papel. Compresas, tampones, ropa interior femenina semanas más tarde. Sabe que el color de su

pelo es caoba, *Excellence Crema* de *Loreal* . También sabe que es vegetariana, solo consume fruta y verdura, nada de huevos, leche, carne o pescado. También sabe que es una fumadora empedernida. Los dos primeros años *Lucky Strike* , tabaco de liar los tres últimos, primero *Pueblo* , *Cutters Choice* desde hace seis o siete meses. También sabe que fuma marihuana, que cada cierto tiempo le encarga nuevas semillas, papel de fumar y boquillas, de una tienda especializada. También sabe que le encantan el capuchino soluble, siempre de la misma marca y modelo, *vienés* , y el chocolate, negro, 72% de pureza. Sabe que apenas prueba la sal, que un paquete de kilo le puede durar más de un año, que apenas consume azúcar, los pedidos de sacarina, en cambio, son frecuentes. También sabe Jesús que cultiva un huerto en la azotea, que siente predilección por los calabacines, la col y el brócoli, aunque éste último no lo cultiva. Sabe que no escribe cartas, tampoco las recibe, solo paquetes. Sabe que debe leer unos setenta u ochenta libros al año, o, por lo menos, los leía. La mayoría novelas, pero también libros de poesía. Sabe Jesús que siente predilección por Dylan Thomas. Buscó Jesús algunos poemas en Internet y no pudo entender esa predilección de su «casera». Cree saber Jesús que se ha pasado al *ebook* , por esta repentina reducción en la compra de libros. Sabe que cada tres o cuatro meses recibe un grueso sobre de *Santamaría Abogados* , el despacho sevillano de abogados que la representa. Recuerda Jesús, con frecuencia, los ojos de Juan Santamaría cuando le dijo: «ha construido su propio mundo». También sabe que raramente hace ejercicio físico o que lo realiza por la noche, cuando él no se encuentra en la peluquería; ha dejado de escuchar el quejido de un pequeño andador que compró hace cuatro años. Aún así, debe pasarse buena parte del día en chándal, le gustan azul marino, talla 36, por lo que Jesús calcula que debe pesar unos 56 o 58 kilos. Raramente le encarga unos vaqueros o unas zapatillas de deporte, pero, sin embargo, sí cambia con frecuencia de marca de ropa interior, siempre de algodón, blanca. Sujetador de la talla 90 y bragas talla M. Por su cuenta, a través de Internet, sabe que compra alta cosmética y vestidos de firmas exclusivas, unas dos veces al año. Recuerda un envío de *Armani* y otro de *MaxMara* , aunque habitualmente los paquetes no dejan entrever su interior. También sabe Jesús que es muy aficionada al fútbol, que, aunque ve cualquier partido, es seguidora del Real Madrid, la ha escuchado alguna vez gritando un gol, en una eliminatoria de Champions, o insultando al árbitro de turno por alguna de sus decisiones. No hace tanto, por ejemplo, en la semifinal que enfrentó al Real Madrid contra el Bayern de Múnich. También sabe que no ha votado en ninguna de las elecciones celebradas en estos últimos cinco años en España, aunque no está seguro que eso signifique que no le interesa la política.

Sabe Jesús, o cree saber, por sus pisadas, cuál es su estado anímico o qué está haciendo, cuando las circunstancias exteriores posibilitan el silencio necesario. Ese leve taconeo rítmico, tan habitual, tan constante, lo identifica a cuando se encuentra frente al ordenador. Cuando el ritmo se acelera le sugiere nerviosismo, excitación. Golpecitos constantes contra el suelo cuando cocina, como contando lo que tarda en freír la cebolla o en cocer el brócoli. Sabe que habla irregularmente por teléfono. Hay temporadas de un silencio prolongado, y otras, como la de ahora, en las que no cesa de hablar. Cuando lo hace, recorre toda la casa, la puede escuchar, la imagina andando en círculos. También sabe que colecciona reproducciones, libros, todo aquello que encuentra relacionado con un pintor llamado Alex Katz. Ha conseguido Carmen, inconscientemente, que al propio Jesús le guste su obra. De hecho, es lo que más le impresionó cuando entró en su casa por primera vez: ese enorme cuadro de dos mujeres caminando cerca de la playa que cubre buena parte de la pared más cercana a la puerta. Y también le llamó la atención la oscuridad, la sensación de soledad, de aislamiento, que rezumaba la vivienda. Todos los días, cuando Jesús se dispone a abrir la peluquería, unos metros antes de llegar, mira hacia las

ventanas, con la esperanza de encontrarlas abiertas. Pero, hasta hoy, nunca ha sucedido, siempre las persianas de las dos ventanas están echadas hasta abajo. Sabe Jesús que debe tratarse de una experta en nuevas tecnologías, y que cuenta con el dinero y la información suficientes para adquirir los últimos modelos nada más llegar al mercado. Las compras de material son incesantes. No tarda en renovar su *smartphone*, ordenador o impresora, y no le importa el precio a pagar. Jesús es un experto en teléfonos móviles, puede que sea el único capricho que se concede, dentro de sus posibilidades económicas, y por eso no ha podido dejar de sentir envidia cuando algún paquete ha desfilado por sus manos, antes de viajar a la primera planta en el montacargas.

Sin embargo, a pesar de los más de cinco años de esta extraña convivencia, no sabe Jesús cómo se llama, de qué color son sus ojos, a qué se dedica durante todo el día, qué le gusta ver en la televisión cuando no está viendo un partido de fútbol. No sabe si se muerde las uñas o se las deja crecer, nunca se las pinta — eso sí lo sabe—, si fuma durante o después de beberse el capuchino, si se corta el pelo ella misma o, por el contrario, ha permitido que su pelo se arrastre por el suelo, como esa princesa cautiva de Disney. No sabe si tiene a un esposo, una hija o una madre buscándola, angustiados por no tener noticias de ella desde ya hace tanto tiempo. No sabe cómo puede mantenerse, cómo compró la casa, de dónde saca el dinero. Con frecuencia, le imagina loterías primitivas y demás sorteos ganados en el pasado. No sabe con quién habla por teléfono, si echa de menos el sexo, las caricias, besar, sentir un cuerpo desnudo junto al suyo. No sabe, sobre todo, qué le empujó a renunciar al mundo de esta manera.

Durante estos años, Jesús se ha formulado toda clase de teorías. Obviamente, en primer lugar pensó en la agorafobia, y mientras más leyó al respecto, mientras más películas vio, mientras más información obtuvo, más se convenció de que su anónima vecina era un claro ejemplo. Aunque también podría tratarse de un caso de ftofobia, dedujo un día, que padeciera una intolerancia extrema a la luz del día. Las escasas visitas a su sombría vivienda, esas persianas permanentemente cerradas también le ofrecían los suficientes argumentos como para mantener la teoría. ¿Y por qué no algofobia, que es el miedo al dolor, o androfobia, a los hombres, o, al contrario, ginefobia, miedo a las mujeres, o anteopofobia, miedo a la gente, así en general, sin tener en cuenta su sexo? ¿Y por qué no catagelofobia, que es el miedo al ridículo, o cinofobia, miedo a los perros, o demofobia, que es el miedo a las multitudes, o patofobia, que es el miedo a la enfermedad, el nivel más alto de la hipocondría? ¿Y por qué no fengofobia, miedo a la luz del día, o puestos a imaginar, el universo de las fobias es inmenso, filofobia, que es el miedo a sentir el amor, o gamofobia, que es miedo al matrimonio? Decenas de las fobias que Jesús descubriría las podía adjudicar a su invisible y anónima «vecina». Mientras más leía, mientras más información acumulaba, las teorías válidas para justificar su encierro se multiplicaban. En estas búsquedas, por el contrario, supo Jesús de otras fobias que era completamente imposible que padeciera, como la nictofobia, que es el miedo a la oscuridad, o la claustrofobia, miedo a los lugares cerrados o fasmofobia, que es el miedo a los fantasmas. También le adjudicó Jesús, durante los primeros meses, otro tipo de enfermedades, y así la creyó portadora del VIH o con un cáncer terminal u otros males, como malformaciones físicas o discapacidades de distinto signo que con el paso de los años ha ido desdeñando, por pura evidencia, por los sonidos, por una simple cuestión de supervivencia. También le ha asignado Jesús, en este tiempo, pasados turbulentos, fugas criminales, célebres identidades literarias, otra vida anterior entregada al terrorismo, a la revolución o al espionaje, o víctima de un calculado y metódico secuestro.

Durante años, los tres primeros esencialmente, Jesús trató de justificar su encierro, entenderlo de algún modo, encontrar un motivo, una causa, lo suficientemente convincente y coherente que

podiera asumir desde su propia normalidad. Ese tiempo ya pasó. Asumida la incompreensión, Jesús se ha esforzado en acostumbrarse a ella, a sus hábitos; se ha esforzado en conocerla, a través de los escasos espacios y momentos de contacto que comparten. Y, sobre todo, desde el primer momento se ha esforzado en ser el mejor «cuidador» de su vecina. Y ese esfuerzo le ha propiciado el contar, en la actualidad, con lo que entiende como un perfil bastante aproximado de su anónima casera. Indiscutiblemente, existen lagunas, profundas, que tal vez nunca llegue a descubrir y que la distancia y la invisibilidad contribuyen a mantener. Sin embargo, en los últimos meses, una sospecha ha ido creciendo en el interior de Jesús: la mujer que vive en la planta superior de su peluquería recibe cada cierto tiempo la visita de un hombre. Un hombre alto y moreno, tal y como le llegó a especificar la esposa de un cliente y que le volvió a relatar, meses más tarde, una de las dependientas de la tienda de ultramarinos de enfrente. La noticia, la sospecha, provocó en el interior de Jesús un desconcertante y desconocido malestar que jamás antes había sentido, y que prefiere no valorar, tampoco profundizar.

Para el vecindario, en el piso superior de la peluquería no vive nadie, el propio Jesús se encargó de extender la teoría de que el propietario del edificio lo había construido para que sus hijos tuvieran una vivienda cuando comenzaran a estudiar una carrera universitaria. Una teoría que cada cierto tiempo se ve en la obligación de renovar, justificando que el hijo mayor del propietario se ha tenido que ir al Norte a estudiar una carrera que no se cursa en Sevilla, o que todavía no ha cumplido los años, o con lo primero que se le pasa por la cabeza, porque de momento, y ya han pasado cinco años, tal y como se desprende por su aspecto, esas persianas y esa puerta permanentemente cerradas, la ausencia de un morador, nadie vive en la planta superior de la peluquería.

En estos años, ha contado Jesús con el tiempo suficiente para formular mil y una conjeturas, elaborar y aceptar sospechas, identidades, pasados, y también para intentar llegar a conocerla, realmente. De hecho, Jesús presiente que ya es mucho lo que sabe de ella, más de lo que nunca hubiera llegado a imaginar en un principio. Pero aún, igualmente, es mucho lo que desconoce.

No sabe, a pesar de todas las teorías que se ha formulado a lo largo de los años, por qué él. ¿Por qué lo eligió a él? ¿Por qué?

Porque está convencido, no le cabe la menor duda, de que fue seleccionado, que no fue producto del azar, que le lanzaron el cebo y que no tardó en morderlo. El local perfecto, en el momento adecuado, de mayor soledad, una oferta irrechazable para alguien que se atreve con su primera empresa. No se arrepiente Jesús, lo considera un trato ventajoso, gracias al cual puede llevar una vida más holgada, más fácil, especialmente ahora, raro es el día que no le comunican que un compañero ha tenido que cerrar su negocio.

Para Jesús, atender las peticiones de su vecina es continuar con el guion de lo que ha sido buena parte de su vida. Primero atendió a su padre, después a su madre, hasta que falleció. No realiza Jesús el cuidado ajeno con desagrado, no es algo que le abrume, que reconozca como una imposición o una traba a la hora de desarrollar su propia vida, no. De hecho, es lo que, en cierto modo, da sentido a su vida.

Sin embargo hay días, como el de hoy, que todo eso que cree saber no es suficiente, como tampoco es suficiente sentirse el cuidador, el protector, el guardián de la vecina del piso superior. En esos días, como el de hoy, daría lo que fuera por subir a la planta de arriba y conocer a la mujer que vive encerrada en ella desde hace cinco años.

LUNES, 2 DE JUNIO DE 2014. 10 H.

Carmen Puerto apaga el cigarrillo antes de atender la llamada de teléfono. Lee *JJI* en la pantalla.

—Ya conocemos las identidades de las tres víctimas.

—¡No me puedo creer que la «luz forense» le haya funcionado a los de Científica por una vez! —exclama Carmen.

—No, no han sido los de Científica... —comienza a decir Jaime.

—¡¿Cómo?! —grita Carmen, le gustaría contar con más dedos y manos para colocar una libreta de pastas verdes y un lápiz sobre la mesa, poner en funcionamiento la pantalla de plasma y el ordenador, liar un cigarrillo y calentar agua en el microondas al mismo tiempo. Se ve en la obligación de priorizar: cigarrillo.

—Carmen, tres periódicos han recibido un correo electrónico donde se informa de la identidad de las víctimas... ahora mismo lo tienen en la portada de sus ediciones digitales. Lucía Sánchez en Madrid, Rocío Altamirano de Sevilla y Verónica Caspe en Barcelona —dice Jaime y los ojos de Julia, a su lado, fabrican un brillo de satisfacción, feliz por el desconocimiento de Carmen.

—Espera, espera, espera —por un instante, Carmen se arrepiente de haber cumplido con la rutina de cada mañana.

—*El País*, *La Vanguardia* y *ABC*, a éste último se lo han enviado a su redacción en Sevilla. Como te puedes imaginar, no se habla de otra cosa...

—Imagino.

—Y como también te podrás imaginar a *Jefe* no le está haciendo ni puta gracia. Ahora que estábamos vendiendo que habían bajado los delitos, que éramos muy seguros, que España va bien... Menos mal que Rajoy acaba de convocar una comparecencia de prensa con carácter urgente —comienza a relatar Jaime.

—¿Rajoy? ¿Qué coño tiene que ver con esto? —extrañada, pregunta Carmen.

—Espero que nada.

—No hay huellas en los correos, ni lo pregunto... ¿Verdad? —dice Carmen, aliviada porque al fin ha podido introducir una taza blanca con agua en el microondas.

—Mucho peor que eso, me temo: los ha enviado desde los propios servidores de los periódicos.

—Joder... nos ha tocado un tipo listo —añade dos pastillas de sacarina y cuatro cucharadas de capuchino en el agua caliente.

—Menos mal que *Jefe* es del Pleistoceno y aún no controla Twitter, no le gustaría saber que somos *TT* ... y que Pedro Ginés está montándola parda, ya tiene para comer un tiempo —dice Jaime y a Julia le empieza fastidiar la complicidad que le intuye con Carmen.

—Se habrían podido currar un *hashtag* más ingenioso, menos evidente... *#RestosMujeres* —. Busca Carmen en una de sus cuentas de Twitter los tuits más destacados hasta el momento—. ¿En qué orden aparecieron los restos? ¿Es el mismo orden en el que han recibido los correos los periódicos? —mientras amplía sobre la pantalla un tuit de Pedro Ginés, de hace apenas tres minutos, en el que se puede leer: *#RestosMujeres un #JackElDestripador a la española?*

—Barcelona, Madrid, Sevilla —le informa Jaime, que ha salido a la terraza para encender un cigarrillo. Julia lo ha seguido, no quiere perderse la conversación que mantiene con Carmen.

—¿A quién envió los correos? —pregunta Carmen.

—A los directores, directamente —descubre entre la nube de tabaco que acaba de expulsar a Julia, que lo contempla con los ojos muy abiertos.

—Te dejo —dice Carmen y da por concluida la conversación.

A Jesús, abajo, en la peluquería, le sorprende que haya comenzado Carmen este lunes hablando

tanto tiempo por teléfono. Teniendo en cuenta lo ocurrido en anteriores ocasiones, imagina que será la rutina de los próximos días, una par de semanas como mucho, hasta que solo vuelva a escuchar la radio, esa «música extraña» que le gusta, algunas pisadas o el ahogado grito celebrando un gol importante. Pronostica que la lista de peticiones, que le llegará por el montacargas del almacén, se incrementará. Nuevos equipos informáticos, muchos libros, más tabaco, más marihuana, más capuchino, más verdura congelada y más ensaladas preparadas. Ha sucedido así en el pasado, y Jesús presiente que volverá a suceder de manera inminente.

- En la terraza, Jaime apura su cigarrillo, contemplando los rascacielos que se alzan justo enfrente, en ese Madrid impersonal de las oficinas y las grandes empresas. Julia permanece a su lado, se esfuerza en fabricar teorías convincentes, un camino a seguir. Y para ello trata de colarse bajo la piel de Carmen Puerto, le gustaría saber qué dirección va a tomar, cómo va a orientar la investigación. Daría lo que fuera por estar al lado de ella y también lo daría todo por despertar esa admiración que contempla en los ojos de Jaime cada vez que habla con ella por teléfono.

—Vamos a buscar el nexo en común que existe entre las tres víctimas —dice Julia, muy cerca de Jaime.

—En principio, todo apunta a que no lo hay... Una dependienta de Madrid, una abogada de Barcelona y una profesora de Arte de Sevilla. Las edades sí son similares, entre 37 y 39 años, pero eso es un dato insignificante, me temo.

—Tiene que haberlo. Donde menos lo imaginemos... Seguro que lo hay.

—Lo encontrará Carmen... —y mira a Julia, en la que descubre ese enfado mal controlado de otras veces.

—Puede que lo encontremos nosotros antes, esta vez —reacciona Julia y abandona la terraza sin esperar la respuesta de Jaime.

Nada más tomar asiento, frente a su mesa, Jaime recibe un mensaje de WhatsApp en su teléfono móvil, enviado por Carmen.

«Mándame email con todo lo que tengáis de las chicas. Tenemos ya juez?»

«García-Adán, o eso pretende Jefe», responde Jaime.

«Podría ser peor», escribe Carmen.

«Ya te digo», escribe Jaime y, por un instante, duda en insertar un *emoticono* en el mensaje. No lo hace.

«Mándame email», insiste Carmen.

Jaime, antes de enviar el correo electrónico, vuelve a contemplar las fotografías de las tres chicas que han enviado a los periódicos, como si estuviera convencido de que en sus miradas, en su pelo o en sus labios se encontrase un mensaje, una señal, que puedan aportar algún dato relevante.

—Julia, ¿puedes venir?

En su despacho, a un par de metros de distancia, con los dedos en el teclado y la vista en la pantalla, Julia deja de escribir.

—Dime.

—Mira... yo no digo que se parezcan, no es eso, pero, al menos, se dan un aire, ¿no te parece? —con un lápiz señala Jaime los rostros de las tres mujeres en la pantalla.

—Yo no les encuentro ningún parecido. Ese tinte castaño es muy frecuente, lo venden en el Mercadona. No es ninguna, precisamente, un bellezón, tampoco digo que sean feas,

normales, pero parecido no les encuentro —responde Julia con las manos apoyadas en el respaldo de la silla giratoria.

—Yo no digo que se parezcan, se dan un aire, no sé si entiendes lo que quiero decir... Y no me refiero solo al color del pelo; los ojos redondos, grandes, las formas de la nariz... Todas parecen de mediana estatura, tirando a bajas —insiste Jaime.

—¿Buscas un *asesino en serie* de manual?

—Busco, busco, busco.

- Carmen Puerto abre una libreta de pastas verdes. En la primera página, con un lápiz, escribe: «Congeladas». A continuación, accede a la edición digital del diario *El País*. La noticia sigue ocupando un lugar destacado de la portada, a cinco columnas, la comparecencia de Mariano Rajoy aún no ha tenido lugar, aunque se anuncia a gran tamaño, dada la inmediatez.

«El presunto autor de las amputaciones revela las identidades de las víctimas a la prensa». Y bajo el titular, se puede leer que «este diario ha recibido información detallada sobre la víctima madrileña», y prosigue informando que «se trataría de una mujer soltera, de 38 años, y que en las redacciones de la Vanguardia, en Barcelona, y de ABC, en Sevilla, se han recibido correos similares». También señala el diario que, igualmente, han recibido los tres medios de información una fotografía de las mujeres asesinadas, y que junto a sus identidades han sido puestas a disposición del Cuerpo Nacional de Policía. «El corazón encontrado junto al Ayuntamiento hispalense corresponde a una mujer sevillana, según un correo del propio autor enviado a este periódico», puede leer Carmen en la edición digital de *ABC*. En términos similares se refiere *La Vanguardia*, con el pie encontrado en Plaza Catalunya. Como en los anteriores medios, indica el periódico que se trata de una mujer barcelonesa, y como *ABC* no menciona su estado civil. Sin embargo, en el diario catalán no es la noticia más destacada de su portada, que anticipa ya, ocho minutos antes de la intervención del Presidente Rajoy, la abdicación del Rey Juan Carlos.

Una ventana de chat se abre en la pantalla del ordenador.

—¿Jugamos un rato?

—No —teclea sin pensarlo.

—No le hagas eso a mi marido, está muy caliente...

No responde Carmen y cierra la ventana del chat. Cuando se encuentra ocupada, como es el caso, lamenta las horas que ha dedicado a los chat a lo largo de los años.

Enciende un nuevo cigarrillo y abre el correo electrónico que le ha enviado Jaime. Tres archivos independientes, denominados *MAD*, *SEV*, *BCN*. Comienza a leer y examinar detenidamente la información recibida. Escribe en su libreta:

La mano seccionada, y encontrada en plaza del Callao, a escasos metros del edificio Capitol, «pertenece a Lucía Sánchez Roda, madrileña de 38 años, soltera, sin hijos». Desde hace seis meses trabaja como cajera en un hipermercado de la cadena *Carrefour*. Con anterioridad, Lucía fue secretaria en una inmobiliaria, durante seis años. Entre el empleo en la inmobiliaria y el actual, en *Carrefour*, estuvo 18 meses en el paro. Los padres de Lucía «denunciaron su desaparición el domingo 1 de junio por la mañana», extrañados de no poder contactar con ella desde el viernes. «Estamos a la espera del primer análisis de toxicología».

Además de la identidad de las víctimas, el presunto homicida ha enviado a los periódicos

una fotografía de las fallecidas. Fotografías muy parecidas en los tres casos, en las que solo se pueden ver sus rostros. Tomadas con una cámara digital, posiblemente, tal y como se indica en los primeros «informes de los *batiblanco*s», aunque mejor no tenerlos muy en cuenta». La cabeza de Lucía Sánchez Roda yace sobre una sábana blanca cubierta por un plástico transparente, «los signos de congelación son evidentes», tal y como se puede comprobar en las zonas de los ojos, orejas y, sobre todo, en la de los labios. «Esa tonalidad solo te la puede provocar un considerable descenso de la temperatura».

Carmen enciende un cigarrillo sin poder dejar de mirar el rojo de las uñas de la mano seccionada. Tiene la extraña sensación de que es un rojo encendido, eléctrico, «anormal en una mujer como Lucía», como si no fuera el que utilizara habitualmente. Comienza Carmen Puerto a buscar en catálogos de cosmética un esmalte de uñas similar, hasta que ella misma detiene la búsqueda.

—Karen, esto lo dejamos para después —le comenta a la fotografía sin girar el cuerpo.

Tras escribir varias palabras sueltas en la libreta: «uñas, restos, redes, móvil, ip, catálogos, cuenta corriente, toxicología», Carmen abre el segundo archivo, denominado *BCN*. Comienza a leer.

Verónica Caspe Santiago, 37 años, es el nombre de la segunda víctima. Su pie derecho apareció en Plaza Catalunya el domingo 1 de junio, a las 21.32 h., aunque «todo hace indicar, por su estado de descongelación, que fue dejado allí unas horas antes», entre las cinco y las seis de la tarde. Su desaparición no la ha denunciado nadie, hasta el momento. Sin hijos, divorciada, de «Javier Loiza Tello, que ahora vive en Valencia, con el que acabamos de contactar. Se ha mostrado muy impresionado, hasta el punto de que ha sufrido un desfallecimiento. Aún no hemos podido hablar detenidamente con él. Tampoco hemos podido contactar con sus padres, desde hace tres años se encuentran en Brasil, él es arquitecto y trabaja allí para una de las constructoras del Mundial, en Fortaleza». Sus compañeros de trabajo comentan que Verónica, todos la nombran como *Vero*, era una mujer absolutamente normal, entregada a su trabajo, sociable. «Según nos han contado, era la primera en llegar al despacho y la última en irse. No se le conocía ningún tipo de relación estable desde que se divorció. El viernes se despidió como cualquier otro viernes». Dos compañeras, Eva, la secretaria, y Laura, una de las abogadas, «sí han comentado que les había extrañado que no participara en el foro del grupo de WhatsApp» que compartía con sus compañeros de trabajo, «por lo visto era muy activa» Dos o tres días a la semana iba a un gimnasio cercano, «Sportify. Spinning sobre todo».

Verónica estaba muy familiarizada con las redes sociales, Twitter y Facebook especialmente, también contaba con un blog, www.esascosasmiasquenuncatedije.blogspot.com, al que tenía bastante desatendido, la última actualización es del 7 de septiembre de 2013: un post referente a sus últimas vacaciones, en México, zona de Cancún. Según parece fue con una amiga, que «en el post cita como la «loquita». Estamos tratando de identificarla».

Carmen Puerto, contemplando el pie seccionado de Verónica, tiene la misma sensación que con Lucía. El azul de las uñas le chirría, lo entiende como un azul muy forzado, como si no estuviera en consonancia con el resto de lo que observa, de la personalidad que le presupone. Accede a su blog, una página simple, de escasa elaboración, con un nivel muy bajo de visitas.

—*Esascosasmiasquenuncatedije* y lo bien que nos vendría ahora saberlas... —comenta

Carmen en voz alta.

Antes de abrir al tercer y último archivo, *SEV*, Carmen lía un cigarrillo. No le gusta la programación de Radio 3 esta mañana y busca en Spotify el último disco de Vetusta Morla.

—*Hay esperanza en la deriva*, ¿te gusta esta canción? —tararea y le pregunta a la Karen sonriente de Alex Katz.

El corazón corresponde, según detalla el correo electrónico recibido en la redacción del diario *ABC* de Sevilla, a Rocío Altamirano Sendra y, como en los casos anteriores, es una mujer natural de la ciudad donde ha sido encontrado el miembro seccionado: Sevilla. Tenía 39 años y era «profesora de Arte en un instituto de la ciudad, en el barrio de Triana», desde 2010. Con anterioridad estuvo destinada en centros de la provincia de Almería y Cádiz, «desde que aprobó las oposiciones en el año 2000». Sin hijos, viuda, su marido falleció en un accidente de tráfico, a cinco kilómetros de Jerez de la Frontera, en 2007, «ocho meses después de que contrajeran matrimonio». Se llamaba Francisco Luque García. «Una pequeña editorial sevillana publicó hace seis años una novela de Rocío, titulada: *La puerta del corazón*». Carmen Puerto escribe con letras mayúsculas el título de la novela que acaba de leer.

—*La puerta del corazón* —repite en voz alta—. Pues alguien ha abierto esa puerta... —musita.

La fotografía que ha recibido el diario *ABC*, en su redacción de Sevilla, es idéntica a las de las víctimas de Barcelona y Madrid, en dimensiones, tonalidades y composición. El rostro hierático y congelado de Rocío, sobre una sábana blanca cubierta por un plástico transparente. «Sin evidencias de violencia física, con los ojos cerrados, pelo aplastado».

—Las tres están como peinadas por alguien que nunca ha peinado a una mujer, ¿sabes lo que quiero decir, verdad? —le explica Carmen a la sonriente Karen de Alex Katz.

Todo parece indicar que «el corazón encontrado en último lugar», en Sevilla, supuestamente perteneciente a Rocío Altamirano, es el que «menos tiempo ha pasado fuera del congelador». Es el que presentaba el mayor grado de congelación.

—Ha jugado con el tiempo de las descongelaciones... —dice Carmen con la mirada fija en la pantalla. En la esquina inferior contempla que son las 10.34 h.

—Vamos a ver lo que dice Mariano —y cambia la pantalla de plasma a modo televisión. Selecciona *La Sexta*.

«Me ha comunicado su decisión de renunciar al trono e iniciar el proceso sucesorio».

—¡Esto qué coño es, en vez de anunciarlo el que debe lo hace Mariano! —exclama ofuscada Carmen Puerto, al tiempo que rompe en dos trozos el lápiz con el que estaba escribiendo en la libreta—. Mucho ha tardado en largarse después de los escándalos del yerno y la visita a los elefantes.

Concentrada en el nuevo caso, Carmen Puerto ignora las conversaciones de chat que se muestran en la pantalla. Abre una de sus cuentas falsas de Facebook (CarlaMendezG) y visita los perfiles de las tres supuestas víctimas. En un primer y rápido examen no encuentra nada significativo, elementos, grupos, amigos, aficiones, aplicaciones o páginas comunes. Verónica Caspe sigue páginas de viajes, decoración y música, Lucía Sánchez apenas aportó información a su biografía y Rocío Altamirano es miembro de varias docenas de «grupos» sobre Literatura.

«No las congela por un ritual o como homenaje, solo para manipularlas mejor», escribe en su libreta. «No cuenta con un espacio lo suficientemente amplio, por eso solo nos envía un

trozo de su crimen, es una posibilidad a tener muy en cuenta», continúa con las anotaciones. «Ninguna de ellas tenía hijos, tampoco estaban casadas ahora, ¿un cabrón asesino bondadoso?», se pregunta.

Carmen Puerto abre las fotografías de Jaime y Julia en la pantalla del ordenador, y marca el número de teléfono del primero:

—Vamos a comenzar por Verónica, la mujer de Barcelona. Como siempre, su casa, su trabajo y después os entrevistáis con el marido, porque imagino que ya os han asignado el caso, ya que Ramírez y Sotero están ocupados haciendo el ridículo más espantoso con la niña gallega... ¿o los *batiblanca*s quieren resolverlo desde el microscopio? —cuestiona Carmen con desdén.

—Lo han intentando, como siempre, ya sabes... pero *Jefe* ha impuesto la cordura, por una vez. Definitivamente, García-Adán instruye el caso —muy serio, Jaime mira fijamente a Julia, especialmente ojerosa y alicaída esta mañana de lunes.

—¿Han podido localizar a sus padres? Quiero que también os acerquéis por el gimnasio, hablad con sus monitores. Después a Sevilla. Primero a la casa de Rocío, llamad ya para que nadie entre antes. ¿OK?

—Entrarán antes, ya lo sabes de sobra. De momento, los padres no atienden la llamada... Voy a decirle a Nicolás...

—Vosotros, Jaime, vosotros —muy contundente, le ordena Carmen Puerto.

—Somos un equipo —insiste Jaime.

—Jaime, llamad ya, es importante. Daos una vuelta por el instituto y por la editorial que le publicó el libro. En Madrid, lo vamos a dejar para el final, su casa y compañeras de trabajo. También sus padres... —Carmen da por concluida la conversación sin el convencimiento de haber mostrado esa energía y contundencia que la caracterizaba.

—Bueno, vamos a ver si tenemos suerte y podemos pillar dos billetes para el primer vuelo a Barcelona, que lo mismo nos dicen que vayamos en un *K* —le comenta Jaime a Julia mientras anota las indicaciones de Carmen en su *Ipad*.

—¿Primero Barcelona? —pregunta Julia con recelo.

—Sí —no duda Jaime en responder.

—¿Nunca le cuestionas nada? —le recrimina Julia.

—No —inmutable, responde Jaime.

—¿Por qué, coño, por qué?

—¿Por qué habría de hacerlo?

—¿Málaga, Marcia, ya no te acuerdas? —le cuestiona Julia.

—Qué buena memoria tienes para algunas cosas... Hizo lo correcto, ¿de acuerdo?, hizo lo correcto —y da Jaime por concluido el debate.

Por eso encontraron su cuerpo en un contenedor, le habría gustado decir a Julia.

Carmen Puerto imprime las fotografías que ha recibido, de los miembros seccionados y de los rostros de las tres mujeres, y las coloca bajo el cristal de la mesa del salón. Las mira detenidamente mientras fuma. «*Castañas, sin hijos, sin maridos, cerca de los cuarenta*», repite mentalmente. Entra en el cuarto de baño, se cepilla los dientes mientras se contempla en el espejo. Hoy no piensa que le gustaría dibujar en sus labios una sonrisa idéntica a *Karen*, en el cuadro de Alex Katz. La mayoría de los días sí, y hasta hay días que piensa que guarda un cierto parecido con la *Karen* de Alex Katz. Le gusta intuir ese parecido. A continuación, se lava la cara con un jabón verde de glicerina, para posteriormente aplicarse

Advanced Génifique, «Activador de Juventud» se puede leer en el exterior del frasco. Se masajea con fuerza el contorno de los ojos, extendiéndose *Eye Concentrate* de *La Mer*. Siempre que realiza estas operaciones, siempre, todas las mañanas, todas las noches antes de meterse en la cama, recuerda las mismas palabras: «no tienes ni una sola arruga para la edad que tienes, ni una sola arruga, yo no sé cómo lo haces». Le gustaría escuchar esas palabras a Carmen Puerto con frecuencia, todas las mañanas, todas las noches, y quiere seguir escuchándolas en el futuro.

Carmen busca en las redes sociales la presencia de las tres mujeres supuestamente asesinadas, copia sus direcciones, todos los rastros y referencias, escasas, que encuentra en Internet. Visita el blog de Verónica, aparentemente es un aséptico diario sobre sus viajes, música, películas o libros favoritos. Más adelante lo leerá con mayor atención.

De un cajón, bajo la pantalla de plasma, extrae una agenda electrónica ya en desuso, Palm Tungsten, y un viejo Nokia, un desfasado y orondo modelo que dejó de fabricarse hace siete años, un 6230, que no utiliza desde hace tiempo. Tiene que conectarlos a sus respectivos cargadores, sin batería ambos dispositivos. Una vez puestos en funcionamiento, siguiendo las indicaciones que *nodigassuerte* le explicó en su día, los alinea uno al lado del otro, a un par de centímetros de distancia, los interconecta a través de la función de infrarrojos, y marca un número con prefijo extranjero en el teléfono móvil. Recibe el correo electrónico que ella misma se ha enviado (karenkatz@gmail.com), con los primeros rastros que ha encontrado de las tres víctimas en Internet, y lo convierte en un archivo de texto en la agenda electrónica. Desde la propia Palm, a través de la conexión con el Nokia 6230, lo reenvía a nodigassuerte@yahoo.es y lía un cigarrillo, de marihuana en esta ocasión. Espera.

—Hacía tiempo que no escuchaba esta canción —dice en voz alta Carmen Puerto, que ha seleccionado en Spotify una canción de Joy Division.

Tres o cuatro minutos después recibe en el Nokia un email de nodigassuerte@yahoo.es que se reenvía a la agenda electrónica.

«No es complicado, como tú sabes, pero te advierto que he subido la tarifa. Tres mil euros, mil por cada una. Cada día es más complicado escapar de los filtros y abrir las cerraduras. Tú me dices».

Escribe Carmen: «Es un atraco, pero hazlo».

No ha transcurrido ni un minuto, todavía humea el cigarrillo de marihuana, cuando recibe Carmen un nuevo correo electrónico:

«Ya sabes que me fío de ti, que nunca me has fallado. Pero hay nuevas reglas: quiero la mitad ahora, antes de empezar».

—Será *hijoputa* —maldice Carmen, y apaga el cigarrillo.

Desde la propia agenda electrónica, más lentamente de lo que está acostumbrada, accede a una cuenta de *PayPal* bajo el nombre de Carla Entrenas García y realiza la operación. Copia el resguardo y lo envía, pegado en el cuerpo de texto, a nodigassuerte@yahoo.es.

Carmen no sabe quién se esconde tras la dirección de correo de *Yahoo* con la que se ha puesto en contacto. Es más, no sabe si es una o un grupo de personas, especializadas en la piratería informática. Comenzó a utilizar sus «servicios» en 2006, tras conocer sus «habilidades» en el desmantelamiento de una red de pederastas, que compartían imágenes y películas en un espacio virtual protegido. La madre de una de las niñas afectadas recibió en

su correo personal todas las direcciones IP, así como los nombres reales y direcciones de los integrantes de la red. Carmen «pactó» con la madre no «compartir» la información recibida, utilizarla para «conseguirla» conforme a las normas establecidas y detener a los pederastas.

Gracias al rastreo del historial de los ordenadores de los detenidos, supo Carmen que *nodigassuerte* empleó un *Spyware*, incrustado en un correo electrónico con el aspecto de un sorteo publicitario, para acceder y controlar todas sus cuentas, claves, etc. Impresionada por la destreza del *hacker*, no dudó Carmen a la hora de reclamar sus «servicios», posteriormente. En estos ocho años de relación, ha presenciado asombrada cómo ha evolucionado y perfeccionado su técnica, cómo ha conseguido cada día ser más *invisible*, lo que le permite colarse en ordenadores o en *smartphones* gracias a aplicaciones diseñadas a propósito, compartiendo una señal de *bluetooth*, tras la simple lectura de un código QR o escondiéndose tras el enlace de un inofensivo tuit.

Unos minutos después, Carmen recibe un nuevo correo con la confirmación: «Me pongo». —Del carajo.

Tras pensarlo durante unos segundos, Carmen Puerto comienza a escribir en la libreta: «Necesito que me recojas una novela titulada *La puerta del corazón* en la librería, está encargada a tu nombre. Un manojo de acelgas, una calabaza, de un kilo, y dos kilos de manzanas, de las amarillas, tres recambios de tóners, un paquete de folios Galgo, de 500. Tres libretas de pastas verdes, tamaño cuartilla».

Arranca la hoja de la libreta y la introduce en el interior del montacargas y pulsa el botón «0».

Duda Carmen si ha obrado correctamente. Hasta hoy, nunca le había solicitado a Jesús que le buscara algo directamente relacionado con el que caso que la ocupa. Esos pedidos siempre los ha realizado a través del despacho de abogados, perfectamente ocultos tras cajas, envoltorios y precintos. Ha cambiado su modo de actuar, en esta ocasión, porque sus pedidos de libros siempre han sido frecuentes, más en el pasado, y porque el nombre de la autora aún no ha sido divulgado por los medios de comunicación. Aun así, nada más pulsar el botón de «0», Carmen ha tenido la sensación de que se ha equivocado, de que se ha dejado llevar por la impaciencia. Esa impaciencia, ese querer «tenerlo todo» al instante, que le ha jugado tan malas pasadas a lo largo de su vida. Esa impaciencia que creía tener doméstica y que, de cuando en cuando, escapa de su jaula.

Extrañado, escucha Jesús el sonido del montacargas, a pesar de los tertulianos que debaten en la radio sobre las consecuencias de la abdicación de Juan Carlos I y a pesar de la charleta del cliente al que le está cortando el pelo en este momento. La mayoría de los clientes habituales de Jesús son vecinos del barrio, a los que conoce desde hace cinco años. Sin esfuerzo, puede anticipar las conversaciones, sus primeras palabras, nada más verlos asomar por la puerta de cristal. Conoce sus inclinaciones políticas, sus preferencias futbolísticas, *Betis*, *Sevilla*, conoce a sus hijos, que en muchos casos, y con el paso del tiempo, se han convertido también en clientes. Y con todos ellos, cree saber Jesús no solo cómo quieren el flequillo y las patillas, también cómo comportarse, de qué hablar o, por el contrario, si es preferible guardar silencio o solo asentir sus comentarios.

Aunque nadie conoce la existencia del montacargas, no le gusta a Jesús que la lista que recibe permanezca durante mucho tiempo en su interior. Movidio por un extraño sentimiento de fidelidad, tal vez de caridad, de solidaridad, «no estás sola, estoy aquí, cuenta conmigo», inventa cualquier excusa para colarse en el almacén y recoger la hoja. Si hay clientes,

simplemente la recoge y la guarda en el bolsillo trasero de sus pantalones. Como en esta ocasión, que ha sido especialmente rápido, extrañado de recibir una segunda lista en tan breve espacio de tiempo.

Esta celeridad, que habitualmente ha apreciado y estimado Carmen Puerto, en esta ocasión le ha procurado una confusa sensación. La duda, su duda, ha crecido. Después de darle muchas vueltas a la cabeza, de meditar el paso a dar, decidió pulsar la tecla «1» del montacargas y recuperar la lista, con el título de la novela escrita por la víctima de Sevilla, Rocío Altamirano. Demasiado tarde, cuando abre la pequeña puerta oculta tras el cuadro de Alex Katz, la lista ya ha sido recogida por Jesús.

—Mierda, mierda —maldice Carmen.

Enciende un cigarrillo y mira las fotografías que ha colocado bajo el cristal de la mesa. Mentalmente trata de evaluar las consecuencias de su decisión, y para ello escudriña en lo que conoce de la personalidad de Jesús. Recuerda que le pareció un chico agradable cuando lo vio entrar en el despacho de su abogado, Juan Santamaría. Ella estuvo allí, tras la rendija de una puerta mal cerrada; Jesús sigue sin saberlo. Mediana estatura, tirando a bajo, mucho más delgado que en la actualidad. «*Ha cogido unos cuantos kilos desde que dejó la bicicleta*». Pelo muy corto, a cepillo, muy moreno, patillas generosas, que ha aminorado con el paso del tiempo, tal vez porque las canas se empeñan en colorearlas de blanco. Gafas que Carmen cataloga *de niño*, ovaladas, metálicas, con tendencia a resbalar hasta la punta de la nariz. Voz aguda.

No sabe Jesús que antes de recibir la publicidad en el buzón, publicidad que solo él recibió, lo estuvieron observando durante varias semanas. Paseos en bicicleta por el centro de Sevilla, Alameda de Hércules o Kansas City, más que puntual con el horario de la peluquería en la que trabajaba, en la avenida de San Francisco Javier, y de allí a casa, a cuidar de su madre. Asiduo en la farmacia de la esquina, en el mercado y en el Centro de Salud de la Avenida Greco. Sin novia, la mayoría de sus salidas estaban relacionadas con el cuidado de su madre. Un hombre joven, 28 años por entonces, sin las aficiones y hábitos de un hombre joven.

No sabe Jesús, tampoco, que durante los tres primeros años Carmen Puerto pudo escuchar todas las conversaciones que mantuvo en la peluquería. Todas. La propia Carmen instaló un diminuto micrófono en uno de los enchufes del establecimiento. Gracias a eso, sabe que a Jesús, a pesar de lo que creen la mayoría de sus clientes, no le gusta el fútbol, que si se encuentra solo jamás ve un partido. A Jesús le gustan el ciclismo, esencialmente, el baloncesto y el tenis, cuando se trata de partidos importantes. Más que el tenis, le gusta ver cómo juega Rafa Nadal. También sabe Carmen que le gustaban los culebrones, pero que cambiaba inmediatamente de canal, como si se tratara de un grave pecado, en cuanto un cliente entraba en la peluquería. Le llegó a contar a su amigo Gabriel, con el que mantenía una estrecha relación, que en el año 2001 seguía cinco al mismo tiempo. Gracias a ese micrófono, sabe Carmen que, a diferencia de lo que se suele ser la tónica habitual entre sus clientes, en una ciudad como Sevilla, no siente una especial predilección por la Semana Santa, aunque sea capaz de seguir la conversación de quien ocupe el sillón, gracias a su memoria: repite lo que otros clientes han comentado con anterioridad. Tampoco la Feria de Abril es una fiesta que le apasione, pero todos los años la visita, al menos un día. También supo Carmen, a través de las escuchas del micrófono instalado en el enchufe, que no está casado, que no mantuvo una relación íntima con otra persona en los tres primeros años de

esta extraña y anónima convivencia, que, con toda probabilidad, sigue viviendo solo. Gracias al micrófono, Carmen pudo escuchar las conversaciones con su tía Dolores, hasta su muerte lo solía llamar a media mañana, le contaba lo que iba a preparar para comer y todos los días Jesús, por su parte, si no estaba ocupado con un cliente, le leía los nombres de los fallecidos que aparecían en las esquelas del periódico; también escuchó Carmen las conversaciones, esporádicas, con un primo, Manuel, que desde hace años vive en Barcelona. Aunque con la persona que más hablaba Jesús era con su amigo Gabriel. A pesar de que se llamaban con frecuencia, se trataba de conversaciones muy breves, de frases muy cortas, con muchos «illos» y muchos «eso es». Raramente lo visitaba Gabriel en la peluquería, y cuando lo hacía, a pesar de las esperas frente a la pantalla, nunca pudo Carmen Puerto contemplarlo con sus propios ojos. Creyó escuchar en Jesús voz de desánimo, de incertidumbre, cuando su amigo encontró trabajo en Madrid como responsable de sistemas de una empresa informática, hace algo más de tres años, pocos meses antes del fallecimiento de su tía Dolores. Las conversaciones se intensificaban a primera hora de la tarde, sobre todo, hasta que aparecían los primeros clientes. En esas conversaciones, el de Jesús era un tono triste, lastimero. En algún momento, Carmen llegó a pensar que Jesús y Gabriel mantenían una relación más allá de la amistad, pero no tardó en descartarla. A Jesús le fascinaba escuchar los relatos de Gabriel relativos a sus nuevas conquistas, no podía ocultar el entusiasmo que le embargaba, la admiración. Reía Jesús las palabras de su amigo y le formulaba preguntas más propias de la adolescencia que de su edad real. El micrófono dejó de funcionar por esa época, cuando las conversaciones con Gabriel eran más prolongadas. También sabe Carmen que a Jesús no le gusta la música, apenas la escucha, y que le apasionan los teléfonos móviles, que es un tema frecuente en las conversaciones con algunos de sus clientes, con Pascual y Carrasco especialmente. Comentan modelos, características, nuevos lanzamientos. Sin embargo, a pesar de toda la información que obtuvo por medio del micrófono oculto mientras estuvo en funcionamiento, no se planteó Carmen repararlo o sustituirlo. Es más, en cierto modo agradeció el silencio, la liberó, recuperó su propio tiempo. Puede que ya supiera todo lo que necesitaba saber de Jesús.

Desde entonces, desde que no cuenta con el micrófono, solo mantiene contacto directo con Jesús, más allá del montacargas, a través de la pequeña cámara del vídeoportero, junto a la puerta de la calle. Todas las mañanas, de lunes a sábado, entre las nueve y las nueve y cuarto, Carmen espera la llegada de Jesús. Ahora canoso en las sienes, siempre con un bolsito azul colgando de su brazo, de donde extrae las llaves y en donde guarda el teléfono móvil. Sigue siendo ese joven de mirada asustadiza que vio entrar en el despacho de *Santamaría Abogados*, cinco años antes.

—Es perfecto —le dijo Carmen a su abogado, oculta en la habitación contigua, nada más concluir la entrevista.

LUNES, 2 DE JUNIO DE 2014. 12.45 H.

Aeropuerto de Barajas, Madrid. Jaime y Julia están a punto de embarcar en el avión que, si cumple con el horario establecido, a las 14.05 aterrizará en Barcelona. Jaime termina de pagar el cartón de tabaco, Chesterfield, que ha comprado en el dutyfree, Julia lo espera en la puerta escribiendo en su Ipad. «Ver otros asesinos que han utilizado la congelación, asesinos caníbales», anota.

—Que nos viniéramos en un *K*, me soltaron, así por las buenas, sin pensarlo. Tuve que llamar a *Jefe* —le dice Jaime a Julia nada más llegar a su lado.

—Ten una cosa clara: porque vienes tú, si fuera yo sola me dicen que venga en carreta, o haciendo dedo, lo que yo te diga.

—Eh, eh, para, para Julia que te conozco, que luego saldrás con la neura de que no eres inspectora porque eres tía y todas esas cosas que te has montado en la cabeza —reacciona Jaime.

—Yo no me he montado nada en la cabeza, y lo sabes...

—Lo único que sé es que ahora estamos los tíos del *cuerpo* arrinconados por las tías, que tenemos que pelearnos por los puestos que nos dejáis, con el rollo ese de la igualdad que os habéis montado entre todas... —va suavizando Jaime el tono de sus palabras, las pretende envolver finalmente en una tonalidad casi humorística, tras descubrir la mirada ofuscada de su compañera.

—Y una mierda, *hijoputa*, una mierda, cada día más puteadas y cada día con menos posibilidades, esa es la puta realidad y no otra, ¿te enteras? —enfadada, furiosa, Julia agarra a Jaime del hombro justo cuando van a acceder al interior del avión.

Se dispone a responder Jaime cuando suena su teléfono móvil:

—Posiblemente hayamos encontrado el cuerpo de la víctima de Sevilla —le dice Ana, una compañera de la Unidad.

—¿Qué quieres decir con posiblemente? —se detiene Jaime en seco.

- Dos horas antes —10.52 h.—, Manolo Serrano, el encargado de mantenimiento de la comunidad de propietarios del edificio *Ulises*, situado en la calle Doctor Jiménez Aranda, número 9, de Sevilla, como cada primer lunes de mes, se dispone a realizar las labores de limpieza y mantenimiento del aljibe. Se detiene junto a la puerta, deja caer a sus pies la pesada caja de herramientas y busca en un bolsillo del mono azul marino la llave entre docenas que se acumulan en un manojo. Le sorprende que la puerta no ceda con su habitual facilidad, como si estuviera atascada o hubiera un tope justo detrás. La golpea y escucha el ruido de algo pesado, pero blando, que cae al suelo. Nada más abrir unos centímetros la puerta un fuerte olor, ácido e irrespirable, que le hace retroceder, se le cuele en la garganta y nariz. Extrañado por la anómala situación, decide dirigirse al almacén donde guarda las herramientas y busca la máscara que utiliza para la reposición del cloro de la depuradora de la piscina comunitaria. En el trayecto elabora una hipótesis lógica sobre la procedencia del olor. Lo achaca a las baterías de sustitución, las que se utilizan para el motor del aljibe y las luces de emergencia, en el caso de una interrupción en el suministro eléctrico. Da por hecho que una o varias se han deteriorado y que el ácido ha escapado de sus depósitos.

Con la máscara puesta, abre de nuevo la puerta. A tientas busca el interruptor que conecta el halógeno del techo, que ha dejado de funcionar, la habitación a oscuras. Trastea en su caja de herramientas tras una linterna. Cuando la conecta, descubre que todo el suelo del

habitáculo está cubierto por decenas de placas de cartón mojado, así como la parte posterior de la puerta, lo que le había impedido maniobrar con facilidad en un principio. El motor mantiene su rugido mecánico y ahogado, a su lado, las baterías no muestran signos externos de mal estado, continúan con su habitual abrigo de polvo. Cuando termina de examinarlas, Manolo se dirige al motor y nada más enfocarlo con la linterna descubre justo detrás dos cubas azules, de aproximadamente un metro de altura y unos cincuenta centímetros de diámetro. Se acerca hasta ellas, las tapaderas no están bien ajustadas, mal cubren las bocas de los recipientes. Al levantar una de ellas, Manolo descubre un líquido de una tonalidad rojiza no uniforme, anaranjado o casi marrón según la zona, con aspecto gelatinoso. Al agacharse, para examinar el interior con más detenimiento, percibe que las cubas desprenden calor, lo que certifica cuando toca el exterior de una de ellas. No le quema la mano, pero sí lo habría hecho unas pocas horas antes, deduce. Manolo decide dejar todo tal y como lo ha encontrado y salir de la habitación del aljibe. Sube a toda velocidad por la escalera más cercana al patio, donde se encuentra la piscina en la parte central, necesita respirar aire puro y encontrar cobertura para su teléfono móvil.

—Alguien ha dejado dos garrafas, muy grandes, rellenas de ácido en el aljibe —fatigado, más por lo que acaba de respirar que por el esfuerzo, le dice Manolo Serrano a Saturnino Juárez, el presidente de la comunidad de propietarios.

—No toques nada, que llamo a la policía inmediatamente — le indica Saturnino.

—También hay un montón de cartones mojados... —prosigue Manolo.

—No toques nada —reitera Saturnino.

• —Rápido, coño, las azafatas me están mirando con malos ojos, tengo que cortar —eleva Jaime su voz sobre la de Ana, la compañera de comisaría que le ha llamado y Julia le pide que mantenga la calma con un gesto.

—Es un cadáver, pero no podemos confirmar que sea el de Rocío, por el momento — concluye Ana.

—Joder, es su domicilio, blanco y en botella. Hablad con el juez y que registren ahora mismo los edificios donde vivían las otras víctimas —le ordena Jaime a Ana, muy alterado. Ya sentado en su asiento correspondiente, amaga con ponerse de nuevo en pie, pero Julia lo detiene.

—¿Qué haces? —le recrimina.

—Espera —comienza a redactar Jaime un mensaje de WhatsApp: «Han encontrado el cuerpo de Rocío, en el edificio donde vivía, metido en ácido. Ya estamos registrando los otros edificios.»

—¿Cuándo? —no tarda en responder Carmen Puerto.

—Me acabo de enterar.

—¿En cuántos recipientes?

—Dos.

—¿Quién lo ha encontrado?

—Hablamos luego.

—Espera.

Una llamada de Carmen entra en el móvil de Jaime:

—No puedo, estoy en el avión —susurra el inspector ante la mirada de la azafata.

Julia aplasta con fuerza su espalda y cabeza contra el asiento, se repasa el contorno de los

dientes con la lengua. De no encontrarse en el interior de un avión que está a punto de despegar, no dudaría en exigirle a su compañero una explicación y en recriminarle su modo de actuar.

—Menos mal que tengo buena vista...

—¿Por qué lo dices? —con desgana, se vuelve Jaime.

—Porque si no leo en tu móvil lo que le escribes a la pirada esa no me enteraría de nada. Coño, Jaime, que se lo digas antes a ella que a mí me parece un poco fuerte, ¿no te parece? —le cuestiona Julia con crudeza.

—A ti tengo todo el vuelo para contártelo con detalle —sin mirarla a los ojos.

—Ya te vale...

—Yo no sé qué coño te pasa hoy.

—Cuenta.

—El de mantenimiento del edificio donde vivía Rocío ha encontrado un cuerpo en dos cubas, con ácido. Obviamente, no podemos determinar aún que se trate de ella, pero...

—Putas series americanas, son una escuela de tarados, la hostia —maldice Julia, con la imagen de Walter White, el nombre en la ficción del protagonista de *Breaking Bad*, en la cabeza.

—Lo de hacer desaparecer cuerpos con ácido es muy antiguo, Julia, coño, tampoco me seas —le resta importancia Jaime.

—También, pero manda cojones que tardemos tantas horas en encontrar el cadáver de una víctima en su propio edificio, nos cubrimos de gloria siempre, hostia, de puta gloria...

- Carmen Puerto comprueba que el teléfono móvil de Jaime ha perdido la conexión y que al de Julia le sucede lo mismo. Sobre la pantalla del ordenador abre fotografías de recipientes homologados para almacenar ácidos, sulfúrico y clorhídrico. Dibuja en su libreta de pastas verdes los romboidales anagramas que los distinguen. Comprueba que estos recipientes se pueden adquirir en multitud de establecimientos y que no es necesario ningún requisito para poder hacerlo, al alcance de cualquiera. Lo mismo sucede con los ácidos, que salvo se pretendan adquirir en grandes cantidades no es necesario mostrar identificación alguna. Hay diferentes marcas, que se pueden encontrar sin problema en varios supermercados y grandes superficies, y que se utilizan para el mantenimiento de baterías o como desatascadores de tuberías, por ejemplo. Da por hecho Carmen, mientras lía un cigarrillo, a tenor de que cómo se ha comportado el asesino hasta el momento, que tanto las cubas como los ácidos fueron comprados en varios establecimientos, individualmente y en pocas cantidades, y que siempre pagó al contado, para no dejar huellas a través de las tarjetas de crédito. Además, presiente que no los ha comprado recientemente, que forma parte de un plan que lleva ideando desde ya hace bastante tiempo. Por tanto, decide no centrarse en esta línea de investigación, convencida de que existe algún dato en las vidas de las víctimas, en sus aficiones, en sus relaciones, que le mostrará un camino a seguir.

—«Asesino, ácido» —repite en voz alta al tiempo que escribe las dos palabras en la ventanita de *Google*.

Lee Carmen en *Wikipedia* la historia del británico John George Haigh, más conocido como *El asesino del ácido*. Un criminal *en serie* que a finales de la primera mitad del siglo XX, entre 1940 y 1948, asesinó entre seis y nueve personas, barajan, a las que hizo desaparecer disolviendo sus cuerpos con ácido sulfúrico. El propio Haigh confesó en el juicio que antes

de sumergir los cuerpos en el ácido, bebió la sangre de sus víctimas, por lo que empezó a ser conocido como *El vampiro de Londres* .

«El asesino no es un vampiro, solo pretendía hacer desaparecer los cuerpos para no dejar huellas, para que no pudiéramos identificarlos o para que no pudiéramos saber lo que les había hecho. No es un caníbal, no, me extrañaría que faltara algún miembro más. Congela para poder manipular con mayor facilidad y los introduce en ácido para borrar pistas. Hablar con Barri». Escribe Carmen Puerto en la libreta de pastas verdes.

—Ni vampiro ni caníbal —se gira y le dice a Karen.

Comprueba Carmen que la agenda electrónica y el desfasado Nokia prosigan en funcionamiento y con la suficiente carga de batería. De momento, no ha recibido ningún mensaje. Se lo piensa unos segundos, tres tonos, antes de atender la llamada que está recibiendo en su teléfono móvil. En la pantalla puede leer: *Jefe* .

—Muy mal tiene que estar la cosa para que tú me llames tan pronto —dice Carmen nada más atender la llamada.

—Jodida, está muy jodida la cosa —dice una voz grave y hueca, como si hablara desde la distancia.

—Y menos mal que ha salido lo del Rey, eso nos tapa y nos da tiempo...

—Eso a mí me importa una mierda, como tú comprenderás —contundente, responde *Jefe* .

—¿Ya han aparecido los otros cuerpos? —pregunta Carmen y agarra el lápiz, uno nuevo, preparada para escribir.

—Sí... La chica de Madrid, Lucía, en el trastero de un vecino, en la azotea, y la chica catalana también en un trastero del garaje, de su propio garaje, exactamente igual en los tres casos, el mismo *modus operandi* .

—¿Cubas azules y ácido?

—Cubas azules y ácido.

—¿Alguna coincidencia más?

—Forradas las paredes y suelos con cartones mojados.

—Para disimular el olor, simple pero inteligente —apostilla Carmen.

—Eso parece.

—Es fiel a su estilo.

—Eso parece.

—¿Cámaras de vigilancia?

—En el garaje de Verónica Caspe, pero solo en la rampa. Sabe lo que hace. Tampoco hemos encontrado un solo testigo.

—Y ha tenido tiempo para prepararlo todo, mucho tiempo me parece —asevera Carmen, que no cesa de escribir en la libreta.

—¿Cómo lo ves? —le pregunta *Jefe* , con tono preocupado.

—Pues... —se piensa Carmen las palabras durante un instante— veo un tío de mediana edad, alguien con la vida resuelta desde hace un tiempo, con un trabajo estable, seguramente solo, tal vez por eso busca mujeres solas... —duda— puede que las haya conocido con anterioridad. Con toda probabilidad vive en una de las ciudades en las que han aparecido las víctimas, Madrid o Sevilla, no sé por qué pero no lo veo en Barcelona. Está claro que se le dan bien las manualidades, sabe manejar una sierra eléctrica y sabe dónde encontrar los materiales, aunque hoy en día eso tampoco ya es tan importante, *Google* te lo chiva todo y seguro que en Youtube hay doscientos tutoriales para aprender a manejar una

sierra eléctrica — escribe «utilizar sierra mecánica» en la ventanita de Youtube—. Qué barbaridad, hasta hay un tutorial para fabricarte una sierra eléctrica «casera», me da miedo escribir «hacer desaparecer un cuerpo»... —pero lo hace—. Menos mal, la mayoría son tutoriales para adelgazar... —y ríe.

—Carmen, ¿por qué no ha escondido los cadáveres con más cuidado? El ácido habría acabado por disolverlos completamente, sin dejar rastro.

—No quería hacerlos desaparecer, solo borrar las huellas, las evidencias. Quería que los encontráramos. Quería que supiéramos de su existencia, presentarse.

—Ninguna de las mujeres tenía hijos... —comienza a decir *Jefe* .

—No, no, no te metas en eso —lo interrumpe Carmen—, no buscamos a un psicópata obsesionado con su madre que trata de fabricarse una nueva, no, no. Ni de lejos es el perfil, aquí no hay compulsión, y mucho menos improvisación, no, y seguro que Barri está de acuerdo conmigo —hace lo posible Carmen por mostrarse segura, rotunda.

La voz de *Jefe* la interrumpe:

—¿Qué hacemos?

—Buscar —tajante.

—¿Dónde?

—En todo, en todo, no nos queda otra.

—¿Por qué esto no es final, verdad? —pregunta *Jefe* con incertidumbre.

—No, no, seguirá —afirma Carmen.

—¿Estás segura?

—Completamente —y Carmen Puerto deja caer la cabeza sobre el respaldo del sofá.

—¿Tienes pensado algo?

—Buscar el agujero, *Jefe* , buscar el agujero, siempre dejan uno y por ahí nos colaremos —responde Carmen, fija en el rojo intenso que contempla en las uñas de la mano seccionada, en la pantalla.

- Nada más aterrizar en el aeropuerto de Barcelona, a las 14.07 h., solo dos minutos de retraso con respecto al horario previsto, Jaime y Julia reciben la noticia de que han encontrado los cadáveres de las otras dos víctimas, por lo que deciden dirigirse en primer lugar al edificio en el que residía Verónica Caspe. Julia en su *Ipad* y Carmen en la pantalla del ordenador, descubren al mismo tiempo que el hallazgo del cuerpo de Rocío Altamirano se ha filtrado a un diario local, *Diario de Sevilla* , así como su nombre real, con toda seguridad por la información ofrecida por algún vecino a un periodista amigo o similar, y que ocupa buena parte de la portada, compitiendo con la abdicación del Rey. «La mano encontrada frente al Ayuntamiento pertenecía a la sevillana Rocío Altamirano». Y como subtítular: «Su cuerpo acaba de ser encontrado en su propio garaje, en la calle Jiménez Aranda».

—¡Putada gorda, putada gorda! —exclama Carmen Puerto.

En el mismo momento que Carmen vuelve a arrepentirse de haber escrito en la segunda lista que introdujo en el montacargas la novela de Rocío Altamirano, *La puerta del corazón* , Jesús, abajo, cierra la persiana metálica de la peluquería. Carmen conecta la cámara del vídeoportero. Puede ver a Jesús, escribiendo en su teléfono móvil y a continuación, como de costumbre, es un gesto que repite buena parte de los días, buscando algo en un bolsillo trasero del pantalón. Es la última hoja de papel con la lista que Carmen le ha enviado por

segunda vez. Cree descubrir Carmen, a pesar de la imagen difusa que le ofrece la pantalla, un gesto de incredulidad, de sorpresa, en el rostro de Jesús nada más comenzar a leer. Una secuencia de apenas un par de segundos que ha conseguido alterar profundamente a Carmen Puerto, plenamente convencida ya de su error.

Jesús, mientras camina, vuelve a escribir en su teléfono móvil. No espera respuesta. En pocos minutos llega a su vivienda. Un segundo piso en un edificio de cuatro plantas en la calle Sinaí, a un par de manzanas de la peluquería. Nada más acceder al comedor, que alberga los mismos muebles que sus padres compraron nada más contraer matrimonio (aparador, mesa, contrachapados en una caoba artificial, de ángulos exagerados, y sofás orejones, tapizados de terciopelo granate ya alopécico), con la lista de Carmen en la mano, se acerca a la librería que hay junto a la pantalla de televisión, el único elemento incorporado recientemente a la vivienda. Unos doscientos libros, muy ordenados, por autores, por editoriales o por colecciones, buscando la armonía de la composición en el tamaño, se apilan en dos baldas curvadas por el peso y el tiempo. No le cuesta a Jesús, como si conociera perfectamente la exacta colocación de todos los títulos, encontrar el libro que busca: *La puerta del corazón*, de Rocío Altamirano. Lo coge y lee la dedicatoria:

«Para mi amigo Jesús, que no tendrá nunca ojos de tigre, ni falta que le hace. Espero que nos sigamos encontrando, viendo y divirtiendo a lo largo de los años. Un beso fuerte. Rocío».

Jesús sitúa el teléfono móvil sobre la portada, primero, y sobre la dedicatoria, a continuación, y fotografía ambas. Envía las imágenes en sendos mensajes de WhatsApp. Tras comprobar que han llegado a su destinatario, su amigo Gabriel, se queda mirando unos segundos las dos grandes fotografías de sus padres que presiden el salón, flanqueando una suya del día de su Primera Comunión —aplastados los remolinos con laca y agua—, sobre la cómoda de perfil curvilíneo y frondosa decoración de madera tallada en puertas y cajones. Reyes y Manuel, sus padres, aparecen en las fotografías con gesto muy serio y rígido, como si desconfiaran del artefacto que en ese momento los apuntaba. Los sigue echando de menos. No ha pasado un solo día en el que no se haya acordado de ellos.

—Jesús, lávate bien las manos, que me lo llenas todo de pelos —le gustaría seguir escuchando a Jesús.

- Carmen, en tanto, cuece brócoli, que posteriormente aliñará con ajo y un poco de vinagre, nada de sal. A continuación, camina hasta el dormitorio que, como el resto de la vivienda, permanece a oscuras. Una oscuridad reconcentrada, densa, pesada. Todavía la cama sin hacer, arrugadas las sábanas se amontonan en un lateral. Enciende todas las lámparas del salón, necesita luz, mira fijamente a Karen, como si pretendiera hipnotizarla y vuelve a comprobar si ha recibido algún mensaje en la agenda electrónica Palm, conectándose a través de infrarrojos con el obsoleto Nokia 6230. No hay mensajes. Busca en Spotify una canción de Wilco, *Jesus etc*. Comienza a tararear los primeros acordes, en tanto que repasa en el archivo de la televisión las series que tiene pendientes de ver.

Accede con uno de sus perfiles falsos de Twitter, @larubiaceniza, y comienza a leer el *timeline*. Obviamente, el *TT* (Trending Topic) es para el *hashtag* #ReyAbdica, y los comentarios al respecto se suceden vertiginosamente. Ya en séptima posición, y en tan solo unos pocos minutos desde su irrupción, se encuentra #AmanteÁcido.

—¡Qué poco ha tardado el hijodelagranputa! —exclama, visiblemente enfadada, tras leer

el último tuit de Pedro Ginés (@pgines): *Descubiertos cadáveres de las 3 mujeres sumergidos en ácido. Nos encontramos ante un #AmanteÁcido?*

Pedro Ginés saltó a la fama a principios del año 2000, gracias a sus colaboraciones en diferentes medios de comunicación, especialmente en televisión, en los que se presentó autoproclamándose *periodista de investigación criminal* . Carente de escrúpulos, con una prodigiosa capacidad para fabricar titulares llamativos y arriesgados a la mayor velocidad, obsesionado con los índices de audiencia de los programas en los que participa, Pedro Ginés ha narrado, a su modo, los crímenes de mayor repercusión en la última década en España. Sus opiniones respecto a los casos de Mariluz, la niña de Huelva, Marta de Castillo, los hermanos Ruth y José Bretón, en Córdoba, y la gallega Asunta Basterra, actualmente, en diferentes espacios televisivos, en horario de mayor audiencia, han propiciado que cuente con una multitudinaria legión de admiradores, así como de detractores. Habilidadoso con las redes sociales, más de doscientos mil seguidores en su cuenta de Twitter, sus tuits se retuitean rápidamente y son comentados en los medios de comunicación. Pedro Ginés, en sus intervenciones, repite con frecuencia la expresión «mis fuentes personales», llegando a insinuar en alguna ocasión que buena parte de sus «confidentes» son miembros del Cuerpo Nacional de Policía, así como destacados jueces y fiscales.

Repasa Carmen los últimos comentarios de Pedro Ginés cuando descubre que acaba de publicar uno nuevo: *Por qué no se deshace de los cuerpos?-->>Por no romper con las reglas de su juego #AmanteÁcido* .

Suena su teléfono móvil, *JJ1* en la pantalla.

—¿Probamos el micro? —le pregunta Jaime nada más responder.

—¿Qué habéis encontrado?

—Tenemos quince minutos, es lo que le hemos podido sacar a la Judicial y a los Mossos, y haciéndonos un favor —ironiza Jaime.

—¿Qué habéis encontrado? —reitera Carmen.

—Según lo que me cuentan, lo mismo que en Sevilla: dos cubas, mal tapadas, por la temperatura deben haber pasado ya 48 horas, un montón de cartones empapados en agua, el truco para el olor, las luces desconectadas, será muy difícil que los *batiblanca*s saquen algo de aquí, pura papilla —Julia escenifica un gesto de asco con los labios—. Y nada de huellas por el momento, ni testigos, ni ruidos sospechosos ni nada de nada, nada... Ya te habrán dicho que hay cámara de seguridad, pero solo para la rampa —le informa Jaime, que se despoja de su americana azul de lino, la dobla con cuidado y se la cuelga del brazo izquierdo.

—No estaba forzada la cerradura del trastero —trata de imponer su voz Julia, sintiéndose, una vez más, al margen de la conversación.

Carmen fabrica un gesto de rechazo, la ignora como si no la hubiera escuchado. Abre la fotografía de Julia en la pantalla, que le traslada directamente al que fuera Presidente del Gobierno de España, José Luis Rodríguez Zapatero.

Cada día se parece más a la mujer de ZP , piensa Carmen.

—¿Tienes ya la orden?

—Sí, sí, parece que se han puesto las pilas. Ya estamos, vamos a probar el micro... —con un gesto le indica Jaime a Julia que sea ella quien proceda a la verificación.

—Cuando quieras —conecta Carmen el altavoz de su teléfono móvil y comienza a grabar.

—Hola, Carmen, cómo estás —interviene Julia muy despacio.

—Se oye bien —muy enfadada, responde Carmen Puerto.

—Entramos —avisa Jaime.

—¿Tenemos algo de toxicología? —apura Carmen.

—Entramos —repite Jaime.

Nada más abandonar el ascensor, Julia extrae de un bolsillo de su cazadora roja unos guantes de látex que se coloca con agilidad, de un solo tirón, mientras que a Jaime le cuesta más completar la misma operación. A continuación cubren sus zapatos con unos protectores de plástico. Se sitúan frente a una puerta blindada, de un marrón muy oscuro, con una pequeña mirilla dorada en la parte superior. Sin placa.

—Perfecto. Vamos a entrar en su casa... Barcelona, calle Balmes, número 17, tercero derecha. Es un apartamento, un *loft*, pequeño, yo creo que unos cuarenta y cinco o cincuenta metros cuadrados, aquí está la cocina... —y accede Jaime a una diminuta cocina con vitrocerámica de dos placas, una escueta encimera verde de una cuarta que remata en una torre con microondas y horno, relucientes, con aspecto de no haber sido utilizados con frecuencia.

Al tiempo que habla, Jaime fotografía los espacios que describe.

—No cocinaba mucho, no —dice Julia tras comprobar el buen estado de los electrodomésticos y tras abrir el frigorífico y descubrir una amplia variedad de comida precocinada: lasaña de espinacas, arroz negro, menestra de verduras, pechugas de pavo y pollo, raviolis rellenos de tomate y *mozzarella* ... —Estos los suelo comprar yo —dice Julia, y fotografía el interior del frigorífico.

Carmen, que se mantiene a la escucha, escribiendo, no celebra la confesión de Julia: ella también le ha encargado a Jesús esos mismos raviolis en alguna ocasión.

—Salón amplio, en tres espacios, mesa para el ordenador, una mesa para comer, y frente a la tele uno de esos sofás muy grandes. Cuadros de Klimt, bastantes libros y cedés...

—Con *chaise longue* —especifica Julia.

—¿Hay cedés de ópera, le gustaba la ópera? —le encantaría comprobar a Carmen por sí misma si la pregunta molesta a Julia.

—Nada de ópera —secamente, responde Julia.

Jaime, se acerca a Julia, tapa el micrófono con la mano, y con voz muy baja, apenas un susurro, le dice: *Ahora preguntará si le gustaban los informativos.*

Encoge Julia los hombros, no entiende lo que Jaime le dice.

—Ahora se ha inventado que me parezco a Hilario Pinto — le explica Jaime, roza con los labios el oído de Julia.

Dibuja Carmen Puerto el apartamento que le están describiendo a través del teléfono y anota posibles preguntas que no quiere que se le pasen por alto. Como siempre, el no poder ver lo que cuentan le provoca una ansiedad que le es muy complicado controlar, al igual que disimular.

—¿Qué tipo de libros? —pregunta.

—Espera, están en una librería —se dirige hacia los mismos Jaime.

—Coge el ordenador, aunque no te lo tengo que decir, y mira si entre los libros hay uno titulado *La puerta del corazón* — le pide Carmen y escribe con trazo grueso el título.

—Uhhmm, espera, muchos del japonés ese que está de moda, de ingleses, pocos españoles...

—No son ingleses, son norteamericanos —le vuelve a rectificar Julia, mientras con la vista

recorre los lomos de los libros: DeLillo, Paul Auster, Ford, Wolfe, Pynchon, Murakami, etc. La puede imaginar leyendo tranquilamente en el sofá, mientras escucha a los Beatles o a los Stones, dos de los grupos que más se repiten en la discografía de Verónica Caspe.

—Es lo mismo —le resta importancia Jaime—. No, no está el libro de Rocío Altamirano. Nos vamos para el cuarto de baño.

—También hay muchas revistas de decoración —añade Julia, que se queda en el salón.

Abre los cajones y las tres puertas bajas de un mueble, color *wengué*, que ocupa todo un testero de la habitación. Verónica los aprovechaba como contenedores de lo inclasificable: paquetes de tabaco a medias, encendedores, tijeras, gomas para el pelo, rotuladores, lápices, llaveros de publicidad, imanes de pizzas a domicilio, coloretos, resacas barras de labios. Examina Julia otros cedés, que se apilan junto a un diminuto equipo de música: Bruce Springsteen, The Pretenders, U2, Mark Knopfler, Luis Miguel, le chirría este último. Recuerda que también ella tuvo algún disco cuando era una adolescente, aunque no lo mantiene en su discoteca. Al lado, la única fotografía que hasta el momento ha descubierto de Verónica: recostada en una hamaca, en la playa, por las tonalidades de la arena y agua no debe tratarse de España, con una bebida exótica en la mano, que ofrece al que toma la fotografía, muy sonriente. Su pelo castaño parece casi dorado, por contraposición con el moreno de su piel.

—Marcas caras de cosmética, mucho Chanel, cepillo de dientes eléctrico, secador, plancha... ¿es esto una plancha japonesa? —pregunta Jaime en voz alta.

—Sí, así las llaman, de cerámica, un alisador —le confirma Julia, asomada a la puerta del cuarto de baño.

—Mira: condones para un regimiento —dice Jaime, tras abrir un cajón, bajo el lavabo.

—Qué quieres, era una mujer soltera —le recrimina Julia.

—¿Tú tienes tantos condones en tu casa?

—¿Son condones normales? —se interesa Carmen Puerto.

—¿Cómo si son normales? —extrañado, pregunta Jaime.

—Sí, los más raros, por llamarlos de algún modo, son unos «sensibles», los demás sí son convencionales —especifica Julia, e introduce su mano derecha envuelta en látex en el montón de preservativos para confirmar su apreciación.

—Pues sí que entiendes de condones, joder, quién lo diría —comenta Jaime, obteniendo una mirada desafiante por parte de Julia—. Ah, ducha con hidromasaje —añade cuando están a punto de abandonar el baño.

—Pasamos al dormitorio —indica Julia.

Sobrio, simple, elegante. Una cama de bañera baja cubierta por un nórdico de forro *cachemir*, en tonalidades terrosas. Un cabecero *wengué* que concluye en una balda con libros y algunas fotografías, una mesita de noche cuadrada, sobre la que descansan un despertador digital, unas gafas de vista, tres libros y una lamparita blanca de forma piramidal. Frente a la cama, un armario empotrado que ocupa toda la pared, igualmente en tonalidades *wengué*. Justo enfrente de la puerta se abre una ventana, de la que cuelga un *store* anaranjado, liso.

—El dormitorio, mi habitación favorita —afirma Jaime, y levanta las manos y mueve los dedos, escenificando entusiasmo.

Carmen Puerto recuerda el reportaje que leyó la semana pasada sobre las aplicaciones de las *Google Glass*. Aunque su comercialización aún no ha comenzado, ya se pueden adquirir

las gafas en España, a través de webs especializadas. Desde que tuvo conocimiento de su existencia, Carmen está convencida de que le serán de gran utilidad en su trabajo, especialmente en momentos como el de ahora, en que se ve en la obligación de transformar en imágenes lo que le cuentan.

Julia mira en la mesita de noche, se fija en los libros que estaba leyendo Verónica: *Bloody Miami* de Tom Wolfe, *Los años de peregrinación del chico sin color*, de Murakami, y una biografía del músico Neil Young. Abre el único y delgado cajón de la mesita de noche, y enumera en voz alta lo que encuentra: *más preservativos, anillos vaginales, pilas de varios tamaños y un tubito de vaselina*.

—Joder con Verónica, coño, una deportista experimentada —resopla Jaime.

—Ya te vale —le recrimina Julia.

—¿No hay consoladores? —pregunta Carmen, que sujeta el lápiz entre los dientes.

—De momento, no —responde Julia.

—¿Y las pilas?

—No sé —responde Julia, y levanta las cejas.

En la primera puerta del armario encuentran ropa de invierno, vestidos, trajes, zapatos y botas en la parte inferior, perfectamente envueltas en bolsas protectoras de plástico. Jaime abre la segunda, donde se encuentra la ropa que estaba utilizando, de primavera y verano. Varios trajes de hilo de chaqueta y pantalón, vaporosos vestidos largos, algunos monos, abundancia de grises y negros en las tonalidades, varias camisas blancas, y al menos diez pares de zapatos en la parte inferior, la mayoría de tacón alto. Dos pares de sandalias sin estrenar.

—Se dejaba una pasta en ropa —asiente Julia, mientras contempla la etiqueta de una chaqueta negra, *MaxMara* —. La tercera puerta está cerrada, tiene una pequeña cerradura... — dice, y se gira, trata de adivinar el lugar en el que Verónica podría esconder la llave.

—Mirad en la mesita de noche —dice Carmen Puerto, mientras no cesa de escribir.

—Esto ya... —comienza a decir Julia.

—¡Bingo! —exclama Jaime, con un juego de llaves, pequeñas, colgando de sus dedos envueltos por el látex, y que ha encontrado en el cajón de la mesita de noche.

—Prueba —le anima Julia, impaciente.

Jaime introduce la llave en la cerradura y abre la puerta.

—¡La hostia!

—Vaya museo —suspira Julia.

—¿Qué habéis encontrado? —pregunta Carmen, ha dejado de escribir y espera con ansiedad la respuesta.

Detesta Carmen esta «ceguera» de los registros, tener que esperar las palabras que le dictan sus ojos: Jaime y Julia.

—Con razón necesitaba tantas pilas... —suspira Julia.

—¡Coño, qué pasa! —nerviosa, Carmen.

—Un museo del porno: consoladores, ¡y de qué tamaño, joder! —comienza a enumerar Jaime agarrando por la base un consolador violeta de unos veinte centímetros—, debe haber como siete u ocho, un braguero, dos látigos, una tarrina de cedés, imagino que serán *pelis* porno, un mono de cuero, una porra de goma, más larga que las nuestras... —relata Jaime entre sorprendido y divertido, con las manos apoyadas en la nuca.

Lo interrumpe Julia, molesta con su narración.

—Hay multitud de material erótico, disfraces para juegos, todo tipo de vibradores femeninos, uno de doble penetración, uno de bolso...

—¿Uno de bolso? —pregunta Jaime, que no puede evitar una sonrisa.

—Sí, se llaman así porque son más pequeños y los puedes llevar, por ejemplo, en el bolso —le confirma Julia, visiblemente enfadada.

—Ya, ya.

Carmen Puerto busca en el ordenador fotografías de consoladores violetas. Le llama la atención uno que se denomina «delfín», y que en su parte final reproduce a la perfección la silueta del escualo. «No tiene mala pinta».

—¿Hay cajones? —pregunta Carmen.

—Uno, repleto de medias, ligueros, tangas, sujetadores, todo tipo de lencería erótica, abundan el negro y el morado, y algo de rojo —le describe Julia, con un diminuto sujetador negro que extiende con dos dedos, muy parecido a uno suyo.

—¿No hay nada de hombre, nada? —pregunta extrañada Carmen Puerto.

—Hasta ahora los anillos vibradores y los consoladores... — responde con voz entrecortada Julia.

—¿Los consoladores? —pregunta Jaime con un desprecio fingido.

—No todos los hombres sois iguales —le responde Julia. Le encantaría contar con poderes especiales en este momento y fulminar a su compañero con solo una mirada.

—¿Móvil? —pregunta Carmen por rutina, sin esperar una respuesta positiva.

—Nada.

—Echad un último vistazo, mirad detrás de cuadros, debajo de la cama, detrás de cajones, ya sabéis, y comenzad a mandarme fotografías de todo, y que los *batiblanco*s comiencen con sus microscopios y sus luces azules. El ordenador, no os olvidéis —les indica Carmen a Julia y Jaime, que no encajan sus directrices del mismo modo: él con naturalidad y ella ofendida, como si le acabara de ordenar hacer algo muy básico que ya tiene plenamente superado.

Aun así, tanto Jaime como Julia comienzan una búsqueda más intensa, removiendo cajones, levantando sábanas con cuidado, mirando bajo sofás y cama, tras haber fotografiado los espacios registrados.

—Tenemos que ir acabando —advierte Jaime, tras comprobar la hora.

Carmen Puerto se dirige a la cocina para preparar un capuchino. Mientras el microondas calienta el agua de la taza, piensa en voz alta con la mirada fija en el plato con los restos de brócoli que comió hace un rato. «Tenía montado su refugio de sexo, y puede que en su propia casa, pero tendría que compartirlo con alguien, estaba divorciada, pasaba muchas horas en el despacho. Tiene que ser alguien muy cercano, muy cercano, en el gimnasio, el despacho...».

—¿No tienes ganas de hablar?

—Veo que no.

—Hasta pronto.

Lee Carmen los tres mensajes que ha recibido en el chat nada más regresar al salón, pero no responde. Acciona la agenda electrónica, confirma que el Nokia 6230 permanece conectado, sigue sin recibir el mensaje que espera. Son las cinco de la tarde y, como de costumbre, conecta la cámara del videoportero al ordenador. Bebe capuchino y fuma un cigarrillo de marihuana mientras espera la llegada de Jesús, no tardará en abrir la

peluquería.

Pasan los minutos y Jesús no aparece, lo que extraña a Carmen. Empieza a impacientarse, cualquier cambio en la rutina de sus días, salvo los motivados por una nueva investigación, le generan una inexplicable e incontrolable ansiedad. Es incapaz, en estos momentos, de centrarse en el nuevo caso, no puede fijar su mirada en las docenas de fotografías que Jaime y Julia le están enviando. Las almacena en una carpeta que ha creado en el escritorio de la pantalla del ordenador, pendiente solo de la imagen que le ofrece la videocámara de la puerta de entrada.

Por fin, dos cigarrillos después, aparece Jesús en el plano que contempla en el plasma. Y lo hace desde una dirección que no es la habitual, camina por la acera donde se encuentra su peluquería. Además de su habitual bolso azul marino, porta con dos bolsas, una de un supermercado y la otra de la librería donde le indicó que recogiera la novela de Rocío Altamirano, *La puerta del corazón*. Antes de introducir la llave en la cerradura del candado inferior, Jesús le dedica una mirada de un segundo a la cámara de la puerta colindante. Un gesto que no sorprende a Carmen, lo hace con frecuencia, pero sí la seriedad que proyecta. Por primera vez después de varios años, se lamenta Carmen de que el micrófono que instaló en la peluquería dejara de funcionar. Aun así, lo intenta. Accede al programa: prosigue el silencio.

Un par de minutos después, escucha Carmen el inconfundible sonido del motor del montacargas. Descorre el cuadro de Alex Katz, las dos mujeres continúan con su tranquilo paseo entre las dunas de la playa, abre la puerta y encuentra los productos solicitados, así como la novela de Rocío Altamirano, *La puerta del corazón*, en el interior de la bolsa de la librería, y una nota de Jesús:

«Las libretas tamaño cuartilla no las tienen hasta mañana», lee Carmen y una apacible tranquilidad, sosiego, la invade instantáneamente: todo vuelve a ser como debiera.

La novela de Rocío Altamirano, una publicación modesta, pasta blanda, muestra en la portada un cielo raso de un azul intenso, que rodea una puerta, con aspecto de antigua, en la parte central. Comienza a leer Carmen la contraportada, «La primera novela de Rocío Altamirano narra el viaje interior de...», cuando la pantalla del viejo Nokia se ilumina.

—Karen, vamos a tener suerte —le dice a su inmóvil amiga.

Conecta Carmen la agenda electrónica, se asegura de que los puertos de infrarrojos estén perfectamente emparejados, desde la cuenta de *nodigassuerte@yahoo.es* le acaban de enviar cuatro correos. En el cuerpo del primer email se puede leer:

«Los anuncios los publicó la misma persona, desde un ordenador de un locutorio público de la calle Montera, de Madrid, el domingo por la noche, 1 de Junio, entre las 21.52 y 22.05 horas».

No entiende Carmen lo que quiere decir el emisor de los correos con «los anuncios». Tras reenviar los mensajes a su ordenador portátil, abre en primer lugar el archivo denominado «anuncios». Contempla Carmen tres textos publicados en la web de *Milanuncios.com*, sección *contactos*, categoría *mujeres*, en los que ofrecen sus servicios tres prostitutas que dicen llamarse *Adela*, *Anadelia* y *Esperanza*, respectivamente. El anuncio de «Adela» cuenta con una pequeña fotografía en la que aparecen unas uñas —de una mano— pintadas de un rojo intenso. A simple vista, todo parece indicar que se tratan de las uñas y de la mano

de Lucía Sánchez Roda, la mujer asesinada de Madrid, y cuyo cuerpo, supuestamente, ha aparecido sumergido en ácido sulfúrico en el interior de dos cubas, en el cuarto trastero de un vecino, en la azotea del edificio en el que residía. Tras un texto farragoso, *seudoporno*, aparece un teléfono móvil, que se corresponde con el de Lucía, tal y como le indica el emisor del correo. Confirma este dato recuperando los archivos que le envió Jaime.

—Sí, es su número —ratifica Carmen.

El anuncio de «Anadelia» repite el mismo formato, fotografía de unos dedos y unas uñas —de pie— de un azul intenso, y que parecen ser las de Verónica Caspe Santiago, así como el número de teléfono móvil, tras cinco líneas exponiendo sus habilidades sexuales. En el caso de Rocío Altamirano, en el espacio de la fotografía aparece un corazón alado, tipo San Valentín, versión infantil, muy rojo, e igualmente su número de teléfono tras unas frases pornográficas muy primarias y burdas.

—¿Qué coño es esto? —se pregunta Carmen Puerto, que procede a abrir el archivo denominado «Verónica».

Como puede comprobar Carmen con sus propios ojos, el archivo pesa dos megas, repartidos en cincuenta y cuatro páginas, es abundante la presencia de Verónica en la red. Pasa de largo las redes sociales, que ya tendrá tiempo de examinar con mayor detenimiento más tarde, y comienza a leer los correos que enviaba a través de una dirección de correo denominada tuputita@hotmail.com y que, entre diferentes receptores, destaca por su cantidad, asiduidad y frecuencia, los últimos fechados el 31 de mayo de 2014, posiblemente el mismo día de su muerte, a perroviejo@yahoo.es. Una anotación en el archivo señala que la mayoría de estos correos se enviaban desde el mismo servidor, especialmente en horario de mañana, de lunes a viernes. Y a continuación se reproduce la dirección IP de los dos correos electrónicos. Carmen Puerto comienza a leer:

Tuputita a Perroviejo : «Vete sacando la polla, cabrón, que voy para tu despacho». Fecha del mensaje: 25 de mayo de 2014, 11.46 h. Todavía no ha transcurrido una semana desde que Verónica escribió este correo.

Perroviejo a Tuputita : «Me tienes cachondo toda la mañana». Fecha del mensaje: 26 de mayo de 2014, a las 13.51 h.

Tuputita a Perroviejo : «Te has curado ya las pupitas? Tengo un nuevo juguetito que te va a gustar... Si apruebas el examen, te ganarás una estancia en mi «suite». Fecha del mensaje: 12 de octubre de 2013, 11.43 h.

«La suite de Verónica», escribe Carmen Puerto en su libreta.

Aunque hay más mensajes de estas características, similares los contenidos, Carmen trata de transformar en imágenes las palabras que ha leído en los tres primeros. Comienza a dibujar en su libreta una habitación, un círculo que es una persona, una mesa con un ordenador, y una puerta cerrada que atraviesa una flecha en dirección hacia otra habitación, con una mesa y un ordenador y otro círculo.

—Se tiraba al jefe.

Escribe en la libreta: «Manuel Teba Arnau, que es el director/propietario del despacho de abogados en el que trabajaba Verónica (Teba&Asociados)». Busca una fotografía del citado en *Google* y encuentra varias, ponente en distintos congresos y seminarios, especialista en asuntos inmobiliarios. Es un hombre de unos cincuenta años, con barba espesa, regordete, gafas metálicas, de mediana estatura, intuye, a tenor de las imágenes.

«Tela de viciosa que era, hay que tener estómago para hacértelo con éste», resopla

Carmen.

—¿Vais para el despacho en el que trabajaba Verónica, verdad? —le pregunta a Jaime nada más atender éste la llamada.

—Sí —le dice, sentado en la parte trasera de un taxi, en compañía de Julia.

—Estaba liada con el propietario del bufete. Es el único que cuenta con despacho propio. Confírmalo nada más entrar —le indica Carmen Puerto, fija en la sonrisa de Karen.

—¿Cómo has descubierto eso? —trata de imponer su voz Jaime.

—Habla con él aparte. Dile que vas a solicitar una autorización del juez para registrar los ordenadores del despacho, que tenemos los *emails* que Verónica le envió. Dile *Perroviejo* si no colabora... y pregúntale por la «suite» de Verónica, es importante —le dice de corrido Carmen, como si las palabras escocieran en su garganta.

—¿No me entero de nada, explícate! —exclama Jaime, que ha introducido la cabeza entre las piernas y cubre su boca con la mano para que no lo escuche el taxista.

—¿Qué pasa? —pregunta una sorprendida Julia.

—Jaime, coño, escucha, ella se hacía llamar *Tuputita* y el tal Manuel Teba *Perroviejo*, y se hartaban de follar, posiblemente en casa de ella, que debe ser la «suite», ¿de acuerdo? Es todo lo que tienes que saber ahora. Lo demás se lo tienes que sacar tú, ¿te enteras? —le exige Carmen.

—Carmen, Carmen, ¿cómo has obtenido esta información? ¿Ya has olvidado lo que pasó? —le advierte Jaime.

—Es legal. No me he saltado ninguna puta regla —muy enfadada, responde Carmen.

—¿Seguro?

—Que te diga dónde está la «suite» —insiste Carmen.

—Ok.

—Sácaselo —tajante, le ordena Carmen.

—Haré lo que pueda —le cuesta decir a Jaime.

—Hazlo. ¿Toxicología, Lola Vallejo ha dicho algo?

—Te lo mando.

—¿Desde cuándo lo tienes? —desconfiada, exige una respuesta.

—Desde ahora mismo —responde Jaime, plantándole cara a su manera.

—Qué casualidad...

—Es lo que hay.

—Ya, ya.

Julia, con mirada afilada, esa mirada de tantas otras veces, le pregunta a Jaime:

—¿Qué pasa?

—Ahora te cuento.

LUNES, 2 DE JUNIO DE 2014. 17.34 H.

Jesús le corta el pelo a un cliente habitual, Herminio, que no cesa de exponer las bondades de la Monarquía, a la que considera directamente responsable de la «buena situación actual». Jesús responde con una sonrisa o repitiendo algunas frases que ha escuchado a otros clientes. En los escasos momentos de silencio, menos de los que hoy desearía, se esfuerza en escuchar las pisadas de su «vecina».

—El mejor Rey que ha tenido España en toda su historia, el mejor con mucha diferencia, y eso no hay quien lo niegue — repite por enésima vez Herminio, y Jesús asiente balanceando mecánicamente la cabeza.

Desde primera hora de la mañana, Jesús percibe más actividad en la planta superior, alterada por momentos su «casera», ha creído escuchar su voz en un par de ocasiones. La segunda lista que le hizo llegar en el montacargas confirmó sus sospechas. Lo que nunca hubiera podido esperar Jesús es que le encargara un ejemplar de la novela de Rocío Altamirano, *La puerta del corazón*. Docenas de recuerdos se suceden en su interior, a toda velocidad, sin orden ni control, de tal manera que es incapaz de centrarse en alguno de ellos. Al mismo tiempo, es incapaz de formular una hipótesis que justifique o explique la petición de su «casera».

«Morbo, le ha dado morbo cuando lo ha visto en el periódico», es lo único que Jesús es capaz de plantearse. Tal vez se trate de la excusa, por cómoda y segura, que Jesús necesita creer.

—¿Has visto lo de la chica, a la que le quitaron el corazón y dejaron frente al Ayuntamiento? —le pregunta Herminio.

—Sí —escuetamente Jesús, muy atento a su trabajo.

—Esta mañana han encontrado el cuerpo, el *Diario de Sevilla* lo ha sacado. *Aquí cerca vivía*, por Luis Montoto. ¿Cómo hay que estar de la cabeza para matar a una persona, arrancarle el corazón y luego meter su cuerpo en ácido? —cuestiona el cliente.

—Muy mal —se limita a responder Jesús.

- En la planta superior, mientras Jaime y Julia llegan al despacho de abogados, *Teba&Asociados*, Carmen lee los primeros informes de Toxicología. *Es solo un avance, no demos nada por cerrado*, ha escrito Lola Vallejo en el cuerpo del correo.

Agonología, etiología, tanatobiología, bla, bla, bla...

—¡Coño! —exclama sorprendida tras leer los primeros renglones.

«Un primer análisis muestra restos de escopolamina», más conocida, especialmente en Latinoamérica, como burundanga. Una droga que propicia la indefensión de quien la consume, incluso puede provocar la amnesia parcial. Su efecto, dependiendo de la cantidad suministrada, «dura unas tres horas aproximadamente».

A continuación, con un cigarrillo entre los labios, lee más detenidamente los archivos que se ha reenviado desde la agenda electrónica Palm. En la cuenta profesional de Verónica Caspe, veronicac@tebayasociados.cat, descubre a una mujer rígida, de pocas palabras, precisa, que mantiene un tono más correcto que cordial en todos sus mensajes, en los que siempre aborda temas laborales. En su cuenta personal, verocaspe@gmail.com, es una mujer desenfadada, bromista, intercambia con frecuencia montajes divertidos, *powerpoints*

de viajes, de relajantes mensajes con emotiva banda sonora, fotografías de actores célebres o modelos con el torso al descubierto, estos últimos, sobre todo, con una amiga llamada Rosa. En su último correo, 24 de mayo de 2014, Verónica le envía a su amiga Rosa un montaje con algunas fotografías muy sensuales del actor Rubén Cortada, conocido por su interpretación de Faruk en la serie *El Príncipe*.

«Yo dejaría que éste me secuestrase y hasta que me torturase», escribió Verónica Caspe.

—¡Anda qué no! Lo mataba a polvos, como a las cucarachas —exclama Carmen y lamenta no contar con más tiempo para contemplar las fotografías con más detenimiento.

En su correo «sexual», así lo acaba de titular Carmen Puerto, al escribirlo en su libreta, tuputita@hotmail.com, Verónica nunca rebela su identidad y ofrece una imagen muy diferente a la que se puede encontrar en las anteriores cuentas. No solo mantiene relación, al menos vía email, con *Perroviejo*, también con otros hombres, algunos de los cuales le escriben con su nombre verdadero. Durante varios meses, entre enero y octubre de 2012, se escribió con frecuencia con alguien que se hacía llamar *Animal*, y cuyo correo electrónico es animaldecompania@gmail.com. En uno de las conversaciones con este usuario, Verónica Caspe vuelve a referirse a la «suite».

«El decorado también juega su papel, tienes que ver mi suite», escribió.

—¿Qué coño será la «suite», su casa? —le pregunta a Karen.

Descubre Carmen que Verónica Caspe, utilizando su cuenta falsa, que creó en 2010, se dio de alta hace más de dos años, el 14 de enero de 2012, en la web *Contactfree.com*. Se trata de un espacio virtual de contactos sexuales, en la que abundan matrimonios y parejas liberales en busca de convertir en realidad sus fantasías sexuales. En esta página todos sus usuarios se registran bajo un *nick*, que oculta sus verdaderas identidades. El *nick* de usuaria de Verónica Caspe en *contactfree.com* era XY56. No participa Verónica en el foro de la web, donde se relatan y valoran las experiencias de los usuarios, pero sí citan su *nick* en algunas ocasiones.

Si el roce del amor me hiciera cosquillas, recita Carmen, pensativa.

En tanto, Jaime y Julia acceden a un edificio elegante y vetusto de la calle Aribau. En la tercera planta se encuentra el despacho de abogados Teba&Asociados. En el trayecto de ascensor, Jaime comprueba en su móvil que no ha recibido ningún mensaje de Sonia, su esposa. Se despoja de la americana, la sensación de bochorno va en aumento, y al mismo tiempo que Julia —más precisa ella en sus movimientos— se cerciora de que el pequeño auricular quede fijo en su oído derecho y que el micrófono no asome excesivamente del ojal de la camisa. Marca el teléfono de Carmen Puerto.

—Entramos.

—Ya sabes, sácale lo de la *suite*, amenázale con lo de la orden de registro, se cagará —vuelve a insistir Carmen, enérgica, que sitúa en la parte central de la pantalla de su ordenador la fotografía de Manuel Teba Arnau. Lo imagina en un despacho con decoración muy clásica, como de otro tiempo, leyendo un mensaje en su ordenador mientras se masturba—. Llévatelo a la comisaría si hace falta —le aconseja Carmen.

—Por qué cargos —rebate Julia, y Jaime le indica con un gesto que guarde silencio.

—Por los que sean —no duda en responder Carmen.

—Entramos —repite Jaime.

No transcurren ni tres segundos desde que Julia pulsa el timbre y la puerta se abre. Una mujer, de unos cincuenta años, traje de falda con rayas, pelo color ceniza y gafas diminutas,

les indica que la sigan, tras saludarlos compungidamente.

Acceden a un despacho luminoso y limpio de decoración, ocupado por Manuel Teba, que se levanta nada más verlos. Se pone en pie y sale a su encuentro.

—Todavía no podemos creer lo que ha sucedido —les dice, visiblemente afectado—. Vero era una chica estupenda, una gran profesional, buena compañera... Vero no podía tener enemigos, y mucho menos de ese tipo. No doy crédito a lo que le ha pasado.

—Si no tiene inconveniente, nos gustaría hablar con sus compañeros —solicita Julia, mientras Jaime trata de escudriñar en los ojos del abogado, vestido con un traje gris oscuro de corte moderno.

—Acompañenme, están todos esperando en la sala de reuniones —les indica Manuel Teba.

En el breve trayecto, Jaime descubre que Carmen está en lo cierto, que el único despacho individual corresponde a Manuel Teba.

En la sala de reuniones, en la parte final de una estancia amplia, sin tabicar, donde se ubican con holgura seis mesas, les aguardan siete personas, tres mujeres y cuatro hombres, elegantes y pulcros, uniformados a su manera, entre treinta y tres años, la menor, Pilar, y Pep, cincuenta y seis años, el mayor del grupo. En los siete compañeros de Verónica, también en Manuel Teba, que permanece junto a Jaime y Julia, se repite la misma expresión: una mezcla entre espanto y nerviosismo.

Tras los saludos de rigor, Julia toma la palabra.

—Necesitamos que recuerden cualquier comentario, frase o nombre que hubiera dicho Verónica en los últimos días, si dijo algo de lo que iba a hacer este pasado fin de semana. Cualquier cosa, aunque crean que no tenga la menor importancia, tal vez para nosotros sí la tenga. ¿Les habló de alguna cita para este fin de semana, algún plan, se veía con alguien, una relación especial?

Jaime, mientras Julia solicita la colaboración de los compañeros de Verónica, examina con la mirada las reacciones de cada uno de los presentes. Tal y como le ha indicado Carmen, cuando escucha la palabra «relación» Manuel Teba no puede disimular el desasosiego que le provoca.

—¿Hay alguna Rosa? —le pregunta Carmen a Jaime, que le envía la respuesta a través de un mensaje de WhatsApp: *No*.

—Vero era una compañera estupenda, una mujer con una vitalidad increíble, era muy cómodo trabajar a su lado, todo te lo hacía muy fácil, siempre dispuesta... —por fin toma la palabra Robert, un hombre alto y moreno, de facciones marcadas—. Pero, por mi experiencia personal, que tal vez coincida con buena parte de los que aquí estamos, jamás tuve ningún contacto con ella fuera del despacho, nunca... salvo sus mensajes al grupo de WhatsApp. Mandaba fotografías divertidas, vídeos, siempre de humor —la mayoría de los compañeros de Robert asienten a sus palabras.

—Yo fui con ella alguna vez al gimnasio, aquí cerca, después de salir del trabajo, pero nada más llegar allí cada una se ponía con sus aparatos y con sus historias. Vero era muy independiente —Laura, una mujer rubia de mediana estatura, muy nerviosa, confirma las palabras de Robert.

—Pregunta si en el gimnasio mantenía una relación diferente, especial, con alguien —escucha Jaime la voz de Carmen en el pequeño auricular.

—¿Notaste si en el gimnasio se relacionaba especialmente con alguien? —se adelanta

Julia, y Jaime y Carmen gesticulan, al unísono, con incredulidad.

—No fui muchas veces con ella, pero las veces que coincidimos yo no vi nada extraño. Ni con los monitores ni con alguien que estuviera por allí —responde Laura.

—Les pediría que examinasen sus correos, sus mensajes, que hicieran memoria, tal vez encuentren algo, un detalle, que nos podría venir muy bien. ¿Cuál era su mesa? —le pregunta Julia a Teba.

Acompaña el abogado a Julia hasta una esquina de la habitación, junto a la ventana que se abre a la calle. La de Verónica es un mesa de tablero de cristal y patas de acero, limpia, ordenada, sin fotografías, ocupada por un ordenador portátil, dos lapiceros de aluminio repletos de rotuladores y bolígrafos, un ejemplar del Código Civil, dos archivadores y varias carpetas de diferentes colores. Junto a la mesa, una cajonera, baja y metálica, que sirve de soporte a una impresora.

—¿Podría hablar con usted en su despacho? —le pide Jaime a Manuel Teba, y lo agarra del brazo. Percibe a través del tacto su nerviosismo.

Nada más entrar en el despacho, Teba cierra la puerta y le indica a Jaime que tomen asiento en dos sillones, frente a una mesa baja de cristal. El policía cruza las piernas y coloca la americana sobre sus rodillas. Encuentra en la librería que tiene enfrente varias fotografías familiares del abogado. Fotografías de sus hijos, tres, dos chicos y una chica, entre 15 y 23 años, y de su esposa, una mujer morena, guapa, elegante, unos seis o siete años menor que él. En una de las fotografías se puede ver a Manuel Teba besando a su esposa, ante una tarta con las velas encendidas, mientras sus hijos aplauden y ríen.

—¿En qué puedo ayudarle? —intranquilo, le cuesta mostrar su aplomo habitual a Manuel Teba.

Jaime esboza una sonrisa artificial, finge que se piensa las palabras, aunque en realidad sabe perfectamente lo que va a decir. Incrementa la inquietud del abogado, se muerde los labios antes de hablar.

—Esto lo podemos hacer muy fácil... para todos, sobre todo para usted, o podemos hacerlo de otra manera. Yo, por supuesto, prefiero hacerlo fácil, sin ruido, tampoco creo que sea necesario... —y deja que las palabras se pierdan en un incómodo silencio.

—No lo entiendo —apenas puede decir Manuel Teba.

—Lo haremos fácil, ¿verdad? Seremos prudentes, cuidadosos, usted ya me entiende, si colabora con nosotros —le sugiere.

—Claro que voy a colaborar.

—Veo que tiene una estupenda familia —insinúa Jaime con la mirada fija en las fotografías de la librería. Carmen no puede disimular una sonrisa de satisfacción.

—No lo entiendo —apenas puede decir el abogado.

—Sabemos que mantenía una relación con Verónica, una relación íntima. Hemos leído algunos correos que le escribió y no eran precisamente fragmentos del *Aranzadi* —dice Jaime, y clava sus ojos en los del abogado, que hace todo lo posible por esconderlos.

Julia inspecciona la mesa de Verónica. Nada destacado o llamativo a simple vista. No hay fotografías personales. Los tres cajones bajo la impresora están abiertos, a pesar de contar con una pequeña cerradura. En el primero hay material de oficina y cargadores de teléfonos móviles, así como cables micro *USB*, auriculares, pilas gastadas, etc. En el segundo cajón Julia encuentra varias guías de viaje. Las examina, no hay anotaciones, postales o marcas en su interior. Anota en su *Ipad* los destinos: París, Estambul, Lisboa, Londres, Sevilla, Brasil,

Playa del Carmen, en México, Maracaibo y Caracas, en Venezuela. En el tercer cajón, Julia encuentra varias revistas de decoración, la mayoría muy antiguas, de finales de los noventa y primeros años del nuevo siglo. Este hallazgo sorprende a Julia, que ojea las revistas encontrando tonalidades y mobiliarios ya en desuso. Sin nada significativo, marcado o anotado en su interior, Julia vuelve a dejar las revistas donde las ha encontrado, en el tercer cajón.

Carmen Puerto sigue con atención la conversación que mantienen Jaime y Manuel Teba. Aunque no se lo dirá, le han gustado las palabras, las veladas insinuaciones, que Jaime le ha dedicado al abogado. Tal vez por esto, no ha tardado en derrumbarse y reconocer la relación íntima que mantenía con Verónica.

—Era sexo, solo sexo, no teníamos otro tipo de relación, créame.

—¿Con qué frecuencia, y dónde?

—Como una vez al mes, normalmente en su casa. También tuvimos algún encuentro aquí mismo, esos días que nos quedábamos solos en el despacho... Pero solo era sexo, nada más. Una vez al mes o así nos veíamos —repite con voz ahogada—, no le puedo decir nada más. Tengo la impresión de que hacía lo mismo con otros hombres, era una mujer muy liberal. Nunca nos planteamos nada más allá de la cama, nada, y eso lo tuvimos claro desde el principio, más ella que yo... —poco a poco, entre los silencios provocados por Jaime, que no cesa de escribir en su libreta, Manuel Teba va describiendo algunos de los encuentros sexuales que mantenía con Verónica—. Le gustaba jugar, disfrazarse, que nos disfrazáramos los dos, ya sabe, le gustaban mucho los juegos, era una chica muy liberal, muy liberal, si algo le gustaba no dudaba en conseguirlo, me refiero a sexo, claro, en el trabajo era una estupenda profesional, estupenda, nunca mezcló, cada cual en su puesto, eso lo tenía muy claro, clarísimo.

—¿Alguna vez le mencionó la «suite»? —repite Jaime la pregunta que escucha a través del auricular.

—¿La «suite»? —reitera Teba con gesto pensativo.

—Sí, la «suite» —insiste Jaime.

—Sí, sí, alguna vez. Creo que era un club de esos de... ya sabe, de intercambios y esas cosas. En realidad, nunca le pregunté y ella tampoco me dijo nada más.

—¿Nunca le comentó nada de otros amantes? —le pregunta Jaime en el momento que se abre la puerta del despacho y entra Julia, lo que incomoda, aún más, a Manuel Teba.

—Sí, pero nunca dándome un nombre o... solo alguna referencia, sin detalles. Nunca me ocultó que mantuviera otras relaciones, y a mí no me importó, lo nuestro solo era sexo, como ya le he dicho —muy cohibido por la presencia de la policía, le cuesta responder.

—¿Qué tipo de referencias? —pregunta Julia, fija en los ojos del abogado.

—Bueno, no sé, comparaciones, me contaba cosas —recalca la palabra Manuel Teba— que había hecho con otros hombres, no sé si eran verdad o eran fantasías que formaban parte del juego, del momento, no lo sé. Lo más seguro es que se las inventara, quiero pensar —se dirige a Jaime, evitando la penetrante mirada de Julia.

Treinta y cinco minutos después de haber comenzado, Carmen entiende que no van a sacar nada en claro, que el abogado se repite y reafirma en todas sus respuestas, así como en su súplica para que su esposa no sepa nada, y deja de anotar en su libreta.

—Preguntadle por clientes, si estaba llevando algún caso complicado —solicita Carmen.

—No, no, Verónica no mantenía relación directa con los clientes. Su trabajo consistía en la

búsqueda de jurisprudencia, datos, leyes, textos, redactar, etc., no se relacionaba con los clientes, no —responde Manuel Teba a la pregunta que repite Julia.

Aprovecha Carmen para liar un cigarrillo y repasar lo que ha escrito, subraya algunos párrafos y tacha otros directamente, convencida de que carecen de valor.

—Se habrá follado también a varios del gimnasio, seguro, pero les sacaremos lo mismo que a éste —le comenta a Karen, inmutable en su sonrisa.

Jaime y Julia comienzan a percibir la misma sensación que Carmen y reducen la intensidad de sus preguntas. Dejan al abogado muy asustado, sudoroso, entregado a cualquier petición siempre que mantengan al margen a su familia. Les promete que no tocarán nada, que facilitarán el trabajo a la policía científica y que podrán contar con él en cualquier momento.

—Vaya tela la Verónica, menuda —dice Jaime con una sonrisa en los labios, nada más entrar en el ascensor.

—¿Menuda qué? Una mujer sin compromiso, que podía hacer con su vida lo que le diera la gana —le replica Julia.

—¿Tú lo haces? —le pregunta Jaime con tono socarrón.

—Si lo hiciera serías el último en enterarte —le responde.

—Ya...

En la calle, buscan un taxi cuando el teléfono de Julia vibra en su bolsillo trasero.

—Se han recibido multitud de llamadas en los móviles de las tres víctimas en las últimas veinticuatro horas —le informa Nicolás, un compañero de unidad.

—¿Y eso?

—Alguien escribió mensajes en una sección de contactos de la web *Milanuncios.com*. Ya hemos comprobado que se hicieron desde un locutorio público en Madrid, de la calle Montera, el domingo uno de junio, poco antes de las diez de la noche.

—Joder, qué hijoputa. ¿Habéis estado en el locutorio? —pregunta Julia y Jaime sigue la conversación muy extrañado, prepara su móvil para trasladarle la información a Carmen.

—Sí, pero nada, el encargado dice que pasa cantidad de gente al cabo del día y que no se puede acordar de todas las caras. Quien lo hizo se abrió allí mismo una cuenta, no ha dejado rastro —le explica Nicolás.

Jaime, nada más escuchar a Julia, le escribe un mensaje de texto a Carmen Puerto. A continuación, marca el número de teléfono de su esposa, Sonia, que no atiende la llamada. Lo intenta de nuevo con idéntico resultado.

—¿No te lo coge? —se interesa Julia.

—Imagino que Carmen estará liada con algo —miente Jaime y esboza una sonrisa fingida.

Una mentira que no tarda en parecer verdad, ya que mientras caminan en busca de un taxi, Jaime atiende la llamada de Carmen Puerto, a la que cuenta con más detenimiento el descubrimiento de los anuncios de contacto en la web de *Milanuncios.com* con los números de teléfono y fotografías de las tres víctimas aparecidas hasta el momento.

—Completito el amigo, cabrón, cabroncete —se limita a responder Carmen. No le dice que ya conocía el dato, como tampoco le informa de la relación de Verónica con la página de contactos esporádicos, *Contactfree.com*.

—Son muy burdos los mensajes —dice Jaime.

—Ya los estoy viendo —responde Carmen, que en realidad ha comenzado a leer las referencias de Verónica en la web *ContactFree.com*.

—Nos vamos a Valencia para encontrarnos con el ex —le informa Jaime.

—De eso se pueden ocupar los compañeros de Valencia, lo mismo que de preguntar a los vecinos y en el *gym*, seguro que también se follaba al *personal coach* o como coño se llame, yo no malgastaría el tiempo, ahí no vamos a encontrar nada —le sugiere Carmen.

—¿Tú crees?

—Lo que yo te diga —se reafirma Carmen.

—Entonces... —deja de caminar Jaime, y Julia lo mira expectante.

—Iría a Madrid: compañeras de trabajo, amigos, familia de Lucía, su casa, seguro que encontramos más —pretende mostrar firmeza Carmen a pesar de las dudas que cobija.

—Ok.

Julia se asegura de que Jaime haya finalizado la conversación, mirando en la pantalla de su móvil, antes de hablar.

—¿Qué dice ésta? —pregunta con desprecio, segura de escuchar una respuesta que no le va a agradar.

—Que tiremos para Madrid, que aquí no vamos a encontrar nada. Y yo estoy de acuerdo —responde Jaime, conocedor de la reacción de su compañera.

—Joder, ya lo sabe ella, ¿lo ha visto en su bolita mágica? ¿Eso es? No te recuerdo cómo fueron sus últimas... visiones — envuelve la palabra tras un grueso halo de ironía.

—Sabes que su línea de investigación tenía toda la lógica, nosotros también coincidíamos con ella —argumenta Jaime.

—Perdona, guapo, tú coincidías con ella, tú, como siempre, yo no —estalla Julia.

—Qué aburrida puedes llegar a ser —le recrimina Jaime.

—Qué poca cosa puede llegar a ser usted, *señor inspector de los cojones*, cuando habla con la *señora pirada* —no duda en responderle Julia, y comienza a caminar a toda velocidad hacia la parada de taxis.

Jaime cabecea, se ajusta la americana, eleva la barbilla, busca el sol, un momento de calma, antes de proseguir. Comienza a caminar hacia Julia, que le aguarda en el interior de un *Skoda*.

—Hacia el aeropuerto —responde Julia a la pregunta del taxista, y Jaime la mira entre sorprendido y enfadado.

- No le interesan a Carmen, por el momento, las llamadas que han recibido las tres mujeres asesinadas en sus teléfonos móviles, y que adjudica a habituales consumidores de prostitución, sin ninguna relación con el caso. No solicita el listado de llamadas, ya lo hará más adelante. Igualmente, los anuncios falsos, incluidos con toda probabilidad por el asesino en la página de *Milanuncios.com*, los examinará detenidamente más tarde. En realidad, no se ajusta a ninguna lógica o patrón, actúa por intuición, porque considera que los anuncios no son más que un adorno macabro, la última vejación a las tres mujeres asesinadas. Y, sobre todo, porque aún no tienen sus compañeros, ni Jaime ni Julia, nadie de la Unidad, conocimiento de la presencia de Verónica en la página de *Contactfree.com*, y esa es su baza, la ventaja que posee y que quiere aprovechar. Sabe Carmen que este caso, de gran repercusión mediática, el tema que más se comenta en la actualidad junto a la abdicación del Rey, Pedro Ginés ya ha conseguido que en diferentes programas de televisión se refieran al *Amante Ácido*, puede situarla ante los ojos de *Jefe* en el lugar que considera como propio y que en los últimos dos años, especialmente, cree haber perdido.

En estos dos últimos años no ha sido la profesional intuitiva y brillante del pasado. Sobre todo a partir del caso de Marcia, la adolescente que asesinaron en Málaga, a principios de 2012. Carmen se aferró a una línea de investigación, plenamente convencida de resolver el caso, obvió otras posibilidades, algunas de ellas de una evidencia absoluta, y no acertó, se equivocó. Las pruebas acabaron desmontando su investigación. Sin embargo, a pesar de las evidencias, Carmen aún se mantiene firme en su teoría. Una teoría que nunca quiso explicar, ya que conectaba con un caso del pasado, el que la prensa denominó *el Asesino del Cemento*, y que se cerró tras el fallecimiento del principal sospechoso en los atentados del 11 de marzo de 2004.

Desde entonces, Carmen presiente que su relación con *Jefe* ya no es como fue durante años, cuando jamás le discutió una propuesta ni vaciló a la hora de concederle una nueva petición. No se ha producido una conversación al respecto, no ha escuchado de sus labios una queja, un reproche, pero Carmen sabe que *Jefe* ya no confía en ella como lo hacía antes. Lo conoce perfectamente, puede que mejor que nadie, y le basta una pequeña fisura en su tono de voz para saber que su intuición no le miente.

Fueron muchas horas juntos, pateándose las calles, compartiendo el silencio de las noches en el *K* de turno, esquivando el celoso control del comisario Ramírez. *Jefe* era un veterano y experto inspector al que habían asignado en su unidad a una joven Carmen Puerto. Una joven prometedora y atrevida, sorprendente por su agilidad mental, por su rapidez a la hora de analizar y evaluar un caso. No tardó Carmen en convertirse en la persona de confianza de *Jefe*. Pero ya no son ese *Jefe* y esa *Carmen*, ya han pasado demasiados años desde entonces.

Intranquila por estos pensamientos, necesitada de recobrar un prestigio que entiende perdido, visita Carmen la web de *ContactFree.com*. Encuentra una página de estética maniqueísta, tópica, repleta de morados, azules y rosas, y de sonrisas resplandecientes de modelos de catálogo de supermercado barato. «*Te ofrecemos la posibilidad de conocer a miles de hombres, mujeres, parejas, amigos de tu propia ciudad. El límite lo pones tú. Confidencialidad garantizada*», lee Carmen, antes de levantarse e ir a la cocina para prepararse un capuchino. La claridad que se colaba por las ventanas con cristales ácidos del lavadero ha desaparecido, se ha convertido en sombras que parecen abrazarse a los barrotes de la cancela de hierro que la separa de la cocina. Con la taza en la mano, de regreso al salón, contempla la Karen de Alex Katz. Le gustaría que se tratase de un espejo, que esa sonrisa fuera la sonrisa que brota en sus labios.

—Hola —la saluda.

Recupera Carmen el archivo enviado a la agenda electrónica en el que se detalla la presencia de Verónica en la web de contactos, donde la identifican con el *nick XY56*. La encuentra primero en su página de perfil, donde se ofrecía:

«Mujer de 37 años, castaña, muy atractiva, muy implicada, interesada en todo tipo de experiencias». Señala afirmativamente en la casillas «anal, besos, hoteles, domicilios, tríos HMH, tríos MHM, hombres entre 25 y 50 años, mujeres entre 25 y 45 años, parejas entre 25 y 45 años, sin álbum fotográfico».

Contempla Carmen las fotografías de Verónica y trata de colarse en su interior, saber cómo pensaba, lo que sentía. No puede apartar la vista de sus uñas azules.

—¿Y esta chica tan mona, con esa pinta de buena familia, de buenos colegios y ropa cara, qué coño hacía en todo esto? —se pregunta Carmen en voz alta.

Comienza a leer Carmen las apariciones de Verónica, XY56 , en el *foro de consultas* :

¿Alguien ha estado con XY56?, pregunta DD23 .

Tres respuestas:

Yo no, pero me han hablado muy bien , escribe FR54 .

Hay un post en el foro de experiencias , contesta GG789 .

Gracias , concluye DD23 .

Por último, en un subarchivo aparte, Carmen comienza a leer la narración en el *foro de experiencias* de la web *ContactFree.com* del usuario XD45 , tras haber estado con Verónica, oculta bajo el *nick XY56* . Anota en su libreta la fecha que le indica el pantallazo: *17 de octubre de 2013, a las 10.52 de mañana* .

Usuari@: XD45

Tipo de experiencia: Trío, MHM.

Fecha: El pasado fin de semana.

Lugar: En mi casa.

Previo: Mi mujer y yo llevamos un tiempo pensando hacer un trío con otra persona y comenzamos a jugar con que era otro hombre el que se unía a nosotros, porque normalmente era yo el que empezaba con la historia. Contábamos tantas veces estas cosas mientras follábamos, que un día nos animamos a hacerlo de verdad. Me sorprendió que me dijera que la primera vez fuera con otra tía.

Relato: Después de mirar muchos perfiles, buscando uno que nos cuadrara a los dos, quedamos para el sábado por la noche con XY56 en nuestra propia casa. Cuando llegó era tal y como se había puesto en la web. Castaña, delgada pero bien de tetas, culo no demasiado grande pero con forma, un bonito cuerpo, no muy guapa, pero ni mucho menos fea y muy simpática. Cuando llega ella dice que se llama Laura, y nosotros le decimos que nos llamamos Paco y Sandra (anota Carmen, aún consciente de que son falsos, los nombres de la pareja). No le preguntamos la edad, pero imaginamos que unos ocho o diez años menos que nosotros, debe andar por los 36 ó 37 como decía en su perfil, o muy cerca. Antes de pasar al dormitorio nos tomamos unas cervezas, para quitarnos los nervios del principio y conocernos, aunque solo sea un poco. Desde un principio a ella se le nota más suelta en esto, más experimentada que nosotros, y es que yo creo que se nos debía notar bastante que era la primera vez. Después de tomarnos varias cervezas, hablando muy poco, nos fuimos al cuarto de baño, para ducharnos. Desnuda estaba mucho más buena que vestida, y eso que bajó de estatura un montón cuando se quitó los tacones. Tenía dos buenas tetas redondeadas, no muy grandes, pero bonitas, con pezones oscuritos y puntiagudos, yo creo que operadas. Tenía el chochito como una muñeca, completamente depilado, y eso me puso muy caliente, y al lado un tatuaje pequeñito junto al ombligo, que era una mariposa de muchos colores (anota Carmen: *tatuaje en ombligo*). Y también me gustó que llevara las uñas pintadas de negro, tanto en las manos como en los pies (anota Carmen Puerto el color de uñas). La chica nos pidió que la dejáremos que nos duchara a los dos. Primero pasamos ella y yo a la ducha. Empezó a enjabonarme la espalda, después el pecho mientras me daba besitos en los hombros, y al final comenzó a limpiarme el pene, bajándome el pellejo hasta abajo. Yo empecé a tocarle las tetas y el culo, tenía muy duros los cachetes. Mi mujer nos miraba con esa cara que se le pone cuando está muy caliente, se le nota sobre todo en los

ojos. Menos mal que la ducha no fue muy larga, porque estaba súper excitado. Pero eso no fue nada en comparación a cuando mi mujer fue la que pasó a la ducha. Como si se conocieran de mucho tiempo empezaron a besarse, mientras se apretaban los culos y se rozaban las tetas. Cuando salieron de la ducha la chica colocó una toalla sobre el suelo, a mí me puso en un extremo, y ellas dos se pusieron de rodillas y comenzaron a chuparme el pene. Yo creía que no iba a poder estar a la altura, después de haber eyaculado tan pronto, pero nada más ponernos a comerle las tetas a mi mujer la chica y yo, ya estaba otra vez preparado para lo que fuera. Luego fue mi mujer quien comenzó a comerle las tetas a la chica. Me tumbé en la cama y entre las dos me pusieron un preservativo. Fue mi mujer la primera que se subió arriba y tuve que pedir cambiar de postura al poco tiempo, y le dije a la chica que se pusiera a cuatro patas y comencé a cabalgar sobre ella. Colocó a mi mujer enfrente, y empezaron a comerse las lenguas. No pude aguantar viendo eso más de un minuto y me corrí de nuevo.

Día después: Fue muy extraño el día después, y eso que volvimos a follar nada más despertarnos porque seguíamos muy calientes. Nos costaba mirarnos, como si todavía no pudiéramos creer lo que habíamos hecho.

Valoración: Ha sido una experiencia única que estamos dispuestos a repetir. No sabemos si con XY56 otra vez, con una pareja o bien con otra chica o con otro hombre, que yo sé que es lo que verdaderamente quiere hacer mi mujer.

Recomendable: Absolutamente, deseando repetir.

Carmen Puerto ha transformado en imágenes el relato de la experiencia con Verónica Caspe. A lo largo de la lectura ha sentido a Alberto muy cerca, protagonizando la escena, a su lado, dentro de su cuerpo. Se encuentra muy excitada, tanto que tiene la tentación de meterse en la cama acompañada de su vibrador. También se plantea, durante un instante, buscar en Internet una película pornográfica que cuente con una escena semejante a la experiencia que acaba de leer. Sabe Carmen que, tanto recurrir al vibrador como al porno, no dejan de ser excusas, rodeos, para no pensar en Alberto. Ya han pasado tres meses desde la última vez que estuvieron juntos y lo echa de menos. Especialmente ahora, en este mismo momento, que nada le gustaría más que estuviera a su lado, y besarlo, acariciarlo, morderle los hombros, las orejas, pedirle que le haga el amor con fuerza, como tantas otras veces.

—¡Quemo, quemo! —se sincera con Karen.

Desde el principio, Carmen Puerto ha dosificado sus encuentros con Alberto, como si fuera un tratamiento médico del que no se puede abusar, pero del que tampoco se puede prescindir, si se pretende conseguir el resultado deseado. Piensa en Alberto, le gustaría tenerlo cerca, a su lado, cuando la ventanita del chat se despliega en la pantalla.

—¿Sigues despierta?

Carmen, con los dedos apoyados en el teclado, se piensa la conveniencia de responder. Lo hace:

—Aquí sigo.

—¿Televisión, película o libro?

—Sexo.

—¿Y no tienes las manos ocupadas?

—Descanso tras el quinto asalto, preparándome para el sexto.

—¿Cómo decías que se llamaba la película?

—*La noche de los muertos vivientes* .

—Una de zombis.

—Muy vivos.

—Según se mire.

—Te dejo, voy a por el sexto asalto. Necesito mis manos.

—¿No me puedo incorporar?

—Esta vez es cosa de dos.

La momentánea participación en el chat no ha reducido el nivel de excitación de Carmen Puerto. Conecta la cámara del vídeoportero al ordenador, le muestra la calle de siempre, la misma calle de los últimos cinco años, solitaria, mal iluminada por las farolas. El mismo naranjo. Recuerda Carmen las horas interminables que ha pasado contemplando la imagen que le muestra la cámara, esperando la llegada de Alberto.

Calcula de nuevo los meses que lleva sin verlo. Trata de recordar si en otras ocasiones el intervalo de tiempo fue menor, si sucedió algo extraño, anormal, para que así fuera. Elabora diferentes teorías mentales, se adelanta a ella misma y se justifica por el paso que va a dar, que necesita dar.

Accede a una cuenta de correo electrónico con el nombre de carmenteve@gmail.com y escribe a albertomts12@hotmail.com :

¿Cuándo puedes venir?

Se dirige a la cocina, abre el frigorífico y coge una tableta de chocolate, 72% de pureza, con granos de cacao tostados. La parte por la mitad y cuenta las tabletas que le quedan: 6. En la libreta de los pedidos a Jesús escribe: *5 tabletas de chocolate* .

MARTES, 3 DE JUNIO DE 2014. 1 H.

Habitualmente, a Jesús no le cuesta conciliar el sueño. Pero el de ayer no fue un día habitual. Desde que tuvo conocimiento de la muerte de Rocío Altamirano, no ha podido dejar de pensar en ella, de recordar todos los momentos que, en compañía de su amigo Gabriel, pasaron juntos. Fueron buenos momentos.

Cuando no ha estado ocupado atendiendo a un cliente, desde que cerró la peluquería, Jesús ha intentado hablar con él, infructuosamente. A continuación, cansado de escuchar la voz de la operadora, probó con los mensajes. *¿Te has enterado de lo de Rocío?*, escribió en el primer mensaje. A pesar de los dos años que llevan sin verse, unos meses después de que se trasladara a trabajar a Madrid, de los siete sin tener contacto con Rocío, imagina Jesús que Gabriel está profundamente afectado por el fallecimiento de la amiga. No tiene en cuenta ahora Jesús los últimos años de silencios, de olvidos premeditados, desde que dejaron de verse, de hablarse, de encontrarse, los tres amigos, en la primavera de 2007. No tiene en cuenta ahora Jesús quién tuvo la culpa de la ruptura, qué sucedió, qué les pasó para que llegaran a ignorarse como lo han hecho; la recuerda a ella, cuando fueron felices, en esos buenos tiempos pasados.

En la cama, que esta noche es su enemiga, una fábrica de electricidad y nervios, Jesús lee una y otra vez la dedicatoria que Rocío le escribió el último día que se vieron:

Para mi amigo Jesús, que no tendrá nunca ojos de tigre, ni falta que le hace. Espero que nos sigamos encontrando, viendo y divirtiendo a lo largo de los años. Un beso fuerte. Rocío.

Intenta comenzar a leer de nuevo la novela de Rocío, *La puerta del corazón*, pero apenas unas líneas después se ve obligado a dejar de hacerlo. Son tantas las emociones, las sensaciones y los recuerdos que cada palabra le transmiten que es incapaz de mantener el nivel mínimo de atención.

¿Cómo podremos vivir sabiendo que ya no está?, escribe en un mensaje de WhatsApp y durante varios minutos se queda mirando la pantalla de su *smartphone* esperando una respuesta de Gabriel, que no llega.

- Cerca de la estación de tren de Santa Justa, en la puerta principal del restaurante del Hotel Ayre, Alberto descubre que la pantalla de su teléfono se ilumina por el icono que indica que ha recibido un nuevo correo electrónico. Le basta con la opción de *vista previa* para leer todo el contenido:

¿Cuándo puedes venir?

Alberto no responde y guarda su teléfono en el bolsillo de su cazadora vaquera. Se lleva las manos a la cabeza, como si un repentino picor se extendiera por su nuca. Nervioso, se muerde las uñas.

—Te vas a quedar sin dedos... —le dice una mujer que ha llegado junto a él, y con suavidad le retira la mano de la boca.

—Droga dura —le dice Alberto entre sonrisas, e introduce las manos en los bolsillos de su cazadora vaquera.

—¿Un cigarrillo? —le ofrece la mujer, larga melena rubia, elegante, rasgos muy marcados, unos veinte años mayor que Alberto, 52 ó 53 calcula él, que no suele fallar en estas predicciones.

—Sí, un cigarrillo ahora y otro después... ¿no? —le propone Alberto con una sonrisa

medida, muy sensual, que incrementa su belleza.

—Claro —y la mujer ríe.

Minutos después de enviar el correo electrónico a Alberto y no obtener respuesta, Carmen se metió en la cama. Antes de hacerlo, como todas las noches, comió chocolate negro, 72% de pureza, fumó marihuana, y empleó varios minutos a hidratar su piel. Tónico facial de *Lancome*, masaje con *Advanced Génifique*, finalmente. Enjuague bucal, repaso con agua a presión, *Waterpik*, y cepillado concienzudo. Ya dentro de la cama, le dedicó una mirada de varios segundos a la pila de libros que almacena en la mesita de noche, como si se dispusiera a escoger uno. Una vez más, se decantó por Dylan Thomas, un poema antes de dormir, como cada noche. *Manos del forastero, bodegas de las naves*. Seguidamente, no necesitó del vibrador, se agarró a la almohada con un brazo y con los dedos de la mano libre se masturbó. Después se quedó dormida, abrazada a la almohada, creyendo que era a Alberto a quien lo hacía.

Luego un sueño, muy real, nítidas las imágenes, como si realmente las estuviera protagonizando, la acompañó buena parte de la noche. Cubierta con una gabardina, de una tonalidad vainilla, muy clara, llegaba a un lujoso hotel con aspecto centenario: grandes lámparas de araña en la entrada, alfombras orientales, envejecidas maderas nobles. Sin detenerse en la recepción, Carmen caminaba muy lentamente, con gesto relajado, feliz, a través de pasillos interminables y mal iluminados, forradas las paredes por un papel de tono cardenalicio. Golpeaba con suavidad la puerta de una habitación al final de la galería. No tardaba en abrir Alberto, tan solo cubierto por unos bóxers muy ceñidos, más musculoso y moreno de lo que le recordaba. No hablaban, Alberto la tomaba de la mano y la conducía al interior del dormitorio, donde una cama versallesca e inmensa ocupaba buena parte del espacio. Guiada por Alberto, la situaba ante la cama, de espaldas, le quitaba la gabardina suavemente, sin ropa debajo, completamente desnuda, y la sentaba en el borde del colchón. Se sorprendió Carmen de su belleza en el sueño, de su juventud. Alberto cubrió los ojos de Carmen con una corbata negra. Ciega, nerviosa, feliz, sintió un escalofrío cuando unos labios comenzaron a besar su pecho y otros comenzaron a lamer sus pies, primero, sus tobillos y muslos a continuación, su clítoris finalmente. Carmen buscaba a tientas, a ciegas, los cuerpos de sus amantes, que hacían lo posible por esquivarla.

En los minutos siguientes, Carmen hizo el amor, se lo hicieron, alcanzó el orgasmo varias veces en su encuentro con los amantes anónimos, hasta que tuvo uno de gran intensidad, de larga duración en ese tiempo sin tiempo, que es la velocidad de la luz y la eternidad, y quedó semi inconsciente, superada y abrumada, eléctrica y feliz, sobre la cama. Cuando pudo volver a controlar los movimientos de su cuerpo y retiró la corbata negra de sus ojos, estaba sola, en esa habitación con elegancia de otro tiempo en un viejo y lujoso hotel.

Trata de recuperar el sueño, o de grabarlo en su memoria, para que no se pierda en el olvido, cuando el sonido de su teléfono móvil la devuelve a la realidad. Antes de responder, Carmen Puerto mira la hora que marca el reloj de la mesita de la noche: 8.26.

En la pantalla del teléfono, sobre el amplificador del equipo de música, lee: *JJ1*.

—¿Estás despierta? —le pregunta Jaime.

—Evidentemente, ya no.

—El ex de Verónica Caspe, Javier Loiza, ha fallecido —le comunica Jaime, que remueve el azúcar que acaba de añadir a un café de máquina expendedora, en la *T4* del aeropuerto de Barajas, en Madrid.

—¿Cómo? —se reincorpora Carmen, y retira el pelo que le cubre la cara.

—Lo ha encontrado la chica de la limpieza, a las siete; aparentemente se ha suicidado. Metido en la bañera —se incorpora Julia, con ojeras, con aspecto de haber dormido mal y poco, y se sitúa a la derecha de Jaime, tras mostrarle los billetes de avión—. La gente de allí nos cuenta que ayer apenas pudieron hablar con él, que casi se desmayó al escuchar la noticia, muy afectado.

—¿Vas para allá? —pregunta Carmen.

—Vamos, vamos —le confirma Jaime y bebe café.

—Llámame cuando aterricéis —le pide Carmen.

—Claro —con desgana.

Nada más terminar la conversación, Julia se sitúa frente a Jaime, le impide seguir avanzando, exigiéndole una explicación.

—¿Qué quieres, Julia? —pregunta Jaime, sabiendo de antemano cuál será su respuesta.

—No teníamos que ir a Valencia, no teníamos que ir, que lo hagan los polis de allí, claro que no, claro que no, ¿por qué tenemos que hacer lo que dice la pirada ésta, por qué, Jaime, por qué? —ha elevado Julia tanto el tono de su voz que los viajeros que caminan a su lado se les quedan mirando, una circunstancia que molesta especialmente a Jaime.

—Julia, no me toques los cojones.

—Solo tienes cojones conmigo.

Carmen Puerto se ajusta un chándal azul marino, con gruesas franjas blancas en los laterales, y se dirige hacia el salón, donde, en primer lugar, saluda a la Karen de Alex Katz: «Buenos días, hoy tenemos mucho trabajo». A continuación, entra en el cuarto de baño y procede, tras una ducha rápida, con su ritual de limpieza de dientes, así como con la de cutis, previa a la hidratación y tonificación. Regresa al salón y conecta el ordenador y la pantalla, y comprueba que la agenda electrónica y el Nokia cuenten con la suficiente batería. En la cocina, el sol se cuele a través de los cristales biselados con densidad y voracidad. Pone una taza con agua en el microondas e introduce una rebanada de pan en el tostador. Realiza Carmen todos estos movimientos automáticamente, guiada por la rutina, mientras medita los pasos a dar. Aunque trate de disimularlo, de contener la rabia, la insatisfacción que recorre su interior, el fallecimiento de Javier Loiza, el ex marido de Verónica, ha hecho mella en ella.

—¿Y si la intuición me ha abandonado? —se pregunta y no responde—. ¿Me he equivocado, me he equivocado otra vez?

—se pregunta también, y tampoco responde.

Apura el capuchino. La impaciencia por comenzar a trabajar no la frena a la hora de mantener sus rituales, con menor dedicación, sin disfrutarlos apenas, como un mandato al que le es imposible desobedecer. Los unifica. Abre la cancela de hierro que da acceso al lavadero, la saluda *My Little Pony*, con su voz aguda e infantil, *tengo muchas cosquillitas*, sube a la azotea y se despoja de la parte superior del chándal. Comienza a regar el pequeño huerto, recolecta un par de calabacines, riega las plantas de cannabis, comprueba que no esté húmeda la tierra de los cactus, examina mínimamente los pascueros, hay varias hojas que pronto tendrá que arrancar, mientras fuma un cigarrillo de marihuana.

Tras cerrar la trampilla de la azotea y la cancela del lavadero y prepararse un nuevo capuchino, Carmen toma asiento en el salón. Descubre en la pantalla de su *iPhone* una llamada perdida. *Jefe*, lee.

Antes de llamar se lía un cigarrillo.

—Dime.

—No me gusta el color que está tomando esto. Si no llega a ser por lo del Rey, no sé en qué punto estaríamos —le dice. La voz de *Jefe* es más grave y seria que de costumbre.

—Tal vez se trate de una circunstancia que nada tiene que ver con la causa principal —trata de decir y *Jefe* la interrumpe.

—Pero que la amplifica, Carmen, la amplifica, y no sabes de qué manera.

—Imagino.

—No te lo puedes imaginar, Carmen. No, no puedes —provoca deliberadamente *Jefe* un intenso y molesto silencio antes de continuar—. El cabrón del Ginés ya está elucubrando en las radios y en las televisiones, el *Amante Ácido* es el tío más famoso de España ahora mismo. Puede que más que el mismísimo Rey.

—¿Pero ya lo han sacado los periódicos? —pregunta sorprendida mientras teclea la dirección web del diario *El Mundo* .

—Mira la portada de *El País* .

—Voy —y accede a ella—. Joder, joder.

—Carmen, tú estás ahí, en tu retiro, lejos del mundo, ya han pasado más de cinco años, cinco, y hay cosas que no puedes imaginar, tampoco controlar —pausadamente, dice *Jefe* .

Se muerde los labios Carmen, hace lo posible por no estallar, por no gritar lo que piensa. No está acostumbrada a este tipo de situaciones y teme perder el control.

—Te recuerdo que mi... retiro —deletrea sonoramente la palabra— no es algo que yo haya escogido.

—En un principio, no te lo niego, pero ya han pasado unos años.

—He contado cada día de esos cinco interminables años, tenlo claro, uno a uno, como Robinson Crusoe.

—No lo dudo.

—Te aseguro que lo resolveremos —dice Carmen, en un ejercicio de disciplina que le ha costado llevar a cabo.

A pesar de la intensidad e importancia de la conversación, no puede dejar Carmen de conectarse a la pequeña cámara de la puerta y esperar, como cada mañana, la llegada de Jesús.

—Ya te equivocaste una vez, Carmen, y no fue hace tanto, no quiero tener que volver a recordártelo. Con consecuencias que tú no conoces. Te lo repito: hay muchas cosas que desconoces, que no te llegan... —afila la voz *Jefe* .

—Ya me las estás recordando tú.

—Carmen, quiero resultados, y los quiero pronto.

—Y los tendrás, pero no me presiones —le advierte Carmen, que por un segundo se ha saltado la disciplina autoimpuesta.

En el momento más tenso de la conversación, aparece Jesús en la pantalla, con su habitual bolso azul marino. Justo antes de agacharse para abrir la persiana metálica, Carmen ha creído ver una mirada extraña, como de reproche, también de cansancio, en sus ojos.

—No te presiono ni la milésima parte de lo que a mí me presionan, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —le cuesta responder a Carmen.

—Ya sabes —y *Jefe* finaliza la llamada.

Puede escuchar Jesús, atónito, abajo en la peluquería, los gritos más atronadores que le

recuerda a Carmen en estos años. Escucha con meridiana claridad «hijoputa», «cabrón de mierda», «funcionario de los cojones», así como un intenso murmullo de palabras vociferadas que es incapaz de descifrar. Agradece Jesús que aún no haya llegado ningún cliente, que siga solo. Por un instante, tiene la tentación de enviarle una nota en el montacargas, y pedirle que deje de gritar, pero por suerte no tiene que hacerlo, ya que regresa el habitual silencio. Ahora escucha sus pisadas, concentradas en el mismo lugar, la imagina andando en círculo.

Como cada mañana, Jesús accede al almacén y, antes de ajustarse la bata blanca, comprueba si el montacargas esconde en su interior un nuevo envío de su «casera». Está vacío. Tampoco ha atendido Gabriel a sus llamadas ni ha respondido a los innumerables mensajes que le ha enviado. Se dispone a llamarlo de nuevo cuando escucha el sonido de la puerta al abrirse. Ha llegado el primer cliente.

- Carmen, en tanto, busca en Google al ex marido de Verónica que acaba de fallecer: Javier Loiza Tello. Abundantes referencias de diferentes colegios de arquitectos, resoluciones de concursos públicos a los que se había presentado, cursos realizados en el pasado y colaboraciones en publicaciones especializadas. Ninguna fotografía. En 2006, en la revista *ArtQuitectura*, publicó un artículo sobre Luis Martínez-Feduchi y Vicente Eced y Eced, los arquitectos que diseñaron el edificio *Capitol*, en Madrid. Al leer esto, Carmen despliega sobre la pantalla la imagen de la mano seccionada de Lucía Sánchez Roda, encontrada justo enfrente de la célebre construcción. Encuentra más artículos y trabajos de Javier Loiza en la Red. Sobre interiorismo, sobre Cassano, sobre Jacques Émile Ruhlmann, al que muchos consideran, según puede leer Carmen Puerto, uno de los grandes nombres del Art Decó, un estilo por el que el arquitecto parece mostrar una especial predilección, a tenor del resultado de las búsquedas. Participó en numerosos congresos, como conferenciante o en mesas redondas. Repasa los datos que tiene sobre Verónica Caspe y encuentra que sus padres tuvieron hasta 2010 una tienda de antigüedades que, precisamente, se llamaba *ArTDecó*. Le es relativamente fácil encontrar algunos comentarios sobre el establecimiento, así como un catálogo de 2007 en el que se pueden ver algunos de los muebles que vendían. Le sorprende que Javier Loiza no tenga cuenta de Twitter, tampoco perfil en Facebook.

—Aquí no hay nada, vamos con otra cosa —dice Carmen en voz alta.

Recupera el archivo que se desvió a la agenda electrónica desde el Nokia, donde se reproducen los anuncios falsos de prostitución de las tres víctimas que publicaron el pasado domingo en la web de *Milanuncios.com*.

En el anuncio de Lucía Sánchez Roda, la mujer asesinada en Madrid, aparecen una imagen de sus rojísimas uñas de la mano seccionada y su número de teléfono móvil, y además se puede leer:

«Adela, 37 años, menuda y caliente, muy guapa, 90 de pecho, no profesional. Cariño, yo no te prometo una vida de amor, pero sí el mejor rato que hayas pasado en tu vida. No te arrepentirás de haberme conocido y contarás los minutos hasta estar otra vez conmigo, te lo aseguro. Seré tu vicio favorito».

En el anuncio de Verónica Caspe, la abogada barcelonesa, además de una fotografía de sus azules uñas del pie y su número de teléfono móvil, aparece el siguiente texto:

«Anadelia, 38 años, castaña, bien formada, viciosa a tope. Soy como un huracán en la cama, no tengo límites, me puedes pedir lo que quieras que te lo daré. Podrás convertir en

realidad todas tus fantasías, por muy extrañas que te parezcan. Atrévete, nunca habrás sentido nada igual. No sé decir que no».

Y por último, en el anuncio correspondiente a Rocío Altamirano, la víctima sevillana, como en los anteriores se reproduce su teléfono móvil y se incluye una imagen de un cursi y rojo corazón alado, Carmen lee:

«Esperanza, 38, sevillana guapísima, elegante y buenos modales. Te puedo acompañar a cenar, a un viaje o a donde quieras, tengo plena disponibilidad y nadie podrá descubrirte, soy una mujer de gran educación. En la intimidad se te pondrán ojos de tigre cuando compruebes en tu piel de lo que soy capaz. Si sientes curiosidad, llámame y te lo cuento todo con más detalle. Besos húmedos».

—No son tan fuertes, los hay mucho, mucho, peores —le dice a Karen.

Lee Carmen los anuncios publicados en *Milanuncios.com* una y otra vez, tratando de buscar un rastro, un indicio, un motivo que expliquen su significado, el que se haya molestado y arriesgado en hacerlo el sospechoso, más allá de la humillación o la burla hacia las víctimas. De hecho, así lo entiende Carmen, junto a los envíos de correos electrónicos que realizó a *El País*, *La Vanguardia* y *ABC*, desde los propios servidores de los tres periódicos, en los que identificaba a las tres mujeres, junto a las fotografías de sus rostros, es la única marca que ha dejado hasta el momento. Marcas intencionadas, y Carmen está convencida de que con un propósito concreto.

—Juega, no deja nada al azar —le dice a Karen mientras lía un cigarrillo.

«Metódico, tiene un plan, suenan raros», escribe en su libreta.

Conforme más veces lee Carmen el contenido de los anuncios crece en su interior la sensación de que hay frases incrustadas, que chirrían, que están colocadas de forma premeditada, que forman parte de otro mensaje, muy diferente al que contemplan sus ojos: «no te prometo una vida de amor... no te arrepentirás... lo mejor... en realidad tus fantasías... atrévete... nadie podrá descubrirte... ojos de tigre... en tu piel...».

—Forma parte de su juego, le está hablando a alguien, pero a quién. Qué quiere decir, por qué lo hace —se pregunta Carmen en voz alta.

El sonido del teléfono rescata a Carmen de su ensimismamiento.

—Esto está lleno de judiciales, pero nos van a dar un ratito libre antes de que lleguen los *batiblanco*s. Entramos ya —le indica Jaime a la vez que se coloca los guantes de látex.

Julia, ya con los guantes ajustados a sus dedos, y con restos de café en la comisura de los labios, accede desde su *Ipad* a la edición digital de *El País*.

—Joder, ya están dando la noticia, me cago en la puta, será posible que no podamos estar con la boca cerrada una maldita vez —maldice.

—¿Qué esperabas? ¿Para qué quieren periodistas si ya nos tienen a nosotros para darles las noticias?

—»El Amante Ácido limpia el decorado de su crimen, acaba con el ex marido de la chica catalana ante el temor de que pudiera ofrecer alguna información que lo delatara», dice el hijodeputa de Pedro Ginés en *eldiario.es*, qué coño sabrá. Lo vamos a tener otra vez hasta en la sopa —acelerada, relata Julia.

—No podía faltar a la fiesta —lamenta Jaime.

—Es como el *hombre el tiempo*, da igual lo que diga, se puede equivocar las veces que le dé la gana, no pasa nada —comenta Carmen tras leer el texto Pedro Ginés.

Carmen accede a Twitter a través de una de sus cuentas falsas y comienza a buscar todas

las referencias que incluyan el *hashtag* #AmanteÁcido . En los últimos minutos se han multiplicado por miles, y no cesan de hacerlo en este preciso momento, ante sus ojos.

«En las próximas horas-->>sorprendentes revelaciones d vida d 1 víctima #AmanteÁcido», acaba de escribir Pedro Ginés en su cuenta de Twitter y las interacciones no tardan en llegar. Se piensa Carmen durante unos segundos responder al polémico periodista, barrunta un par de frases contundentes, y opta por no dar el paso. Se ajusta los auriculares a los oídos.

- Tras conversar con los agentes de la policía judicial que los esperaban en el rellano de la escalera, nada más entrar en la vivienda de Javier Loiza Tello, en la segunda planta del número 18 de la calle Luis Chamizo, lo primero que contemplan Jaime y Julia es una chica joven, de unos veinte años, morena y muy delgada, fantasmagórica en este momento concreto, por acción de los rayos de sol que se cuelan por el ventanal de la pared frontal del salón, y que la transforman en una sombra traslúcida.

La chica se llama Natalia, valenciana, 22 años, entre 2009 y 2012 se ocupó de los hijos de un matrimonio que aún sigue viviendo en el edificio. Hace unos meses, tras perder su empleo el padre de los niños, Natalia comenzó a trabajar como limpiadora para varios vecinos del edificio. De este modo, empezó a ocuparse de la limpieza del apartamento de Javier Loiza, todos los martes y jueves, durante tres horas y media, tal y como habían acordado, de 7.30 a 11 de la mañana. Algunos martes, como el de hoy, Natalia comenzaba antes, sobre las 7, aprovechando que Javier Loiza salía antes de casa.

Nada más entrar en el apartamento, lo primero que le llamó la atención a Natalia esta mañana es que no permaneciera el olor a café, que sobre la encimera de la cocina se apilasen los platos y cubiertos de la cena; que el ordenador portátil estuviese en el sofá y no en el dormitorio, sobre la mesita de noche, y, sobre todo, que las ventanas, tanto del dormitorio como del salón, permanecieran cerradas. El primer día, Javier Loiza le indicó que las dejaría abiertas, *para que se ventile la casa* , con el compromiso por parte de la chica de cerrarlas una vez concluyera con su trabajo. A pesar de la extrañeza que le produjo la evidente alteración de la rutina, como cualquier otro día Natalia se dirigió al cuarto de baño para cambiarse de ropa. Allí encontró a Javier Loiza. Sumergido en la bañera, la nuca apoyada en el borde, los ojos abiertos y clavados en el techo, como si buscara un punto en concreto, completamente roja el agua. Natalia reaccionó gritando y llorando, abandonó a toda velocidad el apartamento y llamó a la primera puerta que encontró. Santiago Campos, el vecino del 2º D, fue el que avisó a la policía.

Escuchan Jaime y Julia el relato antes de comenzar a recorrer el apartamento, con la vista fija en Natalia, que como una endeble sombra se debate contra los rayos del sol que pretenden traspasarla.

—Pregúntale si falta algo o nota algo extraño —le indica Carmen a Jaime.

—Descuida —responde por cortesía a una pregunta que le ha molestado profundamente.

«El tiempo de academia ya lo pasé hace mucho tiempo», piensa Jaime.

Julia lo mira y fuerza un gesto de extrañeza con la nariz y los ojos, y se lleva un dedo a la sien. Jaime le responde con un guiño que trata de representar conformidad.

Aún así, Jaime se acerca a Natalia y le formula la pregunta.

—No creo que hayan tocado nada, salvo lo que hubiera en los armarios, eso ya no lo sé, ahí nunca he tocado yo —responde la chica, muy nerviosa, abrumada por la situación.

En primer lugar, Jaime y Julia se dirigen hacia la escena del crimen. Es un cuarto de baño amplio, en proporción al resto del apartamento —cocina, salón, dormitorio y un pequeño estudio—, sobradamente iluminado por seis focos incrustados en el techo. Nada más abrir la puerta, Julia y Jaime contemplan la cabeza de Javier Loiza, inerte, de perfil, que descansa sobre el filo de la bañera. No hay signos externos de violencia en su rostro, tampoco en el mobiliario, todo se encuentra como debiera, ordenado, limpio. No hay señales de pisadas, nada destacable que señalar.

—Mira —le indica Jaime a Julia, señala el reluciente grifo *monomando* de acero inoxidable del lavabo.

—¿Qué miráis? —nerviosa, pregunta Carmen.

—El grifo, brillante de recién limpio —responde Jaime.

—Claro, te suicidas y lo dejas todo limpio. Y te quitas los zapatos —Carmen, irónica.

—Para las visitas, que nadie pueda pensar que era un guarro —bromea Jaime.

—No vamos sobrados de tiempo —impaciente, advierte Carmen.

—Hombre de unos cuarenta años, moreno, con perilla, la nuca apoyada en un borde, toda el agua roja, no se puede ver la procedencia de las heridas, las manos están sumergidas — comienza a relatar Jaime.

—Ya mando unas fotografías —lo interrumpe Julia, que comienza a fotografiar al fallecido y el entorno con su teléfono móvil.

—Tiene los ojos abiertos —señala Jaime, que se sitúa enfrente y luego eleva la mirada, como queriendo descubrir que estuvo mirando en el último suspiro.

—¿Temperatura del agua? —pregunta Carmen.

Mira Jaime a Julia, buscando su conformidad, antes de mirar hacia la puerta para comprobar que prosiguen solos, e introduce el dedo índice de su mano derecha en el agua teñida de un rojo oscuro.

—Fría —dice.

—No es un dato fiable, la calefacción no está en funcionamiento y en pocos minutos se enfría el agua —dice Julia.

—No solo el agua, también la sangre y el cadáver. En agua el *rígor mortis* tarda más tiempo en aparecer —replica Carmen, que no deja de anotar en su libreta.

—A simple vista, doce horas no hay quien se las quite y no menos de diez —deduce Jaime.

—Entre las diez y las doce de la pasada noche —calcula Julia, que se inclina sobre el fallecido y examina sus ojos abiertos, su nariz y sus oídos a escasa distancia.

—¿Nos atrevemos a levantar un bracito o le seguimos teniendo ese miedo terrorífico a los *batiblanco*s y al juez de turno? —pregunta irónicamente Carmen.

—No deberíamos tocar nada, y ojo por donde pisamos — advierte Julia.

—No creo que debamos —aunque suavizando las palabras de su compañera, ratifica Jaime.

—Claro, claro, unos chicos muy obedientes —se burla Carmen. Juguetea con una fotografía de Julia, engordando sus mejillas o alargando sus orejas.

—Debe haber cortes en las muñecas, con toda probabilidad, no cabe otra. Si metemos la mano en la bañera seguro que encontramos un buen cuchillo o un bisturí o algo parecido — teoriza Jaime, que trata de encontrar un resquicio de claridad en la rojiza superficie.

—¡Métela! —exclama Carmen.

—¡No! —reacciona de inmediato Julia.

—Vamos a seguir mirando por ahí —media Jaime.

—Un suicidio de manual y todos tan contentos. Eso sí, con el lavabo esterilizado —suspira Carmen.

Nada más salir del cuarto de baño, acceden al dormitorio, enfrente. Cuadrado, paredes muy blancas, cama japonesa, mesita de noche igualmente baja, un armario empotrado y un plasma de 21 pulgadas anclado a la pared. Sobre el cabecero de la cama, una reproducción a plumilla sobre pergamino del célebre Edificio *Capitol*.

—¿Has visto eso? —señala Jaime.

—¿Qué pasa? —pregunta Carmen, inquieta.

—Sobre la cama tiene un cuadro en el que aparece el Edificio *Capitol*, el de la Plaza del Callao. Muy cerca apareció el pie de Lucía Sánchez Roda —detalla Julia, a menos de una cuarta de la imagen.

—Normal. El fallecido publicó una tesina o algo así sobre los arquitectos que lo diseñaron, unos tal Feduchi y Eced... Por lo visto, era todo un experto —repite Carmen la anotación que encuentra en una de sus libretas.

—¿Qué casualidad, no? —pregunta Jaime con desconfianza.

—Yo no le concedo la menor importancia —tajante, sentencia Carmen Puerto. Julia y Jaime se miran sorprendidos, sin poder dar crédito a lo que escuchan.

—Bueno, eso... —arranca a decir Jaime.

—Nada de nada —inmutable, Carmen lo interrumpe.

Julia se dirige a la mesita de noche.

—Mira —le dice a Jaime, al tiempo que le señala la fotografía, sin tocarla, en la que aparecen Verónica Caspe y Javier Loiza.

—Tiene pinta de luna de miel, ¿no? —Jaime se acerca y la contempla en cuclillas.

—Más o menos.

—¿Se le ve algún tatuaje a ella? —se interesa Carmen, que recupera los apuntes de la experiencia leída en la web de ContactFree.com.

—No.

Sin tatuaje cuando se casó, escribe Carmen.

—¿Está el armario abierto? —pregunta.

—Vamos a verlo —responde Jaime, y se asoma al pequeño pasillo que conduce al salón y al cuarto de baño.

De regreso, con cuidado de no hacer ruido, Jaime desliza una de las puertas correderas. Nada más abrirla encuentra ropa de mujer, vestidos, faldas, pantalones perfectamente alineados, colgados de sus respectivas perchas, protegidos en bolsas transparentes.

—No son de esta temporada —afirma Julia, que reconoce una chaqueta roja que también formó parte de su vestuario hace seis o siete años.

—Joder, parece el armario de un viudo —reflexiona Jaime, que rescata de un estante superior, dentro del armario empotrado, varios álbumes de fotografías.

—¿Por qué dices eso? —pregunta Carmen con tono exigente, le molesta profundamente esta ceguera cuando las palabras no le describen con exactitud lo que no puede ver.

—Por los vestidos, por los álbumes de fotografías, da la impresión de que está todo en perfecto estado, muy ordenado, como si lo hubiera hecho recientemente, o lo hiciera con frecuencia —deduce Jaime.

—Sobre todo si la comparas con su parte del armario — dice Julia nada más deslizar la otra puerta—. Apenas un par de camisas planchadas, camisetas amontonadas, pantalones reliados, lo típico en el armario de un tío, en definitiva.

—No generalices: mi armario siempre está ordenado —dice Jaime entre sonrisas.

—Porque lo ordena tu mujer, ¿no? Te cosería con alambre ahora mismo esa sonrisita, te lo juro —le increpa Julia.

Carmen se esfuerza en no reír al escuchar el comentario, a pesar de la imagen de debilidad que le transmite Jaime en este momento.

Hilario Pino no lo soportaría, piensa Carmen.

—También hay una tarrina de cedés aquí arriba —dice Jaime, muy serio, contrariado por el comentario de Julia.

—¿Una tarrina de cedés en el armario de la ropa? —sorprendida, pregunta Carmen.

—Sí, en el armario de la ropa —confirma Julia.

—¿Alguna anotación?

—Solo fechas: *06/06/12* se puede leer en la primera —informa Jaime.

—Aún estaban casados —apostilla Julia.

—Vaya...

—Se los dejamos a los chicos del microscopio —dice Jaime y abandona el dormitorio, en dirección al salón.

—Tanto obediencia me va a matar —resopla Carmen.

Natalia no se encuentra en el salón, Jaime la busca con la mirada y la encuentra fuera, junto a la puerta, acompañada por algunos agentes de la policía judicial. A continuación, regresa al salón y se sitúa frente a la pantalla de plasma. Empujado por su intuición, obviando el protocolo, pulsa la tecla *eject* del *deuvedé* que descubre en la parte inferior de un mueble de aluminio y cristal. Comprueba que contiene un cedé similar a los que anteriormente encontró en el armario, con una fecha escrita: *02/04/13*.

—Joder, mira esto —le indica a Julia que se acerque.

—Ahí ya no estaban casados.

—¿Qué coño pasa? —la impaciencia altera a Carmen.

—Mira la foto —le dice Jaime. Fotografía el cedé y lo vuelve a colocar en su lugar.

En esta ocasión, muy impaciente, Carmen no se reenvía la fotografía, la abre directamente en el teléfono.

—No hace tanto de esto. Qué lástima que no lo podamos ver ahora... —en realidad a Carmen le habría gustado decir: *¿y si nos lo llevamos sin que nadie se dé cuenta?*

Jaime se dirige hasta donde se encuentra Natalia.

—¿Te importaría venir conmigo un momento?

—¿Para qué? —la chica pregunta más por miedo que por curiosidad.

—Para ver si encuentras algo raro, serán dos minutos, de verdad, no te voy a pedir que entres en el baño de nuevo.

Recorren lentamente el apartamento, Natalia es incapaz de centrar la mirada, siente que los muebles y las paredes transforman sus líneas rectas en ondulantes curvas.

—Todo parece que está en su sitio —dice, una vez que han examinado el dormitorio.

—¿Ese cuadro siempre ha estado ahí? —pregunta Jaime señalando la reproducción del Edificio *Capitol*.

—Sí —no duda la chica, a pesar de su evidente nerviosismo.

«¡Manda huevos!», le ha costado no gritar a Carmen.

—Es muy importante que te fijes en todo, aunque lo consideres una tontería, solo te pido un pequeño esfuerzo —trata Jaime de ser amable, incluso cálido.

—Cuando entré sí me llamó la atención el ordenador —dice Natalia.

—¿Qué le pasa, es diferente? —se incorpora a la conversación Julia, que se mantenía a una prudente distancia.

—No, no es eso, es su ordenador, pero Javier siempre lo dejaba en su dormitorio, aunque puede que alguna vez también lo dejara en el sofá, creo recordar —no termina la chica de disipar sus dudas.

Carmen ordena todas las anotaciones que ha tomado en los últimos minutos y agrupa las fotografías que ha recibido en un solo archivo. Una le llama la atención especialmente; en ella puede ver el salón de Javier, con la ventana al fondo.

—Se parece al de Verónica —dice en voz alta, sin tener en cuenta que la conexión telefónica se mantiene.

—¿Cómo dices? —pregunta Julia.

—El salón, la cocina, el dormitorio, son muy parecidos los apartamentos, como si Javier o Verónica hubieran decorado los dos —se dirige Carmen a Julia, con tono serio.

—Hoy todos los apartamentos se parecen, más o menos — minimiza Julia.

—Ya, ya, la *república independiente de mi casa* y tal —y concluye Carmen la conversación, apretando con saña el icono de la pantalla de su teléfono móvil.

Jesús, en la peluquería, cuando se hace el silencio, escucha el taconeo de Carmen. Sabe que está nerviosa. Una sensación que comparte con ella. Comprueba, cada vez que encuentra un momento libre, si ha recibido un mensaje de Gabriel en su teléfono móvil. Hoy, más que nunca, se siente preso de su trabajo, de sus circunstancias, daría lo que fuera por no estar en la peluquería, asintiendo y comentando conversaciones que no le interesan. Los minutos pasan lentos.

¿Por qué no me respondes?, se podía leer en el último mensaje que envió a Gabriel, no han transcurrido diez minutos desde entonces.

Carmen elabora un esquema con todos los datos que considera relevantes, trata de definir una cronología de los acontecimientos.

Conecta Carmen la agenda electrónica Palm con el viejo Nokia y escribe un correo:

—Necesito información de los mensajes de WhatsApp de los tres teléfonos móviles de los anuncios y de un tipo llamado Javier Loiza Tello. De Valencia. Es muy urgente. 2.000 euros.

Se prepara un capuchino, fuma un cigarrillo de marihuana, selecciona una canción de León Benavente en Spotify y se reencuentra con los anuncios falsos de prostitución que colgaron en la página de *Milanuncios.com*. Los recientes acontecimientos no consiguen desviarla de la dirección que le marca su intuición, está segura que tras esas frases, puerilmente elaboradas, se encuentra un mensaje, una señal.

Lee en voz alta, como si necesitara que Karen la escuchara:

«Adela, 37 años, menuda y caliente, muy guapa, 90 de pecho, no profesional. Cariño, yo no te prometo una vida de amor, pero sí el mejor rato que hayas pasado en tu vida. No te arrepentirás de haberme conocido y contarás los minutos hasta estar otra vez conmigo, te lo aseguro. Seré tu vicio favorito.

Anadelia, 38 años, castaña, bien formada, viciosa a tope. Soy como un huracán en la cama,

no tengo límites, me puedes pedir lo que quieras que te lo daré. Podrás convertir en realidad todas tus fantasías, por muy extrañas que te parezcan. Atrévete, nunca habrás sentido nada igual. No sé decir que no.

Esperanza, 38, sevillana guapísima, elegante y buenos modales. Te puedo acompañar a cenar, a un viaje o adonde quieras, tengo plena disponibilidad y nadie podrá descubrirte, soy una mujer de gran educación. En la intimidad se te pondrán ojos de tigre cuando compruebes en tu piel de lo que soy capaz. Si sientes curiosidad, llámame y te lo cuento todo con más detalle. Besos húmedos».

Remarca Carmen las frases que anotó anteriormente: «no te prometo una vida de amor... no te arrepentirás... lo mejor... realidad tus fantasías... atrévete... nadie podrá descubrirte... ojos de tigre... tu piel...». E incorpora nuevas, que subraya con un rotulador rojo: «sientes curiosidad... sentido nada igual... como un huracán...».

Combina Carmen las palabras, las frases, tratando de encontrar un texto unitario, un mensaje aparentemente lógico, o que al menos lo parezca. *Google* le ofrece miles y dispares combinaciones, presiente Carmen que se encuentra inmersa en una aleatoria lotería de infinitas posibilidades.

—Habrà que limpiar la paja para encontrar la aguja —dice en voz alta, y comienza a teclear las palabras en grupos de tres, sin aparente relación entre ellas.

Escribe: *amor, mejor, igual.*

Escribe: *huracán, curiosidad, piel.*

Escribe: *prometo, descubrirte, sientes.*

Escribe: *ojos, sentido, realidad.*

Escribe: *igual, prometo, curiosidad.*

Escribe: *vida, tigre, huracán.*

Y suena su teléfono móvil. Al comprobar quién la llama, Jaime —*JJ1* —, descubre que el tiempo ha transcurrido más rápido de lo que imaginaba, 12.25 de la mañana, lo que le desagrada profundamente. También descubre que ha recibido multitud de fotografías en su teléfono, enviadas por Julia. Las examina y ordena.

Tres minutos antes, Jaime y Julia se encuentran con los padres de Javier Loiza, tras abandonar un despacho de la comisaría de Valencia, donde les han permitido ver el contenido del cedé encontrado en el devedé del apartamento, antes de ser entregado a la Brigada de Investigación Tecnológica. La madre de Javier, Elena, una mujer de unos setenta años, apenas puede articular palabra. El padre, bajito y regordete, en nada parecido al hijo, salvo en el nombre, también Javier, se presta a responder las preguntas de los policías con diligencia y aparente calma. A Jaime, de improviso el encuentro con los padres, le ha costado encontrar cobertura y cuando por fin puede conectar con Carmen la conversación ya ha comenzado:

—Se quedó fatal tras romper con Verónica —es lo primero que puede escuchar Carmen—. No me extraña lo que ha pasado, no me extraña nada, se veía venir. Mi hijo estaba perdido, por completo, muy perdido, con lo cariñoso y alegre que fue siempre —rompe a llorar con más fuerza la madre y el padre se abraza a ella.

—No es el mejor momento, lo sé, pero ¿saben por qué rompieron, qué pasó? —pregunta Jaime.

—Nunca nos quiso contar nada de nada, y eso que nosotros le preguntamos. Solo una vez me dijo que querían llevar vidas diferentes, pero yo siempre he sospechado que la historia

vino por los hijos que no tuvieron. Mi hijo era muy callado, pero yo creo que no me equivoco en eso —argumenta el padre de Javier, sin separar los brazos de su esposa.

—¿Seguía su hijo manteniendo relación con Verónica Caspe? —pregunta Julia.

—Yo creo que menos que la que a él le hubiera gustado, aunque tampoco se lo puedo confirmar. Mi hijo era muy reservado para sus cosas, con nosotros nunca... Son suposiciones mías — responde el padre.

—¿Qué quiere decir con eso? —pregunta Jaime.

—Que mi hijo seguía enamorado de ella y que ella se portó como si nunca hubieran estado casados, como si no se conocieran —explica el padre.

—¡Mala, una mujer mala! —exclama la madre, y su esposo hace por contenerla.

—¿Mala relación? —insiste Julia.

—Lo que ya le he dicho antes, ni mala ni buena, nada, nada de nada, como si no hubiera pasado nada entre ellos —repite el padre.

—Ya, entiendo —da Jaime por concluida la conversación.

—¿No volvió a tener pareja su hijo? —pregunta Julia.

—No, nunca, y si la ha tenido a nosotros no nos lo ha contado —expresan un lamento las palabras del padre de Javier Loiza.

Carmen anota el resumen de la conversación en su libreta. Abre una de las fotografías que le ha enviado Julia. Es una imagen borrosa, tomada directamente de la pantalla de una televisión, en la que se puede ver a tres personas, dos hombres y una mujer, completamente desnudos, con antifaces negros cubriendo sus ojos, junto a una cama de sábanas blancas, una colcha blanca y negra tirada por el suelo. La mujer agarra los penes de los hombres con ambas manos, mientras estos se besan. Cree descubrir Carmen a Verónica y a Javier, a su derecha, tras el antifaz que cubren sus ojos.

—Estamos viendo la grabación del *cedé* encontrado en el *deuvedé* —le dice Jaime, en compañía de Julia, sin apartar la vista de la pantalla—. ¿Te ha llegado la foto que hemos sacado?

—Sí, parecen ellos, Verónica y Javier, ¿no? —busca Carmen la confirmación en la respuesta de Jaime.

—Sí, parecen ellos, a simple vista.

—¿Lo del abdomen de ella, junto al ombligo, es un tatuaje? —pregunta Carmen, con los ojos oblicuos.

—Sí, parece una mariposa —contesta Jaime, amplía la imagen con el zoom.

—Sí, ahora creo verlo.

—Joder, que aparece otro tío —exclama Jaime, señalando la pantalla, donde prosigue la reproducción de la grabación.

—¿Qué coño es eso? —necesita ver Carmen lo que le narran.

De un lateral aparece otro hombre, moreno, estatura media, que se incorpora al trío.

—Pues yo diría que ese es...

—Se parece más —confirma Julia.

—Le pegaba a los dos palos el chico —comenta Jaime, viendo en la pantalla cómo el recién llegado comienza a acariciar a uno de los hombres, provocando el rechazo en la mirada de Julia.

—¿Tú nunca has probado? —le pregunta Carmen, y Julia no puede evitar sonreír.

—No, tampoco la lejí —ofendido, responde Jaime.

—¿Hemos sacado una copia? —pregunta Carmen, a quien le encantaría seguir ahondando en la autoestima de Jaime, pero entiende que no es el momento adecuado.

—Sabes que no podemos, de momento —le responde Jaime, más molesto tras descubrir la sonrisa en los labios de Julia que por la pregunta de Carmen.

—¿Algo más? —apremia Carmen, tras contemplar en la pantalla del ordenador algo que le llama especialmente la atención.

—Te mandamos los registros de llamadas y de correos electrónicos y movimientos de cuentas bancarias de las víctimas y un informe más amplio de toxicología —le comunica Jaime, serio y grave.

—¿Algo nuevo?

—Nada destacable.

—OK.

En la pantalla del ordenador puede leer, tras introducir un nuevo grupo de palabras aparecidas en los anuncios falsos de las víctimas: *Una vida de amor, Como un huracán, Ojos de tigre.*

Luz Márquez...

MARTES, 3 DE JUNIO DE 2014. 13.50 H.

Antes de lo acostumbrado, 10 minutos al menos, Jesús abandona la peluquería. El sonido de la cancela metálica alerta a Carmen Puerto, que conecta la cámara del videóportero en la pantalla de su ordenador. Le resulta extraña la expresión de Jesús, preocupado, serio, así como la torpeza de sus movimientos. Una vez cerrada la cancela se detiene frente a ella, extrae el móvil de su bolso azul y se lo coloca a la altura de la nariz. Mira la pantalla un instante y lo vuelve a guardar. Se marcha. Hoy se ha olvidado de mirar a la cámara de la puerta.

—¿Qué coño le pasa a éste? —se pregunta Carmen.

En otras circunstancias dedicaría un tiempo, algunas horas, a tratar de averiguar lo que le sucede a Jesús. Hoy, ahora, no puede.

Al contrario de lo que previó, tardó menos de lo intuido en dar con la combinación exacta de palabras. *Amor, huracán, tigre*. Tres palabras que le trasladan a Luz Márquez, y a tres de las telenovelas que protagonizó: *Una vida de amor*, *Como un huracán* y *Ojos de tigre*, y que se encuentran dentro de los textos que aparecen en los falsos anuncios de prostitución.

—¡Qué leches es esto!

Es abundante la información que obtiene de la actriz venezolana, ya que su asesinato, hace doce años, en 2002, ocupó y copó las portadas de los medios de comunicación de habla hispana a un lado y otro del Atlántico. De hecho, cuando aparecieron los restos seccionados y congelados de las tres víctimas, Carmen Puerto recordó el caso de Luz Márquez. Dos semanas después de su desaparición, encontraron congelado el cuerpo de Luz en su propio domicilio, una lujosa mansión en un barrio residencial de Caracas. Fue su propio marido, un empresario de procedencia española, Juan Martos, el que congeló el cadáver deliberadamente. Este descubrimiento, sin embargo, no supuso la resolución del caso. La investigación posterior indicó que Juan Martos no era el asesino. En una publicación de aquel año, Carmen puede leer: «Congelé su cuerpo porque me juré que no la enterraría hasta que no enterrara al que lo hizo», declaró a la multitud de medios de comunicación que lo aguardaban a la salida de su residencia. Carmen reproduce mentalmente la imagen, y puede ver al empresario junto a un descomunal arcón congelador, donde reposa su esposa.

A pesar de la distancia geográfica, Venezuela y España, y de los años transcurridos, desde que Carmen Puerto ha descubierto la directa conexión de las telenovelas con los anuncios de prostitución, donde se reproducen literalmente tres de sus títulos más populares, tiene la certeza de que los asesinatos de Sevilla, Madrid y Barcelona están íntimamente ligados con el de Luz Márquez. No le cabe duda. Aun así, a pesar de su certeza, de la dirección que le indica su intuición, no se lo comunica a Jaime y Julia, tampoco a *Jefe*. Necesita recopilar más información, manejar más fuentes, más datos, estar completamente segura antes de hacerlo. Puede que en otro tiempo se hubiera atrevido ya a dar el paso, pero la Carmen de hoy sabe que su reserva de crédito está agotada y que, tal vez, no lo vuelva a recuperar en el caso de perderlo definitivamente. Arrojada por la oscuridad de la habitación, fuma lentamente, expulsa el humo de su boca muy despacio. Vuelve a leer los anuncios de prostitución.

—¿Un homenaje, una venganza, una resurrección? —le pregunta a Karen.

En la cocina, mientras pela zanahorias y patatas, piensa en los pasos a seguir. Establece un itinerario lógico y rápido, es consciente de que el tiempo no juega a su favor. Troceadas las verduras, las introduce en una olla con agua. Anota en la libreta de pedidos, a continuación del chocolate que recordó la pasada noche: «zanahorias, lechugas, calabacines, berenjenas, patatas, manzanas, peras y naranjas, dos kilos de cada. Seis paquetes de ensaladas y de verduras para el

microondas. Pasta de dientes. Capuchino, tabaco, papel y boquillas, dos de cada . También ha ideado Carmen, a imagen y semejanza de otras veces, un *plan de supervivencia* , tal y como ella misma lo califica. Frutas y verduras de escasa elaboración, incluso para comer crudas, tabaco y capuchino en abundancia, con esa dieta es capaz de sobrevivir durante varias semanas. Un pedido que no sorprenderá a Jesús, acostumbrado a solicitudes muy similares en el pasado, cuando las conversaciones telefónicas aumentan, y los paseos circulares y el taconeo nervioso se repiten a cada instante.

Al regresar al salón, Carmen comprueba que ha recibido un correo electrónico de albertomt12@hotmail.com en su cuenta de carmenteve@gmail.com. Le acaba de responder Alberto.

Esta noche podría ir a verte, ¿te parece bien?

La respuesta alegre e inquieta a Carmen por igual. Dubitativa, planea con sus dedos sobre el teclado antes de responder. No tiene claro si escoger entre la «n» o la «s». Quiere ser y estar lúcida, más que nunca, no hacer nada de lo que finalmente pueda arrepentirse. Lo piensa y repiensa, enciende un cigarrillo. Evalúa los pros y los contras. Se muerde los labios.

—Tengo que pensarlo mejor cuando estoy de calentón —se recrimina Carmen, y Karen permanece en silencio.

Vuelve a leer el correo de Alberto, y mientras lo hace cree sentir su cuerpo junto al suyo, lo huele.

Responde: Sí .

Por un instante, Carmen no puede dejar de pensar en Alberto. Recupera un archivo que creó hace seis años. Lo abre y vuelve a contemplar, lo habrá hecho miles de veces, el anuncio en el que descubrió a Alberto. Una fotografía desde las rodillas a la barbilla, vaqueros ajustados, torso cincelado, piel morena y brillante, una mano metida en un bolsillo del pantalón y otra en la nuca. «*Chico joven, universitario, muy guapo, se ofrece como acompañante para mujeres y parejas. Abstenerse hombres*». A continuación aparecía un número de teléfono móvil. Todavía no se explica Carmen cómo se atrevió a llamar, primero, y a concertar una cita con él, aquí mismo, en su refugio, en su mundo lejos del mundo, después. Está convencida Carmen que el *abstenerse hombres* fue fundamental a la hora de tomar la decisión. Aunque también lo fue el cuerpo que contemplaba. En cualquier caso, ya han pasado cinco años desde entonces. Alberto contaba con 24, Carmen acababa de cumplir los 44, y ni un solo día, desde que lo conoció, ha podido dejar de pensar en él. Ni un solo día ha dejado de recordar aquel primer encuentro que, en cierto modo, ha marcado su vida, esta nueva y solitaria vida.

No le parecieron extrañas a Alberto, aunque sí exageradas, todas las indicaciones de Carmen; tampoco le extrañó la hora, la una de la noche, frecuente en la mayoría de sus clientas. «Las mujeres no han perdido ese pudor que los hombres nunca han tenido», piensa con frecuencia Alberto, cada vez que una clienta se sincera. Tras llamar veinte metros antes y dejar que el teléfono diese dos tonos, entró Alberto a la carrera en la casa y luego subió de puntillas la empinada escalera. En la oscuridad, encontró a una mujer madura y hermosa, de mediana estatura, firme y afilada de mirada, con una melena corta entre cobriza y ceniza a ras de los hombros. Una mujer de pocas palabras y gesto dominador que, sin embargo, estaba necesitada de muchas caricias y besos, de todos los abrazos. No trasladaba a la cama esa soberbia que le intuyó en un principio, tampoco la brevedad y esa concreción que rozaba el silencio en sus conversaciones. Intensa, dulce, necesitada.

Recuerda Carmen, como si acabara de suceder, el primer beso, por sincero, sin freno, como si se tratara del beso de un amante que solo obedece al dictado de la pasión. Con frecuencia, piensa

Carmen que Alberto la ganó en aquel primer beso, porque parecía verdad. O así lo sintió ella. O así necesitaba sentirlo ella.

Como si contara con un dispositivo interior, modo alarma, Carmen hace desaparecer a Alberto de sus pensamientos. Ya se ocupará de él, intensa y exclusivamente, cuando llegue el momento. Necesita mantener la mente despejada, limpia, sin alteraciones. Empieza a recopilar toda la información que encuentra de Luz Márquez, con la intención de trazar una cronología que la conecte con las tres mujeres asesinadas.

«De seguir con vida, Luz Márquez debería contar con 46 años, nacida en 1968 en Caracas, en el seno de una familia humilde», lee Carmen en la Wikipedia. «Desde la adolescencia mostró dotes para la interpretación, participando activamente en las funciones colegiales. Sin embargo, su padre le exigió un título universitario, que finalmente nunca obtuvo, antes de que probase fortuna en la interpretación».

A este respecto, puede leer Carmen en una entrevista con la actriz, unas semanas después del fallecimiento de su padre, Ernesto Márquez: «Viví con desesperanza aquellos años, con una permanente sensación de pérdida de tiempo, pero ahora sé que mi padre hizo lo correcto y que jamás se lo podré agradecer como se merece».

Sus primeras apariciones en series de televisión tienen lugar en 1995. Ese año participa en las producciones *Veneno de tu amor* y *La otra mujer*, en las que encarna a mujeres de fuerte personalidad, ambiciosas, obsesionadas con la fama y la gloria, dispuestas a todo. *Mala, malísima de la muerte*, lee Carmen en un foro de la cadena de televisión venezolana RTCV. Estos primeros trabajos le reportaron a la actriz una repentina popularidad, que unido a su belleza, *una mujerona tan espectacular es difícil de encontrar*, escribe un admirador en un blog, propician que Luz Márquez pase a ocupar el papel protagonista en las siguientes producciones en las que interviene.

—En algunas fotografías se le da un aire a Ivonne Reyes, pero con la cara más delgada — comenta Carmen en voz alta.

Abre una carpeta en el escritorio del ordenador en el que empieza a incluir fotografías de Luz Márquez. La encuentra rubia, con el pelo cobrizo, incluso rojo, castaña, con mechas azulonas. Descubre como su cuerpo y algunos rasgos de su rostro, pecho, pómulos y nariz, especial y notoriamente, cambian a lo largo de los años, a pesar de tratarse de una mujer guapa. Piel ligeramente dorada, mirada penetrante, propietaria de un cuerpo delgado y estilizado, armónico. Compara Carmen su pecho en una fotografía de 1996 y otra de 1999, tras someterse a una nueva intervención quirúrgica.

—Vaya dos buenas tetas que se puso la cabrona —y recrea el tamaño con las palmas de las manos. Por un segundo se imagina ella misma con un pecho de ese tamaño.

Son abundantes los reportajes y entrevistas que encuentra de la actriz en la prensa del corazón. Según aumenta su fama, descubre Carmen, también lo hacen sus declaraciones y las relaciones sentimentales que le adjudican, habitualmente con compañeros de rodaje, galanes de sonrisa nacarada y pectorales cincelados.

En 1997, Luz Márquez es la actriz principal de *Una vida de amor*, *Como un huracán* y *Ojos de tigre*, las tres telenovelas que se mencionan en los anuncios falsos de prostitución, aparecidos en la web de *Milanuncios.com*, con las fotografías y teléfonos de Lucía Sánchez, Rocío Altamirano y Verónica Caspe

Carmen introduce el título de las tres series en el buscador de un programa de descargas — ilegales—. Encuentra multitud de enlaces, varios cientos de capítulos de cada una de ellas. En una web sobre series de televisión, *todoseriesrosas.com*, encuentra información sobre *Una vida*

de amor . Luz Márquez es la frívola y caprichosa hija de un terrateniente que se enamora perdidamente de un joven de procedencia humilde, lo que provoca un conflicto familiar. Por lo que lee Carmen, no deja de ser una adaptación, al culebrón, de la trama de Romeo y Julieta. Esta primera telenovela de Luz Márquez como protagonista cosechó una buena acogida entre el público, consiguiendo unos más que aceptables índices de audiencia.

«‘En Una vida de amor’ se inicia la relación profesional que mantuvieron Luz Márquez y Osvaldo Cartagena a lo largo de los años y de las producciones» , lee Carmen en una web especializada. Cartagena pasó a ser el *guionista personal* de Luz Márquez.

Carmen agarra su libreta de un manotazo al descubrir que el personaje que interpreta Luz Márquez en *Una vida de amor* se llama Adela. Comprueba que es el nombre que aparece en el falso anuncio de prostitución en el que se menciona el título de la serie, junto al teléfono móvil y fotografía de la mano con uñas rojas de Lucía Sánchez. Busca la misma coincidencia en las otras telenovelas y en unos pocos segundos la encuentra. Luz Márquez es Anadelia en *Como un huracán* y Esperanza en *Ojos de tigre* .

—*Hijoputa* —suspira Carmen al tiempo que compara los pantallazos de los anuncios de prostitución con las sinopsis de las series que ha encontrado en la Red.

Aferrada a su intuición, que le indica que sigue la dirección adecuada, no tarda en encontrar más similitudes: en las fotografías promocionales de *Una vida de amor* , Luz Márquez exhibe en sus manos unas uñas rojísimas, de un rojo idéntico al que puede contemplar en la mano seccionada de la madrileña Lucía Sánchez. Lo mismo sucede con el azul en las uñas de los dedos de los pies de Verónica Caspe. Contempla una imagen de una secuencia de *Como un huracán* , en la que aparece Luz Márquez con un insinuante y diminuto bikini azul marino, muy morena de piel, el pelo suelto y despeinado por el viento, en una paradisíaca playa, el azul intenso de sus uñas destaca entre la blanquísima arena que pisa. El mismo azul que el encontrado en las uñas del pie seccionado de Verónica Caspe, supuestamente. Le cuesta a Carmen más trabajo encontrar el «corazón» de *Ojos de tigre* , que relaciona la serie con el anuncio de prostitución y con el asesinato de Rocío Altamirano en Sevilla. Aunque durante varios segundos lo ha tenido delante, no lo ha visto, concentrada en encontrar un «corazón» órgano, Carmen ha tardado en relacionar la alfombra con forma de corazón a los pies de la cama de *Esperanza* , interpretada por Luz Márquez, en *Ojos de tigre* , con el que aparece en el anuncio de *Milanuncios.com* y con el que encontraron en las inmediaciones del Ayuntamiento de Sevilla.

El descubrimiento provoca en Carmen una profunda y momentánea excitación, y por un instante se siente aturdida, sobrepasada. Es incapaz de detener su mirada en una imagen concreta, como si intuyera que existe detrás de ellas un «algo más».

—¿Qué coño es esto? —se pregunta Carmen en voz alta.

Enciende un cigarrillo que ha liado mirando los pies de Luz Márquez/Anadelia en la arena de la fotografía promocional de *Como un huracán* .

—Ese pie es idéntico, coño, idéntico —se levanta Carmen y se coloca en cuclillas frente a la pantalla, a menos de una cuarta.

Como si estuviera viendo un partido de tenis, mira fijamente Carmen las dos fotografías que ha abierto en la pantalla, del pie seccionado y de los pies de Luz Márquez. Trata de hurgar en cada píxel, buscando una diferencia que no termina de encontrar.

—¿Hemos comprobado que los tres miembros aparecidos son realmente de las víctimas o seguimos trabajando con supuestos? —pregunta autoritariamente a Jaime.

—Seguimos trabajando con supuestos. Muy ciertos, pero supuestos —dubitativo, responde.

—¿Cómo? —insiste Carmen, gesticula con la mano libre, como si estuviera frente a Jaime y no

frente a su fotografía.

—Lo compruebo, ¿vale? —responde Jaime, muy seco.

—Pero ya —le apremia.

Jaime pulsa la tecla de «pausa» de un mando a distancia y congela en la pantalla de la televisión una imagen en la que aparece Verónica, sonriente y primaveral, con vestido de gasa claro, delante de la Fontana de Trevi, en Roma. Julia encoge sus hombros y frunce el ceño, queriendo preguntar.

Deliberadamente, tras un molesto silencio de varios segundos, Jaime cambia el tema de la conversación.

—Hemos visto las películas que tenía Javier Loiza en el armario, y también hemos comprobado sus visitas más frecuentes en Internet... No te puedes imaginar —dice Jaime bajo la atenta mirada de Julia, sentada en el brazo de un sofá marrón.

—¿Qué?

—De manual.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Por dónde empiezo? —le pregunta mirando a Julia.

—Por la A y no pares hasta la Z —responde Carmen, que juguetea con un lápiz, impaciente por comenzar a anotar en su libreta.

—Ahora te lo mandamos con detalle, pero ya te voy adelantando. Estaba enganchado a la sección de «contactos» de *Milanuncios.com*, la web donde aparecieron los anuncios con los teléfonos de las víctimas, no perdonaba una noche, mujeres y travestis, dúplex, de todo un poco. Las llamaba por teléfono, conversaciones muy cortas, imagino que para preguntar precios. Y no llamaba a las que estaban en Valencia, no precisamente...

—Madrid, Barcelona y Sevilla, ya puestos, ¿no? —le interrumpe Carmen.

—Eso es. Lo tenemos perfectamente contrastado, hemos cruzado los números. Anotaba los teléfonos y nombres de las putas que llamaba en un archivo, *Contactos* le puso.

—Metódico y descuidado al mismo tiempo, qué cosa más rara —reflexiona Carmen Puerto en voz alta.

—Muy descuidado, llevaba meses, casi siete, sin limpiar el historial del ordenador —añade Jaime.

—También anotaba las direcciones —dice en voz alta Julia.

—¿Qué dice esa? —con desgana, pregunta Carmen.

—También tenía un archivo titulado *porno*, anotaba las direcciones de las páginas web que visitaba. Y lo hacía con frecuencia. Todas las noches y muchas mañanas, muy temprano. Los fines de semana se pegaba un auténtico festín.

—Ahora dime que tenía en un archivo los anuncios falsos de las tres víctimas —le propone Carmen Puerto con ironía.

—No, no, pero es lo único que le falta. Las búsquedas de Google son para morir: «Dónde conseguir ácido sulfúrico, recipientes para ácido sulfúrico, horario trenes Sevilla, Madrid, Barcelona, horario aviones Sevilla, Madrid... cuánto tarda un cuerpo en desaparecer...», en fin, todo lo que te cuente es poco —relata Jaime sin dejar de mirar a Julia, como si necesitase comprobar que nada de lo que dice la incomoda.

—Y para rematar la faena el cuadro del Edificio *Capitol* en el dormitorio, ¡ole! ¡El país de las maravillas! ¡Bravo, ya tenemos al asesino, ya es nuestro el *Amante Ácido*, que lo tuitee el cabrón de Ginés y todos tan contentos! —exclama Carmen, sin dejar de escribir.

—¿Cómo dices? —pregunta Jaime sorprendido. Le hace un gesto a Julia, en el que le trata de

decir: *a ésta se le ha ido la cabeza* .

—Tanta perfección, tanta evidencia, tanto orden a nuestro servicio, me abruma. Que un tipo tan listo sea tan descuidado, no me cuadra —dice.

—Y no te vas a creer lo de los cedés —le advierte Jaime.

—Espera, te lo digo: se ve a Javier cómo asesina a Verónica Caspe, cómo le corta el pie, cómo la mete en el ácido, cómo la deja en el trastero —espeta con sorna Carmen Puerto.

—No, no, no es eso —ríe Jaime, que habría fabricado una sonora carcajada de haberse encontrado solo, sin la penetrante mirada de Julia a medio metro.

—Sorpréndeme.

—Como el que estaba dentro del devedé no hemos encontrado ninguno más. Los del armario eran películas porno y... ¿preparada?

—Suelta.

—Series venezolanas de televisión —dice.

—¡Culebrones, coño, culebrones! —apostilla Julia, en voz alta.

Carmen se pone en pie y extiende sobre la mesa las fotografías de Luz Márquez que ha impreso.

—¿Qué tipo de culebrones? —pregunta muy seria Carmen, lo que sorprende a Jaime.

—Venezolanos todos, ya tienen sus añitos, por las pintas, ¿es importante? —sospecha Jaime que Carmen no le ha terminado de contar todo lo que sabe.

—Todo es importante, todo —se limita a responder ella, plenamente convencida de que los culebrones almacenados en los cedés están protagonizados por Luz Márquez.

—¿Todo? ¿También los culebrones que veía? —insiste Jaime, desconfiado.

Duda Carmen, durante unos segundos, si compartir su descubrimiento con Jaime y Julia. Deduce que descubrirán la relación de los anuncios de prostitución con los culebrones nada más tengan conocimiento de los títulos, es cuestión de tiempo. *Como un huracán* y *Ojos de tigre* llaman mucho la atención, razona Carmen. Además, necesita saber cuanto antes si los encontrados en casa de Javier Loiza están protagonizados por Luz Márquez.

—Vamos a ver, Jaime, te cuento: acabo de descubrirlo. Los falsos anuncios de prostitución esconden títulos de telenovelas protagonizadas por una actriz venezolana que asesinaron hace unos años, en 2002. Y...

—Dime —ahora es Jaime el que exhibe impaciencia.

—Descubrieron su cadáver congelado, mantenido en un congelador por su propio marido, un empresario español llamado Juan Martos —y durante varios minutos Carmen relata a Jaime y Julia todas las coincidencias que ha descubierto en las últimas horas.

—Sí, es Luz Márquez la protagonista —confirma Julia, con el mando a distancia en la mano.

—*Una vida de amor* ... sí, sí —dice Jaime.

—Como mínimo, debe tener grabados tres culebrones en esos cedés —anuncia Carmen.

—Lo miramos.

Nada más concluir la conversación, busca Carmen en la agenda de su teléfono móvil el número de *Jefe* . Lo marca, y procede a contarle todos los detalles, ampliándolos con los últimos datos que acaba de conocer.

—¿Él las ha matado, no? —con tono grave pregunta *Jefe*, una vez escuchada la explicación.

—No lo creo.

—¿Por?

—Demasiado evidente, demasiado simple. Tengo la impresión de que Javier Loiza es otra víctima. Estoy casi segura —se atreve a decir Carmen.

—Puede que estés equivocada —la voz de *Jefe* es más grave.

—Puede —le cuesta decir a Carmen, que ha creído escuchar un «puede que estés equivocada otra vez» en la anterior frase.

—Sigamos —dice *Jefe* a modo de despedida y cuelga.

Carmen comprueba que la conversación ha finalizado mirando la pantalla de su teléfono móvil.

—¡Mierda! —exclama.

Con la ayuda de unas tijeras, recorta fotografías de Luz Márquez, de Javier Loiza, de los miembros encontrados, de Verónica, Rocío y Lucía. Durante un instante se queda mirando la imagen de la madrileña. Se dispone a pegar con cinta adhesiva las fotografías en la pared, sobre la pantalla de plasma, cuando recuerda la cita de esta noche con Alberto. Hasta que no se haya ido no lo hará, Alberto no sabe nada de su vida, de su encierro, de a lo que se dedica, y pretende que siga siendo así. Tampoco Carmen cuenta con una información detallada de Alberto, a pesar de haber estado tentada en alguna ocasión de rastrear su correo, su teléfono, su pasado. Para Carmen, Alberto es ese breve espacio limpio de su vida, no contaminado, diferente, salvaje. Necesita que siga siendo así, alejado de todo lo que es su rutina.

Otros días similares a éste, programada una cita con Alberto, habría empleado todas las horas en preparar el encuentro. Le habría dedicado varias horas a hidratar su piel, a maquillarse y peinarse, a pintarse los labios, a aplicar volumen a sus pestañas. Tal vez le habría encargado a Jesús que le recogiera un vestido nuevo, o con tiempo habría comprado uno a través de Internet, le gusta a Carmen recuperar esa parte de la mujer que fue cada cierto tiempo, aunque solo sea por unas horas. Volver a ponerse unos zapatos de tacón, la última vez le costó recuperar ese equilibrio que durante años mantuvo sin apenas esfuerzo, con absoluta naturalidad. Lamenta no haber podido dedicarle más tiempo a este día, superada por los acontecimientos; este día que no está siendo tan especial y diferente como ella entiende que debe serlo.

Recibe un mensaje de Jaime a través de Whatsapp en su teléfono móvil:

«Una compañera de Lucía le ha contado a los compañeros que tenía prevista una cita, que últimamente estaba quedando con alguien».

—¿Quién? ¿Habéis comprobado las llamadas? —escribe Carmen.

«Estamos en ello. Nos metemos en el avión. Bye».

Accede Carmen a la página de Facebook de Lucía Sánchez Roda. Descubre que apenas hay fotografías recientes, que la mayoría son de su etapa en el instituto, deduce, a tenor de su aspecto: pantalones de pitillo, pelo alborotado, calentadores, chaquetas vaqueras, más delgada que en la actualidad. En las dos fotografías más recientes, una de 2009 y otra de 2012, se puede ver a una Lucía que mira con desconfianza a la cámara. No es exactamente tristeza, o eso intuye Carmen, lo que desprenden sus ojos claros, es distancia, tal vez incomodidad.

—Qué poco sabemos de ti —dice Carmen en voz alta.

Sin embargo, a pesar de la sensación que la invade, convencida de que hasta el momento le ha prestado muy poca atención a Lucía Sánchez Roda, la mujer asesinada en Madrid, retoma la búsqueda de Luz Márquez.

El fulgurante éxito en sus tres primeros papeles protagonistas, en *Una vida de amor*, *Como un huracán* y *Ojos de tigre*, no impide que en 1998 Luz Márquez ocupe las portadas de todas las revistas por un luctuoso y desgraciado suceso. Su pareja desde principios de ese mismo año, Ricardo Santillana, un joven, guapo y famoso actor, con el que había compartido protagonismo en *Ojos de tigre*, fallece a finales de agosto en un accidente de tráfico. Contempla Carmen Puerto las imágenes del Mercedes descapotable destrozado, convertido en un amasijo de chatarra, sobre una alfombra de trocitos de cristal y restos de sangre reseca, junto a un arbusto, a

la salida de una curva.

En la web de una revista, *Corazón Latino*, se indica que Luz y Ricardo estuvieron discutiendo airadamente esa misma noche, en el transcurso de la fiesta organizada por la productora, RTCV, por el éxito cosechado por la serie, en las afueras de Caracas. *Ricardo despreció los brazos de su amada y escapó de la fiesta a toda velocidad*, puede leer Carmen. Esta noticia la traslada a Rocío Altamirano, la mujer asesinada en Sevilla. Su marido falleció, solo ocho meses después de contraer matrimonio, en un accidente de circulación, cerca de Jerez de la Frontera.

—Esto tiene que ser una puta casualidad.

Anota y subraya la coincidencia, una más, con el deseo de que se trate solo de eso: de una coincidencia. Aun así, busca alguna referencia del mortal accidente de tráfico del marido de Rocío Altamirano y no encuentra nada.

El reloj marca las ocho de la tarde y conecta la cámara de la puerta a la pantalla del ordenador. Pronto cerrará la peluquería Jesús. Sin perder de vista la pantalla, comprueba si ha recibido algún mensaje en la agenda electrónica. El puerto de infrarrojos del Nokia 6230 está desconectado.

—Mierda de suecos, con razón se han ido a la mierda —resopla Carmen Puerto.

Nada más ponerlo en funcionamiento recibe el correo que esperaba. Tras abrir el archivo adjunto, no le sorprende leer que Javier Loiza había llamado a las tres mujeres asesinadas, en las 24 horas previas a su fallecimiento.

—Una evidencia más, tan clara y tan falsa al mismo tiempo.

Tal y como le había comentado Jaime, las visitas a páginas de contenido pornográfico y a la sección de «contactos» de *Milanuncios.com* son muy frecuentes, al extremo de conformar su rutina diaria, tal y como le detalla el historial web que acaba de recibir. Como presentía Carmen, también accede con frecuencia a la web de *ContactFree.com*, como hacía su ex mujer, Verónica Caspe, bajo el *nick* Y3842. Es un asiduo del foro, que prácticamente visita todos los días desde los últimos seis meses. Este dato corrobora el perfil de Javier Loiza, y coincide igualmente con el historial de las visitas a las otras webs. Antes de los seis meses señalados, donde se disparan las conexiones, las visitas son habituales, pero no con la asiduidad y frecuencia recientes.

—Mirar el ordenador con detalle, no es creíble esto —repite en voz alta Carmen mientras escribe.

—Muy importante —escribe a continuación, y lo subraya.

—Las llamadas, los cedés del armario con los culebrones, la grabación del encuentro sexual, todo lo han dejado para que los encontremos, como todo lo demás. Decorado, decorado, decorado —razona.

En completo silencio, se olvida de la música cuando requiere de la máxima concentración, escucha la persiana metálica de la peluquería. Nada más dirigir la mirada a la pantalla se reincorpora Jesús tras extraer la llave de la cerradura inferior. Durante un largo segundo se queda mirando a la cámara, con los ojos muy abiertos, como si le quisiera decir algo a su «casera». Carmen lo contempla alejarse, muy lentamente, en dirección contraria a la de la mayoría de los días, calle abajo. Está a punto de escapar del campo visual de la pequeña cámara, apenas unos pasos recorridos, cuando Jesús se detiene, se dirige de nuevo a la peluquería y, en cuclillas, introduce la llave en la cerradura inferior de la persiana metálica. No es algo nuevo para Carmen, ya ha ocurrido con anterioridad, son ya cinco años contemplándolo, pero sí le sorprende que sea hoy, precisamente, cuando se le ha olvidado algo.

Dentro de la peluquería, Jesús conecta la televisión y eleva considerablemente su volumen, una situación que sí es absolutamente nueva, diferente, para Carmen. Se arrodilla Carmen y aplasta su oído derecho contra el suelo. Están retransmitiendo un partido de fútbol en la televisión,

comprueba Carmen que se trata de Telecinco. Una circunstancia que aún más le extraña: a Jesús no le gusta el fútbol. Vuelve a conectar la cámara a la pantalla, tal vez tenga una cita en la peluquería, va a ver el partido con un amigo, deduce, pero no llega nadie. Con el oído aplastado contra el suelo, Carmen cree escuchar que Jesús está hablando por teléfono, pero le es imposible descifrar lo que dice.

Repentinamente, cesa el sonido de la televisión y se hace el más absoluto de los silencios. Carmen se reincorpora y contempla la pantalla de plasma: Jesús vuelve a salir. Por sus movimientos, agitados, torpes, intuye Carmen que tiene prisa. Cierra la persiana metálica a toda velocidad y camina en la misma dirección de todos los días, hacia su domicilio. En un par de segundos deja de verlo. No le ha dedicado una mirada a la cámara en la despedida.

—¿Qué coño le pasa a éste hoy? —le pregunta Carmen a la Karen de Alex Katz.

Karen mantiene su sonrisa y no responde.

Puesta en pie, contempla Carmen el sofá, la mesa y un par de sillas completamente cubiertas por fotografías, anotaciones y decenas de folios impresos. El trabajo se le acumula, y la sensación de que se enfrenta a él sin un método, sin un camino concreto que seguir, la abrume. Entra en la cocina, se atisba el atardecer a través de las cristaleras biseladas. Se cerciora de que la cancela esté perfectamente cerrada, tirando hacia ella con fuerza. Mientras calienta el agua en el microondas revisa la fruta y verdura que aún le quedan en el frigorífico y en una enorme fuente de cristal, en un extremo de la encimera. Desconcertada, hasta este momento no había reparado, descubre que no tiene una sola cerveza en la nevera. *Alberto siempre toma un par de cervezas*, piensa, y por un instante tiene la tentación de llamar a Jesús.

—No es el mejor día —se lamenta.

Ayudándose de un taburete, abre una pequeña puerta en la parte superior de la cocina, a la derecha de la campana extractora. Con la punta de los dedos acerca hasta el filo media botella de *Johnny Walker*, etiqueta negra, y dos de sidra. Baja las botellas con cuidado y las introduce en la nevera. Comprueba la hora en su teléfono móvil, quedan 25 minutos para las nueve de la noche. Otros días, más planos, más tranquilos, ya llevaría varias horas dedicadas a preparar su encuentro con Alberto. Es más, normalmente a esta hora ya ha tenido todo preparado, demasiado previsora, la impaciencia la ha consumido, recuerda esperas interminables. Hoy no, nada es como debiera.

Regresa al salón con una taza de capuchino entre las manos, las bañistas de Katz prosiguen con su tranquilo paseo entre las dunas de una playa que se intuye. Comienza a liar un cigarrillo cuando recibe el aviso de un nuevo correo electrónico, enviado por Alberto.

«Lo siento mucho, la cosa se me ha complicado, lo tendremos que dejar para otro día. ¿Qué te parece mañana, a la misma hora?».

Lee Carmen varias veces el correo electrónico antes de responder. Aunque en un primer instante la noticia la entristeció profundamente, apenas dos minutos después es alivio lo que siente. Lo prefiere así. Hoy, definitivamente, no era el día.

No te preocupes. Te espero mañana, responde Carmen.

No le sorprende la cancelación de la cita por parte de Alberto, no es la primera vez que sucede. De hecho, ha sido la propia Carmen la que ha cancelado alguna cita con anterioridad. Hoy ha estado a punto de hacerlo en más de una ocasión, pero el deseo de verlo, la necesidad de estar a su lado, la ha frenado.

Hace cuatro años, siempre lo recordará Carmen, uno después de comenzar con sus citas, Alberto le confesó, aún desnudo en la cama, mientras fumaban y bebían cerveza, que lo había dejado, que había conocido a una chica, que iban a empezar a vivir juntos, que por suerte ya tenía un trabajo y que no necesitaba hacer «esto» para ganar dinero.

—¿Eso quiere decir que no vendrás más? —le preguntó Carmen, a punto de llorar, más herida de lo que el tono de su voz reflejaba.

—Si tú quieres que siga viniendo... —insinuó él, la mirada difuminada tras una nube de humo.

—Claro que quiero que sigas viniendo —no dudó en decir Carmen, sincera.

—Me gusta estar contigo —dijo Alberto.

Y Carmen se abalanzó sobre sus labios.

Aun así, Carmen sigue pagándole a Alberto sus servicios. Procura hacerlo de una manera discreta, sin que él se dé cuenta, sin pactar una cifra. En un descuido cuele trescientos, cuatrocientos, a veces quinientos euros, en uno de sus bolsillos. Cuando se vuelven a ver, Alberto no se lo reprocha, no le dice nada. Vuelve a ser ese amante perfecto, a pesar de la distancia y el tiempo.

En todos estos años nunca le ha preguntado Carmen por su relación, por su trabajo, por la vida que lleva ahí fuera. Y no pretende hacerlo en el futuro. Quiere que siga siendo así, su amante anónimo, su pasión secreta, su oasis en mitad del interminable desierto. Sus besos y sus caricias, entre las sombras de la soledad en la que habita.

Cubre la pantalla con varias fotografías de Alberto, tomadas a escondidas a lo largo de los años. Es algo que Carmen hace con relativa frecuencia, le gusta examinar cómo ha ido madurando, de los 24 años del principio a los 30 actuales.

Cada día está más guapo , más tío, más hecho , es un pensamiento repetido, que en más de una ocasión ha compartido con Karen.

Contemplándolo de nuevo en la pantalla, descubre que su deseo y la atracción permanecen intactos. Razones más que suficientes, así lo considera, para agradecer que haya cancelado la cita de esta noche.

Alberto se merece algo especial.

MARTES, 3 DE JUNIO DE 2014. 23 H.

Carmen Puerto improvisa la cena preparándose un *carpaccio* de calabacín. Había planeado un braseado de verdura, zanahoria, berenjena y calabacín, pero la avería de la vitrocerámica se lo ha impedido. Tras comprobar el cableado, el enchufe y la toma de la pared, e intentar reparar ella misma el electrodoméstico —sin desmontarlo—, optó por el cambio de plato. La avería de la vitrocerámica es para Carmen, en este momento, un asunto menor. Aunque está convencida de que llegará a convertirse en un gran problema en unos días, o cuando el microondas o el horno también dejen de funcionar. Por el momento no se plantea recurrir a Jesús, tal y como ha hecho en el pasado.

- Julia acaba de llegar a casa. El que concluye ha sido un duro y largo día, y presiente que los siguientes serán similares. No puede dejar de pensar en Javier Loiza y Verónica Caspe. Bajo la ducha, mientras el agua corre por su cuerpo, imagina a Javier con el ordenador portátil metido en la cama, participando en un chat o viendo una película porno. También piensa en Jaime, en lo irritante que puede llegar a ser en determinadas ocasiones. Frente al espejo repite algunas de sus ocurrencias, tratando de imitar su voz. No puede evitar que se le escape una sonrisa. Le gustaría no pensar en Antonio, pero lo hace, con mayor frecuencia de la que desearía. Ya han pasado dos años, lo recuerda Julia perfectamente, discutieron un domingo, a primera hora de la mañana, todavía en la cama. Una discusión como tantas otras, que como tantas otras comenzó por cualquier asunto sin importancia y que, como tantas y tantas otras, derivó hacia el modelo de relación que deberían mantener.

—Yo no quiero esto el resto de mi vida —fueron las últimas palabras de Antonio.

—Pues ya sabes —le retó Julia, muy enfadada.

Cuando el lunes siguiente, por la noche, Julia regresó a su casa, Antonio y todas sus cosas, sus libros, camisas, películas, habían desaparecido. Cajones vacíos, estanterías melladas, una nueva y silenciosa amplitud en el frigorífico. Esperó Julia una semana hasta marcar su número, pero Antonio no atendió la llamada. En estos dos años sin Antonio ha estado tentada Julia de volver a llamarlo en más de una ocasión. Ha ensayado Julia, casi todos los días, esa conversación que hasta ahora nunca se ha producido. «No te llamo para pedirte que vuelvas, tan solo para saber por qué te fuiste».

Tumbada en la cama, se coloca Julia el ordenador portátil sobre los muslos y accede a la web de *ContactFree.com*. Es la primera vez que lo hace desde el verano pasado. El sistema mantiene su nombre de usuaria y clave. Su *nick* es *X3002*. Tras revisar los mensajes, hay almacenadas más de doscientas peticiones de personas interesadas en conocerla, la mayoría hombres, aunque también algunas mujeres y parejas. Como de costumbre, sin dejar de pensar en Javier Loiza, lo sigue viendo en el interior de la bañera, con la vista fija en el techo, se dirige al foro, que siempre ha sido la zona de la web que más he visitado. Establece los filtros de búsqueda: *trío*, *HMH* y busca una experiencia que describa con palabras las imágenes que ha visto en la comisaría de Valencia, al reproducir el *deuvedé* encontrado en el apartamento de Loiza. Tras desechar docenas de mensajes, descubre uno que se puede aproximar a lo que sus ojos han contemplado.

Experiencia: *Y3842*

Tipo de experiencia: Trío, *HMH*.

Fecha: El fin de semana pasado.

Lugar: En un hotel.

Previo: Hace dos meses mi mujer hizo su primer trío y le gustó muchísimo. Pactamos que el siguiente trío lo haría con dos tíos y que yo sería uno de ellos. Siempre hemos jugado con esa fantasía y quería que ella se diera ese gustazo.

Relato: Reservé la suite de un hotel para el sábado. Cuando llegamos a la habitación del hotel mi mujer encontró sobre la cama una bolsa con un tanga y un sujetador negros, dentro, los dos de raso muy brillante, y también había una venda. Le dije a mi mujer que se los pusiera. Nos reímos un rato, yo creo que de los nervios, y comenzamos a besarnos, pero decidimos parar para reservar la energía para después. Cuando se puso el tanga y el sujetador, le pedí que se dejara los zapatos de tacón y a continuación le tapé los ojos con la venda y le dije que no se la podía quitar hasta que yo se lo dijera. Sentada en el borde de la cama, sin ver nada, a la hora prevista sonaron tres golpes en la puerta y poco después unos labios comenzaron a besarle el hombro derecho y toda su piel se erizó y después otros labios empezaron a besarle el hombro izquierdo, mientras que ella intentaba besar esos labios. Unos dedos desabrocharon su sujetador y dos manos empezaron a tocar sus pechos. Otra boca le apartó el tanga y le introdujo la lengua en su vagina. Mi mujer empezó a darle placer a un hombre, a la vez que otro se lo daba a ella. Mientras uno salía el otro bajaba, como si lo tuvieran ensayado, mi mujer perdió el control, se volvió loca de gusto. Estaba a punto de correrse otra vez, cuando unas manos le quitaron la venda. Al primero que vio fue al hombre de abajo, un chico de unos veinte años, moreno, muy cachas, con las manos en sus tetas. Tampoco era yo el que estaba detrás. Yo estaba junto a la cama, recostado en un sillón, viendo cómo aquellos dos maromos se follaban a mi mujer. Por un momento mi mujer se quedó descolocada, no podía creer lo que estaba pasando, aunque eso no consiguió que se redujera el placer que estaba sintiendo. Estaba muy caliente. Después de unos minutos, caímos casi desmayados, era algo que no se puede contar con palabras, la cosa es que nos quedamos tumbados sobre la cama durante unos minutos. Ni nos dimos cuenta de que los hombres se habían ido. Un rato después comenzamos a reír y volvimos a follar con la fuerza y el calentón de los primeros años.

Valoración: Debo reconocer que todavía no sé si esa noche mi mujer y yo fuimos demasiado lejos, si fue una experiencia que se nos escapó de las manos. Es verdad que con el paso de los días esa sensación ya no es como la de ese mismo día. Estoy seguro que mi mujer podría con cuatro tíos a la vez. Yo sí puedo decir, porque es la verdad, que me lo pasé muy bien, que me he masturbado varias veces recordándolo.

Recomendable: Siempre que se entienda como un límite que no estamos dispuestos a superar en el futuro. Como experiencia, muy recomendable, claro que sí.

Escribe Julia en su *Ipad* : *La suite* .

Casi al mismo tiempo que Julia, que sigue tumbada en la cama leyendo informes y visitando páginas web pese al sueño que la invade, además de respondiendo a mensajes en su teléfono móvil, acaba de leer Carmen Puerto el relato de una experiencia en el «foro» de ContacFree.com escrita por Javier Loiza, bajo su *nick*: *Y3842* , el ex marido de Verónica Caspe, en 2012, años después de que se hubieran divorciado. Tal y como se señala en la

información enviada por nodigassuerte@yahoo.es, comprueba que Javier Loiza se dio de alta en la página de contactos solo dos meses después de que lo hiciera su ex mujer, en enero de 2012.

—¿Tienes una copia de la película? —le pregunta Carmen a Jaime nada más atender su llamada.

—No —responde soñoliento.

—¿Estás dormido? — molesta, pregunta Carmen.

—No —no se atreve a responder la verdad.

—¿Cuándo puedo tener una copia? La necesito —exige Carmen.

—Mañana a primera hora.

Funcionarios de mierda, resopla la inspectora nada más colgar.

Mira la hora en el reloj del teléfono móvil, faltan 10 minutos para la 1, si no hubiera cancelado la cita estaría a punto de llegar Alberto. Ahora debería estar Carmen en el comienzo de la empinada escalera que conduce a su apartamento, nerviosa, esperando tres tonos de llamada para abrir la puerta de la calle. Ya han pasado más de tres meses desde que bajó la escalera por última vez. Echa de menos contar los segundos hasta la ansiada señal, no dejar de mirar la pantalla del teléfono. Echa de menos, por encima de todo, a Alberto, sus jugosos labios, esos brazos fuertes y grandes que la envuelven como si fuera una niña. Echa de menos su olor, su vientre duro y cuarteado, desenmarañar los encrespados rizos de su cabeza, sentir su peso, su fuerza, su aliento, como si la distancia no existiese.

Enciende Carmen un cigarrillo, se masajea los hombros, los mueve tratando de reducir la presión que siente sobre ellos. Necesita dejar de pensar en Alberto en esta noche que debería estar a su lado, y también necesita dejar de pensar en el relato que acaba de leer. Considera que hasta no ver detenidamente la grabación es un asunto a aparcar. Retoma la búsqueda de Luz Márquez.

Tras el fallecimiento de su pareja sentimental, Ricardo Santillana, en agosto de 1998, Luz Márquez se tomó varios meses de descanso y sus apariciones públicas fueron escasas. Sin embargo, su presencia en las revistas y espacios televisivos del corazón siguió siendo constante, debido a que continuaban emitiendo nuevos capítulos de las tres telenovelas que había protagonizado hasta el momento y porque no cesaron los rumores sobre las causas del fallecimiento de Ricardo Santillana. En una revista se achacaba a un exceso en el consumo de alcohol durante la fiesta, *algunos testigos afirman que la copa de Ricardo Santillana siempre estaba llena*. Otra publicación, especializada en casos morbosos, *Verdad Real*, aseguraba contar con un informe pericial que indicaba que *el accidente de Santillana tuvo lugar por graves fallos en el sistema de frenado de su automóvil*. Este mismo medio apuntaba que la relación entre Luz Márquez y Ricardo Santillana estaba rota desde meses atrás, y que la mantenían en público por imposición de la productora, por no perjudicar a la fotonovela que protagonizaban: *Ojos de tigre*.

—Será una puta casualidad, pero es que *Ojos de tigre* es el culebrón que se menciona en el anuncio falso de Rocío Altamirano, y su marido murió en un accidente de tráfico, coño, y a los ocho meses de casarse.

Carmen anota los datos y circunstancias más relevantes, subrayando las fechas en las que se produjeron. En la edición digital de una revista, lee que en junio de 1999 Luz Márquez viaja por primera vez a España, consecuencia directa del éxito cosechado por *Una vida de amor*, en antena —*Telecinco*— desde principios de ese mismo año. Tanto *Como un*

huracán como *Ojos de tigre* no tardan en ser adquiridas por *Televisión Española* y *Antena 3*, respectivamente.

Luz Márquez llega a España el 1 de junio de 1999, acompañada por Mario Fernández, el protagonista masculino de *Una vida de amor*, y con el que volvería a trabajar en *Nueva en la ciudad*. Algunas publicaciones comienzan a relacionar a la pareja de actores más allá de los platós: *Luz reencuentra el amor en los brazos de Mario*, puede leer Carmen Puerto. Mario es un hombre de unos treinta años, de belleza estándar, prototípica, un galán de culebrón al uso, con melena al viento y camisas abiertas exhibiendo pectorales. *En una visita relámpago de dos días, los guapos protagonistas del éxito televisivo del momento visitaron Madrid, Barcelona y Sevilla, donde pudieron descubrir por sí mismos la reciente popularidad alcanzada en nuestro país*, puede leer una estupefacta Carmen Puerto en una revista española del corazón, *Sonrisas*. La información se acompaña de un amplio reportaje fotográfico, en el que se puede ver a la joven pareja de actores saludando a curiosos y seguidores en diferentes espacios públicos de las ciudades citadas. Y así, Carmen Puerto cree descubrir, a lo lejos, en una fotografía difusa, el Edificio *Capitol*, Plaza del Callao, en Madrid, Plaza de Catalunya, en Barcelona, en una segunda imagen, así como un lateral del Ayuntamiento de Sevilla en una tercera fotografía del reportaje.

—¡Coño, coño, coño! —su voz retumba en todos los rincones de su solitaria y oscura vivienda.

Carmen no puede creer lo que ve y lee. Amplía todo lo que le es posible las fotografías y las compara con otras de los lugares que ha buscado, tras la aparición de los miembros seccionados de Lucía Sánchez, Rocío Altamirano y Verónica Caspe. Examina cada detalle, cada centímetro. No le cabe duda alguna: Luz Márquez estuvo en los tres lugares donde se encontraron los miembros de las tres mujeres asesinadas, en esa su primera visita a España, el 1 y 2 de junio de 1999.

—Qué coño es esto, joder, no solo coinciden los lugares, también las fechas, ¡hostia, hostia!—. Carmen Puerto se lleva las manos a la boca, consciente de que ha elevado en exceso el tono de su voz—. Este cabrón está montando su propio homenaje, o lo que coño sea esto, a la vida de la tipa ésta, quince años después, quince años después... —Carmen escribe con letras mayúsculas en su libreta.

Incrédula, abrumada, examina una y otra vez las fotografías de esa primera visita de Luz Márquez a España. Una mujer con grandes gafas negras de concha, junto a dos chicas que pueden ser sus nietas, abordan a una radiante Luz Márquez, vaqueros y cazadora de cuero, muy ajustada, del brazo de un cincelado y extrabronceado Mario Fernández, sonrisas de anuncio de pasta dentífrica, y tras ellos se puede ver la parte inferior del Edificio *Capitol* en la Plaza del Callao. Más fotografías en Madrid, siempre la pareja rodeada por una legión de admiradores, en la Plaza Mayor, en la calle Preciados o paseando por la Gran Vía. En otra fotografía, la *Diosa* de Josep Clara contempla cómo Luz y Mario reparten besos y autógrafos entre sus admiradores en Plaza Catalunya. Ambos visten exactamente igual que en las fotografías madrileñas, fueron tomadas el mismo día, no le cuesta deducir a Carmen, que ha comenzado a imprimir todas las imágenes que encuentra de la pareja durante su primera visita a España. En una tercera instantánea, dos gitanas renegridas y embatadas acechan a la pareja con ramitas de romero en las manos mientras ríe la propuesta ante un grupo de jóvenes que extienden una pancarta en la que se puede leer: *Bienvenida Luz*, a escasos metros de un lateral del Ayuntamiento de Sevilla. Guiada por su intuición, o tal vez

se trate de una curiosidad desmesurada, también cabe citar en este caso al perfeccionismo, Carmen Puerto amplía la fotografía en la que aparecen los jóvenes que portan la pancarta. Examina sus rostros uno a uno, once jóvenes en total, cinco chicos y seis chicas; traza nuevos encuadres de grupo, en grupos de tres, cuatro o cinco, por altura, por proximidad; tiene la sensación de volver a contemplar una imagen que ha visto no hace mucho tiempo.

—¿Dónde coño he visto yo esto antes? —le pregunta a la sonriente Karen mientras enciende un cigarrillo.

Accede a la página de Facebook de Lucía Sánchez a través de uno de sus perfiles falsos. La información que ofrece de su biografía es escasa: su centro de estudios, su fecha de nacimiento, sin especificar el año. Buena parte de sus álbumes están compuestos por viejas y difusas fotografías escaneadas de su adolescencia, en las que aparece una Lucía de pelucón alborotado, siempre sonriente, en compañía de amigos. Fotografías que contrastan con las más recientes, donde Lucía aparece distante, casi intimidada por la cámara.

—Joder, las dos ya —se lamenta Carmen tras ver la hora en la pantalla del ordenador.

Enciende un cigarrillo y conecta la televisión. En un programa, que publicitan bajo el epígrafe de «investigación», analizan las dos violaciones a menores que se han producido en Madrid en los últimos meses. *Se repite el modus operandi*, insiste el presentador, con rictus fúnebre. Pedro Ginés, en su cuenta de Twitter y en el programa de televisión que participa, *Toda la verdad*, no ha dudado en denominar al sospechoso como *El pederasta de Ciudad Lineal*.

—¡Cómo es el hijoputa! —exclama con sorna y admiración.

Carmen Puerto no cesa de rectificar la exposición de una psicóloga sobre el posible perfil mental del sospechoso.

—Estáis más perdidos que el barco del arroz. No ha marcado todavía su área de seguridad, no ha exhibido plenamente su personalidad, está en fase de construcción. La mariposa que huye de la oruga, así de simple. No tardará en volver a actuar, no más de tres semanas, un mes como mucho. Buscad alguien con antecedentes por delitos similares, residente en la zona, no creo que llegue a los 40 años. Es un adicto. Seguro que no está Barri en este caso —razona Carmen en voz alta.

Piensa en Alberto, en este preciso momento estaría junto a él.

—Por el segundo polvo iríamos ya, por lo menos —suspira y le dedica una mirada a Karen, sonriente en la penumbra.

Accede al programa de descargas ilegales, ya dispone de varios capítulos de *Una vida de amor*, *Como un Huracán* y *Ojos de tigre*. Comienza con la primera telenovela. Banda sonora de canción emotivamente hortera: *no me importa luchar, no me importa sufrir si al final consigo mi sueño, que no es otro que una vida de amor, a tu lado*. Luz Márquez, Adela en la serie, conduce un lujoso deportivo que circula por un barrio en las afueras de una gran ciudad —Caracas, con toda probabilidad—. Se detiene en un semáforo y un joven que sale de una tienda con aspecto de posguerra española, interpretado por Mario Fernández, se queda prendado de ella nada más verla, poseído por un repentino enamoramiento. Así arranca *Una vida de amor*, y Carmen ve los tres primeros capítulos pasando a toda velocidad aquellos planos en los que no aparece Luz Márquez.

• Al mismo tiempo, a no más de quinientos metros lineales de donde se encuentra Carmen Puerto, Jesús lee, otra vez, remedio contra el insomnio y las ausencias, la novela de Rocío

Altamirano, *La puerta del corazón* . Hay fragmentos que puede recitar de memoria. Tumbado en la cama, solamente iluminado por una lamparita atornillada al cabecero de la cama, cada pocos minutos comprueba si ha recibido un mensaje en su teléfono móvil. Le empieza a asustar este silencio, inquietante y estricto, que no haya podido hablar con su amigo Gabriel desde que asesinaron a Rocío.

« En los momentos más difíciles, saber que estabas ahí, que podía contar contigo, aunque no estuvieras físicamente a mi lado, me ha servido para poder seguir hacia adelante. Porque de una manera que no puedo explicar, estabas junto a mí, te sentía cerca, sentía tu presencia y tu fuerza. Sin saberlo, me has ayudado más de lo que imaginas, y sé que lo seguirás haciendo». Lee muy despacio Jesús algunos fragmentos, que le siguen emocionando, como la primera vez. Y recupera a esa Rocío risueña que conoció y todos los momentos, buenos momentos, que pasaron juntos.

No puede dormir Jesús, dominado por las emociones que se concentran en su interior, la cama es un elemento hostil esta noche, las sábanas le ofrecen un abrazo áspero, enciende de nuevo la lamparita del cabecero y retoma la lectura. Julia, en cambio, duerme plácidamente desde hace un par de horas, el ordenador portátil permanece, conectado, a su lado, en la cama. Jaime duerme y ronca, abrazado por Sonia. Alberto se cepilla los dientes, acaba de llegar a casa. Carmen no ha superado el cuarto episodio de *Una vida de amor* , duerme en el sofá, bajo la atenta mirada de la Karen de Alex Katz, que no deja de sonreír. Ha comenzado Carmen a soñar: desnuda, entra en la elegante y añeja habitación de un hotel, unos brazos la conducen hasta la cama, toma asiento en el borde y cubren sus ojos con una venda negra. No puede ver nada.

MIÉRCOLES, 4 DE JUNIO DE 2014. 8.15 H.

El silencio de la habitación desaparece en un instante cuando comienzan a sonar los primeros acordes de *Highway to hell* de AC/DC.

Previsora, Carmen Puerto activó la alarma del teléfono móvil cuando presintió que el sueño acabaría derrotándola. No está acostumbrada y ha despertado de mal humor, pesada, lenta, presiente que su cerebro tardará más de lo acostumbrado en alcanzar su nivel óptimo. Las afiladas y distorsionadas guitarras de AC/DC retumban dentro de su cabeza.

En cierto modo, no se reconoce, y eso le molesta. A pesar de las pocas horas que ha dormido, ha sido una noche larga e intensa, la que ha vivido en una antigua y refinada habitación de hotel. En el sueño ha estado junto a Alberto, junto a Jesús, junto a Verónica, junto a Luz Márquez, Mario Fernández y Ricardo Santillana, y las emociones que le ha provocado aún permanecen en su interior. Es una sensación extraña, que podría entenderse como sucia, pero no es la palabra que Carmen emplearía para definirla. Pudor, esa palabra sí merodea ahora por la cabeza de Carmen, pero no por las imágenes que recuerda, tampoco por su implicación y predisposición en el sueño, no tuvo barreras, no rehusó nada, a nadie. Pudor por compartir un momento de su vida con alguien con quien no desea, que no escogió. Piensa en todo esto Carmen mientras el agua cae sobre su cuerpo, en la ducha.

Solo es un sueño, no nos pertenecen, no los controlamos, se repite.

Al secarse frente al espejo, Carmen descubre en su vientre las marcas que dos manos han dejado. Puede contar cuatro dedos en cada lado, perfectamente trazados. El corazón de Carmen late revolucionado, por un instante cree que ha dejado de respirar, que ha desaparecido todo el oxígeno de la habitación, que se ahoga frente al espejo, viendo las marcas de los dedos en su vientre. No solo ve los dedos, también las manos, los brazos, que la aprietan con fuerza, como si pretendieran asfixiarla. El pánico se apodera de ella de tal manera que, por primera vez en cinco años, siente la necesidad de abrir la puerta, bajar la empinada escalera y salir a la calle, y correr. Muy lejos.

Moja una toalla y la restriega sobre la zona afectada, pero los dedos siguen estando ahí, marcados a sangre en su piel. Toma un tarro de crema hidratante y extiende una gran cantidad sobre la piel enrojecida, siente el escozor inicial, el refrescante alivio a continuación. Se esfuerza Carmen en controlar la respiración, en volver a recobrar el control de su cuerpo y de su mente, y aunque le cuesta durante los primeros instantes, unos segundos después empieza a conseguirlo.

—Esto tiene una explicación, esto tiene una explicación — repite Carmen en voz alta, muy alterada.

Sitúa sus manos sobre las marcas y aliviada comprueba que los dedos enrojecidos sobre su piel coinciden, en longitud y anchura, con los suyos. Son sus propios dedos los que han marcado su vientre, se autoconviene Carmen, necesita que deje de ser una suposición. Son sus dedos.

—Son mis dedos —dice en voz alta frente al espejo.

Opta Carmen, como defensa, por retomar la rutina de cada mañana en el baño. Antiojeras, limpieza facial, tonificación, hidratación. Aplica el chorro a presión de agua del *Waterpick* sobre sus dientes y encías. Se los cepilla. Enjuague bucal. Accede al salón, completamente a oscuras. Nada más tocar la pantalla táctil del ratón encuentra un mensaje en la pantalla de plasma conectada al ordenador.

—¿Estás despierta?

—Como el sol —responde Carmen, aún no ha concluido con el enjuague bucal.

—¡Buenos días!

—Eres un extremista.

—¿Por?

—¿En qué mundo vives?

—En el mismo que tú.

—Te puedo asegurar que no: yo tengo mi propio mundo.

—A lo mejor lo compartimos.

—No —teclea enfadada Carmen, no le ha gustado la respuesta que acaba de leer.

—Podría ser...

No responde Carmen.

Desayuna una manzana y un zumo de naranja. Vuelve a intentar poner en funcionamiento la placa de vitrocerámica. No se ilumina el pequeño piloto rojo cuando pulsa el círculo blanco, no calienta. Examina, con más luz, la que empieza a colarse mansamente a través de los cristales biselados, la toma de corriente. En apariencia, todo está como debiera. Sin embargo, le alarma que solo tenga que darle una vuelta a la llave en la cerradura, ya que siempre comprueba, cuando la cierra, que llegue hasta el tope —dos vueltas—. Asustada, busca un cuchillo en un cajón de la cocina. Examina Carmen, antes de traspasar la reja, que todo en el lavadero está en su sitio, tal y como recuerda. Lo está, la lavadora con la redonda puerta abierta, los armarios de PVC, la escoba, el recogedor, la fregona y el cubo, aún con el agua sucia, el plumero, todo está tal y como recuerda. *My Little Pony* canta su aguda e infantil canción, *nuestra magia es tan especial*, antes de empezar a reír, nada más dejar caer el pie derecho en el sexto peldaño de la escalera de caracol.

Intranquila, descentrada todavía, nada es esta mañana como debiera, decide adelantar su visita a la azotea. Acompañada del cuchillo —por un instante pensó en recuperar su arma reglamentaria escondida en el dormitorio—, un encendedor y sus gafas de sol, termina de subir la escalera de caracol. Teme enfrentarse a la cerradura de la trampilla del techo, que esté abierta o que no tenga las dos vueltas. Cada peldaño el corazón le late con más fuerza, tiene miedo Carmen. Necesita alcanzar cuanto antes la trampilla y comprobar que sigue tal y como la dejó.

Dos vueltas a la cerradura. Eso la tranquiliza, momentáneamente.

A pesar de que todavía quedan diez minutos para las nueve de la mañana, y en contraposición a la oscuridad en la que vive, un sol cegador la recibe nada más levantar la trampilla de la azotea. Durante unos segundos, mientras su vista se aclimata a la nueva y deslumbrante luminosidad, Carmen no ve nada. Los ojos le lloran y se siente indefensa.

Nada más recobrar la visión, se dirige a las plantas de marihuana.

—Pronto habrá que recolectar —dice con unos capullos entre los dedos.

Riega las plantas con una fina lluvia y hace lo mismo, a continuación, con los pascueros. Arranca cinco hojas que han perdido su intenso rojo. Esta mañana no recuerda imágenes de navidades del pasado, recuerda las uñas rojas de Lucía Sánchez. *Eran más rojas las de ella*, compara mentalmente. Arranca con cuidado tres calabacines y cuatro tomates del pequeño huerto, y decide, tras acariciar sus superficies rugosas, que dejará en sus matas, unos días más, dos coles orondas. Coloca en el centro de la rectangular azotea la hamaca de lona y se deja caer sobre ella. Hoy no se desnuda, no quiere volver a ver las marcas de sus dedos en el vientre.

—¿Cómo me habré hecho esto? —se pregunta, y recuerda algunas secuencias del sueño de la pasada noche.

Lía un cigarrillo de marihuana y comienza a fumar mientras contempla, bajo una bóveda infinita, el cielo *azulverdoso turquesa* a través de los cristales polarizados de las gafas de sol. También fuma Natalia, la chica que descubrió el cadáver de Javier Loiza en la bañera cuando se

disponía a limpiar su apartamento, en Valencia. Fuma nerviosa, acompañada de sus padres. Es la primera vez que la citan en una comisaría, es la primera vez que ha contemplado a un hombre muerto, demasiado fuertes y recientes las emociones como para que no le afecten.

Nada más acceder a la comisaría, la conducen hasta la segunda planta, donde la espera el inspector Martorell, que la invita a pasar a su despacho.

—Ella sola, si no les importa —frena un policía el acceso de los padres colocando su brazo derecho como barrera.

—Natalia, no estés nerviosa, solo va a ser un momentito — le dice Martorell, tras comprobar el nerviosismo que invade a la chica.

—Vale —apenas puede decir.

—¿Notaste algo raro, que te llamara la atención de Javier Loiza, en los últimos días? —le pregunta con los antebrazos apoyados sobre la mesa.

—Hacía meses que no lo veía, porque yo iba cuando él no estaba —responde Natalia.

—Ya. ¿Y notaste algo raro en su casa ese día? —pregunta el inspector.

—Lo que ya dije, que se notaba que no había salido de casa —dice la chica, que se ve obligada a colocar la mano a modo de visera para protegerse del sol que entra por la ventana de enfrente.

Lo que interesa es que le preguntes por el ordenador , que se fije bien, que lo examine , recuerda Martorell la llamada que ha recibido desde Madrid hace unos minutos.

—Mira, Natalia, ¿es este el ordenador de Javier Loiza? —se inclina levemente el policía, lo recoge de una mesa baja, junto a la cajonera, y le presenta la prueba, envuelta en una bolsa de plástico transparente.

—Yo creo que sí, se lo compró hace unos meses, un año o así, creo yo... —contesta Natalia mirando desde la distancia el portátil, un Sony Vaio de carcasa blanca.

—Mira, Natalia, sin quitar las bolsas te lo voy a abrir para que lo examines, para que te asegures de que realmente es su ordenador —le ofrece el policía.

Natalia, no lo duda, y se dirige directamente a la tecla de la letra «l», que pulsa varias veces.

—Creo que no es —responde sorprendida, sin dejar de apretar la tecla.

—¿Por qué? —pregunta extrañado el inspector.

—Un día se me ocurrió pasarle la escobilla de la aspiradora al teclado y se chupó esa tecla, no sabía que estuviera suelta. Yo se la puse luego con cuidado para que no se diera cuenta — responde ruborizada Natalia, como si la hubieran sorprendido copiando en un examen del instituto.

- Carmen Puerto se asegura de girar en su totalidad la cerradura de la trampilla cuando abandona la azotea. Se comporta del mismo modo con la cerradura de la cancela que separa el lavadero de la cocina, tras volver a escuchar a *My Little Pony* . Deja la verdura que ha recogido de su pequeño huerto sobre la encimera. Arranca una hoja de la libreta verde de la cocina y escribe: *aceite, 6 tóners, alcachofas dos kilos, capuchino dos latas, una caja de lápices, seis rotuladores rojos, naranjas, dos de sacarina, pasta de dientes, tres paquetes de Cutters Choice, boquillas y papel, seis latas de cerveza, 2 paquetes de folios* . Entra en el salón, descorre el cuadro de Alex Katz en el que dos bañistas pasean relajadamente entre las dunas de una playa que no se ve e introduce la nota en el montacargas. Mira la hora en la pantalla del móvil, Jesús está a punto de llegar. Se prepara un capuchino antes de volver al salón, muy oscuro, en contraposición a la luz exterior.

Conecta la videocámara al ordenador y enciende un cigarrillo.

Un anciano pasea a su perro, que no alcanza una cuarta de estatura. El animal se detiene

ante un naranjo, frente a la puerta de la peluquería, olisquea la parte inferior del tronco. Una mujer de unos sesenta años tira de un carro de la compra. Un padre camina agarrado de las manos de sus dos hijos, vestidos con el uniforme, a cuadros azules, del colegio cercano. Por fin aparece Jesús, polo negro y vaqueros, recién peinado, serio el semblante, con aspecto de cansancio, con su bolso azul colgado del brazo, pero esta mañana sí le ha dedicado una mirada a la cámara de la entrada. Una mirada larga y profunda. Ha creído ver Carmen Puerto una mirada nerviosa.

Quiero el primer informe de la autopsia de Javier Loiza y una copia de la grabación, escribe Carmen y le envía el mensaje a Jaime.

También estaba nerviosa Isabel Gutiérrez a su llegada a la comisaría, calle Leganitos, muy cerca de la Gran Vía, en Madrid. Le pidió a Sandra, la compañera de trabajo con la que tiene más relación, que fuera con ella, *no me dejes sola*, le dijo. Puntual y sonriente las recibió Jaime.

—Es mi amiga Sandra, una compañera de trabajo —le explicó Isabel, tras creer descubrir una interrogación en la mirada del inspector.

—¿Tú también conocías a Lucía? —le preguntó Jaime a Sandra, desplegando una amplia sonrisa.

—Sí, claro —respondió indecisa, convencida de que no fue tan buena idea acompañar a Isabel a la comisaría y que tampoco lo fue que la presentara como compañera de trabajo.

—¿Te importaría responder a unas preguntas? Cosa de tres minutitos —y escenificó Jaime el tiempo con sus dedos.

—No.

Accedieron a su despacho, escueto, simple, limpio, con vistas a la calle Leganitos a través de un ventanuco cuadrado. Jaime les ofreció asiento y él se sentó al otro lado de la mesa. Apoyó los antebrazos sobre el tablero y, tras examinar los nerviosos ojos de las dos mujeres, les preguntó:

—¿Sabíais si Lucía mantenía alguna relación en la actualidad? ¿Había conocido a alguien recientemente? Eso es lo que le dijiste a mis compañeros, ¿no? —preguntó Jaime, muy simpático, hasta puede que se sintiera seductor en ese momento.

—A mí me dijo el martes, o puede que fuera el miércoles, no me acuerdo exactamente, que tenía plan para este fin de semana, que después de no sé cuántos meses había quedado con un hombre. Estaba muy contenta —respondió Isabel, y Sandra asintió a todas sus palabras.

—¿Dijo cómo se llamaba, de dónde era, cómo lo había conocido? —preguntó Jaime, buscando la mirada de las dos mujeres.

—No, nada.

—Esa semana estaba todo el rato con el WhatsApp, y eso que ella no era mucho de móvil —dijo Sandra.

—WhatsApp.

Carmen Puerto lee las declaraciones de las compañeras de trabajo de Lucía con escaso interés. Todo lo contrario le sucede con Natalia, que ha señalado que el ordenador encontrado en el apartamento de Javier Loiza no era el suyo, gracias a la tecla de la letra «l», que en el verdadero estaba en mal estado. Esta prueba confirma la teoría que mantiene Carmen.

—Bueno, ya te hemos pillado un error y seguro que no es el último —dice Carmen,

contemplando una fotografía del ordenador.

Deduce Carmen, y anota, que el asesino *alteró la señal wifi* del apartamento de Javier Loiza, la *duplicó, localizó la dirección IP* de su ordenador y todo lo demás fue muy sencillo. Con paciencia, a lo largo de seis meses, *reconstruyó su historial* de navegaciones web con el único objetivo de inculparlo. De la misma manera, aunque en menor espacio de tiempo, obró con su teléfono *móvil* y con *su propia casa*, dejando los *cedés con los culebrones* y con su grabación. Situó todas las marcas, todas *las señales* que condujeran hacia su ex mujer, principalmente, y también hacia las otras dos mujeres asesinadas.

—Jaime, necesitamos comprobar si en los últimos meses hubo un nuevo vecino cerca del apartamento de Javier Loiza — le indica Carmen, con escaso convencimiento.

—Ya hemos hablado con el presidente de la comunidad —le sonríe Jaime a Julia.

—Y nada, ¿verdad? —cortante, seca, frena Carmen el triunfalismo de su compañero.

—Nada de nada. Tampoco vehículos nuevos en el garaje, también lo hemos comprobado. Todo correcto.

—Necesito la grabación de Loiza —reitera Carmen.

—¿No te ha llegado?

—No.

—Vaya, juraría que te la había enviado. Aprovecho para comentarte que durante unos días no podremos entrevistarnos con los padres de Verónica Caspe.

—¿Y eso? —contrariada, interrumpe Carmen a Jaime.

—La madre está ingresada en un centro hospitalario desde que conoció la noticia. El marido no quiere dejarla sola en Brasil.

—Joder —lamenta Carmen.

—Es lo que hay.

—Tendremos alguien en la Embajada, imagino —propone Carmen.

—A unos días del comienzo del Mundial, tú me dirás, un putito caos aquello.

Carmen Puerto deduce que todos estos descubrimientos no hacen más que reafirmar su sospecha de que el asesino ha contado con el suficiente tiempo, mucho tiempo, para idear y ejecutar su plan y que volverá a matar. Y también está convencida de que todos los caminos conducen a Luz Márquez, a su trayectoria personal y profesional.

Vuelve a ampliar la fotografía de Luz Márquez en Sevilla, junto a las gitanas que le ofrecen romero, bajo la atenta mirada de los seguidores que portan una pancarta de bienvenida, convencida de que existe algo, un detalle, un determinado encuadre, que le es sumamente familiar, que ya ha visto con anterioridad. En uno de los rostros, tras una maraña de rizos, reflejos y tiempo cree ver el de Rocío Altamirano. No sabe si se trata de una sospecha por la procedencia de la víctima, porque en la barbilla y nariz cree descubrir un cierto parecido o por esa propia familiaridad que le transmite la fotografía y que no termina de concretar.

—La he visto antes, la he visto antes —repite Carmen, ofuscada.

Descubre, estupefacta, que la mayoría de los medios de comunicación, en sus ediciones digitales, llevan en sus portadas el suicidio de Javier Loiza y que lo relacionan directamente con el asesinato de las tres mujeres. En las informaciones, perfectamente distribuidas, filtradas deduce Carmen, los principales periódicos, *ABC*, *El País* y *El Mundo*, cuentan con un plus de conocimiento sobre el caso, compartiendo la noticia principal. Así, *El País* especifica que *en su domicilio ha sido encontrada una grabación reciente de Javier Loiza*

junto a su ex esposa, años después de que estuvieran formalmente divorciados . En ABC se detallan algunos aspectos del historial web de su ordenador, de sus preferencias por las secciones de contactos y por la pornografía. Estas revelaciones crisan a Carmen, ya que solo las puede haber filtrado la propia policía.

—Putos funcionarios, están vendiendo hasta lo que no es cierto, necesitan ya un culpable. Manda cojones.

El diario *El Mundo* acaba de actualizar la información del caso, aportando que *Javier Loiza había llamado por teléfono a las tres víctimas* , tal y como señala el registro que se ha efectuado en su línea telefónica.

—Le han dado de comer a los tres, ¿no? —con los ojos brillantes por la rabia, le dice Julia a Jaime nada más entrar en su despacho, señalando la pantalla de su *Ipad* .

—La vida puede ser maravillosa —se limita a responder Jaime, muy serio. Con un gesto le indica que cierre la puerta.

—¿Tú has visto esto, Jaime, lo has visto?

—Sí, claro que lo he visto, claro que lo he visto.

—Gran política de comunicación, del carajo, ni la abdicación del Rey ya puede parar esto, manda huevos los cerebros que tenemos —reprocha Julia.

—Es lo que hay.

—¿A quién se lo has contado tú, al *Mundo* , al *País* , dime, cómo os lo habéis repartido? —le exige una respuesta Julia.

—Vete a la mierda, gilipollas —reacciona Jaime, alterado.

—¿Quién, coño, quién?

—¡Yo qué coño sé!

—Hostia, las llamadas, el historial web, las grabaciones, yo no sé qué ha faltado —se muerde los labios Julia antes de continuar hablando, trata de controlarse—. Bueno, ya está, caso cerrado ¿no? —y sonrío amargamente.

—¿Tú crees? —despectivamente, le cuestiona Jaime.

—Joder, cualquiera que lea hoy los periódicos lo tiene clarísimo, pero clarísimo. Las mató y luego se suicidó, ya está. ¿No? Lo raro es que no hayan contado hasta lo del cuadro del Edificio *Capitol* , porque lo del portátil manipulado no interesa. Y en menos de una hora seguro que ya tenemos las primeras declaraciones de vecinos y amigos diciendo que era un tío normal, que no se podían esperar algo así de él, que era un tipo cojonudo, el perfecto vecino, el mejor compañero de trabajo y todas esas putas chorradas, ¿qué quieres que te cuente, Jaime, qué quieres que te cuente? —habla a toda velocidad Julia, como si las palabras le quemasen en la garganta.

—Nosotros a lo nuestro, ¿vale? Nosotros, a lo nuestro, Julia, a lo nuestro, ¿te has enterado? He puesto a la gente a trabajar en un plano de llamadas, espero que podamos delimitar una zona no excesivamente amplia —trata de ser convincente Jaime.

—Eso, a lo nuestro, que no parece que sea lo de los demás. Por cierto, ¿qué ha dicho la pirada? A lo mejor lo ha filtrado ella, yo ya me creo cualquier cosa —replica Julia antes de abandonar el despacho.

—Te estás pasando siete pueblos, ¿no te parece? —le increpa Jaime.

Julia, con la mano en el pomo de la puerta, se gira bruscamente.

—Hostia, que he traspasado la línea roja, cómo me habré atrevido, loca de mí, a mencionar a la *Santa Pirada* , la Biblia de la investigación, la mayor inteligencia que hayamos

conocido —se esmera Julia en que su ironía esté revestida con la mayor crueldad posible.

—Ponte a lo tuyo, ¿OK? A lo tuyo, a lo suyo, subinspectora Núñez, colabore con sus compañeros —responde Jaime secamente.

- Carmen Puerto cree saber quién es el responsable de las filtraciones a los medios de comunicación. En el pasado, en otra situación y otras circunstancias, ya habría marcado su número de teléfono y le habría exigido una respuesta inmediata; pero hoy no. Hoy no puede. Es consciente de que no pasa por su mejor momento. Pero, sobre todo, es consciente de que tendrá que llamarlo en breve para volverle a pedir que confíe en ella, una vez más.

En la cocina, mientras calienta agua en el microondas, vuelve a comprobar si la avería de la vitrocerámica se ha arreglado. La lucecita sigue apagada.

—Joder.

Todas las direcciones conducen a Loiza, su ordenador es la pieza clave?O.o.O.Nos encontramos ante el #AmanteÁcido? Se pregunta Pedro Ginés en el penúltimo tuit que acaba de escribir.

Habrá que estar atentos a su autopsia, me adelantan que habrá grandes sorpresas XDXD, tuitea Pedro Ginés en este preciso momento.

—¡Pero qué gilipollas eres! —exclama Carmen nada más leerlo. Jesús, abajo, ha creído escuchar su voz.

En un par de minutos, las menciones y retuits se multiplican a toda velocidad.

En media hora es TT, fijo, malhumorada, predice Carmen.

Aunque no puede apartar de su cabeza la fotografía de Luz Márquez en Sevilla, accede Carmen Puerto al programa de descargas, comprueba que ya se han bajado los primeros capítulos de *Nueva en la ciudad*, el cuarto culebrón que interpretó Luz Márquez, y cuarto, igualmente, que se emitió en España, en el otoño de 1999. Comienza a ver el primer capítulo.

Luz Márquez, con un vestido de cuadros, que le queda holgado y que pretende transmitir humildad, y botas altas tejanas, porta una maleta con aspecto de otro tiempo, recorre la avenida de una gran ciudad, sin poder dejar de prestar atención a todo lo que contempla y que reconoce como nuevo, colosal, desproporcionado.

Escucha Carmen Puerto con mucho detenimiento la canción de entrada, interpretada por un hombre de voz gritona y aguda. Anota en su libreta la letra: *Nueva en la ciudad, nueva en la vida, nueva mi vida, la que me has regalado tú y yo ya no sé vivir sin ti*. Subraya Carmen una estrofa que le llama especialmente la atención: *Cuando te conocí descubrí ese nuevo cielo que nunca pude imaginar, cuando te conocí descubrí una nueva medida del tiempo, los meses se transforman en días, los días en minutos, y todo cambia cuando no estás, y vuelvo a recobrar la medida de mi viejo tiempo*.

—¡A lo Leonard Cohen! —ironiza Carmen y le sonrío a Karen.

Convencida Carmen Puerto de que el asesino volverá a actuar y de que la respuesta se encuentra en la vida y trayectoria de Luz Márquez, retoma la búsqueda por donde la dejó.

Tras el fallecimiento de Ricardo Santillana en un accidente de tráfico a la salida de una fiesta, a finales de agosto de 1998, el luto, por calificarlo de algún modo, de Luz Márquez concluyó con su primera visita a España, el 1 de junio de 1999. A partir de ese momento, retoma su actividad profesional y sus apariciones públicas vuelven a ser frecuentes, de lo que se hacen eco los medios de comunicación de su país, y también los españoles, producto

de su creciente y reciente popularidad. *Nueva en la ciudad* , su flamante producción, no tarda en convertirse en un éxito. Nuevamente, es Mario Fernández su compañero de reparto, tal y como en ocurrió en *Una vida de amor* . El *galán de la actualidad* , puede leer Carmen en una revista. Sigue siendo un hombre corpulento, rostro de rasgos añados, pelo moreno, muy musculoso, frecuente en la prensa del corazón por sus continuas conquistas y rupturas amorosas, habitualmente con compañeras de profesión, aunque tampoco faltan cantantes y modelos. Con una modelo, precisamente, Dulce Celeste, la última amiga especial de *Fernández* , lee Carmen en una revista, protagonizó el actor un provocativo calendario, *en el que posaba semidesnuda y sugerente la atractiva pareja* .

—Tiene su polvo, me pido Abril —suspira Carmen contemplando las imágenes del calendario.

En *Nueva en la ciudad* , tal y como en las tres fotonovelas anteriores, Osvaldo Cartagena firma otra vez el guion. Luz Márquez interpreta a Anselma, una humilde chica de provincias que llega a la gran ciudad con la ilusión de comenzar una nueva vida completamente diferente a la que había conocido hasta ese momento, de campos de cultivo y establos malolientes. No tarda en conocer a Gabriel (Mario Fernández), un abogado de reconocido prestigio, comprometido con la caprichosa y opulenta Lucía, interpretada por Ana Sosa, otra de las actrices venezolanas más populares en ese momento. En algunas publicaciones lee Carmen que Ana Sosa y Luz Márquez *se disputaron a Mario Fernández en la pantalla* y que también fuera de ésta mantuvieron una tensa relación, competidoras ambas por el galán. Adjudica Carmen estas informaciones a una estrategia comercial de la productora del culebrón, la poderosa e inevitable RTCV, así como a la dinámica de las propias publicaciones, necesitadas de ofrecer portadas sensacionalistas.

Por lo que lee Carmen, *Nueva en la ciudad* guarda grandes paralelismos con *Una vida de amor* , ya que no deja de ser el mismo argumento con la diferencia del estatus social de los personajes encarnados por Luz Márquez y Mario Fernández. En *Nueva en la ciudad* Luz es una mujer humilde y Mario un acaudalado y prestigioso abogado, y en *Una vida de amor* ella era la hija de un millonario y él un obrero con apenas recursos económicos. De nuevo la trama de *Romeo y Julieta* , el amor imposible por los impedimentos sociales y familiares.

—Tampoco se quebró mucho la cabeza el tal Cartagena, eh, Karen.

Nueva en la ciudad se estrenó en España a principios del mes de octubre de 1999. Luz Márquez regresó al país a finales de septiembre de ese mismo año para promocionar la telenovela, así como para presentar la campaña publicitaria que protagonizó como imagen de un conocido hipermercado. Encuentra Carmen Puerto algunas fotografías de Luz Márquez, el pelo de un cobrizo intenso, en una playa de Ibiza, embutida en un diminuto bikini blanco, rodeada de palmeras o tumbada, insinuante, sobre una hamaca. Estas imágenes captan toda su atención. Aunque le cuesta varios minutos, finalmente descubre que la sesión fotográfica se realizó en la playa de *Cala Jondal* , al sur de la isla, meses antes, el 5 de junio de 1999, aprovechando su primera visita a España, y que la actriz mantuvo un improvisado encuentro con los medios de comunicación en un establecimiento del lugar. Puede ver una fotografía en la que aparece una relajada Luz Márquez, envuelta en un semitransparente pareo blanco, sentada en una silla de mimbre, mientras responde una pregunta. Un cigarrillo humea en la mano de la actriz, no es lo único que descubre en esta imagen: luce los mismos que en los primeros episodios de *Nueva en la ciudad* . Unas argollas de considerable diámetro y tamaño que encierran en su interior una Cruz dorada.

Recupera Carmen la hoja en la que escribió la letra de la canción de entrada de *Nueva en la ciudad*. Repite en voz alta la frase que subrayó: *Cuando te conocí descubrí ese nuevo cielo que nunca pude imaginar, cuando te conocí descubrí una nueva medida del tiempo, los meses se transforman en días, los días en minutos, y todo cambia cuando no estás, y vuelvo a recobrar la medida de mi viejo tiempo.*

—*Ese nuevo cielo que nunca pude imaginar... Nueva medida del tiempo... Los meses se transforman en días... los meses se transforman en días... los meses se transforman en días...* cinco de junio, cinco de junio... —repite Carmen en voz alta frente a la Karen de Alex Katz —. ¿Tú qué piensas, el «nuevo cielo» de Ibiza, los «meses en días», y los meses en años, muy rebuscado, no? —le pregunta.

Carmen anota en su cuaderno: *5 de junio*.

—Y si mantiene la misma tendencia que en las tres primeras entregas, nos vamos a encontrar una oreja con una argolla. Es lo más llamativo de sus complementos o vestuario que he encontrado hasta ahora. Es muy rebuscado, mucho, pero... — se repite Carmen Puerto y amplía las fotografías de la actriz en las que luce los pendientes que encierran una Cruz dorada dentro de la circunferencia.

Carmen enciende un cigarrillo, repasa las anotaciones de las últimas horas. En otra situación, en el pasado, no habría dudado en llamar por teléfono, pero ahora duda. Y durante unos minutos se debate en esa duda, que entiende como producto de las circunstancias pero no de su propio convencimiento. Busca en la agenda el contacto *Jefe* y pulsa el número.

—¿Qué? —responde muy serio.

—*Jefe*, creo que mañana volverá a dejarnos un nuevo recuerdo.

—¿Por? —escueto, pregunta.

Emplea Carmen Puerto varios minutos en explicarle a *Jefe* todas las suposiciones, sospechas y datos que ha encontrado en las últimas horas. Trata de ser enérgica y convincente y de volver a transmitir ese entusiasmo, esa vitalidad que en el pasado cautivaba a *Jefe*, tal y como ella mismo comprobó durante varios años, en todas esas largas jornadas de trabajo que compartieron.

—Resumiendo, ¿me estás diciendo que entre esta noche y mañana el asesino va a dejar una oreja en una playa de Ibiza porque te lo anuncia la canción de un culebrón? —pregunta *Jefe* con tono irónico.

—No es que me lo diga una canción, *Jefe*, no es eso, me lo dice su forma de actuar, el patrón de su comportamiento hasta este momento. ¿Te vuelvo a explicar cómo se ha comportado hasta ahora? —el esfuerzo de autocontrol al que se somete Carmen en este preciso instante es muy alto.

—Uffff —suspira largamente *Jefe* al otro lado del teléfono.

—Las fechas coinciden. Sus telenovelas coinciden. Espacios públicos en los que estuvo Luz Márquez, coinciden. Los falsos anuncios de prostitución con los títulos de los culebrones, también coinciden. ¿Quieres que aparezca un nuevo anuncio, en *Milanuncios.com*, de una tal *Anselma* diciendo que es *Nueva en la ciudad*? —plantea Carmen con firmeza.

—Claro que no, claro que no —inquieto, repite *Jefe*.

—No tenemos nada que perder.

—¿Seguro que tú no tienes nada que perder? —le pregunta *Jefe*.

—Yo no, ¿qué más puedo perder? —replica Carmen.

—Te puedo asegurar que siempre se puede perder más. Siempre nos queda algo que perder, siempre.

—Lo veo difícil —no se da por vencida.

Tras unos segundos de un tenso silencio que Carmen, bajo ningún concepto, está dispuesta a finalizar, *Jefe* vuelve a hablar:

—Lo haremos, pero ten claro que la línea de investigación principal es en torno a Javier Loiza —y finaliza la conversación sin esperar respuesta.

Carmen Puerto suspira aliviada. Una sensación que apenas dura unos segundos, ya que no tarda en aparecer la inquietud, el desasosiego por un nuevo error. No puede evitar pensar en el caso de Marcia, en cómo todas las pruebas le conducían a único lugar, a una misma persona. Sin embargo, no pudo encontrar un culpable, aferrada a una teoría que nunca compartió con Jaime o *Jefe*.

—¿Qué hizo Luz Márquez entre el 2 y el 5 de junio de 1999? —se pregunta Carmen en voz alta.

Minutos después de iniciar la búsqueda, descubre una fotografía de Luz Márquez, junto a la *Fontana de Trevi*, en la edición digital de una revista italiana.

El 3 de junio de 1999 estuvo en Roma, escribe en su libreta, y por un instante imagina una oreja, con una argolla que contiene una Cruz, frente a la célebre fuente.

Tras la muerte inicial, ya no hay otra, recita mientras lía un cigarrillo.

La mañana ha transcurrido a toda velocidad, faltan tres minutos para que sean las dos de la tarde, es la hora de conectar la pequeña cámara de la puerta al ordenador, Jesús está a punto de cerrar la peluquería. Enciende Carmen un cigarrillo, ordena datos y nombres en su libreta, sin perder de vista la imagen de la calle que le ofrece la pantalla. Dos mujeres caminan despacio, charlan de sus cosas, una de ellas va completamente vestida de negro. No los puede ver, pero escucha las voces de los clientes del bar cercano; Rafael, el camarero, repite lo que le solicitan en voz alta, bromean sobre los últimos resultados deportivos. El sonido, lejano, de la cancela metálica del taller de motocicletas alerta a Carmen: lo normal es que Jesús cierre antes la peluquería. *Debe haberle entrado un cliente de última hora*, deduce Carmen cuando mira el reloj, en la esquina inferior derecha del ordenador, y comprueba que han pasado ocho minutos de las dos de la tarde. Enciende otro cigarrillo, decidida a seguir esperando la salida de Jesús. La imagen de Luz Márquez en su visita a Sevilla regresa a su memoria. En realidad, la acompaña permanentemente, al igual que la sensación de tratarse de una imagen que ya ha visto, que le resulta familiar de una manera que le es imposible clasificar.

Jesús, esta mañana, el reloj pasaba cinco minutos de las once, recibió un mensaje que ha alterado toda su rutina. En ese preciso momento, contemplaba los álbumes fotográficos en su página de Facebook. Buscaba una fotografía a la que le guarda un especial cariño y que data de junio de 1999. En ella puede verse a sus amigos, cuando recibieron a Luz Márquez en su primera visita a Sevilla. En el centro de la imagen, sobre la pancarta, ha podido ver de nuevo a su amiga Rocío, con aquellos rizos destartalados, siempre sonriente.

—¡Luz, Luz, eres la más grande! —no cesaba de gritar Rocío, recuerda Jesús como si los quince años se hubieran transformado en quince días o en quince minutos.

Tomó Jesús la fotografía en la esquina de Plaza Nueva con Avenida de la Constitución, a escasos metros del Ayuntamiento de Sevilla, con aquella vieja Nikon de su padre, que le

regaló su madre por su cumpleaños. Fue un regalo muy especial para Jesús, que desde niño había contemplado y admirado la cámara como si se tratara de un objeto sagrado. Hasta unos meses antes de su fallecimiento, en 1995, su padre no dejó de cuidarla y limpiarla, de mantenerla en perfecto estado, aunque estuviese meses sin utilizarla. Se recuerda Jaime sentado en las rodillas de su padre, mirando a través de la ventanita, hipnotizado por los numeritos del objetivo. Una cámara que no tardó en convertirse en la compañera de encuentros y horas de Jesús, siempre colgada del cuello, siempre perfectamente protegida en su recia funda de cuero negro. Echa de menos Jesús su cámara fotográfica, la magia de sus imágenes, la incertidumbre de saber si había conseguido plasmar el instante soñado, y que no podía comprobar hasta pasados unos días, cuando recogía las copias en la tienda de revelado. *Ahora todo es instantáneo* , piensa con frecuencia Jesús, *todo es fácil de conseguir* . Perdió Jesús la vieja y mágica Nikon de su padre en el transcurso de un accidentado viaje a Lisboa.

Pocas veces como ahora ha echado tan de menos Carmen Puerto el micrófono que instaló en la peluquería de Jesús. Nerviosa por la impaciencia, por una espera infructuosa, tumbada en el suelo trata de escuchar un sonido, una voz, algo que le aporte información sobre la presencia de Jesús. No escucha nada, está convencida de que no hay nadie en la peluquería. Necesitada de respuestas, descorre el cuadro de las mujeres que pasean entre las dunas. Ha estado tan concentrada en la investigación, puede que tuviera lugar durante la conversación con *Jefe* , que no escuchó la llegada del montacargas. Delante de los alimentos, tabaco y capuchinos solicitados, una cuartilla en la que se puede leer: *He tenido que salir repentinamente. El seis por la mañana estoy de vuelta, espero que esto no te cause mucho estropicio* .

MIÉRCOLES, 4 DE JUNIO DE 2014. 15 H.

Como la copa que cae desde la mesa, su rutina ha saltado en mil pedazos. La repentina marcha de Jesús ha sorprendido y confundido a Carmen Puerto. Hasta el punto de que en un par de ocasiones ha estado tentada de llamarlo por teléfono y preguntarle qué le sucede. En estos cinco años de extraña convivencia, recuerda Carmen ausencias por enfermedad, o programados viajes que le ha anticipado y comunicado con la suficiente antelación, algunas tardes o mañanas libres, solucionando asuntos propios en Hacienda o en el banco, entierros de familiares, pero no recuerda esta inmediatez, esta velocidad, este silencio. No recuerda esta agresión tan flagrante a lo establecido, a la rutina.

—En realidad, es como si fuera un fin de semana normal y corriente, pero en mitad de semana —dice en voz alta Carmen Puerto, en un ejercicio por convencerse de que no es tan grave y de que podrá superarlo.

Desgraciadamente para ella, no es como si fuera un fin de semana normal y corriente. Nada es normal, tampoco corriente. Aunque siempre está sola y a oscuras, salvo esos momentos que comparte con Alberto y que repetiría con mayor frecuencia en contra de su propia disciplina, ahora se siente Carmen especialmente sola, indefensa de una manera que es incapaz de explicar. Débil, impotente, insegura, le costaría escoger la palabra adecuada. Frágil, muy frágil.

Jesús, tras una breve parada en su domicilio, cinco minutos para rellenar una bolsa de deporte con una muda agarrada sin mirar de un cajón del armario de su dormitorio, acaba de llegar al aeropuerto de San Pablo. Comprueba que la copia digital de la tarjeta de embarque permanece en su teléfono móvil y que, por el momento, las pantallas de la terminal no indican retraso en el horario de salida del vuelo. No le agrada a Jesús volar, tampoco necesita sedarse o agarrarse del brazo del acompañante de turno. En realidad, en más de una ocasión lo ha pensado, lo que menos le agrada de volar es lo que le supone: alterar su orden, escapar de la rutina en la que se encuentra tan cómodo y seguro, no poder controlar cada uno de sus minutos, sentirse a la intemperie, solo, incapaz. Débil, impotente e inseguro. Tampoco le gusta dejar sola a su «casera», le angustia la idea de que pudiera sucederle algo inesperado y que él se encuentre lejos.

Sin embargo, a pesar de todo eso, ha bastado un mensaje de su amigo Gabriel, el primer mensaje después de varios días de silencio, para enfrentarse a sus propios miedos.

Estoy muy mal, necesito que vengas lo antes posible, le pidió Gabriel en su primer mensaje.

Este fin de semana nos vemos, ¿qué te pasa?, respondió Jesús.

Necesito que vengas ya, insistió Gabriel en el último mensaje.

Cuando falleció su madre, invierno de 2007, Jesús lo pasó muy mal y Gabriel estuvo a su lado desde el primer momento. No lo dudó. Para Jesús, la pérdida de su madre no fue solo un triste asunto emocional, también vital, funcional. Su madre era su tiempo, la caligrafía de sus horarios, el guion de su vida. Tal y como había sucedido anteriormente con su padre, en sus últimos años. De la misma manera, Jesús se entregó al cuidado de su madre. La lavaba cada mañana, la peinaba, le preparaba el desayuno, todas las comidas, ejercitaba sus manos, sus brazos, todas las articulaciones, hidrataba su piel, cambiaba sus pañales. Veían los programas de televisión juntos, especialmente las telenovelas, que les encantaba comentar; jugaban a las cartas, reían, la sacaba de paseo si el tiempo acompañaba, los domingos por la mañana. Transformó y adaptó Jesús su propia vida a la de su madre. Puede que por eso, acostumbrado a esa rutina, al cuidado, a

convivir con la dependencia de otra persona, no le costara acostumbrarse a su anónima «casera», a atenderla con prontitud y disciplina, a ser sus manos y sus piernas afuera, en la calle.

- Jaime busca a Julia por diferentes despachos y corredores de la comisaría. La encuentra junto a la máquina de café, esperando, vestida de gris por completo, camisa y pantalones. Lo recibe con una mirada penetrante, aún colea en su interior la discusión de esta mañana.

—¿Tienes maleta aquí?

—¿Adónde vamos? —desconfiada, pregunta Julia mientras remueve el azúcar en el café.

—Ibiza. El avión sale en hora y media. Nos tenemos que ir ya —informa sin esperar respuesta.

—¿Y eso?

—Existen indicios suficientes para pensar que el sospechoso nos puede volver a dejar un regalito en una playa de allí —se limita a responder Jaime, convencido de que llegarán nuevas preguntas.

—Espera, espera —le muestra Julia las palmas de las manos—. Aquí hay algo que yo no sé y, como comprenderás, me gustaría saber, ya que estoy dentro de este caso. ¿Porque estoy dentro del caso, no?

—Claro que estás dentro del caso —agarra Jaime a Julia del brazo derecho y la invita a caminar a su lado.

—¿Quién ha decidido que nos vamos para Ibiza? —se revuelve Julia.

—*Jefe*.

—Ya, claro. ¿Y quién ha convencido a *Jefe*? —clava sus ojos en los de Jaime, esperando una respuesta.

—Para qué lo preguntas, si ya lo sabes.

—Si es lo que toca, es lo que toca —sorprendentemente, Julia reacciona con aplacada resignación.

—Las cosas son como son —apostilla Jaime.

—Por lo menos dime que habrás llamado a la pirada para exigirle una explicación —reclama Julia.

—Sí, la he llamado.

Carmen: Dime.

Jaime: Ya me ha dicho *Jefe* lo de Ibiza.

Carmen: Todo apunta en esa dirección.

Jaime: ¿Por qué?

Carmen: Ahora te lo mando en un archivo.

Jaime: Deberíamos hablar.

Carmen: Ahora no tengo tiempo. Búscate una oreja.

Jaime: Carmen...

Carmen: Te dejo.

—¿Y qué? —pregunta Julia.

—Todo ha quedado claro —responde Jaime, y comienza a caminar.

Julia se muerde los labios y sigue a su compañero en dirección al garaje de la comisaría. Acceden al ascensor sin dirigirse la palabra.

- Carmen Puerto abre la cancela del lavadero, *My Little Pony* la saluda, *tengo muchas*

cosquillas, canta en esta ocasión. Subida a un pequeño taburete, accede a la parte superior de un armario de PVC, donde se encuentra la caja de las herramientas. Con la ayuda de un destornillador desarma, en primer lugar, el enchufe de la vitrocerámica y, a continuación, la toma de corriente de la pared. Se ayuda de la linterna de su teléfono móvil para comprobar que todos los cables estén en su lugar y que no haya ningún contacto entre ellos. Retira las cajoneras y examina los anclajes de la placa de vitrocerámica. No le cuesta separarla de la encimera. Carga con ella hasta el salón y la deja caer sobre la mesa. Busca en Youtube un vídeo tutorial sobre reparación de vitrocerámicas. Encuentra algunos vídeos que comienza a contemplar con escasa atención, la fotografía de Luz Márquez en Sevilla sigue acaparando toda su atención. Tras comprobar la amalgama de cables, piezas indescifrables y placas que se esconden tras el electrodoméstico, decide Carmen que no lo va a abrir. Carga de nuevo con él y lo coloca en su lugar, lamentándose del tiempo que ha perdido.

Cuenta los botes de capuchino soluble que se apilan frente a ella: catorce. Piensa que debería vaciar unos en otros y así ganar espacio, pero también le llevaría un tiempo hacerlo. De regreso al salón, Carmen lía un cigarrillo y comienza a fumar relajadamente; necesitaba distraer su mente durante tres minutos, recobrar el pulso de la mayoría de sus días.

Descorre el cuadro de Alex Katz, deja de ver a las mujeres que pasean entre las dunas de la playa y abre la puerta del montacargas. Se queda durante unos segundos mirando el hueco del aparato, introduce la cabeza, lee en una etiqueta, en la esquina superior derecha, que soporta un peso máximo de 100 kilogramos y que su altura es de 60 centímetros, su anchura de 70, al igual que su fondo.

—Yo peso 54 —dice Carmen en voz alta.

Abre varios cajones de la librería del salón, hasta encontrar una cajita en la que se puede leer «TecniWeb». Cuando el micrófono que instaló, oculto en un enchufe, en la peluquería de Jesús, dejó de funcionar, encargó uno nuevo a una tienda de informática «online». Durante meses tuvo la necesidad de sustituir el micrófono, pero con el paso del tiempo, acomodada en la inalterable rutina, confiada en la eficiencia y en la pulcritud de Jesús, esa necesidad se fue difuminando. Creyó Carmen que ya no necesitaría nunca más el micrófono, que le bastaba con controlar los horarios, la expresión de su rostro en la videocámara, para contar con el conocimiento adecuado de Jesús. En realidad, Carmen entendió que ya no necesitaba controlarlo, escuchar sus conversaciones telefónicas o con los clientes, una vez que se había ganado su confianza. De hecho, hasta hoy, Jesús nunca le ha fallado.

Sin embargo, ahora presente que no debería dejar pasar esta oportunidad, convertir esta extraña ausencia de Jesús en su aliada y sustituir el micrófono por este que tiene en la mano.

En el hueco que queda entre la mesa del salón y la pantalla de plasma, ayudándose de libros, novelas, catálogos de Arte, biografías, Carmen Puerto levanta sobre el suelo dos muros de, aproximadamente, 60 centímetros de altura, que distancia en otros 70. Regresa de la cocina con una escoba, que deja caer sobre las dos pilas de libros. Carmen comienza a encogerse todo lo que sus articulaciones le permiten, percibe claramente que su cuerpo ya no cuenta con la flexibilidad de antaño, cuando no le habría supuesto el menor esfuerzo realizar estos movimientos.

—Tengo que hacer más deporte, estoy hecha una alcayata — resopla decepcionada.

Aunque la escoba cae al suelo en un par de ocasiones, considera que no tendría problemas para entrar en el montacargas. Ni por espacio ni por peso. Ensaya una postura que le

permita cierta movilidad a su mano derecha, la necesaria para abrir la puerta una vez concluido el breve trayecto. Pulsar las teclas no le supondrá ningún problema, puede hacerlo previamente, con la puerta abierta.

—¿Y si se para? —pregunta en voz alta—. ¿Tú me sacas? —le pregunta a Karen.

Hasta el momento no ha sucedido. Es un montacargas diseñado para restaurantes, para almacenes, con mucho trajín, y aquí apenas lo utilizamos, una o dos veces al día, jamás lo hemos expuesto a grandes pesos, deduce Carmen, en su evaluación de la fiabilidad del dispositivo.

—Pero algún día se tendrá que estropear... —dice mientras apoya los brazos en el borde inferior del montacargas.

La decisión de introducirse o no en el montacargas para colarse en la peluquería de Jesús y cambiar el micrófono averiado comienza a generar una gran inquietud, nerviosismo, en el interior de Carmen. Y no puede sentirse así en este momento, por lo que pospone su decisión.

—Ya cruzaré ese río cuando toque —se dice.

Está convirtiendo Carmen, sin preverlo, este día, este 4 de junio de 2014, en un día de grandes decisiones. En primer lugar, apostándolo todo a su intuición, a esa playa de Ibiza, *Cala Jondal*, que confirmará si se encuentra en lo cierto. La decisión de instalar el micrófono en la peluquería no es una cuestión menor, y que puede resultar trágica si las peores coincidencias deciden alinearse. *Puede esperar, tiene que esperar*, razona Carmen. Y aún le queda tomar otra decisión, confirmar o no la cita con Alberto. Anhela estar a su lado, lo necesita, pero también es consciente de que la de hoy puede ser la peor noche posible. Pero, sobre todo, por encima de todo, necesita dejar de pensar en esas manos marcadas en su vientre, en la cerradura sin las dos vueltas de llave. Necesita que el miedo no se instale de nuevo en su vida.

Abrumada por la incertidumbre, por las decisiones a tomar y que por el momento va a posponer, excusas ante el terror que intuye cercano, retoma la búsqueda de la trayectoria de Luz Márquez. Gracias a *Nueva en la ciudad*, se convierte en la gran estrella de la RTCV, y pasa a ocupar el puesto que durante los últimos años ocupó su gran rival: Ana Sosa. La actriz adquiere un mayor protagonismo no solo en su país, en buena parte del continente americano, especialmente en México, Panamá y Costa Rica, y también en España, Portugal e Italia. En Venezuela, a pesar de la copiosa producción de ese año, entre las que destacan *Toda una Mujer*, *Mujercitas* o *Carita pintada*, *Nueva en la ciudad* logra las mayores cuotas de audiencia, emitiéndose en el horario denominado «prime-time», a las 13 h. En algunos medios de comunicación españoles se analiza esta «resurrección» de la telenovela, achacándolo a que las nuevas producciones han renovado los temas, la estética ha evolucionado, «en cierto modo se han europeizado», lee Carmen Puerto en una revista. También hay quien considera que el otorgar los principales papeles a «sexsymbols» fue una estrategia eficaz, a la hora de captar espectadores de ambos sexos. Con frecuencia, aparece el nombre de Osvaldo Cartagena asociado al de Luz Márquez. En una web Carmen puede leer: *buena parte del éxito de Márquez se debe a los personajes que Cartagena escribe para ella*.

Aunque *Nueva en la ciudad* se estuvo emitiendo hasta mediados de 2001, su rodaje concluyó en noviembre de 1999 de manera inesperada y de nuevo como consecuencia de un suceso trágico: el repentino fallecimiento de Ana Sosa, la rival de Luz Márquez, Anselma

en la telenovela. Lee Carmen Puerto que la muerte de la actriz se debió a una parada cardiorrespiratoria que tuvo lugar en su domicilio, un lujoso apartamento de la exclusiva urbanización *La Castellana*, en la zona este de Caracas. Puede ver Carmen algunas fotografías del funeral y entierro de Ana Sosa, todas las miradas puestas en Luz Márquez, de un negro riguroso de pies a cabeza, agarrada del brazo de su compañero de reparto, Mario Fernández. Visiblemente afectados, los actores dejan caer un ramo de flores sobre la tumba de Ana Sosa, tal y como recogen las fotografías de las revistas. *Pierdo a una amiga y a una actriz que admiraba*, declaró Luz Márquez a una agencia, a la conclusión del sepelio.

Le sorprende a Carmen que la prensa venezolana apenas indague en los supuestos motivos de la muerte de la actriz, mientras que en revistas de México y Chile, incluso españolas, donde *Nueva en la ciudad* también se había convertido en un éxito de audiencia, informan de que la muerte de Ana Sosa se pudiera haber debido a un *explosivo cóctel de drogas y alcohol*, indica el titular de una publicación sensacionalista. Una teoría que se repite en numerosos medios, bien explícitamente, bien mediante veladas insinuaciones, puede leer Carmen Puerto.

En ese mismo año, 1999, concretamente en el mes de febrero, Hugo César Chávez accede al poder en Venezuela, tras su triunfo en los comicios celebrados a finales de 1998. Un hecho que, inicialmente, no influye en la producción nacional de telenovelas, tal y como habían pronosticado sus detractores. Venezuela es, en ese momento, una de las grandes potencias mundiales, junto a Brasil y México, en la exportación de telenovelas. Una actividad que, más allá del cuestionamiento de sus valores artísticos o educativos, tal y como denuncian destacados líderes «chavistas», genera unos pingües beneficios económicos. Aún así, comienza a vislumbrarse un gran distanciamiento entre la RTCV y Chávez, más cercano a la veterana *Venevisión*, al considerar el político que se trata de una cadena de televisión controlada por sus opositores. No tardan en producirse las primeras fricciones.

Aparentemente ajena a la actualidad política de su país, a principios del año 2000, Luz Márquez confirma su relación con Mario Fernández, su compañero de reparto en *Nueva en la ciudad*. Carmen sonrío al leer algunos de los edulcorados titulares que la pareja regala en los numerosos reportajes en los que toman parte. En todos ellos aparecen como exultantes enamorados, besucones y acaramelados, comedidamente apasionados. Sin embargo, algunos medios venezolanos señalan que la relación de la pareja es artificial, al tratarse de una estrategia de la cadena RTCV, en un intento desesperado por mantener sus índices de audiencia y reducir los de su competencia, *Venevisión*. Una rivalidad histórica que tiene su origen en la década de los cincuenta.

En ese año, 2000, Luz Márquez visita España en diferentes ocasiones, por motivos publicitarios, en cumplimiento del contrato con la empresa de la que es imagen, presentando nuevas producciones, *Pasión Torrencial*, *Dulce engaño* y *Sin aliento*, de nuevo para la RTCV, así como por el estreno del *remake* de *Veracruz* que protagoniza, en su salto a la gran pantalla, en el Festival de San Sebastián, o participando en diferentes programas de entretenimiento. Curiosamente, en ninguno de estos viajes a España le acompaña Mario Fernández.

Carmen Puerto ha creado varias carpetas, ordenadas por años, en las que va guardando las fotografías y todos los datos que considera relevantes de Luz Márquez. Descubre que en todas sus visitas a España también fue a Portugal, donde Luz Márquez se ha convertido en

una celebridad, gracias al éxito de las telenovelas. Sin llegar a la frecuencia de España y Portugal, también viaja a Italia en diferentes ocasiones. Puede ver Carmen a la actriz en Milán, en un acto promocional de *Amor torrencial*, que emitió una de las cadenas de televisión de Silvio Berlusconi.

Examina Carmen algunas fotografías, de las decenas que encuentra, que le son especialmente llamativas. En San Sebastián, fechada el 26 de septiembre, puede verse a Luz Márquez emotivamente abrazada a Sara Montiel, protagonista de la versión original de *Veracruz*, durante su estreno en el festival de cine de la ciudad. Espectacular, resplandeciente, ceñida en un vestido color turquesa, Luz Márquez es una estrella más en la alfombra roja donostiarra. En otra fotografía, descalza sobre la blanca arena de la playa de la Concha, posa con desparpajo y sensualidad para docenas de reporteros gráficos. En un plano, Luz Márquez se besa un anillo, una enorme piedra verde, y guiña a la cámara, provocativamente. Carmen, al descubrir las fotografías de Luz junto a Michael Caine y Robert De Niro, *Premios Donosti* en esa edición del Festival de San Sebastián, abrazada a ellos como si mantuvieran una relación de años, comienza a perfilar su personalidad: *ambiciosa, habilidosa, directa, sensual, elegante a su manera, dispuesta a todo con tal de conseguir sus objetivos, aplicada, disciplinada para lograr sus retos, simpática y distante al mismo tiempo, envolvente, consciente de su belleza, manipuladora*. Sin embargo, a pesar de la opinión que Carmen se ha formado de la fallecida actriz, reconoce en ella un inusual poder de atracción, una adictiva fascinación de la que es prácticamente imposible escapar.

—Era inevitable mirarla —como la propia Carmen hace en este momento, viendo cómo besa el opulento anillo.

En algunas de las fotografías, Carmen descubre a una mujer de unos cincuenta cinco años, puede que algunos más, que desde la distancia, sin la pretensión de ser cazada por los objetivos, suele acompañar a Carmen en sus apariciones públicas. *Señora gordita de pelo corto con peinado de los setenta, castaña, secretaria tal vez*, anota Carmen en su libreta.

El sonido de su teléfono móvil rescata a Carmen de su embelesamiento. Lee *JJ1* en la pantalla.

—Acabamos de llegar, ya está el dispositivo preparado, a las diez en punto comenzamos —le comunica Jaime.

—Perfecto, acuérdate del micro.

—¿Has vuelto a hablar con *Jefe*? —le pregunta Jaime en voz baja, Julia está cerca.

—No, ¿debería?

—No.

Jaime y Julia abandonan la comisaría de Ibiza y acceden a un *K*, un *Seat León* rojo, que les conducirá hasta las inmediaciones de la playa de Cala Jondal. Desde que Jaime le contó, durante el vuelo, en que se basaban las sospechas de Carmen Puerto para establecer el lugar y la fecha de una nueva «entrega» del sospechoso, Julia no ha vuelto a dirigirle la palabra. Nada más concluir la explicación, Julia se refugió en su *Ipod*, en el que no ha dejado de escribir. Ahora, dentro del coche, en el lado derecho del asiento trasero, después de pasarse buena parte del tiempo respondiendo mensajes en su teléfono móvil, Julia rompe su silencio.

—Jaime, hay que reconocer una cosa —dice Julia muy despacio.

—¿El qué?

—La teoría de la pirada tiene su lógica, sí. A través de los anuncios que reproducen los

títulos de los culebrones, y teniendo en cuenta las fechas y los lugares en los que se ha hecho presente, los mismos en los que estuvo en su primera visita a España, coinciden. Y si tenemos en cuenta la letra de la canción de marras... —piensa las palabras, se repasa Julia el contorno de los labios con la lengua antes de proseguir— ya sé que todo es muy rebuscado, casi cogido con alfileres, pero puede ser que tenga razón por loco que parezca, yo también habría escogido la misma dirección.

Pero no lo has hecho y siempre piensas que estás equivocada, le gustaría decir a Jaime.

—Es muy rebuscado, sí, pero tiene sentido, dentro de este puto sinsentido en el que estamos metidos —asiente Jaime, que contempla tras la ventanilla, entre dos montañas de escasa vegetación, como aparece el mar.

- Jesús, a través de otra ventanilla le pidió a un taxista que bajara la suya, necesitaba información:

—¿Para ir a San Sebastián mejor el tren o el autobús? —preguntó con pudor, con las mejillas enrojecidas.

—En el autobús, amigo, aquí mismo, en una hora estás allí —le respondió el taxista.

Con ese miedo que lo desconocido, lo nuevo, le provoca, recorrió Jesús el blanco y conceptual aeropuerto de Bilbao. Por suerte, pronto encontró el autobús que le conduciría hasta San Sebastián, en donde le espera su amigo Gabriel, tal y como le indicó a través de los mensajes.

Durante el trayecto por carretera, Jesús no disfrutó de las hermosas vistas, al otro lado de la ventanilla, acantilados cimbreado a un Cantábrico en calma, siempre pendiente de su teléfono móvil. Nada más aterrizar, escribió:

—Ya estoy aquí.

El que no obtuviera respuesta, no le impidió seguir con su recorrido, tal y como le había prometido a Gabriel esta misma mañana. Una hora y quince minutos después, a las siete y veinticinco de la tarde, el autobús llega a San Sebastián y se detiene en la Plaza de Pio XII, tras una breve parada en Zarauz, donde descendió un viajero.

Introdujo Jesús en el *Google Maps* de su *smartphone* «la concha», esquivó así tener que volver a preguntar. Tras recorrer dos amplias avenidas de tráfico intenso y edificios altos, y pasar frente a la Catedral del *Buen Pastor*, una esbelta y puntiaguda edificación invadida por las palomas, por fin llegó al lugar indicado, frente a la playa.

No le costó a Jesús encontrar la cafetería que le señaló Gabriel, *Nórdica*. Hipnotizado por el fabuloso espectáculo que contemplaba, la playa, el mar, el monte Igeldo, el perfil elegante de la ciudad San Sebastián, y tras calcular que tendría que esperar casi dos horas, tomó asiento en un banco. Durante unos minutos, puede que solo fueran unos segundos, los suficientes para recobrar en parte la calma, Jesús no pensó en nada, dejó de tener miedo. No solo influyó la combinación de las imágenes que contemplaba. También el recuerdo de una fotografía concreta, de Luz Márquez, su actriz favorita, gracias a la cual conoció a Rocío Altamirano y a Gabriel. En esa misma playa que contemplaba, una vez Luz Márquez posó para los fotógrafos, más bella y radiante de lo que nunca la recuerda Jesús. Ya han pasado catorce años, pero las imágenes se mantienen en su interior en perfecto estado. Sin darse cuenta, comienza a tararear la canción con la que se iniciaba cada episodio de *Nueva en la ciudad*:

Cuando te conocí descubrí ese nuevo cielo que nunca pude imaginar, cuando te conocí

descubrí una nueva medida del tiempo, los meses se transforman en días, los días en minutos, y todo cambia cuando no estás, y vuelvo a recobrar la medida de mi viejo tiempo.

- Carmen Puerto fuma mientras contempla algunas escenas del *remake* de *Veracruz*. Comprende, perfectamente, la colección de críticas nefastas que acaba de leer. «Descafeinado calendario y poco más», tituló el diario *ABC* en su crítica, «la belleza de la nada», calificó *El País*; «el único interés de esta nueva y horripilante *Veracruz* reside en saber si el vestido de ‘sioux’ aguantará en su sitio hasta el final de la película», pudo leer en el diario *El Mundo*. Aún así, gracias a la popularidad de Luz Márquez en España, en ese momento ya contaba con una legión de admiradores, y a una intensa campaña publicitaria por parte de la cadena que produjo *Veracruz*, *Telecinco*, consiguió alzarse a los primeros lugares en la lista de recaudación, en sus dos primeras semanas de exhibición.

Atardece y llega la primera y melosa oscuridad, que calma la luz que se colaba por los cristales biselados del lavadero. En la cocina, Carmen se lamenta de no tener café, pronostica una noche larga. Aunque lo tuviera no podría hacerlo, acaba de pulsar sobre la señal de encendido de la placa vitrocerámica y la lucecita no se ha iluminado. Se prepara un capuchino y la idea de colarse en la peluquería de Jesús regresa a su cabeza. Con la taza entre las manos, está muy caliente, como a ella le gusta, se sitúa frente al montacargas.

—No se me pueden olvidar el micro, una ventosa y un juego de destornilladores —piensa mientras introduce la cabeza en el hueco metálico.

Enciende un cigarrillo, mira la hora en la pantalla del ordenador, las 21.07, hasta las 22 h. no la llamará Jaime, y ha calculado que se trata de una operación que no le ha de llevar más de veinte minutos, si no surge una complicación inesperada. Apura el capuchino de un trago, aún permanecía caliente. De dos zancadas se planta en la cocina, abre la cancela del lavadero, agarra un taburete, ha sido muy rápida pero no ha podido esquivar la vigilancia de *My Little Pony*, *tengo muchas cositas que darte*, le dice con su voz de Disney. Coloca el taburete bajo el hueco del montacargas, introduce en su interior el juego de destornilladores, el micrófono y el móvil con la aplicación «linterna» accionada; aplasta la ventosa, convenientemente ensalivada, en la parte posterior de la puerta, pulsa la tecla de «0» y comienza a introducirse en el metálico habitáculo. Primero la pierna izquierda, la cadera a continuación, encoge su torso hasta aplastar su trasero contra la pared del fondo, ya ha podido colar la pierna derecha, le está costando menos de lo que esperaba; los hombros y la cabeza finalmente. Al tirar de la ventosa y cerrar la puerta comprueba que cuenta con más movilidad y más espacio del que hubiera podido imaginar. Cuenta seis segundos eternos desde que el montacargas comienza a descender hasta que se detiene. Seis segundos en los que ha podido verse en otro tiempo, corría por un parque con ropa deportiva, también ha visto a *Jefe*, fumaban juntos en la terraza de una cafetería, también ha visto a Rocío Altamirano, a Jesús, a Verónica, a Julia, riendo a carcajadas. Detenido por completo el montacargas, Carmen empuja suavemente la puerta cuando un sonido agudo, de cristal, le avisa de que algo cubre al dispositivo. Descorre la puerta cinco o seis centímetros, le cuesta, presente que en cualquier momento puede caer lo que hay en el exterior y que le impide abandonar el estrecho recinto.

—Lo tiene tapado con un puto espejo —resopla Carmen, apunta a la abertura con la linterna del móvil.

Nerviosa, maldice que no hubiera previsto algo así, se plantea posibles soluciones a este

inesperado trance. La sensación que hasta ahora no había tenido, de enclaustramiento, de agobio, le llega repentinamente: se siente más grande de lo que realmente es, a la vez que cree contemplar como las metálicas paredes interiores del montacargas se acercan. Trata de recuperar mentalmente la imagen del pequeño cuadro de mandos del montacargas, *0, 1, stop*, se repite, *0, 1, stop, sí, ese es el orden*, palpa las teclas con dificultad, por el pequeño hueco que la puerta le permite. No pulsa la tecla a la primera oportunidad, a pesar del nerviosismo que la invade, ensaya antes de hacerlo. Convencida de cuál se trata, aprieta y cierra la puerta ayudándose de la ventosa. De nuevo, seis segundos, seis interminables segundos desde que el montacargas se pone en funcionamiento, comienza a ascender, y se detiene. Como si le faltara el aire, como si llevara años encerrada en este habitáculo, empuja con fuerza la puerta y no puede evitar sonreír, casi llorar de felicidad, cuando contempla su salón. En este preciso momento no le importa que no haya podido alcanzar su objetivo, aliviada por recuperar su añorado y oscuro mundo.

—¡Su puta madre!

Deja caer los brazos, el tronco posteriormente, apoya las manos sobre el taburete, presiente que no podrá evitar una caída, y comienza a caminar como si participara en una carrera de sacos. Ya fuera, metódica, recoge todo lo que colocó en el interior del montacargas.

—Vaya mierda de viaje —dice en voz alta mientras vuelve a guardar el micrófono en un cajón.

Mira a la *Karen* de Alex Katz.

—Dirás que estoy flipada, y puede que no te equivoques.

Al apartar la vista del cuadro descubre que ha recibido un correo electrónico mientras se encontraba en el interior del montacargas. Le ha escrito Alberto.

¿Nos vemos mañana? Hoy me viene fatal.

—Coño, una buena noticia, aunque me lo follaba ahora mismo —le dice a Karen, y le guiña un ojo.

Carmen Puerto escribe:

Mañana, a la hora de siempre, te estaré esperando.

Ordena la mesa, coloca una lamparita, varias libretas y lápices, el cargador del móvil y unos auriculares inalámbricos, que no conecta de inmediato. Comprueba que la impresora cuente con el papel suficiente y que los tóneres mantengan en un estado óptimo sus niveles de tinta. Con el programa que le compró a *nodigassuerte@yahoo.es* examina si en la playa de Cala Jondal existe alguna cámara de seguridad instalada. Si la hay, el programa no la detecta. Le llama la atención que el sospechoso, hasta ahora, haya esquivado las cámaras de seguridad con tanta facilidad. Está convencida de que conocía la situación de las mismas en los lugares en los que ha actuado.

—Ha tenido mucho tiempo para prepararlo todo. Mucho, mucho tiempo.

Pasa a la cocina y pela tres zanahorias. Se come una y lava una manzana verde.

Regresa al salón y comienza a liar varios cigarrillos, prepara siete en un par de minutos. Se dispone a liar el octavo cuando suena el móvil.

—¿Ya estáis? —pregunta.

—Aquí estamos. Ocho policías de paisano y cuatro coches en la *contra* —le informa Jaime, mientras remueve el azúcar en un café.

Abre las fotografías de la playa en la pantalla del ordenador.

—No es tan grande —dice Carmen.

—En Google nada es grande —responde Jaime y Julia, a su lado, sonrío.

—Conozco esa playa, he estado un par de veces —miente Carmen y le guiña un ojo a la fotografía de Jaime que acaba de abrir en la pantalla del ordenador.

—A lo mejor estar toda la noche conectados no es muy operativo, te llamo si vemos algo —le propone Jaime, para sorpresa de Julia.

—De momento, prefiero que estemos conectados.

—OK, como quieras.

—Aprovechemos para repasar. ¿Cómo va ese plano de números, tenemos acotada ya alguna zona? ¿Sabemos algo más del posible amigo de Lucía Sánchez?

—Ahora te lo iba a contar... —lamenta Jaime escuchar esa pregunta concreta y la expresión de su rostro cambia repentinamente.

—¿Cuándo? —le increpa Carmen.

—Te estoy mandando el archivo —percibe Julia el cambio de actitud de Jaime y también cambia la expresión de su rostro, defraudada.

—¿Qué hay? —exige Carmen concreción.

—Todas las llamadas normales, comprobadas, menos una. No podemos.

—¿Qué le pasa?

—Es un número desviado desde un servidor internacional a un número anónimo, nos llevaría meses seguirle el rastro hasta llegar al origen —dice Jaime y Julia abre los ojos en toda su extensión.

—Listo, listo, muy listo el cabronazo —repite Carmen mientras anota en su libreta.

Dos segundos de silencio y Carmen tiene una nueva pregunta:

—Teléfono del ex de Verónica Caspe, cómo se llamaba, cómo se llamaba... —busca en la libreta el nombre.

—Se llamaba Javier Loiza.

—Eso, bien, dime.

—Nada que destacar, putas y más putas, travestis de vez en cuando —responde Jaime con una taza en la mano, dispuesto a apurar el café.

—¿Estuvo con alguna?

—Una buena puta nunca te diría el nombre de un cliente, es política de empresa —le responde Jaime, al tiempo que fabrica una mueca de complicidad con Julia, que sigue la conversación con atención.

—Hay putas y putas.

—También.

—¿Movimientos en su cuenta, billetes de avión o de AVE? — prosigue Carmen.

—De avión nada, nada. En AVE no sabemos, puedes viajar sin identificarte si no compras el billete por Internet o en una agencia.

—Y de Valencia a Barcelona no hace falta —comienza a decir Carmen.

—Un salto —remata Jaime.

—¿Cuándo coño me vas a enviar la grabación encontrada en la casa de Loiza? ¿Domicilios de Rocío Altamirano y Lucía Sánchez? —no baja el listón Carmen, con la ayuda de su libreta.

—Limpios —responde sin dudar Jaime.

—¿Eso qué coño quiere decir, que olían a Mr. Proper?

—Eso quiere decir que no había nada relacionado con el caso —responde muy despacio

Jaime, y Julia simula que se pega un tiro en la sien con un dedo.

—¿Había revistas o deuedés de culebrones? —pregunta Carmen, con sorna.

—No creo.

—¿Cómo qué no crees? ¿Había o no había? —muy brusca, le pregunta Carmen.

—Joder, Carmen, a mucha gente le gustan los culebrones —dice Jaime y Julia, presintiendo la que se avecina, agacha la cabeza.

—¿¿Cómo estás diciendo?! —eleva Carmen el tono de su voz ostensiblemente.

Unos segundos de tenso silencio.

—¿Que cómo has dicho? —insiste Carmen, trata de mostrarse más calmada.

—No creo que lo de los culebrones sea tan relevante —finalmente, con voz quebrada, se atreve a decir Jaime.

—¿Tú en qué caso estás, hijo mío? —le pregunta con desprecio.

Para sorpresa de Julia, Jaime interrumpe repentinamente la conversación, aprieta con saña el icono de su *Iphone*.

—¡Su puta madre! —exclama.

—¡Qué coño te ha dicho la pirada! —se interesa Julia, que no puede salir de su asombro ante una situación que le es completamente nueva.

Comienza a vibrar el móvil de Jaime, puede leer *CP* en la pantalla.

—¿¿Tú qué coño te has creído, eh, qué coño te has creído?! ¡No me vuelvas a cortar en tu puta vida, en tu puta vida! —fuera de sí, Carmen grita.

—No te voy a permitir... —trata de decir Jaime, al tiempo que se pone en pie, incómodo por la cercana presencia de Julia.

—¿Qué no me vas a permitir? ¿Te recuerdo gracias a quién estás donde estás? ¿Te recuerdo quién te salvó el culo tantas y tantas veces? ¿Te recuerdo quién habló bien de ti en el momento justo? ¿Te lo recuerdo? Tengo muchas cosas que te puedo recordar, lo sabes perfectamente, perfectamente —amenaza Carmen, en dirección a la cocina.

—Cálmate, te ruego que te calmes... —se viene abajo Jaime, habla en voz baja. De reojo comprueba que Julia no esté cerca.

—No me calmo, hostia, no me sale del coño calmarme, esto es serio, Jaime, muy serio, no estamos en el recreo del instituto, ¿te enteras? Esto es trabajo, puto trabajo, ¿te enteras? —el grosor de las venas en el cuello de Carmen comienza a descender, consciente de que ha vuelto a recuperar el control.

—Vamos a calmarnos, ¿vale? Hemos sacado las cosas de madre... —propone Jaime.

—Las has sacado tú —no cede Carmen.

—Eso da igual ahora, lo importante es lo que tú has dicho, esto es trabajo, es un caso muy importante y estamos nerviosos...

—Tú eres el único nervioso y cada día más; sobre todo desde que tienes cerca a la tipa esa... a la de la ópera —señala Carmen con la mirada la fotografía de Julia que ha abierto en la pantalla.

—Sabes que eso no es así.

—Sabes que sí —insiste.

—¿Cinco minutos de calma y volvemos a conectarnos? —le propone Jaime, que sigue pendiente de Julia.

—Llámame en cinco minutos —le ordena Carmen antes de colgar—. Ah, espera, ¿y el informe de Loiza que me ibas a enviar? ¿Y los vídeos?

—Te los mandé.
—No, no me los mandaste.
—Te aseguro que te los envié: los vídeos y el informe —muy seguro, insiste Jaime.
—¿Cuándo?
—Cuando me lo dijiste. Y esta mañana, otra vez.
—Joder.
—Ya me extrañaba que no hubieras dicho nada de las uñas del tipo —insinúa Jaime.
—Mándamelos ahora mismo —tajante, ordena.
—En cuanto encuentre los archivos en el móvil.

Jaime respira hondo, se repasa el peinado, antes de regresar junto a Julia, que permanece donde la dejó, sentada en un taburete alto del restaurante, junto a la barra, escribiendo en su *Iphone*.

—¿Qué ha pasado? —pregunta sin interés.
—Más de lo mismo —responde Jaime, con tono conciliador.
—Sí, ya veo que es más de lo mismo —dice Julia con frialdad, en tono y mirada.
Carmen fuma frente a Karen.
—Niñato de mierda.

- Pasan veinte minutos de la hora señalada, las diez de la noche, y Gabriel aún no ha llegado a la cafetería. Jesús, impaciente, muy nervioso, no cesa de mirar la pantalla de su móvil. Si las dos horas anteriores le resultaron interminables, incomparable a lo que le supone cada minuto en este momento. Vuelve a leer los mensajes de WhatsApp recibidos, comprueba, una y otra vez, que no se ha equivocado en nada, que se encuentra en el lugar indicado, a la hora indicada y el día indicado. Todo concuerda, salvo lo fundamental: Gabriel no ha llegado todavía. Marca de nuevo su número y finaliza la llamada al escuchar la señal del contestador.

Jesús tiene la amarga impresión de que los camareros del establecimiento lo contemplan con gesto apenado, adjudicándole el papel de protagonista en una pesada broma. En una mesa próxima al gran ventanal, Jesús no deja de mirar hacia el paseo, esperando cada segundo la llegada de su amigo. La pantalla de su teléfono móvil se ilumina, acaba de recibir un nuevo mensaje.

Camina hacia la izquierda, unos doscientos metros, te espero en la puerta del Hotel Miramar.

Abona Jesús lo consumido y pregunta, con las mejillas encendidas, al camarero que lo atiende, la dirección del Hotel Miramar.

—Ahí, a nada, sigue el paseo a la izquierda y te lo encuentras en un par de minutos.

Que la explicación del camarero coincida con el mensaje le reporta a Jesús una efervescente alegría, también esa seguridad que tanto echa de menos. Con su bolso azul marino colgando de su hombro izquierdo y portando una pequeña mochila comienza a recorrer el Paseo de la Concha en dirección al lugar indicado. El sonido de las olas ha dejado de parecerle violento, peligroso, todo lo contrario, se siente de vuelta a un verano de su infancia, en la costa de Huelva. Casi puede sentir las manos de sus padres, paseando junto a ellos entre una humedad similar.

Aproximadamente cien metros recorridos, Jesús escucha unos pasos que se acercan a toda velocidad, a su espalda. No le da tiempo a comprobar de quién se trata, cuando quiere

reaccionar se encuentra tumbado en la arena de la playa, a la que ha llegado de un violento empujón. Trata de gritar, de ponerse en pie, pero una sombra negra, que despliega una fuerza descomunal, se lo impide. Brazos ágiles lo colocan boca abajo, la lengua y los labios se le llenan de arena, le cuesta respirar. Una fuerte opresión le aplasta la espalda y unas manos aprietan las suyas a la altura de su trasero. Un objeto afilado, que no consigue identificar, recorre sus mejillas diagonalmente. De repente, cuando presiente lo peor, el ataque concluye, escucha las pisadas que se alejan a toda velocidad y, cuando se incorpora no puede ver nada, como si su agresor hubiera sido devorado por la oscuridad de la noche.

Siente que le falta el aire. Nota el corazón bombeando en su garganta. Durante unos minutos permanece sentado sobre la arena, tratando de recobrar la calma. Al quitarse la arena de la cara se da cuenta de que ha perdido las gafas y que sus mejillas están sangrando, se ayuda de la manga de la cazadora para limpiarse. Comprueba que el bolso prosigue colgando de su hombro izquierdo y que la bolsa de viaje se encuentra a sus pies, junto a sus gafas. Sus cremalleras permanecen cerradas, al igual que su cartera, dentro del bolsillo izquierdo trasero de sus pantalones. En principio, parece que el agresor no le ha quitado nada, lo que acrecienta su sorpresa.

Se pone en pie, se sacude la ropa y la cabeza, fabricando una lluvia de arena a su alrededor. Necesita cuanto antes llegar a la puerta del hotel y encontrarse con Gabriel. Lo necesita más que nunca.

Aunque le cuesta andar, el dolor en su espalda va en aumento, no cesa de caminar, a ratos correr, solo unos pocos metros, en dirección al hotel. Ya puede ver su letrero, muy cerca, entre la niebla granulada que ha creado la arena en los cristales de sus gafas. Gabriel no se encuentra en la puerta, tampoco en las inmediaciones. Cuando pregunta en la recepción le responden que nadie con ese nombre está registrado. No hay tonos de llamada, *móvil apagado o fuera de cobertura*, escucha tras marcar de nuevo su número.

Dónde estás?, escribe.

Jesús toma asiento en un sofá, en la cafetería del hotel, y espera un mensaje de respuesta. En un espejo puede comprobar que las heridas de sus mejillas son superficiales, tres finas líneas por las que ya ha dejado de sangrar.

- Han pasado treinta minutos desde que Carmen Puerto, con los auriculares en sus oídos, escuchara por última vez la voz de Jaime. Escucha el susurro del viento, olas que se alejan y acercan, el chasquido de un encendedor, caladas nerviosas. Aprovecha estos espacios en silencio para seguir recorriendo, a través de las búsquedas en la web, la vida de Luz Márquez.

Tras el fracaso de la nueva versión de *Veracruz*, la actriz retomó su trabajo en las telenovelas con mayor brío, si cabe, tal vez consciente de sus limitaciones interpretativas. Ese mismo año, 2000, concluyó con una nueva accidental noticia: la detención de Mario Fernández, por consumo y posesión de droga. La policía encontró en su domicilio casi medio kilo de cocaína. La imagen del actor, esposado y escoltado por dos agentes, copó la práctica totalidad de las revistas venezolanas, así como en buena parte de los países de habla hispana. Tras la detención, comprueba Carmen que surgieron todo tipo de especulaciones y rumores. Algunos medios señalaron que el caso de Fernández, así como el repentino fallecimiento de Ana Sosa, todavía sin aclarar, conformaban «la punta del iceberg de un sistema viciado y falso», donde la droga, el lujo y el sexo corrían a sus anchas, mientras que

otros medios fueron el altavoz de la oposición a Hugo César Chávez. Estos mantenían que todo se trataba de una manipulación, una trampa, para acabar con la carrera del actor, pero sobre todo «una forma ruin y cobarde de atacar a RTCV». Encuentra Carmen un artículo de opinión de Damián Hernández, un conocido analista político, en el que puede leer: *el desencuentro entre la oposición y el chavismo se fragua en un nuevo campo de batalla: las telenovelas . Aunque en realidad, las telenovelas importan muy poco, es un episodio más en el cruento combate que estamos presenciando en Venezuela por la lucha del poder. Y para conseguirlo, cualquier excusa es válida .*

Luz Márquez, en diferentes programas y reportajes, afirma sentirse muy «apenada y afectada» por la imputación de su «compañero». Reduce el nivel de intensidad de la relación que supuestamente mantenían, no realiza una defensa a ultranza del detenido. Luz Márquez opta por mantenerse en una templada y reservada zona neutra, lejos de cualquier peligro que pudiera perjudicarle y, sobre todo, relacionarla con el consumo de estupefacientes. Estas referencias consolidan el perfil que Carmen Puerto ha trazado sobre ella.

—Carmen, parece que hay un sospechoso —la voz de Jaime, aunque esperada, la sorprende.

—Dime.

—Nos acaban de comunicar que un hombre, cubierto por un chándal negro, camina por la playa. Lo tenemos controlado.

—Ya lo puedo ver —dice Julia, parapetada tras unos prismáticos con visión nocturna.

—Estatura media, complexión fuerte, camina lentamente. Espera, se detiene, está agachado, se ata el nudo de una zapatilla o eso parece... Comienza a correr —relata Jaime.

—¿Bolsa, lleva algo en las manos? —pregunta Carmen.

—Yo no le veo nada —responde Julia.

Aunque ya lo intentó con anterioridad, busca Carmen una cámara de seguridad de la playa y no la encuentra.

—Joder —maldice.

—¿Qué? —pregunta Julia.

Carmen no responde.

—En apariencia hace *footing* . No tiene pinta de que sea el sospechoso —dice Jaime.

—No, no creo que lo sea —asiente Julia.

—De todos modos, Jaime, que alguien lo pare cuando se vaya —ordena Carmen.

Continúa Carmen Puerto con su búsqueda de información. A principios de 2001, RTCV comienza a emitir la nueva telenovela protagonizada por Luz Márquez, *Dulce engaño* , que alterna con el rodaje de *Sin aliento* , cuyo primer episodio se emitiría en el mes de junio. La actividad de la actriz en España y Portugal aumenta considerablemente, en los meses de abril, junio y septiembre, para presentar sus nuevas producciones, así como para rodar nuevos *spots* publicitarios. En septiembre de 2001 viaja por última vez a España. Carmen Puerto descubre, nuevamente, más fotografías en las que aparece *la señora gordita de unos sesenta años* .

Que no se me olvide , escribe en su libreta.

Sin embargo, la gran noticia que Luz Márquez protagoniza en 2001 es la de su relación con Juan Martos, un conocido millonario español, afincado en Venezuela desde los años sesenta, con el que contrae matrimonio en el mes de julio, en una multitudinaria, inesperada

y fastuosa boda celebrada en Maracaibo. Las referencias que encuentra Carmen sobre Juan Martos, a pesar de su notoriedad, son difusas y contradictorias. Por un lado, Juan Martos es un influyente empresario, se le relaciona con el petróleo, empresas turísticas, encuentra algunas menciones y comentarios que lo señalan como el verdadero propietario de RTCV, pero, sin embargo, su presencia social, pública, apenas se refleja en la Red. Le cuesta a Carmen encontrar informaciones relacionadas con Juan Martos previas a su enlace con Luz Márquez, como si no hubiera existido o como si se hubiera esmerado en pasar desapercibido. Por otro lado, especialmente en comentarios vertidos en foros de infinidad de blogs, descubre Carmen multitud de citas que muestran a Juan Martos como un empresario sin escrúpulos, relacionado con el narcotráfico y la venta ilegal de armas; también lo señalan como un aliado de los servicios de espionaje de Estados Unidos, organizador de la contra que trata de derrocar al Comandante Chávez.

—¿Y este quién coño es ahora? —le pregunta Carmen a Karen.

- Aunque convencido de que no aparecerá, no ha atendido sus llamadas ni ha respondido a sus mensajes, Jesús prosigue en la puerta del hotel Miramar esperando la llegada de su amigo Gabriel. En las más de tres horas que han pasado desde que fue atacado, en un principio dentro del hotel y posteriormente en un banco, en el paseo, Jesús le ha enviado más de cincuenta mensajes a su amigo y no ha obtenido una sola respuesta.

En este tiempo, la ansiedad se ha convertido en una compañera estable, al igual que el miedo, los nota dentro. Jesús siente que se encuentra inmerso en la peor pesadilla que habría podido imaginar, y no cesa de lamentar haber tomado la decisión de emprender este viaje sin haberlo meditado detenidamente. Se lamenta de haber seguido el dictado de la improvisación, del primer impulso, y no haber obedecido al Jesús con el que realmente convive: prudente, cohibido, temeroso. El verdadero Jesús.

No puede dejar de recordar su visita a Lisboa en 2001, a pesar de los años transcurridos. Tal y como ha sucedido hoy, un mes de junio igualmente, también fue Gabriel el que le animó a emprender el viaje. Y como hoy, contradijo Jesús a su intuición, que le indicaba lo contrario. Creía que había aprendido la lección y que jamás volvería a pasar por algo similar. Nadie escarmienta por cabeza ajena, recuerda el dicho que tantas veces le repetía su madre.

Comprueba con mayor detenimiento que el agresor no le ha quitado nada. La tarjeta de crédito dentro de la cartera, el bolso azul, la pequeña maleta, siguen a su lado. Jesús está convencido de haber sido la circunstancial víctima de un vándalo, de un demente, que solo pretendía atacarlo, atemorizarlo. Cansado, sobrepasado, dispuesto a todo con tal de escapar de esta realidad que lo aplasta, camina hasta una parada de taxi. En el trayecto, se detiene en una sucursal bancaria y retira 300 euros de su cuenta corriente. Mientras espera la llegada del primer vehículo libre, ruega que su petición sea atendida. Unos minutos después aparece un *Daewoo Nubira* blanco.

—¿Cuánto me cobraría por llevarme al aeropuerto de Bilbao? —le pregunta con tono lastimero al taxista, casi le suplica, nada más bajar la ventanilla.

—¡Coño! —exclama el taxista.

—Es muy importante, de verdad —implora Jesús.

—Imagino... —se lo piensa el taxista durante unos segundos— 250 euros —por fin dice.

—Pues vámonos.

Nada más tomar asiento en la parte delantera del vehículo, junto al taxista, una repentina calma, una paz anhelada, invade a Jesús. Una sensación similar a la que tuvo hace trece años, en 2001, mientras recorría el puente del 25 de abril, cuando por fin pudo abandonar Lisboa. Calma, paz. A través de la ventanilla, Jesús contempla una ciudad dormida que ha sido escenario de una de sus peores pesadillas, y de la que desea huir cuanto antes. En la radio, un lento y susurrante locutor analiza los beneficios para nuestro organismo de la regular ingesta de alcachofas, especialmente para nuestro hígado.

- —¿No pasa nada? —pregunta Carmen a Jaime, tras varios minutos de silencio.
—Nada —con voz soñolienta.
—¿Y el del *footing* ?
—Pues eso, un tío al que le gusta hacer *footing* por la noche. Limpio.
—¿Mirasteis en las papeleras? —pregunta Carmen.
—Claro, es lo primero que hicimos —responde Jaime mirando a Julia, con un gesto de extrañeza.

—No me ha llegado lo de Loiza todavía —recuerda Carmen.

—Te lo he mandado ya, de nuevo.

Julia sonríe y teclea en su teléfono móvil. Jaime la observa detenidamente, le llama la atención la sonrisa que fabrica en sus labios.

Qué bien te lo pasas , le gustaría decirle, pero no le dice nada. Vuelve a escribirle un mensaje a Sonia, su esposa, que aún no ha respondido los cinco anteriores. *Me estás preocupando* .

—¿Cómo vas? —se abre una ventana de chat en la pantalla del ordenador de Carmen Puerto.

—Todavía de resaca, os tendríamos que haber metido tres más —escribe Carmen a toda velocidad.

—Si Ancelotti no te gustaba, menudo sofocón pillaste con lo de Mou, ¿ya no te acuerdas?

—El tuyo, el del *partido a partido* , es una imitación del portugués, que lo sepas —escribe Carmen.

—Si tú lo dices.

—Me he tatuado *Sergio Ramos* en el brazo.

—De ti me lo creo.

—No lo dudes.

Carmen Puerto se pone en pie y flexiona sus piernas, mueve rítmicamente sus hombros, cuello y cabeza, estira brazos y manos, se siente entumecida. Lo achaca a su infructuoso viaje en el montacargas.

—Ya no estoy para ciertas cosas —le dice a Karen—, estoy más para ser follada que para follar —no puede evitar pensar en Alberto cuando dice esto.

Casi las tres de la mañana , piensa, *Alberto todavía estaría aquí. Iríamos por el tercer polvo*.

- Dentro del coche, sentada en el asiento trasero, junto a Jaime, que trata de vencer al sueño que le invade, Julia aplasta su espalda contra el respaldar y deja caer los prismáticos de visión nocturna sobre sus piernas. Se lleva los dedos de la mano derecha a la boca, recuerda que hace cinco años que dejó de morderse las uñas. Juguetea con el contorno de la uña del dedo meñique, le encantaría morderla, arrancarla, escupirla. Le costó dejar de morderse las

uñas casi lo mismo que aceptar que Antonio, su pareja, había dejado de quererla. Recuerda a Antonio cuando la tentación de morderse una uña llega. *Julia, Julia*, le repetía envolviendo las palabras con una musiquilla infantil. En esos momentos lo aborrecía, conseguía el efecto contrario, más deseaba comerse las uñas. Pasado el tiempo, dos años, con frecuencia piensa que le gustaría escuchar de nuevo las regañinas cantarinas de Antonio. Porque la realidad es que recuerda mucho a Antonio, y eso que han pasado dos años y eso que no ha vuelto a morderse las uñas.

—Tengo la impresión de que aquí no hacemos nada —dice Julia y se inclina hacia Jaime.

—Nunca se sabe —responde Jaime, sin apartar la vista del techo.

—Yo qué sé. La verdad es que es una teoría muy rebuscada, si nos detenemos a pensarlo. Estamos aquí por la canción de un culebrón, esa es la puta realidad —suspira Julia.

—Antes estabas de acuerdo, ¿no? Hay una secuencia que nos conducía hasta aquí —le recuerda Jaime.

—Y lo sigo estando. Cuando la pirada dice algo convincente soy la primera en reconocerlo, la primera; aunque no las suele decir con mucha frecuencia —ironiza Julia, que contempla cómo se ilumina la pantalla de su móvil.

—Eres su gran *fan*.

—Eso te lo dejo a ti, que eres el presidente del club —contraataca Julia con rapidez.

—Para *fans*, los tuyos, que ni duermen —le responde, fijo en el iluminado móvil de Julia, que hace por esconder entre sus manos.

—Son mensajes del *face*.

—Espera —extiende la mano Jaime, exigiendo silencio, pega el oído derecho a un *walkie* diminuto que tenía recostado entre los muslos—. OK, OK. Todos atentos—. Pulsa una tecla del transmisor y marca el número de Carmen Puerto—. Posible sospechoso, acaba de llegar a la playa.

—Coño, mejor que un café —responde Carmen al anuncio.

—Según el café —murmura Julia.

Carmen reacciona arqueando las cejas.

—Se dirige hacia el centro de la playa. Hombre, alto, completamente vestido de negro —retransmite Jaime lo que le cuentan por el *walkie*.

—Ya puedo verlo —dice Julia, parapetada tras los prismáticos.

—Lleva una bolsa, no parece pesada —dice Jaime.

—Puede ser, puede ser el que andamos buscando —repite Carmen, muy nerviosa, ansiosa, por tener que depender de los ojos de otros.

Julia, a través de los prismáticos, puede ver una sombra verduzca y difusa que se mueve con rapidez, en línea recta, como si tuviera muy claro hacia donde se quiere dirigir.

—Le queda poco para llegar al centro de la playa —dice Julia y Carmen recupera las fotografías de Luz Márquez en esa misma playa, en ese mismo lugar, radiante en un bikini mínimo, posando para los fotógrafos.

—Toma asiento en un banco, deja la bolsa al lado... —dice Jaime.

—Ha empezado a sacar cosas de la bolsa —detalla Julia.

—Se pone en pie y empieza a andar de nuevo.

—¿Y la bolsa? —pregunta Carmen, que también se ha puesto en pie, no ha podido resistir por más tiempo estar sentada.

—La ha dejado en el banco, la ha dejado en el banco — repite Julia, que se esfuerza por

no obedecer a una fuerza interior que la invita a salir del coche y correr hacia el sospechoso.

—Empieza a correr —alerta Jaime.

—Que lo cojan nada más salir de la playa y que alguien vaya a ver lo que hay en la bolsa, pero con disimulo —ordena Carmen.

Nada más tomar el desconocido el camino de tablones de madera que conduce a la playa, dos agentes de policía le dan el alto, a lo que reacciona corriendo en dirección contraria.

—¡El sospechoso huye! —exclama Jaime, se guarda el *walkie* y el móvil en un bolsillo de la cazadora y abandona el coche al mismo tiempo que Julia.

—¡Hostia, hostia puta! —grita Carmen, impotente.

—¡Alto, alto! —gritan los agentes de paisano.

De regreso a la playa, Jaime y Julia se encuentran de frente con el sospechoso, que trata de esquivarlos saltando hacia un lado, por encima de una baja valla de madera, pero con tan mala fortuna que pierde el equilibrio y cae de bruces sobre la arena. Es Julia la primera en llegar a su lado y apoyar su rodilla sobre su espalda, inmovilizándolo. Se busca, junto a los riñones, su arma reglamentaria.

—¿Qué pasa, qué pasa? —pregunta Carmen fuera de sí, pero solo escucha jadeos y pisadas.

—Lo tenemos —Jaime, asfixiado.

—¡Levanta la cabeza, levanta la cabeza que yo la vea! — ordena Julia, mantiene la opresión sobre la espalda y apunta con su pistola la nuca del sospechoso.

—¡Ya, ya, que no llevo nada!

—Ya lo tengo —se incorpora Jaime, que tras esposar al sospechoso tira de su brazo derecho, hasta que consigue ponerlo en pie.

—¿Cómo es, cómo es? —no deja de preguntar Carmen. Histérica, camina en círculo en el salón.

—Hombre, unos treinta años, barba, moreno, uno setenta y cinco, no va armado —relata Jaime, que entrega el detenido a los agentes de paisano.

—¡Es un *tironero* de mierda! —exclama Julia, con el bolso en la mano que dejó en el banco y que le ha acercado un compañero.

—¿Cómo? —desilusionada, Carmen.

—Estaba sacando las tarjetas... se lo ha robado a una alemana —detalla Julia, ilumina con una pequeña linterna la cartera que ha sacado del bolso.

—¡Mierda, mierda! —maldice Jaime.

—Estáis montando mucho jaleo, quitaros de en medio ahora mismo, aunque yo creo que ya no hay nada que hacer —lamenta Carmen, muy enfadada, girando el cuello de un lado a otro.

—¿Jaleo? —cuestiona Julia.

—Seguimos —Jaime, contundente, temeroso de un nuevo enfrentamiento, se esfuerza en reconducir la situación.

—Hostia puta —es lo último que escuchan Jaime y Julia antes de interrumpir la comunicación.

—¿Y ésta de qué va? —le pregunta Julia a Jaime, de regreso al coche.

—¿No la conoces?

—A lo mejor no tanto como tú —responde Julia, alterada.

—Ni una puta palabra más, ¿vale? —le advierte Jaime.

Carmen enciende un cigarrillo, necesita pensar, consciente de que esta noche concluirá sin que su teoría se haya demostrado: el sospechoso no irá a la playa de Cala Jondal. Recupera la canción con la que comienza cada episodio de *Nueva en la ciudad*.

Cuando te conocí descubrí ese nuevo cielo que nunca pude imaginar, cuando te conocí descubrí una nueva medida del tiempo, los meses se transforman en días, los días en minutos, y todo cambia cuando no estás, y vuelvo a recobrar la medida de mi viejo tiempo.

Transforma los meses, los días, los años, repasa todas las fechas que tiene anotadas en su libreta. El 6 de junio de 2000 Luz Márquez estuvo en San Sebastián para rodar un nuevo spot de la firma que era imagen, meses antes del estreno de *Veracruz* en el festival de cine de la misma ciudad. Le ha costado a Carmen encontrar la referencia, ya que se trató de una jornada de trabajo, en la que la actriz no realizó ningún acto público. Puede verla, acompañada de Elvira Tapia, su secretaria —por fin ha podido etiquetarla Carmen, esa mujer regordeta y bajita, de pelo corto, que ha encontrado en multitud de fotografías, en un segundo plano—, a la entrada del restaurante de Juan María Arzak. Es la única posibilidad que Carmen contempla en este momento, aplicando la lógica de la canción. O tal vez se trate de su propia lógica.

—San Sebastián, San Sebastián, aunque también estuvo allí el 26 de septiembre de ese mismo año, ¿y si se toma un descanso nuestro asesino? No, no, nos daría mucho tiempo —divaga Carmen Puerto frente a Karen, que mantiene inalterable su cálida sonrisa en la penumbra.

- Muy lentamente, Idoia Gaztelu despierta de un sueño profundo y pesado, comienza a abrir los ojos. Sus párpados son dos mariposas con alas de plomo que no quieren retomar el vuelo. Un dolor punzante se ha instalado en su frente y sienes, como si un objeto extraño oprimiera su cabeza. Tiene las manos atadas, a su espalda, y una rígida tira de esparadrapo cubre su boca. Al tratar de incorporarse, descubre que sus piernas también están bloqueadas, a la altura de los tobillos. Como puede, empieza a balancearse de un lado a otro, hasta que se topa con un elemento contundente y puntiagudo que le lastima la nuca.

Idoia Gaztelu se encuentra completamente a oscuras, apenas cuenta con movilidad. Por el tacto de la moqueta que roza con la frente y nariz, por el olor a caucho, a aceite, a gasolina, presiente que se encuentra en el interior del maletero de un coche. Se esfuerza por reconstruir, recordar, cómo ha llegado hasta aquí.

Como cada noche, tras concluir su jornada laboral, responsable de infografía en *El Diario Vasco*, Idoia regresó a casa. Un trayecto de veinte minutos en coche desde Barrio Ibaeta, donde se encuentra la redacción del periódico. Sobre las once, frente a la cancela automática del *parking*, en la calle Larramendi, detuvo el vehículo y pulsó la tecla azul del mando a distancia. Sonaba en la radio, en ese momento, la nueva canción de The Black Keys, *Fever*. Idoia Gaztelu aparcó su vehículo, un *Audi Q3* de color blanco, en su plaza, número 39, y se dirigió hacia el ascensor. Justo en el momento de introducir la pequeña llave de seguridad en la cerradura, un paño blanco le oprimió la nariz y la boca. Recuerda ahora Idoia Gaztelu unos segundos, pocos, de lucha, de forcejear, de intentar escapar, antes de perder el conocimiento e instalarse en esta oscuridad en la que ahora se encuentra.

- Jesús está a punto de embarcar. Si el horario se cumple, el avión que lo llevará de regreso a Sevilla despegará en 37 minutos, a las 8.10 de la mañana. No ha podido dormir un solo minuto en todas las horas que ha pasado en el aeropuerto de Bilbao, sentado en un sillón.

Cuando ha intentado cerrar los ojos, ha sentido la presencia de la sombra negra que lo atacó en San Sebastián, en la playa de La Concha. Ha sufrido varios cuadros de ansiedad en los que ha estado a punto de perder el control, en los que ha temido caer desplomado sobre el suelo.

Ha formulado multitud de teorías para explicar la agresión que ha sufrido. *Me ha tocado a mí, me ha tocado a mí*, se repite a modo de mantra.

Hace unos minutos, en el aseo se limpió la cara, y pudo ver en el espejo que las heridas son superficiales. Apenas quedan en sus mejillas unas líneas rectas de color rojo.

Mira de nuevo su teléfono móvil, su amigo Gabriel no ha respondido a ninguno de los mensajes que le ha enviado.

JUEVES, 5 DE JUNIO DE 2014. 8 H.

Jaime entra en una cafetería. Pide dos cafés con leche y dos tostadas con mantequilla y jamón york, para llevar. Mientras le preparan lo solicitado, Jaime se contempla en el espejo de la columna que hay en mitad de la barra. Despeinado, grasiento, los ojos enrojecidos, rodeados por profundas ojeras, los labios amoratados.

—Y para nada —susurra a su reflejo.

En la agenda de su teléfono móvil busca el contacto «casa». Llama.

—¿Te he despertado? —pregunta nada más escuchar la voz quejosa y dormida de su esposa.

—El niño ha estado vomitando toda la noche. Creo que no lo voy a llevar al colegio —responde Sonia.

—Joder, ¿le has puesto el termómetro? —pregunta, preocupado, y corretea con sus dedos sobre el aluminio de la barra.

—Ya empieza a tener fiebre. Ya sabes, las gripes de tu hijo siempre empiezan igual —mira Sonia la hora en el reloj de la mesita de noche.

—¿Gripe, casi en verano? —pregunta extrañado.

—Los niños no entienden de estaciones.

—Hoy creo que vuelvo temprano, así podrás descansar — dice Jaime.

—Prefiero que no me lo digas —le advierte su esposa.

—Ya sabes cómo es esto —se lamenta Jaime.

—Ya... —no le apetece a Sonia seguir hablando.

—Te quiero —apenas puede decir Jaime, interrumpido por el pitido final.

¿Por qué no respondiste anoche a mi llamada?, le habría gustado preguntarle, y no lo ha hecho, puede que por el temor a escuchar la respuesta menos deseada

Hay días en los que Jaime se cuestiona su propia vida, en qué la está empleando, el poco tiempo que pasa con su mujer, con su hijo, el poco tiempo que les dedica. El poco tiempo que se dedica. En esos días, que cada vez son más, le gustaría dejarlo todo y empezar de nuevo, donde fuera, muy lejos, empezar una nueva vida, escapar. Jaime los llama *días grises*, y procura mantenerlos escondidos, lejos de la rutina, domesticados, para que no le afecten en su trabajo, para que no alteren la imagen que supone los demás poseen de él.

Con los cafés y las tostadas regresa al coche, donde le espera Julia con los ojos cerrados. Los abre al escuchar el sonido de la puerta.

—Jaime, es un *tironero* común. Tiene un par de causas abiertas por lo mismo —le comunica Julia.

—Evidente —y bebe café.

—Jaime, ¿qué vamos a hacer ahora? No podemos seguir así, a expensas de sus ocurrencias, tenemos que comenzar a tomar la iniciativa. Nos hemos centrado en exceso en Verónica y su ex marido, que es muy evidente, en esa actriz, y yo creo que solo son señuelos para que nos alejemos de lo verdaderamente importante. En Lucía o en Rocío Altamirano están las claves de este caso, lo sé. Y seguro que en la vida de la actriz esa venezolana hay algo que nos pueda ofrecer una pista, pero poco más —dice de corrido Julia, necesitada de expulsar todas las ideas que amontona en su interior.

—Puede que lleves razón —dice Jaime, mirándola fijamente a los ojos, pero sin poder apartar de su cabeza la imagen de su hijo.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Julia.

—Írnos a casa y dejar a esta gente que vigile la playa un día más —le responde Jaime, y

muerde la tostada.

—¿Y después? —insiste Julia, para nada satisfecha con la respuesta de Jaime.

—¿Después? Ya veremos...

—¿Le pedimos un perfil psicológico a Barri? —plantea Julia.

—Sí, sí —no duda en responder Jaime.

Alfredo Barrientos, Barri, es el psicólogo de la Unidad, además de uno de los personajes más peculiares que forman parte del Cuerpo Nacional de Policía. Despistado en extremo, charlatán anárquico, va de un tema a otro, y muy ingenioso, cuenta con una gran capacidad de análisis. Bajito y siempre con sus diminutas gafas balanceándose en la nariz, con frecuencia recurren a Barri, como todos lo conocen, para trazar el perfil psicológico de un sospechoso.

- De nuevo ha tenido que recurrir Carmen Puerto al despertador para comenzar este nuevo día, AC/DC a todo volumen, *Highway to Hell*, tras una noche en la que apenas ha dormido un par de horas. No ha soñado, o no recuerda haber soñado nada, a pesar de intentarlo, quedó dormida abrazada a la almohada, creyendo que era Alberto.

—Ni de follar tengo ganas —se lamenta Carmen en voz alta.

Deduce que hace un buen día por la luz que se cuela por las rendijas de la persiana, y que fabrican un cosmos de partículas flotantes. Abandona la cama, ha dormido en sujetador y bragas, se las quita y las deja caer sobre el suelo. Busca en el armario un chándal rojo y no lo encuentra.

—Hoy tengo que poner una lavadora.

Cree haber soñado con manos que se hundían en su cuerpo, manos sin un cuerpo y sin un rostro reconocibles. Cree haber sentido miedo, dolor, durante este sueño que duda si ha tenido lugar. Examina las marcas de su vientre, que prácticamente han desaparecido. Coloca sus dedos sobre las marcas, necesita que sean sus dedos los responsables. Necesita dejar de sentir que alguien la ha visitado.

Desnuda, con unos vaqueros despintados, bragas y sujetador de algodón blanco, calcetines negros con rayas verdes, una camiseta gris, *New York University*, en las manos, se dirige al cuarto de baño. En la ducha se aplica un gel tonificante en la cara y un champú desenredante en el cabello. Presiona y frota la esponja contra su vientre. Cuando retira toda la espuma del cuerpo y cabeza, durante unos segundos en los que contiene la respiración, Carmen abre el grifo del agua fría. Mantiene los mil chorritos directamente sobre sus ojos más de un minuto, algo más contra la planta de los pies.

Una vez seca, se aplica las diferentes cremas, hidratantes y reafirmantes, se cepilla los dientes y se envuelve el pelo con una toalla verde. Saluda a Karen cuando conecta el ordenador, que le devuelve la misma sonrisa de cada día. En la cocina, tras comprobar que la placa de la vitrocerámica sigue sin funcionar, prepara un zumo de naranja e introduce una taza con agua en el microondas. Abre un paquete de galletas *María* y coge cuatro que comienza a comer, mecánica y lentamente. Repite en su interior la canción con la que comienza cada capítulo de *Nueva en la ciudad*.

Cuando te conocí descubrí ese nuevo cielo que nunca pude imaginar, cuando te conocí descubrí una nueva medida del tiempo, los meses se transforman en días, los días en minutos, y todo cambia cuando no estás, y vuelvo a recobrar la medida de mi viejo tiempo.

Lía un cigarrillo, prepara el capuchino y abre la reja metálica que separa el lavadero de la cocina. *My Little Pony*, permanentemente feliz, la recibe con un alegre *tengo muchas*

cosquillas .

Ha dudado si subir a la azotea, o esperar a que la lavadora concluya, pero finalmente lo ha hecho. Hoy no podría haber estado en la azotea sin las gafas de sol, un sol luminoso y limpio lo acapara todo. Riega las plantas de marihuana, pascueros y el pequeño huerto y comprueba la humedad de la tierra de los cactus. Desnuda, se deja caer sobre la hamaca de lona.

Trata de abrir los ojos, le cuesta descubrir que no hay nubes, solo un cielo azul inmenso y un sol que lo ocupa todo.

—Vaya mierda de solano —se queja Carmen, parece hablarle al cigarrillo de marihuana que ha terminado de liar.

Mira la hora en la pantalla del teléfono móvil, nueve menos cuarto. Aunque sabe que Jesús no está, que no abrirá la peluquería a la hora de todos los días, la rutina puede con ella. Empieza a sentirse incómoda en la azotea, desnuda bajo el sol, azotada por una amarga sensación que le recuerda que no se encuentra en el lugar apropiado, haciendo lo que debería hacer. Intenta luchar, en vano, contra un sentimiento que es mucho más fuerte que ella.

—Me cago en la puta —resopla mientras comienza a vestirse.

A las nueve menos diez, tras haber comprobado que ha girado la llave hasta el tope final en las dos cerraduras, se encuentra frente a la pantalla del ordenador, mirando la calle a través de la cámara del videoportero. Sube el volumen al máximo y se dirige a la cocina, para prepararse un capuchino. Mientras espera a que el agua hierva, pulsa en repetidas ocasiones el círculo de encendido de la vitrocerámica. Sigue estropeada.

—La parrillada de verduras la tendré que hacer en el horno —se lamenta Carmen, y se agacha para examinar el estado del electrodoméstico.

Ha visto Carmen Puerto crecer a los niños que contempla ahora en la pantalla, Israel e Isabel, de la misma manera que ha visto envejecer a la abuela que los acompaña al colegio. Algunos días, pocos, los niños y la abuela no pasan delante de la cámara, cruzan a la acera de enfrente, supone Carmen, para comprar en la panadería. De una manera que no puede comprender, que no sería capaz de explicar, echa de menos Carmen a esos niños junto a su abuela esos días que no pasan frente a la cámara, o cuando llegan las vacaciones y transcurre mucho tiempo sin verlos. Carmen se esfuerza en creer que no echa de menos a los niños, que lo que realmente añora es su propia rutina, ese saber, desde la más completa seguridad, cómo va a ser cada día. Cree Carmen que, de este modo, se siente más segura.

—¿Y tú cómo has pasado la noche? —le pregunta a la Karen de Alex Katz, y apura el capuchino.

Pasan los minutos y, como era de prever, Jesús no hace acto de presencia esta mañana. A través del ordenador se conecta a *Radio 3* . Escucha solo unos segundos el nuevo tema de Damon Albarn.

—Con lo buenos que eran Blur —suspira.

En primer lugar, siguiendo la ruta que se ha marcado, repasa Carmen en su libreta las anotaciones de la pasada noche. No deja de sorprenderle que Juan Martos pasara a convertirse en un personaje público solo a partir de su relación con Luz Márquez y que con anterioridad apenas pueda encontrar referencias, a pesar de su poder e influencia. Apenas algunos comentarios anónimos en foros de blogs o de medios de comunicación, como si Martos se hubiera esmerado durante años en imponer el silencio en torno a su figura, o

como si se tratara de un personaje temido, al que es mejor ignorar por completo, razona Carmen.

En algunas fotografías, todas ellas tomadas desde la distancia, nunca posadas, Carmen Puerto encuentra un cierto parecido entre Juan Martos y el protagonista de una película que acaba de ver: *La gran belleza*. Delgado, pelo blanco, nariz prominente, extrañamente atractivo.

—El de la *pele* es abuelillo pero tiene su polvo, éste no —dice Carmen.

En realidad, el parecido, ese darse un aire, más que en el pelo blanco, casi semejante, estirados, domesticados y alargados mechones blancos, muy blancos, o en el tamaño de su nariz, lo encuentra Carmen en la manera de vestir, muy latino, trajes blancos de lino, camisas con cuellos exagerados, elegante aunque con un punto de atrevimiento. En la mayoría de las instantáneas, Juan Martos cubre sus ojos con unas grandes gafas de sol y siempre trata de mantenerse en un segundo plano, cediéndole todo el protagonismo a Luz Márquez. Contempla Carmen Puerto una fotografía en la que puede verse a Juan Martos cubierto por un vaporoso traje color vainilla, claro, caminando al lado de Luz, por el pantalán de un puerto deportivo. Se percibe claramente en la fotografía que es la actriz la que se aferra al empresario, la que trata de arrancarle una sonrisa ante la presencia de los periodistas.

Todas las fotografías que Carmen Puerto puede encontrar del enlace de Juan Martos y Luz Márquez son de una pésima calidad. Fotografías «robadas», tomadas con dispositivos camuflados, ya que, como ha podido leer Carmen Puerto en varias revistas, la pareja se empleó a fondo para preservar la intimidad y confidencialidad de la boda. En la revista *Sonrisas* se llega a indicar que todos los invitados tuvieron que firmar un documento por el que se comprometían a no contar en los medios de comunicación los detalles del festejo, comprometiéndose, igualmente, a no realizar ningún tipo de grabación, ya fuera visual o sonora. Encuentra Carmen decenas de referencias sobre lo que podría haber costado la celebración del enlace. En una publicación se afirma que rondó el millón de dólares, detallándose las exquisiteces que compusieron el menú: kilos y kilos de ostras y de caviar; algunos de los invitados más ilustres, buena parte de la farándula televisiva de Venezuela, así como actores, actrices, estrellas de la televisión y cantantes de otros países, Shakira, Sofía Vergara o Thalía, entre otros muchos conocidos invitados. En una publicación se apunta a que el mismísimo Hugo César Chávez fue invitado y que declinó el ofrecimiento. Sobre el destino que escogió la pareja para pasar la luna de miel, en *Sonrisas*, nuevamente, se señala Islas Mauricio como lugar de destino, aunque no acompaña fotografía alguna que lo corrobore. La boda de Luz Márquez y Juan Martos, por lo que puede leer Carmen Puerto, se convirtió durante varias semanas en el gran acontecimiento de Venezuela, el asunto sobre el que todos los medios decían contar con una información privilegiada y contrastada.

Los hijos son una posibilidad que no descartamos en el futuro, responde la actriz en su primera entrevista tras contraer matrimonio. Concedida en exclusiva a la revista *Premio*, puede verse a una Luz Márquez muy morena, resplandeciente, rebosante de una felicidad que no duda en transmitir en cada una de sus respuestas. En todas las fotografías aparece la actriz sola, ya que Juan Martos, tal y como puede comprobar Carmen Puerto, retorna a su anonimato, y son contadas las ocasiones en las que aparece junto a su joven esposa.

—Hola —puede leer en la ventanita de chat que se abre en la pantalla del ordenador.

—No tengo tiempo —escribe Carmen.

—Me tienes olvidado.

—Y tanto.

Leer «olvidado» le recuerda que aún no ha recibido los archivos con el informe de la autopsia de Javier Loiza y la grabación casera de un encuentro sexual. No duda en llamar a Jaime, que la atiende con desgana, después de una noche en vela.

—Te lo he mandado dos o tres veces —replica con contundencia el inspector, a pesar de que duda de si llegó a efectuar el tercer envío.

—Venga —exige.

No pasan treinta segundos cuando recibe el correo de Jaime. Lee en diagonal Carmen, obviando toda la retahíla técnica que ha detestado desde sus inicios en el Cuerpo Nacional de Policía. Ríe al descubrir que, según el informe redactado por Lola Vallejo, Javier Loiza llevaba las uñas de los pies pintadas de azul y de rojo las de las manos, *me hubiera extrañado otra cosa*, musita. En el informe también se detalla que la muerte de Javier Loiza se debió a las profundas heridas en ambas muñecas efectuadas con el bisturí que se encontró en el fondo de la bañera, cerca de sus pies. Incredula, contempla las imágenes que acompañan al informe desde la distancia. Considera que no necesita examinarlas con mayor detenimiento.

—Sin huellas, la posición es la correcta, el bisturí en su sitio, las uñas pintadas, las últimas llamadas y conexiones coinciden con la presumible hora de fallecimiento, el cuadro del dormitorio, los cedés y patatín y patatán, y este cuento se ha acabado —ironiza Carmen Puerto—. Si lo analizan, que no lo harán, seguro que hasta el trazo de los brochazos indican que él mismo se pintó las uñas.

Accede a Twitter.

—Ahora que Pedro Ginés nos lo cuente, es lo que toca —le dice a Karen.

Por el momento, en las ediciones digitales de los principales periódicos del país no se hacen eco de los nuevos hallazgos.

Recupera la fotografía de Luz Márquez en Sevilla, no puede apartarla de su pensamiento. La sensación de haberla contemplado con anterioridad se mantiene intacta. A través de una de sus cuentas falsas en Facebook, busca grupos o perfiles de Luz Márquez. Descubre un grupo, sin apenas actividad, la última entrada de septiembre de 2013, con docenas de imágenes de la actriz, la mayoría de ellas extraídas de las telenovelas en las que tomó parte. No cuenta con *web oficial* y su presencia no es relevante en las páginas y grupos que encuentra dedicados a sus trabajos. En Twitter encuentra Carmen Puerto un *fake* (cuenta falsa) de Luz Márquez, sin actividad desde hace un par de años, en donde se reproducían algunas de las frases de los personajes que interpretaba. *Amarte es la gran locura de mi vida, pero prefiero estar loca a cuerda*, es el último tuit de la cuenta.

Techo de la pila de libros que se levanta sobre la mesita de noche, busca en su dormitorio la novela de Rocío Altamirano, *La puerta del corazón*. Apenas le ha dedicado tiempo desde que Jesús se la hizo llegar. Escrita con una prosa que pretende ser preciosista, cuando no saturada de adjetivos y descripciones hiperbólicas, narra la historia de una chica de un pequeño pueblo de la provincia de Sevilla que llega a la capital para comenzar sus estudios universitarios. Saltando los renglones, pero intentando no perder el hilo de la trama, Carmen descubre que la novela de Rocío Altamirano es una adaptación novelada de *Nueva en la ciudad*, una de las telenovelas de mayor éxito de Luz Márquez. En *La puerta del corazón*, Anselma pasa a ser Lola Conde y su enamorado Santi en vez de Alonso, de la misma

manera que Sevilla se transforma en Caracas. Todo lo demás, situaciones, personajes, incluso final, explosión de felicidad en todo su esplendor, es idéntico, aunque la autora, Rocío Altamirano, no lo indique en la publicación. Comparando novela y telenovela más exhaustivamente, Carmen Puerto descubre diálogos prácticamente idénticos:

Me gustaría tener la fuerza suficiente para expresar todo lo que siento, puede leer en *La puerta del corazón*.

Necesito la fuerza necesaria para gritar todo lo que siento, exclama Luz Márquez, convertida en *Anselma*, en *Nueva en la ciudad*.

—¡Vaya plagio!

Escanea el retrato de Rocío Altamirano que aparece en la solapilla de *La puerta del corazón* y trata de compararla con los rostros de los seguidores que aparecen en la fotografía de Luz Márquez, en su primera visita a Sevilla. Carmen cree verla, casi lo podría afirmar con rotundidad, sobre la pancarta, en la parte central, muy despeinada y sonriente.

—Es ella, coño, es ella —se repite y compara, uno a uno, todos los rasgos de los dos rostros.

- Julia, nada más descender del avión en el aeropuerto de Barajas, se conecta a Internet a través de su *Ipad* y descubre que en las ediciones digitales de algunos periódicos informan de un «amplio dispositivo policial en una playa de Ibiza». *El País* señala que, según fuentes policiales, el dispositivo no estaría relacionado «en ningún caso» con el triple asesinato de Sevilla, Barcelona y Madrid, ya que las pruebas obtenidas hasta el momento «señalan al ex marido de Verónica Caspe, Javier Loiza, como el responsable de los mismos».

Julia acerca la *tablet* a los ojos de Jaime.

—¿Qué me dices de esto?

—¡La hostia!

—Qué empeño, ¿no? —cuestiona Julia, contrariada.

—Lo tendrán muy claro...

—O quieren tenerlo muy claro —apostilla Julia.

Ya dentro de la terminal, Julia y Jaime caminan a paso ligero hacia la salida.

—¿Qué hacemos ahora?

—Yo me voy para la comisaría, quiero poner papeles y pruebas en orden —responde Jaime, no le dice que quiere volver pronto a casa.

—¿Te parece que me dé una vuelta por la vivienda de Lucía Sánchez? —le propone Julia con los ojos muy abiertos.

—Vale, date una vuelta, pero habla antes con los de *científica*, llama a Lola Vallejo, no quiero líos —le advierte Jaime.

—No te preocupes.

- También se encuentra en un aeropuerto Jesús, en el de San Pablo, en Sevilla. Nada más poner los pies en tierra se ha sentido aliviado, a salvo. A sabiendas de que no recibiría respuesta alguna, esperó con impaciencia el restablecimiento de la cobertura de su móvil. Dos mensajes que incluyen montajes divertidos, enviados por clientes de la peluquería, sin noticias de su amigo Gabriel. Marca de nuevo su número; *desconectado o fuera de cobertura*, vuelve a escuchar.

Aunque se encuentra muy cansado, no ha dormido en toda la noche, Jesús ha decidido ir a la peluquería directamente, necesita regresar a su rutina por encima de todo, recomponer su

vida cuanto antes. A la salida del aeropuerto, a la derecha, donde concluye la hilera de taxis, se encuentra el autobús. Toma asiento en la segunda fila y cierra los ojos. Todavía no puede creer lo que ha sucedido en las últimas horas, el sorprendente ataque que ha padecido, que no le robaran nada. También le parece increíble que no haya podido disfrutar de ese lugar en el que estuvo Luz Márquez posando para los fotógrafos, donde volvió a verla, radiante y luminosa. Pero, sobre todo, sigue sin poder creer el comportamiento de su amigo Gabriel, que tras los numerosos mensajes rogándole que marchara a su lado no haya podido comunicarse con él. No puede entender que lo citara de urgencia en San Sebastián, como si la vida le fuera en ello, para luego no aparecer. Por más que lo intenta, no lo comprende. Se siente Jesús dolido, ofendido, humillado, como si se tratara del protagonista de una pesada broma.

Achaca Jesús el violento y casi instantáneo ataque que sufrió a la mala suerte, al azar, a una desafortunada coincidencia, pero no la relaciona con Gabriel. En realidad, se esfuerza en no querer relacionarlo.

- Lee Carmen Puerto en las ediciones digitales de los periódicos la información sobre el dispositivo policial llevado a cabo en la playa de Ibiza. Pedro Ginés, a través de su cuenta de Twitter, a diferencia de la «versión oficial», lo relaciona directamente con el triple asesinato de las mujeres. *Busca @policia al cómplice de Loiza en Ibiza? Pronto aportaré información al respecto. #AmanteÁcido* .

—¡Pero qué gilipollas es! —resopla Carmen, que examina la cuenta del popular periodista para comprobar si ha publicado nuevos tuits en las últimas horas—. No quiero imaginar el *show* que va a montar cuando se entere de que Loiza llevaba las uñas pintadas...

Carmen anota en su libreta los nuevos hallazgos que ha encontrado relacionados con Luz Márquez y Juan Martos. Comienza a interesarse por Osvaldo Cartagena, el guionista de las telenovelas que protagonizó, y que fue alguien muy cercano, siempre presente, en la vida de la actriz venezolana. En la mayoría de las ocasiones de soslayo, en ese ángulo inapreciable de las fotografías, lejos del foco, Osvaldo Cartagena aparece en los momentos más importantes en la trayectoria de Luz Márquez, pero a una prudente y anónima distancia. Es un caso similar, por ese pretender no aparecer, al de Elvira Tapia, su secretaria personal.

Recaba Carmen información sobre el guionista. Seis años más joven que Luz Márquez, con solo veintidós Osvaldo Cartagena se dio a conocer en su país, a mediados de los noventa, gracias a su primera novela, *A pesar de todo* , que concitó el elogio de la crítica así como unas más que sorprendentes cifras de ventas, tratándose de un debutante. Muchos señalaron a Cartagena como un valor seguro y de futuro de la literatura en lengua española. Sin embargo, el joven escritor sorprendió a todos al centrar su actividad literaria en la redacción de guiones para telenovelas, tras firmar un contrato en exclusiva con la poderosa productora venezolana RTCV.

Coincidentes, Luz Márquez y Osvaldo Cartagena debutaron conjuntamente en las telenovelas con *Una vida de amor* . En una de las escasas entrevistas que Carmen Puerto ha encontrado de Cartagena, puede leer: *escribo pensando en Luz. De hecho, sin ella, no me cabe duda de que habría vuelto a publicar más novelas* . En la fotografía que acompaña a la entrevista, Carmen contempla a un hombre con una apariencia mayor a la que le indica la Wikipedia: *Caracas, 1974* . Regordete, pelo corto muy negro y rizado, mediana estatura, con pequeñas gafas doradas, vestido con un traje de mil rayas que en otro hombre y en otro

tiempo sería elegante.

A pesar del éxito de su primera y única novela, *A pesar de todo*, le está costando a Carmen encontrar menciones o noticias sobre el escritor, como si tras comenzar a trabajar para la RTCV hubiera decidido pasar a un segundo plano, devorado por la alargada sombra de Luz Márquez.

—La verdad es que tiene cara de entender —dice Carmen en voz alta, tras leer en la revista *Sonrisas* que *Oswaldo hace poca vida social por no atreverse a exponer su verdadera condición sexual*.

Abre una carpeta que denomina *Oswaldo*, cuando suena el teléfono. Duda Carmen si atender la llamada, cuando lee en la pantalla *JJ2*, Julia.

—¿Qué quieres? —tosca, responde.

—Estoy en casa de Lucía Sánchez.

—¿Y?

—Tendrías que ver lo que he encontrado... —dice Julia mientras gira a su alrededor sin poder creer lo que sus ojos le muestran.

Trata Carmen de controlar su ansiedad, no quiere sentirse a expensas de Julia, consciente de que si ha dado el paso de llamarla es porque ha encontrado algo verdaderamente importante.

—¿Qué coño has encontrado? —le cuesta mantenerse en su papel, pero lo hace.

—Esto es un puto santuario de esa actriz venezolana —sigue girando Julia, en el dormitorio de Lucía Sánchez Roda, contemplando alucinada un cartel original del *remake* de *Veracruz* que protagonizó y que estrenó en el Festival de San Sebastián, portadas de revistas de la época, *Aquí hay tomate* o *Qué me dices*, con su imagen, decenas de fotografías, perfectamente recortadas y enmarcadas, carátulas de devedés.

—¿Dónde está eso? —pregunta Carmen, que trata de imaginarse el espacio.

—En el dormitorio, en el resto de la vivienda no hay nada destacable, lo tenía concentrado todo en el dormitorio.

—¿Has abierto los armarios? —pregunta Carmen, le es imposible disimular sus nervios.

—Espera.

—¿Qué coño pasa?

—Tenía un autógrafo de la tipa —dice Julia con el tronco flexionado, a menos de una cuarta del objeto mencionado, protegido por el cristal de un marco dorado.

—¡Coño! —suspira Carmen.

—Encima del cabecero de la cama, como si fuera yo qué sé...

—Mándame una fotografía.

—Va para allá —y enfrenta el móvil al autógrafo.

—Abre el armario —daría lo que fuera Carmen por estar en esa habitación y repetir esa sensación con la que tanto disfrutaba en los registros: abrir puertas, adentrarse en las íntimas profundidades de desconocidos, revolver cajones.

—Mucho Zara y Stradivarius, algo de Blanco, espera, espera, ¿esto qué es? —se pregunta Julia frente a un vestido de un rosa ácido, con un escote exagerado, en forma de pico—. ¡¿Y esto?! —exclama, descuelga un conjunto de raso negro con lentejuelas en los hombros y con la espalda al descubierto.

—¡¿Qué, qué?! Habla, coño —no puede reprimirse Carmen, que escucha a Julia con los ojos cerrados y los puños apretados por la tensión.

—Empiezo a mandarte fotografías. Mira estos dos vestidos, los tiene en un lado del armario, diferenciados del resto, apartados. No son los vestidos típicos de una cajera de supermercado, precisamente —trata de explicar Julia a toda velocidad.

—Que los padres confirmen que la vivienda, el dormitorio sobre todo, estaba así, que no ha sido manipulado —ordena Carmen.

—OK.

—Hablamos —corta Carmen y espera impaciente la llegada de las fotografías.

Julia deja caer los dos vestidos sobre la cama y los fotografía con su *Ipad*. Se coloca el de raso negro a la altura de los hombros y comprueba que le queda largo. Si no recuerda mal, Lucía Sánchez debía ser más baja que ella, por lo que, con toda probabilidad, no le quedarían bien ninguno de los vestidos, los dos de la misma talla, una 36.

Escribe en su *Ipad*: *¿altura de Lucía?*

Carmen Puerto, nada más abrir las fotografías que le ha enviado Julia, descubre que los vestidos forman parte del vestuario que Luz Márquez lució en las telenovelas en las que participó. Le es fácil reconocerlos, recientemente ha visto numerosos episodios de los primeros culebrones que protagonizó, además de multitud de fotografías, muchas de ellas tomadas en los rodajes.

Julia regresa al dormitorio de Lucía con un taburete que ha encontrado en el cuarto de baño, lo sitúa delante del armario para poder alcanzar las tres puertas superiores del altillo.

—¿Algo más? —pregunta Carmen nada más atender Julia la llamada.

—Te cuento, voy a abrir las puertas de arriba del armario

—le indica Julia, sin conciencia de que este tipo de frases alteran a Carmen.

—Dime —cierra los ojos, mentalmente traza una composición del lugar.

—Espera, espera, aquí parece que no hay nada, esto está lleno de mantas. ¿Aquí han mirado los *batiblanco*s? Está todo muy ordenado —cuestiona Julia, con los pies de puntillas sobre el taburete.

—*Saben ya encontrar qué vestido indiscreto logrará una sonrisa del joven esqueleto* —recita Carmen tras encender un cigarrillo, invadida por una extraña y excitante mezcla de felicidad y nerviosismo.

—¿Cómo dices? —extrañada, pregunta Julia. De nuevo en el suelo, adelanta el taburete y se dispone a abrir la segunda puerta.

—Nada, cosas mías, cosas mías —tapa el micrófono del teléfono móvil, se gira y le dice a Karen: *ésta no ha leído tampoco a Baudelaire*.

—Cajas, cajas... —dice Julia, que hace lo posible por alcanzar el borde de una de ellas para poder acercarla.

—Intenta bajar una —la apremia Carmen.

—En eso estoy, en eso estoy —empieza a molestarle el tono imperativo de Carmen. *Ésta se cree que soy Jaime*, piensa Julia y no dice.

—*Más deliciosa y áspera resultó mi tortura* —insiste Carmen con un nuevo verso de Baudelaire, tanto por aplacar los nervios de la espera como por fastidiar a Julia.

—¡La tengo! —exclama Julia, que ha estado a punto de perder el equilibrio al contrarrestar el peso de la caja.

—¿Qué hay?

—Revistas y revistas y más revistas con Luz Márquez en la portada. Y carpetas con fotografías recortadas, hay cientos de ellas, menudo trabajo se tuvo que dar durante años

—responde Julia.

—Los *batiblanco*s solo buscan huellas y ordenadores, vaya cerebros que tienen — murmura con ironía Carmen, sin dejar de anotar en su libreta.

—Te mando más fotografías.

—¿Y el ordenador?

—Se lo llevaron. Voy a llamar a Jaime. Queda una tercera caja, espera que la coja —Julia vuelve a subirse en el taburete.

Carmen abre las fotografías que le envía Julia. Está tan familiarizada con Luz Márquez que la mayoría de las portadas y recortes que contempla le son conocidos, los ha visto en los últimos días.

—Una friki —murmura Carmen.

—Total —asiente Julia.

Accede Carmen a la cuenta de Facebook de Lucía y le llama la atención que ni en sus álbumes de fotografías ni en los grupos y páginas que sigue exista una sola referencia a la actriz o a las telenovelas.

—¿Cómo es el resto de la casa? —pregunta Carmen.

—Normal, normal, modesta, mucho *Ikea* y decoración de los chinos. Ya tengo la tercera caja. Son de uedés... y ya te puedes imaginar lo que contienen —insinúa Julia.

—Culebrones protagonizados por Luz Márquez.

—¡Bingo! —exclama Julia. Con cuidado, tratando de no descolocarlos, va comprobando las portadas de los de uedés, la mayoría de ellos rotulados a mano.

—Era fácil acertar. Lo que no comprendo es que esto no se lo haya llevado la científica — cuestiona Carmen.

—Espera, al final de la caja hay uno en blanco.

—¿Lo vemos? —no duda en proponerle Carmen.

—¿Tú crees?

—Creo que sí... —por una vez, Carmen se encomienda a la complicidad con Julia.

—Vamos.

Julia se dirige al pequeño salón, donde no le cuesta encontrar un reproductor de de uedé, en un mueble de madera clara.

—En blanco —le anuncia Julia, tras leer la información que aparece en la pantalla del reproductor.

—No siempre íbamos a tener suerte, y eso que hay alguien empeñado en ponérselo todo muy facilito —comenta Carmen antes de finalizar la llamada.

• Jesús, cinco minutos antes de las doce de la mañana, comienza a descorrer la persiana metálica de su peluquería. El sonido alerta a Carmen, que no duda en acceder a la cámara de la puerta a través de su ordenador. Tarde, solo ha podido ver la espalda de Jesús, en el momento de acceder al establecimiento.

—¿Dónde coño habrá estado?

Jesús, nada más entrar a la peluquería, cierra la puerta de cristal por dentro y rompe a llorar. Se derrumba sobre el sillón donde corta el pelo a sus clientes. Lloro por todo lo que ha pasado, por la indefensión que ha sentido, por la indiferencia de Gabriel, por la tensión acumulada y que ahora puede expulsar. Su mayor anhelo, su gran esperanza es que se trate de un asunto cerrado, de una mala pesadilla que no se volverá a repetir, una vez que ha

regresado a su segura y protectora rutina, y que ha restablecido nada más cruzar la puerta.

En momentos como éste, Jesús se acuerda especialmente de sus padres. Muchos pueden llegar a creer que ha entregado buena parte de su vida a cuidarlos, sobre todo a su madre, pero no es ese el recuerdo que él conserva. No tiene esa sensación de «entrega», no considera que diera nada a cambio. Es más, le agradaba hacerlo, sentirlos cerca, cuidarlos, protegerlos, a la vez que ellos lo hacían con él mismo. En cierto modo, ese sentimiento se mantiene vivo gracias a la anónima «casera» del piso de arriba. Necesitaba estar de vuelta cuanto antes, recuperar su vida, y no solo para tranquilidad de ella, también por la suya.

Mirándose en el espejo que ocupa toda la pared frontal trata de recomponerse, seca las lágrimas que han escapado de sus ojos, se peina. En una hoja escribe: *Ya estoy de vuelta* y se dirige al almacén. Nada más entrar, se da cuenta que el espejo que oculta el montacargas se ha desplazado levemente. No le concede mayor importancia, al considerarlo como uno más de los efectos de los nervios del improvisado viaje. Pulsa «0» en el panel de control, abre la puerta del montacargas cuando baja e introduce la nota en su interior. A continuación, pulsa «1».

Carmen escucha el sonido del motor del montacargas. Descorre el cuadro de las dos mujeres que pasean tranquilamente entre las dunas de una playa y abre la pequeña puerta.

—*Ya estoy de vuelta* —lee en voz alta.

Entra en la cocina y escribe en una hoja:

Espero que no haya sido nada grave. Saludos.

Lee varias veces el mensaje antes de introducirlo en el interior del montacargas y pulsar la tecla «0».

Jesús lee el mensaje y durante un momento tiene la tentación de responder, pero la llegada de un cliente lo frena:

—¿Dónde te has metido? —le pregunta Pablo, un hombre mayor de pelo canoso y encrespado, un cliente habitual.

—De papeleo en el banco, los líos... —miente Jesús.

—Eso es que manejas cuartos —bromea.

- Carmen comienza a buscar en Internet una librería *online* en la que poder comprar la primera y única novela de Osvaldo Cartagena, *A pesar de todo*. No le cuesta encontrarla y solicita el envío urgente, a pesar del considerable incremento de precio.

La presencia del escritor en la Red es escasa y casi siempre asociada a la novela que publicó o como guionista de telenovelas. Carmen empieza a buscar y recapitular fotografías de Luz Márquez en las que aparece Cartagena. Más de las que podía imaginar a bote pronto, y que ha pasado por alto en la mayoría de las ocasiones. Lo encuentra en el funeral de Ricardo Santillana, en la presentación pública de *Nueva en la ciudad*, el día de su boda, con un nutrido grupo que se dirige al recinto, en el *Chiado*, en Lisboa y, curiosamente, de refilón, cerca del hotel María Cristina, en la presentación de *Veracruz* en el Festival de Cine de San Sebastián. En los títulos de crédito de la película aparece como guionista de la misma.

—No sabía yo que los *remakes* tuvieran guionista —cavila Carmen en voz alta.

Prosigue con el visionado de la *Veracruz* de Luz Márquez mientras toma un capuchino y fuma un cigarrillo.

—Pero qué mala era la jodida —retahíla Carmen, que pulsa el botón de avance rápido.

- Jaime atiende una llamada procedente de Ibiza:

—Sin variaciones, mantenemos el dispositivo hasta las veintidós horas —le informa Nicolás, un compañero de la Unidad.

—Perfecto.

Julia, a su lado, retoma el relato de su visita a la vivienda de Lucía, interrumpido por la llamada telefónica.

—Que los inteligentes chicos de las *batas blancas* no cayeran en las fotografías, puedo hasta entenderlo, pocos sabemos lo de los culebrones, pero que no se llevaran los *deuvedés* me parece todo un despropósito —refunfuña Jaime.

—Les he traído la caja, se la he pasado a los de Investigación Tecnológica, no sé si he hecho lo correcto —Jaime asiente afirmativamente las palabras de Julia—. Les he pedido que me pasen lo que tengan del ordenador. Vamos a ver, tampoco espero yo...

—Pues aquí los tienes —la interrumpe Jaime, nada más ver el número que aparece en la pantalla.

—¡No me lo puedo creer! —celebra Julia.

Jaime atiende la llamada de Carla Guzmán, de la Brigada de Investigación Tecnológica.

—Hemos encontrado una grabación en el Dropbox de Lucía Sánchez Roda que os puede interesar.

—¿Cuándo podemos verla? —apremia Jaime.

—Ahora mismo.

—Los *tecnológicos* han encontrado algo —le dice a Carmen nada más escuchar su voz.

—¡No me lo puedo creer!

—Lo mismo ha dicho Julia —responde Jaime con una sonrisa en los labios.

—Cuenta —exige Carmen.

—Se va Julia a verlo, yo tengo aquí tarea pendiente, parece que podemos tener algo en el plano de teléfonos —alega Jaime.

Carla Guzmán accede a la cuenta de Dropbox de Lucía Sánchez Roda, a través de su propio ordenador portátil. No le ha sido necesario buscar su cuenta de usuaria o su clave ya que las tenía incrustadas en el enlace del escritorio.

Menudos lince, hasta un niño lo habría encontrado: bastaba con pinchar el icono, piensa Julia.

Tras unos segundos en negro, en la pantalla aparece Lucía, con uno de los vestidos encontrados en su armario, el rosa ácido con exagerado escote en forma de pico. A pesar de que la prenda le queda holguera, le cuelga de los hombros y le oculta buena parte de las piernas, hasta mitad de sus tobillos, sonrío como una niña en su fiesta de cumpleaños, emocionada y feliz. Quien sujeta la cámara de vídeo, un hombre de voz aguda y débil, difusa, le pregunta:

—¿Te gusta?

—Me encanta —le cuesta decir a Lucía, visiblemente emocionada.

—Un rematito y te quedará perfecto —le aconseja el hombre que sujeta la cámara.

—No pienso tocarlo —responde Lucía sin vacilar.

Un par de segundos de pantalla en negro, hasta que vuelve a aparecer Lucía, en esta ocasión con el vestido de raso negro con lentejuelas en los hombros y con la espalda al descubierto.

—¡Me encanta! —exclama.

—Maravilloso —murmura el hombre que graba.

Varios giros extasiados de Lucía frente a la cámara, exhibiendo el vuelo del vestido, antes de finalizar la grabación. Imagen en negro.

—¿Tú me mandarías una copia antes de que lo secuestren esos? —presa de la ansiedad, que trata de ocultar, pregunta Carmen a Julia, nada más escuchar el relato del contenido de la grabación.

—Te lo comprimo en dos archivos —le indica.

—Eso estaría muy bien —agradece Carmen, sorprendida por la predisposición de Julia.

—Te dejo.

De regreso a su despacho, encuentra Julia a Jaime sentado frente a su mesa, examinando unas fotografías.

—¿Son estos vestidos? —le muestra dos fotografías que le ha enviado Carmen, en las que aparece Luz Márquez.

—Aparentemente sí, o unos exactamente iguales —responde Julia.

—Te dejo tu asiento —le ofrece Jaime, puesto en pie.

—Bien, tengo que hacer unas copias para Car... para la pirada.

—Joder, no me lo puedo creer, os dejo un rato solas y os hacéis amiguitas. ¡No sabéis cuánto me alegro! —ironiza Jaime.

—Déjate de hostias, ¿vale? —reacciona enérgicamente Julia.

—No te preocupes, que yo nunca seré un obstáculo entre vosotras —sonríe Jaime sarcásticamente.

—Ya te vale.

Jaime ordena los informes y carpetas que se amontonan sobre su mesa y, durante unos segundos, detiene su mirada, muy fijamente, en la fotografía en la que aparecen su mujer y su hijo. No puede evitar esa pesada y opresora sensación de culpa que le acompaña, con mayor insistencia con el paso del tiempo, desde que nació Daniel, su único hijo.

Mira el reloj de su teléfono móvil, faltan 12 minutos para las dos de la tarde. Sin dudarlo, se pone en pie, desconecta su ordenador, sale del despacho y se acerca al de Julia, que lee detenidamente en su *Ipad*. Sin entrar, de pie junto a la puerta, le anuncia:

—Me voy a comer a casa, me tomo la tarde libre, que ya va siendo hora.

—Jaime, ¿ha sido una casualidad que apareciera con la caja de devedés de la casa de Lucía, reclamara la información del ordenador y que a los cinco minutos nos la enviaran? —cuestiona Julia.

—No lo sé. Tampoco lo tenían tan difícil.

—No logro comprender... —se arranca a decir Julia.

—Bueno, te dejo —corta la conversación y se despide.

—¿Algún problema? —pregunta Julia, sorprendida.

—Daniel, está pachucho, los niños y los cambios de temperatura, ya sabes —le informa con una sonrisa amarga.

—Ya, los niños —espetea Julia, viendo cómo Jaime desaparece—. Por eso yo no tengo niños ni perrito ni nada que se le parezca —reflexiona Julia en voz alta, viendo cómo las carpetas, cedés y fotografías se acumulan sobre su mesa. Por un instante, la imagen de Antonio se cuela en sus pensamientos. Es una imagen muy concreta, sentado en el sofá, bajo la ventana, donde la esperaba leyendo o escuchando música.

- Comprende Carmen las críticas que recibió, en su momento, la versión de *Veracruz* protagonizada por Luz Márquez. Apenas ha anotado algunas palabras en su libreta, convencida de que las respuestas, las indicaciones, se encuentran en las telenovelas. Examina Carmen las dos breves películas que le ha enviado Julia. Mediante un programa de edición amplía las imágenes y amplifica y «limpia» las voces. Escribe en su libreta: *voz de hombre, entre treinta y cuarenta años, parece un tono de Madrid, pero no, es el tono de alguien que lleva unos años en Madrid, las «eses» y «ces» son muy forzadas, habla muy bajo premeditadamente, no es su verdadera voz*. Gracias a la carpeta que creó de Luz Márquez, no le costó encontrar los vestidos que le describió Julia. Acertó, son los mismos que Lucía Sánchez Roda exhibe en las grabaciones. El rosa lo utilizó la actriz en el tercer episodio de *Una vida de amor* y el vestido de raso negro se lo puso Luz Márquez en *Como un huracán*, en los primeros episodios, cree recordar Carmen.

El sonido del teléfono reclama su atención. En la pantalla puede leer: *Jefe*. Antes de responder, se lo muestra a Karen.

—Mucho estaba tardando.

—*Jefe* —responde.

—Mantendremos el dispositivo hasta la hora señalada, pero... —su voz es seria y grave.

—No va a aparecer nadie.

—Si lo tienes tan claro, ¿qué coño hacemos ahí? —le cuestiona *Jefe*, que no puede disimular su esfuerzo por no gritar.

—Volverá. Te lo adelanto ya, pero en la Playa de la Concha, entre mañana y el sábado —se atreve a pronosticar Carmen.

—Ahhh... hemos cambiado de playa ahora. ¿No será en Marbella o en Chipiona? ¿Has escuchado bien la letra de la canción? —le pregunta *Jefe*, sin variar la gravedad del tono de su voz.

Carmen, consciente de que su posición es débil, emplea toda su habilidad y rapidez para explicar su teoría de las fechas y del lugar, tal y como ya hizo con anterioridad con respecto a Cala Jondal, en Ibiza.

—Vale, vale... —la interrumpe *Jefe* —, no me digas más.

—¿Vas a activar el dispositivo?

—No, de ninguna de las maneras. España es un país seguro, muy seguro, de los más seguros, y los países seguros no se pasan el día montando controles de vigilancia en sus playas más turísticas para detener a un *tironero*, ¿de acuerdo?

Es tan seguro que molemos a palos a los periodistas en las manifestaciones que nos queremos llevar a las afueras de las ciudades para que dejen de salir en el telediario y nuestros comisarios están en el banquillo porque están untados por las mafias chinas, se queda atascado en la garganta de Carmen, que rompe un lápiz en dos trozos por la rabia contenida.

—Ya... —se limita a responder Carmen.

—Todo apunta a que los tres asesinatos han sido obra del ex marido de Verónica Caspe, Javier Loiza, ninguno de sus vecinos lo vio durante todo el fin de semana y hemos descubierto que compró billetes, de avión y AVE, para Sevilla y Madrid en una agencia de viajes —explica *Jefe* muy lentamente, como si le reportara un intenso placer hacerlo.

—¿Cuándo habéis descubierto eso?

—¿Te crees que eres la única que está investigando este caso? —le cuestiona *Jefe*.

—Espero que no.

—No, no lo eres, te lo aseguro.

—¿Y viajó realmente o solo los compró?

—El vuelo Barcelona/Sevilla, al menos, sí lo tomó —sentencia *Jefe* .

—Podrían haber suplantado su... —trata de decir Carmen.

—Y te diré algo más, creo que te puede interesar: ¿sabes de qué color tenía pintadas las uñas de las manos y de los pies?

—¿De rojo las de las manos y de azul las uñas de los pies? — sarcásticamente pregunta Carmen.

—Eso es.

—¿Y no crees que deberíamos haber sabido eso desde el primer momento? —le cuestiona Carmen.

—En un par de días la Unidad Científica nos ofrecerá datos relevantes sobre los cuerpos sumergidos en ácido —le anuncia.

—Seguro que sí, Lola Vallejo es muy eficiente —no puede evitar que sus palabras estén envueltas en un halo de ironía.

—Ya te darás cuenta.

—Y entonces...

—A seguir investigando, con lo que tenemos, sin abrir nuevas líneas de investigación. ¿Entendido? Hay una línea abierta, muy clara, y esa es la de Javier Loiza. Creo haber sido muy claro, ¿entendido? —contundente, pregunta *Jefe* .

—Ya, pero deberíamos...

—¿Entendido?

—Entendido.

¡Cabrón, hijodeputa, funcionario de mierda, chupapollas, lameculos!, grita en repetidas ocasiones Carmen, al tiempo que propina puñetazos en el sofá, en la mesa, en el marco de la puerta del salón.

Grita y golpea con tal fuerza que la puede escuchar Jesús con meridiana claridad, desde la peluquería. Como en ocasiones similares, eleva considerablemente el volumen de la emisora de radio que están oyendo para que el cliente al que atiende en ese momento no la descubra.

—Hay que ver las cosas que hace este gobierno —dice Jesús, queriendo justificar su repentino acto.

—Y que lo digas, que nos pongan al niño como Rey sin habernos preguntado. Yo no sé hasta dónde vamos a llegar —le responde el cliente con gesto confuso.

—Vaya tela —no sabe Jesús qué decir.

Bebe agua Carmen en la cocina, necesita calmarse, recobrar el aliento, el control. Siente el latido galopante de su corazón, como si pretendiese escapar de su cuerpo. Mira a su alrededor, como si estuviera buscando algo, aprieta el círculo blanco de la vitrocerámica, luz roja apagada. Abre la nevera, coge la última zanahoria que le queda y empieza a pelarla. Escribe en la libreta: *zanahorias, capuchino, tabaco, filtros, boquillas, calabacines, dos tarros de garbanzos, aceite de oliva, tóners, dos libretas, seis lápices, una caja de aspirinas, ibuprofeno, cervezas, chocolate, galletas María* . Al escribir la lista de la compra para Jesús se ha acordado de Alberto; ayer le dijo que podría venir esta noche. Y esta noche Carmen necesita estar junto a Alberto, olvidarse de Luz Márquez, de *Jefe* , de este caso,

aunque solo sea durante unos minutos.

Termina de comer la zanahoria frente a Karen, que mantiene su inamovible y radiante sonrisa.

—Le voy a durar tres minutos en el primer polvo —le dice—, es que estoy muy necesitada, tú ya sabes...

Vuelve a la cocina, arranca la hoja con la lista y se la envía a Jesús a través del montacargas. Conecta la videocámara de la puerta a la pantalla del ordenador. Fuma Carmen mientras espera la salida de Jesús. Se retrasa seis minutos en hacerlo. Rápido en sus movimientos, no ha mirado a la cámara.

—Qué raro está éste...

Vuelve Carmen a ver los vídeos de Lucía Sánchez, trata de buscar la conexión con las fotonovelas en las que aparecen. Examina detenidamente las secuencias.

—Aquí no hay nada de nada —desanimada.

Carmen Puerto medita enviarle un correo a nodigassuerte@yahoo.es y reprenderle porque entre la información de las víctimas que le envió no apareciera el *Dropbox* de Lucía Sánchez Roda.

—Joder, coño, que ni había que buscar la clave —maldice. Aun así, no escribe el *email*, consciente de que necesitará sus servicios de nuevo con toda probabilidad.

Ha esperado Carmen a estar más calmada para llamar a Jaime. Marca su número.

La esposa de Jaime, Sonia, se queda mirando la pantalla del teléfono, sobre la encimera de la cocina, cuando éste comienza a sonar. No llama a su marido, que juega con Daniel un partido de baloncesto en la videoconsola.

—¿Quién es? —pregunta Jaime desde la distancia, molesto por la interrupción.

—Pone «CP» —responde Sonia, lamenta que su marido haya escuchado el tono de su teléfono.

—Mierda —se queja Jaime, pero no duda en abandonar la partida y atender la llamada.

Cuando llega a la cocina, fabrica un «lo siento» encogiendo los hombros.

—Dime.

—¿Tú sabías lo de los billetes de avión y AVE de Javier Loiza? —pregunta Carmen a bocajarro.

—Lo han averiguado los chicos de *Jefe* —responde a regañadientes, anticipando una furibunda reacción.

—Ya... ¿Y lo de las uñas de los pies y de las manos, por qué no debía saberlo yo?

—¿Qué es eso de las uñas? No te entiendo —desconcertado, pregunta Jaime.

—*Jefe* me ha vendido lo de las uñas pintadas de Javier Loiza como una auténtica primicia, como si se acabara de enterar él.

—No sé qué decirte, se habrá despistado —responde Jaime, con un gesto le indica a su hijo que seguirá jugando en un momento.

—Ya... —no le satisface a Carmen la respuesta de Jaime, pero decide no insistir—. Dime lo que sepas de los billetes.

—Los compró el viernes 30 de mayo, sobre las cuatro de la tarde, con su tarjeta de crédito —responde.

—¿Y cómo no lo hemos sabido hasta ahora? —el ejercicio de autocontrol, por el momento, está surtiendo efecto.

—Al tratarse de un pago aplazado no apareció en el primer listado que nos enviaron, es un

error frecuente, eso me han contado hace veinte minutos —miente Jaime con respecto al tiempo: lo sabe desde que abandonó la comisaría, nada más introducir la llave de su automóvil en el contacto recibió una llamada informándole al respecto.

—O sea, ya tenemos culpable —se lamenta Carmen.

—Lo del ordenador puede ser una prueba manipulada por él mismo para despistarnos — responde Jaime con escaso convencimiento, se limita a repetir la teoría que escuchó cuando expuso sus dudas. Su hijo lo mira con gesto lastimero, con el mando de la videoconsola en la mano.

—*Andrajos y oraciones collados hasta la rodilla* —recita Carmen con gravedad.

—*Verde que te quiero verde* —replica Jaime.

Carmen finaliza la llamada sin despedirse. Comprueba que la agenda electrónica y el viejo Nokia cuenten con la suficiente batería. Previsora, conecta los cargadores de ambos dispositivos. De momento no los va a utilizar, pero presiente que los necesitará en breve.

—Merienda-almuerzo toca hoy —y Karen le sonrío.

Lamenta que la vitrocerámica no funcione, le apetece comer unos espaguetis con ajo y albahaca. Lo sustituye por unos fideos chinos precocinados. Fuma un cigarrillo mientras espera los cuatro minutos indicados por las instrucciones que aparecen en la tapa del tarro de plástico.

—Esto tiene que ser un chutazo de colesterol —dice tras leer la composición del plato.

Come en menos de cinco minutos en la misma cocina, sentada en el taburete. Mientras lo hace, madura que necesita adelantarse aún más en el tiempo, concentrarse en la muerte de Luz Márquez, en su marido y en la figura de Osvaldo Cartagena.

—No estaba tan mala esa mierda —le dice a las dos bañistas de Alex Katz que pasean entre las dunas de una playa que no se contempla.

Antes, y empujada por la rutina, se dirige al dormitorio, levanta muy lentamente la persiana derecha de su dormitorio, apenas una abertura de tres dedos por la que se cuele una avalancha de luz. Abre las dos hojas de la ventana. Ventila la habitación mientras cambia las sábanas de la cama. Recuerda esa estrofa de una canción de Los Planetas que se refiere a las motas de polvo que navegan en los rayos de sol. Le apetece escuchar esa canción de nuevo. Piensa en Letizia Ortiz.

—La reina que escuchaba a Los Planetas —suspira—. Podría ser el título de una novela. O de unas memorias baratas.

Vuelve a pensar en Alberto, airea la habitación y pone sábanas limpias cada vez que tiene una cita con él. Al introducirlas en el canasto descubre que no le cabrá toda la ropa sucia almacenada en la lavadora. Selecciona la de colores más claros, sábanas, trapos de cocina y ropa interior, fundamentalmente, y escoge un programa corto. Permanece unos minutos observando la redonda ventana transparente del electrodoméstico. Desde que recuerda, de niña ya lo hacía, le gusta a Carmen ver cómo el agua comienza a llenar el bombo, cómo fabrica la espuma, ver las prendas girar, cómo se entrecruzan y mezclan hasta parecer una sola.

—Tal vez se trate de eso: lo que parece lo mismo, en realidad, no es más que un efecto de nuestra vista.

En el salón, de pie ante la mesa, extiende las fotografías que ha impreso, las compara, se esfuerza en relacionarlas, en interpretarlas como si fueran una única imagen, como esa ropa que gira en el bombo de la lavadora. El continuo exhibicionismo de Luz Márquez, la

discreción de Osvaldo Cartagena, la anónima distancia de Juan Martos, la doble vida de Verónica, el coleccionismo de Lucía, el ocultismo de Javier Loiza, la admiración literaria de Rocío Altamirano, el orden silencioso y prudente de Elvira Tapia. Tres mujeres asesinadas, tres miembros congelados, coincidencias perfectas, pruebas de manual, ocho telenovelas y una película mediocre.

—El marido la mantuvo congelada y él congela sus víctimas: imitador, paciente, metódico, disciplinado, calculador, tiene espacio y ha tenido mucho, mucho tiempo... ¿O solo ha congelado los miembros seccionados? —pregunta en voz alta Carmen, frente a Karen, que parece mirarla a los ojos.

No la quiero enterrar hasta que no consiga enterrar al que la ha matado, recuerda Carmen que leyó en un enlace. Nadie dudó de su inocencia, no tuvo que prestar declaración.

—Joder, joder, qué extraño.

Como si alguien le indicara los pasos a dar, toma asiento frente al teclado del ordenador. El asesinato de Luz Márquez se conoció el quince de mayo de 2002, apenas un mes después del intento de golpe de estado que sufrió Hugo César Chávez. El nombre de su marido, Juan Martos, junto al de otros influyentes empresarios, políticos e intelectuales venezolanos, se citó en más de un medio de comunicación como uno de los colaboradores más activos de la intentona golpista. Puede leer Carmen un artículo de opinión en el que se relaciona a Juan Martos con José María Aznar, presidente del Gobierno de España en ese momento, *son amigos de tiempo, comparten diferentes y muy diversos intereses, tienen un objetivo común*, señalándole como uno de los cerebros de la fallida operación. *El entramado empresarial de Juan Martos, siempre bajo el cobijo del anterior Gobierno, no es del gusto del Comandante Chávez, dispuesto a acabar con el capitalismo y los capitalistas en Venezuela*. A pesar de las reflexiones que Carmen lee, Juan Martos no tiene que declarar por la muerte de su mujer, no es señalado como sospechoso de un asesinato que nunca se resolvió. De hecho, los medios oficiales apenas le concedieron importancia al suceso, y solo los primeros días, tras el descubrimiento del cadáver, fue una noticia relevante en Venezuela. Mucho más eco tuvo en otros países de lengua española, como México, Chile o España, principalmente.

—¡Amigo de Anzar, coño! —exclama Carmen—, esto se pone *heavy*.

Juan Martos, tras el fallecimiento de Luz Márquez, pasó al más absoluto de los anonimatos, de tal manera que le cuesta a Carmen encontrar referencias en los medios digitales, y solo en los foros de los blogs de la oposición *chavista* puede leer algunas notas al respecto.

Juan Martos cumple su pacto y abandona Venezuela.

La extraña relación entre Juan Martos y el Comandante solo se puede entender en clave de dinero y poder.

El amigo de Aznar tiene la llave de palacio, hay cerrajeros muy habilidosos.

El Gallego y el Comandante, esa pareja de enamorados.

El Comandante le perdona a Martos su traición y le permite abandonar Venezuela. ¿Ha pagado por su libertad o la ha comprado?

¿Fue Juan Martos el traidor que permitió a Chávez seguir en el poder?

Comentarios que, en la mayoría de los casos, insisten en indicar que Juan Martos dejó de contar con las simpatías de los opositores a Hugo Chávez. Se reiteran las insinuaciones sobre una salida honrosa, pacífica y pactada de Venezuela. Las palabras *traidor* o *topo* se repiten con frecuencia, cuando se comenta la relación de Juan Martos con la intentona

golpista, así como con el propio Hugo César Chávez.

También lee fragmentos de las memorias de José María Aznar, en referencia al golpe de estado en Venezuela, en 2002: *Mira, Hugo, si yo hubiera querido dar el golpe y lo hubiera organizado te aseguro que tú, ahora, no estabas aquí* . El ex presidente español, en su biografía, niega cualquier relación con el fallido golpe y se desmarca de todos los rumores que así lo indican.

Tras su salida de Venezuela, todo apunta que a principios de 2003, por los datos que maneja Carmen, Juan Martos se estableció durante un tiempo en Estados Unidos, aunque también hay indicios de su presencia en Brasil, Costa Rica, Argentina y Chile. Vuelve a encontrar referencias, de nuevo relacionándolo con José María Aznar, en el mes de marzo de 2005, con motivo de una conferencia del que fuera Presidente español en la Universidad de Boston. En un blog especializado en política internacional, *cortinadeacero* por título, se afirma con rotundidad que Juan Martos fue uno de los principales benefactores. En concreto, la conferencia de Aznar fue patrocinada por una consultora internacional de capital riesgo para grandes inversores, tras la que parece estar Juan Martos. *La excusa perfecta, o casi, para reunir a dos viejos amigos* , puede leer Carmen.

—Vale, vale —separa bruscamente las manos del teclado cuando acaba de leer el artículo del blog—. A lo mío, a lo mío, ¿dónde coño está este tío ahora, eh? ¿Tú qué dices? —le pregunta a Karen.

Encuentra Carmen que en julio de 2009, en el pueblo natal de Juan Martos, Ayamonte, en la provincia de Huelva, suspenden el homenaje que tenían previsto ofrecerle, debido a que no puede viajar a España, tal y como habría anunciado a algún familiar. La oposición crítica con dureza la propuesta del Alcalde de la localidad, de nombrar hijo adoptivo a Juan Martos, lee Carmen

—¿Estás ahí? —se cuela la ventanita del chat en la pantalla del ordenador.

—Acabo de aterrizar.

—¿?

—Todavía sigo en el minuto 93.

—¿?

—Sergio Ramos, Lisboa. ¿Más pistas?

—Veo que te dura.

—*En la mañana verde, quería ser corazón.*

—*Y en la tarde madura, quería ser ruiseñor* .

—Y tiro porque me toca.

—¿Te has enfadado con Dylan?

—Nos hemos divorciado, de mutuo acuerdo: follaba poco y mal. Cosas del alcohol...

—Pues engendraba unas hermosas criaturas.

—El talento no le acompañaba en la cama.

—Es complicado brillar en todo.

Carmen cierra la ventanita del chat, apaga el cigarrillo y se dirige a la cocina. Abre un tarro de espárragos blancos y se los come directamente, empleando sus manos.

—Pequeños, deberían ser más grandes, para poder entrenar para esta noche —se dice Carmen y no puede evitar reír a carcajadas su propia ocurrencia.

—¡Pero qué necesitada estoy! —aúlla.

A través de los cristales biselados del lavadero la luz de un sol en huida se cuela

mansamente en la cocina. Recuerda que la lavadora ya ha finalizado el programa. Abre la reja, *My Little Pony* canta su canción, y en un flexible cubo verde deposita toda la ropa húmeda que saca del interior del bombo. Le encanta el aroma del suavizante que escapa nada más abrir la redonda puerta transparente.

Accede a la azotea tras recorrer la escalera de caracol, *My Little Pony* le vuelve a regalar su particular banda sonora. Es un sol agradable, meloso, el que ahora la ilumina, a diferencia del que la cegó esta mañana. Tiende la ropa sobre dos cuerdas de nylon verde y busca en el armario de PVC los utensilios para liar un cigarrillo de marihuana. Las sábanas tendidas en la azotea la trasladan a Alberto. Son las banderas que anuncian su llegada.

JUEVES, 5 DE JUNIO DE 2014, 20 H.

Carmen visita la página de *Milanuncios.com*. Selecciona *Ibiza* en el mapa que aparece en la pantalla de inicio, a continuación selecciona *Contactos*, pulsa la pestaña de consentimiento, que le pregunta si es mayor de edad. Lee los anuncios, abundan los de travestis, que pasa de largo, y se detiene en los que se publicitan prostitutas. Busca uno en el que aparezca la frase: *Nueva en la ciudad*. Repasa los anuncios que se han publicado en la web en las últimas veinticuatro horas sin obtener resultados satisfactorios. Realiza la misma operación tras pulsar *San Sebastián*, en el mapa de la web. En estos anuncios busca la misma frase, *Nueva en la ciudad*, y una imagen, de un dedo con un gran anillo verde, intuye que esa será la que utilice el asesino en esta ocasión, descartada la oreja con un aro que envuelve una Cruz. Solo es una intuición. Despliega la imagen de Luz Márquez, luminosa y radiante, muy hermosa, exhibiendo un enorme pedrusco de color verde en su mano derecha ante una multitud de fotógrafos, en la playa de La Concha, en San Sebastián. Esta fotografía se tomó el 26 de septiembre de 2000, pero unos meses antes, el 6 de junio concretamente, cuando rodó el spot publicitario para la firma de la que pasó a ser su imagen, estuvo en la ciudad. Aun así, Carmen está convencida de que si finalmente aparece el falso anuncio de prostitución en la web de *Milanuncios.com*, lo acompañará la imagen de ese enorme anillo verde. No es lógica, no respeta la supuesta secuencia que ha seguido el asesino hasta el momento. Es intuición, simplemente.

—Sería un tío, pero está buenísima —dice Carmen mientras contempla un anuncio en el que puede leer: *activa, pasiva, erección garantizada, francés mutuo, como tú quieras*.

El reloj de la pantalla del ordenador le indica que en menos de cinco horas volverá a estar junto a Alberto. No quiere que le suceda como en anteriores citas, no quiere volver a vivir esa ansiosa espera en la que no puede dejar de pensar en otra cosa y que transforma los minutos en lentas y agónicas horas. Necesita mantener su mente ocupada, olvidar por el momento a Alberto.

Enciende un cigarrillo frente a Karen.

—¿Guapa, tú también estás nerviosa?

- Julia ha pasado buena parte de la tarde recorriendo los escenarios de Madrid relacionados con el caso de Lucía Sánchez Roda. En primer lugar se dirigió al locutorio telefónico de la calle Montera desde donde se enviaron los falsos mensajes de prostitución, en los que se incluían los títulos de las tres primeras telenovelas que protagonizó Luz Márquez y los números de teléfono móvil de las tres víctimas. Su propietario, un hombre de unos treinta años, menudo y muy moreno, de nacionalidad ecuatoriana, insistió, tal y como ya hizo con sus compañeros, que no recuerda nada extraño, que nadie se comportó de una manera fuera de lo habitual. Mantuvo Julia la conversación mientras escuchaba una docena de acentos e idiomas diferentes, inmigrantes la mayoría de los usuarios, refugiados tras las pequeñas mamparas pintarrajeadas con cientos de dibujos y palabras. Aún así, quiso imaginar Julia al sospechoso en uno de esos puestos informáticos, creando una cuenta de correo electrónico e insertando los anuncios en la web de *Milanuncios.com*. Tal vez, pensó Julia, se acercó a la nevera de la esquina, en el fondo, y cogió una botella de agua, escondida entre las latas de pulpas, zumos y refrescos de etiquetas extrañas.

A continuación, Julia caminó hasta las inmediaciones del edificio Capitol, Plaza de Callao, y se inclinó ante la papelera donde se encontró la mano, supuestamente de Lucía Sánchez Roda. Como sospechaba, no fue una papelera escogida al azar: no se encuentra en el campo

visual de ninguna de las cámaras de seguridad de la zona, tal y como pudo comprobar con sus propios ojos. Le fue fácil dejar allí la mano congelada, en el interior de la bolsa de plástico, sin levantar sospechas. De hecho, reconstruyó mentalmente Julia la secuencia, hasta ahora el sospechoso ha escogido espacios en los que no hay cámaras de seguridad activas. En Sevilla, por ejemplo, solo un par de metros hacia la derecha, su imagen habría quedado registrada en una de las cámaras de Plaza Nueva.

Cuenta con información confidencial , escribió Julia en su *Ipad* .

Por último, en su automóvil, Julia recorrió el trayecto entre el domicilio y el hipermercado en el que trabajaba Lucía Sánchez. La imaginó escuchando en una emisora los éxitos musicales del momento, intacta en su interior la felicidad por haberse contemplado en un espejo con uno de los vestidos de Luz Márquez. La ha imaginado muy sola, igualmente, viendo una mil veces las telenovelas de la actriz, sin esperar una llamada. Una vida muy plana y silenciosa, como los historiales de su ordenador personal y de su teléfono móvil, nada que destacar. Tampoco en los movimientos de su tarjeta de crédito. Una vida calculada, sin palpito, o con un único e interminable palpito. Le cuesta a Julia asimilar, entender, creer, que haya personas que se entreguen a una vida así.

—Las hay —dijo Julia en voz alta, nada más aparcar su automóvil en el garaje de la comisaría.

En el trayecto de ascensor, puede que el espejo en el que se reflejaba activara algún resorte interno y le mostrara alguna realidad hasta ese momento escondida, pensó Julia que su vida bien podría ser muy parecida a la de Lucía Sánchez si también trabajara como cajera en un supermercado. Sin su trabajo, su vida también es plana. Aunque le molestara en un principio, comprendió que Jaime se fuera a casa antes de lo previsto. A ella nadie la espera en casa, y también ella ha dejado de esperar una casa en la que alguien la espere, a pesar de que muchos días, casi todas las noches, desearía llegar y que Antonio la siguiera esperando. Por protección, como placebo, prefiere Julia pensar que ese tiempo pasó, o necesita pensar que ha pasado.

Tras descubrir la grabación de Lucía probándose los vestidos de Luz Márquez, a Julia tampoco no le queda duda alguna de que muchas de las respuestas a las preguntas que se formula sobre este caso se encuentran en la trayectoria de la actriz venezolana. No tarda en descubrir, tras investigar en las telenovelas que protagonizó Luz Márquez, que todas ellas contaron con el mismo guionista: Osvaldo Cartagena, un escritor venezolano que se dio a conocer gracias al éxito de su primera y única novela, *A pesar de todo* . Cartagena abandonó su prometedora carrera literaria para centrarse exclusivamente en la escritura de los guiones de las telenovelas para la cadena de televisión RTCV, en las que Luz Márquez participó. Seis meses después de la muerte de la actriz, prácticamente al mismo tiempo que RTCV pierde su licencia para emitir en abierto, por sus desavenencias con el Gobierno de Chávez, Osvaldo Cartagena rompe su compromiso con la cadena. Desde entonces, descubre Julia, Osvaldo Cartagena no ha vuelto a publicar una nueva novela, tampoco ha escrito más guiones, tampoco colabora con algún medio de comunicación. En algunas publicaciones, con más de diez años de antigüedad, señalan que el escritor cae en una *profunda depresión*, como consecuencia del fallecimiento de la actriz. *Cartagena vive encerrado en su casa, sometido a un fuerte tratamiento psiquiátrico* , titula una información fechada en noviembre de 2002. Meses después, el escritor dejó de ser noticia, y con el paso de los años su nombre se ha difuminado hasta el punto de desaparecer, en el limbo del olvido. Le es imposible a

Julia encontrar una referencia sobre su paradero o actividad actual.

—¿Qué coño querrá esta ahora? —le pregunta Carmen a Karen, mostrándole la pantalla del móvil: *JJ2*.

—Dime —seca, responde Carmen. Despliega la fotografía de Julia en la pantalla del ordenador.

—Hay un guionista que siempre estuvo con la Márquez esta. Cartagena de apellido, está desaparecido, como si se lo hubiera tragado la tierra —le dice Julia.

—Osvaldo Cartagena —no duda en decir Carmen, y también le habría gustado decirle: *cuando tú vas a por los tomates, yo ya tengo hecho el salmorejo*, pero ha preferido no hacerlo.

—Sí —*Joder, ya podías haber dicho algo*, piensa Julia.

—¿Y?

—El asesino está escribiendo un nuevo guion, quién mejor que el guionista de las telenovelas, nadie las conoce mejor — dice de corrido Julia, con la inquietud de un estudiante que se enfrenta a un examen.

—Eso puede tener su lógica o ser una auténtica paparruchada, depende de cómo y quién lo mire —responde Carmen, inalterable.

—¿Por qué? —sorprendida, pregunta Julia.

—Demasiado evidente: el guionista enamorado o el guionista fetichista que quiere devolver a su musa a la realidad. Simple, muy simple, vamos a concederle un poco más de inteligencia al autor de todo esto. Es un tipo listo, no un friki de juegos de rol —razona Carmen con parsimonia.

—También está su marido, el millonario.

—Que no te escuche *Jefe* —advierte Carmen—, no estamos para resolver un asesinato de hace dos mil años en Venezuela. Nos interesa el presente, *el pasado siempre vuelve* suena a película mala, basada en hechos reales —apostilla Carmen, incómoda en la conversación.

—¿Sabes dónde está? —pregunta Julia.

—Ni idea.

—Las últimas referencias que he encontrado lo sitúan en...

—Tengo que dejarte, ¿OK? —la interrumpe Carmen, que finaliza la conversación sin despedirse.

—¡Hija de puta! —exclama Julia al escuchar el pitido de la línea telefónica.

—Se acabó la clase, chica lista —y enciende un cigarrillo. Le molesta a Carmen que Julia haya llegado a conclusiones semejantes a las de ella.

Escucha el sonido del motor del montacargas. Antes de recoger el nuevo envío, conecta la cámara de la puerta a la pantalla del ordenador. Descorre el cuadro de Alex Katz y abre la puerta. Imagina a Jesús comprobando que el envío ha llegado a su destino. Unos segundos después lo contempla en la pantalla, agachado cierra la persiana metálica. Se pone en pie, y le dedica una mirada a la cámara. Carmen descubre el cansancio en su rostro, las profundas ojeras y los arañazos en sus mejillas.

—¿Qué coño le ha pasado a éste? —se lamenta de no haber contado con el tiempo suficiente para tomar una fotografía.

Jesús se aleja a paso lento. Desde su viaje a Lisboa no había deseado tanto regresar a casa y sentirse a salvo, en su mundo.

Carmen mira el reloj: 21.14 h. Jesús ha cerrado la peluquería hoy más tarde. Habrá querido

recuperar parte del tiempo que ha estado fuera, razona.

¿Dónde ha estado, qué le ha pasado?, se pregunta.

Piensa que visitando su perfil de Facebook puede obtener alguna respuesta, ya han pasado varios meses desde la última vez, y cuando se dispone a hacerlo recibe un correo de Alberto.

A la 1 te doy un toque para que me abras.

No puede ocultar Carmen la felicidad que el mensaje le reporta. Como activada por un resorte interno, se pone en pie, se gira, busca a Karen.

—Pero abierta que me vas a encontrar. ¡Qué hartón me voy a pegar! —le exclama, radiante.

A continuación se dirige a su dormitorio, del armario descuelga un vestido negro, sin mangas, de cintura entallada y espalda abierta. De un cajón inferior selecciona un sujetador y bragas negras, de raso. Mientras busca unos pendientes en un cajón de la cómoda, junto al cabecero de la cama, se pregunta si los agujeros en los lóbulos de sus orejas seguirán abiertos. Escoge unos pendientes de oro rematados con una pequeña y redondeada perla.

Se desnuda frente al espejo, se contempla más mayor, más «vieja» que de costumbre. No recordaba esos pechos tan descolgados, las estrías en las caderas, las arrugas del cuello. Ofuscada por lo que sus ojos le muestran comienza a vestirse a toda velocidad. Ya con las bragas y el sujetador se siente más cómoda, más protegida, más ella, menos vieja. Definitivamente segura cuando el vestido cubre su cuerpo. Es un vestido simple pero elegante, que la estiliza. Está tan acostumbrada a verse cada día, cada hora, en chándal, que al verse ahora no puede evitar fabricar una mueca de satisfacción. Prueba diferentes peinados, suelto, la melena le roza los hombros, recogido hacia un lado, en una coleta. Da el visto bueno a los pendientes, considera que la favorecen, pero no así el collar de perlas que se ha probado.

—Demasiado recargada.

De la parte superior del armario, con los pies de puntillas, coge una caja azul celeste, que guarda en su interior unos zapatos negros, de piel, con ligero adorno dorado en el comienzo del alto y puntiagudo tacón.

—¿Sabré andar todavía con esto? —se pregunta. Recuerda cuando pasaba los días sobre tacones similares, de qué manera se acostumbró. Echa mucho de menos ese tiempo pasado.

Un último vistazo ante el espejo con el vestuario completo antes de volver a desnudarse y dirigirse al cuarto de baño. A mitad de camino, cambia de opinión y accede nuevamente al ordenador. Mediante el programa pirata que le preparó *nodigassuerte@yahoo.es*, busca cámaras de seguridad situadas en la playa de La Concha. Encuentra tres activas, emitiendo en tiempo real, dos de ellas con una calidad de imagen nefasta y una tercera que sí ofrece una mayor nitidez. Trata de localizar en el campo visual de las cámaras alguna papelera, contenedor o similar, y cree ver una, de apariencia circular, en una de ellas, en la esquina inferior derecha de la pantalla. Conecta un disco duro extraíble, de 5 TB, en el ordenador y selecciona la opción «rec» del programa.

—No creo que pesquemos nada, pero por lo menos que haya un anzuelo preparado —dice en voz alta al entrar en el cuarto de baño.

Se frota los dientes y lengua concienzudamente, examina que no haya restos de suciedad, se cepilla el cabello, por suerte se aplicó el tinte cobrizo, *Excellence Crema de Loreal*, hace menos de una semana y no encuentra canas o raíces decoloradas; finalmente, ha optado por

dejarse el cabello suelto. Empieza a maquillarse. Tonos neutros, que le procuran tersura y un ligero brillo. Se aplica una tenue sombra azulona bajo los ojos que le provoca un efecto juvenil. Para los labios ha escogido un rojo intenso, muy rojo, que resaltará aún más con el negro de su vestido.

Ya maquillada, toma asiento frente al ordenador, donde las tres cámaras de vigilancia siguen emitiendo. La primera pertenece a un cajero automático de una sucursal bancaria, puede ver Carmen a una mujer, que introduce su tarjeta de crédito en la ranura, atrás la silueta de otras personas que caminan se difumina hasta convertirlas en irreconocibles sombras anónimas. La segunda cámara enfoca unos pocos metros, calcula Carmen que seis o siete, del paseo marítimo. Cree ver una papelería al fondo, junto a lo que parece una baranda de ladrillo. La tercera está situada en la salida de un *parking* y apenas ofrece imágenes de la calle, centrada en la rampa de acceso y en un semáforo que cambia de color, rojo y verde.

Con una pequeña lima repasa los bordes de sus uñas, algunas de ellas maltratadas por sus propios dientes. Hace años dejó de mordérselas, le costó mucho, pero aún hoy no puede evitar que en los momentos de mayor tensión, no es consciente, vuelva a maltratarlas.

Faltan menos de dos horas para que tenga lugar la cita con Alberto. Como en otras ocasiones, lamenta Carmen haber concluido con los preparativos con tanto tiempo de margen. Presiente que su vestido se arrugará, que el peinado perderá su posición actual, que el maquillaje dejará de realizar su efecto, que el rojo de los labios palidecerá. Tampoco comprende que se haya cepillado los dientes con tanto esmero, fumará varios cigarrillos hasta que el reloj alcance la hora indicada: la una de la noche.

En algunas ocasiones, en estos interminables minutos de espera, Carmen se ha masturbado pensando en Alberto, adelantaba en su mente las imágenes que presentía como inmediatas. Sucumbía a la excitación. Esta noche es distinta, no tendrá que hacerlo, intuye, no ha ocupado todo el día, tampoco los anteriores, a la planificación de la cita. No ha sido Alberto el argumento de sus horas, su única y principal preocupación. En cierto modo, esta circunstancia molesta a Carmen, como si presintiera que no le ha dedicado a la anhelada cita el tiempo suficiente para disfrutarlo como se merece. Por eso, hasta que llegue la hora, se quiere mantener al margen, liberar su mente, desocuparla u ocuparla en Alberto. Única y exclusivamente.

—Tú, cierra los ojos, que te conozco —le advierte Carmen a la Karen de Alex Katz, que le sonrío entre las sombras.

Sin embargo, sigue contemplando las tres cámaras de seguridad en la pantalla del ordenador, convencida de que se trata de un ejercicio que no le requiere concentración. Busca en Spotify una selección musical de Roy Orbison, escoge *California Blue* y tararea los primeros compases. Piensa que leer tal vez le ayude a sobrellevar mejor la espera, a no percibir con esta desesperante lentitud el avance de los segundos. Al buscar y encontrar con la mirada la novela de Rocío Altamirano, *La puerta del corazón*, en una esquina de la mesa, recuerda *A pesar de todo*, la única novela que ha publicado hasta la fecha Osvlado Cartagena. Si cumplen con lo acordado y cobrado, debería recibirla mañana, antes de las doce. Por esas circunstancias que nunca podremos llegar a entender, tampoco explicar, le gusta a Carmen el título de la novela de Cartagena, le gusta pronunciarlo, su sonido, también su caligrafía. Solo es un título, piensa.

—*A pesar de todo, a pesar de todo* ... —repite susurrando.

Vuelve a visitar las webs de *Milanuncios.com* en San Sebastián y en Ibiza. Muchos de los anuncios de contactos son repeticiones de los ya vistos anteriormente, aunque con la llegada de la noche el número se ha incrementado considerablemente. Repasa sus textos y sus fotografías sin encontrar ese dedo y ese anillo verde que vaticina y esa *Nueva en la ciudad*, el título de la cuarta telenovela protagonizada por Luz Márquez, y que si se mantiene en el método y dinámica que ha seguido hasta ahora, según la teoría elaborada por Carmen Puerto, aparecerá dentro de un anuncio de prostitución, junto al teléfono móvil de su nueva víctima. La falsa prostituta, siguiendo la tendencia marcada hasta ahora, debería llamarse Anselma, como la protagonista de la telenovela.

—¿Y si ya no hay más anuncios? —se pregunta Carmen en voz alta—. Pero los habrá, no está dispuesto a renunciar a su juego, es su firma —se responde, y vuelve a examinar los tres primeros anuncios de prostitución falsos, en donde se citaban los títulos de las tres primeras telenovelas interpretadas por Luz Márquez.

Por el léxico que utiliza, por la manera en la que están construidas las frases, incluso por sus erratas y sus faltas de ortografía, las he escrito una persona muy familiarizada con ese tipo de anuncios o que los ha estudiado concienzudamente. No destacan por su rareza o diferencia con el resto, no son soeces en exceso, son perfectamente creíbles, y la prueba es que recibieron las víctimas decenas de llamadas en sus teléfonos móviles.

Visita algunos periódicos digitales, aún a riesgo de toparse con una noticia referente al caso que la ocupa. Al menos, en las portadas, no aparece, lo que no deja de ser una buena señal.

—*La Casa del Rey considera razonable hacer «aforado» a don Juan Carlos* —lee Carmen en la edición digital de *Diario de Sevilla* —. ¡Manda cojones, manda cojones! — exclama enojada.

Enciende un cigarrillo y, a modo de ejercicio mental, protección o anestesia, vuelve a ver las mejores jugadas y los goles de la última final de la Champions, y vuelve a emocionarse, o algo parecido, con el gol de Sergio Ramos. Un enlace le traslada al último vídeo de la novia de Cristiano Ronaldo, Irina Shayk. Tiene algo, en su mirada, en sus movimientos, que la hipnotiza.

—Tiene toda la pinta de ser insoportable, pero es guapísima la tía —y le muestra la fotografía a Karen.

Está tentada de entrar en la cuenta de Twitter del periodista Pedro Ginés, pero considera que hacerlo la alteraría, que descubriría un nuevo comentario que la empujaría a replicarle a través de alguna de sus cuentas falsas.

—Paso del gilipollas éste —suspira.

Las tres cámaras de seguridad siguen ofreciendo las mismas tenues y casi repetitivas imágenes, no sucede nada fuera de lo normal. Enciende un cigarrillo, y se promete que será el último antes de que llegue Alberto. Después se cepillará los dientes y se repasará el maquillaje y el peinado, ya solo faltan treinta minutos para que el reloj marque la hora y necesita tener ocupado el tiempo y, sobre todo, la mente. Su nerviosismo ha ido en aumento, ya padece la ansiedad de otras ocasiones. Galopante, afilada.

El cigarrillo le sabe amargo y seco, no lo disfruta, lo padece, y lo apaga cuando lleva la mitad consumido. En el cuarto de baño se pasa la seda dental por entre todos los dientes, vierte enjuague bucal en el depósito de agua del *Waterpick* y dedica varios minutos a que el chorro a presión recorra su dentadura y encías. A continuación, deposita una cantidad

desproporcionada de pasta dentífrica sobre el cepillo y durante un par de minutos frota sus dientes. Se retoca mejillas, incrementa levemente la tonalidad del colorete, no se toca la sombra de ojos. Vuelve a peinarse el cabello y concluye pintándose otra vez los labios, muy rojos.

Ya no sabe qué hacer en estos doce minutos que faltan, doce minutos. Un último repaso al dormitorio, todo ordenado y limpio, en su sitio. En el salón nada que evidencie a qué dedica su tiempo: libretas, fotografías y dispositivos convenientemente guardados en un cajón. El ordenador lo desconectará justo cuando se disponga a bajar la escalera, cinco minutos antes de la hora señalada. En la cocina, examina las botellas de sidra en el frigorífico, están frías, y vuelve a comprobar el estado de la vitrocerámica: sigue sin funcionar, la luz apagada.

Escucha una canción de Franz Ferdinand, *Evil eye*, que últimamente no cesa de tararear gracias al anuncio publicitario del que es la banda sonora. Seis minutos, decide que es el momento de bajar la escalera, traspasar esa puerta que no abre desde hace meses. Justo cuando va a desconectar el ordenador descubre que una de las cámaras muestra un coche de policía, con las luces encendidas, que ha invadido parte del paseo marítimo. Llegan dos agentes más, que comienzan a establecer el cerco de seguridad con la cinta roja y blanca.

—¿Qué coño es esto? —se pregunta Carmen, que no puede apartar su mirada de la pantalla.

Su teléfono suena, dos toques, es Alberto.

Durante un segundo interminable duda qué hacer, el corazón le late con fuerza, le duele, la ansiedad alcanza su mayor nivel, la invade.

—¡A la puta mierda! —exclama y desconecta el ordenador. Pliega la pantalla sobre el teclado y apaga la pantalla de plasma.

La llave dentro de la cerradura, la gira, dos vueltas, y conecta la linterna del móvil, no enciende la luz de la escalera. Desde la altura, contempla los escalones de la empinada escalera, más de tres metros hasta la puerta de la calle, con un cierto vértigo, o puede que solo se trate de una manifestación más de su nerviosismo. Toma aire, no es angustia, no es miedo, no se siente inmovilizada. Es emoción, sí, impaciencia, necesidad, solo quiere que lo tan intensa e íntimamente deseado se convierta en realidad.

Introduce la llave dentro de la cerradura, abre la puerta unos centímetros y espera, en pie, tras ella. Cada segundo es un golpe seco de respiración, el corazón en la garganta, los nervios amotinados. Es una sensación desconocida en su rutina, en cierto modo desagradable, porque no se reconoce, no es ella, siente que ha perdido el control.

—Hostia puta, hostia puta —apenas puede decir.

Por fin, una mano se cuela por la rendija que ha dejado abierta. No tarda en aparecer Alberto a continuación. Por un segundo, puede ver Carmen esa calle, esos automóviles, la acera, el naranjo, que contempla a través de la pequeña cámara de la puerta. Pero nada de eso le importa ahora, Alberto enfrente, en la penumbra, a solo una cuarta, más guapo y luminoso de lo que recordaba. Cierra la puerta con rapidez Carmen y se abraza a él nada más darse la vuelta.

—Ya era hora.

—Ya estoy aquí —le susurra él, al oído.

Siente Carmen un deseo irreprimible de besarlo, pero opta por agarrar su mano y conducirlo escalera arriba. Nada más entrar en su apartamento, lo abraza y comienza a besarlo, con fuerza, tratando de colar toda la lengua en su boca; muerde sus labios, su nariz,

su barbilla. Alberto trata de responder con semejante intensidad, pero por un momento se siente bloqueado, superado, abrumado, tiene que separarse, tomar distancia, recuperar el aliento. Carmen, hipnotizada por la belleza de Alberto, no lo entiende como un rechazo.

—Deja algo para luego —sonriente, le avisa.

—Ya quedará algo para luego —le susurra Carmen.

—Estás muy guapa.

—Pues lo tuyo es de museo —no duda en decir Carmen, provocando la carcajada de Alberto.

—En serio: te veo estupenda, te queda mejor esta melena, más corta —le dice mientras se enreda varios mechones de pelo en los dedos.

—Tú estás guapísimo —le devuelve Carmen, con las manos en sus mejillas; las acaricia, como si necesitara certificar que es real y no una ilusión, antes de descender a su cuello y hombros.

—Pues no te creas, estoy machacado... —se lamenta.

—Si yo fuera tu mujer también te tendría machacado, muy machacado —replica Carmen, agarrado a la cintura de Alberto, exhibiendo una afectividad que hasta a ella misma le extraña.

—No, no, no estoy machacado por mi mujer: es el trabajo, ya sabes... —trata de decir.

—Si yo fuera tu mujer no te dejaría salir de casa —ríe Carmen, al tiempo que hurga en su entrepierna.

—Mi mujer es una santa a tu lado, que eres... —bromea, y besa a Carmen, que lo toma de la mano y lo conduce hacia el dormitorio.

—¿Qué soy, eh, qué soy? —susurra muy excitada.

En el dormitorio, Carmen empuja a Alberto sobre la cama, se arroja sobre él y le baja la cremallera de los vaqueros.

—¿Qué hay aquí? —pregunta, y roza el pene con sus dedos.

—Un regalito —le sigue el juego Alberto, que se deja hacer.

Carmen introduce en su boca el miembro de Alberto, lo recorre suavemente. Alberto la agarra de la cintura, le sube el vestido y no duda en romperle las bragas de un poderoso movimiento. Introduce su lengua en su vagina. Cuando trata de cambiar de postura, cercano el orgasmo, Alberto se lo impide y se mueve con mayor velocidad.

Grita Carmen, como si acabara de expulsar un elemento extraño de su cuerpo. Liberada, se derrumba sobre Alberto, y durante unos segundos interminables y maravillosos siente miles de descargas eléctricas que le arrebatan el control de su cuerpo. Rompe a llorar, un llanto contagioso y seco, que durante un instante la ahoga.

—Dios, dios —suspira.

Durante unos minutos no tiene conciencia Carmen de dónde se encuentra, la fuerza ha desaparecido de su cuerpo. Alberto permanece a su lado, con la vista fija en el techo, acaricia su pelo y mejillas. Recuerda noches similares a ésta, cinco años ya, y apenas nada ha cambiado, el mismo ritual.

Tres minutos después, Carmen por fin habla.

—¿Quieres una sidra?

—Y un cigarrillo —responde Alberto.

Cuando regresa de la cocina, con la sidra en la mano y dos cigarrillos colgando de sus labios, Carmen encuentra a Alberto completamente desnudo sobre la cama. No puede

reprimir la excitación que la imagen le provoca. En cada nueva cita lo encuentra más bello, más deslumbrante, más sexual. Le ofrece la sidra y el cigarrillo y toma asiento a su lado, en la cama. Recorre con los dedos de su mano derecha las marcadas abdominales de su vientre, el contorno de sus bíceps, la rotundidad de sus hombros. El tacto consigue que lo desee con más fuerza.

—¿Cómo te va? —le pregunta Carmen con dulzura, con un tono casi maternal.

—Tirando, tirando... —responde Alberto con resignación.

—¿Y eso?

—La cosa está muy jodida ahí fuera, por mucho que digan, las cosas van a peor.

—Eso solo se lo cree el de la barba. ¿Has tenido que volver a...? —no concluye la pregunta Carmen.

—No, sabes que no, tú eres a la única mujer que sigo viendo de aquel tiempo. A ti no te considero una cliente —responde Alberto, consiguiendo que los ojos de Carmen se iluminen por efecto de algo parecido a la felicidad.

—Anda, no me cuentes milongas —le replica, abrumada.

—Sabes que no te miento. Aparte de mi chica, eres la única —insiste, y comienza a acariciarla.

—¿Lo hacemos otra vez? —pide Carmen.

—¡Eso está hecho!

Carmen empieza a besar el pecho de Alberto, pero éste la aparta y le propone, mirándola muy fijamente a los ojos:

—Vamos a jugar.

—Juguemos.

Alberto alarga su brazo hasta la mesita de noche y agarra un pañuelo que Carmen utiliza para anudárselo en el cuello para dormir. Se lo coloca alrededor de los ojos, no puede ver nada. La desnuda por completo, el vestido negro resbala por su piel, hasta llegar a sus tobillos. La agarra de los hombros y la conduce hasta el extremo de la cama, donde le indica que tome asiento.

—Imagina que somos más de dos —le dice Alberto muy cerca del oído y un escalofrío le recorre el cuerpo.

Por unos segundos, Carmen deja de oír y no siente la presencia de Alberto a su lado. Sin previo aviso, como si hubieran surgido de la nada, unas manos acarician sus pechos, su vientre, se dirigen hacia su pubis. Carmen trata de agarrarlas pero se lo impiden. De nuevo el silencio, de nuevo se siente sola. Repentinamente, como si fuera ella la que se encuentra en esa habitación de un hotel antiguo y elegante, se cuela en la narración de Javier Loiza en que supuestamente aparece Verónica Caspe, y como ella: desnuda, con los ojos vendados, ante dos hombres que van a disfrutar de ella, con ella. No le incomoda a Carmen esta sensación.

Unas manos, firmes, fuertes, la agarran de los hombros y la conducen, la colocan con las rodillas y las palmas de las manos sobre la cama. Y, perfectamente sincronizados, un pene se cuela en su boca y otro lo hace en su vagina, y comienzan a entrar y a salir como si disputaran una competición, empleándose con vigor. Carmen gime, quiere gritar, trata de mantener el equilibrio apoyándose sobre una sola mano, mientras que con la libre trata de buscar a quien la está penetrando. No puede, se lo impiden nuevamente.

—¡No pares, no pares! —grita, gime, cuando el orgasmo llega con la fuerza y la

temperatura de una erupción volcánica.

Carmen se desploma sobre el colchón. Sigue estando en esa habitación de hotel y cree que, si se quita el pañuelo que le cubre los ojos, descubrirá a Alberto masturbándose a su lado, muy excitado tras haber contemplado cómo dos hombres la penetraban. Una imagen que crece en su interior, que ha pasado de excitarle a horrorizarle, en un solo segundo. Por tal motivo, no quiere abrir los ojos. Los mantiene cerrados como esa niña que no quiere descubrir la procedencia de ese ruido que la aterroriza en la oscuridad de su dormitorio.

Sigue sin recuperar el ritmo normal de su respiración, el corazón continúa amenazando con escapar de su pecho, la excitación sentida ya ha desaparecido por completo y ahora es el miedo, el pánico, quien la controla.

Abre los ojos. El dormitorio permanece en penumbra, Alberto no está. Su primer impulso es el de levantar el primer cajón del armario y coger la pistola que tiene allí escondida. No lo hace. De puntillas se dirige al salón, tras cerciorarse de que Alberto no se encuentra en el cuarto de baño. La luz de la cocina permanece encendida. Encuentra a Alberto, ya vestido, la camisa vaquera a medio abotonar, apoyado contra la encimera, bebiendo una sidra. Le sonrío nada más verla.

—Creía que te habías quedado dormida —le dice.

Carmen trata de recuperar el control, de ser la mujer de siempre, pero a diferencia de noches similares la presencia de Alberto la inquieta. En realidad, es miedo lo que le provoca.

—No, no —se limita a responder, sin querer mirarlo a los ojos.

Él hace por abrazarla, pero ella se muestra esquiva. Por primera vez la electricidad no se ha adueñado de ella al sentir su tacto.

—¿Te pasa algo? —pregunta Alberto, sorprendido por su reacción.

—No, nada, llevo un par de días fastidiada con el estómago —miente con lo primero que se le pasa por la cabeza.

—A lo mejor tendríamos que haber cancelado la cita —insinúa, y apura la sidra de un trago.

—No, para nada —Carmen le agarra levemente el brazo con el objetivo de transmitirle tranquilidad, y no por deseo propio.

—A lo mejor tenías otros planes.

—¿Yo otros planes? —y fabrica una sonrisa de sorpresa, al tiempo que encoge los hombros.

—¿Te ha molestado algo? —insiste Alberto.

—Todo perfecto, como siempre.

—No ha parado de sonarte el móvil. Ha vibrado tanto que ha estado a punto de caer de la mesa —busca Alberto los ojos de Carmen mientras le habla.

—Debe ser una confusión, alguien que se ha equivocado — siente Carmen que la ansiedad se ha disparado en su interior.

—Ya —y abandona Alberto la cocina en dirección al dormitorio.

Aprovecha Carmen su ausencia para comprobar las llamadas perdidas en su teléfono móvil, que permanece en la mesa, junto al ordenador portátil plegado. Dieciséis llamadas perdidas, doce realizadas por Jaime, tres por Julia y una por *Jefe*. Esta última le confirma que se trata de algo importante y urgente, necesita que Alberto se vaya cuanto antes.

De un cajón junto a la pantalla de plasma toma un sobre blanco del que extrae trescientos

euros en billetes de cincuenta. La cazadora de Alberto sigue sobre el brazo del sofá. Abre un bolsillo interior, en el que encuentra un billete de avión, no le da tiempo a comprobar el destino ante su inminente llegada, e introduce el dinero. No tarda en aparecer Alberto, con una sonrisa agrídulce decorándole los labios.

—No quiero que me dejes dinero en un bolsillo de la cazadora, como haces siempre —le advierte.

—Alberto, por favor... —le agarra las manos y lo mira a los ojos— no hagamos que sea triste la despedida, nunca lo han sido.

—Puede que esta sea una despedida... de verdad —aparta la mirada.

—¿Y eso?

—Llevo un tiempo dándole vueltas. No me gusta hacerle esto a mi mujer, no lo merece —explica con tono compungido.

—Yo no soy un peligro para tu mujer, aunque puedo entender tu posición —dice, más por la ansiedad que le generan las llamadas perdidas acumuladas en su teléfono móvil que por propio convencimiento.

—No lo sé —se coloca la cazadora y se dirige hacia la puerta.

Le extraña a Alberto que, a diferencia que en otras ocasiones, no intente Carmen retenerlo a su lado, que no haya forzados abrazos en la despedida, que no insista en sus besos, en sus caricias.

Carmen camina detrás. No le impresiona abrir la puerta del apartamento, tampoco bajar las escaleras. Una vez en el rellano inferior, junto a la puerta de la calle, se abraza a Alberto, pero sin la intensidad, sin la emoción de otras despedidas. Por primera vez, en cinco años, desea que Alberto se marche cuanto antes.

—Adiós, Carmen —le dice Alberto.

—Hasta luego, guapo —le rectifica Carmen.

—Ya hablamos.

—Eso. Ya hablamos.

Con la ayuda de la linterna del teléfono móvil, sube Carmen la escalera a toda velocidad. Cierra la puerta, gira la llave en la cerradura. Pulsa la tecla de encendido del ordenador y de la pantalla de plasma, marca el número de Jaime, *JJ1*, en primer lugar. Necesita contar con la información adecuada, saber qué ha sucedido exactamente antes de enfrentarse a *Jefe*.

—¿Dónde estabas? —le pregunta Jaime, con tono de reproche.

Julia, a su lado en el automóvil en el que viajan, un *Peugeot 405*, gris metalizado, fabrica un gesto de incompreensión.

—Hostia, ¿tú no duermes? —replica ella con dureza, tras darse cuenta de que le habla desde un «manos libres».

—¡No sé las veces que te he llamado!

Julia se palmea la cara, *vaya cara dura*, le gustaría decir, tal vez gritar.

—Lo puse en silencio sin darme cuenta —Carmen se excusa—. Dime ya qué coño ha pasado —exige.

—Pues lo que dijiste, desgraciadamente: ha aparecido un dedo dentro de una papelera en San Sebastián, en el paseo de La Concha.

Carmen Puerto se ha colocado los auriculares para tener las manos libres, accede a la web de *Milanuncios.com*. Se dirige directamente a la sección de contactos, tras escoger San Sebastián en el mapa.

—¿Ya se ha puesto en contacto con algún periódico? —pregunta Carmen.

—De momento no.

—Tampoco ha colgado el anuncio en *Milanuncios.com* — afirma Carmen, que empieza a navegar por la web de *El Diario Vasco* —. Tampoco en la prensa, parece... Jaime, que alguien de la científica se vaya a la redacción de *El Diario Vasco*, si se ha colado en su servidor es el momento de pillarlo. Escogerá ese periódico —ordena Carmen.

—Ok —responde Jaime, y con un gesto le indica a Julia que se ocupe de ello.

Aunque no le agrada acatar la orden, Julia esconde su móvil entre sus manos, para no ser escuchada, y realiza la llamada.

—Jaime, no es necesario hacerlo desde allí, se puede hacer desde cualquier sitio, pero no estaría mal que algunas patrullas se dieran una vuelta por los locutorios abiertos, vaya que le dé por colocar el anuncio esta misma noche. Aunque no creo que lo haga, esta noche no — reflexiona Carmen en voz alta.

—Ya están en eso desde hace un rato —le comunica Jaime, que mira a Julia: se encargó ella misma hace una hora.

—¿Tenemos ya alguna fotografía del dedo? ¿Tiene un anillo? —pregunta Carmen, acaba de encender un cigarrillo.

—Ya la tienes en tu móvil —se incorpora Julia a la conversación—. Sí, sí, tiene un anillo, y verde, claro.

—¿Un dedo anular?

—Sí, un anular, aparentemente —responde Julia.

—¿Aparentemente?

—Está seccionado por la falange media y, en un primer examen, da la impresión de que ha recibido una fuerte opresión, está muy deformado —relata Jaime.

—¿Deformado? —extrañada, pregunta Carmen.

—Sí, aplastado más bien.

—¿Y congelado?

—Debió estarlo —sentencia Jaime.

—¿Debió? —extrañada, pregunta Carmen.

—Eso es, todo apunta a que lo estuvo, ya estaba descongelado cuando lo hemos encontrado, pero todavía sin entrar en fase de descomposición, lo que nos hace sospechar que el dedo ha estado en la papelera entre 6 y 12 horas, como poco.

—¿Bolsa de congelación?

—Sí, tal cual.

—¿Tú dónde estás? —pregunta Carmen, obviando premeditadamente a Julia.

—Vamos hacia San Sebastián, queremos estar allí cuando aparezca el cadáver —emplea Jaime el plural premeditadamente.

—Bien, aunque tal vez no haya cuerpo esta vez —insinúa Carmen.

Julia y Jaime se miran sorprendidos.

—¿Tú crees? ¿Y el dedo, de quién coño es? —pregunta Jaime.

—No lo sé... Ha cambiado su modo de actuar: se ha saltado una fecha, todavía no sé por qué. Hasta ahora había sido muy disciplinado, muy concreto; cuadriculado, sí, cuadriculado. Tal vez haga lo mismo con los cuerpos. Puede que su método para las siguientes víctimas sea otro, no lo descarto. O que haya establecido otro método que cumple con lo que él entiende como el guion de Luz Márquez —divaga Carmen, que poco a poco empieza a

sentir que retoma el control, tras unos primeros instantes en los que se sintió atropellada, desplazada.

—¿Y ahora? —pregunta Jaime, en el momento que rebasa a un camión que circula por la autovía.

—¿Ahora? —se toma Carmen unos segundos antes de seguir hablando—. Nos toca adelantar —y cuelga.

Examina Carmen las fotografías que ha recibido en su teléfono móvil. Las amplía en la pantalla del ordenador. Compara los anillos; son similares en color y tamaño, salvo que el del dedo seccionado es bisutería.

—Tal vez también lo fuera el de ella, ¿no te parece? —le pregunta a Karen.

Pero Karen no mueve sus sonrientes labios.

—¿Qué, estás deseando que te cuente lo de antes con Alberto? Ya lo sé, pero te toca esperar, compréndeme, y no te enfades —bromea Carmen con la reproducción de Alex Katz que cuelga de la pared.

Se autoevalúa Carmen, actualiza toda la información, cree que ya está preparada para llamar a *Jefe*. Le escuece comprobar que en una de las cámaras de seguridad que contempla en la pantalla del ordenador puede ver el cordón policial y dos vehículos, uno de la Ertzainza y otro del Cuerpo Nacional de la Policía.

—No habría visto nada, no habría visto nada, la papelera no está en el campo de visión —se repite.

Comprueba de nuevo, minuciosamente, que no haya aparecido el falso anuncio en la sección de contactos de la web de *Milanuncios.com* antes de buscar en la agenda de su móvil el número de *Jefe*.

Apagado o fuera de cobertura, escucha la respuesta automática.

Carmen coloca sobre la mesa la agenda electrónica y el Nokia 6230. Conecta ambos dispositivos a sus respectivos cargadores y activa la opción de rayos infrarrojos. Los empareja, apenas un par de centímetros de distancia, y accede al correo electrónico de la agenda.

—Es un encargo urgente y especial. Necesito información de dos hombres: Osvaldo Cartagena, venezolano, 40 años y Juan Martos, debe tener unos 76, español, pero durante muchos años estuvo en Venezuela y ahora puede que esté en España. ¿Lo puedes conseguir?

Nada más enviar el correo, la pantalla del teléfono móvil de Carmen se ilumina, es *Jefe*.

—Hola —dice Carmen. En realidad le habría encantado decirle: *ya te lo dije*.

—Tendría que haberte hecho caso, ¿no?

—Me hiciste caso en lo de Ibiza y me equivoqué —suaviza Carmen su respuesta.

—Ya.

—Ha cambiado de método, es evidente. No conocemos su nueva estrategia, si es que la tiene, nada más. Es su juego y emplea sus propias reglas —expone Carmen, con voz suave y conciliadora.

—¿Y qué hacemos ahora? —pregunta *Jefe*, con tono preocupado.

—Buscar a Osvaldo Cartagena y a Juan Martos, y hablar con ellos cuando los encontremos, puede que nos ofrezcan algunas respuestas que nos ayuden a resolver este caso —muy firme Carmen, segura de sus palabras.

—¿Esos quiénes coño son? —pregunta *Jefe*, extrañado.

—El guionista de las telenovelas en las que participó Luz Márquez y su marido. Es español —responde Carmen. Se lamenta de no contar con una fotografía de *Jefe* que poder colocar en la pantalla del ordenador.

—¿Cómo has dicho que se llama? —pregunta *Jefe*, como si quisiera cerciorarse del nombre que acaba de escuchar.

—Juan Martos —repite Carmen, inquieta por la reacción de su superior.

—O sea, para ti la línea del ex marido de Verónica no es acertada, solo la de la actriz esa. Estás convencida de que los culebrones nos guiarán hasta el asesino —cuestiona *Jefe*.

—Más o menos, más o menos, dicho de esa manera suena un tanto frívolo.

—¿Solo frívolo? Eres muy indulgente.

—Ya, pero tengamos en cuenta que este asesino ha decidido seguir este camino. Me habría gustado más que se hubiera inspirado en los protagonistas de *Rojo y negro* o de *El Padrino* o de...

—O en poemas de Dylan Thomas —reacciona *Jefe*.

—O en poemas de Baudelaire, claro que sí —confirma Carmen, precavida.

Durante unos segundos un molesto silencio se apodera del oído de Carmen. Solo cree escuchar, a lo lejos, el sonido de su respiración.

—¿Y si te digo que encontramos un anillo verde, igual que el que lleva el dedo que acaba de aparecer, junto al cuerpo de Javier Loiza, en la bañera?

Traga saliva Carmen antes de responder, hace todo lo posible por controlar la incertidumbre, la sorpresa, que crece en su interior.

—Eso no cambiaría nada; es más, tendría más claro que ha creado el decorado perfecto para inculparlo.

—¿Un decorado?

—Eso es: un decorado de cartón piedra, hasta con su cuadro del *Capitol* sobre la cama. No le falta un perejil.

—Es muy sólido. Yo no diría que es de cartón piedra.

—Lo es. Y ese dedo aplastado... puede que no sea de Idoia.

—¿Tú crees?

—Estoy completamente segura.

—Te doy un día y volvemos al ex marido, ¿de acuerdo?

—Un día.

Finalizada la conversación, Carmen se vuelve hacia la Karen de Alex Katz y le dice:

—¿Te das cuenta? Si no hubiera aparecido el dedo en La Concha no sé dónde estaría ahora. No lo sé, de verdad. Hasta el momento, soy la única que ha ofrecido alguna pista, algún dato, una dirección, y fíjate cómo me lo pagan estos funcionarios de mierda. Porque es lo que son, Karen, funcionarios de mierda.

Accede de nuevo a la web de *El Diario Vasco*, no descubre nada destacado, tampoco en la de *Milanuncios.com*. Comprueba en la Palm Tungsten si ha recibido el correo electrónico que espera. De momento no. Escribe uno nuevo: *es urgente*.

Alberto entra en una discoteca en la Isla de la Cartuja, donde se celebró la Exposición Universal de 1992, en Sevilla. Al buscar el dinero en el bolsillo interior de su cazadora, descubre que aún permanecen los billetes de avión que utilizó la mañana anterior.

—Mierda —se lamenta en voz alta, y una chica rubia que pasa a su lado se le queda mirando.

Jesús, tras dos tilas dobles y tres *Dormidinas* , ha podido conciliar el sueño. En las últimas horas no ha vuelto a escribirle un mensaje a Gabriel, que prosigue sin responder a los que le envió con anterioridad. La novela de Rocío Altamirano, *La puerta del corazón* , le acompaña, debajo de la almohada a la que se agarra con fuerza, como si hacerlo le procurara la seguridad, la tranquilidad necesaria.

Sueña que, junto a Gabriel, recorre el interminable pasillo de un elegante y antiguo hotel. Las paredes forradas por una brillante tela cardenalia, el suelo enmoquetado, los botones uniformados con libreas, el ascensor de enrejada puerta dorada. Felices, contentos, también nerviosos, miran hacia un enorme reloj situado en la bóveda de mármol y madera que cubre el *hall* . Jesús sujeta con sus manos su vieja Nikon, la cámara que heredó de su padre, limpia la lente del objetivo, comprueba que las medidas del obturador y la velocidad del diafragma sean las adecuadas.

VIERNES, 6 DE JUNIO DE 2014. 8 H.

A pesar de que el despertador del Iphone ha sonado en tres ocasiones, The Ramones con su *Pet Semetary*, en esta ocasión, Carmen Puerto continúa en la cama. Sigue oliendo a Alberto en la habitación, a sexo, a su cuerpo, no piensa ventilarla durante unos días. A pesar de que la despedida, apremiada por las circunstancias, no fue la deseada; a pesar de la inquietud que llegó a sentir a su lado, ahora piensa que influenciada por el caso que la ocupa, a pesar de sus palabras, esa insinuación de definitiva despedida, lo echa de menos. Lo añora. El olor incrementa la añoranza.

Nada más abrir los ojos, diez minutos antes de que los Ramones comenzaran a rasgar sus guitarras, tuvo la tentación de masturbarse, con el mismo consolador que empleó Alberto hace unas pocas horas, en el juego que le propuso. Presiente que ha soñado con él, que le acompañaba un amigo muy parecido a él, más oscuro de piel. Tal vez se trate de un sueño inducido, el recuerdo de un sueño que jamás tuvo lugar, pero que le gustaría soñar. Puede que le gustara que fuera real, lo ha pensado con frecuencia. Está convencida de que no se amedrentaría, que sería habilidosa, que podría conseguir que dos hombres, como Alberto, disfrutaran con ella, de ella, al mismo tiempo. Y que ella también disfrutaría, mucho.

Recuerda Carmen a *Pública*, una usuaria con la que estuvo chateando varios meses, puede que más de un año. Desde el primer momento, Carmen supo que bajo el *nick* de *Pública* se escondía un hombre, pero aun así le siguió el juego. *Pública* se describía como una mujer rubia de treinta años, con mucho pecho, que chateaba delante de su marido para ponerlo cachondo. *Pública* y Carmen fantaseaban que follaban con su marido, al que presentaba como un hombre moreno, alto y fuerte. Carmen pensaba en Alberto, y también en esa mujer *suya* de la que nunca le ha contado nada, mientras chateaba con *Pública*. Siempre la nombra como «mi mujer» y Carmen nunca le ha querido preguntar nada, nada en absoluto. A pesar de ello, la identificaba con *Pública*, y la imagina grande y rubia, con un recio pecho operado. Le gustaba chatear con *Pública*, y tal vez por eso conserva algunas de aquellas conversaciones que tanto placer le reportaron.

—Aquí me tienes, caliente como una perra.

—¿Dónde estás?

—En la cama, con mi marido, que está empeñado en echarse una paja o que se la chupe mientras chateamos; qué pedazo de cerdo está hecho.

—¿Ya la tiene dura?

—Como una vela desde que has respondido.

Las conversaciones entre Carmen Puerto y *Pública* solían empezar de esta manera y podían durar varias horas. En más de una ocasión, le pidió que conectase su *Webcam*, pero Carmen siempre se negó. Nunca hasta ahora ha permitido que alguien la pueda ver a través de la pantalla, y no piensa permitirlo en el futuro.

Los rayos de sol que se cuelan por las dos hileras de ranuras superiores de la persiana aterrizan mansamente sobre la pila de libros que se amontonan en la mesita de noche. Por un segundo, la portada de *La puerta del corazón*, la novela de Rocío Altamirano, queda atrapada por el inesperado foco. Abandona Carmen la cama tan solo cubierta por una braga blanca, con el ordenador portátil bajo el brazo. No entra en el cuarto de baño como cualquier otro día, en el salón comprueba si ha recibido un correo electrónico en el Nokia 6230.

—Buenos días, Karen.

No ha llegado el correo de respuesta.

—Madrugador, lo que se dice madrugador, no ha sido nunca el muchacho; menudo cabronazo

—se lamenta.

En el cuarto de baño, tras una ducha rápida, realiza su rutina diaria de limpieza facial y bucal con mayor rapidez que de costumbre. Se observa fijamente en el espejo durante unos segundos. A pesar de que ha dormido poco durante las últimas noches, se ve más guapa y más joven que de costumbre. Hoy se gusta, y se recrea ante el espejo. Hoy se siente segura, capaz de todo. Las marcas en el vientre que descubrió ayer, a esta misma hora, en esta misma situación, han desaparecido casi por completo. Le cuesta encontrar su rastro en el reflejo del espejo.

Mientras el agua de la taza se calienta en el microondas vuelve a comprobar si la luz de la vitrocerámica se ilumina, pero sigue apagada a pesar de intentarlo en varias ocasiones.

—Tendré que arreglarla —suspira, y la imagen de Jesús, dentro de su casa, se cuelga en su cabeza.

Vierte cuatro cucharadas de capuchino y dos pastillas de sacarina en el agua caliente y remueve con energía. El primer sorbo, como siempre, le quema los labios. Atrapada la taza entre las dos manos, como si tuviera frío y necesitara de calor inmediato. Regresa al salón y toma asiento frente al ordenador portátil, conecta la pantalla de plasma y se lía un cigarrillo. No prensa el tabaco en el primero de la mañana, le gusta que arda fácilmente, que no cueste aspirar.

Accede a la página web de *Milanuncios.com*, selecciona en el mapa San Sebastián y a continuación la sección de *contactos*. Revisa, detenidamente, todos los anuncios que se han publicado en las últimas horas. Cada vez que concluye una página, vuelve a la primera y refresca el contenido. Observa que la actividad de la web es muy alta, cada pocos segundos cuelgan nuevos anuncios. Las portadas de las ediciones digitales de los periódicos mantienen sus titulares políticos, de invasiones varias, de muertes en la frontera, de resultados deportivos, sin noticias de *El amante ácido*. El autor del ya célebre apodo, Pedro Ginés, no ha vuelto a escribir en su cuenta de Twitter.

—No tardará —suspira Carmen.

Apura Carmen Puerto el capuchino mientras planea cómo serán sus próximas horas. Nada más que Jesús abra la peluquería tiene la intención de subir a la azotea, regar las plantas de marihuana y el huerto y tomar diez minutos de sol. Hoy debería recoger algunos calabacines, y alguna de las coles.

Diez minutos antes de las nueve de la mañana, conecta la videocámara de la puerta a la pantalla del ordenador. Enciende un cigarrillo y espera la llegada de Jesús. La pantalla del Nokia se ilumina, acaba de recibir un correo electrónico de nodigassuerte@yahoo.es. Conecta la agenda electrónica Palm.

Es un tema complicado, te va a costar bastante dinero. 5000 euros. 3500 Martos y 1500 Cartagena. Ya me dices. El pago sería como la última vez.

—Hijodeputa —resopla Carmen.

Ponte ya. Te hago una transferencia de 2000 euros y el resto cuando lo tengas todo. Me corre prisa, escribe Carmen y envía el correo.

Contempla en el plasma la imagen de Jesús, acompañado de su bolso azul, a su llegada a la peluquería. Se agacha e introduce la llave en la cerradura inferior. Durante un segundo puede ver Carmen el rostro de Jesús, sigue ofreciendo un aspecto cansado y triste.

—¿Qué coño le pasará?

Jesús, nada más acceder a la peluquería, conecta la radio, donde emiten el programa que escucha todos los días. Entrevistan a un político, que responde con evasivas a las incisivas preguntas de la locutora. Extrae del bolso azul su teléfono móvil, comprueba si ha recibido algún mensaje, y lo coloca en el pequeño mostrador, junto a las tijeras de cortar el pelo. Abre varios

cajones, revisa su interior, hasta que encuentra un teléfono móvil, un Samsung Galaxy, que utilizó hasta hace un año para atender las llamadas de los clientes de la peluquería. Le conecta el cable del cargador e introduce los cuatro números del *pin* de seguridad, cuando se lo reclama. Nada más completarse las barras del indicador de cobertura, el móvil comienza a vibrar insistentemente, recibiendo multitud de mensajes de texto y de WhatsApp.

Jesús se sorprende en un principio, trata de identificar algunos de los números que aparecen en la pantalla, pero pasados unos segundos achaca la profusión de mensajes a llamadas perdidas de clientes a ese número que utilizó durante casi dos años.

Carmen Puerto acaba de abrir la trampilla de la azotea, *My Little Pony* sigue cantando, *tengo muchas cosquillitas*, riega las plantas a toda velocidad, los pascueros están perdiendo muchas hojas en los últimos días, *puto calor de los cojones*, lo normal cuando se acerca el verano, uno de ellos apenas conserva cuatro; corta una col y tres calabacines con mucho cuidado, para no dañar el resto de la planta. Se quita la parte superior del chándal, sus pezones desnudos le recuerdan a Alberto, hace unas horas estaban en su boca. Este recuerdo la excita y huye de él premeditadamente. Lía un cigarrillo de marihuana y fuma tumbada sobre la hamaca de lona. No tarda en sentir el calor que le provocan los rayos del sol en su cuerpo. Le cuesta situarlo, en el cielo, a través de los cristales verdes de sus gafas. Se pasaría Carmen aquí, bajo el sol, toda la mañana, fumando marihuana, relajada. Escucha el sonido del tapicero ambulante, ofrece sus servicios ayudándose de un potente megáfono.

Te dejo como nuevo el viejo, repite la voz de un hombre.

Te dejo nuevo el viejo, repite Carmen, antes de enfundarse la parte superior del chándal y abandonar la azotea.

—¿Algo relevante? —entre las sombras, le pregunta a la Karen de Alex Katz cuando la tiene enfrente, en el salón.

Accede a la web de *Milanuncios.com*, pincha en el mapa *San Sebastián* y a continuación escoge la sección de *contactos*. No encuentra el anuncio que busca y que está segura que, tarde o temprano, acabarán colgando. Guiada por su intuición, se dirige a la sección *contactos* «Nacional», sin escoger ninguna provincia en concreto. En la primera página, en el tercer anuncio, publicado en Sevilla, puede leer:

Anselma, nueva en la ciudad, recién llegada de Ibiza y San Sebastián, chica no profesional muy caliente. Cumpló todas tus fantasías, nunca escucharás un no de mis labios. Medidas de infarto, si tú me tratas como a una reina yo te haré sentir como un rey.

Concluye el anuncio con un número de teléfono móvil y en la parte lateral derecha aparece una fotografía de unos dedos de mujer, las uñas pintadas de un rojo intenso, con un imponente anillo coronado por una piedra verde rodeando el anular. Visiblemente alterada, repite Carmen el anuncio en voz alta, como si necesitara que Karen la escuchara.

—Ya, ya.

Durante un segundo, duda si compartir la información con sus compañeros o tratar de descubrir por sus propios medios la identidad de la usuaria del teléfono que aparece en el anuncio. El tiempo juega en su contra. Llama a Jaime:

—Acaba de aparecer el anuncio.

—¿Dónde? —pregunta. Julia escucha a su lado.

—Sevilla.

—¿Otra vez?

—Nuevo itinerario.

—¿Algo en periódicos?

—No —responde Carmen, miente, acaba de abrir la web de *El Diario Vasco* —, buscad ya a la dueña del teléfono que aparece en el anuncio.

—En eso estamos ya —responde Jaime, y Julia anota el número.

—Que busquen desde dónde se ha puesto el anuncio — ordena Carmen. Accede a la edición digital de *ABC Sevilla*.

—También estamos —confirma Jaime y Julia se encoge de hombros.

—A su manera, ha respetado el orden: la falsa prostituta se llama Anselma, como la protagonista de *Nueva en la ciudad*, que es el culebrón que aparece nombrado. También cita a Ibiza y San Sebastián, no sé... —se piensa Carmen las palabras durante un segundo—, no sé si es su manera de excusarse o que ha comenzado un nuevo juego. También puede que estemos ante un imitador, o un continuador —advierte Carmen, fija en la pantalla del ordenador, ocupada por el falso anuncio.

—¿Un imitador? —pregunta Jaime desconcertado, y Julia no puede evitar un gesto de incompreensión.

—O un continuador, ¿y si son varias personas? —se pregunta Carmen en voz alta.

—Eso nos complica.

—No, para nada, eso nos lo facilita —no duda en rectificarlo Carmen.

—¿Nos lo facilita? —extrañado, pregunta Jaime.

—Más posibilidades de error, tenlo claro, cuatro manos, dos cabezas, dos personas se equivocan más que una sola —explica Carmen, que accede de nuevo a la web de *El Diario Vasco*.

—¿Tú crees? —cuestiona Jaime.

—No es lo que lo crea o no, simplemente es así —se reafirma Carmen, que interrumpe la conversación cuando escucha el sonido del motor del montacargas.

Descorre el cuadro de las dos mujeres que pasean entre las dunas de la playa y abre la puerta del montacargas, que ha transportado un pequeño paquete rectangular. Perfectamente envuelta, se trata de la primera y única novela de Osvaldo Cartagena, *A pesar de todo*. Carmen examina durante un instante la portada: una piscina de azul intenso, una hamaca de rayas, también azules, una mesa de acero y cristal, donde reposa una copa ancha y plana, Carmen deduce que se trata de un *Martini*, seco. Se dispone a leer la contraportada cuando suena su teléfono.

—Idoia Gaztelu —le comunica Jaime.

—¿Qué más sabemos? —pregunta Carmen al tiempo que teclea el nombre en la ventanita de Google.

—Pues que trabaja en...

—En *El Diario Vasco* —le interrumpe Carmen—, es la responsable de la infografía. 36 años, licenciada en periodismo — selecciona la información que va descubriendo en la pantalla.

—Hay que inspeccionar en todas sus propiedades —ordena Carmen.

—Ya estamos, con el refuerzo de la Ertzainza. Te adelanto que no será fácil.

—¿Tantas tiene? —pregunta con ironía Carmen.

—Sí —afirma Jaime, mirando a Julia.

—¿Primitiva, Euromillón o papá millonario? —con sorna, Carmen.

—No sé si es aficionada a los juegos, si alguna vez le tocó algo. Padre millonario desde luego —confirma Jaime.

—¿Cómo de millonario?

—De los muy millonarios —asiente Jaime.

—Joder, esta chica es una caja de sorpresas —y contempla Carmen a la víctima en la pantalla del ordenador. Una mujer de pelo castaño, cejas gruesas, de facciones duras, afiladas, nariz prominente, pero atractiva al mismo tiempo.

—No te puedes hacer idea.

—¿Más? Cuenta —se reclina Carmen sobre la mesa.

—Hasta los 23 años estuvo viviendo en Venezuela. De hecho, es venezolana, aunque cuenta con la doble nacionalidad

—dice Jaime.

—¡Coño, como Mikel Erentxun y la tenista! —exclama Carmen, sorprendida y contrariada por no haber sido la primera en descubrir ese dato.

—Hija de un matrimonio vasco que emigró a Venezuela a mediados de los sesenta. Nació en Caracas. Su padre, Koldo, murió hace tres años. Su madre falleció unos cuantos años antes —lee Jaime las frases que Julia está escribiendo en su *Ipad*.

—Espera, espera —solicita Carmen—, ¿su padre era el empresario por el que Aznar montó el lío con Chávez?

—Sí —confirma Jaime.

Carmen recuerda la noticia del fallecimiento de Koldo Gaztelu, armador, petrolero, dueño de una cadena de hoteles, empresario todoterreno, su regreso a España fue muy comentado por los medios de comunicación, al relacionarlo con el fallido golpe de estado en Venezuela, en 2002. Hubo quien situó a Gaztelu como uno de los principales promotores de la intentona golpista. Su expulsión del país fue uno de los motivos que desencadenaron la ruptura de relaciones entre los dos países. El entonces Presidente del Gobierno, José María Aznar, tuvo que buscar alianzas y apoyos en otros países latinoamericanos para que otras empresas españolas instaladas en Venezuela no corrieran la misma suerte.

—¿No me dirás ahora que tenía negocios con Juan Martos? —pregunta irónicamente Carmen, con el lápiz entre los labios.

—Yo también lo he pensado. No nos ha dado tiempo a comprobarlo —responde Jaime, que con un gesto le indica a Julia que se ponga a ello.

—Ya te lo digo yo, claro que los tenía: ambos estuvieron en el golpe de estado a Chávez.

—¡No me jodas!

—Tampoco tiene hijos la tal Idoia, ¿verdad? Pero no reavivemos esa teoría, que me destrozáis el estómago y se me ha acabado el Almax —advierte Carmen.

—Tampoco tiene hijos —confirma Jaime.

—Idoia tiene un blog —dice Carmen, nada más acceder a la web—, ¡y no te puedes imaginar cómo se titula!

—¿Cómo?

—*A pesar de todo*, en Blogger.

—¿Como la novela de Cartagena? —pregunta Jaime, y Julia abre los ojos en toda su extensión, sin poder dar crédito a lo que escucha.

—Eso es.

—Demasiadas casualidades —suspira Jaime.

—Aquí no hay nada casual, nada.

—La verdad es que...

—Nada —sentencia Carmen, y finaliza la llamada.

Nerviosa, aturdida, Carmen lía un cigarrillo sin apartar la vista de la pantalla del ordenador. Selecciona tres fotografías de Idoia que imprime a continuación. Examina más detenidamente el

rostro de la supuesta nueva víctima. Centra la mirada en sus ojos, grisáceos, azules según el ángulo, bellos pero fríos, muy fríos.

—Lo que dijo Jaime es verdad, sí, todas se dan un aire — dice Carmen en voz alta, de espaldas a la Karen de Alex Katz, y coloca sobre la pantalla las fotografías de las cuatro mujeres.

Carmen comienza a leer el blog de Idoia. A pesar de ser, supuestamente, una experta en el diseño editorial, se trata de un espacio simple, con la apariencia habitual del blog de un aficionado. Utiliza una de las plantillas que recomienda *Blogger* y tiene vinculadas, en el lateral derecho, sus redes sociales: Facebook, Twitter, LinkedIn e Instagram. En el mismo lateral, más abajo, también se encuentran el historial de búsqueda, algunos blogs recomendados, la mayoría de ellos de periodistas o diseñadores, y un breve perfil de Idoia en el que se puede leer: *Idoia, cuento lo que veo y leo, casi nunca creo lo que me cuentan, pero a pesar de todo confío en los demás* .

—*A pesar de todo confío en los demás, a pesar de todo confío en los demás* —repite Carmen en voz alta.

Actualiza Idoia el blog con frecuencia, dos o tres entradas semanales, habitualmente enlaces a noticias aparecidas, en *El Diario Vasco* , mayoritariamente, videos de Youtube, especial predilección por Andrés Calamaro y We Are Standars; recomendaciones de series de televisión, música o películas, le encantó *True Detective* y *Nebraska* , fotografías caseras de los libros que ha leído, *Canadá* , *Limbo*, *La calle Great Jones* o *Así es como la pierdes* entre sus últimas lecturas. En el historial de búsquedas encuentra Carmen una entrada referente a Osvaldo Cartagena y su *A pesar de todo* , de junio de 2008. Le es familiar la entrada, ya que fue una de las que visitó cuando estuvo buscando a Osvaldo Cartagena en la Red, aunque en su momento no le concedió mayor importancia.

Con toda seguridad una de las novelas que más me han marcado. Su lectura me atrapó desde el primer renglón. Es una pena que Osvaldo Cartagena, su autor, no haya vuelto a publicar otra . Bajo el comentario de Idoia aparece una fotografía de un ejemplar de la novela, sujeta por una mano de mujer con las uñas pintadas de un rojo muy intenso, del mismo rojo que aparece en la portada. Posteriormente, entrecomillado, un breve fragmento de la novela de Cartagena: «Hay pocas noticias que un corazón pueda asumir con esa normalidad que nace de la rutina. Cuando llegan las recibimos como campanadas en mitad de la noche, sobresaltados e incrédulos. Pero felices, al sentir que nuestro corazón es capaz de latir más fuerte».

Anota Carmen el fragmento en su libreta, y a continuación escribe: *Buscar el contexto* . En las primeras entradas del blog, año 2006, encuentra Carmen alguna referencia, muy breve, del pasado de Idoia en Venezuela. Fotografías de Caracas, de un billete de avión, a su nombre, Caracas-Madrid, y una imagen de la entrada principal de la RTCV, un enorme edificio blanco custodiado por palmeras despeinadas, bajo la que se puede leer: *Mi primer y efímero trabajo* .

—¡Coño! —exclama Carmen, y le muestra la fotografía a Karen—. Esto se merece un capuchino muy caliente —dice, y se pone en pie. La ansiedad amenaza con instalarse en su interior.

En el minuto y medio de espera mientras el agua de la taza se calienta, intenta encender la luz de la placa vitrocerámica, pero se mantiene apagada, como en todas las anteriores ocasiones.

—Vaya puta mierda, con las ganas que tengo de un arroz con calabacín —protesta.

Escoge al azar uno de los tarros de capuchino soluble, más de una docena se apilan sobre la encimera grisácea, y vierte cuatro cucharadas en el agua caliente. Enciende un cigarrillo y fabrica un gesto de desagrado tras el primer trago, demasiado caliente —incluso para ella—. Regresa al blog de Idoia Gaztelu, imprime aquellos post que considera más relevantes. Examina

minuciosamente la fotografía del edificio de la RTCV, e imagina a una joven Idoia accediendo a él a través de la puerta de cristal que contempla.

—Puede que coincidiera con Cartagena allí —dice en voz alta, y anota en su libreta.

—Cartagena fue muy conocido con su primera novela, no es extraño que la leyera si estaba viviendo allí —prosigue con su monólogo Carmen Puerto.

- Jesús, abajo, en su peluquería, mientras aguarda la llegada de un cliente, revisa en el móvil que ha conectado esta misma mañana algunos de los números de teléfono que aparecen en el menú de «llamadas perdidas». Los introduce en su *smartphone* y ninguno coincide con los que tiene guardados en su agenda de contactos de clientes y conocidos. Ha probado con más de diez números sin resultado cuando aparece el cliente que tenía citado.

—¿Ya me toca? —pregunta, y se quita las gafas de sol.

—Vamos —confirma Jesús sonriente, guarda el teléfono en un cajón y le ofrece el sillón vacío.

Se trata de un hombre de unos treinta años, muy moreno, de piel y pelo, muy rizado y brillante, propietario de una de esas bellezas que llaman tanto la atención, sin atender al género de quien la contempla. Alto y fuerte, atlético, con camisa y pantalones vaqueros. Recuerda Jesús haberle cortado el pelo a este cliente en el pasado, algunos años atrás. Y también recuerda el comentario de Mónica, la dependienta de la panadería de enfrente: *La próxima vez que venga a cortarse el pelo me llamas a mí para que lo atienda*. Recuerda esa conversación perfectamente, y también lo que le dijo: *Debe vivir cerca, yo lo he visto alguna vez por el barrio, de noche sobre todo*.

A Jesús le cuesta comenzar una conversación. De hecho, siempre va a remolque, espera a que el cliente sea el que tome la iniciativa y él se adapta a continuación. Con los años ha aprendido a tener siempre una respuesta preparada; con los años ha aprendido a esquivar conversaciones molestas, sobre política, sobre religión; con los años ha aprendido cómo serán las conversaciones de los clientes nada más verlos entrar por la puerta. Sin embargo, con el cliente que acaba de tomar asiento en el sillón no tiene claro en qué dirección se encauzará la conversación. Como siempre, espera a que él lo haga.

—Tú me dirás —invita Jesús, una vez que le ha colocado la bata azul y le ha ajustado el collarín de papel al cuello para impedir que los pelos se le cuelen.

—Muy corto, pero no me lo dejes de punta; déjame las patillas a la misma altura pero me las descargas, y no me apures el cogote —le indica con precisión, y le ofrece la mejor de sus sonrisas.

—Eso está hecho.

Humedece Jesús el encrespado pelo para facilitar la tarea y toma el peine y las tijeras.

—Parece que vamos a tener un buen verano —dice el cliente con los ojos cerrados, relajado.

—Todavía es pronto, pero todo apunta a eso —responde Jesús, y durante un segundo su mirada permanece en la barbilla del cliente.

—Falta hace.

—Claro que sí.

Contempla Jesús en el gran espejo al cliente. Tiene cara de actor, piensa, *podría haber protagonizado una telenovela, aunque para eso no basta con ser guapo*.

—¿Tú has venido antes, verdad? —se atreve a preguntarle.

—Sí, es la tercera o cuarta vez que me pelas, creo recordar. Antes venía más por aquí. A casa de una tía de mi mujer que vive en esta calle —responde el cliente con parsimonia.

—¿Dónde? A lo mejor la conozco —le propone.

—Estoy un poco desorientado, pero puede que sea aquí arriba, justamente. Solo recuerdo que había una escalera muy empinada y un local comercial debajo —responde el cliente y abre los ojos, buscando los de Jesús en el espejo.

—¿Aquí arriba? Imposible —no duda en decir.

—Juraría.

—Aquí arriba no vive nadie. Es el piso de un arquitecto, pero está vacío de momento. Se lo compró para cuando los hijos fueran a la Universidad —repite Jesús la misma historia de tantas otras veces.

—Estaré confundido entonces —dice el cliente, y vuelve a cerrar los ojos.

Durante unos segundos se crea un tenso y prolongado silencio que Jesús no tiene la menor intención de finalizar. Busca en su memoria esa «tía de mi mujer» que le ha comentado el cliente y no la encuentra. Por lo que recuerda, la única mujer que vive sola en la calle, sobre un «local comercial», es su «casera» y nadie sabe, o nadie debería saber, de su existencia.

Las palabras del cliente han conseguido crear un profundo malestar en el interior de Jesús, que ve cómo, de nuevo, su segura tranquilidad ha sido vulnerada. Ruega que el próximo cliente anticipe su llegada para dejar de estar a solas con este desconocido del que desconfía.

—A lo mejor me he confundido con la calle paralela —dice el cliente.

—Lo más seguro.

—En esta zona de Sevilla todas las calles se parecen —prosigue.

—Eso es verdad.

La rectificación del cliente no reduce la ansiedad de Jesús, que se esmera en acabar cuanto antes con el pelado. En el tenso silencio la radio cobra protagonismo. La locutora comenta una noticia de última hora: *La Ertzainza ha descubierto en el interior de una papelería, en San Sebastián, en las inmediaciones de la Playa de la Concha, un dedo. Todo parece indicar que nos encontramos ante un nuevo acto del que se conoce como 'El amante ácido'. La identidad de la posible víctima aún no ha sido desvelada.*

—¿Pero no era el que se había suicidado? —pregunta el cliente.

—Pues parece que no —se limita a responder Jesús. No ha podido dejar de sentir un escalofrío, punzante, al escuchar la localización del nuevo hallazgo.

—Yo creo que la policía no tiene ni idea —dice el cliente.

—Debe ser muy difícil —reflexiona Jesús con lo primero que se le ocurre. La playa de La Concha se ha instalado en su cabeza. Cree sentir de nuevo la arena en su rostro y el cuerpo del agresor sobre su espalda.

—Imagino, sobre todo porque estas cosas no las hacen criminales habituales. Seguro que no está ni fichado.

—También es verdad.

—Seguro que cuando lo detengan escuchamos aquello de que era el perfecto vecino que se llevaba bien con todo el mundo. Estoy completamente seguro —explica el cliente, con los ojos cerrados.

—No me extrañaría —muy nervioso, preso de la ansiedad, emplea Jesús su amplia colección de coletillas.

A través del espejo contempla Jesús cómo accede Pedro, un cliente habitual, a la peluquería. Le es imposible esconder la expresión de alivio que se instala en su rostro.

—Aquí me tienes —le indica una vez dentro.

—En cinco minutos te toca —le comunica Jesús.

La presencia del recién llegado parece molestar al cliente que ocupa el sillón, su gesto ya no es tan relajado. Abre los ojos y examina a uno y otro, buscando en los ojos de Jesús y de Pedro un gesto de complicidad, una señal.

Dos minutos después, Jesús le muestra al cliente el resultado de su trabajo por medio de un espejo, situado frente a su nuca.

—Perfecto.

Jesús le retira con cuidado el blusón verde y la tirilla de papel del cuello y cepilla su cuello y hombros.

—¿Qué te debo?

—Diez.

Jesús ha tratado de evitar su mirada en los últimos minutos, pero le es imposible hacerlo justo cuando le entrega el billete.

—Nos volveremos a ver —le dice.

—Cuando quieras —responde Jesús, sacudido por un escalofrío interior.

Nada más abandonar la peluquería, Jesús le pide permiso a Pedro para ausentarse un momento.

—Como no me tome un café rápido, me muero —le miente.

Desde la puerta de su establecimiento puede ver al cliente alejarse, a paso lento, como si no quisiera hacerlo. Antes de girar, en la esquina, se vuelve repentinamente y su mirada se cruza con la de Jesús, que no duda en caminar hacia la cafetería, a solo unos metros, a la derecha. Dentro, deja caer los brazos sobre la barra de aluminio, como si la fuerza hubiese escapado de su cuerpo.

—¿Te pasa algo? —preocupado, le pregunta Rafael, el dueño del bar, al otro lado de la barra.

—Que no estoy hoy yo muy católico —le responde, y le pide una manzanilla. Hace todo lo posible por no mostrar el nerviosismo que le invade.

• Julia contempla en su *Ipad* que en la edición digital de *El Diario Vasco* se informa de la identidad de la nueva víctima de *El amante ácido* : *Idoia Gaztelu, la responsable de infografía de este diario* . Como en las anteriores ocasiones, un *email* anónimo recibido en la redacción del periódico es la fuente de la noticia.

—¡Me cago en su puta madre! —exclama.

—¿Qué pasa? —sorprendido, reacciona Jaime.

—Mira —le muestra su *Ipad* .

—¿Y ya saben que el dedo es de ella? —cuestiona Jaime.

—Manda cojones el asunto.

—Yo tampoco le daría tanta importancia —minimiza Jaime.

—Lo curioso es que es hablar con la pirada y a los cinco minutos ya lo tiene un periódico —insinúa Julia, con la vista puesta en la pantalla.

—Eso no lo hace ella, te lo aseguro. No cree que sea un dedo de mujer.

—Esa confianza ciega te nubla la vista —le advierte Julia.

—Ese recelo permanente te va a llenar la cara de arrugas — reacciona Jaime.

—Follar tan poco es lo que me va a llenar la cara de arrugas, que lo sepas —responde Julia sin dudar.

—Joder, porque tú quieres.

—¿Con este puto trabajo? Como no me folle a un poli — dice Julia con tono resignado.

—Los hay bien guapos...

—¿No lo dirás por ti? —replica Julia, con sorna.

—Evidentemente.

Ríen durante unos segundos y apuran sus cafés. A pesar de los años juntos, le sigue fascinando a Julia esa capacidad de Jaime para rebajar la tensión en el momento adecuado.

—Jaime, ¿podremos ir a la casa de esta mujer o siguen dando por culo?

—Tú ya sabes cómo son, pero, bueno, creo que se solucionará. Para algo hemos venido, ¿no?

—Venir para nada, pues como que no.

—¿Tenemos algo del anuncio? —pregunta Jaime.

—Como siempre, desde un locutorio para inmigrantes. De Sevilla, en esta ocasión. Nervión se llama el barrio, muy cerca del estadio del Sevilla —le comunica Julia.

—Y nadie ha visto nada raro, ¿verdad?

—Tú lo has dicho —y se muerde los labios Julia.

Un subinspector de la comisaría de San Sebastián, a través de la cristalera del despacho, le hace a Jaime un gesto de conformidad.

—Hombre, parece que el juez se ha despertado ya —dice.

—¿Tenemos orden? —pregunta Carmen.

—Eso parece.

Escucha Carmen, desde la lejanía, como si se encontraran en el final de un túnel, la conversación entre el subinspector y Jaime.

—Por lo visto, ha tardado porque la lista de posesiones de esta chica son la leche —dice el subinspector con un marcado acento andaluz.

—¿Tantas? —pregunta Jaime extrañado.

—Entre viviendas, fincas y locales comerciales, hablamos de más de veinte.

—Coño, yo no la mataría, me casaba con ella o la secuestraba —resopla Jaime.

—Pero qué animalito eres —le recrimina Julia ante la sorpresa del subinspector.

—Soy como me sale de los cojones —reacciona Jaime, más molesto por el gesto que ha contemplado en el policía que por las palabras de Julia.

—¡Jaime, Jaime! —grita Carmen al teléfono, pero no le escucha.

Julia cierra la tapa de su *Ipad* con brusquedad, furiosa abandona el despacho. Jaime esconde su mirada en la pantalla de su móvil, a modo de huida, descubre que se mantiene la conversación con Carmen, que sigue gritando.

—¿Qué, qué? —pregunta ofuscado.

—Coño, escúchame —replica Carmen.

—Qué.

—Empezad por su vivienda habitual y por la posesión más lejana —ordena Carmen, con la vista puesta en un mapa del País Vasco que ha desplegado sobre la pantalla.

—Carmen, aquí no decidimos nada, parece mentira que no lo sepas —hasta el propio Jaime se sorprende del tono que emplea con ella—. Vamos de acompañantes, de

observadores, hasta que no se tenga claro que es nuestro caso.

—Vaya mierda.

—Pues es la mierda que nos ha tocado.

—Llámame cuando estéis.

—Vale.

—No creo que esté muerta —sentencia en voz baja.

—¿Por qué piensas eso? —pregunta Jaime, sorprendido por sus palabras.

—No ha actuado con ella como con las tres primeras. No sé, creo que la sitúa en otra categoría, diferente. Hasta no ha sido tan grosero en el falso anuncio —responde Carmen, que no cesa de anotar en su libreta.

—Ya podrías estar en lo cierto.

—Siempre estoy en lo cierto —no duda en responder Carmen.

—¿Siempre? —cuestiona Jaime.

—Siempre —y finaliza la llamada.

Carmen visita las redes sociales de Idoia Gaztelu, busca alguna pista, una señal, una imagen o un comentario de un lugar que destaque sobre los demás. Muy activa en Twitter, especialmente, a partir de las diez de la noche, como regla general, y los sábados y los domingos por la mañana. Muy crítica con el gobierno de Rajoy, comenta y enlaza noticias que cuestionan su gestión. Carmen lee en voz alta su último tuit, publicado el 3 de junio a las once de la mañana: *La #MarcaEspaña medieval sigue, habrá faisanes y un torneo en la coronación de Felipe #TerceraRepública* . Muy pocas las fotografías compartidas, y casi todas de la ciudad de San Sebastián. Comprueba Carmen que actualiza su estado de Facebook irregularmente, no es constante, y casi siempre son canciones o tráilers de películas lo que publica. En LinkedIn, donde no hace referencia a su paso por la RTCV de Venezuela, no ha variado su perfil en el último año. Instagram es el archivo fotográfico de sus viajes: Burgos, Córdoba, Granada, Sevilla, Madrid y Santander en los últimos meses. En ninguna de las fotografías aparece ella o algún acompañante. Monumentos históricos, rincones llamativos o paisajes componen la colección de fotografías de esta red social. De todas las imágenes que ha contemplado, solo hay una que ha llamado la atención de Carmen, tal vez por ser la única en la que se ve lo que parece el interior de su vivienda. En la fotografía, que tuiteó el 22 de diciembre de 2013, aparecen un pequeño sillón blanco y una mesita de aluminio y cristal junto a un ventanal por el que se cuelga un sol abrumador. Deduce Carmen que se trata de un dormitorio, por el tamaño y tipo de sillón y porque cree ver el reflejo de un espejo a su izquierda. Junto a la fotografía, Idoia escribió en el tuit: *Mi refugio de luz* . No aparece en el tuit la localización del lugar desde donde se tomó la fotografía.

—*Mi refugio de luz* —repite en voz alta—. Y nosotras aquí encerradas en este zulo de sombras —le dice a Karen.

No tarda en descubrir Carmen que el nombre y la imagen de Idoia Gaztelu se han extendido a todas las portadas de los periódicos en sus ediciones digitales. *La nueva víctima de El amante ácido es la hija del fallecido empresario Koldo Gaztelu* , más o menos titulan la mayoría de los medios. Salvo el periódico en el que trabaja, todos los demás utilizan fotografías tomadas durante el entierro de su padre. Pedro Ginés escribe en su cuenta de Twitter: *Idoia Gaztelu nació y vivió en Venezuela varios años. Una casualidad? #AmanteÁcido* .

—¡Me cago en todo! —exclama Carmen, y golpea con las palmas de las manos el cristal de la mesa.

—¿Y esto qué coño es? —le pregunta Julia a Jaime, mientras le enseña el tuit de Ginés, todavía en la comisaría.

—Cabronazo —escupe Jaime, en el momento que suena su móvil—. ¿Ya has visto lo de Ginés? —le pregunta a Carmen nada más atender su llamada.

—Que se joda ese cabrón.

—Dime.

—Jaime, pasaros por el periódico también, ¿sabemos si tenía pareja? Yo no le he pillado nada.

—Esta gente ya está en el periódico —dice Jaime, con desprecio.

—Esta gente, esta gente —repite Carmen, lamentándose.

—Carmen, te iba a llamar ahora mismo.

—Dime.

—Los de la científica de aquí han encontrado restos en el dedo —le comunica Jaime. Julia, a su lado en el asiento trasero del automóvil, finge no prestar atención.

—Joder, unos *batiblanco*s que descubren algo, coño, nos habrán tocado a nosotros los más torpes —la información sorprende a Carmen Puerto.

—En la uña, restos de piel, como si hubiera arañado algo o a alguien. Muy evidente.

—Vaya, vaya, pues sí que se repite nuestro hombre *ácido* ...

—¿Por qué lo dices?

—Porque eso suena a lo mismo que hizo con el ex marido de Verónica. Nos muestra otro camino para que lo tomemos y nos alejemos de él. Nos pone en bandeja un sospechoso, con todo en su contra, un culpable de manual.

—¿Tú crees?

—Muy simple. Un tipo tan listo, tan metódico, tan pulcro, no comete esos fallos de parvulario, te lo puedo asegurar. Vamos, que estos lo han encontrado porque habrá un pellejo colgando de la uña.

—Eso parece, pero yo no lo tengo tan claro como tú —vacila Jaime.

—Ahora solo falta que me digas que tú también contemplas la posibilidad del ex marido de Verónica Caspe, Javier Loiza — ironiza Carmen, con un lápiz entre los dedos.

—Por supuesto que la contemplo —afirma Jaime, contundente, y Julia no puede disimular su asombro.

—Buscad arañazos en el cuerpo de Javier Loiza —propone Carmen.

—Lo haremos.

—Veo que quieres llegar a comisario —le reprocha Carmen.

—No es eso, debemos tener en cuenta todas las pruebas y opciones.

—Y mientras antes tengamos un sospechoso, mejor. Sea o no sea el culpable, eso es secundario.

—Esto no es un partido de tenis —replica Jaime.

—Yo no tengo raqueta.

—Cualquiera lo diría.

—¿Sabemos ya si el dedo pertenece a una mujer?

—No se señala nada al respecto.

—Te dejo —finaliza Carmen la conversación, dejando a Jaime con la palabra en la boca,

nada más descubrir iluminada la pantalla del Nokia.

Carmen Puerto presiona el botón de encendido del dispositivo y lo coloca muy cerca de la Palm, en paralelo los dos puertos infrarrojos. Nerviosa, impaciente, accede al correo electrónico. Ha llegado el que estaba esperando.

Te va a salir barato el asunto, no hay nada de Osvaldo Cartagena, nada, como si se lo hubiera tragado la tierra. No información, no dinero, hay que ser justos, aunque me haya llevado su tiempo. Lo han ‘reseteado’, tenlo claro. De Juan Martos tienes un archivo. Lo siento.

La lectura del cuerpo del correo transmite una sensación agrídulce a Carmen, que esperaba contar con información privilegiada sobre los dos hombres. Aun así, no duda a la hora de abrir el archivo.

Multitud de referencias sobre empresas a las que está vinculado, de un modo u otro, movimientos bancarios en Gibraltar, Andorra y Costa Rica, ventas de acciones, propiedades, consejos de administración en los que figura, etc. Una amplia información que Carmen Puerto pasa de largo, interesada en saber dónde se encuentra en la actualidad.

Juan Martos dejó Venezuela en 2003, aunque ha vuelto de vez en cuando para atender y finiquitar sus negocios. En los últimos años ha vivido en Estados Unidos, Costa Rica, Panamá y España. Desde hace seis meses vive en Huelva, en Ayamonte. Es el pueblo en el que nació y donde aún viven algunos de sus familiares.

Nada más leer el nombre de la localidad, la escribe en la ventanita de Google. Un pueblo costero, en la orilla del Atlántico, alargado y blanco, que concluye en la frontera natural, con Portugal, paralelo a la desembocadura del Guadiana. Pasa de largo la Wikipedia, lee algunos datos de interés en la web municipal y selecciona el contenido de imágenes.

—No me imagino yo aquí a este tío —le dice a Karen, mientras pasea por las calles de Ayamonte con el puntero del ratón, tratando de imaginar dónde se encuentra Juan Martos.

Teclea *Ayamonte* junto a *Juan Martos* en la ventana de Google y no tardan en aparecer algunas referencias, la mayoría relacionadas con la celebración que le tenían preparada y que finalmente fue cancelada, en 2009. No hay informaciones recientes, las reseñas son escasas, apenas diez enlaces.

Jaime y Julia se encuentran en el portal del edificio en el que está la vivienda de Idoia Gaztelu, en la calle Larramendi de San Sebastián. Miembros de la Policía Judicial y de la Ertzainza los reciben nada más abandonar el ascensor, en la cuarta planta. Tras unos minutos de conversación con un inspector de la policía autónoma vasca, Jaime regresa junto a Julia.

—Tenemos diez minutos —le dice en voz baja.

—Habría que agradecerlo y todo —responde Julia, con ironía.

—Ya ves.

—¿La llamas tú? —le pregunta.

—La llamo —se ajusta el pequeño auricular, comprueba que el diminuto micrófono esté en el lugar adecuado y marca Jaime el número de Carmen Puerto—. Entramos —le dice nada más escuchar su voz.

—Estoy —responde, abre la libreta y enciende un cigarrillo.

Jaime y Julia, al acceder a la vivienda de Idoia Gaztelu, se encuentran en el salón con un

miembro de la Ertzainza cubierto por una bata blanca que se les queda mirando con gesto de incredulidad.

—¿Nos dejas? —le solicita Julia con semblante serio, casi desafiante.

—Habla con tu jefe —le indica Jaime con el dedo índice en dirección a la puerta.

El agente abandona la vivienda en silencio, cruzando su mirada con las de los dos agentes.

—Estoy hasta los cojones —resopla Jaime mientras ajusta el protector de plástico sobre los zapatos.

Ya solos, Jaime y Julia examinan las baldas, donde se apilan libros, deudevés y cedés, abren cajones, levantan cojines, en el amplio y luminoso salón blanco.

—Grupos raros —dice Jaime, mientras lee los lomos de los cedés.

—¿We Are Standars, Love of lesbian, New Reamon y Pauline en la playa son raros? —pregunta Julia.

Para un cateto como él, sí, piensa Carmen y calla.

Sobre una mesa redonda, en un rincón, se agolpan varias fotografías. Una Idoia niña entre sus padres, más fotografías de sus padres, en pareja e individuales; algunas más recientes de ella, trabajando en un despacho muy desordenado, montada en una antigua *Lambretta* azul y blanca, en la playa, etc.

—¿Y eso? —pregunta Jaime señalándole un cuadro en el que aparece el sombreado rostro de una mujer cubierta por un sombrero.

—No creo que con la infografía se gane como para pagar esto, regalo de papá —dice Julia, fija en un lienzo auténtico de Eduardo Arroyo, que ocupa la parte central de una de las paredes.

—¿Qué pasa? —pregunta Carmen.

—Tiene un cuadro de Eduardo Arroyo en el salón —responde Julia.

—Tampoco es para tanto. Pasta le sobra para eso y para más —le resta importancia Carmen, y Julia sonrío con ironía.

Jaime se detiene ante unas planchas de plomo que muestran unas difusas imágenes, dentro de una caja de madera con tapa de cristal en la parte superior.

—Así se hacían antes los periódicos —le aclara Julia.

—¿Nada de Venezuela o de culebrones? —pregunta Carmen, impaciente.

—De momento no —responde Jaime.

Julia se dirige al cuarto de baño y Jaime a la cocina. Siente debilidad por abrir los frigoríficos y descubrir lo que comen. No puede evitar acordarse de Carmen Puerto cada vez que lo hace. «Cuando era pequeña, cada vez que iba con mis padres a las casas de sus amigos o de familiares, lo primero que hacía era ver lo que tenían en la nevera. Solamente con eso puedes saber cómo son los que viven en una casa», le repetía en cada registro.

Brotos de soja, más de una docena de tarros con salsas diferentes, cervezas y vino blanco, pulpo y cecina envasada al vacío, pan de molde, varios paquetes de ensalada, huevos de campo, a tenor de su tamaño y color, diferentes tipos de queso y gelatinas de naranja en el interior del frigorífico de Idoia Gaztelu.

—No lo tenía muy claro —piensa Jaime en voz alta, a la vez que fotografía los alimentos.

Julia, por su parte, abre los cajones de un armario de aluminio y cristal en el cuarto de baño.

—Se dejaba una pasta en cremas y perfumes —dice, leyendo el nombre de las marcas de los diferentes frascos.

Se examina durante unos segundos en el gran espejo que hay sobre el lavabo. Le gustaría ver a Idoia, mientras se maquilla o secándose el pelo, pero se ve a ella misma. Se descubre más pálida y ojerosa de lo habitual. No le gusta lo que ve y apaga la luz de un manotazo.

—Este dormitorio es, más o menos, como la mitad de mi piso —proclama Jaime, cerca de la cama, frente a un descomunal ventanal del que cuelga una vaporosa y semitransparente cortina blanca, como el velo de un vestido de novia.

—Yo creo que es más grande que el mío —corroborra Julia, a su espalda.

Julia se dirige al vestidor contiguo y Jaime abre el plano y rectangular cajón de la mesita de noche. Encuentra varias cajetillas de cigarrillos a medias, de diferentes marcas, *Lucky Strike*, *Camel*, *Marlboro*, *Chesterfield*, *Nobel* ... No hay libros u otros objetos sobre la mesita de noche, solo una espigada y delgada lamparita de metacrilato que culmina en una especie de nube transparente.

En el vestidor, Julia encuentra elegantes y caros vestidos y zapatos, de *Valentino*, *MaxMara*, *Armani*, etc., así como muchos vaqueros, camisetas de algodón, botas de cuero negro, zapatillas para correr y varios sombreros y gorras.

—Esta tía trabaja por aburrimiento. Elegante e informal — dice Julia y fotografía el interior del vestidor.

—¿Todas las bragas son de la misma talla? —pregunta Carmen.

—¿Y eso? —reacciona Julia, sorprendida.

—Cosas mías.

—Ya, ya.

—Está *entacada* —no duda Julia en afirmar.

—Nos queda el estudio —dice Jaime.

—¿No vemos nada? ¿Ordenadores? —impaciente, los pensamientos en voz alta de Jaime y Julia le crispan, pregunta Carmen Puerto.

—En el estudio, un par de ellos, y un *Ipad* —responde Jaime desde la puerta de la habitación.

Jaime y Julia contemplan un estudio amplio, con aspecto de vacío, las paredes blancas desnudas, junto a la ventana un enorme tablero de cristal que descansa sobre dos trípodes de acero. Decenas de libros apilados en la parte final, un equipo de sonido con los altavoces en el suelo, una lámpara azul articulada, dos ordenadores portátiles, blanco y negro, sobre un pequeño sillón negro; decenas de ejemplares de *El Diario Vasco* en una esquina, cedés esparcidos sobre libretas, una impresora inalámbrica, y un *Mac* de 19 pulgadas. Junto al teclado, dos libros abiertos, deformados, las páginas contra el cristal.

—¡Coño! —exclama Jaime, nada más leer la portada de los libros.

—Dímelo, dímelo —exige Carmen.

—Estaba leyendo *A pesar de todo* y *La puerta del corazón* —no puede creer Julia lo que ve.

—¡Coño, coño, coño! —devorada por los nervios, se retuerce Carmen en el sofá, no sabe qué postura adoptar.

Jaime, con cuidado, tras cerciorarse de que no hay nadie cerca, coge las novelas y les da la vuelta, para descubrir por qué las ha dejado abiertas de esa manera. Tanto *A pesar de todo*, en sus páginas 66 y 67, como *La puerta del corazón*, en las 82 y 83, están completamente subrayadas buena parte de sus frases, numerosas palabras envueltas por circunferencias y multitud de anotaciones en los espacios en blanco.

—Necesito que lo fotografíes todo, todo —le exige, con urgencia, muy acelerada, Carmen Puerto a Jaime nada más escuchar el relato de su descubrimiento.

—¡Y también están dedicadas! —exclama Julia, al descubrir el autógrafo de los autores.

—¡No me jodas! —brama Carmen, presa de los nervios.

—*Para Idoia, gallega y amiga, nos seguiremos encontrando en el camino. Love* —lee Jaime la dedicatoria de Osvaldo Cartagena, sobre una firma retorcida.

—*Para mi amiga Idoia, espero que siempre tengas abierta la puerta. Un beso* —lee Jaime la dedicatoria de Rocío Altamirano.

—No os olvidéis de fotografiarlas —exige Carmen.

—*Esta frase se repite casi literalmente en el episodio 56 de Nueva ...* —aunque le cuesta reconocer la letra, puede leer Julia una de las anotaciones de Idoia, en la novela de Rocío Altamirano.

—Están las dos novelas subrayadas de arriba abajo —confirma Jaime, con *A pesar de todo* entre las manos y mirando el ejemplar de *La puerta del corazón* que sujeta Julia a su lado.

—Hay muchas anotaciones. Página 124, *cambia las marcas de los vehículos, pero mantiene sus colores* —lee Julia en voz alta.

—Idoia descubrió que la novela de Rocío es casi una transcripción de *Nueva en la ciudad* —piensa en voz alta Carmen, mientras se golpea los labios con el lápiz.

—Y, ¿qué apuntaba Idoia en la otra novela, en la de Cartagena? —pregunta Julia, que no cesa de fotografiar las páginas de los libros.

—Tuvo que descubrir algo que le llamó la atención —responde Carmen Puerto, con las dos novelas en las manos.

—Que Rocío Altamirano copió a Cartagena, creo que eso es lo que descubrió —titubea Julia, tras comenzar a leer una página de la novela de Rocío escogida al azar.

—Son historias diferentes —le contradice Carmen.

—No me refiero a la historia, al estilo, como si las dos novelas parecieran estar escritas por la misma persona —reflexiona Julia.

—No creo —niega Carmen sin convencimiento.

—Por lo poco que he leído... —insiste Julia.

—Fotografiarlas todas, todas, no os dejéis una sola página —cambia de conversación Carmen, con la vista puesta en el ejemplar de *A pesar de todo* que le acompaña sobre la mesa.

—En eso estamos —responde Jaime, con el teléfono móvil entre las manos.

Carmen crea una carpeta que titula *Libros Idoia* en el escritorio de su ordenador y comienza a descargar las primeras fotografías que le llegan a su *Iphone*.

—Espera, parece que viene alguien —dice Julia, en la puerta del estudio.

—Coño —se lamenta Carmen.

—Para, para —insiste Julia.

Ricardo Juárez, un inspector de la comisaría de San Sebastián, entra en el estudio.

—Los vascos han encontrado el cuerpo de Idoia —le dice.

—¿Dónde? —pregunta Jaime.

—Cerca de Itsasondo, en un caserío de la familia. Nos vamos —Ricardo Juárez, con un gesto, les indica que le sigan.

—¿Lo has escuchado? —pregunta Jaime con disimulo, acercándose a los labios del micrófono que le cuelga de la camisa.

—Sí.

VIERNES, 6 DE JUNIO DE 2014. 10.35 H.

Carmen Puerto escribe *Itsasondo* en la ventanita de Google y abre el programa pirata de cámaras de seguridad para comprobar si existe alguna en la localidad. Hay una, en el cajero de una entidad bancaria. Accede a ella, pero la imagen que le ofrece la considera irrelevante.

—Seguro que no ha ido hasta allí a sacar dinero —dice en voz alta nada más ver el cajero automático.

Busca en Internet una conexión entre Itsasondo y la familia Gaztelu y no la encuentra, ni por ascendencia familiar ni por otro tipo de vínculos. Sí intuye Carmen que hay algunas fotografías de la zona en su blog y en su cuenta de Twitter, imagina que tomadas desde el caserío, que aún sin ubicar o titular se parecen a las que puede ver en este momento en la pantalla. En las fotografías que encuentra en la Red, contempla una pequeña población, unos quinientos habitantes, con casas de piedra y madera, rodeada por verdes montañas y valles. Le transmiten a Carmen Puerto paz, sosiego, calma, las imágenes que observa.

Es como si las hubiera escrito la misma persona, las palabras de Julia se repiten en la interior de Carmen. En realidad, se trata del eco de un presentimiento propio. Aunque no las ha examinado en profundidad, apenas ha podido leer algunos fragmentos al azar, es una posibilidad que contempla. La hilera de adjetivos, los rodeos a la hora de expresar una idea, el tono meloso, edulcorado en multitud de ocasiones, el ritmo pausado, las personalidades de los personajes, se repiten en ambas novelas. También considera Carmen que Rocío Altamirano concibiera *La puerta del corazón* como un rendido homenaje a Osvaldo Cartagena, a los guiones de las telenovelas que había escrito. Incluso temáticamente, ambas novelas narran una historia de amor a pesar de las adversidades. En *Nueva en la ciudad* la de una chica joven, de origen humilde, que llega a la ciudad y se enamora de alguien que no se corresponde con su posición social, inalcanzable en cierto modo, y *A pesar de todo* cuenta la relación de una pareja que se conoce durante la infancia y los vaivenes que padecen a lo largo de los años.

—Esto es pasado: Ayamonte, Ayamonte, Juan Martos, Juan Martos —se repite Carmen Puerto, convencida de la dirección a seguir, a modo de terapia, como si no pudiera arrancar las novelas de su cabeza—. ¿Tú qué dices? —se gira y le pregunta a la Karen que sonríe en la pared.

- Acompañados del inspector Juárez, que conduce el vehículo, Jaime y Julia se dirigen a Itsasondo. Circulan por una carretera que es una espada grisácea en mitad de una frondosa y resplandeciente alfombra verde, ondulante en su trazado. Mientras Juárez informa a Jaime sobre los detalles más relevantes del descubrimiento del supuesto cadáver de Idoia Gaztelu, Julia examina en su *Ipad* las fotografías tomadas a las novelas subrayadas de Osvaldo Cartagena y Rocío Altamirano. Los círculos y las anotaciones de Idoia inciden en la evidente similitud entre la telenovela, *Nueva en la ciudad*, y la novela de Rocío Altamirano, *La puerta del corazón*, así como la evidente similitud estilística de ésta con *A pesar de todo*, la primera y única obra que ha publicado, hasta el momento, Osvaldo Cartagena.

Se sentía como una vela en su encuentro con el viento: dominada, señala Idoia Gaztelu en la novela de Osvaldo Cartagena, y a continuación anota: *ver pág. 89 de Altamirano*. *Su vida era como la vela de un barco, siempre dominada por el viento*, lee Julia.

Tras cuarenta minutos de trayecto desde que abandonaron la vivienda de Idoia Gaztelu, y tras dejar a la izquierda Itsasondo, comienzan a atravesar un valle de un verde abrumador,

con caseríos difuminados hasta donde se pierde la vista. Después de un último desvío y de recorrer ochocientos metros por un camino de tierra, el coche se detiene junto a un caserío rodeado por unos muros ocultos por la frondosa y anárquica hiedra que los cubre, con dos vehículos de la Ertzainza aparcados en el exterior. Bajo la entrada con puerta de arco, los esperan dos agentes uniformados. En compañía de estos acceden al interior de la vivienda, donde se encuentran tres miembros de la policía judicial.

—Parece que no han llegado estos... —le susurra Jaime a Julia.

—Llegarán, llegarán —responde Julia—. ¿Has llamado a ésta?

—Ahora mismo—. Con disimulo, se coloca Jaime el pequeño micrófono junto al primer botón de su camisa—. Entramos —, le indica, nada más escuchar su voz.

—¿Estáis solos? —pregunta Carmen, abre el paquete de *Cutters Choice* y comienza a liarse un cigarrillo.

—Más bien no.

La planta baja del caserío es una zona amplia, de paredes blancas en las que sobresalen los antiguos pilares de piedra, con multitud de cuadros, la mayoría abstractos, con una inmensa chimenea en el frente, así como una mesa rectangular de madera vieja, primorosamente restaurada, con redondos clavos de hierro negro en los extremos y rodeada de recias sillas con un aspecto similar. Un agente cubierto por una inmaculada bata blanca, muy alto, la cabeza completamente rapada, la nariz y la boca cubierta por una mascarilla igualmente blanca, les indica que le sigan hacia la planta superior. Lo hacen a través de una escalera de madera y peldaños de losas de barro oscuro.

—¿Podremos quedarnos solos? —le pregunta Jaime a Ricardo Juárez.

—Según les dé.

—Inténtalo —le pide Jaime al tiempo que le aprieta el antebrazo con su mano derecha.

—Haré lo que pueda —responde Juárez esquivando su penetrante mirada.

La planta superior está abuhardillada, el techo exterior, a dos aguas, compone una estructura de aspecto triangular, iluminada por una ventana redonda, en la parte final, sobre una cama blanquísima, en su cabecero así como en el edredón que la cubre. A los pies de la cama, bajo una lámpara de tulipas blancas, dos cubas azul marino parcialmente abiertas; las tapas negras reposan cuidadosamente sobre los bordes, dejando una parte de las bocas al descubierto. El agente de bata blanca les entrega unas mascarillas, guantes y protectores para los zapatos en el momento que se disponen a acercarse a las cubas.

—¿Ácido, no? —pregunta Jaime.

—Eso es —responde el agente.

Jaime, con una mirada, le indica a Ricardo Juárez que hable con el agente que les acompaña. Lo toma de un brazo y lo dirige hacia la ventana circular. Tras unos segundos de conversación, acompañado de Juárez, regresan a la planta baja.

—Me ha sorprendido —le dice Jaime a Julia.

—¿Sí?

—No tenía muchas esperanzas, la verdad.

Julia apoya sus manos cubiertas por los guantes de látex en la curvilínea superficie de la cuba de la derecha para comprobar su temperatura.

—Debe llevar aquí más de 36 horas, no está ni templado el recipiente —de reajo, mira hacia el interior y descubre un líquido denso y rojizo, como una inmensa gelatina sin una tonalidad uniforme.

—Menos mal que nos dio las mascarillas —dice Jaime con los ojos enrojecidos, afectado por el gas que desprende el ácido.

Julia comienza a enviarle las primeras fotografías a Carmen Puerto cuando escucha su voz por el auricular:

—Buscad libros.

—No creas que hay mucho donde buscar —responde Julia.

A pesar de la amplitud de la habitación abuhardillada, la ausencia de mobiliario es su principal característica. Compuesto por una mesita de noche, un armario de dos puertas y un tocador con tres cajones en la parte inferior y espejo en la superior, además de la blanquísima y mullida cama.

—En el armario nada, algunos chándal, un par de impermeables, poco más. Los cajones están vacíos y en la parte de arriba no hay nada —dice Jaime, de puntillas, a la vez que recorre con sus dedos enguantados el techo del armario.

—En la cómoda solo hay sábanas y algunos camisones —dice Julia, en cucullas, ante los cajones abiertos.

—Nada en la mesita —añade Jaime.

—¿Y en la cama? —pregunta Carmen Puerto.

Jaime apoya las rodillas sobre el suelo de madera y revisa debajo de la cama.

—Nada.

Julia, tras acercarse a la escalera para cerciorarse de que nadie la está subiendo, levanta con cuidado el esponjoso edredón blanco. En el centro del colchón, perfectamente colocado, encuentra un cuaderno de alambriño, con transparentes pastas de plástico.

—¡Qué coño es esto! —exclama Jaime nada más verlo.

—¿Qué pasa? —de un salto, Carmen Puerto se pone en pie.

—Hay un cuaderno —responde Julia.

—¿Un cuaderno?

—*El amante anónimo* ... de Osvaldo Cartagena —repite Jaime en voz alta lo que lee en la portada con esfuerzo, ya que las letras están difuminadas.

—¡Una novela, qué coño es, hablad hostia! —exige Carmen, fuera de sí, gira sobre sus propios pasos en el centro del salón.

—No, no, no parece una novela, parece un guion, unos apuntes, no sé... —responde Julia tras arrebatarle el cuaderno a Jaime y comprobar que, tal y como sucede en la portada, la mayor parte de las páginas son ilegibles, como si hubieran pasado un tiempo sumergidas en agua.

—Muy pocas las páginas mecanografiadas, unas diez, tiene muchas anotaciones a mano, correcciones parecen, pero no se puede leer casi nada —dice Jaime, junto a Julia, que pasa las páginas a toda velocidad, propiciando que varias fotografías, escondidas en su interior, caigan sobre la cama.

—¿Y estas fotografías? —pregunta Julia, tan sorprendida como su compañero.

—¡¿Fotografías, qué fotografías?! —fuera de sus casillas, exige Carmen una rápida respuesta.

—Creo que son de Luz Márquez, de su cadáver...

—Congelada, mírale los labios —apostilla Julia, con una de las fotografías en sus manos. En ella aparece, completamente desnuda, Luz Márquez, el cabello de un rubio pálido, aplastado contra la cabeza, los labios amoratados, las mejillas contraídas, los pezones

puntiagudos.

—Cogedlo todo —les ordena Carmen, que rompe el papel de fumar cuando trata de liar un cigarrillo.

—Sabes que no podemos —le advierte Julia.

—Que lo cojáis —insiste Carmen.

—No lo vamos a coger, nada de eso —sentencia Jaime.

—¡Que lo cojas te he dicho, yo asumo toda la responsabilidad! —imperativa Carmen, muy nerviosa.

—No.

—¡Hazlo, que lo cojas ya y te lo guardes! ¿No te das cuenta de que podemos tener todas las respuestas? —grita tanto Carmen que Jesús, abajo en la peluquería, puede escucharla.

—¿Qué pasa por ahí, coño? —pregunta el cliente al que le repasa las patillas.

—No sé, los vecinos de enfrente que chillan de lo lindo

—responde Jesús, al tiempo que eleva el volumen de la radio.

—Escúchame, Carmen, vamos a tratar de fotografiarlo todo, pero no nos vamos a llevar nada, vamos a seguir el procedimiento, ¿entendido? —le responde Jaime a Carmen, con la mayor serenidad que es capaz de mostrar—. Parece mentira la mala memoria que tienes.

—Funcionarios de mierda —esuce Carmen.

—Hablamos —da Jaime por concluida la conversación pulsando el icono de fin de llamada.

—¡Jaime, Jaime, Jaime! —no escucha los gritos el policía, pero sí Jesús en su peluquería, abajo.

¿Quién será Jaime?, se pregunta.

Carmen teclea en el ordenador *El amante anónimo Osvaldo Cartagena* y solo encuentra una referencia que contenga todas las palabras. Se trata de un artículo publicado en febrero de 2008, en un blog especializado, *mundonovela.com*, en el que se recuerdan algunas de las estrellas más relevantes de las telenovelas en los últimos años. En el mismo se abordan las trayectorias de Catherine Fulop, Carlos Mata, Julie Restifo, Carolina Perpetuo, Ana Sosa o Luz Márquez. De esta última, Carmen Puerto lee: *Su carrera interpretativa fue tan intensa como breve. Solo la muerte pudo acabar con su trayectoria. Siempre de la mano de Osvaldo Cartagena, creador de todas sus telenovelas, Luz Márquez fue una actriz de una gran belleza y con un evidente poder de seducción ante la cámara, a la que sabía enamorar con solo una mirada. Sus admiradores se contaban por miles, por lo que para muchos la noticia de su muerte fue la historia de un amante anónimo que no supo aceptar la realidad, más allá de la metáfora. Indeseado y trágico final de una actriz predestinada a brillar como pocas en el mundo de la telenovela.*

Sus admiradores se contaban por miles, por lo que para muchos la noticia de su muerte fue la historia de un amante anónimo que no supo aceptar la realidad, más allá de la metáfora, lee Carmen Puerto varias veces este fragmento, que le ha llamado especialmente la atención.

—No tiene sentido —razona—. Lo del *amante anónimo* está metido con calzador, no pega nada, muy raro, *que no supo aceptar la realidad*, ¿qué realidad? —y no puede evitar pensar en los falsos anuncios de prostitución aparecidos en la web de *Milanuncios.com*.

—¿Más allá de la metáfora? ¿Qué coño es eso? —incrédula, se pregunta.

Firma el artículo *IG*, que a Carmen Puerto la traslada, inevitablemente, evidente

razonamiento, a Idoia Gaztelu. Busca en la web de *mundonovela.com* otros artículos firmados por IG y encuentra cinco más, en los que no aparecen citados ni Osvaldo Cartagena ni Luz Márquez. En estos post, IG aborda las telenovelas desde una perspectiva social, como reclamos publicitarios, analizando su vertiente económica o trazando sucintamente la aportación de RTCV al respecto, desglosando algunos de sus mayores éxitos. La web, todavía activa, comprueba Carmen que la última actualización tuvo lugar el 26 de mayo de 2014, permite a los lectores comunicarse con los firmantes de los artículos. La dirección de correo electrónico de IG es igtelenovelas@mundonovela.com. Desde una de sus cuentas falsas de correo, carmenpd68@gmail.com, le escribe:

Hola, he descubierto tus interesantes artículos, muy lúcidos, y me gustaría contactar contigo. Estoy realizando una tesis doctoral sobre la influencia de las telenovelas en nuestros hábitos culturales y sociales y estoy convencida de que tus conocimientos me pueden resultar de gran ayuda. Muchas gracias. Repasa el cuerpo del mensaje y lo envía, convencida de que no obtendrá respuesta alguna. Al acceder al blog de Idoia Gaztelu, con la intención de buscar alguna referencia de IG o de *Mundonovela.com*, descubre sorprendida que se ha actualizado.

¿Una fatal casualidad?, es el título del post, que se ha publicado hace treinta y cinco minutos, a las doce y cuarenta y ocho minutos. Bajo la portada de la novela de Rocío Altamirano, *La puerta del corazón*, Carmen puede leer: *La única novela de Rocío Altamirano, la víctima sevillana del que se conoce como el ‘Amante Ácido’, es la versión novelada de ‘Nueva en la ciudad’, una de las telenovelas que escribió el venezolano Osvaldo Cartagena para su compatriota, la actriz Luz Márquez. No es la única coincidencia entre Altamirano y Cartagena.*

—¡Coño, coño, coño! ¿Y esto qué mierda es? —no puede creer Carmen Puerto lo que lee.

Necesita un capuchino, necesita un cigarrillo, necesita un poco de chocolate y, sobre todo, necesita saber cómo va a gestionar este nuevo hallazgo. A toda velocidad, sin saborear, satisface su ansioso deseo de capuchino, chocolate y tabaco. A continuación, consciente de que la actualización del blog de Idoia Gaztelu no tardará en conocerse, marca el teléfono de Jaime.

—Dime —le responde con tono serio, premeditado, muy reciente el enfrentamiento que mantuvieron tras el descubrimiento del guion de Osvaldo Cartagena en el caserío de Idoia Gaztelu.

—¿Dónde estás? —le pregunta.

—De regreso a San Sebastián —acaba de leer Jaime en una señal que se encuentran a 12 kilómetros.

—Acaba de actualizarse el blog de Idoia, hace menos de una hora.

—¿Qué coño dices? —reacciona Jaime, que se reincorpora en el asiento trasero del vehículo.

—¿Qué pasa? —pregunta Julia, mientras le agarra el brazo.

—Que se haya actualizado no es tan relevante. Las entradas de los blog se pueden programar. Lo que es la hostia es sobre qué ha escrito Idoia —dice Carmen, con la vista fija en el blog.

—Dime, coño.

—Sobre la novela de Rocío Altamirano. Miradlo.

—Julia, ve al blog de Idoia —le indica Jaime.

—Jaime, que se pongan ya, pero ya, que vean si lo hizo ella o han hackeado el blog, es muy importante, y si pueden, que yo creo que podrán, que eliminen la entrada ahora mismo, es muy importante —le ordena Carmen a toda velocidad.

—Si sigue activo el blog de Asunta...

—¡Que lo bloqueen, coño! —repite enérgicamente.

—Joder, la novela de la sevillana —resopla Julia nada más acceder al blog de Idoia Gaztelu.

—Esto se nos va de madre —se muestra pesimista Jaime, fijo en la pantalla que le muestra Julia.

—Todo lo contrario —replica Carmen.

—¿Tú crees?

—Mientras más se asomen, antes les pillaremos la nariz.

—Si tú lo dices —no desprenden las palabras de Jaime similar seguridad.

—Jaime, escúchame —abre Carmen la libreta por la última página que escribió—, hablado con los compañeros del periódico, con alguien tenía una relación especial. Por lo que he visto en sus redes sociales, interactuaba frecuentemente con Begoña Aguirre, una redactora de la sección de Cultura; por el tono que emplean, debían tener bastante confianza.

—OK.

—¿Tenemos ya el listado de sus llamadas de teléfono, el historial de su ordenador? Vamos tarde —pide Carmen, sin apartar la vista de la libreta—. ¡Y no me ha llegado la grabación de Javier Loiza! —insiste.

—¿No?

—No, mándamelo con todo lo demás.

—Te lo mandamos.

—¿Sabemos algo de los restos encontrados en el dedo? ¿Es un dedo de mujer? Y diles que miren bien en las cubas y en el cuaderno con el guion de Osvaldo Cartagena, seguro que nos llevamos alguna sorpresa. Que analicen las fotografías de Luz Márquez, si se trata de un revelado reciente. Nos mostrará un camino —calla Carmen repentinamente, insegura de la conveniencia de seguir hablando.

—Dime, qué me ibas a decir —le anima Jaime a proseguir.

—Aunque sean muchas, deberían registrarse el resto de propiedades, puede que encontremos nuevas pistas —improvisa Carmen sobre la marcha, con lo primero que se le pasa por la cabeza.

—Sí, yo también lo tenía pensado —corroborra Jaime. Conoce perfectamente a Carmen y sabe que no era eso lo que le pensaba decir.

—Tenemos tarea.

Puesta en pie se dirige hacia las bañistas que pasean entre las dunas de esa playa que no aparece.

—Karen, ¿qué hacemos ahora? —le pregunta a la fotografía sin girarse a mirarla, fija en el cuadro de Alex Katz que cubre el montacargas.

Se acerca a la mesa y lía un cigarrillo.

—Yo creo que tú piensas lo mismo que yo, ya toca hacer lo que hay que hacer, ¿verdad? —en esta ocasión sí se dirige a Karen.

Imprime las fotografías del cadáver congelado de Luz Márquez. Las examina con detalle, como si en su palidez, en sus labios y ojeras azulonas o en sus músculos tensionados se

escondieran un mensaje o un nombre ocultos. Después de tantas horas contemplando a una Luz Márquez rebosante de vida, espléndida en todos los sentidos, bella y sonriente, le impresiona enfrentarse a esta Luz congelada, inerte, que parece otra mujer, completamente diferente.

A pesar de estar plenamente convencida del siguiente paso a dar, lastrada por sus últimos errores, el caso de Marcia vuelve a estar muy presente a pesar del tiempo transcurrido, Carmen vuelve a repasar todas sus anotaciones y archivos creados hasta el momento, como si necesitara autoafirmarse. Repasa todos los datos que hasta el momento posee de Verónica Caspe, Javier Loiza, Lucía Sánchez, Rocío Altamirano, Koldo e Idoia Gaztelu, Elvira Tapia, Osvaldo Cartagena y, especialmente, de Luz Márquez y Juan Martos.

—*Él supo de memoria el sendero de cruces funerarias* —recita Carmen Puerto, y con el lápiz se golpea la barbilla.

Visita de nuevo el blog de Idoia Gaztelu, imprime las fotografías que le han enviado del guion de *El amante anónimo* de Osvaldo Cartagena, encontrado en la cama, junto a lo que se suponen sus restos, sumergidos en ácido sulfúrico. Aunque amplía las páginas fotografiadas todo lo que le permite el programa de edición, la mayoría de las palabras y buena parte de las anotaciones a mano le es imposible leerlas, borradas por la humedad. *Coleccionista, fotografías, series... actriz muy... conoce admirador... relación muy... hombre mayor... besote para mi amigo... flores los meses... Óscar... cartas amor... juegos... Lisboa... juegos en la distancia... Sofía... desengaño...* Aunque la lectura no es como ella deseara, a trompicones, Carmen Puerto está convencida de que *El amante anónimo* es el bosquejo de la historia de amor, o tal vez sea más correcto emplear el término seducción u obsesión, incluso, entre una famosa actriz y su admirador anónimo. Lo que no termina de comprender Carmen es que, a tenor de las escasas palabras que ha podido leer, en esta ocasión Osvaldo Cartagena crea para Luz Márquez otro tipo de papel, muy diferente a los anteriores, o eso intuye. De hecho, ha podido comprobar Carmen que los personajes creados por Osvaldo Cartagena para Luz Márquez con el paso de los capítulos se van agriando, la candidez inicial se va transformando en una maraña de intereses y de miradas oblicuas.

Anota *Óscar* y *Sofía* en su libreta primero y, a continuación, junto a *Venezuela* en la ventanita de Google.

—Agua, agua, agua —comenta tras leer las primeras referencias.

En la anotación que mejor ha resistido la humedad, Carmen puede leer: *Casa de Óscar: mansión muy blanca, estilo colonial, con multitud de palmeras en la entrada, piscina y cancha de tenis*.

Teclea en el buscador: *mansión Juan Martos*. Y aparecen referencias sobre la boda de Luz Márquez y Juan Martos, que en realidad se celebró en Maracaibo y no en Caracas. Recupera Carmen las imágenes que guardó en un archivo y trata de encontrar una representación física de la descripción que acaba de leer. Las únicas fotografías en las que aparece la mansión corresponden a un reportaje «robado» que muestra la salida de Luz Márquez en un lujoso deportivo rojo, parapetada tras unas enormes gafas negras. Juan Martos nunca concedió ningún reportaje o exclusiva de su residencia, tampoco Luz Márquez la utilizó para tal motivo, en la multitud de apariciones que protagonizó en las revistas del corazón.

Accede Carmen Puerto a una de sus cuentas de Twitter y busca noticias relacionadas con las *Google Glass*. Encuentra un tuit en el que aparece un enlace en el que se pueden

conseguir las gafas en España. Pincha el enlace cuando recibe la llamada de Jaime.

—En cinco minutos nos vemos con Begoña Aguirre, la redactora de Cultura con la que tenía una excelente relación Idoia Gaztelu —le dice mientras desciende del automóvil camuflado, *K*, en la puerta de la comisaría, en la calle José María Salaberría.

Julia camina unos metros atrás, actualiza las ediciones digitales de los periódicos en su *Ipad*.

—¿Alguien da ya lo del blog? —pregunta Jaime, y con la mano tapa el censor del ascensor, mientras espera la llegada de Julia.

—De momento no.

—No tardarán.

—No te quepa duda, Jaime, esto va camino de culebrón, nunca mejor dicho. Lo que espero es que no sea el cabrón de Ginés el primero.

Recorren un pasillo estrecho por las hileras de archivadores que se apilan a ambos lados y acceden a un despacho pequeño y oscuro, sin ventanas al exterior y carente de decoración. Dos sofás, dos sillas y una mesa de tablero gris. Nada más entrar les indican que Begoña Aguirre está a punto de llegar.

—Empezamos —le dice Jaime al pequeño micrófono que lleva junto al cuello, al escuchar las pisadas que se acercan.

—Ok —responde Carmen, se coloca los auriculares y enciende un cigarrillo.

Begoña Aguirre es una mujer muy delgada, baja de estatura, rostro cincelado por facciones rectilíneas, muy pronunciadas, cejas y cabello muy negros. Tiene los ojos enrojecidos, como si hubiera estado llorando hasta hace muy poco o como si padeciera una alergia.

—¿Ya han encontrado a Idoia? —pregunta Begoña nada más estar frente a Julia y Jaime, muy nerviosa.

—No podemos informarle al respecto —protocolario, se limita a responder Jaime, y le ofrece tomar asiento.

—Están diciendo que ha aparecido su cuerpo —insiste la periodista, que busca en los ojos de Jaime y Julia una respuesta.

—Son rumores.

—También se hablaba de rumores con las otras mujeres y acabaron...

—Estamos haciendo todo lo que podemos.

—Por eso es fundamental que colabore con nosotros.

—Desde que no apareció ayer por la mañana supuse que algo le había sucedido, que no me respondiera a los mensajes y no verla en su despacho... —Begoña Aguirre se cubre los ojos con las manos y Julia le acerca un vaso de agua.

—¿Rollo bollo? —pregunta Carmen, provocando una reacción dispar. Mientras Julia fabrica un gesto de desprecio, Jaime trata de mantener la compostura y de no proyectar ninguna expresión que lo pueda delatar.

Esa es Carmen, piensa.

—Que comprueben en su casa si hay bragas de varias tallas —prosigue Carmen. No bromea. Julia arquea las cejas, sorprendida.

Begoña Aguirre bebe agua con esfuerzo, como si se tratara de alcohol de alta graduación, y trata de recomponerse ante la atenta mirada de la pareja de policías.

—Comprendemos que todo esto es muy duro, por eso necesitamos tu colaboración. ¿Sabes si Idoia recientemente había conocido a alguien? Y no necesariamente en persona,

físicamente, ya sabes, si se escribía con alguien diferente a sus contactos habituales. A lo mejor te pudo comentar algo —le cuestiona Jaime, que ha tomado asiento en la silla que hay al lado de la periodista.

—Idoia se seguía escribiendo con amigos de Venezuela, con compañeros de estudios, familiares, pero no le recuerdo ninguna cita con nadie... nuevo —habla muy despacio Begoña, como si se pensara mucho las palabras.

—Rollo bollo, confirmado —vuelve a intervenir Carmen Puerto, que ha comenzado a liar un cigarrillo—. Preguntadle por los libros directamente, seguro que los conoce —les indica.

—¿Te comentó algo de un libro, de una novela que estuviera leyendo últimamente? —le pregunta Julia, para sorpresa de Carmen y Jaime.

—¿Una novela? —se muestra Begoña igualmente sorprendida—. Sí, sí. El otro día, el lunes o el martes, casi se pasó la noche sin dormir leyendo la novela de esta chica sevillana que tam... ha sido asesinada —no duda en responder.

—¡Coño, preguntadle que de dónde la sacó! —exclama Carmen Puerto, puesta en pie.

—*La puerta del corazón* —pronuncia Julia el título.

—Esa, sí.

—¿Y ese repentino interés? —pregunta Julia para enfado de Carmen, que insiste en la necesidad de saber cómo la consiguió.

—Seguramente por la noticia, no sé, me llegó a decir que hiciera algo para el periódico —relata Begoña.

—¿Algo, por? —pregunta Jaime.

—¿Nadie va a preguntar dónde la consiguió? —repite Carmen, y Julia y Jaime se miran durante un segundo, tentados de interrumpir la comunicación.

—¿Cómo consiguió la novela? —por fin pregunta Julia.

—La tenía ya —responde Begoña, sorprendida por el interés de los policías por las lecturas de Idoia.

—¿La tenía? —Jaime, igualmente sorprendido, pregunta.

—Sí, desde hace dos o tres años, creo recordar. Se la envió la propia autora.

—¡¿Se conocían?! —alterada, pregunta Carmen Puerto.

—¿Se conocían? —al unísono, también pregunta Julia.

—No personalmente, a través de correo electrónico y puede que de Facebook, pero nunca se llegaron a ver, o eso creo.

—¿Cómo sucedió? —se interesa Jaime.

—A Idoia le gustaba... le gusta mucho una novela de un escritor venezolano, un tal Cartagena. Su blog personal lleva el título de su novela. Por lo visto también le encantaba a esta chica de Sevilla, descubrió el blog y se puso en contacto con ella —relata Begoña Aguirre muy despacio, hurgando en su memoria.

—Necesitamos ya los correos y el listado de llamadas, pero ya —exige Carmen muy excitada, no deja de anotar en su libreta. Accede al perfil de Facebook de Idoia Gaztelu y comprueba que, efectivamente, era «amiga» de Rocío Altamirano.

—¿Tres años?

—Sí, sí, y no comenzó a leerla hasta que no fue asesinada, puede que fuera por eso, porque recordó el nombre, no sé.

—¿Te contó algo Idoia de la novela de Rocío Altamirano? — la interroga Jaime, muy fijo en sus ojos.

—Me dijo que la novela era entre un plagio y una imitación, que plagiaba no sé cuál culebrón que en Venezuela había sido muy famoso y que imitaba descaradamente el estilo de Cartagena. Me lo repitió varias veces, la verdad, como si estuviera enfadada por eso, afectada incluso. Me llegó a decir que publicara algo en el periódico —repite Begoña Aguirre.

—Le pedimos que, de momento, no lo haga —le solicita Jaime.

—No tenía pensado hacerlo.

—Preguntadle si conoció a Cartagena —ordena Carmen con un cigarrillo en los labios, mientras escribe en mayúsculas: *PLAGIA E IMITA* .

—¿Conocía Idoia a Cartagena? —pregunta Julia, con los ojos afilados.

—Sí, lo conoció en Venezuela, en la tele en la que trabajó durante un tiempo —responde Begoña, y a Carmen le sorprende la información que posee y que a ella le ha costado tanto tiempo y esfuerzo conseguir.

—¿Volvieron a tener contacto tras instalarse en España? — se adelanta Julia a la pregunta que Carmen ya estaba a punto de formular.

—No, no, de ningún tipo, que yo sepa. Idoia lo conoció en Venezuela, pero solo eso, se lo cruzó alguna vez por los pasillos de la tele, le dedicó el libro y poco más, no fueron amigos ni nada parecido —se piensa Begoña las palabras antes de continuar—. Idoia me comentó en una ocasión que se llevó una gran decepción cuando lo conoció, que era un tipo muy extraño, muy arisco; a pesar de eso su novela era como su libro de cabecera. Me habló tanto de él que tuve que leerlo, pero a mí no me pareció tan deslumbrante, la verdad.

Carmen Puerto no cesa de anotar en su libreta. Cuando no lo hace, rompe con su promesa y se muerde las uñas. Una alerta en la pantalla del ordenador reclama toda su atención. No se trata de una ventanita de chat, Pedro Ginés acaba de escribir un nuevo tuit en su cuenta de Twitter.

El blog de Idoia Gaztelu se acaba de actualizar con un post sobre la mujer asesinada en Sevilla por #AmanteÁcido , ha escrito y a continuación añade, en formato abreviado, el enlace con la citada entrada.

—¡Su puta madre! —grita Carmen.

Nada más acceder al blog de Idoia Gaztelu, Carmen Puerto comprueba que las visitas se han multiplicado, que en unos pocos minutos se contarán por miles, que no tardará en aparecer la noticia en la edición digital de los periódicos.

En tanto, por los auriculares escucha cómo Jaime y Julia se despiden de Begoña Aguirre, que les ha aportado más información de la que podrían haber vaticinado previamente.

—Bueno, no ha estado mal —dice Jaime, una vez que la periodista ha abandonado el despacho.

—Os dejo —se despide Carmen Puerto.

—Tan educada como siempre —musita Julia.

—Quien nace lechón... —Jaime sonríe.

El reloj de la pantalla del ordenador le muestra a Carmen Puerto que solo quedan ocho minutos para que Jesús cierre la peluquería, 13.52. Conecta la pequeña cámara de la entrada al ordenador, eleva el volumen a su nivel máximo, 100, y de dos zancadas se planta en la cocina. Considera que ha llegado el momento de realizar la llamada, hablar con *Jefe* y convencerle de mantener una entrevista con Juan Martos. Es consciente de que no le resultará fácil conseguirlo, por muy diferentes motivos, necesita argumentos convincentes,

irreprochables. Argumentos que le hagan creer que la única dirección a seguir es la que ella señala y que apunta a Luz Márquez y, por tanto, a Juan Martos.

De nuevo en el salón, Carmen lía un cigarrillo sin apartar la mirada de la pantalla. Karen, como siempre, sonrío a su espalda. No tiene que esperar más de dos minutos hasta ver la imagen de Jesús en la pantalla. Nada más agacharse para girar la llave en el cerrojo de la cancela metálica, vuelve a ponerse en pie. Inquieto, nervioso, como si se tratara de algo que lleva esperando mucho tiempo, busca su *smartphone* en el bolso azul.

—Diga, diga —puede escuchar Carmen la voz, aguda, quebradiza, de Jesús.

Sin cortar la comunicación, y antes de volver a repetir «diga» varias veces más, vuelve a comprobar en la pantalla que se trata de un número *anónimo*. Cree escuchar Jesús en el silencio de la conversación un tintineo metálico, como el de una campana en la lejanía. A pesar de no obtener respuesta, no da por concluida la conversación hasta que no lo hace quien lo ha llamado. Carmen Puerto sigue la *no* conversación de Jesús puesta en pie, a menos de medio metro de la pantalla.

—¿Qué coño le pasa a éste últimamente? —se pregunta en voz alta, acostumbrada a lo largo de los años a un Jesús continuista, rutinario, plano, repetitivo en sus horarios y movimientos.

Jesús, frente a la entrada de la peluquería, revisa en el registro de llamadas si ha quedado anotado el número del teléfono que ha aparecido en la pantalla como anónimo.

—¿Qué haces ahí? —le pregunta una voz con marcado acento sevillano, da por hecho Carmen que procedente del bar de la esquina.

—Nada, nada, mirando una cosa en el móvil —responde Jesús y sonrío.

Pero no es su sonrisa de siempre, piensa Carmen.

Vuelve a agacharse, gira la llave en la cerradura inferior, por fin cierra la cancela, y Jesús desaparece del plano que recoge la pequeña cámara de la puerta. Ha tenido tiempo Carmen de grabar la salida de Jesús. Vuelve a contemplarlo, amplía su rostro todo lo que le es posible.

—¿Le habrán pegado? —se pregunta, mientras examina las heridas de la cara con mayor detenimiento—. ¿Tú qué dices?

—interroga a Karen, que se limita a sonrío.

Una ventanita de chat se abre en la pantalla del ordenador.

—¿Ya te has preparado el almuerzo?

Se piensa la respuesta Carmen, porque en realidad aún no ha pensado qué va a comer.

—¿Propuestas? —escribe.

—Espárragos a la plancha y un buen filete.

—Mándame los espárragos, el filete se lo regalo a tu colesterol.

—Un buen chuletón, muy rojo, nada de colesterol.

—Todo lo rojo es sano, es cierto, salvo en versión cadáver.

Da por concluida Carmen la conversación en el chat y cierra la ventanita. Lee de nuevo la última entrada en el blog de Idoia Gaztelu, retumban en su cabeza las palabras de Begoña Aguirre: *imitación, plagio, estilo*. Plenamente convencida del paso que va a dar, marca el número de *Jefe*.

—Dime —para sorpresa de Carmen, responde al segundo tono de llamada.

—El blog de Idoia se ha actualizado. Ginés ya lo ha sacado. Vincula directamente a Rocío Altamirano con Osvaldo Cartagena. La propia Idoia lo conoció cuando estuvo en Venezuela

—le dice.

—¿Y? —cortante, le cuestiona *Jefe* .

—La dirección está más que clara. Debemos vernos inmediatamente con Juan Martos. Ha vuelto a España, está en su pueblo, en Ayamonte, a unos pocos metros de la frontera con Portugal —comunica Carmen, desconcertada por la frialdad que le transmite el teléfono.

—Juan Martos no es un cualquiera, como tampoco lo es Idoia Gaztelu —se limita a decir *Jefe* .

—Ya lo sé. Pero eso no impide que pueda y deba colaborar con nosotros. Tal vez sea el más interesado en esclarecer este asunto. En realidad todo gira en torno a su mujer, no creo que eso le agrade mucho. Y, además, ten en cuenta a Ginés, ya posee, prácticamente, la misma información que nosotros. No dudes que esta misma noche lo veremos en televisión, o puede que antes. Y a ese lo de un país seguro, la Marca España y lo del nuevo Rey le importan un carajo, audiencia, audiencia, carne fresca —se esfuerza Carmen por ser convincente, aunque tiene la impresión de que no ha hilvanado sus argumentos como tenía previsto.

—Déjame que lo vea... —responde *Jefe* .

—Ten en cuenta que no tenemos mucho tiempo —le advierte Carmen.

—Lo sé.

Carmen Puerto cierra el puño escenificando victoria, resopla con brusquedad. Conoce perfectamente a *Jefe* y sabe que, al menos, ha conseguido hacerle dudar. A continuación, como si cumpliera con los pasos de una estrategia previamente planeada, de hecho sucede así, accede a un portal de Internet especializado en la venta de productos tecnológicos. Escoge las *Google Glass* y selecciona la entrega urgente, en menos de seis horas si «reside en la Comunidad de Madrid».

—Necesito la dirección de tu casa —le pide a Jaime nada más atender la llamada.

—¿Para qué? —pregunta, desconfiado.

—Para que te envíen una cosa —no precisa Carmen.

—¿El qué?

—Algo que nos vendrá muy bien —escueta, conocedora de la más que probable primera reacción del inspector.

—¿Una máquina de la verdad, un registro de ADN? —pregunta con ironía. Julia, a su lado, no entiende nada.

—Mucho mejor —repite Carmen mientras anota la dirección que Jaime le facilita a través del teléfono.

Carmen deja caer las manos sobre la mesa y la espalda contra el sofá. Mira hacia el techo, que es una continuación de las sombras que invaden el salón, toda la vivienda. Se siente enérgica, vibrante, como si hubiera conseguido renovar toda su fuerza, como si hubiera vuelto a reencontrarse con ella misma, con la mujer que un día creyó ser.

—No me mires con esa cara, ya sé que me he adelantado, pero es que hay que tenerlo todo listo para cuando llegue el momento. Y espero que sea muy pronto —le dice a Karen y le guiña un ojo.

• Todavía no se ha repuesto Jesús. Dentro del cuarto de baño, las manos agarradas al borde del lavabo, se contempla en el espejo: nervioso, aterrorizado, pálido, sudoroso. Las pequeñas heridas de su mejilla derecha crecen ante su mirada, como si acabara de recibirlas.

Con sus manos fabrica un cuenco con el que rocía de agua fría su cara y su nuca. Lo hace durante varios segundos, con fuerza, como si hacerlo fuera el único antídoto contra una inminente enfermedad mortal.

Aún puede sentir la presencia de la sombra que ha intentado apresarle en el portal de su casa. La sintió en el último segundo y consiguió esquivarla. En la escalera, mientras subía a toda velocidad, sentía sus pisadas detrás. Por suerte, a diferencia de otros días, dio con el manojito de llaves en el interior del bolso a la primera, y tuvo tiempo para abrir la puerta y encerrarse. A pesar del pánico que le invade, no va a llamar a la policía, tampoco a un familiar o amigo.

Cuando su corazón y respiración recobran sus ritmos habituales, abandona el cuarto de baño, en el que ha estado encerrado con el pestillo echado. Recuerda que no lo hacía desde que murió su madre.

Si tuviera el arrojo suficiente se asomaría a la ventana para buscar en la calle esa sombra que le acecha. Aunque esa fue su primera intención, se ha detenido a medio camino, en el centro del salón. Sin pretenderlo, su mirada se detiene en su fotografía infantil que aún cuelga en la pared, junto al aparador de enorme cristalera. En el mismo lugar que sus padres escogieron; ya han pasado 26 años. *Jesús Fernández Cortés, en el día de su Primera Comunión. 24 de mayo de 1988.*

El piso en el que vive Jesús sigue siendo el mismo en el que vivieron sus padres durante tantos años. El taquillón imitación a caoba, con remate de mármol, donde deja Jesús las llaves y la correspondencia nada más llegar, en la entrada, es el mismo en que dejaron sus padres las llaves y la correspondencia, día tras día, año tras año. El dormitorio de matrimonio permanece intacto, regalo de los padres de su madre. Una cama de cabecero y bañera recargadas, el crucifijo sobre ella, amarillento de tiempo y polvo; un armario de puertas que crujen sus años, y que mantiene en su interior los vestidos y trajes de sus padres, también su ropa interior. Dos mesitas de noche, con doble hoja en el frontal, de un marrón muy oscuro, casi negro, como el resto de muebles. El aparador y la cómoda en el salón-comedor, el mueble-bar que durante tantos años acogió una oronda televisión *Radiola*, y que Jesús sustituyó por un plasma pocos meses después de morir su madre —uno de los pocos cambios que se ha producido en la vivienda—. En la última balda del mueble-bar permanece el pequeño cofre de madera en el que su madre guardaba los dientes de leche de Jesús. Siguen estando en su interior. Salvo en su propio dormitorio, decorado con fotografías de Luz Márquez buena parte de la superficie de las paredes, como una Capilla Sixtina de la actriz, y con estanterías de metal donde apila meticulosamente ordenados todos los videocasetes y cedés con las telenovelas en las que tomó parte, el piso en el que vive Jesús sigue siendo el mismo piso en el que vivieron sus padres durante tantos años.

No puede apartar la vista de su fotografía, en el día de su Primera Comunión, sobre la cómoda. Con frecuencia, en este mismo momento, a Jesús le gustaría volver a ser ese niño gordito y repeinado que contempla en la foto.

VIERNES, 6 DE JUNIO DE 2014. 15.12 H.

Jaime fuma un cigarrillo en la puerta del restaurante en el que han almorzado. Fuma relajado, tranquilo, saboreando cada calada. Contempla, desde un ángulo en el que ella no le puede ver, a Julia, que permanece sentada en la mesa. La contempla entusiasmada, teclea en su *Iphone*. Ríe algunas respuestas, se muerde las uñas antes de volver a escribir, cree ver Jaime en sus ojos un sesgo de felicidad.

Cada uno tiene sus vicios, yo fumo y ella chatea, piensa Jaime.

Marca el número de teléfono de su esposa.

—Hola, ¿cómo está el niño? —pregunta.

—Bien, deseando que vuelvas, te ha hecho algo... —la voz de Sonia se ahoga en el sonido del agua saliendo del grifo.

—¿El qué?

—Ya lo verás cuando vuelvas, ¿esta noche? —pregunta Sonia.

—Seguro, sí o sí esta noche —se muestra firme Jaime. Sin pretenderlo, descubre una cámara de seguridad, sobre la fachada de un banco.

—Te dejo o se me cae el móvil al agua.

—Hasta luego.

En ocasiones, esta es una ocasión, Jaime echa de menos las conversaciones de otros tiempos, interminables, intensas. Tenían mucho que contarse. Desde que nació Daniel solo hablan de él, de hecho se ha convertido en el único motivo para una nueva llamada telefónica. En esas ocasiones, ocasiones como ésta, Jaime se plantea que es normal que sea así, que la vida es así, que las cosas son así, que vamos transitando por diferentes periodos y que cada uno cuenta con sus propias características.

—¿Nos vamos? —la voz de Julia lo rescata de sus pensamientos.

—Claro, claro.

—¿Tú sabes que es viernes?

—¿Eso qué coño es?

—Viernes, fin de semana, planes, esas cosas...

—Esas cosas de las que ya no me acuerdo.

—Pobrecito —se mofa Julia.

—¿Es qué tú tienes plan?

—Yo siempre tengo plan —no duda en responder Julia.

—Pues espero que puedas cumplirlos, porque yo no lo tendría tan claro —le advierte Jaime.

—No hay que perder la esperanza —replica.

Vibra el teléfono de Jaime en el bolsillo del pantalón. Lo coge y le muestra la pantalla a Julia.

—Si antes lo digo... Dime, Carmen.

Carmen le lee el tuit que Pedro Ginés ha publicado hace quince minutos:

Osvaldo Cartagena escribió: Nuestro amor se desfiguró como un cuerpo sumergido en ácido
#AmanteÁcido .

—¿Qué coño es eso?

—Un fragmento de su novela, *A pesar de todo* —responde Carmen, visiblemente contrariada por no haber sido ella quien lo descubriera.

—Julia, entra en la cuenta de Twitter de Ginés. Premonitorio, muy premonitorio, ¿no? —le cuestiona Jaime.

—¡Acaba de escribir un nuevo tuit! —exclama Julia nada más acceder con su *Ipad* a la aplicación.

Lee Carmen Puerto en voz alta: *El #AmanteÁcido se ha puesto en contacto conmigo, esta noche contaré todo--> 22 h. #TodaLaVerdad @Tele7 .*

—¡Su puta madre! —grita Carmen, que comprueba cómo los retuits se multiplican a toda velocidad, 119 en apenas unos segundos.

—¡No me lo puedo creer! —exclama Jaime.

—Esto se come a lo del Rey, el Príncipe, la República y todo lo que le echen encima —reflexiona Carmen en voz alta.

—Ya te digo —confirma Julia.

—¡200 retuits ya, sus muertos! —espeta Carmen.

—Y los que quedan. En cinco minutos el *#AmanteÁcido* vuelve a ser TT —añade Julia.

—La periodista de *Cuatro* , Marta Fernández, se ha hecho eco de la noticia en su cuenta de Twitter —dice Carmen.

—Tampoco le deis a Twitter tanta importancia —trata de minimizar Jaime el impacto.

—Como se nota que no eres de este mundo. Quedan dos minutos para que sea la portada de los periódicos, y espera a *Tele7* , que va a anunciar esa mierda de programa a todas horas. Esta noche barren en audiencia —pronostica Carmen.

—Las fotografías que le han encontrado al padre de Asunta se quedan en nada al lado de esto —vaticina Julia.

—Tenéis que veros con Ginés cuanto antes —les ordena Carmen.

—Y no se puede negar —asevera Julia.

—Qué coño va a poder negarse, cerrad ya la cita, ya, esta misma tarde, antes de que vaya al programa —Carmen, muy excitada, insiste.

—Lo hablo. Por lo pronto, que nos vayan sacando unos billetes de avión, el *K* lo dejamos aquí —le indica Jaime a Julia.

Carmen, nada más colgar, comienza a escribir un mensaje de texto en su *Iphone* , que tiene como destinatario *Jefe* .

Ginés dice que el asesino se ha puesto en contacto con él y que esta noche lo cuenta todo en la tele. Les he dicho a los chicos que vayan a hablar con él. Nos urge vernos con Martos. Me urge que me liberes 5mil euros. Gracias por todo.

Aunque no tiene hambre, Carmen Puerto entra en la cocina y coge un calabacín de la nevera. Lo filetea en rodajas muy finas, semitransparentes, que va colocando en un plato verde. Cuando ha cubierto toda la circular superficie, aliña el calabacín con pimienta en polvo y unas gotas de limón. Come de pie, junto a la vitrocerámica. Pulsa el interruptor mientras mastica el primer bocado, el círculo no cambia de color. Acerca la mano a la placa, está fría. Pela una zanahoria y se la come. Le gusta a Carmen escuchar el crujido que provoca cada bocado.

Abre la nevera de nuevo y comprueba las existencias. Aún le quedan varios paquetes de ensaladas y de verduras. Más de una docena de tarros de capuchino se apilan en la encimera, levanta algunos de ellos para asegurarse de que aún cuenta con suficiente para los próximos días.

—De aceite tampoco estoy mal —dice en voz alta, con la vista puesta en dos botellas de vidrio que están por abrir.

Por un instante duda si comenzar a escribir un nuevo pedido para Jesús. Mira la libreta desde la distancia, junto a la batidora; no la coge, considera que aún cuenta con suficientes existencias. Al

entrar en el salón se detiene frente al cuadro de las dos bañistas que pasean entre las dunas de una playa que nunca aparece.

—Karen, ¿hemos tenido noticias?

Como intuía, ha respondido *Jefe* al mensaje que le envió hace unos minutos.

Que hablen con Ginés cuanto antes. Te tienes que arreglar con 2mil.

Conoce Carmen a *Jefe* desde hace muchos años y no le preocupa en exceso que no mencione a Juan Martos en su respuesta, sabe que ha trasladado su petición. Un pequeño sobre blanco aparece en la pantalla del ordenador, avisándole de haber recibido un correo en alguna de sus cuentas. Al abrirlo descubre que le han respondido al que ella envió a la web de *mundonovela.com* y que, supuestamente, si las iniciales son las que imagina, *IG*, le responden desde la cuenta que coincide con las de Idoia Gaztelu: igfotonovelas@mundonovela.com.

Lo del truco de la tesis ya está demodé, te imaginaba más ingeniosa. Venga, te lo voy a poner más fácil: ¿qué quieres saber de Osvaldo Cartagena? Aunque a lo mejor estás más interesada en Luz Márquez. ¿Has llegado ya a Juan Martos? No me cabe duda de que sí lo has hecho. Aprovecha, que te responderé a lo que me preguntes. A tu entera disposición, todo sea por tu tesis.

IG

Con los ojos abiertos de par en par, Carmen Puerto lee una y otra vez el mensaje que acaba de recibir. Un escalofrío le recorre el cuerpo, de tal manera que por unos instantes se cree encerrada en el interior de una cámara frigorífica. Es un frío dominante, paralizante. Hasta pasados unos minutos, es incapaz de reaccionar. Lía un cigarrillo, se muerde los labios.

—¿Quién eres? —escribe en el cuerpo del correo y pulsa la ventanita «enviar».

No han pasado dos minutos, cuando obtiene la respuesta.

Quien tú crees que soy. Sí.

Comprueba que la agenda electrónica Palm y el viejo Nokia estén en funcionamiento. Enfrenta los puertos de infrarrojos. Accede al correo de la agenda. Escribe a nodigassuerte@yahoo.es :

Necesito información de esta cuenta ya!! Muy urgente. igfotonovelas@mundonovela.com.

A continuación, marca el número de Jaime.

—El cabrón este también se ha puesto en contacto conmigo —dice en voz baja, como si temiera ser escuchada.

—¡No jodas! —exclama Jaime—. ¿Cómo, qué? —se le ocurren mil preguntas que formularle. Julia, con los pasajes de avión en las manos, acerca su oído al teléfono.

—¿Qué coño pasa? —impaciente, sintiéndose fuera de lugar, pregunta.

—El sospechoso ha contactado con Carmen.

—¡Hostia!

—Te he mandado la dirección *email* en un mensaje, que se pongan ya a intentar localizarla, aunque no servirá para nada —indica Carmen.

—OK.

—Ya —apremia Carmen.

—¿No puede ser un imitador, un gracioso? —pregunta Jaime.

—Te puedo asegurar que no. ¿Habéis quedado con Ginés?

—En dos horas.

—Llamadme en cuanto aterricéis, tenemos que preparar algunas preguntas. Dile a tu mujer que le va a llegar un paquete.

—Mándame un mensaje con... —comienza a decir Jaime cuando descubre que Carmen ha

interrumpido la conversación.

Julia agarra a Jaime del brazo derecho nada más descubrir la expresión de angustia que proyectan sus ojos y rostro.

—¿Te ha cortado? —pregunta.

—Sí, sí, lo habitual, pero no es eso lo que me sorprende — duda, se piensa Jaime las palabras.

—¿El qué?

—Que hayan podido localizar a Carmen. Eso sí que me sorprende...

—Ya —en un primer momento, que acompaña de un gesto y de una voz que no pueden disimular su desengaño por la respuesta obtenida, Julia se siente molesta. En apenas unos segundos, su percepción cambia radicalmente. Cae en la cuenta de todo el tiempo que ella misma ha dedicado a encontrar a Carmen sin haber obtenido resultado.

A punto de acceder a la puerta de embarque, Julia se sitúa frente a Jaime impidiéndole continuar.

—Me han contado mil historias, que si perdió una pierna, que si mataron a su hija, que si está amenazada, que si padece un trastorno mental, que lo doy por hecho. ¿Me vas a explicar de una vez por qué la *pirada* decidió esconderse? —le pregunta Julia a Jaime con voz grave, mirándolo fijamente a los ojos.

—Es muy largo de contar —esquiva él.

—Seguro que en una hora de vuelo te da tiempo.

—Tiempo sí, pero gana ninguna —rehúsa nuevamente Jaime, que comienza a caminar.

—Vale, vale, parece que todavía no soy del club —le reprocha a su espalda.

—Ni club ni hostias, Julia, son cosas del pasado que no te conciernen, ¿vale? A veces tengo la impresión de que estás obsesionada con Carmen, te lo digo en serio —replica con dureza, tras girarse repentinamente.

—¿Obsesionada, qué coño dices?

Jaime se muerde los labios antes de responder.

—Tenemos un buen marrón en lo alto como para estar con estas mierdas.

Tras pensárselo durante unos minutos, Carmen comienza a escribir el correo de respuesta para IG .

Dejémonos de rodeos. ¿Qué quieres, qué pretendes?

Antes de *clickar* en la ventanita de *enviar* , lee varias veces su breve respuesta. No quiere cometer un solo error.

Escribe un nuevo mensaje de texto a *Jefe* en su teléfono móvil.

El sospechoso también se ha puesto en contacto conmigo.

Nada más enviarlo, la ventana del ordenador le muestra que acaba de recibir un nuevo correo electrónico. La respuesta de IG no ha tardado en llegar.

No tan deprisa, a pesar de todo aún nos queda mucho tiempo.

Carmen Puerto, puesta en pie, gira el cuerpo y se dirige a Karen:

—Este hijo de puta quiere jugar con nosotras. Se siente muy seguro, todo controlado... Pero siempre cometen un error, siempre. *A pesar de todo aún nos queda tiempo* —repite y enciende un cigarrillo.

Los recientes acontecimientos no derriban el muro que la rutina ha construido a lo largo de los años, Carmen Puerto tiene presente que apenas restan siete minutos, si es puntual, que suele serlo, para que Jesús abra la peluquería. Conecta la videocámara de la puerta a la pantalla del ordenador. Un hombre mayor, canoso, unos setenta años, puede que más, espera junto al naranjo, frente a la puerta del establecimiento, la llegada de Jesús. Lo recuerda de otras tardes, siempre

aparece antes de tiempo, es un cliente habitual.

Jesús continúa en su casa. La rutina le empuja a salir y dirigirse hacia la peluquería como cualquier otro día, pero el miedo, en su estado más esencial y primario, lo mantiene paralizado. Desde que llegó a su domicilio, convencido de que alguien le aguardaba en el portal, no ha conseguido recobrar la calma. Cada pocos minutos se ha acercado hasta la puerta y, apostado en ella, ha tratado de ver a través de la mirilla a su perseguidor, en el rellano, en el final de la escalera. No ha visto a nadie. Tampoco cuando, por fin, consiguió asomarse a la ventana y recorrer la calle con la mirada. Y quiso verlo, hasta creyó verlo, entre los contenedores de basura, bajo un árbol, tras una farola.

Se muerde las uñas Jesús, aún no ha decidido qué va a hacer. Durante unos segundos fija la mirada en las fotografías de sus padres, sobre el aparador, muy cerca de la suya el día de su Primera Comunión. Colocadas exactamente igual que las dejó su madre, entre un jarrón de adornos granadinos que debe tener más de treinta años. Mira el reloj de su *smartphone*, faltan tres minutos para las cinco de la tarde, seis clientes le esperan en la peluquería esta tarde. Agarra su bolso azul, se acerca de nuevo a la mirilla, no hay nadie en el rellano. Abre la puerta y comienza a bajar la escalera a toda velocidad.

—Puedo, puedo —se repite.

Ya en la calle, se siente más seguro. A paso ligero, a ratos corriendo, Jesús recorre las calles, huyendo de una sombra que no consigue ver. Sin embargo, se siente observado, vigilado. Desde la esquina, descubre a Pedro, frente a la entrada de la peluquería, el primer cliente de esta tarde. La imagen le proporciona tranquilidad, seguridad, de regreso a su mundo.

—Ya estoy aquí —fatigoso, se anuncia unos metros antes.

—Con lo puntual que tú eres —le reprocha el cliente irónicamente, con los brazos extendidos.

Le relaja a Carmen escuchar la voz de Jesús: todo es como debiera.

—Que las siestas son muy malas —sonríe Jesús.

—Más malas que buenas.

—Pues al lío —dice Jesús, tras golpear amistosamente el hombro del cliente.

—Vamos allá.

Puede ver Carmen a Jesús, sudoroso, con las mejillas encendidas, las gafas de metal le cuelgan de la punta de la nariz.

—Menuda carrera se ha metido —dice en voz alta.

No dedica una mirada a la cámara de la entrada, a Carmen le llama la atención la velocidad de sus movimientos, que no actué con su parsimonia habitual. Cierra la ventana de la pantalla del ordenador, lía un cigarrillo y al encenderlo, entre la bocanada de humo, descubre que el Nokia se ha iluminado. Acaba de recibir un correo de nodigassuerte@yahoo.es.

No te voy a cobrar nada esta vez. Me llevaría más de un mes localizar la procedencia de ese correo electrónico. Aparentemente es de Venezuela, pero ha establecido un sistema de repeticiones que se redirigen a través de servidores de medio mundo. Cualquiera de ellos puede ser el verdadero. Ninguno es de España.

—Joder —exclama Carmen nada más leer el correo—. ¿No eres capaz ni de aproximarte? —escribe, y pulsa la ventanita «enviar».

Carmen Puerto mira de reojo las novelas de Osvaldo Cartagena y Rocío Altamirano. Es consciente de que no les ha prestado atención alguna hasta el momento, que se ha limitado a examinarlas superficialmente, sin adentrarse en ellas. La urgencia por conseguirlas no se corresponde con el tiempo que les ha dedicado. Lo achaca a la velocidad de la investigación, a

las circunstancias, a las prioridades establecidas sobre la marcha. Trata de justificarse Carmen, a sabiendas de que se ha fiado y confiado, como tantas otras veces, a su intuición.

Trata de leer de nuevo los fragmentos difuminados que aparecen en las fotografías del guion encontrado en Itsasondo, en el caserío de Idoia Gaztelu, en la cama, bajo el edredón. *El amante anónimo*, se repite mentalmente. *Es un hombre... eso es lo que más le atrae... los celos... un juego que se les acabará... la contempla en televisión... lograr una cita con ella... en secreto su relación... una estrategia de...* Son algunas de las palabras que Carmen Puerto puede leer. Compara las anotaciones de los márgenes con la dedicatoria de la novela de Osvaldo Cartagena, *A pesar de todo*, encontrada en el estudio de Idoia Gaztelu. A simple vista, sobre todo por la forma de la «a» y de la «i», parece que fueron escritas por la misma persona.

Necesito una copia del guion, cuanto antes, escribe en un mensaje de WhatsApp y se lo envía a Jaime. A continuación le escribe otro: *Necesito una copia de las dedicatorias en las novelas*. Vuelve a escribir: *Meted prisa a los de científica, ya deberíamos tener algunos resultados*. Y concluye: *la grabación de Loiza*. No escribe Carmen los mensajes con la intención de que sean respondidos inmediatamente, a modo de recordatorio.

Accede Carmen a su cuenta de Spotify y selecciona la grabación del legendario concierto de Elvis Presley en Hawái.

—¿Qué habría sido de nosotras sin Elvis? —se pregunta en voz alta.

Enciende una lámpara alta, con pantalla en pergamino de tonalidad terrosa, que fabrica una luz densa y anaranjada y comienza a leer la novela de Osvaldo Cartagena. Tras un par de páginas leídas, le sorprende que *A pesar de todo* se convirtiera en un éxito literario en Venezuela, que pasara a ser el libro de referencia de Idoia Gaztelu, a la que presupone una mujer culta, actual, con gustos e inquietudes vanguardistas. Por el contrario, no le extraña que Cartagena se dedicara exclusivamente a la redacción de guiones para telenovelas.

—¡Esto parece una novela a lo García Márquez pero escrita por Corín Tellado! —brama Carmen—. *Hubo un tiempo de pasión con la humedad y la turbulencia de una tormenta de noviembre*, pero cómo se puede escribir una cosa así —se pregunta Carmen, en cierto modo escandalizada.

Sin embargo, a pesar del rechazo que le provoca la lectura, no ha podido evitar pensar en Alberto. El recuerdo que conserva de su última cita, la pasada noche, permanece muy vivo, intacto, intenso, ha dejado de tener en cuenta esa extraña sensación final, esa desconfianza, ese miedo que achaca a la contaminación del ambiente, al caso que la ocupa.

—Me lo follaba otra vez esta noche —dice con los ojos cerrados, y por un segundo siente a Alberto muy cerca.

Al abrirlos, la novela de Osvaldo Cartagena entre las manos, ve sus uñas pintadas de un rojo intenso, el mismo rojo que contempló en Verónica Caspe, en Javier Loiza y en el dedo encontrado en la playa de La Concha. Un escalofrío, seco y eléctrico, le recorre todo el cuerpo.

—¡Joder! —exclama.

Afortunadamente para ella, la visión no dura más de un segundo, no necesita encerrarse en el cuarto de baño y examinarse por completo, tal y como tuvo que hacer cuando aparecieron las marcas de dedos en su vientre. Se levanta la camiseta de algodón y no las encuentra, han desaparecido.

—Pero qué jodida puede llegar a ser la cabeza —le dice a Karen, puesta en pie.

Jesús, abajo, en la peluquería, no puede dejar de pensar en lo que intuye que le acaba de suceder, como tampoco puede apartar de su cabeza la playa de La Concha. Situaciones que directamente le devuelven a Lisboa, que es un recuerdo inalterable en su memoria a pesar de los

años transcurridos. En compañía de Gabriel, igualmente, se vio envuelto en una turbulenta sucesión de hechos y circunstancias que es incapaz de expulsar de su interior, continúan a su lado. Que perdiera la vieja Nikon de su padre fue lo de menos; lo de más fue el pánico, la sensación de impotencia que padeció en Lisboa y que ha vuelto a padecer, en toda su intensidad, en San Sebastián.

En un momento de silencio, cree escuchar Jesús en la peluquería el sonido de las pisadas y la voz de su «casera».

—Dime —responde Carmen a la llamada de *Jefe* ; camina en círculos sobre ella misma, ansiosa por escuchar la confirmación a su petición.

—El dedo de La Concha no es de Idoia Gaztelu, es de un hombre —le dice nada más responder.

—Esta noche el *Amante Á* ... —le sorprende a la propia Carmen Puerto el que haya empezado a utilizar el apodo creado por Pedro Ginés— el sospechoso va a decir que Idoia sigue viva y que morirá si no vete tú ya a saber. Puede que estemos ante el final de la partida —no duda en decir Carmen, que de un ágil movimiento coloca los auriculares en el teléfono, necesitada de sus manos para liar un cigarrillo. No puede disimular la satisfacción que le provoca que su sospecha, respecto al dedo encontrado en la papelera, sea cierta.

—De hecho, creemos que es de un hombre el cuerpo encontrado en el caserío de Idoia Gaztelu. No podemos saber de quién, demasiado tiempo sumergido en ácido y muy poco para realizar un examen más exhaustivo, pero aparentemente no se corresponde con el de una mujer, es lo poco o mucho que nos aportan los de científica. Medidas óseas que escapan de la media, ya sabes, un estudio preliminar.

—Ya te dije que Idoia sigue viva. No estamos ante un asesino en serie que actúa por preferencias, olvidemos todo eso. Matar no es una necesidad para él, es un movimiento más de su juego, o de su guion. No es psicología, es táctica, juego, secuencias — no puede evitar decir Carmen Puerto, como tampoco puede evitar recrear un gesto de satisfacción en sus labios.

—Estamos estudiando coincidencias con viajeros, movimientos bancarios e imágenes de cámaras de seguridad. Tenemos muy avanzado un plano de teléfonos —informa *Jefe* .

—¿Algo interesante?

—De momento no, pero seguiremos hasta encontrar algo.

—Yo no perdería ahí más tiempo, no ha dejado rastro en nada de eso, hasta ahora. No es tan tonto como para ponerse a sacar dinero en La Concha, te lo aseguro. Y los rastros que encontramos son falsos, los deja premeditadamente. Encontramos lo que quiere que encontremos —afirma Carmen con contundencia, rebosante de felicidad, restablecida en la posición que creía perdida o seriamente dañada.

—Tenemos que ver todas las posibilidades —se reafirma *Jefe* .

—¿Marcas de neumáticos, huellas, pisadas alrededor del caserío?

—De momento, nada.

—Tenemos que seguir, pero teniendo claras cuáles han de ser las prioridades —se siente fuerte Carmen y lo exhibe.

—Carmen, los de arriba están muy preocupados, mucho más de lo que imaginas, esto ha llegado en el peor momento. En España se debería estar hablando del Rey y esas cosas y no de esto, ¿me entiendes?

—Entre *el Coletas* y esta criatura estamos jodiendo el invento, ¿no?

—Lo otro no nos compete, pero esto sí, y tenemos que solucionarlo cuanto antes. No puede

convertirse en un *show* de máxima audiencia.

—Y todo apunta a que será así, y esta misma noche.

—No lo permitiremos.

—¿Podemos vernos con Juan Martos? —con habilidad, Carmen ha dirigido la conversación hasta el punto que más le interesa.

—Sigo sin respuesta —la voz de *Jefe* pierde gravedad.

—¿Y tú cómo lo ves?

—Me gustaría verlo. No te puedo decir más.

—Es esencial —insiste Carmen.

—Ya te cuento.

Carmen Puerto celebra la conversación mantenida con *Jefe* como si Sergio Ramos hubiera vuelto a marcar el gol del empate del Real Madrid en la final de la Champions en Lisboa, contra el Atlético de Madrid. Feliz y eufórica, como hacía tiempo que no se encontraba, no ha podido reprimirse: ha saltado varias veces con los puños cerrados y ha tratado de silenciar, con escaso acierto, algún grito que ha escapado de su garganta. No es solo feliz por el contenido de la conversación, también porque ya no encuentra oposición en las palabras de *Jefe*. Es feliz, básicamente, porque ha vuelto a sentir esa complicidad, esa confianza de otro tiempo, la que hubo entre ellos durante tantos años. Esa sensación la hace fuerte, las dudas han desaparecido, tiene claro cuál es la dirección a seguir. Escribe en su libreta, con letras mayúsculas, algunas frases aparentemente inconexas. *Dedo hombre San Sebastián, es un hombre cuerpo caserío.*

—Hoy adelanto la hora del chocolate —le dice a Karen, a la que encuentra más sonriente que de costumbre, y se dirige a la cocina.

Abre el frigorífico, coge las tres tabletas de chocolate que aún le quedan, se piensa durante un segundo de cuál va a comer, y finalmente se decanta por un chocolate negro con almendras. Cuando se dispone a trocearlo, la inconfundible voz de *My Little Pony* la alerta. *Eres mi amiga favorita*. Deja caer el chocolate sobre el suelo, cree escuchar pasos en la escalera de caracol, corre hacia su dormitorio, abre el armario, retira los cajones inferiores de un movimiento brusco y empuña su pistola, *HK USP Compact*. Procurando hacer el menor ruido, regresa a la cocina, asoma el arma y sus ojos al mismo tiempo, comprueba que no haya nada extraño. La cancela que separa al lavadero permanece cerrada, la abre muy lentamente, sin dejar de apuntar hacia el frente. Los barrotes de la pequeña ventana continúan intactos, asciende la escalera apoyándose solamente en la punta de los pies, todas las imágenes aparecen difuminadas, al final del cañón de la pistola. *My Little Pony* vuelve a cantar su canción infantil de cosquillas y sonrisas. La trampilla de la azotea permanece cerrada, debe de girar dos veces la llave para poder abrirla. Solo asoma la cabeza en la azotea, tras una dentellada de luz que la ciega durante unos segundos, contempla la misma imagen de todos los días. Desde la distancia, los pascueros parecen más flácidos y tristes, la anunciada ola de calor comienza a dejar de ser un simple vaticinio.

—*Hijoputa* —le dice Carmen a *My Little Pony*, que vuelve a cantar, cuando baja la escalera.

Jesús está sorprendido por la frenética actividad de su vecina. En el momento de mayor intensidad y estruendo, escuchó lo que supuso un salto, acompañado de un grito seco. Por suerte, en ese momento no había clientes en la peluquería. A continuación un golpe brusco, el impacto de algo pesado contra el suelo, alocadas carreras. No necesita más intranquilidad, más situaciones que escapen de la rutina, hoy Jesús. Hoy no, especialmente.

Sobre la mesita baja de cristal y madera donde se acumulan las revistas y periódicos, encuentra un ejemplar del *Diario de Sevilla* del pasado martes, 3 de junio, abierto por la página en la que aparecen los rostros de las tres mujeres asesinadas. Le sorprende a Jesús el parecido que existe, o

así lo cree ver él, entre Lucía Sánchez y su amiga Rocío.

—Parecen primas o algo así —barrunta Jesús, sin apartar la mirada de las fotografías.

A pesar de los años transcurridos, echa de menos a Rocío, más de lo que nunca hubiera podido imaginar. Lo pasaron bien, muy bien, juntos, compartieron algunos momentos que Jesús no duda en catalogar como felices. Inevitablemente, también regresa Gabriel a sus recuerdos, compañero esencial de aquellos momentos felices. Pero nada queda ya, así lo siente Jesús.

Marca de nuevo su número, aunque se había prometido no volver hacerlo. Como en los últimos días: apagado o fuera de cobertura.

- Carmen Puerto recibe un mensaje de Jaime.

A las siete nos vemos con Ginés. Te mando ya algunos archivos . Llámame cuando puedas.

—Este tío es gilipollas, le dije que me llamara con tiempo para preparar las preguntas y me manda un mensaje diez minutos antes, vaya carajote —dice en voz alta al mismo tiempo que marca el teléfono de Jaime.

El número al que llama está apagado o fuera de cobertura.

—Menudo momento —maldice Carmen, enfadada.

Tienes el móvil apagado , escribe.

Se dirige a la cocina y prepara un capuchino. Comienza a beberlo, acompañado de un cigarrillo, mientras suena *Suspicious mind* de Elvis Presley.

—Pues me regalo cinco minutos, qué remedio.

No ha transcurrido ni uno, cuando comienza a escribir en una libreta posibles preguntas e indicaciones que trasladarle a Jaime.

—¿De quién coño es ese dedo, qué significa lo de los guiones, por qué quiere que reconozcamos a las víctimas? —se pregunta en voz alta.

VIERNES, 6 DE JUNIO DE 2014. 18.55 H.

Durante el trayecto desde el aeropuerto a la comisaría, Julia no ha dejado de escribir en su *Iphone*, sin apenas prestar atención a lo que Jaime le decía. A éste no le ha molestado este repentino desinterés, sino descubrir en el rostro de Julia esa felicidad, esa sonrisa, que nunca ha descubierto ante uno de sus comentarios. Son ya cinco años juntos, no es poco tiempo, conviviendo muchas horas al cabo del día. Se conocen, más de lo que demuestran. Le ha sorprendido a Jaime su reacción, que es incapaz de clasificar por nueva y extraña, desconocida.

—¿Me vas a prestar atención? —le preguntó Jaime con brusquedad, guiado por ese impulso que, en los últimos días, ha crecido en su interior.

—Claro, lo estoy haciendo —respondió Julia sin apartar la mirada de la pantalla de su *Iphone*.

—¿Tú crees? —cuestionó él.

—Puedo hacer dos cosas a la vez, te lo prometo, estoy capacitada —pretendió Julia introducir una nota de humor.

—No estoy para coñas.

—Dime —y Julia guardó su teléfono.

—Tenemos que preparar las preguntas a este tipo.

—¿No te iba a llamar la pirada?

—Coño, ¿ahora confías tanto en ella? —y, a pesar del comentario, Jaime buscó en la agenda el número de Carmen Puerto.

El teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura, escuchó en tres ocasiones Jaime.

—Vaya momento —suspiró Jaime y empezó a redactar un nuevo mensaje de texto.

Tienes apagado el móvil.

Sin dirigirse una palabra, apenas alguna mirada furtiva, recorrieron las avenidas y calles de Madrid, en dirección a la comisaría, mientras en la radio los tertulianos analizaban el resultado de la votación en el Congreso de los Diputados por la cual se garantizaba la proclamación del Príncipe de Asturias como Felipe VI.

—Panda de borregos —susurró Julia y Jaime cerró los ojos.

Nada más entrar en su despacho de la comisaría, donde han citado a Pedro Ginés, comienza a vibrar el teléfono de Jaime.

—¿No te dije que me llamaras un rato antes para prepararlo bien? —le reprocha Carmen.

—Joder, te he estado llamando y te he enviado varios mensajes y tú estabas fuera de cobertura —responde enérgicamente Jaime.

—Qué coño, eras tú el que tenías el móvil apagado.

—Que no, hostias, que eras tú.

—Bueno, da igual ya, ese cabrón está a punto de llegar.

—Ya está subiendo —dice Jaime tras ver la luz que se enciende en la consola del teléfono de la mesa.

—Lo sabrás ya, pero te lo recuerdo por si acaso: el dedo es de un tío, como el cuerpo sumergido en ácido; necesito que escriba en un papel, tenemos que tener su letra, que diga la dirección de correo electrónico, que responda lo que nosotros le digamos; que acceda a su correo desde tu ordenador, que justifique qué ha hecho en los últimos días, que te diga cómo consiguió las novelas, sacadle lo que sabe, dejadlo hablar, amenazadle con suspender la emisión del programa —enumera Carmen a toda velocidad.

—Me pongo ya el micro.

—Pregunta si va acompañado.

Jaime atiende la llamada pulsando la luz intermitente.

—Dile que venga... ¿Viene solo?

—No, le acompaña un abogado.

—Con abogado.

—Era de esperar.

—Mi gente está cerrando un plano, cruzando datos bancarios y localizaciones de móvil. Está muy avanzado —le indica Jaime.

—Luego me cuentas.

Jaime, en dos zancadas, se planta en la puerta del despacho de Julia, a la que encuentra sentada en su silla, leyendo en su *Ipad*.

—Ya viene.

—¿Quieres que te acompañe? —pregunta Julia con recelo.

—¡Venga!

El Hilario Pino y la Sonsoles de Lavapiés parecen sacados de una peli mala, le gustaría decir a Carmen Puerto en voz alta.

—Acaba de publicar un tuit: *La @policiaes me pide que colabore y así lo hago* —lee Carmen en voz alta mientras contempla la imagen de Ginés, traje gris y camisa blanca, en la entrada de la comisaría. La fotografía provoca una avalancha de recuerdos en el interior de Carmen Puerto. Puede verse, apagando o encendiendo un cigarrillo ante esa puerta en cientos, miles, de ocasiones.

—¿Colaborar? Y por eso se trae a su abogado, será hipócrita —masculla Jaime.

En la entrada del despacho, Jaime y Julia, con los brazos cruzados, aguardan la llegada del popular periodista.

—Pues sí que engaña la tele —susurra Julia, sorprendida por la baja estatura de Ginés. Llamativa, especialmente, al lado del abogado, un hombre grande y blanquecino, de mofletes prominentes y pelo muy corto, a cepillo.

Pedro Ginés porta un maletín negro, pequeño, y el abogado que le acompaña tira de una maleta con ruedas.

—Julia Núñez, Jaime Cuesta, si nos acompañan... —presenta el inspector, al tiempo que le indica a los recién llegados que accedan al despacho.

—Carlos Montero —se presenta el abogado, tras cerrar la puerta, Ginés continúa en silencio.

—Bien, en primer lugar, quiero agradecerle que haya accedido a colaborar con nosotros. Como bien sabe se trata de un caso de especial relevancia y cualquier información al respecto es esencial para la investigación —introduce Jaime, con la mirada fija en el periodista, que lo observa desde la distancia, sentado, con las manos apoyadas sobre las rodillas.

—El señor Ginés siempre se ha caracterizado por colaborar con las Fuerzas de Seguridad del Estado, y esta vez no iba a ser una excepción, como no podía ser de otra manera —bien aprendida la lección, espeta el abogado, al que Julia le descubre un cerco de sudor en el cuello de la camisa.

—Nosotros tampoco teníamos la menor duda de que iba a ser así —Jaime tira de protocolo, igualmente.

—Dicho esto, creo que lo más conveniente es que pasemos a las preguntas directamente, ya que el tiempo del señor Ginés es muy limitado, como ustedes pueden suponer —indica el abogado, dispuesto a no saltarse una coma del guion establecido.

—Sí, yo también considero que es lo correcto.

—¿Cómo se puso en contacto con él? —indica Carmen Puerto ante la fotografía de Ginés

desplegada en la pantalla, y Jaime repite literalmente la pregunta.

—El señor Ginés ha recibido en la mañana de hoy un correo electrónico de una persona que firma como *IG*, y que afirma ser el *Amante Ácido* —para sorpresa de Julia, Carmen y Jaime, es el abogado, Carlos Montero, el que responde la pregunta.

—Que hable él, qué coño —reacciona Carmen, enfurecida.

—Sin menospreciar su trabajo, señor Montero, la cita la hemos concertado con el señor Pedro Ginés, si mal no recuerdo —trata de mostrar Jaime esa educación falsamente simpática de la que hace gala cuando se encuentra ante una situación adversa.

—El señor Ginés me ha encargado que actúe como su portavoz en esta entrevista —inalterable, comunica el abogado.

Julia intenta intervenir y Jaime la frena, dejando caer la mano sobre una de sus rodillas. Proyecta una sonrisa automática que parece incordiar al periodista.

—Métele una patada en los cojones —propone Carmen y Julia se muerde los labios tras escucharla.

—Comprendo perfectamente, pero en este tipo de investigaciones los matices son muy importantes, fundamentales, y considero que esos matices solo nos los puede proporcionar el señor Ginés, por lo que le rogaría que, en adelante, fuera el que respondiera a las preguntas —no pierde la compostura Jaime.

—Le puedo asegurar que la información que me ha trasladado el señor Ginés cuenta con todos esos matices a los que usted se refiere —esgrime el abogado con soltura, curtido en situaciones similares.

Jaime sonríe antes de preguntar:

—Nos gustaría conocer el contenido exacto del correo electrónico y tener una copia del mismo. También agradeceríamos contar con la autorización del señor Ginés para acceder a su equipo informático —directo, solicita Jaime.

—El señor...

—Ni lo sueñe —rompe su silencio Pedro Ginés, impone su voz sobre la del abogado que lo representa.

—Si se ha puesto ya en contacto con usted, lo normal es que vuelva a hacerlo. Como comprenderá, mi petición está más que justificada —aunque mantiene su sonrisa, Jaime no duda en su advertencia.

—Me acojo a mi secreto profesional.

—Le puedo asegurar, desde este preciso momento, que en este caso, en este caso muy especialmente, el juez no atenderá su petición, es algo que ya le puedo adelantar sin temor a equivocarme. Por lo tanto, seamos sensatos y actuemos tal y como nos exige la situación. Apelo a su sensatez, a su criterio y a su seguro deseo por colaborar con nosotros en la resolución de este caso —escucha Carmen con satisfacción, también con orgullo, a Jaime. En cierto modo cree escucharse a ella misma, como un eco que regresa del pasado.

Pedro Ginés, con los ojos brillantes por la rabia que le embarga, sin hablar, abre su maletín y extrae una carpeta azul, de la que toma un folio. Se lo da a su abogado y éste lo deja caer sobre la mesa.

Jaime lo examina. Se trata de un pantallazo, en el que aparece el correo electrónico mencionado, enviado desde la cuenta igtelenovela@mundonovela.com. Jaime lee en voz alta:

Soy el que tú has bautizado como el Amante Ácido. No me gusta, no me representa, pero eso es lo de menos. Idoia sigue viva, de momento. Puedes decirlo esta noche en el programa, no antes. Mantén en línea tu teléfono y correo, tendrás noticias mías.

IG.

—¿Usted le respondió? —le pregunta Julia, y Carmen, desde la distancia, asiente a su pregunta. Pedro Ginés mira a su abogado. Se toma unos segundos, en los que parece evaluar la conveniencia de responder a la pregunta.

—Sí.

—Sabe que en ese momento ya se tendría que... —comienza a decir Julia.

—¿Qué le respondió? —impone Jaime su voz.

—¿Cómo sé que eres tú?, solo eso le pregunté —y Ginés ofrece un folio en el que ha impreso el correo de respuesta.

—¿Le ha respondido? —insiste Jaime.

—Sí.

—¿Y?

—Tome —y entrega una nueva hoja.

—*Verónica Caspe y su nueva y pequeña aparición, sorpresa, hombres que sustituyen a las mujeres, hombres que se pintan las uñas, ¿me empiezas a creer?* —lee Jaime en voz alta.

—Eso solo lo puede saber el asesino —sentencia Pedro Ginés.

—O un policía —escuchan Jaime y Julia la voz de Carmen a través del pequeño auricular.

—¿No ha vuelto a ponerse en contacto con usted? —pregunta Jaime.

—No.

—¿Lo ha llamado?

—No.

—Tenemos que intervenir su teléfono y equipo informático —le indica Jaime.

—Que los *batiblanco*s vayan a la tele, lo mejor es que participe en el programa como estaba previsto —ordena Carmen.

—Un equipo de la Unidad de Policía Científica le acompañará en el plató de televisión, no se preocupe, no saldrán en pantalla —le aclara Jaime, al descubrir la expresión que decora la cara del periodista.

—Supongo que debe ser así —se limita a responder, sin entusiasmo.

—Debe ser así, sí.

—No admitiremos que la colaboración del señor Ginés propicie una intromisión en su intimidad... —comienza a decir el abogado.

—Le agradecería que escribiera su nombre en esta hoja —le pide Jaime con una sonrisa.

—¿Y eso? —desconfiado, pregunta el periodista.

—Entiendo que no es necesario y que es una vulneración de los derechos de mi representado —reacciona nuevamente el abogado.

—¿Para qué es? —Pedro Ginés, sitúa su mano derecha a la altura de los ojos de su abogado, exigiéndole silencio, pregunta mirando fijamente a Jaime a los ojos.

—Necesitamos hacer una comprobación —responde Jaime.

—Yo no voy por ahí firmando dedicatorias a libros que no he escrito yo —sentencia Ginés, manteniendo la mirada, categórico.

Minutos después, Pedro Ginés y su abogado abandonan la comisaría, directamente se dirigen a los estudios de *Tele7*. Jaime y Julia comprueban que no se detiene, que no varía la dirección, que no realiza ningún rodeo, gracias a la posición que les facilita el GPS de su teléfono móvil.

—¿Estás segura con lo de la tele? —le pregunta Jaime a Carmen, que se prepara un capuchino en la cocina.

—Completamente —sin dudar. Y dos pastillas de sacarina caen en el agua caliente.

—Va a ser un *show* .

—No te quepa duda: el *show* .

—Vamos, que nadie se va a poner a ver el reportaje del Príncipe que seguro nos largan hoy. Un *show* en toda regla

—insiste Jaime.

—Lo que debemos intentar es que sea el último —contundente Carmen, exhibiendo esa seguridad que la acompañó en el pasado.

—Cómo... —es lo último que escucha Carmen antes de que se interrumpa la conversación. Vuelve a marcar el número de Jaime y descubre que no tiene línea, a pesar de que la pantalla de su *Iphone* le indica que cuenta con el nivel habitual de cobertura.

—¡Qué coño es esto! —reniega en voz alta.

El viejo Nokia, sin embargo, mantiene intacta su línea. No sucede lo mismo con la señal de banda ancha de su ordenador, que se ha ralentizado considerablemente. Prueba navegando por las ediciones digitales de *El País* y *El Mundo* , el tránsito de una página a otra dura varios segundos. El programa de descargas que tiene instalado se ha detenido por completo. Nerviosa, ofuscada, accede Carmen a una aplicación que se instaló hace unos años y que le avisa de posibles invasores, tanto en su línea de teléfono móvil como en su señal *wifi* .

—¡Me cago en la puta! —grita Carmen al descubrir que han accedido a su señal de telefonía móvil, así como a la de su banda ancha. Y no solo eso, quien lo ha hecho le ha incrustado un troyano en la aplicación, que ha impedido que fuera avisada de que estaba siendo invadida.

Jesús, a punto de abandonar la peluquería, ha escuchado con absoluta nitidez el grito de Carmen. En los cinco años de esta convivencia sin convivencia no la había percibido tan alterada y agitada como en los últimos días.

Se dispone a escribir un correo electrónico en la agenda electrónica Palm cuando la ventanita del chat se abre en la pantalla del ordenador.

—¿Cómo vas?

—No voy.

Y cierra la ventana.

Enfrenta los puertos de infrarrojos del Nokia 6230 y el de la agenda, y escribe un correo electrónico a nodigassuerte@yahoo.es .

Urgente, urgente, alguien se ha metido en mis señales de móvil y de wifi. Límpialo ya, y pulsa la pestaña de enviar.

La ventana del chat se vuelve a abrir:

—¿Problemas?

Desconcertada, incrédula, Carmen se piensa durante unos segundos la posible respuesta.

—No caben más enanos en el circo —escribe.

—Cierra las puertas.

—Se acabó la función.

Vuelve a cerrar Carmen la pestaña del chat. Al comprobar el estado de su móvil descubre que ha recuperado la línea con aparente normalidad. Lo mismo sucede con su conexión a Internet, las descargas de los capítulos de las telenovelas protagonizadas por Luz Márquez recuperan su velocidad habitual. Este regreso a lo cotidiano no elimina el sentimiento de indefensión que se ha instalado en su interior.

—¡Me cago en su puta madre! —escupe a la vez que agarra su arma reglamentaria, sobre la mesa.

Comprueba que el cargador esté lleno, y se ajusta la pistola a los riñones, ayudándose de la

funda, que ha buscado en el dormitorio. En el despertador de la mesita de noche contempla la hora, 19.55. En teoría, Jesús cerrará su peluquería en cinco minutos. Pero hoy es viernes y son frecuentes los clientes que llegan a última hora, rogando ser atendidos. Deduce Carmen que aún dispone de unos minutos para subir la escalera de caracol y comprobar que la cerradura de la trampilla permanece tal y como la dejó. Nerviosa, realiza la operación, a la vez que examina visualmente la reja de la ventana del lavadero. Se dispone a abandonar la cocina cuando se da cuenta de que no todo ha sucedido como debiera, que algo ha fallado. *My Little Pony* ha permanecido en silencio cuando ha pasado a su lado.

—Seguro que se le han acabado las pilas, ya hace tiempo que no se las cambio —se aferra Carmen a la suposición, al tiempo que busca unas nuevas en un cajón bajo la pantalla de plasma.

Las encuentra entre un bosque de cargadores de móviles, cables de conexión, todo tipo de clavijas, auriculares y un sinfín de objetos, la mayoría de ellos en desuso. Regresa junto al muñeco, inalterable en su sonrisa y en sus redondos ojos abiertos. Lo agarra con las dos manos y al darle la vuelta descubre que la palanquita de encendido se encuentra en la posición «off».

—¡Qué coño es esto, joder! —exclama Carmen.

Extrae la pistola de la funda y la sujeta con la mano derecha, el dedo índice apoyado contra el gatillo. Nada más situar la palanquita inferior de *My Little Pony* en la posición «on», el pequeño unicornio comienza a repetir sus frases habituales. Carmen vuelve a comprobar la cerradura de la trampilla y la ventana del lavadero antes de regresar al salón, con la pistola apretada en su mano.

Después de varios meses sin utilizarla, conecta la lámpara del techo del salón, así como las otras dos de pie. Necesita luz Carmen, que no quede ningún rincón a oscuras en toda la vivienda, certificar que se encuentra a salvo, y sola; que todo forma parte de un malentendido, de un movimiento fortuito producto del nerviosismo. Se impone Carmen toda clase de teorías con tal de creer que todo sigue igual, que no ha pasado nada que no pueda controlar o explicar.

—¿Tú qué dices? —le pregunta a Karen, que responde con su permanente sonrisa.

Necesitada de restablecer la calma se encomienda a la rutina. Lía un cigarrillo, sentada, frente a la pantalla que le muestra las imágenes que le traslada la pequeña cámara de la puerta, en la calle. Dos jóvenes, en pantalones cortos y camisetas de tirantes, gorras NBA de gran tamaño cuidadosamente dobladas sobre sus cabezas, caminan por la acera, en dirección a la Gran Plaza. A diferencia que en ocasiones anteriores, Carmen no comenta el aspecto de los jóvenes, le es imposible dejar de pensar en el silencio de *My Little Pony*, en ese cambio de posición del pequeño botón que trata de explicar por todos los medios sin encontrar una respuesta convincente.

Pasan doce minutos de las ocho de la tarde y Jesús aún no ha aparecido en la pantalla. Imagina Carmen que se le ha acumulado el trabajo, clientes que lo han convencido para que los atienda en el último momento.

—Qué putada lo del micrófono —se lamenta, y vuelve a sentir la opresión de las metálicas paredes del montacargas contra su cuerpo.

Eleva al máximo el volumen del sonido del ordenador sin desconectar la cámara de la puerta de la calle. Examina la mesa, donde se amontonan sin orden docenas de fotografías, de informes y listados, dos libretas repletas de anotaciones y las novelas de Rocío Altamirano y Osvaldo Cartagena. Carmen Puerto presiente que tanto esta noche de viernes como mañana sábado pueden ser días esenciales en la resolución del caso, si sus previsiones se cumplen. Previsiones que trata de cimentar más allá de la intuición, adjudicándoles la consistencia de la certeza, de la evidencia que le transmiten todas las pruebas y documentos que sobre la mesa se apilan.

Ojea la novela de Osvaldo Cartagena, lee fragmentos dispersos y avanza buscando una palabra,

una frase, que reclame su atención. En la pantalla aparecen dos chicas muy jóvenes, hablan con acento exagerado, *illa, que yo me pongo eso en la lengua y mi padre me corta el móvil, de verdad, que ya me lo ha dicho*, dice la más alta, rubia, espigada, con pantalones muy cortos, piernas flacuchas.

—Van con el culo al aire las hijaputas —resopla Carmen.

No puede evitar acordarse de esos interminables veranos cuando ella era una chica de esa edad. Las noches en el cine de verano, viendo aquellas películas de Bruce Lee que sus amigas detestaban pero que ella adoraba. Envidiaba la libertad de los chicos a la salida del cine, cuando repetían las posiciones y los gritos del karateka. A ella le habría encantado hacerlo, sigue estando convencida de que lo habría hecho mejor que ellos, pero nunca se atrevió a hacerlo. También le habría encantado probar a jugar al fútbol, y lanzar el trompo, nunca lo hizo. Tan solo se atrevió a jugar a las canicas. Su padre le consiguió, gracias a un amigo mecánico, las bolas de acero de un rodamiento. Una vez limpiadas de grasa y brillantadas, Carmen se convirtió en el terror del barrio, partía por la mitad las canicas de cristal de los chicos con sus certeros y potentes tiros. También recuerda las noches en el callejón, los gritos de su madre desde la ventana indicándole que era la hora de regresar a casa, ya pasada la medianoche. Su infancia transcurrió en un barrio similar al que ahora vive en Sevilla, de casitas bajas, de panaderías con horno de leña y ultramarinos con embutidos en papel de estraza.

El tono de llamada del teléfono móvil arranca a Carmen Puerto de esa infancia que sigue contemplando como un paraíso «inhabitado» al que le encantaría regresar. En la pantalla puede leer *JJI*.

—Dime —responde Carmen sin apartar la mirada de la pantalla del ordenador, faltan veinticinco minutos para las nueve y aún no ha cerrado Jesús la peluquería.

—Ginés no ha hecho nada raro, no se ha desviado en el camino y ya está en el estudio de televisión. Los de científica están ya preparados. Aún estamos pendientes de confirmar algunos detalles, pero tenemos cuatro posibles sospechosos que estuvieron en San Sebastián el día 4, que utilizaron el cajero, que llegaron ese mismo día, que se fueron al siguiente, que están en la primera versión del plano de llamadas, 4 coincidentes —le comunica Jaime.

—¿Y el abogado? —pregunta Carmen.

—Sigue con él.

—Dame los nombres de los sospechosos, aunque ya te adelanto que perdemos el tiempo. Ninguno es. No cometería ese fallo, es para entretenernos en su juego, como ya hizo con el ex marido de Verónica Caspe —le advierte Carmen, mira el reloj y no comprende lo que le puede suceder hoy a Jesús para acumular tan inesperado retraso.

—Puede que lleves razón, pero son solo cuatro y no pasa nada por someterlos a una prueba de ADN, imagina que suena la flauta, cosas más raras hemos visto, ¿no te parece?

—Cosas raras producto de las circunstancias, pero no cosas raras premeditadas, las cosas raras premeditadas son lo que son —elucubra Carmen, y sobre la pantalla del ordenador extiende la fotografía del dedo aparecido en una papelería de San Sebastián, y en el que descubrieron restos de tejido humano en el interior de la uña.

—Tal vez lleves razón, te mando en un archivo los 4 nombres. Esta misma noche nos vamos a poner a localizarlos. *Jefe* quiere que lo hagamos durante la emisión del programa, sin armar revuelo. El juez, García-Adán, es colaborador y operativo, ya tocaba uno así —le informa Jaime.

—Bien, me parece bien. Esta noche solo hay dos opciones: o estás viendo al Rey y a su niño o estás viendo a Ginés, que para el Mundial todavía quedan unos días, así funcionamos, pura ciencia, ¡viva la estadística! —menosprecia Carmen Puerto, sin apartar la mirada de la pantalla

del ordenador—. Aunque me la imagino, ¿podré ver algún día la película de Loiza? —le recuerda una vez más.

Tal y como le ha anunciado, unos segundos después de concluir la llamada recibe el correo electrónico. Al mismo tiempo, Jesús aparece en la pantalla, acompañado del último cliente del día, un hombre alto y guapo, muy moreno, de unos cuarenta años. Hablan durante unos instantes en la calle, se despiden con efusividad y Jesús se agacha para cerrar la persiana metálica. Antes de comenzar a caminar, en dirección contraria a su casa, le dirige una mirada de un segundo a la cámara. Una mirada seria, preocupada, extraña.

Nada más verlo desaparecer, Carmen abre el archivo que le ha enviado Jaime. No puede creer el nombre que aparece en tercer lugar: *Jesús Fernández Cortés (Sevilla)*. Impulsada por un ingobernable acto reflejo, marca en la agenda de su teléfono móvil el número de Jesús. Cada tono de llamada le parece una eternidad, por suerte responde en el cuarto.

—Sí —responde compungido y sobresaltado.

—Ven a mi casa, es muy urgente —le ordena Carmen con voz grave.

—¿Qué le pasa? —pregunta desconcertado, es la primera vez que escucha la voz de su «casera». Hasta este momento, siempre se habían comunicado a través de mensajes o notas en el montacargas.

—¡Es muy urgente, corre, dame un toque cuando estés en la puerta! —le indica Carmen mientras busca con la mirada el manojito de llaves. Lo agarra y baja la escalera a toda velocidad. Nada más llegar, recibe la llamada de Jesús.

Antes de abrir, Carmen Puerto se examina de arriba abajo. Repasa su cabello levemente, no recuerda si está peinada. Abre la puerta y comienza a subir la escalera a toda velocidad.

—Entra, cierra la puerta y sube —le ordena a punto de alcanzar el rellano.

A pesar de lo extraordinario de la situación, inédita, inimaginable, Carmen trata de mantener la calma, ordenar sus ideas y diseñar un plan. Escucha el sonido de las pisadas, lentas, de Jesús a su espalda. Huele su nerviosismo, que se confunde con el propio. Entra en su vivienda, deja la puerta abierta y lo espera en pie, en el centro del salón. Jesús sube los escalones contradiciendo a la parálisis interior que padece. Cada paso le cuesta, como si sus músculos se hubieran solidificado y hubieran perdido su flexibilidad. Apenas le quedan unos peldaños, una luz tenue que se cuela en la oscuridad le muestra el destino final.

Carmen Puerto, igualmente nerviosa, contempla como la puerta se mueve levemente y como una mano aparece lentamente.

—Entra, dame tu móvil —le ordena.

—¿Mi móvil? —la voz de Jesús es un susurro imperceptible.

Jesús, con su bolso azul colgando del hombro derecho, entra en la vivienda y se detiene junto a la puerta de la cocina. Cuando por fin descubre a Carmen, justo enfrente, envuelta en la penumbra de la habitación, no puede disimular un gesto de sorpresa. La ha imaginado durante cinco largos años y no coincide con la imagen que ha fabricado en su cabeza durante todo este tiempo. Su «casera» es mucho más joven y guapa de lo que nunca ha supuesto.

—Por favor, Jesús, el móvil, es muy importante —insiste Carmen y alarga su mano derecha.

—Tome —tembloroso, sobrepasado, Jesús le entrega lo solicitado.

—Por favor, no me hables de usted —le pide.

Carmen, de un ágil movimiento, separa la carcasa posterior del móvil y extrae la tarjeta SIM.

—Jesús, ¿has estado en San Sebastián, has sacado allí dinero? ¿Te hiciste allí los arañazos de la cara? —a bocajarro, consciente de que el tiempo juega en su contra, le pregunta Carmen que, aún acostumbrada a su imagen, no deja de examinar a Jesús. Más bajo, más juvenil, menos regordete

de lo que la cámara le ha trasladado durante estos años.

—Sí... —tembloroso, impresionado por la precisión de las preguntas que acaba de escuchar.

—No tenemos tiempo que perder: te han tendido una trampa y te van a culpar de los asesinatos de las mujeres.

—¿Cómo? —apenas puede preguntar. Agónico, presiente Jesús que va a perder el conocimiento en cualquier momento.

—Te harán una prueba de ADN y el resultado dará que los restos aparecidos en la uña del dedo encontrado en la playa de La Concha son tuyos —le advierte.

A Jesús le tiemblan las piernas, está a punto de caer sobre el suelo pero Carmen lo impide, agarrándolo de un brazo.

—Yo no he hecho nada —frío, pálido, dice Jesús.

—Ya lo sé —Carmen aprieta su hombro derecho, tratando de transmitirle complicidad.—. No tenemos tiempo, en menos de media hora vendrán a por ti. Yo te voy a ayudar y no te va a pasar nada, te lo puedo asegurar, pero tienes que hacer todo lo que te diga.

—No entiendo.

—Las explicaciones más tarde.

—Es que...

—Jesús, ¿cómo quieres que te lo diga? No tenemos tiempo — le indica que tome asiento en el sofá y abandona la habitación.

Jesús la escucha abrir una puerta, a continuación una voz aguda e infantil, esa voz que ha creído oír en los últimos años, cuando el silencio se hacía en la peluquería. Regresa Carmen al salón con un pequeño tarro de pegamento de contacto, en una mano, y un tubo de silicona, en la otra.

—Jesús, tienes que bajar a la peluquería y fijar el espejo a la pared con esto —le dice Carmen al tiempo que le ofrece los adhesivos.

—¿Para qué? —no puede entender nada Jesús, superado por las circunstancias.

—Para ganar tiempo, que es justamente lo que no tenemos —le apremia Carmen, que le solicita que se ponga en pie y realice lo que le ha indicado.

—No sé, es que...

—¡Hazlo, coño! —Deja escapar Carmen su lado más afilado y le coloca el pegamento de contacto y la silicona en las manos.

—Sí, sí —asiente Jesús, que en cierto modo agradece que alguien le marque el camino a seguir. Como un robot sin conciencia de sus actos, se dirige hacia la puerta.

—Espera —lo agarra Carmen de un hombro—. Procura que nadie te vea, ¿vale? Haz el menor ruido posible. ¿Tienes algo en la peluquería que huelo mucho?

Se lo piensa unos segundos Jesús, provocando la ansiedad de Carmen, que de buena gana lo zarandearía.

—Disolvente, creo que tengo un bote de disolvente —por fin dice.

—Pues déjalo abierto junto al espejo. ¿Vale, te has enterado, Jesús, te has enterado?

—Sí.

—Procura hacerlo sin manchar nada.

—Vale...

—Espera —y vuelve a colarse en la cocina—. Ponte estos guantes —le indica, mientras le entrega unos de color azul.

—Vale...

—Llévate este móvil y vuelve a darme un toque cuando hayas acabado y estés de vuelta, te dejo el número pulsado —le ordena, y le entrega el Nokia.

—Vale.

—Con mucho cuidado, todo con mucho cuidado —insiste Carmen.

—Vale —repite.

—Y cierra la puerta de la calle cuando salgas. Yo te abriré luego.

—Vale.

Nada más abandonar Jesús la vivienda, vuelve Carmen a tomar asiento frente a la pantalla del ordenador. Le desconcierta, por extraña, por única, la imagen de Jesús pasando junto a la pequeña cámara tras salir de su casa. A continuación lo ve agacharse para abrir nuevamente la cancela y acceder a la peluquería. Descorre el cuadro de las bañistas entre las dunas de la playa que se supone, abre la puerta del montacargas y cuele la cabeza. Escucha a Jesús desde la distancia. Éste, con movimientos temblorosos, extiende silicona en los bordes del espejo.

—Acuérdate del disolvente —escucha la voz de Carmen a través del hueco del montacargas.

Una vez concluido, presiona Jesús el espejo contra la pared durante varios segundos, con el objeto de que los adhesivos cumplan con su cometido. Busca el bote de disolvente en la estantería de la esquina y, tal y como le ha indicado Carmen, lo deja abierto en el suelo, cerca del espejo. En pocos segundos, el olor del disolvente se impone sobre los otros. Se dispone a abandonar el almacén cuando recuerda que se ha dejado la silicona y el pegamento. Los recoge y al recorrer la peluquería, en dirección a la puerta de salida, una sensación de pérdida, de vacío, de despedida, le sobrecoge, provocándole un hondo estremecimiento.

Carmen Puerto contempla en la pantalla cómo Jesús se agacha a cerrar la cancela de la peluquería. A pesar de la escasa calidad de la cámara de la puerta, puede ver la palidez de su rostro, el nerviosismo que destilan todos sus movimientos. Justo en el momento en que vuelve a ponerse en pie, Carmen corre en dirección a la escalera, que baja a toda velocidad. El teléfono vibra en su mano cuando abre la puerta de la calle.

—Entra —le indica, e introduce la llave en la cerradura y la gira, dos vueltas completas—. Vamos para arriba.

Siente Carmen el aliento de Jesús a su espalda, es incapaz de controlar la fatiga que la ansiedad y el nerviosismo le han provocado.

—¿Te ha visto alguien? —pregunta Carmen en el momento de acceder a la vivienda, y no obtiene respuesta.

Le extraña el silencio de Jesús y cuando se da la vuelta con la intención de volverle a formular la pregunta, éste se derrumba contra la pared, junto al cuadro de las dos bañistas que pasean entre las dunas, y rompe a llorar, escondido el rostro tras sus manos.

—Esto no nos ayuda —le dice Carmen, que no sabe cómo reaccionar.

Entra en la cocina y llena un vaso de agua. Agarra a Jesús de un brazo y lo conduce hasta el sofá.

—Toma, bebe —le dice, aparta libretas y libros y deja caer el vaso sobre el cristal de la mesa.

Como puede, con movimientos nerviosos y torpes, Jesús trata de mantener sus ojos fuera del alcance de los de Carmen, que acaba de ver en el reloj del ordenador que solo quedan veinticinco minutos para que comience en *Tele7 Toda la verdad*, el programa en el que va a participar Pedro Ginés.

Enciende un cigarrillo Carmen mirando a la Karen de Alex Katz, siente el impulso de hablarle pero la presencia de Jesús la frena en el último instante. Se aleja unos metros, lo contempla mientras espera a que se encuentre más calmado. Ve un hombre desconocido, infantil en su fragilidad, indefenso; le cuesta reconocerlo, como si durante los últimos años hubiera estado conviviendo con otra persona.

—Jesús, Jesús, lo siento pero no tenemos tiempo, y tenemos mucho de qué hablar —se esfuerza Carmen por ofrecer su imagen más agradable.

—Ya, ya.

—Lo que hemos hecho nos dará unas cuantas horas de margen, pero no muchas. Y yo te quiero ayudar, pero necesito que tú colabores conmigo. Necesito saberlo todo —se pone en cuclillas Carmen frente a Jesús, que por fin la mira.

—No sé en qué puedo ayudarte.

—¿Qué fuiste a hacer en San Sebastián?

—Me llamó un amigo, me dijo que me necesitaba.

—¿Fuiste en avión, verdad?

—Sí.

—Y sacaste dinero de un cajero, cerca de la playa de La Concha, ¿no?

—Sí —temblosamente responde Jesús, sorprendido de la información tan exacta que maneja Carmen.

—¿Te ocurrió algo estando allí? —le pregunta, y la sorpresa de Jesús crece.

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—Sé más cosas de las que imaginas. ¿Qué te pasó?

—Me atacaron. Alguien me tiró contra la arena y me arañó la cara —y le muestra las marcas de las heridas, muy finas y rectas, de escasa profundidad, en sus mejillas.

—Ya.

—¿Viste quién te lo hizo?

—No, solo vi una sombra negra —trata de recuperar Jesús en su memoria ese instante que le gustaría olvidar cuanto antes.

—¿Un hombre, una mujer, alto, fuerte?

—Un hombre, creo, normal, delgado pero fuerte —responde Jesús, y vuelve a sentir sobre su espalda esa fuerza que lo derribó.

Carmen comienza a anotar en su libreta.

—Estamos hablando del miércoles 4, ¿sobre qué hora?

—Pasadas las diez de la noche.

—¿Qué hiciste después?

—Seguí esperando a mi amigo, pero no apareció. Saqué dinero en un cajero y le dije a un taxista que me llevara al aeropuerto de Bilbao, y allí pasé toda la noche.

—¿Amigo, cómo se llama tu amigo? —le pregunta Carmen mirándolo fijamente a los ojos.

—Gabriel.

—¿Gabriel qué más?

Carmen abre en su móvil el archivo que Jaime le ha enviado.

—¿Gabriel Lozano Moreno? —pregunta.

Se muerde los labios Jesús, se piensa la conveniencia de responder.

—Necesito que confíes en mí —le insta Carmen.

—Seguro que no tiene nada que ver con esto.

—Con toda probabilidad, pero tenemos que contrastar todos los puntos, qué más, dime, cuéntame —insiste Carmen.

—Sí, Gabriel Lozano Moreno —por fin responde.

—¿De dónde es, dónde vive?

—Es de aquí, de Sevilla, pero lleva varios años en Madrid.

Escribe Carmen con letras mayúsculas en la libreta. Sin decir nada, se queda durante unos

segundos mirando a Jesús.

—¿Sabes quién es Pedro Ginés? —pregunta.

—El de los asesinatos de la tele.

—Pues vamos a verlo —le comunica Carmen a un sorprendido Jesús, que no comprende su propuesta.

Puesta en pie, selecciona *Tele7* en la pantalla y se dirige a la cocina con su *Iphone* en la mano.

—Jaime.

—¿Sí?

Durante un par de segundos Carmen no responde, bloqueada, dubitativa.

—¿Sí? —repite Jaime, desconcertado por el silencio.

—¿Ha llegado un paquete a tu casa? —improvisa Carmen con habilidad. No menciona a Gabriel Lozano Moreno, tal y como tenía pensado

—Sí, sí, me ha llamado mi mujer, ¿qué es?

—Tú aprende a manejarlas esta noche. Mañana nos harán falta en Ayamonte —le advierte Carmen.

—¿Ayamonte, mañana, de qué coño estás hablando?

—Luego te cuento, empieza el programa —da por concluida la llamada Carmen. Apoya las manos sobre la encimera de la cocina y durante unos segundos piensa los pasos a dar en esta nueva situación que nunca podría haber previsto.

Al entrar en el salón, descubre entre la penumbra a un sorprendido y absorto Jesús contemplando las novelas y fotografías que se amontonan sin aparente orden sobre el cristal de la mesa.

—Jesús, cuando acabe el programa hablaremos de Luz Márquez, ¿de acuerdo?

Jesús, que ya no sabe cómo disimular su sorpresa, asiente inclinando la cabeza.

—¿La llegaste a conocer? —le pregunta Carmen, más por curiosidad que por entenderlo como un dato relevante.

—Casi, pero no —responde fijo en una de sus fotografías, en la que posa para la prensa en la playa de Ibiza.

—¿Eso qué quiere decir?

Jesús, muy tímido, tarda en responder:

—Estuve cerca, la vi en persona, solo eso.

—¿Cuando vino a Sevilla?

—Sí, esa fue la primera vez.

Carmen busca en una carpeta la fotografía que imprimió.

—Pero, ¿qué tiene que ver Luz con todo esto? —pregunta Jesús, instalado en el desconcierto más absoluto.

—¿El qué? —los ojos de Carmen se clavan en los de él—. Te lo voy a tratar de explicar en tres minutos.

Y durante tres minutos le narra las coincidencias y hechos más relevantes que relacionan a Luz Márquez con el asesinato de las tres mujeres y la desaparición de Idoia Gaztelu.

—Sigamos, por favor —le pide Carmen, nada más finalizar su explicación.

—No sé qué... —trata de decir un aturdido Jesús.

—¿Eres alguno de estos? —le pregunta Carmen, al tiempo que le muestra la imagen en la que se puede ver a Luz Márquez en la esquina del Ayuntamiento de Sevilla, junto a un grupo de admiradores que sujetan una pancarta de bienvenida.

Jesús mira a Carmen a los ojos antes de responder, conmocionado por su nivel de

conocimiento.

—No, yo estaba enfrente, haciendo una fotografía parecida.

—Coño.

—Mira, este es Gabriel —coloca Jesús su dedo índice sobre un chico de vaqueros y camisa blanca, muy moreno y con el pelo rizado.

—¿Y esta es Rocío?

—Sí —responde Jesús con dificultad, con un tono muy agudo, imponiéndose al nudo que le aprieta la garganta.

—¿Erais amigos?

—Lo fuimos hace años; mucho, la verdad.

—Joder, lo siento —lamenta Carmen tras descubrir cómo los ojos de Jesús se han enrojecido repentinamente.

—Todavía no me lo puedo creer... —dice Jesús sin apartar la vista de la fotografía.

—¿Y Lucía Sánchez? —pregunta Carmen, aprovechando que continúa la pausa publicitaria en *Tele7*.

—¿Lucía?

—Sí, ¿no está en esa fotografía Lucía Sánchez? —insiste Carmen.

—¿La madrileña, la que se parece a Rocío?

—Esa —confirma Carmen, al tiempo que examina mentalmente ese parecido que Jesús encuentra.

—No, no estaba.

—¿Y Verónica Caspe? —a sabiendas de cuál va a ser la respuesta, pregunta Carmen Puerto.

—¿La chica catalana que han asesinado?

—¿Sale en la foto?

—¡No! —exclama Jesús, sintiéndose acorralado, acusado en cierto modo—. ¿Por qué me preguntas eso?

—Ya te contaré después con más detalle, desde el principio, veo que no he sido lo suficientemente clara por falta de tiempo —agarra el mando a distancia y eleva el sonido de la pantalla de la televisión. Acaba de comenzar *Toda la verdad*, el programa en el que va a participar Pedro Ginés.

Carmen toma asiento en el sofá junto a Jesús, una situación inédita, es la primera vez que lo comparte con otra persona. Tras una entradilla de marcada tendencia gótica, en banda sonora y en imágenes difusas que devoran los títulos de crédito, hace acto de presencia Pablo Méndez, el presentador del programa, completamente vestido de negro, traje y camisa, con rictus serio y enigmático, perfectamente caracterizado para la ocasión.

Esta noche puede que vivamos una situación que nunca se ha producido en un plató de televisión, y que me atrevería a calificar como histórica, por lo insólita... (Pablo Méndez, con gesto preocupado, permanece en silencio frente a la cámara durante unos segundos). Nos acompañan varios miembros del Cuerpo Nacional de Policía que, por motivos de seguridad, obviamente no aparecerán en pantalla, ya que contamos con los suficientes indicios para creer que el conocido como el Amante Ácido puede contactar con este programa en cualquier momento, tal y como ha anunciado a nuestro colaborador Pedro Ginés (ocupa éste la pantalla, gesto concentrado, como si se tratara del responsable de la solución del caso). Desde el primer momento, desde el primer momento, insisto, tanto el propio Pedro Ginés como la dirección del programa hemos ofrecido nuestra colaboración al cuerpo de Policía, comprometidos como estamos por la resolución de éste y de todos los casos de los que nos

ocupamos.

—Va y dice el cabrón que la *poli* está en el plató, así, como si tal cosa —exclama Jaime, y Julia apoya su queja balanceando la cabeza.

—¡Payaso! Entre Marta del Castillo, los niños de Córdoba y Asunta llevan comiendo años y años y ahora, encima, les toca la Primitiva con esta mierda —gruñe Carmen y Jesús asiente.

Por tanto, no sabemos qué sucederá a lo largo del programa, por lo que les ruego que permanezcan con nosotros. A diferencia de lo que es habitual en Toda la verdad, hoy no contamos con un guion establecido y nos encontramos a la espera de posibles acontecimientos que ni nosotros mismos, y no estoy exagerando ni un ápice, sabemos si tendrán lugar. De producirse, los viviremos juntos, ustedes y nosotros, en riguroso directo. (El presentador se muerde los labios durante un par de segundos de silencio en los que comienza a escucharse la sinuosa banda sonora del programa). Hoy podemos hacer historia en la televisión, y la haremos juntos, ustedes y nosotros.

—¡Vete a la puta mierda, cabronazo, vaya periodismo de los cojones! —estalla Carmen Puerto para sorpresa de Jesús, que reacciona con un asustadizo gesto reflejo.

Primera pausa publicitaria en la emisión, que aprovecha Carmen para hacer *zapping*, comprueba lo que están emitiendo el resto de canales españoles. En *La 1* un documental sobre el, todavía, príncipe Felipe y en *La 2* un documental sobre los avances en biotecnología. En el resto de cadenas privadas emiten programas rosas y tertulias políticas. En *La Sexta*, el líder de Podemos, Pablo Iglesias, discute con el director del diario *La Razón*, Francisco Marhuenda.

—Marhuenda y el Inda deben de tener pesadillas con el *Coletas* —divaga Carmen a la vez que recupera la señal de *Tele7* —. Pablito, Pablito, te vas a quemar tú solito, ya verás, y a Monedero la gente no lo soporta —por un segundo Carmen cree que sigue estando sola.

Percatada de la presencia de Jesús, se dirige a él:

—Vamos a ser prácticos: no sé el tiempo que vas a pasar aquí, espero que menos de 24 horas, aunque también cabe la posibilidad de que se alargue un par de días; no creo que podamos aguantar más, en el peor de los casos. No creo que lleguemos a eso, no te preocupes—. Lo tranquiliza, nada más descubrir la expresión de pánico que proyectan sus ojos—. Creo en ti, Jesús, sé que no has hecho nada, y me la voy a jugar por ti, sí, nunca he llegado tan lejos, pero me tienes que ayudar, te necesito — dice Carmen a toda velocidad, como si estuviera leyendo un contrato.

—¿Eres policía? —le pregunta Jesús, mirándola a los ojos.

Carmen suspira, se muerde los labios.

—Sí, soy policía. Sé que te parecerá raro, que te está costando creerlo, pero sí... —responde y fabrica una sonrisa fingida, con un trasfondo doloroso.

—¿Y qué haces aquí?

—¿Qué hago aquí, qué hago aquí?

—Sí, ¿qué haces aquí?

—Aquí soy más útil que ahí fuera, te lo puedo asegurar, mucho más útil... —responde, y eleva el volumen de la pantalla de televisión tras comprobar que la publicidad ha concluido.

El presentador, Pablo Méndez, tras una extensa exposición de los hechos, que relata acompañado de imágenes que ya han aparecido en los informativos, desde la aparición de los miembros seccionados de las tres mujeres en Madrid, Sevilla y Barcelona hasta la desaparición de Idoia Gaztelu, cede la palabra a Pedro Ginés. Éste, con semblante muy serio, roza lo tétrico, expone nuevamente todos los hechos acaecidos, valiéndose de todo tipo de circunloquios y

reflexiones, con el único propósito de rellenar burdamente los minutos y mantener la expectación de los telespectadores. Apenas aporta datos relevantes, suposiciones de cosecha propia, en su primera intervención, reservando, premeditadamente, el correo recibido para la parte final del programa.

No me cabe duda de que existe una relación directa entre Javier Loiza e Idoia Gaztelu , y de estos dos con Luz Márquez, la célebre actriz venezolana que apareció congelada hace ahora 12 años, asegura el periodista.

—Vete a la mierda —recela Carmen.

—Ni puta idea —replica Julia, todavía en su despacho de la comisaría, acompañada de Jaime.

—Eso se la suda —responde Jaime.

No va a hacer nada, está consiguiendo lo que quería, toda España pendiente de él , lee Jaime en voz alta el WhatsApp que acaba de recibir.

—Lleva razón —confirma Julia.

Escribe Carmen un mensaje similar, pero dirigido a *Jefe* .

Tiene toda la pinta , lee Carmen el mensaje que acaba de recibir de Jaime.

No entiendo el empeño de la policía por centrar la investigación en el entorno de Verónica Caspe, la mujer asesinada en Barcelona, extendiéndolo hasta un monitor de aerobio, y muy especialmente en su ex marido, Javier Loiza, y no en Osvaldo Cartagena e Idoia Gaztelu, que tengo claro que son los elementos fundamentales de este caso , afirma con rotundidad Pedro Ginés en la pantalla.

—¡Por una vez vamos a estar de acuerdo en algo! —exclama Carmen irónicamente.

—¿Un monitor de aerobio? ¿De dónde coño ha sacado eso? —se pregunta Julia entre sonrisas.

—Yo qué coño sé.

—Lo que sí es verdad es que tenemos chivatos en todos los cajones —lamenta Julia.

—Siempre, y encima con tanta gente metida por medio: Mossos, Ertzainza, los nuestros... Y en todos sitios cuecen habas —argumenta Jaime.

—No te jode.

—Ya verás...

Carmen Puerto, al tiempo que escucha la intervención de Pedro Ginés, y cuando no recrimina alguna de sus aseveraciones, escribe con un lápiz en su libreta una lista de preguntas y cuestiones que va a formular a Jesús una vez finalice *Toda la verdad* .

Partamos de certezas que he recabado de mis propias fuentes policiales: Lucía Sánchez, Rocío Altamirano y Verónica Caspe fueron asesinadas por la misma persona. Se trata de una persona que yo me atrevo a describir, por las pruebas y datos que poseo, como un hombre de mediana estatura, de unos treinta y cinco años, con amplios conocimientos informáticos, un profesional liberal, con libertad de movimientos, puede que relacionado con el sector comercial, acostumbrado a los viajes. Y una noticia que acabo de conocer: seis sospechosos se van a someter a una prueba de ADN en las próximas horas.

—¡Pero qué chorradas está soltando este tío por la boca! ¡¿De dónde ha sacado toda esa mierda?! Eso le pasa por ver tanto *C.S.I* , qué se habrá creído —exclama Carmen y parte el lápiz en dos.

Al contemplar su reacción, comprende Jesús la cantidad de lápices que le ha tenido que comprar durante los cinco años de convivencia. Así como las latas de tabaco, no deja pasar Carmen más de quince minutos entre un cigarrillo y otro.

—Basura, basura, basura. Cómo rellenar dos horas de televisión con auténtica basura —espeta Julia con beligerancia.

—Sí, lo que tú digas, mucha basura y mucha palabrería, pero este cabrón maneja buena información —replica Jaime.

—¿Por lo de las pruebas de ADN? —cuestiona Julia.

—Por ejemplo.

—Ya sabes que los del laboratorio son los que más largan, oyen a un periodista al otro lado del teléfono y se ponen de un cachondo...

—También.

—Eso es de hace un rato, poco rato.

Puedo afirmar rotundamente, y espero que antes de que finalice el programa cuente con las pruebas para demostrarlo, que Idoia Gaztelu sigue con vida. El dedo encontrado en la playa de La Concha y el cuerpo sumergido en una vivienda de su propiedad no son de ella. Es más, puede que su desaparición no sea obra del que ya conocemos como el Amante Ácido, sino de un imitador que se ha aprovechado de las circunstancias para llevar a cabo su delito. Las pruebas que poseo señalan que no sigue el patrón y el método desarrollado por el Amante Ácido en los tres primeros crímenes. Por tanto, ¿nos encontramos ante dos casos diferentes?

—Qué gilipollas es el tío éste, quiere picar al sospechoso para que entre en directo en el programa, manda cojones, es tan evidente, es tan tonta su trampa que no creo que caiga, lo ha jodido todo el capullo éste, gilipollas —despotrica Carmen y Jesús permanece en silencio.

—Imbécil integral —reacciona Julia, en su despacho de la comisaría, junto a Jaime.

—Muy listo no es.

—Creo que deberíamos haber ido al programa —lamenta Julia.

—Claro, y nos colamos en el plató para taponarle la boca cada vez que diga una tontería o le podríamos haber escrito el guion de lo que tiene que decir —replica Jaime—. Es lo que nos faltaba, tener allí a media comisaría.

—Pero de Koldo Gaztelu o de Juan Martos no se atreve a hablar el muy mamón, manda cojones el hombre íntegro, el gran investigador —desprecia Carmen. Se dirige a la cocina en la nueva pausa publicitaria de *Toda la verdad*.

—¿Quieres comer algo? —le pregunta a Jesús, frente a la nevera abierta.

—No.

—¿Por qué no vas mirando las fotografías que tengo en las carpetas? —le propone a Jesús desde la distancia.

—Vale.

El interruptor de la vitrocerámica sigue sin funcionar. Pela dos zanahorias, llena dos vasos de agua y regresa al salón. Recupera sus propias palabras: *de Koldo Gaztelu o de Juan Martos no se atreve a hablar*.

—¿Te suenan? —le pregunta a Jesús de regreso al salón, al descubrirlo examinar muy detenidamente una fotografía.

—No, no, no recordaba esta fotografía —responde Jesús, concentrado en la imagen: Luz Márquez, nada más descender de un larguísimo automóvil blanco, se abraza a una mujer rubia en presencia de Osvaldo Cartagena

—Es de la boda de Luz Márquez con Juan Martos —responde Carmen, sorprendida.

—Ya, ya. ¿Dónde la has conseguido?

—De una revista venezolana, por ahí estará el nombre, en Internet —le sorprende a Carmen el entusiasmo, la atracción, la fijación que descubre en la mirada de Jesús, completamente ausente en este momento. Una faceta desconocida para ella que jamás habría podido imaginar.

—Jesús, dime, ¿cuántas fotografías tienes de Luz Márquez? —coloca Carmen su mano entre la

fotografía y los ojos de Jesús para poder captar toda su atención.

—¿Cómo?

—¿Cuántas fotografías tienes de Luz Márquez? —repite.

Se toma Jesús unos segundos antes de responder, duda.

—Muchas...

—¿Cuántas son muchas, aproximadamente? —pregunta de nuevo Carmen, que trata de acorralar a Jesús con la mirada.

—No sé, unas diez mil... —al fin dice.

—¡¿Diez mil?!

—Más o menos.

—¿Reconoces a los que aparecen en la fotografía? —recupera Carmen la que Jesús estaba examinando con disección científica.

—Claro. Están Luz, Osvaldo Cartagena y María Eugenia, su hermana pequeña, y Elvira Tapia, ahí asomando por detrás — responde Jesús con naturalidad, como si se trataran de miembros de su propia familia.

La respuesta instala una sonrisa de admiración y sorpresa, en idénticas proporciones, en los labios de Carmen Puerto. Mira de reojo a Karen, durante unos segundos está tentada de comentarle lo que siente, pero la presencia de Jesús y el sonido del teléfono la frenan.

—Dime.

—Acaba de enviarle una fotografía —le dice Jaime nada más atender la llamada.

—¿La tenemos ya?

—Te la mando en unos segundos.

—¿Remitente?

—El mismo correo que a ti.

—¿No la irán a sacar por la tele?

—¿Y cómo lo podemos impedir?

—¡¿Qué, estamos locos o qué?!

—No podemos.

—¡Ponedle una pistola en la puta cabeza! —exclama Carmen, realmente enfadada, escenifica con la mano libre sus palabras, lo que impresiona a Jesús.

—Carmen, coño.

—¡Ni coño ni hostias!

—Carmen... —descubre Jaime que Carmen ha colgado.

—¿Uno de sus ataques de cuernos? —pregunta Julia, con ironía.

—Ya ves.

Concluye la publicidad y comienza de nuevo *Toda la verdad* .

Atención, atención, tal y como hemos venido advirtiendo desde el principio del programa, ha sucedido: durante la pausa el Amante Ácido ha contactado con nuestro colaborador, Pedro Ginés, y nos ha enviado un documento que entendemos como crucial. Y no se trata de un hecho premeditado, los agentes del Cuerpo Nacional de Policía que nos acompañan pueden dar fe de ello. Todo ha sucedido en riguroso directo, cuando ya creíamos que el anuncio del sospechoso era un bulo, una estrategia o la macabra broma de alguien sin escrúpulos. Pero, sin más dilación, les dejo con nuestro colaborador, Pedro Ginés, que les ofrecerá una información más detallada.

—Circo de mierda —escupe Carmen, ofuscada.

—¡Hijos de puta! —vocifera Julia, al tiempo que se pone en pie.

En esta tableta que tengo en mis manos, en esta misma tableta, hace apenas dos minutos he recibido un correo electrónico del Amante Ácido. Ahora ya puedo afirmar con rotundidad que se trata de él, sin temor a equivocarme... Como les decía, he recibido un correo que puede variar, muy considerablemente, el rumbo de la investigación, ya que muestra una imagen que... cómo definirla... puede que lo mejor sea que ustedes mismos la contemplen. Nuestro equipo de investigación, así como el de la policía ya se encuentran buscando una explicación y su procedencia.

—¡Ponla ya, cabrón! —impaciente, grita Carmen Puerto—. Seguro que meten una tanda de anuncios antes de enseñarla.

Jesús sigue las reacciones y comentarios de Carmen y la información que trasladan desde el programa de televisión tratando de establecer el vínculo que lo une a su presencia, a la situación en la que se encuentra. Sin embargo, a pesar de su propia personalidad, a estar fuera de su rutina, no se encuentra especialmente incómodo, desplazado. Siente que, de una manera que le es difícil asimilar, se halla en un espacio familiar, conocido desde el desconocimiento, pero cercano.

Creo que ya ha llegado el momento, que ya podemos hacerlo, según me informan... (anuncia Pedro Ginés, ofreciendo a la cámara la parte trasera de su tableta). Quiero advertir que la imagen que van a contemplar no contiene violencia expresa, pero dado el contexto, dado que se trata de una persona que está retenida contra su voluntad, una mujer, Idoia Gaztelu, puede herir la sensibilidad de algún telespectador. Como saben no es nuestra intención, de ahí esta advertencia. Me comunican desde control que estamos preparados para poder dar ya, de inmediato, la imagen que nos ha enviado el Amante Ácido.

—¡Hijo de puta! —exclama Julia.

—Esto es... —comienza a decir Jaime.

—¡Coño ya! —grita Carmen, en cuclillas delante de la pantalla.

Ha llegado el momento, histórico como dijo nuestro director en el inicio, ya estamos listos para ofrecerles la imagen que nos ha enviado el auténtico Amante Ácido. Una imagen que no ha venido acompañada de frase o palabras algunas, pero que habla por sí sola, como ustedes mismos comprobarán. Hechas todas las advertencias, procedemos a ofrecerles este documento que dará un giro a la investigación llevada a cabo hasta el momento, les puedo asegurar que así sucederá. Si están preparados, ha llegado el momento...

Al mismo tiempo que gira Pedro Ginés su tableta, una fotografía comienza a extenderse sobre la pantalla. En ella aparece Idoia Gaztelu cubierta por un vestido de gasa blanca con cuerpo semitransparente y bordados dorados, con los hombros y brazos al descubierto. Sus labios están tapados, oprimidos, por una gruesa tira de cinta americana. Las mejillas sombreadas por un colorete intenso, como el de una actriz de cine mudo; el miedo brilla en sus ojos.

Llaman la atención el vestido, el forzado maquillaje de las mejillas, los labios ocultos tras la cinta, pero, sobre todo, la posición de sus brazos y manos. Forzada, premeditada. El brazo izquierdo formando ángulo recto sobre su pecho, sujeta en su mano el codo derecho, verticalmente en línea recta hasta sus dedos, que sujetan un humeante cigarrillo. Le cuelga a Idoia del cuello una cámara fotográfica, un viejo modelo de Nikon.

—Lisboa... —susurra Jesús con los ojos muy abiertos, conmovido por la imagen que contempla.

SÁBADO, 7 DE JUNIO DE 2014. 0.07 H.

Imprime Carmen Puerto la fotografía que Pedro Ginés ha recibido en su correo electrónico y que Jaime le ha enviado casi al mismo tiempo que se ha emitido por televisión. A su lado, Jesús muestra un interés semejante, pero mientras Carmen la examina con metodismo, tratando de buscar un mensaje, una señal, él exhibe admiración, devoción, al contemplar esta recreación macabra de Luz Márquez utilizando a Idoia Gaztelu.

—El vestido es de *Nueva en la ciudad* —dice Jesús en voz baja.

—¿Cómo? —reacciona Carmen, incrédula al volver a comprobar la profunda admiración que Jesús siente por la actriz venezolana.

—Es el que se pone en su cita con Alonso —prosigue Jesús, ruborizado.

—¡La leche!

Gracias a las precisas indicaciones de Jesús, no le cuesta a Carmen Puerto encontrar la secuencia de *Nueva en la ciudad* en la que aparece Luz Márquez con el vestido blanco de gasa. Es un vestido «importante» dentro de la telenovela, ya que es el que se ajusta Anselma en su primera cita con Mario Fernández, Alonso en la fotonovela. Un vestido que es la evidencia de la transformación de Anselma, en un proceso a lo *Cenicienta* de la protagonista, y que consigue gracias a la generosidad de sus vecinos y amigos, conscientes de la importancia de la cita con el apuesto joven.

La fotografía de Idoia Gaztelu, amordazada, vuelve a ocupar toda la pantalla. Su pelo recogido, presumiblemente, en una coleta que no se ve, es más claro, más rubio de lo que recordaba Carmen. Las mejillas maquilladas exageradamente, de un naranja terroso, rozan lo circense. Los labios aprisionados tras una ancha tira de cinta «americana» plateada. Los ojos, sin mirar directamente a la cámara, con toda probabilidad fijos en quien tomó la fotografía, delatan miedo, angustia. Hay ecos rojizos, finos hilillos, de un llanto reciente.

Postura de los brazos, escribe Carmen.

Divide Carmen Puerto la fotografía en 24 cuadros que comienza a examinar detenidamente, uno a uno. Cree descubrir junto al hombro derecho de Idoia, entre las sombras, el cabecero de una cama. En una cuadrícula inferior, junto a la cadera, unas estrías blancas y negras parecen querer asomarse. Le es imposible obtener imágenes nítidas como consecuencia de la escasa iluminación que existe tras Idoia y la mala calidad de la fotografía.

Nerviosa, ha olvidado la presencia de Jesús, comienza a liar un cigarrillo de marihuana. Jesús la observa detenidamente, le sorprende la agilidad que exhiben sus dedos, rápidos y precisos. Cuando ha finalizado, ya con el encendedor en la mano, Carmen se queda mirando a Jesús.

—Sorprenderte no te puede sorprender que fume *maría*, ¿verdad? Llevas años comprándomela —y enciende el cigarrillo, mirando de reojo a Jesús.

—No, no.

—¿Quieres? —le ofrece.

—No.

—Entonces, ¿nos ponemos? —le propone.

—¿A qué?

—A contarme todo lo que sabes, todo, sin olvidarte de nada. Como te dije antes, es la única manera que tengo de poder ayudarte —le repite Carmen.

—Cuando quieras, pero no sé yo...

Carmen se queda durante unos segundos mirando a Jesús a los ojos. A pesar de los años de convivencia, de observarlo a través de la cámara prácticamente todos los días —salvo los

domingos—, hay algo infantil, inocente, que lo muestra como una persona diferente, desconocida.

—Deberíamos empezar por el principio, pero cuéntame por qué has dicho lo de Lisboa —la curiosidad y la inmediatez se imponen al orden.

—Esa chica va vestida y tiene la misma postura que Luz Márquez en el anuncio de unos grandes almacenes que hizo en Portugal. Nos mandó una postal con esa misma imagen cuando nos invitó a Lisboa —dice de corrido Jesús, dejando a Carmen boquiabierta.

—Vamos a ver, Jesús, si lo he entendido bien, ¿me estás diciendo que Luz Márquez te invitó a estar con ella en Lisboa, me estás diciendo eso? —pregunta Carmen, y aspira con fuerza el cigarrillo.

—Sí, bueno, en realidad, ella creía que solo estaba invitando a Gabriel, a mi amigo, pero nos estaba invitando a los dos, pero ella no lo sabía... —entre dudas, ante el desconcierto de Carmen, responde Jesús.

—¿Eso cómo coño es?

—Que aunque escribiéramos las cartas entre los dos, solo las firmaba Gabriel, para que así fuera todo más...

—¡Espera, espera, espera! —interrumpe Carmen a Jesús—. Joder, joder, está claro que vamos a tener que empezar desde el principio.

La ventanita de chat se abre en la pantalla.

—¿Estás despierta?

—Te están escribiendo —le dice Jesús, señalando con el dedo índice el chat.

—Déjalo —no le presta atención Carmen.

—¿Dormida ya? —insiste, y Carmen marca con el puntero la «X» y cierra la pequeña ventana.

—A la mierda —y se queda mirando fijamente a Jesús—, ¿empezamos por el principio? —le propone.

—Claro —ha comenzado a vibrar el *Iphone* de Carmen ante los ojos de Jesús.

—No hables ahora —muy seria, le ordena y aplasta el dedo índice contra sus labios.

Puesta en pie, responde.

—Dime.

—Me debes una, y la más grande —la voz de *Jefe* suena grave y rotunda.

—¿Lo has conseguido? —trata Carmen de reprimir su entusiasmo.

—Sí, y me ha costado mucho, mucho, pero he conseguido una cita con Juan Martos. Para mañana, a las once.

—Bien.

—Carmen, pero las cosas se van a hacer a mi manera, ¿lo entiendes? A mi manera, y eso es innegociable —le advierte *Jefe*.

—Lo tengo claro.

—La cita será en su casa, por supuesto, y con toda la discreción del mundo. No quiero líos, vamos a cuidar hasta el último detalle. Nadie, repito, nadie, y nadie es nadie, debe saber que se va a producir esta cita, nadie. Me la juego, Carmen, me la juego —advierte *Jefe*, seco y grave.

—Imagino.

—Ya lo sabe Jaime, estamos coordinados.

—Perfecto.

—Le he advertido que, bueno, no te tengo que decir nada, ese hombre con descolgar el teléfono... Ya sabes, no te tengo que decir nada más —sugiere *Jefe*.

—Lo sé —asiente Carmen, sin dejar de mirar a Jesús.

—Quiero que esto acabe mañana, Carmen, mañana, ¿te enteras? No quiero más enanos en este circo.

Si no dejaras que los enanos saltaran a la pista central..., tiene ganas de responderle Carmen, pensando en Sotero y Méndez y su gestión en el caso de Asunta.

—Haremos todo lo posible —comedida, responde.

—Y algo más.

—Y algo más, eso siempre, ya lo sabes.

Carmen vuelve a colocarse el dedo índice sobre los labios nada más observar que Jesús está a punto de hablar, y marca el número de Jaime.

—Estaba marcando tu número.

—¿Te ha llamado?

—Sí, ¿y a ti?

—También.

—¿Te ha contado lo de los sospechosos?

—No.

—Hemos encontrado a dos de los cuatro. Ya les hemos tomado las pruebas de ADN, no han puesto el menor inconveniente. A los que viven en Madrid y en Sevilla no los hemos podido localizar. Vamos a intentarlo de nuevo mañana a primera hora. Ya hemos hablado con el juez para que nos prepare una orden de registro a toda leche. No nos ha puesto el menor problema —relata Jaime.

—Mañana puede quedar esto resuelto, Jaime, es muy importante —premeditadamente, como si no le concediera la menor importancia a lo escuchado, Carmen cambia de tema. No le dice que Gabriel Lozano Moreno, el sospechoso que no localizan en Madrid, tal vez sea la identidad del cadáver que encontraron sumergido en la cuba con ácido en el caserío de Idoia Gaztelu, en Itsasondo.

—Debe ser el tipo éste el hermano gemelo de Obama, por lo menos, porque no te puedes imaginar la perorata que me ha soltado *Jefe* con el tal Martos. Muy gordo debe ser el tipo para que vayamos con esas prevenciones. Menos mal que hay un AVE a Sevilla a las siete de la mañana, ya me veía conduciendo toda la puta noche, para variar...

—¿A qué hora llega el AVE a Sevilla?

—Sobre las 9.20.

—Muy justo, ¿no? Un pinchazo o un buen día de playa, que esa carretera... y no llegáis —rectifica Carmen sobre la marcha al presentir que ha ofrecido información sobre su localización.

—Vamos bien —Jaime, seguro.

—Yo lo veo justo.

—No voy a conducir toda la noche, Carmen, estoy molido, y a las cinco de la tarde estoy cogiendo el tren de vuelta —muy molesto, responde Jaime. Su esposa lo escucha desde la distancia, con gesto contrariado.

—Tú verás.

—¡Tú verás no! —reacciona a viva voz.

Conoce Carmen a Jaime perfectamente y no prosigue en su ofensiva.

—¿Te han llegado las gafas?

—Sí, aquí las tengo —responde con desgana, mirando el embalaje de las *Google Glass* sobre la mesa del salón.

—Me habría gustado que tuvieras más tiempo para familiarizarte con ellas, pero las cosas no son como quisiéramos. Te mando en un momento un archivo con todo lo que tengo de Juan

Martos y una guía breve de manejo de las gafas. Tienes tiempo en el tren para repasarlo todo — deja caer Carmen, y le guiña un ojo a Jesús.

—Tengo tiempo más que suficiente —no duda en responder Jaime.

—Si tú lo dices.

—Además, las gafas se las voy a dejar a Julia, se le dan mejor los chismes estos —con alevosía, le comunica.

—¿Tú crees? —no suaviza el desprecio de su pregunta.

—Estoy seguro.

—Te preparo esto y te lo envío —bruscamente, finaliza Carmen la llamada.

Vete a la mierda, exclama Carmen y apaga el cigarrillo.

—Enseguida nos ponemos —le indica a Jesús con las palmas de las manos extendidas.

—Vale —responde él, alucinado por la actividad que contempla a esta hora de la noche. Nunca habría podido imaginarlo a lo largo de estos cinco años.

El icono de un pequeño sobre se ilumina en la pantalla, ha recibido un nuevo correo electrónico.

Creo que ayer se quedaron muchas cosas por hablar, me gustaría verte esta noche, le escribe Alberto.

Un mensaje que desconcierta a Carmen por diferentes motivos. Es la primera vez que le escribe por iniciativa propia, no es una respuesta a uno que ella previamente le ha enviado. Es la primera vez que Alberto es el que pretende establecer la cita. Es la primera vez que Alberto manifiesta la necesidad de verla. Es la primera vez que Alberto es el que marca los tiempos. Se siente adulada Carmen, efusiva, y, al mismo tiempo, sorprendida. Muy extrañada. Le cuesta asimilar esta repentina ruptura con la rutina con la que ha convivido en los últimos años. Aun así, y tras pensar las palabras durante unos segundos, le responde Carmen en su versión más precavida:

Acabo de leer tu mensaje. Ya es tarde y estoy cansada. Además, imagino que tú ya no podrás salir de casa. Mañana puede ser un buen día.

No ha terminado de descargar de la agenda electrónica Palm los archivos que desea enviar a Jaime cuando Alberto responde mediante un nuevo correo:

Si quieres, en diez minutos puedo estar ahí.

Carmen se muerde los labios, aún más sorprendida por este segundo mensaje. Mira a Jesús, que la contempla asustado, frágil, con los brazos apoyados sobre sus muslos, en la misma posición desde que tomó asiento en el sofá. Ha creído ver Carmen en Jesús un gesto de rechazo, de enfado, tras leer los correos de Alberto.

Carmen decide no responder, contradiciendo el impulso interior que le indica justamente lo contrario. La repentina actitud de Alberto la inquieta, y ahora necesita sentirse y escenificar calma, seguridad, una tensa tranquilidad. Lía un nuevo cigarrillo.

—¿Quieres un capuchino?

—No —responde. Comprende cada vez mejor, según avanzan los minutos en compañía de Carmen, las peticiones de compras de los últimos años, así como algunos rumores que jamás llegó a creer.

Solo, examina Jesús el salón con detenimiento. La pantalla de grandes dimensiones, enfrente, los cuadros de las dos bañistas entre las dunas, la mujer bajo la lluvia y el de *la sonrisa de Karen*, a la que encuentra un cierto parecido con Carmen, la mesa colmada de libretas, carpetas y fotografías, el tabaco y el cenicero, los libros que abarrotan las estanterías; le gustaría acercarse y examinar los títulos de los lomos, y comprobar que la mayoría se los ha comprado él. La imagina en el centro del salón, andando en círculo, rodeada por las sombras.

• Julia, en tanto, en su casa, ya tumbada sobre la cama, tan solo cubierta por unas bragas blancas de algodón, lee los mensajes que ha recibido en las últimas horas. Tras leer el último, sonrío y se muerde los labios.

—¿Quieres que nos veamos?

—¿Para qué? —escribe Julia.

—Para hacer cosas malas o buenas, según te apetezca.

—¿Cómo de malas y cómo de buenas? —responde, una sonrisa nerviosa se ha instalado en sus labios y mejillas.

—Malas malísimas, y buenas buenísimas...

—Eso se lo dirás a todas.

—Ahora te lo estoy diciendo a ti.

—Jajaja.

—¿Te ríes? Yo hablo muy en serio.

—¿Sí?

—Completamente.

Julia comprueba que faltan diez minutos para que sea la una. Calcula las horas que puede dormir, antes de teclear:

—Mejor mañana.

—A lo mejor mañana no puede ser.

—Lo mismo te digo —escribe, y pliega la pantalla de su ordenador portátil.

• Cuando regresa Carmen al oscuro salón, tan solo iluminado por la débil y amarillenta luz de una lámpara de pie junto al sofá, con la taza de capuchino caliente entre las manos, Jesús continúa contemplando, absorto, las fotografías de Luz Márquez que se desparraman sobre el cristal de la mesa.

—¿Empezamos?

—Sí, cuando quieras.

Carmen toma asiento junto a él con una libreta en las manos. Lo mira fijamente antes de hablar.

—Mira, Jesús, yo no sé cómo estás de sueño, pero te propongo que empecemos desde el principio. ¿De acuerdo? — Jesús asiente inclinando la cabeza—. Realmente no sé qué preguntarte, así que lo dejo a tu elección.

Jesús aspira con fuerza, cierra los ojos como si realizara un ejercicio de abstracción, y empieza a hablar:

—Tenía 16 o 17 años cuando la vi por primera vez, siempre lo recordaré —se arranca a relatar.

—Disculpa, ¿estamos hablando de 1995, 1996, verdad?

—interrumpe Carmen.

—Verano de 1995 —concreta Jesús.

—Continúa, por favor.

— Pues eso, que Luz Márquez era una de las actrices secundarias de un culebrón, *Veneno de tu amor*, al que estaba enganchado mi madre. Era la mujer más hermosa, más bella, que nunca hasta entonces había visto, una diosa. Me acuerdo de que esperé hasta el final del capítulo para saber su nombre verdadero: Luz Márquez. A partir de ese día, todas las tardes veía el culebrón con mi madre. Mi padre ya no estaba bien y aquello, aunque parezca una

tontería, nos unía. A mi madre le encantaba comentarme la novela, lo que le parecían las cosas de Natalia, que era como se llamaba la verdadera protagonista de la novela, el color de los vestidos, las frases que decían. Lo pasábamos bien, es la verdad. Me gustaba tanto, tanto, Luz Márquez que empecé a coleccionar todas las fotografías y reportajes que encontraba, y también me compraba las revistas si veía a Luz Márquez anunciada, que no era fácil porque todavía no era la gran estrella en la que se convirtió unos años después. Convencí a mi madre de comprarnos un vídeo y cuando ella se acostaba veía varias veces los capítulos que tenía grabados, y que todavía tengo... (Jesús aprovecha la pausa para beber agua y para examinar a Carmen, como queriendo comprobar que su relato le está interesando y que no le provoca una sonrisa o extrañeza. Le es agradable descubrir interés, que le dedique toda la atención).

—¿Y Gabriel Lozano y Rocío Altamirano? —impaciente, pregunta Carmen.

—A Gabriel lo conocí en el Borbolla, el colegio en el que estudiamos, y después fuimos juntos al mismo instituto, al Martínez Montañés. Vivía muy cerca de mi casa, por la calle Gólgota, y yo en Sinaí, donde sigo viviendo. Una tarde que se vino a estudiar a casa, no me gustaba dejar sola a mi madre, aunque a ella no le gustara que llevara gente, descubrió mi caja con todas las fotografías de Luz Márquez. Me dio vergüenza que me descubriera, yo no se lo había comentado a nadie, no quería que me vieran como a un rarito o algo así. La cosa es que Gabriel, en vez de reírse, se pasó un buen rato mirando las fotografías, diciéndome de dónde procedía cada una. Imagínate, los dos seguíamos a la que entonces solo era la actriz secundaria en una fotonovela venezolana, yo creo que pocas cosas más raras se habrán visto. Me contó que tenía grabados en vídeo todos los capítulos, que no le faltaba ni uno solo. Era más o menos igual que yo, en eso del coleccionismo, más o menos...

—¿Qué quieres decir con «más o menos»? —interrumpe Carmen, enciende un nuevo cigarrillo.

—Lo que yo sentía por Luz Márquez era algo parecido a la admiración, no sé cómo explicarlo, la veía como a una diosa o algo parecido, pero Gabriel, Gabriel estaba enamorado de ella. De verdad, completamente enamorado, hasta las trancas, una cosa mala. Cuando estábamos a solas me decía que no pararía hasta conocerla y casarse con ella, y lo decía en serio, no eran cosas de chavales. Yo, en cierto modo, lo comprendía, porque a mí también me volvía loco, pero la veía como un imposible, como algo que no me podría plantear nunca, fuera de mi alcance. La cosa es que un buen día, así por las buenas, empezamos a escribirle cartas, al principio poniendo la dirección de la cadena...

—¿A la RTCV? —pregunta Carmen.

—Eso es. Aunque la carta la escribimos entre los dos, y eso que Gabriel era un poco bestia diciendo las cosas, en el remite iba el nombre de Gabriel. Solamente el de él. Todavía me acuerdo de cómo comenzaba aquella primera carta, con la de años que han pasado desde entonces: *Querida Luz, como no me conoces todavía, me presento. Soy Gabriel Lozano Moreno, un español de Sevilla que sigue tus pasos desde tu primera aparición en televisión. En este tiempo no he dejado de admirarte, hasta el punto de que te considero la mujer perfecta, con la que me gustaría pasar el resto de mi vida...*

—¿De verdad que escribisteis eso?

—¡Y eso que lo corté, no te puedes imaginar lo que tenía pensado Gabriel! Él quería acabar con una barbaridad de las tuyas, y yo le convencí de que acabara «con el corazón encogido espero tu respuesta. Un beso de tu amigo español» —responde Jesús, muestra una

euforia desconocida, muy cómodo en su propio mundo, que tan raramente ha compartido con alguien.

—¿Os respondieron?

—¡Sí! —entusiasmado, como si acabara de recibir la carta de nuevo.

Carmen, incrédula, encoge los hombros.

—Un par de meses después nos llegó una postal con una fotografía de ella en la parte delantera, guapísima con un vestido verde, y en la parte de atrás su firma bajo la frase: *Un gran beso para mi amigo español*. Nos temblaba la postal entre las manos, te lo juro, una cosa. La echamos a suertes y me tocó a mí. ¿Quieres que vaya a mi casa y te la traigo? —entusiasmado, propone Jesús.

—Más adelante, cuando resolvamos este lío, me encantará verla —finge Carmen un falso interés.

—Claro, claro, no me acordaba.

—¿Cuánto tiempo había pasado desde el principio, desde que empezasteis a coleccionar las cosas de Luz Márquez? — descubierta la confianza que ha generado en Jesús, Carmen no duda en preguntar.

—Algo más de un año, creo yo. A partir de que nos respondiera la primera vez empezamos a enviarle una carta todos los meses, luego cada semana y hasta le enviamos algún ramo de rosas, que nos costaba un auténtico dineral, pero nos daba igual. A nosotros nos gustaba Luz Márquez por encima de todo y nos entregamos a ella con todas nuestras fuerzas. No se lo contábamos a nadie, solo lo hablábamos entre nosotros. En el instituto nunca nadie se lo podría haber imaginado, y eso que Gabriel era uno de los chulitos, de los que destacaban, no sé si me estoy explicando. La verdad es que fue una suerte que nos encontráramos, digo yo, al menos teníamos alguien con quien compartir aquello. Gabriel y yo nos hicimos muy amigos, mucho. Nunca he tenido un amigo igual, pasábamos mucho tiempo juntos. Redactando las cartas o viendo capítulos de sus novelas o hablando de ella, la verdad es que era Luz Márquez la que nos unía, y cada día más. Imagínate lo que supuso para nosotros el estreno de *Una vida de amor*, lo más, no podíamos dar crédito, ya no teníamos que esperar a que apareciera, casi siempre estaba ella en la pantalla, maravillosa haciendo el papel de Adela, porque además era una estupenda actriz, la mejor que he visto en mi vida, la mejor, no me cabe duda.

—Háblame de las cartas —interrumpe Carmen a Jesús, feliz en su relato, eufórico por compartir sus recuerdos.

—Las cartas eran más o menos similares, muy parecidas, Gabriel recordándole su amor y piropeándola todo el rato, lo que yo le dejaba, claro, porque, como te he dicho, era muy pesado. De cuando en cuando nos respondía con una nueva postal, que a veces venía firmada y otras no, y en las que siempre acababa con lo de ‘un beso para mi amigo español’. Hasta que no le mandamos el primer ramo de rosas, unos meses antes de que viniera a España por primera vez, no nos respondió con una carta suya, una carta escrita por ella quiero decir, escrita de verdad, de puño y letra. No es que respondiera a las propuestas de Gabriel, no estoy diciendo eso, pero sí que estaba contenta y agradecida de recibir nuestras cartas; le gustaban, eso nos dijo. ‘Nunca antes había sentido un afecto tan grande’, nos decía. Ya te puedes imaginar cómo nos pusimos, locos, pero locos, sobre todo Gabriel.

—¿Un afecto tan grande?

—Sí, sí, todavía me cuesta creer que escribiera eso.

—Continúa, continúa —le solicita Carmen.

—En esa misma primera carta escrita de puño y letra nos dijo que vendría a España, a Sevilla, a presentar su nueva telenovela y que sería para ella «un placer» conocer a Gabriel; porque, claro, ella creía que solo era él quien le escribía, por lo que te conté de poner solo su nombre en el remite. Nada más leer eso no tuvimos otra cosa en la cabeza. Contamos los días y las horas. Qué lento pasó el tiempo, qué lento, una cosa mala...

—Pero, ¿pudo Gabriel estar con ella en Sevilla? —interrumpe Carmen a Jesús, cuando intuye que su relato se desvía de lo que considera realmente importante.

—Es lo que te iba a contar ahora mismo: en la siguiente carta, dos semanas antes de que llegara a Sevilla, Luz nos dijo que haría por verse con Gabriel, que la buscara por el paseo que iba a dar por las calles del centro, y que para identificarse llevara una camisa blanca y un pañuelo rojo en el cuello para reconocerlo y que entonces le diría cómo nos íbamos a ver, a verse con él, quiero decir...

—¿Una camisa blanca y un pañuelo rojo?

—Eso nos dijo.

—Disculpa, sigue, sigue —le anima Carmen.

—Y nada, llegó el día por fin, todavía me acuerdo de la fecha, 2 de junio de 1999. Muy temprano nos fuimos para la Plaza Nueva, ya que desde la televisión nos dijeron que estaría por allí sobre las 11.30 de la mañana, porque el día antes estuvo en Madrid y Barcelona. Gabriel con su camisa blanca y su pañuelo rojo, como ya te he dicho. Esperando, ese día, conocimos a Rocío, también estaba allí para ver a Luz Márquez. Era como nosotros, exactamente igual que nosotros, también había comenzado a seguir a Luz al mismo tiempo que nosotros, se sabía los episodios de memoria, los diálogos. Tenía tres o cuatro años más que nosotros y vivía en Triana, muy cerca de Pagés del Corro; estaba estudiando Historia del Arte por aquel entonces. Yo creo que ese mismo día empezamos a ser amigos, aunque a ella nunca le contamos lo de las cartas, nunca, eso fue idea de Gabriel, nos lo prometimos un tiempo después, cuando ya la conocimos mejor.

—¿Por qué? —pregunta Carmen con el lápiz en la mano.

—No sé... —comienza a decir Jesús, pero Carmen lo interrumpe inmediatamente, consciente de su error.

—Volvamos a ese día, a ese día, no nos despistemos —rectifica.

—Bien. Sobre las 12 llegó Luz Márquez a la Plaza Nueva, desde la plaza de San Francisco, acompañada por el protagonista masculino de la serie, que se llamaba Mario Fernández, y por una secretaria que se llamaba...

—Elvira.

—Eso es, Elvira Tapia, estaba siempre muy atenta a todo lo que necesitaba Luz. Y también estaba gente de la cadena de televisión donde emitían la novela. Cuando la vimos llegar a la Avenida de la Constitución no podíamos creer que la estuviéramos viendo, que estuviera allí, tan cerca de nosotros. De pronto apareció la pancarta que traía la gente de la tele, la que se ve en la fotografía —señala con el dedo Jesús—, la cogieron y yo me quité para hacer las fotos. Mientras hacía las fotografías con la cámara de mi padre, Elvira Tapia se acercó a Gabriel, lo reconoció por la camisa blanca y el pañuelo rojo, y le mandó un mensaje de Luz. Eso ya lo pude ver yo, cuando esta mujer se acercó a Gabriel a decirle que se pasara en una hora por la cafetería del hotel Alfonso XIII.

—¿Se vio con Luz Márquez en el hotel? —interpreta Jesús la curiosidad que contempla en

Carmen como el reflejo de la pasión que él siente.

—Bueno, en verdad no, estuvimos varias horas esperando y nada. Nos plantamos allí los dos, en la cafetería, y nada, no apareció. Gabriel me reprochó que seguramente no había ido porque estaba yo, que eso la habría echado para atrás. Y puede que tuviera razón, no sé. Lo cierto es que no apareció ese día, pero no tardamos en tener noticias de ella...

—¿Y desde ese momento empezasteis a ser amigos de Rocío?

—Sí, sí, muy amigos, era como nosotros, hasta escribía una especie de guiones para que los interpretase Luz; ese era su sueño, escribir algo que interpretara Luz, como si fuera su Osvaldo Cartagena —confiesa con un gesto melancólico Jesús, al que Carmen sigue viendo frágil e indefenso.

—Pero... —duda Carmen—, al final lo que escribió ella, su novela, *La puerta del corazón*, es...

—*Nueva en la ciudad*, ¿no?

—Eso es.

—Lo planeamos una tarde, un tiempo después de conocernos. La verdad es que fue una idea de Gabriel y a Rocío le encantó, desde el principio, sí, le gustó mucho la idea y se puso enseguida a escribirla, aunque luego tardara en acabarla y, sobre todo, en publicarla.

—Volvamos a Luz Márquez, ¿qué pasó después de esa cita que no llegó a tener lugar en Sevilla?

—Durante unas semanas no pasó nada, nada fuera de lo habitual, quiero decir. Empezamos a vernos mucho con Rocío, nos hicimos muy amigos. Nos contó que conocía más gente en toda España que también seguía a Luz y que iba a montar una especie de club de fans.

—¿Un club de fans de toda España? —pregunta Carmen, y despliega sobre la pantalla las imágenes de Lucía Sánchez y Verónica Caspe.

—Sí, se carteaba con varias personas, con chicas sobre todo. A nosotros, sobre todo a Gabriel, no nos hizo mucha gracia lo del club de fans, preferíamos seguir manteniendo en secreto nuestra admiración por Luz Márquez. A Gabriel le costó más que a mí relacionarse con Rocío, aunque luego tuvo mucha relación, pero a pesar de eso nunca le contamos lo de las cartas, nunca. Me lo hizo prometer y yo he respetado hasta hoy esa promesa —Jesús clava sus ojos en los de Carmen, queriéndole transmitir la importancia de su confesión.

—Te comprendo y te lo agradezco mucho. Veo que has entendido perfectamente la importancia de todo lo que sucede, te lo agradezco, de verdad —Carmen se muestra cómplice con Jesús, necesitada de toda la información—. ¿Qué has querido decir con «aunque luego»? —se interesa.

—Uffff... —se lo piensa Jesús, se trata de una herida que aún sigue abierta—. Pues que fueron algo parecido a novios, unos meses, no creo que llegara a un año, y acabaron fatal, muy mal.

—¿Qué pasó?

—No lo sé, ninguno me lo contó, pero lo cierto es que sucedió y a mí me tocó elegir, porque no podían estar juntos, pero yo seguí viendo a Rocío de vez en cuando, a escondidas, sin que se enterase Gabriel —reconoce Jesús ruborizado.

—¿Nunca te contó ella nada?

—Nada de nada. Tampoco yo le insistí.

—¿Volvisteis a contactar con Luz Márquez? —prosigue.

—Le mandamos dos o tres cartas y un ramo de flores que no obtuvieron respuesta. Hasta finales de ese año no volvimos a saber nada de ella, hasta que se puso en contacto con nosotros nuevamente.

—¿Se puso en contacto con vosotros? ¿Cómo?

—Nos mandó una carta, como siempre a la dirección de Gabriel, claro, para decirnos que iba a regresar a España y que quería verse con él. A partir de esa carta, me acuerdo perfectamente, cambió su frase de despedida: *un beso para mi admirador anónimo*.

—¿*Mi admirador anónimo*? —repite Carmen, muy sorprendida.

—Sí, sí, eso empezó a poner.

—Espera —lo interrumpe Carmen, con dos hojas en la mano. En ellas se reproducen algunas de las páginas del guion de Osvaldo Cartagena, encontrado en la cama, bajo el edredón, en el caserío de Idoia Gaztelu—. Mira, mira aquí, lee —le señala.

—¿Qué es eso?

—El último guion que Cartagena estaba escribiendo para Luz Márquez: *El amante anónimo*.

—Pero esa telenovela nunca se rodó... La última fue *Sin aliento*, que yo recuerde.

—Aparece con frecuencia lo de «admirador» y «anónimo», en lo poco que se puede leer, están muy deterioradas las páginas.

—¿Y cuál es la historia?

—No sabría decirte con exactitud, está prácticamente ilegible, como si se hubiera caído en una piscina o algo así. A partir de lo poco que he podido leer... —se piensa las palabras Carmen—. La protagonista conoce a un hombre que es un coleccionista de sus fotografías y que consigue enamorarla.

—Como Gabriel y como yo... —no duda en decir Jesús.

—Eso es.

—Pero Luz nunca estuvo enamorada de Gabriel, me parece a mí.

—Imagino.

—Como nunca estuvo enamorada de Juan Martos —reacciona inesperadamente Jesús.

—¿Cómo sabes tú eso? —sorprendida, pregunta Carmen.

—Nos lo dijo.

—¡¿Cómo?!

—Bueno, se lo dijo a Gabriel, por lo menos en dos ocasiones... —le cuesta a Jesús mantener la fogosa mirada de Carmen Puerto.

—¿Dos veces?

—Primero en una carta —titubea Jesús.

—¿En una carta? —no puede creer lo que escucha.

—Antes de citarnos en Lisboa, en mayo de 2001. En la carta venía a decir que Juan Martos la amenazaba con acabar con su carrera si no estaba con él.

—¿Y la otra vez? —no puede ocultar Carmen su impaciencia.

—En noviembre de ese mismo año, estando ya casada. Le dijo a Gabriel que su matrimonio con Juan Martos era una gran mentira. *Soy la protagonista de un secuestro invisible, que no puedo demostrar, pero tan real como si me tuviera recluida en una celda*, recuerdo perfectamente las palabras de Gabriel —relata Jesús con un halo de tristeza, como si se tratara de una tragedia padecida íntimamente.

—¡¿En noviembre, pero dónde?! —exclama Carmen mientras repasa atropelladamente las

fechas y lugares que tiene anotados en sus libretas.

—En Venezuela, Gabriel fue a Venezuela... —confiesa Jesús.

—¿Venezuela?!

—Sí, se fue dos semanas a Venezuela, engañó a sus padres diciendo algo de un concurso o no sé qué, y se fue. Gabriel es así, si se propone algo hace lo que sea por conseguirlo. Me dijo que Luz le envió los billetes de avión —no puede ocultar Jesús la admiración que aún sigue sintiendo por su amigo.

—Noooooo , esto ya es demasiado. Espera, espera, tengo que prepararme un capuchino para despejarme —suspira Carmen a la vez que busca con la mirada la hora en la pantalla del ordenador: 2.50.

- Julia pudo conciliar el sueño pasadas las dos. Muy excitada, le costó dormir. Nada más plegar su ordenador portátil, y sin levantarse de la cama, buscó un consolador en la mesita de noche. Uno muy flexible, de silicona. Después de agarrarlo con las dos manos y contemplarlo como si formara parte del cuerpo de un hombre, lo cubrió con un preservativo de color morado, con sabor a fresa. Se sentó en el borde de la cama y mientras chupaba y mordía el consolador con fuerza, con la mano libre, la derecha, comenzó a masajearse el clítoris. En este momento, dentro del sueño en el que se encuentra inmersa, Julia repite los gestos, la posición, pero ante un hombre al que no puede ver el rostro. Sentada al borde de la cama, en su cama, agarra con sus dos manos el trasero del hombre, que de cuando en cuando aprisiona su nuca con sus dedos y ella los separa cabeceando, molesta. Quiere hacer lo que hace por propia decisión, sin que nadie se lo imponga.

Busca Julia los ojos del hombre, pero como mucho alcanza a descubrir su barbilla, picuda y enérgica, su cuello, esbelto y fuerte. Por un instante creyó ver alguna facción de Antonio en el desconocido, a pesar de que su constitución corporal lo desmintiera. Cuando el sabor del preservativo ha desaparecido, Julia intenta retirarlo del pene del hombre, pero éste se lo impide. Son gruesos los dedos, de uñas cuidadas. Esos mismos dedos agarran a Julia de la cintura, con fuerza, siente cómo se hunden en su piel y la obligan a colocarse boca abajo, con las manos y las rodillas apoyadas sobre el colchón. Trata Julia de girarse, descubrir la identidad del hombre que la maneja con tanto vigor, pero sus manos se lo vuelven a impedir, a la vez que empuja su frente, su nariz, todo su rostro contra el colchón. La penetra el hombre violentamente y a medida que avanza en la velocidad de sus movimientos más aplasta la cabeza de Julia contra el colchón. Se siente muy incómoda, presa, le cuesta respirar, lanza sus manos y brazos hacia atrás, buscando liberarse, pero no alcanza a su objetivo. No puede gritar Julia, a pesar de intentarlo con todas sus fuerzas, siente cómo su nariz y boca comienzan a expulsar saliva, sangre, mucosidad, presiente una muerte segura e inmediata y el hombre no deja de penetrarla, con una fuerza y violencia inusitada, buscando más el dolor que el placer.

Desfallecida, asfixiada por la falta de aire y por la acción de sus propios fluidos, que le taponan la nariz y la boca, en un segundo que deja de sentir la opresión de los dedos sobre su cabeza, Julia puede apoyar la barbilla sobre el colchón, levantar ligeramente el cuello y volver a llenar sus pulmones de aire. En ese instante de apenas un segundo, entre el vapor que ha generado su propio cuerpo, entre su pelo que actúa como una difusa y tupida cortina, puede ver Julia al otro lado de la cama un objeto que en un principio no logra identificar pero que, sin embargo, le resulta familiar. Azul, alto, redondo, grande, finalmente puede

reconocerlo: una de las cubas en las que han encontrado los cuerpos de las víctimas, sumergidos en ácido sulfúrico.

Sobresaltada, empañada en sudor, despierta Julia. Como si continuara dentro de la pesadilla, siente que le falta el aire, que su respiración no es la habitual, forzada, atropellada. Sin embargo, a pesar del estado en el que se encuentra, de los latidos de su corazón, que son martillazos que pretenden abrir una salida desde su interior, se alegra de que solo se trate de una pesadilla. La ha sentido en toda su cruda realidad, siente aún la opresión de esos dedos, la ausencia de aire, el olor del ácido.

Enciende Julia la luz de la mesita junto a la cama y busca con la mirada la localización del ordenador portátil, en el suelo, junto a unas chanclas de goma negra. Se lo coloca sobre las rodillas y apoya la espalda contra el cabecero de madera. Necesita dejar de pensar en la pesadilla, ocupar su mente, sentirse acompañada. Nada más desplegar la pantalla descubre que el chat en el que participaba siguió activo durante varios minutos más.

Espero que no te arrepientas , puede leer en la última entrada. Sin esperar respuesta, escribe Julia:

—¿Arrepentirme de qué?

No han pasado más de cinco segundos cuando obtiene la respuesta.

—¿Una pesadilla?

La pregunta desconcierta a Julia, que durante un instante se piensa responder.

—No.

—¿Seguro? —aparece inmediatamente en la ventanita.

—Ya sí que me voy a la cama —escribe Julia, incómoda con la conversación.

—Te arrepentirás.

—¿De qué? —enfadada, escribe Julia.

—Lo sabes.

—Me estás tocando el coño ya.

—Eso es lo que quisiera.

—Adiós.

—Sé que te gustaría.

—Tal vez, pero no contigo.

—Conmigo más.

Julia pliega la pantalla de un manotazo y toma un libro de la mesita. Comienza a leer. También lee, en este momento, y también en la cama, Jaime.

—¿No vas a apagar nunca la luz? —le preguntó su esposa, Sonia, hace media hora, justo antes de dormirse.

—Tengo que aprender a manejar la mierda esta —y Jaime le mostró las *Google Glass* .

—Si no estás trabajando estás preparándote para trabajar — le reprochó Sonia con voz cansada.

—¿Qué quieres que te diga?

—Tantas cosas... —susurró Sonia, pero Jaime no la escuchó.

• Carmen Puerto apura el capuchino, todavía caliente, y Jesús se frota los ojos. El cansancio comienza a ser una evidencia en su rostro.

—¿Estás cansado?

—Apenas he dormido desde que volví de San Sebastián... — responde con voz

entrecortada.

—Imagino.

—Sigo viendo a ese hombre a todas horas... —se muerde los labios antes de continuar—, creo que ayer me siguió hasta mi casa —confiesa.

—¿Pero lo llegaste a ver?

—Lo sentí cerca, en el portal...

—¿Lo sentiste? —no termina de comprender Carmen.

—No lo vi, no, no lo vi, pero sé que estaba detrás mía, creo que pude escucharlo... —insiste Jesús.

—¿No crees que puede tratarse de tu... de la sensación de miedo que aún permanece dentro de ti? —procura Carmen ser meticulosa con sus preguntas.

—Lo sentí, es lo único que puedo decirte.

—Además del cansancio acumulado...

Jesús, con los ojos enrojecidos, mira fijamente a Carmen, que permanece en silencio, a la espera.

—No lo sé —finalmente dice.

—¿Quieres que descansemos un rato? —le propone Carmen.

—Lo que tú digas.

—Mañana tenemos que estar muy despiertos, será un día muy largo —reflexiona ella en voz alta.

—Lo que digas.

—Es mejor, sí.

Carmen busca con la mirada a Karen, que permanece en su silencio eterno, siempre sonriente. Las dos bañistas, entre las dunas, prosiguen su camino plácidamente.

—Vete a mi cama, estarás más cómodo —sugiere Carmen.

—No, no, yo estoy bien aquí, de verdad.

—No me importa...

—Que no.

—Como quieras —no insiste Carmen, consciente de que no aceptará su ofrecimiento.

—Estoy bien aquí —y cierra los ojos.

—Si necesitas algo...

—No te preocupes.

Antes de abandonar el salón, Carmen le dedica una última mirada a Jesús. La sensación de fragilidad que le transmite es mayor en este momento. Encogido, indefenso, abrazado a él mismo, trata de conciliar el sueño.

SÁBADO, 7 DE JUNIO DE 2014. 4 H.

Pasadas las tres de la madrugada, Carmen Puerto abandonó el cuarto de baño. Por las inusuales circunstancias no ha seguido el orden de cualquier otra noche, antes de irse a la cama. No ha fumado un último cigarrillo de marihuana, no se ha demorado frente al espejo, un leve masajeo con *Genifique Repair*, no se ha despedido de Karen al abandonar el salón, aunque le ha guiñado un ojo aprovechando que Jesús no la miraba. Tan solo ha respetado el chocolate, dos onzas, 72% de pureza.

Tumbado en el sofá, los pies apoyados en el suelo, la espalda sobre los grandes cojines, fingía dormir o intentarlo mientras contemplaba los metódicos movimientos de Carmen. Menuda, guapa a su manera, balanceándose dentro del chándal, así la contempla Jesús; se siente cómodo a su lado. Puede que cómodo no sea la palabra: seguro, protegido, comprendido, acompañado. Acompañado, tal vez sea la palabra más cercana a la definición de lo que siente.

Una vez solo, Jesús se reincorporó y examinó la habitación con más detalle. Trató de calcular la posición exacta de su peluquería, la ubicación del sillón de pelar, del almacén, y pudo saber el lugar exacto en el que Carmen pasea en círculos cuando está nerviosa, donde taconeá, justo delante de donde se encontraba tumbado, bajo la mesa, cuando tiene el teclado entre las manos. Le hubiera gustado a Jesús levantarse y examinar los cientos de libros y películas que se apilan en la librería de enfrente. Buscar todos esos títulos de Dylan Thomas y de Alex Katz, y de tantos otros autores, que le ha comprado en estos cinco años. Desde la distancia, a través de la penumbra, también pudo ver infinidad de libros que no han pasado por sus manos, que con toda seguridad llegaron en esos paquetes perfectamente embalados.

Contemplar las libretas escritas por Carmen, los bolígrafos, el tabaco, los librillos de papel, provocó en Jesús una extraña sensación de familiaridad, de cercanía, ya que todos esos objetos pasaron previamente por sus manos. Lo mismo le sucede con el chocolate, que también él comenzó a comprar después de hacerlo para Carmen, su anónima «casera», a la que ha atendido durante los últimos cinco años.

Y, sobre todo, una vez solo pudo examinar con más detenimiento, con esa ansiedad del coleccionista, que es una boca abierta y hambrienta en las entrañas, todas las fotografías y apuntes que de Luz Márquez se desparraman sobre la mesa. Muchas de las imágenes le resultaron familiares, forman parte de su extensa colección, pero hay algunas, pocas, que no había visto hasta ahora y que ha disfrutado, admirado, como si se tratara del mayor de los tesoros, un manjar para escogidos.

Examinando las novelas de Rocío Altamirano y de Osvaldo Cartagena, que le son tan conocidas, descubrió las anotaciones de Carmen Puerto. Frases subrayadas a las que él nunca prestó atención, diálogos que no considera interesantes, que no son fundamentales en el conjunto de la historia.

Hasta que no la conoció su definición del amor era un libro en blanco.

Era puntual por una concepción primaria del tiempo, por generosidad, por respeto.

Sabía que me fascinaba contemplarla mientras se pintaba las uñas, lo hacía con frecuencia, mirándome a escondidas.

Existe una parte violenta del amor que nos empeñamos en esconder.

Trataba de leer las anotaciones en las fotografías que reproducen algunos fragmentos del guion que Osvaldo Cartagena, supuestamente, había escrito para Luz Márquez cuando la luz de la pantalla de un viejo Nokia 6230, en la esquina más alejada de la mesa, reclamó su atención.

Desde la distancia, pudo ver cómo unos segundos después la pantalla se apagaba. El teléfono estaba colocado sobre una carpeta verde, una de esas carpetas que Carmen le ha encargado con frecuencia a lo largo de los años. Con cuidado, empujado por la curiosidad del coleccionista que lleva dentro, la acercó a su lado.

Nada más abrirla, un dolor seco y punzante se coló en el interior de Jesús, un dolor afilado y real que seccionó sus órganos, así lo sintió, nítidamente. Ante sus ojos, lo que nunca habría deseado contemplar, esa imagen que ha sido la gran protagonista de sus peores pesadillas, pero que premeditadamente nunca ha recreado en su imaginación. Luz Márquez muerta, desnuda, congelada. El pelo rubio y apagado, como el de una muñeca olvidada en un trastero, aplastado contra su cráneo, los ojos cerrados, la piel extremadamente pálida, casi blanca, granulada, los labios contraídos, amoratados, epicentro de una constelación de arrugas.

No pudo evitar Jesús comenzar a llorar, inundado por un dolor y una pena amargas, intensas, sobrecogedoras. Tuvo que llevarse las manos a la boca y así acallar el lamento que pretendía escapar de su garganta. Padeció Jesús en su momento, fueron días muy duros, el fallecimiento de Luz Márquez. Se recuerda abrazado a Gabriel y a Rocío durante horas, llorar sobre sus hombros, compartir la pérdida. Todo ese dolor regresó de repente, como si nunca se hubiera marchado y esperara la ocasión perfecta para reaparecer.

Solo durante unos segundos pudo contemplar Jesús las imágenes de Luz Márquez muerta, demasiado doloroso. Las imágenes y los fragmentos del guion de Osvaldo Cartagena le conducen hasta los recientes asesinatos que han convulsionado al país. Lee los datos que encuentra de Lucía Sánchez y de Verónica Caspe. No encuentra relación alguna con Rocío hasta que lee una anotación a lápiz de Carmen Puerto:

Videos de Lucía con vestidos de Luz Márquez.

A su mente regresan las imágenes de su viaje a Lisboa, junto a Gabriel. Una vez más, a pesar de los años transcurridos, puede verse otra vez en aquel vetusto hotel, tomar el ascensor con puertas de cristal, recorrer los pasillos tapizados de un color cardenalicio hasta media altura, y puede verse, nuevamente, dentro de aquella habitación, elegante y añeja, como de otro tiempo. La colcha de piel de cebra, el cabecero tapizado en un turquesa amplificado, la cómoda con adornos egipcios.

Y ahora, en este preciso momento, Jesús sueña que camina junto a Gabriel por el hotel lisboeta. La vieja Nikon de su padre cuelga de su cuello, tal y como cuelga del cuello de Idoia Gaztelu en la fotografía que Pedro Ginés mostró en el programa de televisión. Es un sueño vaporoso y cálido, los pies de ambos no pisan el suelo, no sienten la gravedad, están felices, radiantes, y nerviosos, anticipando ese gran momento que han esperado durante tanto tiempo. Recorren el largo y oscuro corredor sin percibir ese aroma a antigüedad, a pisadas anónimas y humedad que les envuelve, sin temor ante lo desconocido, que ellos intuyen como la cima de la felicidad. Por fin la habitación 308, a la izquierda. Llaman y nadie responde, el pomo gira, la puerta está abierta. Una vez dentro, la penumbra del dormitorio, el olor a glicerina y un frío desconocido los reciben. Buscan un interruptor palpando en las paredes cubiertas por un papel pintado de tacto pegajoso. Gabriel encuentra uno, una bombilla cansada y amarillenta les muestra a Luz Márquez desnuda y de un rubio apagado y pegado a su cuello, inerte, tumbada sobre la cama.

No quieren creer lo que presienten. Gabriel y Jesús se acercan hasta ella, muy despacio, de puntillas, como si temieran despertarla. Pero no está dormida, lo descubren al tocarla, al gritarle en los oídos, al tirar de su punzante pelo. Muerta y congelada, pálida, blanca. Contraídos todos los músculos de su cuerpo, los ojos, artificiales, como los de una muñeca en el escaparate de un anticuario, completamente abiertos. Hermosos y fríos. Tratan de mover sus piernas y sus brazos,

pero les es imposible, rígidos, inflexibles, inmóviles.

Frente a la cama, perfectamente alineados y planchados, como colocados para ser utilizados en cualquier momento, tres vestidos. Rosa ácido, de exagerado escote de pico; de gasa blanca, brazos y hombros al descubierto; de raso negro, brillante. Gabriel se acerca a ellos, los acaricia como si se trataran de una piel delicada, los huele, los coge y los va dejando caer sobre su antebrazo izquierdo. Jesús lo contempla desde la distancia, incrédulo, trata de detenerlo cuando suenan golpes en la puerta. Una voz pregunta si puede pasar. Jesús y Gabriel tras un sofá, pisadas que se acercan, un grito de terror, pisadas que se alejan. Jesús y Gabriel comienzan a correr, sin tener en cuenta lo que dejan atrás y lo que se pueden encontrar en el próximo metro, solo desean escapar, huir, cuanto antes. Cuanto antes.

Jesús despierta empapado en sudor. El corazón le late como si la carrera de la pesadilla hubiera sido real. Desde la distancia contempla horrorizado la carpeta con las fotografías que muestran a Luz Márquez muerta y congelada. Toda su piel se eriza, siente el frío en las yemas de los dedos. Quiere apartar de su mente la piel pálida, los labios amoratados, las mejillas punzantes y los vidriosos e inertes ojos abiertos que ha contemplado en las fotografías y de una manera más real en la pesadilla que acaba de padecer. Se reincorpora y descubre que la luz de la cocina está encendida, imagina que Carmen Puerto ya se ha despertado.

Procurando hacer el menor ruido, Jesús se acerca hasta la puerta de la cocina. Puede ver a Carmen de espaldas, tan solo cubierta por unas bragas y sujetador de algodón blanco, manipula algo sobre la encimera. La cancela del lavadero está abierta, la llave dentro de la cerradura.

—Carmen —la llama Jesús en voz baja, pero no obtiene respuesta.

Repite su nombre, a mayor volumen, con idéntico resultado.

No sabe qué hacer Jesús, que avanza hasta ella con paso dubitativo. Se sitúa a su lado y la descubre aflojando un tornillo de la parte inferior de *My Little Pony*. Coloca las pilas una vez y otra hasta que su voz infantil vuelve a sonar, *hola, me encanta reír y jugar*. El sujetador está empapado en sudor y puede ver, a través de la tela mojada, el tamaño y color de sus pezones. Pequeños, puntiagudos, sonrosados.

—Carmen —insiste Jesús, le toca levemente el hombro izquierdo.

Carmen Puerto gira el cuello y sus ojos, muy abiertos, sin pestañear, se encuentran con los de Jesús, que la contempla estupefacto, asustado por su reacción: inerte y silenciosa, gélida. La mirada perdida, los movimientos dotados de un sesgo artificial, robotizados en cierto modo. Agarra a *My Little Pony*, accede al lavadero, asciende cuatro peldaños de la escalera de caracol, regresa a la cocina y gira la llave dentro de la cerradura de la cancela. Abandona la cocina sin prestar la menor atención a la presencia de Jesús, recorre el salón, el pasillo, entra en su dormitorio y se deja caer en la cama. Jesús sigue a Carmen en su sonámbulo recorrido. Ahora la puede ver profundamente dormida, como si no hubiera dejado de estarlo en las últimas horas. Un ordenador portátil, a su lado, parpadea sus diminutas luces en el frontal, junto a dos libretas de pastas verdes.

La habitación en penumbra, mínimamente iluminada por una lamparita que cuelga de una esquina del cabecero. En la mesita de noche se apilan más de una docena de libros. Frente a la cama, una bicicleta elíptica sobre la que descansan varias prendas: un chándal, un par de camisetas, un vestido negro. En una estantería, cerca de la primera ventana, más libros, novelas la mayoría.

Pasa Jesús unos segundos contemplando a Carmen. Es la mujer a la que ha entregado una parte de su vida durante los últimos cinco años. Ahora, frente a sus ojos cerrados, la intuye frágil, indefensa. Le gustaría tumbarse a su lado y abrazarla, recorrer su pelo con sus manos, respirar su

olor, acariciarle las mejillas y decirle al oído: *no te preocupes, estoy aquí, no tengas miedo, estás a salvo* .

En este instante de contemplación, no sabe Jesús por qué extraño vínculo, regresa a su memoria la imagen de su madre. Pero la imagen que conserva en su memoria, previa a la enfermedad. Una imagen que le muestra a una mujer fuerte, contundente, austera en cariño, económica en palabras, de pelo muy blanco, siempre recogido en una coleta redonda, en la parte final de la nuca. Puede ver a su madre en la puerta de la cocina, así lo esperaba todos los días al mediodía, al mismo tiempo que contempla a Carmen Puerto, cuando la alarma del teléfono móvil se activa con *Sheena is a punk rocker* , de los Ramones, que suena con estruendo en el silencio de la habitación.

Instantánea y automáticamente, como si se tratara de exactos artefactos mecánicos, Carmen Puerto abre los ojos y lo primero que ve es la espalda de Jesús, que abandona a toda prisa el dormitorio. No reacciona Carmen, permanece tumbada dentro de la cama, inmóvil, convencida de que la imagen de Jesús —su espalda en huida— pertenece al sueño del que acaba de despertar. Cierra los ojos y regresa a ese hotel decadente y elegante. De nuevo en esa habitación oscura y húmeda de paredes empapeladas de un rojo cardenalicio hasta media altura. Hay un hombre tumbado en la cama, con el torso desnudo, moreno y atlético, al que no puede ver el rostro, que la contempla desde la distancia. Carmen se encuentra de pie, junto a una cómoda con espejo redondo, completamente desnuda. El hombre le ordena que se coloque uno de los tres vestidos que hay a los pies de la cama. Carmen obedece, el rosa cae suavemente desde sus hombros, cubriendo su cuerpo. El hombre comienza a fotografiarla, utilizando una cámara negra, un antiguo modelo de Nikon que le cuelga del cuello. Respira profundamente, muy excitado, le pide a Carmen que se cambie de vestido.

—Hazlo muy despacio —le ordena con voz entrecortada.

Carmen lo hace a pesar de la sensación que la invade. Es un placer sucio, feo, abominable en cierto modo. Manipulada y frágil ante el objetivo de la cámara que el hombre no cesa de pulsar, como si necesitara perpetuar cada instante. Tras ponerse el último vestido, uno de gasa blanca, el hombre le indica a Carmen que se dé la vuelta y que apoye las palmas de las manos sobre la cómoda. Nada más hacerlo, escucha el leve mugido del colchón, pasos afónicos sobre el suelo, una respiración agitada que se acerca. Por fin el pecho del hombre contra su espalda, abarcando toda la superficie, siente su calor, el contorno de su musculatura. Las manos del hombre se instalan en sus pechos, los acaricia enérgicamente a través del vestido, durante unos segundos. A continuación las manos se dirigen a su trasero, levantan el vestido hasta la espalda y comienzan a acariciarla interiormente, sin preámbulos. Carmen escucha el sonido de la cámara fotográfica, instintivamente gira el cuello y descubre a Jesús, junto a la puerta, en el mismo momento que vuelve a sonar el recordatorio de la alarma de su teléfono móvil, *Sheena is a punk rocker* .

—Mierda —maldice al descubrir que pasan veinte minutos de las ocho de la mañana.

Se viste con el chándal azul marino que dejó a los pies de la cama, tirado en el suelo, y se dirige al salón, donde encuentra a Jesús sentado en el sofá, en la misma posición que lo dejó antes de acostarse, con un gesto de preocupación, casi de angustia, en el rostro que le es imposible disimular.

—¿Te ocurre algo? —le pregunta.

—No, nada —responde con el tono, huidizo, del niño que es descubierto tras cometer una travesura.

—No sé...

—Nada, te lo aseguro, nada —insiste Jesús, aliviado. Todo parece indicar que Carmen no

recuerda la escena que se ha producido, hace solo unos minutos, en su dormitorio.

Como cada mañana, antes de acceder al cuarto de baño, Carmen se dirige al lavadero, para encontrarse con *My Little Pony* en la escalera de caracol, que le dedica su saludo infantil. *Tengo muchas cosquillas*. En la cocina, introduce una taza con agua en el microondas.

—¿Quieres un capuchino? —pregunta en voz alta.

—Sí —responde Jesús, que sigue todos sus movimientos, empujado por la curiosidad.

—Ah, estás ahí —y busca una taza.

—¿Has dormido bien? —le pregunta con la vista puesta en la colección de tarros de capuchino que ocupan buena parte de la encimera. No le extraña: nunca faltaron en las listas de la compra.

—Poco, pero bien —responde Carmen, y le dedica una forzada sonrisa.

—He visto, entre las carpetas de la mesa, las fotografías de Luz muerta —le reconoce con tono triste.

—Vaya... —lamenta—, las hemos encontrado en una propiedad de Idoia Gaztelu, imagino que las tiene que haber dejado ese cabrón... —le molesta a Carmen que haya estado a punto de citar al sospechoso, de nuevo, como el *Amante Ácido*.

—¿Crees que la persona que la mató es la misma que ha matado a las tres chicas y que ha secuestrado a Idoia?

—Cabe esa posibilidad, sí, aunque también cabe la posibilidad de que no. No lo tengo tan claro ahora mismo —le responde Carmen al tiempo que le entrega la taza de capuchino.

—¿Por qué?

Carmen Puerto mira fijamente a Jesús, hurga en sus ojos enrojecidos y cansados y le dedica un gesto de ignorancia e impotencia.

—Vamos al salón —le propone.

Por un instante, Carmen ha estado a punto de saludar a la Karen de Alex Katz y compartir con ella el sueño de la pasada noche, pero la presencia de Jesús la ha frenado. Aun así, le dedica una sonrisa cómplice.

Sentados en el sofá, Carmen escribe un mensaje de Whatsapp dirigido a Jaime:

—Dame un toque cuando estés en la estación.

A continuación, selecciona una canción de Van Morrison en Spotify, *Crazy love*, y comienza a liar un cigarrillo de marihuana. La primera calada le proporciona un placer doloroso y gratificante al mismo tiempo. Bebe un trago largo de capuchino que le escuece en la garganta. Jesús examina todas y cada una de sus acciones, tratando de realizar un diario de lo que han sido los cinco años en los que han convivido desde la distancia y el anonimato. Necesita saber y conocer cómo han sido sus días, su vida en este tiempo compartido. Carmen fuma relajadamente, en completo silencio, sin prestar atención a lo que le rodea.

Solo abre los ojos definitivamente cuando aplasta la colilla contra el cenicero.

—Vamos a la azotea —le indica a Jesús con energía renovada, como si la marihuana, el capuchino y la canción, o su combinación, contaran con propiedades revitalizadoras.

—¿A qué?

—Tú ven —y Carmen se acucilla frente a las puertas inferiores de la librería, de donde extrae una mochila negra de nylon.

Jesús obedece. Tras el recibimiento musical de *My Little Pony* en la escalera, acostumbrados a la oscuridad que reina en toda la vivienda, la luz del amanecer impacta sobre sus ojos nada más levantar la trampilla del techo. En primer lugar, como si tuviera memorizados los pasos a dar, Carmen riega a toda velocidad las plantas, deteniéndose especialmente en los pascueros y en la marihuana, que examina durante unos segundos.

—¿Te duran todavía? —le pregunta Jesús señalando los pascueros. Puede que en estos años haya sido el encargo que más le ha gustado realizar. Todas las navidades ha estado tentado de acompañar el pascuero correspondiente de una tarjeta, de un regalo, pero nunca lo ha llegado a hacer.

—No todos —y Carmen le sonrío de manera cómplice.

Luego se arrodilla ante el lateral del arriate que alberga a los pascueros y con mucho cuidado busca en los extremos, en la tierra negra y húmeda, las asas de cuerda.

—Fíjate bien en cómo lo hago —le indica a un sorprendido Jesús.

—¿El qué?

—Mira —le muestra, al tiempo que comienza a levantar el arriate impulsándose hacia arriba con las rodillas flexionadas.

—¿Qué es eso? —pregunta Jesús al descubrir el hueco que tapaban las plantas.

—Jesús, no sabemos lo que puede pasar. Por si acaso, es tu escondite, espero que no tengas que utilizarlo; eso espero... — dice Carmen, y comienza a rellenar la bolsa de nylon negro con los objetos escondidos: varias carpetas de pastas verdes, su chaleco antibalas, grilletes y placa, teléfonos móviles envueltos en una bolsa de plástico, un álbum fotográfico, varios juegos de llaves, latas de comida y botellas de agua, una pistola negra, *HK*, y varias cajas de munición.

—No te entiendo —asustado tras contemplar el arma, balbucea Jesús.

—Solo dos personas saben que estoy aquí, solo dos, y cuando registren la peluquería, puede que esta misma mañana, no tardarán en descubrir el montacargas y vendrán a verme. Y te puedo asegurar que no es bueno para ninguno de los dos que te vean aquí, ¿entiendes? —le explica Carmen, mirándolo a los ojos.

—¿Eso quiere decir que me estás encubriendo? —muy asustado, le pregunta Jesús.

—Eso quiere decir que te estoy defendiendo, que te estoy protegiendo porque creo en ti. Porque no has hecho nada, lo sé. Si creyera que te estoy encubriendo también creería que eres culpable, o sospechoso como poco, ¿entiendes? Y yo no soy una encubridora, tampoco una cómplice —segura de sí misma, dice muy rápido Carmen, agarrando a Jesús de un brazo.

—¿Qué quieres que haga? —convencido, le pregunta.

—Muy fácil: que aprendas a meterte aquí solito —y le muestra el hueco del arriate, ya libre de sus pertenencias.

Durante quince minutos Carmen Puerto instruye a Jesús en los pasos que ha de dar para esconderse adecuadamente. La cuerda de asas, la tierra en perfecto estado, el equilibrio necesario, son asuntos que se repiten y ensayan hasta que considera que Jesús cuenta con la habilidad necesaria.

—Soy bajito —le dice Jesús dentro del hueco, en posición fetal.

—Digamos que estás en la media ibérica.

El teléfono de Carmen Puerto vibra dentro del bolsillo de la chaqueta del chándal. Acaba de recibir la respuesta de Jaime: *Ya estamos en la estación*.

—Esto ya está, vamos para abajo —da por concluido Carmen el entrenamiento de camuflaje.

A diferencia de lo que suele ser habitual, en el cuarto de baño apenas tarda Carmen diez minutos en ducharse, cepillarse los dientes, peinarse y aplicarse un contorno de ojos y una crema hidratante en el rostro. En los cajones inferiores del lavabo busca un cepillo de dientes sin usar.

—Te he encontrado este cepillo, y ahora te traigo unas toallas limpias —le dice a Jesús, al que sorprende examinando, desde menos de una cuarta, la reproducción del cuadro de las bañistas de Alex Katz.

—No te preocupes.

—Toma. Tienes diez minutos, ni uno más, tenemos mucho que hacer. Y por favor, no hables mientras estás en la ducha ni hagas ruidos, tengo que hacer una llamada telefónica —le indica sin tener en cuenta su pudorosa resistencia.

Jesús obedece. La incomodidad de la situación se incrementa notablemente cuando descubre que la puerta no cuenta con pestillo. Busca con la mirada un objeto que entorpezca el acceso. Coloca un pequeño taburete de asiento blanco tras la puerta. Es consciente de que un leve empujón lo desplazaría, pero aun así se siente más seguro, más protegido, más en su mundo. Emplea menos de dos minutos en una ducha de agua fría, menos de uno en secarse y en volverse a colocar la ropa —no le es agradable el olor, no huele a sucio, pero tampoco al suavizante *Flor* que tanto le recuerda a su madre—, menos de uno en el cepillado de dientes, treinta segundos en peinarse, limpiar las gafas y, por fin, retirar el taburete y abrir la puerta. Lo primero que contempla es a Carmen sujetando el móvil con la mano derecha en su oído y pidiéndole silencio, con el dedo índice de su mano izquierda aplastado contra los labios.

—Jaime, yo creo que por *Gmail* lo podemos hacer. Conéctalas y vamos a probar —es lo primero que escucha Jesús.

—¿Ahora? —pregunta Jaime con desgana.

—¿Cuándo va a ser, coño, cuando llegues? —le recrimina Carmen con brusquedad—. Le puedes decir cuando estés en Ayamonte: espérese, señor Martos, es solo un minuto, que voy a intentar aprender a manejar estas putas gafas que me han dado —emplea Carmen una voz que pretende ser ridícula.

—A Julia se le dan mejor los cachivaches estos —sugiere Jaime, ante la mirada de la citada, que niega moviendo la mano derecha.

Carmen tarda un par de segundos en responder, pensativa, evalúa la propuesta.

—Me da igual quién las lleve puestas —acepta sin entusiasmo.

Así la tendré que ver menos, piensa.

Sin mediar palabra, Jaime le pasa el teléfono a Julia, sentada a su lado, que acepta con evidente desagrado.

—¿Sabes cómo va esto? —le pregunta Carmen Puerto a Julia, nada más escuchar su voz.

—Algo he leído —responde, trata de repetir el mismo tono tosco y distante de Carmen.

—Prueba con mi cuenta de *Gmail*, desviándola desde la tuya. Primero te tienes que conectar a la tuya —le indica, muy seca. Le sorprende a Jesús el cambio que se ha producido en Carmen, tanto en gesto como en el tono de su voz desde que ha iniciado la conversación con Julia.

—Vamos a intentarlo —tras detectar las *Google Glass* como un nuevo dispositivo, accede Julia a su cuenta de correo desde su *Ipad*. En la barra de *contactos* selecciona *Carmen Puerto*.

Jesús y Carmen contemplan en la pantalla de plasma el jardín botánico de la estación de Atocha, en Madrid.

—¿Siguen durmiendo las ranas en el borde del estanque? — pregunta Carmen y Jaime y Julia se miran nada más escucharla. Con un movimiento de mano, Jaime le da a entender a su compañera que no pierda la paciencia.

—Todavía no las tengo puestas —responde Julia, tras respirar profundamente, y mira hacia las gafas que descansan sobre sus piernas.

—¿Y a qué estás esperando? —prosigue Carmen con su dialéctica fría y cortante. Jesús la contempla al lado, sentado en el sofá, entre asustado y sorprendido.

En la pantalla se pueden ver ahora los dedos de Julia, y un plano borroso, provocado por un veloz movimiento.

Julia no responde. Cubre sus ojos, brillantes de la furia que alberga en su interior, con las

Google Glass . Nada más hacerlo, descubre una nitidez desconocida, colores intensos, luces brillantes, a la vez que diferentes dígitos aumentan y disminuyen a toda velocidad, en los extremos de las lentes.

—Coño, Jaime, cada día te pareces más a Hilario Pino —no puede reprimirse Carmen nada más ver a Jaime en la pantalla.

—¿Y a Bruce Willis no? —reacciona Jaime, mirando muy fijamente las gafas, que ensombrecen los ojos de Julia.

—Un poco, también, en *La jungla* —y Carmen le sonrío a Jesús, que no entiende la broma, ya que no descubre ningún parecido entre los citados.

—Es una de las «sonrisas» de Alex Katz, ¿no? —pregunta Julia, al contemplar el cuadro tras la cabeza de Carmen, en un instante en el que se ha girado.

Descubre Carmen que ha olvidado desconectar la cámara de su ordenador y que en este mismo momento Julia la está observando, y puede que también lo esté haciendo Jaime. Un pánico desconocido, punzante, atraviesa a Carmen Puerto en una décima de segundo. Sin dudarle, completamente indefensa, localiza el dispositivo en el panel de control y lo desactiva. Es la primera vez que una imagen de la vivienda en la que habita desde hace cinco años escapa al exterior.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Julia.

—Provoca interferencias —trata de mantenerse Carmen en su brusquedad habitual a pesar del estado de excitación en el que se encuentra.

—Se veía perfectamente, muy nítido, lo que yo te diga —irónica, Julia.

—Tú sigue probándolas para que aprendas a manejarlas correctamente. Volveremos a conectarnos cuando lleguéis a Sevilla. Jaime, ¿sabemos algo de los tipos de Madrid y Sevilla, de los tales Jesús y Gabriel? —le pregunta en el momento que deja de ver su imagen en la pantalla. Le guiña a Jesús.

—Poca cosa. Gente muy normal. Gabriel trabaja como informático y Jesús es peluquero, no están fichados. Hemos comenzado a rastrear sus líneas y cuentas, vamos a registrar sus domicilios, entiendo que en menos de una hora —mientras Jaime responde no puede apartar la vista de Julia, que hace lo imposible por controlar la carcajada que crece en su interior.

—Cuanto antes, mejor —miente Carmen.

—Claro.

—Hablamos.

—OK.

—Si hay algo nuevo me mandas un mensaje.

—No lo dudes.

—Mierda —se lamenta Carmen nada más finalizar la conversación.

—¿De qué coño te ríes? —le pregunta Jaime a Julia, que por fin puede reír abiertamente.

—La pirada se ha dejado la cámara abierta.

—¿Y?

—La he podido ver.

—¿Y?

—Desmejorada, vieja, fea y puede que algo más gorda —no duda en decir Julia, a pesar de que no es esa la imagen que ha podido contemplar.

—Tú no la llegaste a conocer.

—Ya, pero sí que la vi varias veces, era la estrella de la comisaría, hasta en la academia se hablaba de ella, hasta que...

—¿Nos vamos ya? —incómodo, se pone en pie Jaime dando por concluida la conversación.
—¿Nunca me lo vas a contar? —le agarra Julia la mano a Jaime y busca su mirada.
—No hay nada que contar —se libera de la mano que oprime la suya y comienza a caminar.
—No te entiendo, la verdad es que no te entiendo.
—Soy yo el que no te entiende.
—¿Cómo dices? —le pregunta Julia, a pesar de haberlo escuchado con claridad.
—Que es hora de ponernos a currar: el tren se va —muy brusco, dice Jaime, y comienza a caminar en dirección a la puerta de embarque sin esperar a Julia.
—Ya...

- Carmen, en la cocina, mientras espera que se caliente el agua de dos tazas en el microondas, pulsa el botón de encendido de la vitrocerámica. Sigue sin funcionar. Mira en el interior del frigorífico y calcula que tendrán comida para un par de días, para tres si recolectan algunos calabacines o una col en la azotea. Regresa al salón portando una bandeja azul marino de plástico con las dos tazas con capuchino y un plato con algunas galletas integrales.

—Vamos a comer algo antes de ponernos a trabajar —le propone a Jesús, que sigue en el sofá.

—Antes te he escuchado nombrar a Juan Martos.

—¿Sí?

—¿Dónde está?

—Volvió a España hace unos meses —le informa a Jesús, sorprendida por su repentino interés.

—Gabriel siempre ha estado convencido de que fue él quien mató a Luz Márquez. Decía que era un hombre muy celoso, muy posesivo, que no soportaba que ella estuviera con otros hombres, aunque fuera actuando, en la pantalla. Gabriel lo llamaba *el asesino* —y Carmen proyecta una fotografía del millonario en la pantalla de plasma.

—¿Qué más sabes de él?

—Lo que se contaba en las revistas y en los programas, que era un hombre muy poderoso, que lo controlaba todo, que tiene muchos amigos, dicen que el Rey, Aznar, el del Santander. Algunos envidiosos decían que pagó la carrera de Luz, pero eso es mentira, habría llegado a estrella del mismo modo, tanto si lo hubiera conocido como si no. Era muy buena actriz. La mejor —controla Jesús su entusiasmo al cruzar sus ojos con los de Carmen Puerto.

—¿Qué te contó Gabriel de su viaje a Venezuela?

—No mucho, la verdad, solo que no pudo hablar con Luz hasta pasados tres o cuatro días después de llegar, que le costó mucho, y es que, según le contó ella, Juan Martos la estaba controlando todo el rato, no la dejaba ni a sol ni a sombra —relata Jesús, especialmente inquieto.

—¿Nada más?

—Poco más, me habló de comidas, paisajes, que pasó mucho tiempo esperando, nada más —se piensa Jesús las palabras—. Y que me hizo prometerle que nunca le diría nada a Rocío.

—¿Por?

—Imagino que para que no tuviera celos, quiero imaginar... —deduce Jesús.

—¿Ya estaban saliendo?

—Todavía no.

—Ya, ya. Retrocedamos: ¿seguisteis con las cartas? —deliberadamente, tras repasar sus propias anotaciones, Carmen Puerto retoma la conversación de la pasada noche—. ¿Cómo fue el viaje a Lisboa?

—Antes fuimos a San Sebastián, se me olvidó contártelo — las mejillas de Jesús enrojecen en un segundo.

—¿Cuándo?

—En septiembre de 2000, para el estreno de *Veracruz*. Pero pasó igual que en Sevilla, tampoco estuvimos con ella —anticipa Jesús.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Carmen.

—Pues eso, que la vimos cuando estuvo posando para los fotógrafos en la playa, que Elvira Tapia volvió a acercarse a Gabriel para fijar una cita en una cafetería, en esta ocasión, que fue solo, para que no pasara lo de Sevilla; pero tampoco apareció, y eso que la estuvo esperando tres horas por lo menos —cuenta Jesús.

—¿Nada más?

—Nada más, eso. Bueno, sí, que vimos a Osvaldo Cartagena, estaba en el grupo que iba con Luz, lo vimos desde la distancia.

—¿Llegasteis a conocerlo?

—No, no, yo no.

—¿Tú no y Gabriel sí?

—Yo creo que no. Me lo habría dicho, creo...

—¿Algo más que recuerdes de ese viaje? —insiste Carmen.

—Nada más. Bueno, un mes o así después nos llegó, le llegó, quiero decir, una carta de Luz pidiéndole disculpas, que le había surgido un imprevisto, le decía.

—¿Lisboa?

—¿Lisboa? —Jesús fabrica un gesto colmado de amargura—. Gabriel estaba cada día más obsesionado por Luz, a pesar de lo de San Sebastián, pero él siempre tenía una explicación para todo. No sé si me explico bien, a lo mejor yo también estaba obsesionado, pero de otra manera. Él estaba completamente enamorado, hasta las trancas, y además es que estaba convencido de que ella también lo estaba o algo parecido.

—Como en *El amante anónimo* —expone Carmen.

—Eso parece...

—Ya no te interrumpo más, sigue, por favor —pide.

—La carta que le llegó a Gabriel, la de la cita en Lisboa la tengo en casa, si pudiera te la enseñaba ahora mismo; la recibimos en mayo de 2001, después de que nos hubiera respondido unas cuantas cartas y le hubiéramos enviado un ramo de flores todos los meses. Nos citaba, lo citaba, en un café del barrio del *Chiado Bajo*, en *La Brasileira*. Y nos explicaba cómo sería el contacto: *El camarero viejito te indicará dónde nos encontraremos*.

—¿*El camarero viejito*, eso qué es? —sorprendida, pregunta Carmen, a la vez que ensaliva el borde de un papel de fumar.

—Sí, sí, comprendo que te parezca extraño, porque a mí me lo sigue pareciendo, a pesar del tiempo que ha pasado. Todavía no me explico cómo dejé que me convenciera para ir a Lisboa después de lo de San Sebastián, que fuimos para nada, es que todavía no me lo puedo explicar, de verdad. Mira que antes de salir ya sabía yo que aquello no era normal, que nada bueno nos podía pasar, pero es que... —vacila y reniega Jesús al mismo tiempo.

—¿Y por qué fuiste? —pregunta Carmen, más por curiosidad que por considerar relevante la información.

—Pues porque Gabriel me convenció, sabía cómo hacerlo, el puñetero siempre lo consigue. Cuando se propone algo es el tío más insistente del mundo, lo que yo te diga. También porque él ha estado a mi lado siempre que lo he necesitado, siempre, nunca me ha fallado—. Jesús, acongojado, necesita dejar de hablar unos segundos; Carmen lo observa en silencio—. Y nada, para allá que nos fuimos, que yo no sé la de horas que echamos hasta que llegamos, una cosa mala. Y, como ponía en la carta, nos fuimos a ver al *camarero viejito* en un bar muy célebre de allí, muy antiguo, *Brasileira*.

—Sí, lo conozco —comenta Carmen, y durante una décima de segundo puede verse, y sobre todo sentirse, abrazada a un hombre de pelo canoso, en una brumosa y húmeda mañana de otoño, caminando por una calle adoquinada, con olor a castañas y batatas asadas. Un recuerdo agradable.

—Yo, te lo tengo que reconocer, fui porque Gabriel se puso como se puso —insiste Jesús en mostrar su recelo inicial—, y también porque, es la verdad, tenía la esperanza de conocer a Luz Márquez, a pesar de todo, y es que las cartas eran tan reales, tan... No sé cómo explicarlo, que todo te empujaba a pensar que realmente quería conocernos, bueno, conocer a Gabriel, quiero decir. Eso sí es verdad, eso no fue una invención de él, había interés, ya te enseñaré las cartas para que veas que no estoy exagerando en nada. Y era normal que a una mujer como ella, con la vida que llevaba, le pudiera surgir un imprevisto, como nos decía le había pasado en San Sebastián, lo más normal del mundo...

—Cuéntame lo que pasó —le apremia Carmen, con el lápiz en la mano.

—Pues nada, que con un ramo de flores que compramos esa misma mañana, fuimos a la cafetería a la hora y el día que nos dijo en la carta. La verdad es que llegamos dos horas antes, por lo menos, como poco. Yo me quedé retirado, así como a cinco o seis metros, para que no nos pasara lo que habíamos creído que nos había pasado en Sevilla. Recuerdo que comencé el carrete nuevo de la cámara haciéndole unas fotografías a Gabriel desde la distancia, que ese día se había puesto una chaqueta azul marino de su padre, con una camisa blanca. Y como estábamos tan nerviosos, nos iba a dar algo, yo creo que casi una hora antes nos fuimos a buscar al *camarero viejito* que nos decían en la carta, que era fácil de reconocer, que el hombre debía tener setenta años por lo menos, así muy blanquito, muy poca cosa, con un bigotito —acompaña Jesús sus palabras de rápidos movimientos de manos con los que trata de representar las imágenes.

—¿Estaba allí?

—Sí, sí, de verdad, y nada más presentarse Gabriel se sacó un sobrecito blanco de un bolsillo de la chaqueta negra, y se lo dio.

—¿Un sobre?

—Sí, un sobre con una carta de Luz, diciéndonos que nos fuéramos, que fuera Gabriel para el *Hotel Británico*, muy cerca de la Avenida de la Libertad, y que directamente entráramos, bueno, que entrara él, claro, en la habitación 308, que solo diéramos tres golpes en la puerta, que allí estaba ella esperando, y que solo tenía unos minutos para estar con él — narra Jesús muy acalorado, como si viviera de nuevo el instante.

—¿Habitación 308? —pregunta Carmen, le resulta familiar el número, de una manera que no puede explicar.

—Sí, 308, siempre lo recordaré.

—Muy extraño, ¿no? —le sorprende a Carmen Puerto, igualmente, que una persona como Jesús se viera envuelta en semejante asunto.

—Bueno, eso lo puedo pensar ahora, claro, pero cuando pasó lo vi todo muy normal, la verdad. Yo creo que porque era muy joven y, sobre todo, porque aquello se parecía mucho a una de esas telenovelas que tanto nos gustaban y que estábamos tan acostumbrados a ver. Era como si no nos extrañase que pasara en la vida real, creo yo, por buscarle una explicación —se justifica Jesús con lo primero que se le ocurre.

—Ya, ya, sigue, por favor.

—Imagina lo que tardamos en llegar al hotel, tampoco es que estuviera tan lejos, pero sí que había un trecho. Recuerdo que la cámara fotográfica me iba pegando golpes en el pecho todo el tiempo, pero una cosa mala. En unos quince minutos, más o menos, llegamos. Era un hotel muy antiguo pero muy bonito, muy bien decorado, con unos muebles muy raros pero con pinta de buenos. Como nos decía en la carta, no paramos en la recepción, nos fuimos directamente a la habitación sin que se dieran cuenta los botones. Recorrimos un pasillo muy largo, con las paredes muy rojas, hasta que dimos con la habitación 308.

—¿Un pasillo muy largo con las paredes rojas? —Interrumpe Carmen a Jesús, impresionada por la narración. Recientes imágenes se cuelan en su cabeza, representando sus palabras.

—Sí, era como de película, de verdad, de película. Y como nos ponía en la carta dimos los tres golpes y entramos en la habitación. Estaba a oscuras, apenas se veía nada, menos mal que Gabriel no tardó en dar con el interruptor de la luz. Había muchos muebles, muy bonitos y elegantes, y había un pedazo de cama que no te puedes imaginar, como las de las películas, con una manta de cebra —insiste Jesús en la idea. Carmen, en tanto, presiente que escucha una situación que ya le han contado o que ella misma ha visto o vivido—, y sobre la cama había tres vestidos, que ya conocíamos porque Luz los había utilizado en las telenovelas. Empecé a fotografiarlo todo con mi Nikon, los muebles, la cama, los vestidos.

—¿Tres vestidos?

—Sí, uno era como el que lleva Idoia en la fotografía.

—¿Y los otros dos? ¿Negro y rosa? —pregunta Carmen.

—Sí, ¿cómo lo sabes? Negro y rosa —no puede disimular Jesús el estupor que las preguntas de Carmen le provocan.

—Sigue, sigue, ahora te lo cuento.

—Buscó Gabriel a Luz pero allí no había nadie, nadie. Cuando llevábamos cinco minutos, más o menos, sonó el teléfono, y durante unos segundos no supimos qué hacer, pero no lo cogimos, y eso que volvió a sonar, dos o tres veces. Gabriel, entonces...

—¿Qué hizo Gabriel?

—Gabriel cogió los vestidos y se puso a acariciarlos, a olerlos, como si quisiera quedarse con todo el olor de Luz Márquez que hubiera en ellos. De repente, escuchamos tres golpes en la puerta. Nos quedamos paralizados, porque no nos lo esperábamos, y lo que hicimos fue escondernos detrás de un sofá que había en la habitación. Todavía me acuerdo del tapizado, así como con adornos egipcios o algo así. La cosa es que se abrió la puerta y una voz de hombre se presentó: *soy Adolfo*, dijo.

—¿Adolfo? —sorprendida, pregunta Carmen y comienza a buscar entre las carpetas y libretas que se amontonan sobre la mesa.

—Sí, siempre me acordaré: Adolfo —repite Jesús.

—*El español Adolfo Cansinos muere en extrañas circunstancias en Lisboa* —lee Carmen el titular y con la mirada comienza a buscar el fragmento de la noticia que en su momento reclamó su atención—, en el mismo hotel, coincidentemente, también se alojaba la actriz venezolana Luz Márquez. Mira esto —le muestra a Jesús.

—Coño, ese es el hotel, el *Británico*, lo que te había dicho — señala Jesús con el dedo índice la fotografía que aparece encabezando la información.

—Continúa, por favor, continúa —le pide Carmen. Visiblemente excitada, el trazo de su escritura va perdiendo la claridad y rectitud iniciales.

—El hombre estuvo en la habitación poco tiempo, no sé, dos o tres minutos, o puede que menos, pero a mí se me hizo una eternidad —el rostro de Jesús se ensombrece, no es un recuerdo agradable—, yo creo que estuvo buscando algo en el cuarto de baño. Cuando se fue esperamos unos minutos más y después nos fuimos nosotros, dando por hecho que ella no iba a aparecer. Entonces, Gabriel... —se muerde los labios Jesús, duda si continuar hablando.

—¿Qué hizo Gabriel? —le anima Carmen, le agarra la mano, muy tensa, engarrotada.

—Cuando ya estábamos en la puerta se dio la vuelta, dejó las flores en la cama y se llevó los tres vestidos. Sí, robó los tres vestidos de Luz Márquez, eso hizo; no se lo había contado a nadie hasta ahora —resucitan las imágenes en el interior de Jesús, que puede ver de nuevo a Gabriel con los tres vestidos en la mano, y también puede verse él indicándole que no lo hiciera.

—Espera, espera, ¿Gabriel robó los tres vestidos? —Carmen interrumpe a Jesús, alterada por lo que acaba de escuchar.

—Sí, sí, lo que te he dicho, los robó.

—Espera, espera —busca Carmen un archivo en una carpeta en el escritorio del ordenador.

—Ese es uno —boquiabierto, entre fascinado y sorprendido, dice Jesús al ver en la pantalla a Lucía Sánchez Roda luciendo un vestido de raso negro.

—¿Y este? —le muestra Carmen el segundo corte de la grabación encontrada en el *Dropbox* de Lucía Sánchez, en la que se la puede ver con un vestido rosa ácido con escote en pico.

—También, también.

—Y el tercero, el de Idoia.

—Sí, ese es el tercero —afirma Jesús sin apartar la vista de la pantalla, hipnotizado.

—Esa chica —detiene la imagen Carmen Puerto— es Lucía Sánchez, la chica madrileña que...

—¿La de la mano?

—Sí, la de la mano —confirma Carmen.

—¿Y cómo tenía esa chica los vestidos de Luz Márquez?

—¿Los vestidos se los llevó tu amigo Gabriel?

—Sí.

—¿Y qué hizo con ellos?

—Guardarlos, supongo —no sabe Jesús qué responder.

—Ya, ya, ¿pasó algo más en esa habitación de hotel? —pregunta Carmen a Jesús, mirándolo fijamente a los ojos. No quiere que el reciente descubrimiento altere su narración.

—Bueno, sí. Alguien, al final del pasillo, comenzó a gritarnos y a correr hacia nosotros. Nosotros también nos pusimos a correr, claro. Yo perdí mi cámara, la Nikon de mi padre —

le cuesta decir, como si aún se avergonzara de ello.

—¿Cómo la perdiste?

—Supongo que me la debí dejar en la habitación del *Hotel Británico* o se me tuvo que caer con el jaleo. La cosa es que cuando me di cuenta ya era demasiado tarde para volver a por ella.

—Espera, espera, ¿tenía esa cámara algo especial, un golpe, un rasguño o lo que fuera, que te sirviera para identificarla si la vieras ahora? —pregunta Carmen a toda velocidad, mientras busca la fotografía de Idoia Gaztelu que Pedro Ginés proyectó en el programa de televisión la pasada noche.

—No sé, la correa, que era muy antigua —duda Jesús.

—Mira, ¿puede ser esa tu cámara? —sobre la pantalla, de nuevo, Idoia Gaztelu cubierta con el vestido blanco de gasa, amordazada y con la Nikon colgando de su cuello.

Jesús se acerca a la pantalla de plasma, se coloca en cuclillas, sitúa su nariz a menos de cinco centímetros y trata de buscar un rasgo familiar en la cámara que contempla.

—Es el mismo modelo, de eso no me cabe duda, pero no te puedo asegurar que sea justo la mía —dice Jesús tras examinar concienzudamente la Nikon.

La pantalla del Nokia se ilumina, lo que acapara toda la atención de Carmen Puerto.

—Cuando estabas dormida hizo lo mismo —le informa Jesús.

—¿Sí?

Carmen acciona la agenda electrónica Palm Tungsten y enfrenta el puerto de infrarrojos con el del teléfono móvil. Nada más seleccionar el icono del correo, recibe dos nuevos mensajes, remitidos por `nodigassuerte@yahoo.es`. En el primero de ellos se puede leer *Gabriel Lozano Moreno* en el encabezamiento. En blanco el cuerpo del mensaje, y acompaña un documento adjunto de Word con semejante título. El segundo correo electrónico lleva por encabezamiento *Jesús Fernández Cortés* y, como en el primero, tan solo se acompaña de un archivo adjunto.

—¿Esto qué coño es? —desconcertada, pregunta en voz alta Carmen Puerto. No le ha solicitado información sobre Jesús y Gabriel.

—¿Qué pasa? —pregunta Jesús, nervioso.

—No lo sé —en los archivos se describen los últimos movimientos bancarios y telefónicos de Jesús y Gabriel, subrayándose en rojo las coincidencias: llamadas a Idoia Gaztelu y Verónica Caspe, billetes de avión con dirección al aeropuerto de Bilbao, desde Madrid y Sevilla, operaciones en cajeros de San Sebastián el 4 y 5 de junio de 2014, cuando supuestamente desapareció Idoia Gaztelu.

—¿Sigues tu teléfono con la batería quitada, no? —muy nerviosa, le pregunta a Jesús.

—Sí, claro, yo no lo he tocado —responde asustado.

—¿Tienes otra línea de teléfono móvil? —le pregunta tras descubrir un número que no conoce en el listado que acaba de recibir.

—Sí, el de la peluquería, pero apenas lo utilizo —muy asustado, responde Jesús.

—¿Dónde está ese teléfono?

—Abajo, en la peluquería.

La tensión del momento se interrumpe un instante por el sonido del teléfono de Carmen Puerto.

—Ya estamos aquí. Sevilla, qué maravilla —le dice Jaime nada más descolgar.

—¿Tenemos algo de Jesús y Gabriel? —le pregunta.

—Acabo de recibirlo, te lo mando.

—Mándamelo y hablamos en cinco minutos...

—OK.

Espera Carmen que el icono se ilumine en la pantalla, indicándole la llegada del correo, cuando la ventanita del chat se despliega sobre la pantalla.

—¿Estás despierta?

Jesús permanece a la espera, atento a la respuesta de Carmen. Enciende un cigarrillo, la primera calada es larga, intensa, adictiva, violenta en su ritual.

—No —escribe y le sonríe a Jesús, que se la devuelve, a pesar de la inquietud que le invade.

Escuchan sonidos metálicos que les son familiares a los dos. Instintivamente, Carmen conecta la cámara de la puerta. Dos agentes del Cuerpo Nacional de Policía manipulan la cancela de acceso a la peluquería.

—Ya están aquí, nos queda menos tiempo —musita Carmen.

—¿Van a entrar?

—Sí, aunque de momento no van a tocar nada, hasta dentro de unas horas no vendrán los *batiblancas* ...

—¿Quiénes?

—Los de la científica no son muy espabilados, pero encontrarán el montacargas; aunque de esa gente te puedes esperar cualquier cosa —divaga Carmen—, sí, pero lo encontrarán, es demasiado fácil.

—¿Y después?

—Pues después vendrán a verme a mí.

El icono del correo electrónico indica que ha llegado uno nuevo. Es el que esperaba de Jaime. Tras abrirlo confirma la certeza de su intuición; son los mismos archivos que ha recibido, con la información correspondiente a Jesús y Gabriel.

—No entiendo lo que está pasando —Jesús, nervioso.

—Pues, cómo decírtelo, somos como esos ratones que tienen en una jaula de plástico, con sus arbolitos de plástico, sus escaleritas de plástico. Creen que así es realmente el mundo, pero solo es el mundo que otro les ha construido.

SÁBADO, 7 DE JUNIO DE 2014. 10.29 H.

Se introdujeron Julia y Jaime, nada más abandonar la estación de Santa Justa, en Sevilla, en un Audi A6 de color negro, un vehículo policial camuflado, *K*, incautado a un narcotraficante en Cádiz. Al volante, Sergio Fuentes, un subinspector de 48 años, veinticinco de ellos en el cuerpo, los diez últimos en la comisaría de Huelva. Onubense, natural de Cartaya, durante años ha recorrido España junto a su familia, esposa y dos hijos, hasta regresar a su tierra. Es un hombre de mediana estatura, tez morena, como si pasara buena parte del tiempo a la intemperie; complexión fuerte, escueto de palabra, siempre espera a que le pregunten antes de intervenir. Es el único policía, además del propio comisario, Herminio López, de la comisaría de Huelva que sabe de la presencia de Julia y Jaime, así como del destino al que se dirigen. Lo mira de refilón Jaime, mientras conduce, y recuerda las palabras de *Jefe*: es el hombre del comisario López, está al tanto de todo.

Una señal en el arcén de la autovía indica que Portugal se encuentra a 18 kilómetros.

17 para Ayamonte, piensa Julia.

—¿A qué se dedica este hombre desde que ha llegado? — pregunta Jaime, sin mencionar directamente a Juan Martos.

—Poca cosa, dicen que se ha comprado una finca en un caño, cerca de Isla Canela, está empeñado en cultivar ostras. Por lo visto, sale poco —responde Sergio Fuentes sin entusiasmo, parapetado tras unas gafas de sol con montura metálica y cristales azules, en diferentes tonalidades.

—Ya —responde Jaime, mientras trata de localizar a Julia a través del espejo retrovisor. Por fin la encuentra, en el asiento de atrás, tecleando en su teléfono móvil.

—Qué calor —se queja Julia, disimula.

—Es lo que toca —sentencia Jaime y sonrío, en un intento por encontrar la complicidad con el subinspector, que no varía el gesto.

Jaime le escribe un mensaje de WhatsApp a Carmen.

¿Te ha llegado?

Sí, escribe Carmen.

Cómo lo ves, responde Jaime.

Sigue con su juego, nos pone sospechosos en bandeja, pero no vamos a picar, escribe Carmen.

Tú crees?, pregunta Jaime.

Estoy segura, responde. No le comenta que ha recibido los informes de Gabriel y Jesús, previamente, por una vía diferente.

Carmen Puerto busca en Internet referencias sobre la muerte de Adolfo Cansinos en el *Hotel Británico* de Lisboa. Encuentra comentarios difusos, *natural de Valladolid*, se desconoce el motivo de su visita a Lisboa, pero todo apunta a que se trataba de *un viaje de placer*, soltero, profesor de autoescuela, su cadáver fue encontrado por el personal de la limpieza del hotel, dentro de la bañera, donde el asesino trató de fabricar el *escenario de un suicidio*; la autopsia dictaminó que Adolfo Cansinos *ya estaba muerto* cuando fue sumergido en el agua y que las venas de sus muñecas fueron seccionadas por un bisturí, encontrado a escasos centímetros. En una publicación digital de poca fiabilidad, a tenor del tratamiento que realiza de los casos más relevantes, Asunta, Bretón o Marta del Castillo, lee Carmen que se encontraron *restos de droga paralizante* en el organismo de Adolfo Cansinos, pero le es imposible contrastar esta información con otros medios de comunicación más fiables.

Necesito lo que sepamos de Adolfo Cansinos Huertas, asesinado en Lisboa en 2001, escribe en

un mensaje de WhatsApp dirigido a Jaime.

Y ese quién coño es ahora?, pregunta Jaime.

Puede ser importante, escribe Carmen.

Lo paso y te cuento, responde.

Jaime busca a Julia con la mirada, en el asiento trasero.

—¿Hay algo en los periódicos?

—La fotografía de Idoia está en más sitios que la del Rey. Todos la llevan en portada, como era de suponer, también al padre, claro, pero no hay nada nuevo. El capullo de Ginés permanece callado, no sé si eso es una buena noticia o que debemos prepararnos para lo peor —relata Julia.

—¿Mucho del padre?

—Hoy ya sí, era de esperar. Aprovechan para volver a contar su historia, que Chávez le expropió todas las empresas, el conflicto internacional en el que Aznar tuvo que mediar. Pero vamos, nada que no supiéramos.

—¿Nos queda mucho para llegar? —le pregunta a Sergio Fuentes solo por entablar conversación.

—Menos de diez minutos.

—Deberíamos conectarnos ya —Jaime le indica a Julia.

—Sí, voy —responde Julia, que comienza a colocarse las *Google Glass*.

—Buenos días —atiende Jaime la llamada de *Jefe*.

—Te llamo para recordarte que la cita con Juan Martos no se produce en calidad de nada ¿entendido? Este señor no es ni sospechoso, ni imputado, ni informante ni nada de nada, nada, ¿de acuerdo? Este señor nos hace un favor muy grande, cediéndonos parte de su tiempo, y por eso debemos estar muy agradecidos —la voz de *Jefe* suena hoy especialmente grave y honda, tensionado.

—Lo tengo claro.

—Este señor es un amigo, un buen amigo, que ha accedido generosamente a colaborar con nosotros —insiste *Jefe*.

—Lo sé, lo sé —reitera Jaime, en el momento que toman el desvío a Ayamonte (*Acceso a playas*)—, vamos a entrar ya —le informa.

—Nada más tengo que decirte.

—Lo sé, lo sé.

Prosigue Carmen recapitulando información sobre Adolfo Cansinos, trata de establecer algún vínculo con las tres mujeres asesinadas, con Gabriel y Jesús, con Osvaldo Cartagena, con Idoia Gaztelu, en vano, cuando recibe la llamada de Jaime.

—Estamos a cinco minutos —le dice, mientras recorren una avenida interrumpida en su línea recta por rotondas con badenes exagerados y centros comerciales.

—¿Esa está conectada? —pregunta, peyorativamente.

—Sí —responde Jaime mirando a Julia. Se pregunta si el aspecto futurista de su compañera no será un escollo en su entrevista con Juan Martos.

En el instante previo a conectarse, Carmen Puerto se vuelve hacia Jesús, que sigue las conversaciones y sus movimientos con una curiosidad que alberga admiración y temor al mismo tiempo, y le dice:

—Tengo desconectada la cámara, pero por si acaso te pediría que no hablaras mientras estemos conectados con mis... compañeros —le cuesta decir—. Eso sí, si ves o escuchas algo que entiendes que sea mínimamente importante, aunque solo sea un detalle que consideres insignificante, te ruego que me lo hagas saber y me lo escribas —le entrega a Jesús una de sus

libretas de pastas verdes, un bolígrafo y un lápiz, superviviente a sus arrebatos.

—Claro.

—Entramos ya —le advierte.

—¿Nos tienes? —le pregunta Julia, al leer en el interior de las lentes de las propias gafas que se ha establecido la conexión correctamente.

—Os tengo, sí —confirma Carmen Puerto—, ¿no me digáis que ese caminucho de tierra es el que conduce a la casa de este hombre? —pregunta sorprendida nada más contemplar la vía por la que circulan, entre una nube de polvo.

—¡Hay hasta conejos! —trata de seguir Julia con la vista al pequeño animal que acaba de cruzar delante del vehículo.

—Como continúes con esos planos tan rápidos acabo con un ictus —advierte Carmen, que no ha podido evitar cerrar los ojos ante la imagen deformada que le ha ofrecido la pantalla.

Reduce Sergio Fuentes, considerablemente, la velocidad para atravesar un pequeño puente que se eleva sobre un brazo de agua de poco más de dos metros de ancho.

—Alejado del mundanal ruido —dice Julia, que contempla en las lentes la disminución de la cobertura que se está produciendo desde que comenzaron a recorrer el camino de tierra.

—Eso parece —responde Jaime, intranquilo.

—Joder —reclama Carmen la atención de Jesús con un gesto, le señala el vértice izquierdo superior de la pantalla, donde prosigue conectada la cámara de la puerta de entrada. Pueden ver cómo los dos agentes abandonan la peluquería. Carmen le trata de decir a Jesús, arqueando las cejas, que esté tranquilo, que todo sigue bajo control.

La vegetación ha aumentado considerablemente en los últimos metros, retamas y romeros fabrican una densa maraña de ramas y espinos. También abundan las chumberas, que comienzan a exhibir sus peludos y afilados frutos. El camino de tierra concluye en una destartalada reja tras la que se apostan dos pastores alemanes desaliñados y que soporta un letrero en el que se puede leer «El Caño de Luz». El letrero ocupa toda la pantalla, frente a Carmen y Jesús.

—¿Sabes cómo se llama la finca? —pregunta Jaime, no cae en la cuenta de que Carmen está viendo lo mismo que él.

—Un romántico el tal Martos —ironiza.

No tarda en aparecer un hombre rapado a cepillo, grueso, abotijado, que retira la gruesa cadena de la verja y la abre de par en par. Sin mediar palabra, el hombre camina junto al automóvil, espanta a los perros agitando sus recios brazos, y les indica que aparquen junto a la puerta, azulona como el zócalo que se extiende por la fachada de una casa blanca, de una sola planta y tejado rojizo a dos aguas. A su lado, un pequeño y rudimentario muelle de madera, de apariencia frágil, se introduce cinco o seis metros en el caño. El hombre les grita algo ininteligible a los dos perros y regresa a la entrada, donde vuelve a poner la cadena y a cerrar el candado.

Al descender del automóvil, los policías obtienen una panorámica más amplia del lugar, de una belleza desangelada, salvaje y primitiva. El caño se estrecha a lo lejos, devorado por un sol intenso y por una frondosa vegetación que crece a ambos lados. Carmen, en la pantalla, puede ver la alberca de barro y piedra donde se depuran las ostras recolectadas, la crujiente alfombra de conchas que se extiende sobre el suelo, las cajas de madera en la orilla, el ejército de cangrejos que exhiben sus desproporcionadas pinzas, aprovechando la marea baja; la caseta, a la izquierda, presumiblemente donde vive el guarda que los ha recibido; un fueraborda, anaranjado, de gran tamaño, amarrado al muelle, sobre un agua en calma, de una tonalidad terrosa.

Tras empujar una hoja de la puerta azulona de la casa, acceden a un portal oscuro, con ficus en las esquinas y una puerta enrejada al final. No encuentran el timbre, por lo que deciden utilizar el

aldabón —de mano con bola—. Jaime y Julia se miran incrédulos. Sergio Fuentes, el subinspector, trata de seguirlos y Jaime le indica, con un gesto que pretende ser amable, que no les acompañe.

—El comisario... —trata de decir.

—Muchas gracias, Sergio —impone Jaime su voz y su graduación.

Un par de minutos después de hacer sonar el aldabón la puerta se abre y aparece Juan Martos tras ella. Con unos pantalones vaqueros cortados por encima de las rodillas y una blusa guayabera, de un blanco roto, se aplasta un teléfono contra la oreja derecha, al tiempo que les solicita silencio a los recién llegados y a continuación les indica que le acompañen.

Pues sí que se parece al de 'La gran belleza', piensa Carmen y no dice.

Está igual, piensa Jesús.

—¿Ahí vive? —pregunta Carmen.

La visión que ofrecen las *Google Glass* es la de una vivienda que, con toda probabilidad, en los años setenta estaría dentro de los parámetros de la denominada clase alta o clase acomodada, que formaría parte de los preceptos de la moda de aquel tiempo, pero que en la actualidad destila un añejo y desfasado aroma a una época pasada. Una chimenea de ladrillos marrones en la pared principal, un platero de un blanco lacado, una mesa de patas gruesas y labradas, seis sillas de asiento en terciopelo rojo, alrededor, un grueso modelo de Sony, *BlackTrinitron*, en una esquina, al final, antes de abandonar el salón. Y, lo que más llama la atención de Carmen, un aparador bajo, de tres piezas, en diferentes marrones, bajo un marco dorado que pretende recrear un sol de rayos ondulantes, que no parece formar parte del conjunto con normalidad. Toda la casa huele a salazón, a conservas, a mar.

Jaime y Julia atraviesan el recibidor, el salón y la cocina tras Juan Martos, que continúa con el teléfono móvil aplastado contra su oreja derecha, asintiendo con un leve sonido gutural cada pocos segundos. Llegan hasta una especie de jardín, de mayores dimensiones a las que cabría imaginar a tenor de la fachada de la vivienda, con muros tapizados por damas de noche y jazmines asilvestrados, al fondo y a la izquierda, con grandes ventanales con vistas al caño, a la derecha. Una pequeña piscina, con forma de riñón, ocupa la zona central. Alrededor de la piscina, como inmóviles guardianes, cuatro estatuas de un mármol sucio, como ahumado, que tratan de representar divinidades mitológicas griegas y que apabullan por su tamaño, desproporcionado en comparación con el del jardín.

—Vaya tela —murmura Carmen al contemplar las estatuas.

Jaime no puede ocultar una sonrisa al descubrir las sandalias de tiras de Juan Martos, muy similares a las que utilizaban su padre y abuelo. Frente a la salida de la cocina, junto a una puerta metálica con aspecto de entrada a un almacén, granero o similar, y bajo un emparrado de vid que se funde con los jazmines y la dama de noche, hay una mesa blanca rodeada de seis sillas, igualmente blancas, de hierro forjado. Sobre la mesa descansa una fuente de madera con frutas tropicales y una jarra con agua y cubitos de hielo y cuatro vasos. Juan Martos, con el móvil apoyado contra la oreja derecha, les indica a Jaime y Julia que tomen asiento, y con un gesto les informa que volverá en un momento. Julia, a través de las *Google Glass*, contempla cómo Juan Martos se cuela en la cocina.

—¿Tanta pasta tiene este hombre? —se pregunta Jaime en voz alta mientras con la mirada examina el jardín.

—Eso dicen.

—Yo creo que el chalé de mi suegro en el campo es más moderno y más elegante —dice Jaime, y una imagen muy concreta, la de un aguamanil de madera y palancana de latón blanco, junto a

una ventana que enmarca un sol inmenso y dorado, se cuela en su pensamiento.

—¿Dónde está este hombre? —impaciente, pregunta Carmen.

—Hablando por teléfono, se ha metido dentro —dice Julia, que empieza a acostumbrarse a las imágenes e información que le ofrecen las *Google Glass* —. ¿Bien la transmisión? —le pregunta a Carmen.

—A veces se pierde —disminuye el elogio Carmen. Toma una libreta y escribe: *Por favor, mira las portadas de los periódicos*, y se lo muestra a Jesús. A continuación, desbloquea su *Ipad* y se lo entrega.

Jesús visita las portadas de los periódicos más conocidos del país en su versión digital. La fotografía de Idoia Gaztelu sigue estando presente en buena parte de ellos. A pesar del mensaje, atroz, que esconde la fotografía, Jesús no puede evitar sentir una atracción indefinible hacia ella. Le gusta, por familiar, porque activa sus recuerdos, porque tiene la impresión de haber visto esta fotografía con anterioridad, o haberla soñado, y porque fue el decorado de un tiempo agradable, feliz.

Carmen recibe un SMS de *Jefe* :

Ginés sabe que estamos con Martos y amenaza con sacarlo si no le contamos algo .

Cuéntale algo, responde Carmen.

Jefe no responde.

—¡Valiente hijo de puta! —exclama Carmen, y comienza a liarse un cigarrillo.

—¿Qué pasa? —pregunta Jaime.

—Ginés sabe que estáis con Martos, está claro que tenemos un topo, topito, topazo —comenta Carmen, que prosigue sin compartir que los archivos policiales sobre Gabriel Lozano y Jesús se los enviaron previamente.

—Claro, clarísimo —confirma Julia sin apartar la vista de las cuatro estatuas de mármol que rodean la piscina.

Jaime, nada más escuchar unas pisadas que se acercan, señala en dirección a la cocina, reclamando la atención de Julia. Para sorpresa de ambos no es Juan Martos quien regresa sino una mujer joven, alta y pelirroja, mínimamente cubierto el escultural cuerpo por un bikini negro, y que propicia una estampa inusual. Porta en la mano derecha una toalla roja, que extiende con sumo cuidado sobre el césped, se esmera en que quede completamente lisa, sin arrugas, en el borde de la piscina más cercano a la cocina y más alejado de donde se encuentran Julia y Jaime, que son incapaces de apartar la mirada de la recién llegada.

—¡Coño, vaya cañón de tía! —exclama Carmen para sorpresa de Jesús, que sonrío su desinhibida reacción.

La chica, que no ha pronunciado una sola palabra desde que ha aparecido, sentada sobre la toalla, se extiende con parsimonia crema protectora sobre su pálida y tersa piel. Tanto Jaime como Julia, frente a ella, y Jesús y Carmen desde la pantalla, siguen sus movimientos.

—Justita de tetas, pero vaya pibón. Los cristales de las gafas van a romperse de un momento a otro —ironiza Carmen, y Jaime, que traza el contorno de sus caderas con la mirada, se ve obligado a taparse la boca para esconder la sonrisa que el comentario le provoca.

Julia, en cambio, se siente incómoda, le desagrada comprobar el brillo que los ojos de Jaime exhiben. La voz de Juan Martos acaba con este momento de silenciosa e intensa contemplación.

—Ya estoy aquí —se anuncia en la puerta de la cocina—. ¿Falta algo ahí? —pregunta.

—Nada, gracias —responde Jaime sonriente.

—Sí, sí que falta, lo fundamental: un cenicero —y se introduce de nuevo en la cocina para volver unos segundos después con un cenicero azul de latón, con publicidad de *Martini*, que

podría entenderse como *vintage* en otro lugar, pero que en su casa encaja con absoluta normalidad.

Ágil de movimientos, recorre con una velocidad superior a la que habría que presuponerle el jardín hasta llegar al lugar donde se encuentran los policías, que se ponen en pie para recibirlo. Juan Martos les ofrece su mano derecha.

—Usted debe ser Jaime y usted, si no me falla la memoria, es Julia —dice, y muestra una sonrisa dentífrica.

—En efecto.

—Los estaba esperando. Creía que vendrían antes, mucho antes —insinúa.

—¿Sí?

—Imagino que mi sobrina no se habrá presentado, apenas se maneja con nuestro idioma —se lamenta, al tiempo que señala a la citada con un gesto que combina orgullo y placer.

—Sobrina dice el hijoputa —murmura Carmen.

Ríe Juan Martos al creer descubrir una expresión de incredulidad en el rostro de los agentes.

—Vale, vale, no es mi sobrina, ni siquiera sé cómo se llama exactamente, Adriana, Ariadna o algo así. Y sí, es lo que están pensando, es mi amante, mi amante anónima... —confiesa como si tal cosa, a modo de broma—. Pero, por favor, tomen asiento —les indica, a la vez que se sienta de espaldas a la chica y frente a Jaime y Julia.

—Será hijoputa —gruñe Carmen nuevamente.

Amante anónima, escribe Carmen en su libreta. Busca una fotografía del actor protagonista de *La gran belleza*, divide la pantalla en dos, y la sitúa junto a la imagen actual que le ofrecen las *Google Glass*.

—Se parece tela —y Jesús asiente afirmativamente.

Toma una imagen del rostro de la chica, lo recorta y lo introduce en Google.

—No voy a tener suerte —comenta Carmen nada más comprobar el resultado de la búsqueda.

Juan Martos rellena de agua tres vasos, extrae de un bolsillo de la guayabera un paquete de *Marlboro* y lo deja caer sobre la mesa. Coge un cigarrillo, lo enciende propinándole una honda calada.

—Creo que lo mejor es ir directamente al grano. Ya sé que les han pedido que sean muy educados conmigo, que no me molesten demasiado y que me formulen las preguntas *flojitas* y también sé que están aquí porque se han enterado de mi estrecha relación con Idoia —un gesto de gravedad se expande por toda su cara— y por mi mujer, por la que fue mi mujer, Luz... —en un solo segundo el hombre eufórico del principio se ha convertido en un hombre lánguido y herido—. Como les decía, lo mejor es ponerse directamente al asunto y aplazar para otro rato los formalismos —propone Juan Martos, trata de restablecer al hombre sonriente.

—¿Y este tío ha estado tantos años fuera? —cuestiona Carmen, sorprendida por la ausencia de giros o tono en el habla de Martos.

—Me parece lo mejor —responde Jaime mirando a Julia, que confirma la propuesta inclinando ligeramente la cabeza.

—¿Esas son las gafas con cámara? —pregunta Martos, para sorpresa de los policías, que no saben qué responder—. Tranquila, tranquila, no me importa, siempre que no graben. ¿Porque no van a grabar, verdad?

—No —categórico Jaime.

—Lo que tú digas, campeón —balucea Carmen, irónica.

—Mucha gente piensa que debería estar en la cárcel, como poco, o mejor fusilado. Yo organicé el golpe contra Chávez, ¿lo habrán escuchado, verdad?, pero es que luego fui el que lo salvó,

traicionando a mis amigos —sonríe con sorna—. Me han adjudicado la muerte de no sé cuántos novietes de Luz, de todos aquellos carajotes que decían tener una aventura con ella y, bueno, también cuentan que metí a uno en la cárcel porque era un *drogata* ; qué más, qué más, ah, sí, me han acusado de la muerte de mi amigo, de mi socio, Koldo, el padre de Idoia, porque descubrí que Luz me era infiel con él, sí, ¡con Koldo! — exclama y eleva las manos—. Sí, no me miren con esas caras, si hasta me han acusado de haber matado a Luz, a Luz... Ni más ni menos, a Luz —bebe agua como si las palabras le quemasen en los labios—. Ya lo habrán leído por ahí, en algún foro de mierda, o alguien les habrá contado. Que me he librado de los juicios por ser quien soy. Que llamo a Aznar y asunto arreglado, y que si hace falta llamo al Rey. Por cierto, tendré que pedir el teléfono del hijo, que no lo tengo.

—Nosotros estamos aquí buscando ayuda... —trata de hablar Jaime.

—No se esmere... agente —duda en la manera de dirigirse a Jaime—, no es necesario, ya se lo he dicho. No he matado nunca a nadie, pero no le niego que me habría gustado hacerlo y que me encantaría hacerlo hoy mismo, sí, nada de lo que extrañarse, no es una locura lo que estoy diciendo. Espero algún día matar, más pronto que tarde, con mis propias manos si es posible, con estas manos, sí, al hijodeputa que acabó con la vida de mi mujer —se sincera Juan Martos, y finge que estrangula a una víctima imaginaria.

La confesión del empresario no sorprende a los policías, pero sí a Jesús, que durante años lo ha contemplado como el culpable, producto de la influencia que Gabriel ejercía sobre él.

—Pero vamos a lo que realmente importa: no tengo ni idea de dónde se encuentra Idoia, no tengo ni puta idea de por qué han matado a esas mujeres utilizando producciones en las que participó mi esposa y no tengo ni puta idea de dónde se ha metido la *maricona* de Osvaldo Cartagena. Tampoco sé nada de su secretaria, ni idea. Imagino que estará muerta, tenía sus años la mujer. La verdad es que ni me acuerdo de cómo se llamaba, cómo era... —se rasca Martos la barbilla tratando de recordar.

—Elvira Tapia —dice Carmen Puerto, que ha tenido que colocar su mano sobre la boca de Jesús para impedir que pronunciase su nombre.

—Elvira Tapia —repite Jaime, sorprendido por la importancia que Martos le concede a la secretaria de Luz Márquez y porque parece responder a preguntas que le han formulado previamente.

—Quien haya hablado con este hombre le ha contado todo y un poco más —Carmen tiene la misma impresión que Jaime.

—Esa, Elvira... Elvira Tapia, pues tampoco sé dónde está y tampoco me importa, como si se ha muerto, que me importa una mierda, un carajo, nada. Y no les estoy exagerando: nada —Martos se piensa durante unos segundos las palabras bajo la atenta mirada de Jaime y Julia—. Dicho todo esto: ¿qué quieren de mí, en qué puedo ayudarles? Porque eso es lo que quiero: ayudarles en todo lo que pueda —les ofrece con una expansiva generosidad.

—Pregúntale si su esposa tenía algún enemigo declarado — le indica Carmen Puerto a Jaime.

—Tenemos la sospecha de que el supuesto responsable de los asesinatos tuvo algún tipo de contacto con su mujer... — comienza a decir Jaime.

Si va a ser bollera esta tía y todo , piensa Carmen tras el enésimo encuadre que Julia le dedica a la «sobrina» del empresario, que permanece tumbada sobre la toalla, hermosa, joven, completamente ajena al encuentro y a la conversación que está teniendo lugar a escasos metros de distancia.

—¿Contacto, qué quiere decir con contacto? —muy serio, olvidada la amplia y reluciente sonrisa, le pregunta Juan Martos a Jaime.

—¿Cómo preguntarlo de otra manera? Vamos a ver... ¿Tuvo problemas con alguien de su entorno directo? —pregunta Jaime. La voz de Carmen Puerto no cesa de repetirle otras posibles preguntas.

—¿Enemigos, me está preguntando por enemigos de Luz, de mi esposa? —pregunta Juan Martos.

—Sí, enemigos —confirma Julia.

—Mire, yo no le conocí jamás ningún enemigo, jamás, a pesar de tratarse de una mujer que despertaba envidias allá por donde pasaba, porque era una belleza descomunal, porque derrochaba simpatía, porque era una actriz soberbia, porque tenía un encanto especial. Era una mujer diferente y eso genera muchas envidias. En su momento se habló mucho de la mala relación que mantenía con Ana Sosa, la actriz, y no, todo lo contrario, se llevaban estupendamente, muy bien, no había ni un solo problema entre ellas, ni uno solo; mantenían una relación de lo más cordial. No les voy a decir que eran amigas, pero no eran enemigas. Lo pasó muy mal Luz cuando murió, muy mal —explica Juan Martos mientras se rasca los nudillos como si padeciese una extraña alergia.

—Osvaldo Cartagena —repite Jaime la indicación de Carmen Puerto.

—Osvaldo, Osvaldo, Osvaldo... —repite Martos con voz cantarina—. Ese muchacho habría dado su vida por Luz, si ella se lo hubiese pedido; lo que yo les diga: su vida —enfatisa—. Su mundo era ella, todo lo que escribía lo hacía pensando en ella. Era, cómo decirlo... —se piensa las palabras unos segundos— una admiración compulsiva, sí, creo que esa es la definición que mejor se puede hacer de él, un admirador compulsivo —escribe Carmen Puerto *admirador compulsivo* en su libreta—. Era su modelo, porque en cierto modo, y espero que me entiendan, le habría gustado ser como ella, ser ella o yo qué sé. No podemos calificarlo, ni mucho menos, todo lo contrario, como un enemigo. Puede que por eso me odiara, porque yo poseía lo que él nunca podría tener. No creo que jamás hubiera aceptado a ningún hombre que estuviera con Luz, nunca; para él nadie estaba a su altura. De hecho, estoy completamente seguro de que el rumor de que yo maté a mi mujer parte de él, no me cabe ninguna duda.

—¿Cómo era su relación con Luz? —se adelanta Julia a Jaime.

—Muy buena, claro, no podía ser de otra manera. Sobre todo porque Luz lo entendía mejor que nadie, le encantaba meterse en ese papel de musa que había creado Osvaldo, sabía cómo manejarlo, cómo conducirlo. Lo manejaba a su antojo, ya lo creo, absolutamente. Como les he dicho: habría dado su vida por ella sin dudarle un instante —repite Juan Martos. Carmen Puerto subraya esa idea en su libreta.

—¿Sabe dónde está, qué ha sido de él? —se interesa Jaime.

—Ni idea, no tengo la menor idea, desde que despedimos a Luz no he vuelto a saber de él —responde Juan Martos y vuelve a rellenar su vaso de agua.

—Entiendo.

—Un tipo muy extraño, muy extraño, la verdad, sí, me creería cualquier cosa sobre él, cualquiera —insinúa Martos.

—¿Qué quiere decir con eso? —pregunta Jaime.

—Pues eso, ni más ni menos. Que era una de esas personas inclasificables a las que nunca llegas a conocer, así que pasaras cien años junto a él. Nunca lo llegué a conocer realmente, a pesar de que pasaba muchas horas en casa, repasando guiones y esas cosas, pero nunca lo conocí. La relación que mantenían Luz y Cartagena era una estructura cerrada, no sé si me explico, un espacio solo para ellos dos, y yo tenía que respetarlo.

—Entiendo, una relación especial —pronuncia Jaime clavando sus ojos en los de Martos.

—Especial, muy especial —confirma éste, sin apartar la mirada y dibujando una sonrisa malévola en sus labios.

—Capaz de todo —insinúa Jaime.

—Capaz de todo —confirma Martos.

—Preguntadle por la secretaria —solicita Carmen Puerto y Jesús parece querer mostrar su conformidad, a pesar de su silencio.

—Si no le importa, hablemos de Elvira Tapia —solicita Julia, que comienza a sentirse aturrida por el exceso de información que le muestran las *Google Glass*.

—Elvira Tapia fue, en cierto modo, lo más parecido a una madre que tuvo Luz, lo más parecido, en serio. En todos los sentidos, en todos, por lo menos durante el tiempo que pasamos juntos. Por la atención que le dedicaba, por el cariño que le mostraba, por el instinto de protección, como el de una madre. Me costó un tiempo acostumbrarme a ella, y con toda probabilidad a ella le pasó lo mismo conmigo, pero cuando ambos nos conocimos, cuando entendimos el lugar que ocupábamos en la vida de Luz, nos llevamos muy bien, muy bien, durante un tiempo, hasta que... —se frota las manos Juan Martos—. Era una mujer muy inteligente, muy práctica, educada al máximo, sabía qué hacer y decir en todo momento. Comprendo que Luz confiara tanto en ella, que siguiera todos sus consejos, que no tuviese secretos para ella. Como una madre y una hija, muy unidas, tal cual. De hecho, Elvira Tapia era una más de la familia, vivía con nosotros en la casa, Luz la necesitaba cerca, a todas horas... Elvira se encargaba de la relación de Luz con los medios, organizaba su agenda, le recomendaba qué debía escoger y qué rechazar, se ocupaba de las cartas de sus seguidores...

Jesús escribe en la libreta: *que le pregunten por los seguidores españoles*.

—Preguntadle por sus seguidores, si había alguno especial.

Juan Martos, ante la pregunta de Jaime, comienza a reír, tras morderse dubitativo las yemas de los dedos.

—¿Por qué se ríe? —Julia pregunta extrañada.

—¿De qué me río, de qué me río? Uff, cómo explicarlo... — se rasca la nuca mientras construye las frases adecuadas—. A su manera, Elvira Tapia era una persona divertida, una guasona integral, muy irónica, con un punto de humor negro, sí, humor negro... Elaboró su propia escala para englobar a los seguidores de Luz, a su manera, claro, tengan en cuenta que algunos meses recibía miles de cartas, como les cuento, así como todo tipo de regalos: bombones, ramos de flores, muñecas, yo qué sé, una barbaridad, una locura. Aunque en la productora eran muy reservados, muy celosos con esto, había algunos seguidores que conseguían nuestra dirección y pretendían establecer contacto directo con Luz. Con los más perspicaces, con los más atrevidos, a Elvira Tapia le gustaba... cómo decirlo... le gustaba jugar, sí, jugar puede que sea la palabra más adecuada en este caso.

—Pregúntale por los españoles —ordena Carmen sin poder apartar la vista de Jesús, instalado en la ansiedad más evidente.

—¿Jugar, a qué se refiere con jugar? —pregunta Jaime.

Juan Martos añade a su amplia sonrisa un halo de maldad. Mira hacia su «sobrina», que continúa inmutable, sobre la toalla roja, tomando el sol junto a la piscina, como si comprobara que no le puede escuchar.

—A los seguidores más fieles, a los más atrevidos, a los más exagerados en sus cartas de amor, en sus declaraciones, en sus peticiones, Elvira Tapia los denominaba *los admiradores anónimos*. Un grupo de hombres, también había alguna mujer, sobre todo una catalana si no recuerdo mal, absolutamente enamorados de Luz Márquez, pero enamorados hasta límites insospechados, no se

pueden hacer idea, lo que yo les diga. Elvira me solía leer las cartas y no se pueden imaginar lo que llegaban a escribir; puro delirio, fanatismo, si es que es una palabra que podemos asociar al amor; a lo que entendemos y conocemos como amor, me refiero. Eran fanáticos de Luz Márquez, absolutos —bebe agua y se moja los labios, muy despacio—. Propositiones de matrimonio, de vidas en común, de yo qué sé, sí, no les estoy exagerando, que Elvira leía siempre que Luz no estuviera presente, porque ella nunca tuvo conocimiento del juego que mantenía con algunos de ellos.

—¡Coño, que se explique de una puta vez! —exclama Carmen de tal manera que Jaime y Julia creen que Juan Martos va a escuchar su voz.

Jesús no puede apartar la vista de la pantalla, siente que asiste en primera fila, espectador extrañamente privilegiado, a la destrucción de sus sueños de juventud, a la constatación de la irrealidad, de la mentira en la que estuvieron instalados durante años Gabriel y él.

—¿Qué quiere decir con «juego»? —Julia pronuncia la palabra con gravedad.

—Pues eso, que Elvira lo entendía como un juego. Un juego que, en algunas ocasiones, se convirtió en algo más que una pesada broma, porque dejaron de ser las... —busca la palabra adecuada mientras bebe agua— travesuras del principio para convertirse en algo más.

—¿En qué consistían esas «bromas»? —pregunta Jaime, que a medida que avanza la conversación más tentado está de solicitar autorización para encender un cigarrillo. Justamente lo que acaba de hacer Carmen Puerto, tras romper el segundo lápiz.

—Pues eso, que primero comenzó a responder las cartas de «los admiradores anónimos», como Elvira Tapia los llamaba, como si ella se tratara de la propia Luz. Y ahí se debería haber quedado, pero no, siguió, y comenzó a organizar citas falsas en Chile, en México, en la propia Venezuela, en Portugal, acá en España. Hacía viajar a esos hombres cientos de kilómetros, que se gastaran un buen dinero en hoteles, en comidas, en lo que fuera, para nada, para nada porque nunca, nunca, ninguno de ellos pudo conocer o encontrarse con Luz. Y ella, me refiero a Luz, nunca, nunca, o eso creo, tuvo conocimiento de sus existencias, de esas citas con esos hombres. Si Elvira no me engañó, que creo que no lo hizo, Luz nunca leyó una de esas cartas. Estoy convencido de que a ella no le habría gustado lo que hacía Elvira, y eso que ella tenía un carácter... cómo decirlo... imprevisible, a ratos desconcertante, pero estoy seguro de que nunca se habría comportado de ese modo con sus admiradores, o quiero pensar que no.

Jesús asiente a las palabras de Juan Martos con los ojos enrojecidos. Carmen no cesa de anotar en su libreta, sin apartar la mirada de la pantalla. Recalca, hasta taladrar el papel, *los admiradores anónimos*.

—¿Tiene los nombres de esos «admiradores anónimos»? — pregunta Jaime, y Carmen Puerto dibuja una sonrisa en sus labios—. De los españoles.

—No, no —categórico Juan Martos—. Esa información me temo que solo se la podría facilitar Elvira Tapia. Era tan sumamente ordenada, tan metódica, que tenía una libreta en la que iba anotando, según el nivel que les asignaba dentro de la escala que ella misma había elaborado, el nombre y procedencia de esos *admiradores anónimos*. Ya le digo que los tenía perfectamente clasificados.

—¿Ha querido decir que Elvira Tapia ya no vive? —interrumpe Jaime a Juan Martos, más por acabar con el eco de la voz de Carmen Puerto en el auricular que por interés propio.

—La información que poseo —se pone muy serio Martos— es que Elvira Tapia enfermó hace algunos años, puede que ya hayan pasado cuatro o cinco, y que la ingresaron en una residencia para ancianos en Caracas, en Venezuela; no se vaya a creer que se trataba de un asilo, que ganó mucho dinero con Luz. Supongo que ya habrá muerto, claro, la edad, ya sabe.

—Que se pongan a verificar ese dato ya —ordena Carmen al tiempo que comienza a escribir un mensaje en su *Iphone* : *Jefe, necesitamos urgentemente verificar la muerte de Elvira Tapia en una residencia de mayores en Caracas* . Julia, por su parte, escribe desde su *Ipad* un correo electrónico semejante.

—¿Usted llegó a conocer o a ver a alguno de esos admiradores anónimos? —pregunta Jaime, y deja caer sus manos muy cerca de donde se encuentra la jarra de agua.

—No, no, no me interesó nunca —cree descubrir Carmen Puerto inseguridad en la respuesta de Juan Martos, una sensación similar se produce en Jaime.

—¿Y cree que ese... juego pudo tener consecuencias negativas para su esposa? —emplea Jaime su tono más conciliador, más diplomático, en el momento de formular la pregunta.

—No sabe, amigo, de verdad, hasta qué punto, lo jodida que puede llegar a ser esa pregunta; no lo sabe bien, asquerosamente jodida. Es la primera vez que alguien me la formula así, a viva voz, pero yo no me la he dejado de repetir, mil veces, o puede que más, todos los días, todos los días desde que Luz murió, un día tras otro —traga saliva Juan Martos, se esfuerza por mantener la compostura.

Durante unos segundos se crea un estado de tensión colectiva, conscientes de que Martos se encuentra muy incómodo y que en cualquier momento puede dar por concluida la entrevista.

—Es cierto que a mí me divertía ese juego, en un principio, lo reconozco desde lo más profundo de mi dolor —prosigue Juan Martos— y también es cierto que, de alguna manera, participaba, aún no sé si por esa complicidad juguetona o porque no lo impedí, o porque Elvira Tapia siempre me lo mostró como algo inofensivo. Pero llegó un momento en el que ya no quise saber más de aquellos juegos y traté por todos los medios que se acabaran. Y se lo exigí, sí, se lo exigí a Elvira. Y ella me prometió que así lo haría, porque yo la amenacé con contárselo a Luz si fuese necesario, sí, la amenacé, pero me temo que no cumplió con su palabra —Juan Martos enciende un cigarrillo, reacciona a la primera calada con un gesto de dolor—. Con el tiempo, después de analizar y recordar frases, comportamientos, situaciones, tengo la convicción de que Elvira Tapia, a su manera, se vengaba de aquellos hombres que decían estar enamorados de Luz. Los odiaba, eso es lo que creo ahora, que los odiaba, solo porque estaban enamorados de ella. ¿Absurdo? Puede ser, pero casi todo en nuestra vida, sobre todo cuando lo relacionamos con el amor, es absurdo, terriblemente absurdo.

—¿Cuál era la relación que mantenían Osvaldo Cartagena y Elvira Tapia? —pregunta Julia, y Carmen se muerde los labios.

—¿Osvaldo y Elvira? Aparentemente no mantenían relación alguna, no, pero yo sé que sí la mantenían.

Asienten Jaime y Julia a las palabras de Juan Martos cuando la deslumbrante mujer pelirroja abandona su toalla roja, se pone en pie y camina hacia donde se encuentran. Se detiene junto a la espalda de Martos, se inclina hasta que sus labios rozan su oído derecho, y tapándose la boca con la mano le dice algo. Juan Martos, tras escuchar detenidamente a la joven, se lleva las manos a la cabeza escenificando desmemoria.

—¡Se me olvidaba, qué cabeza la mía! Perdónenme, pero tengo un asunto muy urgente que no puedo desatender bajo ningún concepto —comunica sonriente, con los brazos en alto.

—¡Qué coño pasa aquí! —exclama Carmen Puerto, y vuelve a romper otro lápiz en dos pedazos.

—Por supuesto, pero... —no sabe qué decir Jaime.

—Seguiremos luego, tras el almuerzo, si a ustedes les parece bien —propone Martos, ya puesto en pie.

—Claro, claro.

Carmen Puerto, muy enfadada, nerviosa, contempla en la pantalla cómo Juan Martos se aleja de las *Google Glass* de Julia, en compañía de la chica pelirroja, en dirección a la cocina. Los ojos de Jesús permanecen enrojecidos y húmedos; está a punto de romper a llorar.

En el último instante, antes de abandonar el jardín, Juan Martos se gira repentinamente y avanza un par de pasos hacia los policías con el dedo índice en alto.

—Voy a hacer algunas llamadas, vamos a tratar de averiguar qué ha sido de Elvira Tapia, si a ustedes les parece bien —propone.

—Por supuesto —acepta Jaime.

—Vamos a ver qué averiguamos —y se despide balanceando ligeramente la mano derecha.

Solos en el jardín, Jaime y Julia se miran en silencio durante unos segundos, como tratando de digerir la conversación que acaba de finalizar. Carmen Puerto puede ver en la pantalla los confusos ojos de Jaime.

—Vamos a cortar —dice Julia.

—Corto —dice Carmen.

Nada más hacerlo, busca con la mirada los ojos de Jesús.

—Ya puedes hablar.

—Todo era mentira... —apenas puede decir.

Intuye Carmen que debería agarrar la mano de Jesús, empapada en sudor, tal vez la muñeca, puede que abrazarlo fuera la mejor opción. Opta por golpear levemente su hombro derecho.

—No pienses en eso ahora —nada más que pronunciar la frase, considera Carmen que no ha sido especialmente brillante.

—No lo digo por las cartas, me refiero a Gabriel. Todo lo que me contó del viaje a Venezuela...

7 DE JUNIO DE 2014, SÁBADO. 13.36 H.

Carmen Puerto, nada más interrumpir la conexión con Jaime y Julia, vía telefónica y visual, a través de las *Google Glass*, conectó la videocámara de la puerta de entrada a la pantalla del ordenador. Por propia experiencia, sabe que no tardarán en aparecer en la peluquería más agentes de policía, puede que los de la científica hoy mismo, si no lo han hecho ya en su domicilio.

Fuma frente a Karen, sonrío relajada, como siempre. Jesús acaba de pasar al cuarto de baño. Carmen escucha el sonido del agua cayendo en el lavabo. Jesús se frota los ojos, se incorpora y pasa unos segundos mirándose en el espejo, muy fijamente, como si no se reconociese, como si fuese otra persona la que contempla.

Se detiene Carmen, en dirección a la cocina, frente al cuadro de las dos mujeres que pasean entre las dunas de una playa que se intuye. Descorre el cuadro, abre la puerta del montacargas y examina minuciosamente su interior. En la esquina derecha encuentra un pequeño cuadrado unido a la superficie por cuatro diminutos tornillos.

—Puede que sea más fácil de lo que pensaba —masculla, y el pequeño habitáculo reproduce un eco breve y metálico.

En el lavadero, tras comprobar que *My Little Pony* repite su canción aguda e infantil, coge la caja de las herramientas y regresa al salón. Escoge un destornillador con punta de estrella. Comienza a desenroscar los tornillos del interior del montacargas cuando escucha cómo se abre la puerta del aseo.

—¿Qué haces? —le pregunta Jesús con tristeza.

—Desconectar este aparatejo, si me deja... —responde sin variar la posición, con la cabeza dentro del montacargas.

—Creo que Adolfo Cansinos, el hombre de Valladolid que murió en Lisboa, tiene que pertenecer a lo que la secretaria llamaba... —no concluye Jesús la frase.

—*Los admiradores anónimos* —apunta Carmen.

—Sí, *los admiradores anónimos*.

—Es lo más probable —responde Carmen y cae en la cuenta de que aún no ha enviado un correo electrónico indicando que se revisen todas las muertes de hombres en hoteles de España y Portugal en los últimos doce años—. Por favor, dime si ves algo en la cámara de la puerta.

—Se te ha abierto un chat.

—¿Qué dice?

—¿Dónde estabas?

—Respóndele: *aquí, en tu Tercera República* —y así escribe Jesús. Carmen ya ha conseguido extraer el segundo tornillo, aún le restan tres.

—¿*Las repúblicas se desconectan?*, te pregunta ahora —recita Jesús el nuevo mensaje que acaba de llegar.

—*Algunas* —tras pensar un par de segundos, responde Carmen. La placa de metal comienza a moverse, ya solo cuenta con la resistencia de un tornillo.

¿*Desconectarse*?, se pregunta mentalmente Carmen.

—¿*De verdad?* —lee Jesús el nuevo mensaje del chat.

—*Ya sabes lo que pienso, y ahora toca lo que toca. Ya tendremos República, antes que tarde* —dicta Carmen Puerto, con la mirada fija en el pequeño hueco que ha destapado en el montacargas. En la oscuridad cree ver cables, fusibles y conmutadores—. Linterna y alicates —dice en voz alta, a la vez que abandona el interior del montacargas.

Carmen Puerto se encuentra frente a Jesús. Pero no es el Jesús que conoce y no está solo.

Completamente desnudo, sus piernas y pecho están cubiertos por una manta de pelo encrespado y negro. Extremadamente pálido, las venas, azules y gruesas, se señalan en su cuello y rostro. De su boca gotea una sangre densa y de un rojo apagado, lo mismo que de sus muñecas. En ambas descubre Carmen unas profundas heridas, que Jesús le muestra sonriente. Le acompaña Marcia decapitada, y a pesar de eso violentamente hermosa en su juvenil desnudez maltratada, un atlas de hematomas y heridas. Porta su propia cabeza entre sus manos, que no cesa de hablar, antes de comenzar a arder.

—¿Qué te pasa? —pregunta Jesús nada más descubrir la expresión de terror que descubre en Carmen.

—Nada, nada, estaba pensando, estaba pensando... —apenas puede decir Carmen, que afortunadamente recupera al Jesús de siempre.

—¿Seguro que estás bien? —insiste Jesús.

—La falta de sueño me está pasando factura —trata de decir Carmen Puerto. Un repentino sudor se extiende por su cuerpo y le aplasta el cabello contra el cuello y las mejillas.

Sobrepasada por la situación, se cuela Carmen en el aseo, se despoja del chándal y de la ropa interior y se introduce en la ducha. Durante varios minutos deja que el agua fría caiga sobre su cuerpo y cabello. El latido de su corazón, atronador como las pisadas de un caballo que recorre un puente de madera, en un primer instante, lentamente va recuperando su cadencia habitual. Se contempla en el espejo, lívida, nerviosa, con la mirada perdida, es la imagen de la mujer en la que se convirtió antes de decidir alejarse del mundo y esconderse en este pequeño piso de Sevilla. Es la imagen de la mujer que huye, que la aterroriza, que la convierte en esa otra mujer que no desea ser.

Cuando regresa al salón en penumbra, con el pelo aplastado contra el cuello y cabeza, le gotea el agua en los hombros, no sabe Carmen qué decirle a Jesús, que la espera devorado por la ansiedad.

—¿Quieres un capuchino? —le pregunta, esquivando su mirada, en dirección a la cocina.

—Sí —responde él, confundido por la situación.

De vuelta al salón, las manos ocupadas por las dos tazas, Carmen toma asiento, le indica a Jesús que haga lo mismo, a su lado. Lía un cigarrillo, se esconde de su mirada tras la cortina de su pelo mojado, ordena las palabras en su cabeza antes de expulsarlas.

—Jesús, necesito que regresemos a ese primer encuentro que mantuvisteis con Elvira Tapia y Luz Márquez en Sevilla, antes de ir a Lisboa —por fin dice Carmen Puerto, sin apartar la mirada de la pantalla del ordenador.

—De Sevilla yo creo que te lo he contado todo, que no la vimos, no hay nada más que contar. Gabriel no estuvo con Elvira Tapia más de cinco segundos, el tiempo suficiente para entregarle el papel citándole en el Alfonso XIII.

—Lisboa.

—En Lisboa, cuando estuvimos juntos, nunca vimos a Elvira Tapia.

—Cuando estuvisteis juntos, ¿qué quieres decir con eso? —enérgicamente, interrumpe Carmen a Jesús. La Carmen Puerto de siempre.

—Cuando salimos corriendo del hotel nos separamos durante un rato. Yo creo que pudo ser una hora o así, hasta que nos volvimos a encontrar en la *Brasileira*, en el café del camarero *viejito* —responde Jesús frunciendo el ceño—. Los dos dimos por hecho que nos volveríamos a encontrar allí.

—Una hora, ¿estuvo Gabriel solo una hora?

—Sí... —responde Jesús cabizbajo.

—¿Qué te dijo Gabriel que estuvo haciendo durante ese tiempo? —insiste Carmen.

—¿Por qué me lo preguntas? ¿Crees que pudo haber matado a ese hombre? —le cuesta preguntar a Jesús.

—Cabe esa posibilidad. Ese hombre, Adolfo Cansinos, murió ese mismo día —expone Carmen.

—No creo que Gabriel sea un asesino —le cuesta decir a Jesús.

—Eso da igual ahora —relativiza Carmen—, lo que importa ahora es que me digas qué te dijo Gabriel que estuvo haciendo en esa hora.

—Dar vueltas alrededor del hotel, buscándome por las calles más cercanas, hasta que pensó en lo de la *Brasileira*. Eso me dijo, al menos. También fue a una tienda a comprar una bolsa de deporte para guardar los vestidos de Luz Márquez, que los llevaba como si fueran un tesoro —explica Jesús, y puede ver de nuevo a Gabriel en el *Chiado*, eufórico, radiante de felicidad, agitando al aire la bolsa negra de nylon.

Carmen Puerto escribe en la ventanita de Google «*Hotel Británico Lisboa*» y accede a su página web, que le ofrece la opción de llevar a cabo un recorrido virtual por sus instalaciones.

—Así no era la habitación, ésta es más moderna —dice Jesús nada más contemplar las primeras imágenes.

—¿Cómo dices?

—Que aunque estuve poco tiempo allí, no recuerdo que la habitación fuera como sale ahí, para nada.

—Espera, espera —dice Carmen, mientras teclea—. *El Hotel Británico fue sometido a una profunda reforma integral de sus instalaciones en 2006... Su decoración, clara manifestación de lo que conocemos como Art Decó, sigue estando presente, aunque se ha aligerado el recargado estilo...* —extrae Carmen algunas de las frases que considera de mayor importancia.

—Era muy recargado, pero a lo antiguo, no sé cómo explicarte. Parecido a eso —señala Jesús una imagen que le muestra Carmen en su nueva búsqueda.

—Espera, espera, espera, coño, coño, coño —nerviosa, sacudida por su intuición, minimiza todas las pantallas abiertas y busca la carpeta que ha adjudicado a Verónica Caspe. Inexplicablemente, encuentra la grabación que encontraron en el domicilio de su ex marido, Javier Oteiza, que le ha reclamado con insistencia a Jaime, y en la que supuestamente mantiene relaciones sexuales con la citada y con otros dos hombres.

—¿Así era la habitación? —taquicárdica, pregunta Carmen. Y muestra unas imágenes que le son conocidas, pero que le es imposible recordar si las ha visto previamente, las ha soñado o representan un relato escuchado.

—¡Sí, sí, así era! —exclama Jesús, y de nuevo puede ver los tres vestidos de Luz Márquez, perfectamente estirados sobre la cama, en el mismo lugar donde en la grabación una mujer satisface sexualmente a dos hombres cubiertos por máscaras negras, sobre una cama con colcha blanca y negra, piel de cebra y cabecero tapizado en turquesa.

—¿Podría ser uno de esos hombres tu amigo Gabriel? —excitada, cada vez más, pregunta Carmen Puerto.

Se toma unos segundos Jesús, casi un minuto, con los ojos muy oblicuos, achinados, antes de responder.

—No puedo ver la cara de ninguno —responde Jesús, contagiado del nerviosismo de Carmen.

—Imagino. ¿Y por el cuerpo?

—No sé. Yo nunca vi a Gabriel desnudo... —le cuesta decir a Jesús.

—Coño, Jesús, pero piensa en su altura, en el color de su pelo, yo qué sé —sobresaltada, le apremia.

—Sí, sí, podría ser, pero también podría tratarse de otra persona —responde, dubitativo y consternado, no puede dejar de pensar que su amigo sea un asesino.

A continuación, Carmen Puerto vuelve a ampliar la fotografía de Idoia Gaztelu que enviaron al programa de Pedro Ginés. Aunque las imágenes son muy difusas, sin definición, excesivamente pixeladas, cree ver la piel de cebra sobre lo que parece una cama, así como el cabecero tapizado en turquesa, más abajo, junto a su cadera derecha.

—¿Podría ser? —le pregunta a Jesús.

—Podría, pero se ve muy mal.

- Jaime y Julia, guiados por Sergio Fuentes, el subinspector que los recogió en la estación de Santa Justa, en Sevilla, abandonaron la finca de Juan Martos para dirigirse a un restaurante en el centro de Ayamonte, junto a una plaza con palmeras despeinadas y niños juguetones. Plaza de la Laguna, les dijeron que se llamaba.

—¿Adónde vamos? —preguntó Jaime, sorprendido, cuando le invitó a introducirse en el automóvil.

—A comer —respondió Sergio Fuentes, sin variar el gesto.

—Yo prefiero quedarme aquí —rehusó en un principio Jaime.

—De aquí no nos movemos —secundó Julia, y se quedó de pie, junto a la puerta abierta del coche, frente a la vivienda de Juan Martos.

En ese preciso momento, Jaime descubrió que el fueraborda amarrado al pequeño muelle de madera había desaparecido. También había desaparecido el ejército de cangrejos, por la subida de la marea.

Sergio Fuentes, ofuscado, miró con rabia a la pareja de policías antes de alejarse unos metros y realizar una llamada telefónica. Apenas dos minutos después, acababa de encender un cigarrillo, fue Jaime quien recibió una llamada telefónica.

—Ahí no podéis estar ni un minuto más, salid pegando leches ahora mismo —taxativo, le ordenó *Jefe* .

—Pero...

—Ni pero ni hostias, nosotros cumplimos con nuestra palabra, ¿de acuerdo? —elevó su tono, más autoritario, grave, *Jefe* .

—No hay más que hablar.

—Eso es: no hay más que hablar.

Sergio Fuentes condujo por el camino de tierra, en primer lugar, a continuación por una carretera nacional, por una larguísima avenida flanqueada por un canal de agua posteriormente, hasta llegar al restaurante en el que ahora se encuentran.

—Vamos a comer solos, nosotros dos, ella y yo —le advirtió Jaime en la entrada. Aun a sabiendas de que no es responsable de la anterior actitud de *Jefe* , le alivió despreciar al subinspector.

—Lo que digáis —no opuso resistencia y se acodó en la barra de aluminio.

Jaime y Julia tomaron asiento en una pequeña mesa, en una esquina, junto a una pecera en la que dormitan, entre perezosos y resignados, varios ejemplares de buey de mar, bogavantes y langostas. Julia se conectó a Internet a través de su *Ipad* y, antes de revisar su correo electrónico, revisó las portadas de las ediciones digitales de los principales periódicos.

—El cabrón de Ginés ha escrito en Twitter que Juan Martos tiene relación con los

asesinatos del Amante Ácido: *Juan Martos aparece en el sumario de #AmanteÁcido, según mis últimas informaciones*, ha escrito literalmente —relata Julia, y comienza a examinar el resto de periódicos.

Tratamiento desigual, referencias leves y grandes titulares según las líneas editoriales, pero en todas las portadas aparece Juan Martos. Desenfocadas o antiguas o difusas imágenes del empresario ilustrando la noticia.

Ginés ha soltado lo de Martos, está en todas las portadas, acaba de escribir Jaime, y le sorprende que el segundo icono de conformidad de WhatsApp, mensaje enviado y recibido, no aparezca en la pantalla de su *Iphone*.

Carmen Puerto no ha recibido el mensaje de Jaime y en este preciso momento descubre que el mensaje que le escribió a *Jefe* no ha sido enviado. Desconcertada, lo reintenta, y en esta ocasión sí le es posible. También recibe el mensaje de Jaime. Abre el programa de descargas y comprueba que la actividad se acaba de reiniciar, tras una interrupción que no se atreve a cuantificar en tiempo.

—Tendremos que ir más rápido —dice en voz alta, y el nombre de Karen se queda en la rampa de salida de sus labios.

—¿Por qué? —temeroso, pregunta Jesús.

—No tenemos mucho tiempo, por lo que veo.

Aunque Jesús no entiende las palabras de Carmen, ante el temor a escuchar una respuesta indeseada o «peligrosa», no vuelve a preguntar.

—Dime —responde Carmen, al tiempo que le pide a Jesús que permanezca en silencio.

—Ya hemos estado en casa de Jesús Fernández, el sevillano —comienza a decir Jaime.

—¿Y? —finge interés Carmen.

—Aparte de que parece de otra época, los muebles del tiempo de María Castaña por lo menos, no te puedes imaginar la decoración de su dormitorio —insinúa Jaime.

—Un templo a Luz Márquez —se adelanta Carmen.

—Exacto.

—Es listo, otro sospechoso que nos pone en bandeja. No es el perfil, no estamos ante un psicópata preferencial, no, ya te lo he dicho varias veces. Ese tipo es un *friki* más de la colección — reitera Carmen.

—¿Tú crees?

—Mandadme fotografías —y finaliza la conversación—. Ya han estado en tu casa —le comunica a Jesús.

—Qué... —no sabe qué decir Jesús, inmerso en una situación que lo supera. No puede apartar la imagen de Gabriel de su cabeza.

—Que de vez en cuando deberías abrir el buzón —le recomienda una sonriente Carmen.

—¿El buzón? —pregunta Jesús, más desconcertado si cabe.

—Que no sabes que existe Ikea —bromea.

—Pero... —trata de hablar Jesús y Carmen se lo impide.

—A lo nuestro.

Carmen profundiza en los datos que tiene sobre Javier Oteiza y el negocio de antigüedades que puso en marcha con los padres de la que fue su mujer, Verónica Caspe. Javier participó en varios congresos nacionales e internacionales de interiorismo, en Burdeos, Londres o Alicante, realizó su tesis doctoral sobre Luis Martínez-Feduchi y Vicente Eced y Eced, los arquitectos que planearon el célebre edificio *Capitol*, en Madrid, claro exponente del *art*

decó, tras ganar el concurso convocado por Enrique Carrión, Marqués de Melín. Descubre, entusiasmada, que Javier Loiza escribió un artículo en una publicación especializada, *Arquitectura Hoy*, sobre la obra de Cassiano Branco, uno de los nombres más representativos y singulares del *art decó*, el arquitecto que diseñó el *Hotel Británico*, en Lisboa.

—¡Hostia, hostia! —sonriente, exclama Carmen, embargada por una gaseosa felicidad.

Aunque le cuesta, encontrarlo primero y descargarlo después, descubre un catálogo de *ArTDecó*, la tienda que compartió Loiza con sus suegros. Puede que se trate de una casualidad, pero en la tercera página aparece una cama similar a la que se puede ver en el vídeo que encontraron en el domicilio del arquitecto. Es una cama difícil de olvidar: cubierta por una colcha que representa la piel de una cebra, rematada por un cabecero tapizado de un terciopelo azul turquesa en su parte central y ondulantes formas en los bordes que tratan de representar abstractas hojas de acanto mecidas por el viento.

—Sí, seguro, esa cama estaba en la habitación del hotel, seguro; por lo menos la colcha es la misma —confirma Jesús, que por unos instantes parece contagiado del entusiasmo de Carmen Puerto.

Encuentra Carmen en uno de los archivos el número de teléfono del padre de Verónica Caspe, Juan Ramón, que sigue en Brasil, acompañando a su esposa, ingresada en un centro hospitalario. Teclea el número, pero después de seis tonos de llamada le responde el contestador. Sin dejar mensaje, cuelga Carmen Puerto y lo vuelve a intentar cinco ocasiones más, con idéntico resultado.

—Bueno, bueno, vamos a ver, vamos a ver —susurra la inspectora, trata de mantener la calma.

Puede leer Carmen que *ArTDecó* contaba con un establecimiento abierto al público, hasta el año 2008, en la calle Casanova, muy cerca del despacho de Manuel Teba, en el que trabajaba Verónica Caspe. Encuentra referencias sobre liquidaciones por cierre, participación en una subasta, comentarios, normalmente positivos, de clientes en foros relacionados con las antigüedades, algunas sugerencias en publicaciones de interiorismo y decoración, pero ninguna conexión con el *Hotel Británico* de Lisboa.

Resopla Carmen Puerto, mira hacia el techo, enfadada, esquiva la sonrisa de Karen, se muerde los labios y, finalmente, presa de los nervios, enciende un cigarrillo que ha liado en menos de 15 segundos.

—Vamos a ver, vamos a ver —repite mientras vuelve a abrir la página web del *Hotel Británico*. A continuación, marca el número de teléfono que aparece en la pantalla.

—En español, por favor —le pide a la mujer que le atiende.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Estoy buscando a un amigo de mi familia, creo que es el responsable de mantenimiento. Es un empleado que lleva mucho tiempo trabajando en el hotel —es convincente Carmen Puerto en la patraña.

—¿Manuel? —pregunta.

—Sí, eso es, Manuel.

—No se encuentra en este momento.

—Necesito localizarlo cuanto antes.

—No me está permitido facilitar esa información.

—Un familiar de Manuel está muy grave en el hospital —la voz de Carmen languidece,

envuelta en pena. Jesús, a su lado, la contempla boquiabierto.

—¿Su número es el que aparece en la pantalla? Lo llamaré y le diré que se ponga en contacto con usted lo antes posible — comienza a flaquear la recepcionista.

—Me gustaría poder decírselo yo misma, ya sabe, es un tema delicado, es más grave de lo que imagina —insiste Carmen Puerto.

—No es costumbre...

—Es un caso excepcional, si no lo fuera yo no la molestaría, entiéndalo.

Tras unos segundos de dudas, de insinuaciones y silencio contenido, consigue el teléfono de Manuel. No duda en marcarlo, pero nadie responde. Mientras los pitidos se repiten en su oído, recuerda que los padres de Verónica Caspe se encuentran en Brasil por motivos laborales, que tal vez en algún informe aparezca el nombre de la empresa en la que trabajan, ya que no le ha servido de nada llamar directamente a su móvil. *¿Y un tío u otro familiar? No creo que haya tantos Caspe por ahí. ¿Cómo se llama la empresa para la que trabajan?* Las ideas se acumulan en su cabeza, agarra el lápiz y deja caer su *Iphone* sobre la mesa.

Gabriel en ContactFree, escribe con letras mayúsculas en la libreta, más por recordatorio que por entenderlo como una tarea inmediata. *Tiene que haber algo, seguro que así conoció a Verónica*. Considera que si tuviera una conexión segura, podría solicitar la información que necesita. Mira la agenda electrónica Palm y el viejo Nokia 6230. Renuncia, está convencida de que se trata de la peor opción, dados los últimos acontecimientos.

—¿Hay cerca un locutorio con conexión a Internet? —le pregunta a Jesús, que sigue todos sus movimientos con desconcierto, curiosidad y admiración.

—Aquí al lado, dos calles más abajo, en dirección a la Gran Plaza —responde—. En la peluquería también tengo *wifi* —le ofrece.

—Esa conexión no nos vale, si no la tienen ya controlada, la tendrán en muy poco tiempo, te lo aseguro.

—Entonces, no sé.

—Voy a tener que salir —dice Carmen Puerto.

—¿Salir tú? —no da crédito Jesús a lo que acaba de escuchar.

—Sí, salir yo —repite Carmen, con más convicción en esta ocasión.

—¿Vas a poder? —se mantiene Jesús en su duda, que en realidad es temor, miedo, a lo que le pueda suceder fuera.

—Tengo que poder.

—Lo haré yo.

—¿Tú? Ni lo sueñes, a ti te están buscando —rechaza Carmen.

- Jaime lee en el *Ipad* de Julia la información que se acaba de publicar en un medio nacional sobre la relación que mantuvieron Koldo Gaztelu y Juan Martos. *Los amigos que nunca fueron* es el titular de un extenso reportaje en el que se detalla la trayectoria en común de los dos empresarios españoles. Durante años, especialmente en las décadas de los ochenta y noventa, Gaztelu y Martos desarrollan una intensa actividad empresarial en Venezuela, *gracias a las buenas relaciones que mantienen con los presidentes Carlos Andrés Pérez, Luis Herrera Campins y Rafael Caldera, esencialmente*. En cualquier caso, señala el diario, *se trata de relaciones fluctuantes e interesadas, cambiantes si así lo requieren los movimientos comerciales de los españoles*. Socios en numerosos proyectos, turísticos y petroleros, fundamentalmente, *a Gaztelu se le relaciona con el sector*

inmobiliario, mientras que Martos se decanta por los medios de comunicación, hasta el punto de ser considerado el «dueño» en la sombra de la poderosa RTCV . Esta intensa relación, que va más allá de lo puramente financiero —en privado se llamaban «hermanos»—, se quebró en abril de 2002 , tras el fallido intento de golpe de estado que no consiguió arrebatarse el poder a Hugo César Chávez, a pesar de los dos días de «interinidad política» que tuvieron lugar. Si en un principio se relacionó a los dos empresarios españoles con el movimiento golpista, destacados líderes de la oposición no dudan en señalar a Martos como directo responsable del fracaso, tras pactar una serie de condiciones ventajosas para sus empresas con el gobierno de Chávez. Por su parte, Koldo Gaztelu tuvo que regresar a España meses después, a finales del verano de 2002, en pleno proceso de nacionalización de sus empresas, lo que propició un grave incidente internacional que afectó, notoriamente, a las relaciones bilaterales de los países, así como a las de sus presidentes, José María Aznar y Hugo César Chávez.

—En definitiva, Martos, Gaztelu y sus amigos montaron el golpe de estado, pero nuestro amigo Martos los traicionó, lo largó y pactó con Chávez una salida digna, o algo parecido. Eso es lo que contó Gaztelu a su regreso a España —resume Jaime una vez que concluye la lectura.

—Eso explicaría que le dejaran sacar sus empresas de Venezuela, que no le cerraran la tele de inmediato y, sobre todo, que nunca le consideraran sospechoso de la muerte de su esposa —apostilla Julia.

—Sí, indiscutiblemente, pero también explicaría el odio entre Martos y Gaztelu —añade Jaime, a la vez que agarra su cajetilla de tabaco y se pone en pie—. Voy a decirle a nuestro chófer que es la hora de volver al trabajo.

- Finalmente, Carmen Puerto aparcó el plan de salir a la calle en busca de una conexión segura de Internet. Se convenció de que todavía no es necesario, de que puede esperar, *encontraré la información por otro lado , no es esencial por el momento , se dijo, se repitió, lo que fuera con tal de no enfrentarse a la realidad: el miedo, real, a salir fuera.*

Casi al mismo tiempo que Julia y Jaime, concluye la lectura del reportaje que ha aparecido en un medio digital, *Los amigos que nunca fueron .*

—¿Y si este cabronazo ha montado todo esto nada más que para vengarse? —se pregunta en voz alta Carmen, una vez que finaliza la lectura.

—¿Por qué? —a su lado, en el sofá, se atreve a preguntar Jesús.

—Gaztelu lo acusó de traidor públicamente —responde Carmen.

—¿Y tú crees que eso le importa a un hombre como Juan Martos? —cuestiona Jesús, ofreciendo un perfil desconocido para Carmen.

—Vete tú a saber...

—Pero, ¿tú no tenías tan claro que había matado a su mujer? —pregunta Carmen, sorprendida por el cambio de opinión de Jesús.

—Yo ya no sé nada.

Intenta de nuevo ponerse en contacto con Manuel, el veterano responsable de mantenimiento del *Hotel Británico .* Como en las anteriores ocasiones, nadie atiende la llamada de Carmen. Lo mismo sucede con el padre de Verónica Caspe, Juan Ramón; vuelve a escuchar el contestador automático.

—Imagino que verás al *Coletas* esta noche en *La Sexta .* Todos acabaremos de vacaciones

en Venezuela —leen Carmen y Jesús en la ventanita del chat que se ha desplegado sobre la pantalla.

—¿Venezuela? —sorprendidos ambos, escribe Carmen.

—Claro, cuando seamos todos bolivarianos.

—Yo soy radical bolchevique madridista —escribe Carmen entre risas, por un momento llegó a pensar que el comentario estaba relacionado con el caso que la ocupa.

—¿Y eso cómo es?

—Pues eso —da Carmen por concluida la conversación al ver cómo se ilumina la pantalla de su teléfono móvil.

—Dime, Jaime.

—Hemos tenido suerte, un antiguo compañero de la comisaría está destinado en la embajada de Caracas y ha encontrado la residencia de Elvira Tapia —no puede ocultar Jaime su entusiasmo.

—Ahora que lo dices: deberíamos saber cuántos viajes ha realizado Gabriel Lozano a Venezuela y cuándo —verbalmente, atropella Carmen a Jaime.

—¿A Venezuela?

—Sí, pero cuéntame.

Una hora antes, Ignacio Blanco, un subinspector del Cuerpo Nacional de Policía, destinado en la embajada española en Caracas desde hace dos años, por petición propia, se dirige a la residencia para personas mayores, *Villa Herminia*, ubicada en la zona conocida como *El Marqués*, de la capital venezolana. Ignacio ha decidido acudir a este geriátrico tras la conversación mantenida con Alfonsina Huerta, la trabajadora de mayor antigüedad en la embajada.

—Por lo que me dices, lo más seguro es que sea *Villa Herminia* —le respondió Alfonsina tras escuchar los datos que le ofreció Ignacio: mujer, enferma, con recursos económicos, secretaria de Luz Márquez.

—¿Luz Márquez, nuestra Luz Márquez? —reaccionó sorprendida.

—Sí.

—*Villa Herminia*, no lo dudes.

Ignacio Blanco, nada más detener su automóvil en el *parking* delantero de *Villa Herminia*, pensó: *A mí tampoco me importaría acabar mis días en un sitio así*. Frente a sus ojos un frondoso jardín, verde y colorista, un edificio blanco y colonial al lado, una fuente de cascada somnífera en la parte central, poblada por sirenas de mármol.

Tras presentarse a la gobernanta, Matilde Guerra, no tardó Ignacio en encontrar información de Elvira Tapia.

—Claro que nos acordamos de doña Elvira —dijo Matilde Guerra, y condujo a Ignacio hasta la sala de fisioterapia, en el sótano del edificio, junto a la piscina climatizada—. Pero nadie posee más información de doña Elvira que Humberto, el *fisio* que la atendió a diario durante casi cinco años —le dijo Matilde señalando con la mirada al citado, al otro lado de la puerta, un hombre alto y negro, muy delgado, ligeramente encorvado, que ordenaba tarros en un armario de madera.

Ignacio y Humberto hablaron durante diez minutos sobre Elvira Tapia junto a la fuente principal del jardín, bajo el susurro cadencioso de veinte chorros de un metro de altura escupidos por unos peces gordos de piedra blanca. Humberto le confirmó que murió en 2011, que era una mujer amable y muy cariñosa, a pesar de las graves secuelas que le dejó

un ictus cerebral, paralizando el lado izquierdo de su cuerpo. También le contó que se pasaba la mayor parte del día leyendo o mirando por la ventana de su habitación y que apenas recibió visitas durante sus últimos años en *Villa Herminia* .

—¿Se pasaba las horas mirando por la ventana de la habitación? —extrañado, preguntó Ignacio y trató de representar la escena imaginando a una anciana en la ventana, de la segunda planta, que Humberto le indicó.

—Como si estuviera esperando a alguien.

—Pero me has dicho que apenas recibía visitas —insistió Ignacio, sin apartar la vista de la ventana indicada.

—Los primeros años, hasta que murió, vino alguna vez una prima o algo así a visitarla, muy poco, un par de veces al año, no creo que fueran más; después, nadie... —creyó percibir Ignacio en las palabras de Humberto un eco de lamento, de tristeza tal vez.

—¿No tenía familia o amigos?

—Sí, alguien debía de tener —insinuó Humberto.

—¿Por qué dices eso? —se interesó Ignacio.

—Los seis de junio, todos los años que estuvo aquí, alguien le enviaba un enorme ramo de flores —le relató Humberto.

—¿Quién?

—Yo se lo pregunté alguna vez y Elvira siempre me respondió que tenía un admirador secreto, anónimo decía ella...

—Un admirador anónimo... ¿El seis de junio era su cumpleaños?

—No, Elvira Tapia nació un 14 de noviembre, si no me falla la memoria.

Carmen Puerto termina de escuchar con atención el relato de Jaime y anota en su libreta las fechas y datos que considera más importantes. *¿Le mandarían las flores a través de la misma empresa todos los años? Mierda de poli, con razón está de turismo en una embajada* , piensa Carmen.

—Seis de junio, seis de junio, seis de junio —repite mientras golpea con el lápiz en la libreta.

—Un seis de junio fuimos a Lisboa Gabriel y yo —susurra Jesús.

—¿¿Cómo?! —Carmen agarra a Jesús de las manos y enfrenta sus ojos con los suyos.

—Que un seis de junio fuimos a Lisboa Gabriel y yo —repite, acongojado.

—¿Pues ya sabes lo que estuvo haciendo Gabriel la hora que dejaste de verlo! —exclama Carmen y de un salto se pone en pie. Durante un segundo tiene la intención de compartir la noticia con Karen, que se mantiene en su apacible sonrisa.

—¿El qué? —pregunta desconcertado.

—Luego te lo cuento —dice Carmen de camino a la cocina.

—Dímelo ya —suplica Jesús, necesita saber que su amigo no es un asesino.

Escucha Jesús el sonido del microondas cuando la pantalla del móvil de Carmen Puerto se ilumina. Puede leer *Jefe* .

—¿Te llama *Jefe* ! —casi grita Jesús.

—¿Voy!

Regresa Carmen al salón a toda velocidad.

—Dime.

—Espero que no te hayas metido en un buen lío —le dice *Jefe* nada más responder.

—Yo, ¿por qué? —finge Carmen extrañeza.

—Dime que no está contigo Jesús Fernández, dímelo, por favor, me encantará escucharlo —la advierte *Jefe* con severidad.

—No estoy con Jesús Fernández —trata Carmen de mostrar la mayor contundencia.

—¿Sabes quién es, no?

—Claro que sé quién es, claro que lo sé, es mi conexión con el mundo —responde Carmen mirando a Jesús, que no puede evitar ruborizarse a pesar del nerviosismo que le invade.

—Y si no está contigo, ¿dónde coño está? —no recuerda Carmen una voz tan grave y seria de *Jefe*.

—Eso me gustaría saber a mí, se me está acabando el tabaco y el capuchino —le cuesta mantener a Carmen el tono y la intensidad de las palabras.

—Carmen, no estoy para tonterías, dime lo que sepas o no podré ayudarte —le advierte *Jefe*.

—Tengo que dejarte, Jaime está a punto de entrar en casa de Juan Martos —no miente Carmen, en esta ocasión.

—Solo espero, por tu bien, que no esté contigo —advierte.

Sin embargo, nada más finalizar la conversación con *Jefe* no atiende la llamada de Jaime. Toma la mano de Jesús y tira de él, en dirección a la cocina.

—Tienes que estrenar tu escondite.

Agarra las llaves, colgadas junto al enorme cuadro que cubre el montacargas, las bañistas pasean relajadamente entre las dunas, coge una botella de agua del frigorífico, abre la cancela del lavadero, ascienden la escalera de caracol entre la voz infantil de *My Little Pony*, abre la trampilla, acceden a la azotea, donde un sol todopoderoso y abrumador los ciega durante unos segundos.

—Rápido —vuelve a tirar Carmen de su brazo—. No te muevas ni hagas nada, oigas lo que oigas, aunque me oigas a mí aquí arriba, ¿entendido? No hagas nada, nada —lo mira Carmen muy fijamente a los ojos.

—Entendido —responde Jesús con un débil y afónico hilo de voz.

Sin mediar palabra, como si lo hubieran ensayado previamente, buscan al unísono las asas de cuerda de los extremos, enterradas en la negra y húmeda tierra, levantan el arriate de pascueros al mismo tiempo y, mirándose a los ojos, como si se tratara de un ritual milenario, Jesús le ofrece a Carmen el asa que soporta.

—Jesús, no te lo he querido preguntar hasta ahora, pero necesito saberlo —se toma unos segundos Carmen antes de continuar—, ¿le contaste a Gabriel lo mío, sabe que alguien vivía sobre tu peluquería?

—Sí... —le cuesta responder a Jesús.

—Lo imaginaba —esboza Carmen una sonrisa agrídulce.

—Perdóname, solo a él, a nadie más, pero yo no creo que sea un asesino —trata de decir Jesús, avergonzado.

—Calla, calla, ahora no —Carmen tapona la boca de Jesús con su mano.

—Es que... —comienza a llorar.

—No te olvides de la botella de agua —le cuesta decir a Carmen, como si presintiera una despedida definitiva, a la vez que lo empuja hacia abajo.

—No, gracias, ya la tengo —y, tembloroso, asustado, comienza a introducirse Jesús en el hueco oculto bajo el arriate.

—Nos vemos pronto —dice ella, trata de ofrecer su versión más tranquila, segura, en el

momento en que vuelve a cubrir la cavidad.

—Perdóname.

—No te preocupes —trata Carmen de escenificar entereza.

Tras comprobar que no existen signos de manipulación externos, abandona la azotea corriendo, casi tropieza cuando baja la escalera de caracol, no escucha la voz de *My Little Pony*, tampoco comprueba por segunda vez si ha completado las dos vueltas a la cerradura del lavadero, ignora el capuchino, la taza permanece dentro del microondas, su teléfono móvil no cesa de vibrar e iluminarse sobre el cristal de la mesa.

—Solas otra vez, amiga —le dice a Karen, que le responde con su sonrisa inmutable.

—Estoy —le dice a Jaime.

—Ya —susurra.

En la pantalla puede ver que han entrado de nuevo en la vivienda de Juan Martos y que se dirigen al mismo lugar del jardín, la mesa blanca de hierro bajo el emparrado, donde se entrevistaron esta mañana. Por los planos que le ofrece Julia a través de las *Google Glass*, aparentemente no se encuentra la chica pelirroja que tomaba el sol en silencio junto a la piscina.

—¿Dónde está Martos? —pregunta Carmen. Muy alterada, hace todo lo posible porque los latidos de su corazón no se incorporen a la conversación.

—Dentro de la casa, no sé si lo escuchas, creo que está hablando por teléfono —informa Julia, sentada en el mismo lugar que esta mañana.

—Hemos tenido suerte con lo de Venezuela —dice Jaime, mirando a Julia.

—Si tú lo dices —desprecia Carmen—. Y no pongas esa cara que te estoy viendo. ¿Sabemos algo de los viajes de Gabriel Lozano a Venezuela? —enciende un cigarrillo.

—Viene —avisa Julia.

—Lo siento, pero no he tenido suerte con lo de Elvira, no he podido contactar con nadie que me cuente algo sobre esa mujer. Lo único seguro es que está muerta, eso sí me lo han confirmado. Nada más les puedo decir, lo siento de veras — dice Juan Martos conforme se acerca a donde se encuentran los policías.

—Una pena —lamenta Jaime.

—¿Qué toca ahora? —sonriente, pregunta el empresario.

—Gaztelu —ordena Carmen.

—¿Nos puede hablar de su relación con Koldo Gaztelu y su familia? —igualmente sonriente, pregunta Jaime.

—Vaya, parece que han leído los periódicos, volvemos a ser la pareja de moda tantos años después —Juan Martos se lleva las manos a la nuca y se la masajea con fuerza—. Como supongo que ya se habrán informado al respecto y que tendrán su propia opinión, simplemente les voy a aclarar las «erratas», podríamos llamarlas erratas, más frecuentes que aparecen en los mentideros sobre nosotros —se incorpora sobre la mesa, donde apoya los codos—. Uno, nunca fuimos socios en sentido estricto; en determinados momentos establecimos «alianzas», sí, creo que podríamos llamarlas alianzas. Dos, llegamos a ser muy amigos, sí, casi familia. Para mí fue igualmente duro el fallecimiento de su mujer, Alicia, era una mujer espectacular, en todos los sentidos. Les hablo de Idoia. Sí, Idoia, durante mucho tiempo fue lo más parecido que he tenido a una hija y con esto quiero dejarles claro desde ya, muy claro, que jamás haría algo que pudiera perjudicarla, nunca, más bien todo lo contrario. Hacerle daño a Idoia, de cualquiera de las maneras, es una forma de hacerme

daño a mí mismo, ¿lo he dejado claro? —dedicándoles una mirada fría y penetrante, les exige una respuesta a los policías.

—Muy claro.

—Tres, yo no participé en el intento de golpe de estado contra el comandante Chávez —Martos retoma su exposición alzando la voz—. Que amigos míos tomaron parte, eso es algo indiscutible, el propio Koldo estuvo metido en el ajo, pero yo nunca tuve nada que ver, nada. Yo soy un hombre de negocios, no de política, y les puedo asegurar que me da igual el color. Sigo, cuatro —a la vez representa el número con sus dedos—, yo no fui el chivato, yo no avisé a Chávez, por mucho que se empeñen en difundir lo contrario tanta y tanta gente. No, no fue mi chivatazo el que paró el golpe y lo que impidió que me acusaran por el asesinato de mi esposa, no, no, no, ¡no! —enfadado, eleva considerablemente el tono, ya no es el hombre afable que los recibió esta mañana.

—Nosotros nunca hemos... —trata de decir Jaime.

—Déjeme que siga, déjeme que siga, por favor. Cinco, yo no maté a mi esposa, ya no sé cuántas veces tendré que repetirlo, la amaba con toda mi alma, ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida, lo mejor. Y seis, no tengo nada que ver con la desaparición de Idoia Gaztelu, nada en absoluto. Es más, lo único que deseo es que no le pase nada y que esto acabe cuanto antes y de la mejor manera posible. ¿Alguna duda, todo claro? Ahora solo nos queda esperar —suspira Martos una vez que concluye su intervención, como si le hubiera costado pronunciar cada palabra de sus seis aclaraciones.

—¿Esperar? —pregunta Carmen en voz alta y anota en su libreta.

Esperar, esperar, esperar, escribe.

Contempla Carmen en la pantalla que ha recibido un nuevo correo electrónico. No le sorprende descubrir la identidad del remitente: igtelenovelas@mundonovela.com:

Se acaba el tiempo.

—¿*Se acaba el tiempo*? —escribe en su libreta, y se lo muestra a Karen. Busca Carmen con la mirada la localización de su pistola, a su lado, en el sofá. La agarra y la coloca en la mesa, junto al teclado inalámbrico.

—Preguntadle por Cartagena y por los *admiradores anónimos*, si conoció alguno —les indica a Jaime y Julia. Estos se miran extrañados al escuchar a Carmen.

Eso ya se lo hemos preguntado, piensa Jaime.

—¿Puede contarnos algo más de Osvaldo Cartagena? —pregunta Jaime, tan solo por contentar a Carmen, no por convencimiento.

—Ya les conté lo que tenía que contarles —se limita a responder Martos.

—¿Y de la relación de Cartagena con Elvira...? —trata de preguntar Jaime.

—No creo que tuvieran relación alguna —rotundo, sentencia Juan Martos.

—Pero, esta mañana, nos comentó...

—Ya, pero le he dado vueltas y no, no tuvieron relación —reitera Martos.

No puede ocultar Julia en su mirada una sombra de decepción.

—No sé, por no molestarle más, algo más que considere de importancia —dubitativo, le propone Jaime.

Carmen mira la hora en la pantalla de su móvil, 18.23. Al hacerlo descubre que tiene varias llamadas perdidas, de un número desconocido, con más cifras de las habituales. Comprueba que se trata de una llamada internacional; el prefijo es de Brasil, de Fortaleza en concreto.

—Tal vez sean ustedes ahora los que tendrían que ofrecer las respuestas, ¿no? —cuestiona Juan Martos, al tiempo que golpea la boquilla de un cigarrillo contra el borde de la mesa.

—Vámonos ya —les ordena Carmen guiada por su intuición. Tanto Jaime como Julia no dan crédito a lo que escuchan y contraen sus gestos, incrédulos.

—Pues por nuestra parte... —comienza a decir Jaime.

—Espero que les haya sido de utilidad, yo también espero que... —no concluye la frase Juan Martos, que se pone en pie e invita a los policías a abandonar su casa con un gesto que pretende ser amable.

En el recorrido hasta la puerta de salida, Carmen vuelve a contemplar ese aparador bajo, de tres estructuras, puertas en los extremos, cajoneras en el centro, en diferentes tonalidades de marrón, con tiradores y patas de un bronce envejecido, que tanto le llamó la atención esta mañana, por extraño, por diferente con respecto al resto de la decoración que contempla.

—Gracias por todo —Jaime y Julia le ofrecen sus manos en la despedida.

Sergio Fuentes los espera junto al muelle con cara de pocos amigos.

—Nos vamos —le dice Jaime.

—No os vayáis muy lejos —y concluye Carmen la conexión.

—¿Qué coño dice la pirada? —enfurecida, le pregunta Julia a Jaime a escasos centímetros de distancia.

—Ya lo has oído.

—¿Después de la vergüenza que nos ha hecho pasar, después de eso? Que hace ya mucho que dejé la academia, hostias

—Julia comienza a elevar el tono de su voz y Jaime le exige con un gesto que se calme.

Carmen Puerto busca el aparador de la casa de Juan Martos en el catálogo de *ArTDecó*, la tienda de antigüedades que los padres de Verónica Caspe y Javier Loiza compartieron, y no lo encuentra. Sin embargo, está convencida de saber su procedencia. A continuación, nerviosa, marca el número que tiene entre las llamadas perdidas.

—¿Juan Ramón Caspe? —pregunta a una voz débil y quejosa, apenas perceptible.

—Sí.

—Mi nombre es Carmen Puerto, la inspectora que se está ocupando del asesinato de su hija Verónica —se detiene al escuchar una llantina ahogada al otro lado de la línea telefónica. Deja que los segundos pasen, el llanto se mantiene—. Señor Caspe, sé que lo están pasando muy mal, que su esposa permanece ingresada, pero necesito hablar con usted, es muy urgente —ofrece Carmen su voz más grata, incluso dulce.

—Dígame... —hace por recomponerse el padre de la fallecida.

—Es sobre el negocio de antigüedades que compartieron con su yerno, Javier Loiza, *ArTDecó* ... ¿Adquirieron mobiliario de un hotel de Lisboa llamado *Británico* ? —pregunta Carmen muy nerviosa, sus piernas poseen autonomía propia y bailan bajo la mesa.

—Sí...

—¿Y dónde están ahora esos muebles? —acosada por la ansiedad, le cuesta preguntar a Carmen Puerto.

—Durante años los hemos tenido en un almacén de Barcelona, pero hace unos meses, tres o cuatro, Verónica los vendió a un anticuario de Madrid, muy amigo.

—¿Recuerda el nombre? —a estas alturas, Carmen es incapaz de sujetar el lápiz y se tiene que concentrar en mantener el teléfono pegado a su oído.

—Sí, claro, Jaime Osorio.

—¿No tendría su número?

—Si me da un momento...

—Claro.

Mientras escucha cómo Juan Ramón Caspe manipula en su teléfono, Carmen se muerde las uñas en un gesto por canalizar todos los nervios que escapan de su interior.

—Anote.

—No sabe cuánto se lo agradezco, espero que esto sirva para... —trata de decir.

—Ya nada nos devolverá a Verónica —impone Juan Ramón Caspe su voz.

—Indiscutiblemente, pero por lo menos que pague... —y la conversación concluye repentinamente.

Carmen Puerto accede a la web del anticuario, que no le ha costado trabajo localizar, www.osorioanticuario.es, y tras una rápida visita al catálogo no cree encontrar ninguna de las piezas que aparecen en el vídeo que encontraron en el domicilio de Javier Loiza y que aún no recuerda cómo llegó a su ordenador. A continuación, marca el número de teléfono que le ha facilitado Juan Ramón Caspe.

—Perdone que le moleste de esta manera, pero necesito hablar con usted —le dice tras presentarse.

—No entiendo en qué puedo ayudarle —reacciona un sorprendido Jaime Osorio, que a tenor de su voz debe tratarse de un hombre de avanzada edad.

—Tengo entendido que hace unos meses adquirió un conjunto de muebles del estilo *art déco* a Verónica Caspe, la hija de Juan Ramón Caspe.

—No comprendo el repentino interés por esos muebles, tampoco eran gran cosa. El morbo no está tasado, me parece.

—¿Cómo dice? —no le sorprende a Carmen la respuesta de Osorio pero sí activa su ansiedad, nuevamente.

—Pues que después de varios meses sin que le interesaran a nadie, el pasado miércoles, creo que fue, dos días después de lo del Rey y lo de esta chica, vaya tragedia, vendí todo el lote de golpe, y esta misma tarde nos ha llamado un comprador igualmente interesado.

—¿A quién? —pregunta sin permitir que el anticuario concluya la frase.

—A una chica muy joven y muy guapa, pelirroja, pero por el habla no era española, yo creo que del Este o así, rusa o polaca, que son los que ahora manejan dinero —busca Carmen en la grabación del encuentro con Juan Martos el momento en el que aparece la chica que toma el sol junto a la piscina por si encuentra algún rasgo significativo que el anticuario pueda recordar.

—¿Los labios muy rojos y grandes y la piel muy blanca? — pregunta Carmen, fija en la pantalla.

—Efectivamente —confirma.

—¿Y qué ha hecho con los muebles?

—Se los llevó el mismo día, al rato vino un camión a por ellos. Visto y no visto.

—¿Sabe adónde?

—No.

—¿Y quién le ha llamado esta tarde? —prosigue Carmen.

—No sé, un hombre, quería saber si seguía teniendo los muebles, pero no me ha dicho su nombre.

—¿Acento?

—Español, pero no madrileño —no duda Jaime Osorio.

—¿No tendrá su número grabado?

—Espere.

De nuevo la taquicardia instalada en su corazón, que en realidad no la ha dejado de acompañar en las últimas horas.

—No, número oculto, mala suerte; ya se me había olvidado.

—Una verdadera lástima, aunque, en cualquier caso, no puede imaginar todo lo que me ha ayudado —se sincera Carmen.

—Eso espero.

—Le agradecería que si recuerda algo más, cualquier detalle, por pequeño que sea, por favor llámeme al número que aparece en su pantalla —le pide Carmen en la despedida.

—Descuide.

Una amplia sonrisa decora los labios de Carmen Puerto, a pesar de no haber obtenido el teléfono o cualquier otra identificación de la persona que se ha interesado hoy mismo por los muebles *art déco* que aparecen en el vídeo que encontraron en el domicilio de Javier Loiza.

—La *suite* , la *suite* , la *suite* —eufórica, repite frente a Karen.

Vuelve a ver la grabación encontrada en el domicilio de Javier Loiza, esa habitación de hotel antiguo y elegante, con paredes rojas, la cama con piel de cebra, el cabecero tapizado en terciopelo turquesa y, a continuación, recupera el relato de la experiencia que escribió, oculto bajo el *nick* Y3842 , en la web *ContactFree.com* .

Hace dos meses mi mujer hizo su primer trío. Fue con un matrimonio de la web y me contó que fue una experiencia muy buena, le gustó muchísimo. La verdad es que a mí me gustó escucharla. Me dijo que se lo había pasado mejor de lo que podía imaginar y que todo fue muy sencillo. Aunque mi mujer me dijo que hizo con la chica más de lo que tenía previsto, que no creía que se fuera a soltar tanto, que...

Contemplar de nuevo la grabación y leer otra vez la narración de Loiza propician que Carmen Puerto, inevitablemente, recupere su último encuentro con Alberto. Pero ya no lo recuerda con desconfianza o miedo, su percepción es distinta.

—La *suite* , la *suite* —repite, y rompe el lápiz en dos trozos.

No tendrás que estar mucho tiempo ahí arriba , imagina a Jesús a su lado, sentado en el sofá, como las últimas horas.

En la cocina, mientras el agua se calienta en el microondas, comprueba si la luz de la vitrocerámica se ilumina. Negativo. De vuelta al salón, con la taza de capuchino caliente en la mano, se detiene frente a la sonriente *Karen* de Alex Katz.

—*Un proceso en el tiempo del corazón convierte lo húmedo en seco ...* —le recita a Karen —. ¿Sabes qué te digo? Que ya ha esperado mucho ese hombre —derrocha seguridad Carmen Puerto.

Con un cigarrillo en los labios, accede a la web de *Milanuncios.com* . Pincha en *publicar anuncios* , en la parte superior, a continuación escoge la sección *contactos* , *contactos mujeres* en el subíndice que aparece, selecciona la provincia de *Huelva* , y especifica: *Ayamonte* . Tras rellenar los primeros datos del formulario, escribe el número de teléfono de Gabriel Lozano, adjunta un archivo *jpg*. en el que se muestra una piel de cebra que ha encontrado en una web de decoración, y escribe el siguiente texto en *descripción* :

Soy nueva en la ciudad y busco un amante anónimo con el que pasar las horas. No te

prometo una vida de amor, pero sí te aseguro que en la cama soy como un huracán y te dejaré ojos de tigre. No habrás conocido nunca a una mujer como yo.

No puede evitar sonreír al leer de nuevo el texto, antes de pinchar con el puntero en *siguiente*. *Su mensaje ha sido insertado correctamente*, le informa el sistema.

—Desde luego, como redactora de anuncios de prostitución no tengo futuro, pero ninguno —le comenta a Karen, y por un instante cree Carmen que su sonrisa se ha transformado en carcajada.

Sin levantarse del sofá, acerca la agenda electrónica Palm Tungsten y el Nokia hasta donde se encuentra y empareja los dos puertos infrarrojos. En el menú de la agenda, accede a *Correo*. Comienza a escribir uno nuevo.

Necesito información urgente de Gabriel Lozano en la web de ContactFree.com. Espero respuesta, y lo envía.

No espera respuesta Carmen. De hecho, le extrañaría que la hubiera.

Agarra su pistola por el cañón, comprueba el estado del cargador: lleno. Despliega sobre la pantalla la única fotografía que posee de Gabriel Lozano. Un tipo normal, moreno, con flequillo, cara redondeada.

Enciende un nuevo cigarrillo y comienza a visitar la edición digital de los principales periódicos españoles. El reportaje en el que se aborda la relación entre Juan Martos y Koldo Gaztelu ha sido tuiteado en 3458 ocasiones y cuenta con más de ocho mil «me gusta» de usuarios de Facebook. Pedro Ginés ha escrito varios tuits en las últimas horas, anticipando grandes informaciones en exclusiva que no termina de concretar. Examina Carmen, con más detenimiento, las fotografías de Asunta Basterra que se filtraron ayer a la prensa, encontradas en el ordenador personal de su padre, Alfonso Basterra, tras varios meses de reconstrucción, ya que había borrado más de diez mil imágenes. En ellas se puede ver a la fallecida niña con algunos de los modelos que utilizaba en sus clases de ballet. Con medias blancas, con un corto vestido de lentejuelas, con una especie de corsé. Sorprenden algunos de los atuendos que luce la niña, pero sobre todo le llama la atención a Carmen la posición de sus brazos y la expresión que descubre en sus ojos.

—No es cansancio, es sueño —deduce en voz alta.

»Sotero y Méndez, o *Benito y compañía*, ya puestos... Un buen *hacker* hubiera hecho ese trabajo en menos de una semana, pero claro, es que un buen *hacker* no gana mil setecientos euros al mes, se me olvidaba, que se lo pregunten a mi amigo —le explica a Karen, que parece comprenderla.

Trata Carmen de rellenar la espera que presupone abstrayéndose del caso que la ocupa, pero le es completamente imposible. Sin tener que cerrar los ojos, puede ver esa habitación de hotel, ese dormitorio, la colcha de la cama con sus rayas blancas y negras, el cabecero tapizado de azul, las hojas de acanto, la geometría egipcia de la cómoda y sofá, la alfombra con motivos persas a los pies, en el suelo. Y puede ver los tres vestidos de Luz Márquez, a Lucía Sánchez probándoselos, feliz, gira y gira, a Rocío Altamirano, escribiendo su novela, a Juan Martos, congelando a su mujer muerta, a Osvaldo Cartagena, siguiendo a su musa por un interminable pasillo; y puede ver a Elvira Tapia, sonriente, respondiendo las cartas de los admiradores anónimos, a Verónica Caspe, haciendo el amor con dos hombres, con su ex marido y con Gabriel. La imagen de Gabriel regresa poderosa, acechante, peligrosa; también lo espera en este día de esperas.

- Jaime y Julia contemplan cómo el sol se ahoga en la desembocadura del Guadiana desde el Parador Nacional de Ayamonte, en la zona más elevada de la localidad, frente a Castro Marim, Portugal, en la otra orilla. La imponente imagen no consigue reducir el desconcierto, el enfado que ambos sienten, pero que Jaime esconde en su interior y Julia expresa a cada instante, repitiendo improperios, resoplando, mordiéndose las uñas. Cada pocos minutos recibe Julia un mensaje en su teléfono móvil, que procura responder cuando Jaime no la mira.

—¿Qué coño hacemos aquí? —pregunta por enésima vez Julia.

—Esperar, Julia, esperar —vuelve a responder Jaime.

—¿Porque lo dice la pirada? No tenemos nada, nada, y aquí no hacemos nada, en absoluto.

—Hemos avanzado más de lo que piensas.

—Anda ya, Jaime, anda ya. Estamos aquí porque te lo ha dicho ella; bueno, no te lo ha dicho, te lo ha ordenado.

—También me lo ha dicho *Jefe*, tenlo en cuenta.

—¿Cuándo? —cuestiona Julia.

Jaime no se atreve a confesarle a Julia que, aunque ahora no lo entiendan, aunque ahora carezca de sentido, la mejor opción es confiar en Carmen Puerto. Él lo sabe por propia experiencia, gracias a todos esos años en los que trabajaron juntos, en los que pasaron miles de horas, de situaciones positivas, negativas, nefastas, juntos. Cuando todo parecía indicar que no iban a poder resolver un caso, cuando parecía que todas las pruebas e indicios apuntaban hacia la dirección contraria a la que habían tomado, en el último momento, cuando nadie lo esperaba, en el momento de mayor tensión, al borde del abismo en multitud de ocasiones, como el mago que extrae el conejo de su chistera aparecía Carmen ofreciendo una nueva teoría, un camino, una dirección, una solución, en definitiva.

Esta seguridad, esta confianza en las habilidades de Carmen Puerto choca frontalmente con la situación personal en la que se encuentra inmerso Jaime. Cada día percibe una mayor distancia con su esposa, Sonia. Una distancia similar a la que presiente con su profesión. Durante años no le han importado las horas, la lejanía, incluso la soledad, ha vivido para y por su trabajo, convencido de que estaba desarrollando su verdadera vocación. Ya no es así.

Sonia, llámame cuando puedas, empiezo a preocuparme, deja Jaime en el buzón del teléfono móvil de su esposa. Desde que le anunció que tal vez tendría que pasar la noche fuera no ha vuelto a atender ni una sola de sus llamadas. Con esta última, ya lo ha intentado Jaime en cinco ocasiones.

- Le gustaría a Carmen Puerto subir a la azotea y comprobar, con sus propios ojos, que Jesús se encuentra bien, pero se trata de un riesgo que no está dispuesta a asumir. Convencida de que no tardará en recibir una visita, comienza a ordenar todas las carpetas, fotografías y libros que se extienden sobre el cristal de la mesa. Vuelve a ojear las novelas de Osvaldo Cartagena y Rocío Altamirano. Le habría gustado dedicarles más tiempo, quizá le habrían ofrecido una señal o una evidencia que le habrían facilitado la resolución del caso. Sin embargo, obediente con su intuición, nunca las ha considerado piezas fundamentales en la composición del difuso, complejo y desordenado puzzle de Luz Márquez, a la que ha situado desde un principio en el punto en el que confluyen todos los caminos: el origen y el final.

Comienza a leer Carmen varias páginas, escogidas al azar, de la parte final de la novela de

Rocío Altamirano, *La puerta del corazón* :

Pasaron muchas noches abrazados, amándose en silencio, entregados, escondidos. Construyeron su propio mundo, con sus propias reglas, y colocaron el más esbelto e interminable muro alrededor...

Sonaron a lo lejos las voces familiares que nunca hubieran querido escuchar y que suponían el fin de aquel mágico mundo que habían construido. No querían abandonarlo, presentían que afuera les aguardaba un gélido e infinito invierno, el final de todos sus sueños...

Todos tenemos algo que esconder, esa parte de nuestro ser que ni a nosotros nos gusta. Esa parte que nos aterra, porque libera a esa otra persona en la que somos capaces de transformarnos cuando menos lo esperamos. También somos esa otra persona y debemos acostumbrarnos a convivir con ella, y a aceptarla, aunque no nos guste, ya que también somos nosotros esa otra persona...

En los ojos de Carmen Puerto, las palabras del último fragmento que acaba de leer parecen contar con una tipografía diferente, con un negro más intenso, más llamativo, en relieve. Por un instante Carmen cree que ha sido el fragmento el que la ha buscado a ella, lo que activa un resorte en su interior que la empuja a leerlo una y otra vez.

—¡No puede ser, no puede ser! —reniega en voz alta a la vez que se lía un cigarrillo.

También somos esa otra persona y debemos acostumbrarnos a convivir con ella.

Aunque no nos guste, ya que también somos nosotros esa otra persona.

También somos nosotros esa otra persona.

Esa otra persona.

Repasa toda la información que posee de Rocío Altamirano.

Profesora de Arte en un Instituto de Sevilla. Enviudó ocho meses después de contraer matrimonio, su marido falleció en un accidente de circulación, cerca de Jerez de la Frontera. Recuerda Carmen que este hecho le llamó especialmente la atención por la coincidencia de fechas con la muerte de Ricardo Santillana, la pareja de Luz Márquez que murió en condiciones similares, igualmente en un accidente de tráfico, ocho meses después de iniciar la relación.

Ocho meses, ocho meses los dos, escribe en su libreta de pastas verdes.

—Su cuerpo estaba dentro de la cuba azul, en su garaje, vamos a ver qué nos contaron los *batiblanco*s —se pregunta Carmen mientras busca el informe.

Obvia los párrafos que considera insustanciales, *etiología, tanatobiología, etiología*, etc., hasta leer: *estimación de inmersión en ácido sulfúrico: +48 -60 horas... elevada exposición... en este momento concreto solo podemos afirmar que se trata del cuerpo de una mujer...*

—Bueno, bueno, no nos alarmemos, seguro que el corazón que encontraron junto al Ayuntamiento de Sevilla le pertenecía —toma aire Carmen, necesita convencerse lo antes posible.

Busca en las carpetas que acaba de ordenar el informe que aclare la identidad de la propietaria del corazón encontrado en Sevilla. Aunque segura de haber impreso todos los archivos recibidos, revisa en sus documentos y carpetas, primero, y directamente en los correos electrónicos, a continuación.

—Jaime, ¿no tenemos un informe que confirme la identidad de la propietaria del corazón que encontramos en Sevilla? —le pregunta nada más escuchar su voz.

—Sí, ¿no? —duda Jaime.

—¿Sí o no? ¡Coño!

—Lo compruebo y te llamo —responde Jaime, tras alejarse unos metros de Julia.

—¿Lo compruebo y te llamo?! —grita Carmen sobre la sucesión de pitidos, Jaime ha finalizado la llamada.

Trata de calmarse, muy excitada. Lee que no encontraron nada destacable en el registro que efectuaron en el domicilio de Rocío Altamirano, que tampoco la declaración de sus padres ofreció datos relevantes. Piensa en Jesús, tan cerca y tan lejos al mismo tiempo, necesitaría hablar con él, que le explicara con más detalle el motivo por el que, tanto Gabriel como él, se alejaron de ella.

—¿A qué se debió la ruptura entre Rocío y Gabriel?

Cuando se dispone a buscar más información de Rocío Altamirano en Internet, algún detalle que haya pasado por alto, descubre que ha recibido un correo electrónico de Alberto.

Necesito verte, cuanto antes. Ahora, si puedes.

Le envió el correo hace ocho minutos, a las 20.45 h. La propuesta, lejos de alegrar a Carmen, la inquieta, le genera una desconfianza nueva —que ya creía superada—. Contradiciéndose, nunca hasta ahora lo había hecho por una especie de pacto con ella misma, comienza a buscar en la red la presencia de Alberto. Ni una sola referencia. Copia el texto del anuncio por el que lo conoció, en la sección de contactos de *Milanuncios.com*, y ya no se mantiene en la memoria de la web.

—Coño, qué casualidad que hayan utilizado también *Milanuncios.com* para los falsos anuncios de prostitución, con la de páginas que hay —reflexiona Carmen en voz alta, lamenta no haber tenido en cuenta esta circunstancia hasta este preciso momento.

Compara los anuncios de Rocío, Lucía y Verónica con el que en su día escribió Alberto y, a simple vista, no encuentra similitudes entre ellos; todo apunta a que han sido redactados por personas distintas.

—Aunque eso es fácil —le dice a Karen, que la contempla sonriente desde la altura.

Se conoce Carmen, ya pasó por una situación similar, y no quiere caer en la trampa, no desea volver a sentirse en el centro de su propio huracán. Aun así, retoma la búsqueda de Rocío Altamirano.

—No, no, no, la dirección de Luz Márquez es la correcta, Carmen, es la correcta, no te desvíes —proclama en voz alta, pero, contradiciéndose al mismo tiempo, no puede evitar seguir buscando información sobre Rocío Altamirano.

Referencias a la novela de Rocío, *La puerta del corazón*, algunos puntos de venta, ninguna crítica o reseña, tres comentarios de lectores amigos en sus blogs personales así como el reciente comentario de Idoia Gaztelu. Encuentra que en 2010 Rocío participó en un congreso de narrativa latinoamericana, en Sevilla. Una de las mesas programadas abordaba la narrativa venezolana actual. Le es imposible conocer el nombre de los autores que se trataron o tomaron parte en la cita.

—Eso no quiere decir nada —trata de convencerse, contradiciendo al latido de su corazón, que ha comenzado a cabalgar, desbocado, dentro de su pecho.

Dos páginas más adelante, en un archivo *pdf*. que puede descargarse, descubre que Rocío Altamirano participó, como asistente, en un congreso denominado *Las vanguardias del siglo XX*, celebrado en Alicante en octubre de 2012, y que Javier Loiza formó parte de una de las mesas, con una conferencia sobre la presencia del *art decó* en España.

—Me cago en la puta madre —exclama.

En esa fecha, lee en su libreta, Javier Loiza ya había grabado algunos vídeos de sus encuentros sexuales en esa habitación de paredes rojas y cama cubierta por una colcha de piel de cebra, la «suite».

—¿Y si la conexión es *ContactFree.com*, la *suite*, y no Luz Márquez? —se pregunta, y enciende un cigarrillo que le ha costado liar, muy nerviosa.

Busca imágenes de ese congreso celebrado en Alicante, en octubre de 2012, pero solo encuentra la cartelera diseñada por la Universidad de la ciudad, organizadora del evento. Marca el número de teléfono que aparece en el cartel, consciente de que nadie atenderá su llamada un sábado por la noche. Efectivamente, nadie responde.

En el Facebook de Rocío Altamirano, dentro de sus álbumes de fotos, puede ver una fotografía titulada *Alicante, 2012* a la que no le prestó la menor atención en su momento. En la imagen aparece Rocío Altamirano, sonriente, intuye Carmen felicidad en la expresión de su rostro, ante lo que parece, por sus dimensiones y la cantidad de asientos, un Aula Magna.

—Dime —atiende la llamada de Jaime.

—Tenemos novedades en el caso de Idoia.

—Cuéntame —exige.

—Tras la difusión de su imagen, se ha puesto en contacto con la comisaría de San Sebastián el propietario de un kiosco de prensa para informarnos que el mismo día que desapareció Idoia la vio hablando con una chica que parecía esperarla en el portal de su domicilio —le comunica Jaime a toda velocidad, ante la mirada oblicua de Julia.

—No me digas más: una chica pelirroja, muy alta y con la piel muy pálida, casi blanca —suelta Carmen, eufórica.

—Sí... —le es imposible disimular a Jaime un gesto de satisfacción y complicidad.

—¿Te suena, no?

—¿Tú qué crees?

—Lo doy por hecho —contundente.

—Creo que tenemos que visitar de nuevo a Juan Martos —le anuncia Jaime, y Julia esboza una sonrisa complaciente.

—¡Ni se te ocurra, todavía no! —grita Carmen, tajante.

—¿Cuándo? —no puede creer Jaime lo que escucha.

—Pronto.

—¿Cuánto de pronto? —insiste Jaime. Julia, a su lado, pretende transmitirle una mayor intensidad a sus palabras.

—Muy pronto —y da por concluida Carmen la conversación.

SÁBADO, 7 DE JUNIO DE 2014. 22.29 H.

Jaime y Julia continúan esperando en el Parador Nacional de Ayamonte. De pie, en el mirador, frente a un Guadiana intuido, contagiados de silencio y oscuridad. La noche ha devorado el Atlántico, la desembocadura del río, Castro Marim, en la otra orilla, y el puntiagudo puente que separa España de Portugal. En sus rostros se mantiene intacta la ira que han expulsado. Aunque breve, un par de minutos a lo sumo, ha sido la discusión más cruenta que han mantenido en todos los años que llevan trabajando juntos. Una vez más, Carmen Puerto ha sido la gran protagonista: diferencias irreconciliables sobre su línea de actuación, sobre sus teorías y planteamientos, y, especialmente, aunque Julia no se haya atrevido a expresarlo a viva voz, sobre la influencia que ejerce sobre Jaime.

En el momento de mayor tensión, Sergio Fuentes, el subinspector de la comisaría de Huelva que les acompaña, desoyó las indicaciones de Jaime con respecto a la distancia a la que debía mantenerse, se acercó con el propósito de apaciguar los ánimos, inútilmente. Le duelen a Jaime las palabras de Julia, pero tal vez aún más que Sergio Fuentes las haya escuchado.

- Jesús, en tanto, prosigue dentro del hueco oculto en el arriate de los pascueros, en la azotea. Sus piernas se durmieron dos horas después de adoptar la postura fetal que mantiene, y presiente que pronto le sucederá lo mismo a sus brazos. A pesar del tiempo transcurrido, no se acostumbra al hacinamiento, y en más de una ocasión ha tenido la tentación de ponerse en pie. La angustia ha ido en aumento, escucha pasos y voces a su lado cada minuto, presiente un final trágico. Solo ha conseguido calmarse, mínimamente, la oreja izquierda pegada contra el suelo del diminuto hueco, cuando ha creído escuchar a Carmen Puerto en la planta inferior. La imagina en el sofá, revolviendo las carpetas de la mesa, bebiendo capuchino, fumando sin parar, escribiendo, partiendo lápices, bella y nerviosa, enfadada y segura.

En este tiempo no ha podido apartar ni un solo segundo de su cabeza la imagen de Gabriel, el que fuera su gran amigo, su cómplice, su tiempo, y al que ahora considera como la peor de las amenazas. No solo para él, también para Carmen, especialmente para Carmen. Le es imposible expulsar la sensación de culpa que le invade, no puede perdonarse que le revelara a Gabriel la existencia de Carmen.

—¿No sabes cómo se llama, a qué se dedica, de dónde saca el dinero, nadie la busca? — recuerda Jesús a un Gabriel muy interesado, curioso, que no dudó en formularle numerosas preguntas.

Carmen Puerto, en tanto, ha agrupado y recogido todos los archivos, fotografías, informes y carpetas, los ha ordenado meticulosamente. Sobre el cristal de la mesa solo permanecen su pistola y el cenicero, limpio de colillas después de varios días. Presta atención a una tertulia en torno a la abdicación del Rey Juan Carlos en la que participan los periodistas más habituales de la cadena, *La Sexta*, y el líder de *Podemos*, Pablo Iglesias. Le divierte, a ratos le irrita, la distancia, casi el desprecio, que escenifica Iglesias ante los periodistas que le increpan.

Aprovecha una pausa publicitaria, *Volvemos en 8 minutos*, lee en la parte inferior de la pantalla, para entrar en el baño y tratar de recobrar esa rutina interrumpida en los últimos días por los acontecimientos. A pesar de que apenas se aplicó un colorete esta mañana, se desmaquilla con gel limpiador de *Orlane* y a continuación se extiende, suave y

metódicamente, un tónico facial de *Lancome* . Prosigue el ritual de las cremas nocturnas, que tanto le relaja, con *Advanced Génifique* , masajeo leve, y concluye con *Genifique Repair* , masajeo más intenso, una vez que se ha repasado el contorno de los ojos con una crema de la misma marca.

Una vez que ha concluido, resplandeciente, así cree verse ella, piensa en Alberto, en todas las horas que ha pasado frente a este espejo que ahora la refleja, preparándose para estar a su lado y volver a sentir sus besos y su cuerpo. Sin embargo, en este momento, lejos de excitarla, el recuerdo le provoca un hondo escalofrío que recorre todos los poros de su piel.

Al regresar, descubre que la pantalla del Nokia está iluminada; acaba de recibir un correo electrónico. Como de costumbre, lo abre en la agenda Palm Tungsten, a la que se conecta por el puerto de infrarrojos.

No tengo nada que pueda interesarte , es la respuesta de nodigassuerte@yahoo.es al correo que le envió con anterioridad, solicitando información relativa a la presencia de Gabriel Lozano en la web de contactfree.com.

Sonríe Carmen.

—Ya podéis ir a ver a Juan Martos, imagino que os está esperando. No le digas nada a *Jefe* , ya lo llamaré yo en su momento. Que tampoco lo sepa el comisario de Huelva —le indica a Jaime. Julia sigue la conversación desde la distancia.

—Pero...

—Haz como te digo, Jaime, como te estoy diciendo —firme, segura, muy despacio. Reconoce Jaime a la Carmen, esa Carmen que tanto admira, de los años que pasaron juntos.

—Me la juego de nuevo, espero que...

—No te preocupes y haz lo que te digo.

—Carmen, Carmen.

—Dile a esa que se ponga las gafas, vamos a comprobar cómo funcionan de noche —y finaliza la llamada.

Jaime toma aire, por un segundo permanece en silencio, con la mirada perdida en la oscuridad, como si sus ojos aún pudieran contemplar la deslumbrante imagen del atardecer en la

desembocadura del Guadiana. Es consciente del riesgo, pero en este momento concreto de su vida no le cuesta asumirlo.

—Vamos a ver a Juan Martos —les indica a Julia y a Sergio Fuentes al mismo tiempo.

—¿Ya? —pregunta ella, sorprendida por la repentina urgencia.

—Ya.

—Debo comunicárselo al Comisario.

—Tú no se lo vas a decir a nadie —imperativo, sentencia Jaime—. Y déjame tu móvil durante un rato, si no te importa.

—Inspector, me temo... —trata de zafarse Sergio.

—Por favor —y extiende el brazo para que le entregue su teléfono.

Nada más introducirse en el vehículo, Jaime le pide a Julia que vuelva a colocarse las *Google Glass* y que reinicie la conexión con Carmen.

—No creo que con tan poca luz... —le advierte Julia, desde el asiento trasero. Antes de hacerlo, y al mismo tiempo que Jaime, desenfunda su arma de la riñonera y comprueba que el cargador esté lleno.

En pocos minutos abandonan Ayamonte, así lo indica la leyenda que acaban de rebasar y

toman el camino de tierra. La oscuridad de la noche, la ausencia de iluminación y la nube de polvo que levantan a su paso les obliga a circular muy lentamente, ante el temor a caer en alguno de los numerosos brazos de los caños de agua.

—Estamos —le comunica Jaime a Carmen Puerto unos minutos después.

El vehículo, con las luces apagadas en los últimos metros, se detiene junto a la cancela de hierro de la finca, que para sorpresa de los tres agentes se encuentra abierta de par en par, invitándoles a entrar. Sin rastro de los pastores alemanes y del orondo guarda que esta mañana les recibieron. Descienden del vehículo y recorren a pie el último trayecto, unos cincuenta metros, en dirección a la luz, amarilla y densa, que asoma del portal de la vivienda. Miden cada paso los tres agentes, procurando esquivar posibles obstáculos y hacer el menor ruido. Ya cerca, escuchan con meridiana claridad el susurro del agua, en el estanque en el que se limpian las ostras recolectadas, así como los aleteos de los pájaros en los árboles.

Tal y como había imaginado, la imagen que le ofrecen las *Google Glass* en la oscuridad de la noche es muy deficiente, apenas distingue Carmen unas sombras en la pantalla.

—Jaime, nada de *pipa*, que te conozco. No es necesario — muy segura, advierte Carmen Puerto. Contempla la luz del portal como si se tratara de la llamarada de una chimenea.

—Por si acaso —replica Jaime, y comprueba que su arma reglamentaria se encuentra en el lugar apropiado. También va provisto de una linterna, de acero inoxidable, que se ha ajustado en la parte delantera, cerca del ombligo, entre el cinturón y la camisa.

—¿No se ve nada? —pregunta Julia.

—Apenas —responde Carmen.

Sergio Fuentes camina detrás, a la espera de las indicaciones de Jaime, que nuevamente lo conmina a quedarse en la entrada.

—Controla tú este lado —le ordena Jaime. Con un solo movimiento, que no realiza desde hace meses, libera el arma, retira el pestillo de la funda. Julia lo imita, a continuación.

La puerta del portal también está abierta, el comedor aparece tenuemente iluminado por el efecto de la bombilla de la entrada y por una luz procedente del jardín. Tiene que recurrir Carmen a su memoria para situar dónde se encuentran Jaime y Julia, que prosiguen su camino sin dejar de preguntar, a un volumen moderado, por Juan Martos.

Al acceder a la cocina, a Julia le sorprende descubrir sobre una mesa de mármol blanco un plato con pescado seco, bacaladillas aparentemente, que desprenden un intenso olor a lonja, a pescadería a última hora de la mañana. Alcanza Jaime el jardín en primer lugar, y nada más hacerlo, desde la distancia, grita: *Martos, Juan Martos*.

Al otro lado del patio, una silueta que apenas pueden distinguir, una sombra, responde balanceando los brazos, haciéndose notar.

Envuelta por la luz que escapa de la puerta de metal, junto a la mesa donde estuvieron hablando esta misma mañana, la sombra desaparece.

—¿Es Martos? —pregunta Carmen.

—No lo sé —responde Julia.

—¿Dónde está? —pregunta Carmen, con los ojos oblicuos, trata de descifrar las difusas imágenes que contempla. Impotente, rompe un lápiz en dos pedazos.

—Señor Martos —repite Jaime mientras camina. No ha podido evitar que su voz, quebradiza, desprendiera nerviosismo.

Justo cuando van a llegar a donde se ha colado la misteriosa silueta, en el comienzo de la

luz, la puerta se cierra repentinamente. Jaime, activado por un acto reflejo, desenfunda su arma y la aplasta contra el muslo derecho.

—¡Guárdala! —grita Carmen, que ha podido ver el movimiento gracias al reflejo del metal.

No obedece Jaime y Julia actúa del mismo modo. Avanzan muy lentamente, inseguros, midiendo cada paso, maltratados por el violento latido de sus corazones. Jaime, con un gesto, le indica a Julia que le cubra la retaguardia, que él se encargará de empujar la puerta.

—¡Guardad las pipas ahora mismo, coño! —grita Carmen, fuera de sí.

—Atenta —susurra Jaime, y se muerde los labios.

—¡La vais a cagar, la vais a cagar! —insiste Carmen.

No opone resistencia alguna la puerta cuando el pie derecho de Jaime la empuja. Julia, brazos extendidos, pistola entre las manos, a la altura de la barbilla, es la primera en acceder al recinto. A continuación, de una zancada, cruza Jaime el umbral. Los policías no dudan en bajar sus armas nada más descubrir quién los recibe con las palmas en alto: Idoia Gaztelu. Ataviada con un pantalón vaquero muy desgastado, casi blanco, y una camiseta negra, lisa, de mangas cortas.

—¡Coño, lo sabía, lo sabía! —eufórica, grita Carmen Puerto.

Tras Idoia, escasamente iluminado, como si se tratara de un improvisado plató de televisión con focos de otro tiempo, la misma habitación que aparece en el vídeo encontrado en el domicilio de Javier Oteiza y en la fotografía que Pedro Ginés mostró la noche anterior en *Toda la verdad*, el programa de televisión en el que colabora. La cama cubierta por una llamativa colcha que imita la piel de una cebrá, rematada por un cabecero tapizado de un terciopelo azul turquesa en su parte central y ondulantes formas en los bordes, tallados en madera, que representan hojas de acanto mecidas por el viento. Una cómoda con motivos egipcios a la derecha. A los pies de la cama, muy cerca de donde se encuentra Idoia Gaztelu, una televisión de pantalla plana descansa sobre un pequeño mueble metálico.

—¿Idoia? —desconcertada, estupefacta, pregunta Julia con voz entrecortada, sin poder dar crédito a lo que sus ojos le muestran.

—¿Está bien? —le pregunta Jaime, al tiempo que le agarra un brazo.

—Sí, bien, bien —aturdida todavía, responde.

—¿Y Martos? —pregunta Jaime al tiempo que gira la cabeza, examinando con más detalle la amplia habitación. A la izquierda, entre sombras, se sorprende al descubrir tres congeladores rectangulares, blancos, de grandes dimensiones.

—¿Dónde está Martos? —insiste Julia, que ha seguido con la mirada la de Jaime, hasta fijarla, igualmente, en los congeladores.

—Hace un rato escuché el sonido de una moto de agua o de una embarcación rápida, no sé, y desde entonces no lo he vuelto a ver —responde Idoia.

—¿Y usted cómo ha llegado hasta aquí, quién la ha traído?

—transforma Jaime en preguntas las indicaciones que le formula Carmen Puerto a través del auricular.

—Juan Martos —no duda en responder Idoia.

—¿Cómo lo tiene tan claro? —pregunta Julia.

—No aceptó que le dijera que no a la chica que me envió para convencerme de que viniera hasta aquí, para estar a salvo...

—¿Una chica pelirroja, con aspecto del Este? —repite Jaime la pregunta que le dicta

Carmen por el auricular.

—Sí, esa... Diana, creo que se llama, aunque Juan se refiere a ella como su «sobrina»...

—Mirad los congeladores —pide Carmen Puerto, devorada por la curiosidad.

—¿Qué hay en esos congeladores? —pregunta Jaime, y los señala con la mano derecha.

—No tengo la menor idea, la verdad — responde Idoia, encogida de hombros.

Jaime mira a Julia fijamente, excitado y nervioso al mismo tiempo, antes de comenzar a andar. Le bastan cinco pasos para estar junto al primer congelador.

—Los guantes —frena Julia a Jaime, cuando se dispone a levantar la tapa.

—¡Venga, hostia! —recrimina Carmen, superada por la ansiedad.

Tardan más de lo acostumbrado en ajustarse los guantes, fruto del nerviosismo que ya no logran disimular. Idoia Gaztelu, en pie, desde la distancia, en completo silencio, sigue con la mirada los movimientos de los policías.

—¡Joder, joder, joder! —Carmen se coloca en cuclillas ante la pantalla, a escasos centímetros, como si quisiera colarse en el interior y adelantar el final.

Levanta Jaime la puerta del primer congelador, Julia sigue el movimiento con la mirada, Carmen respira hondo. Un anillo rematado con una enorme piedra verde esmeralda destaca en el blanco nieve que domina el frío espacio. Un anillo similar al que Luz Márquez se besaba, ante los fotógrafos, en la playa de La Concha, tras el estreno del *remake* de Veracruz que protagonizó, y similar al que decora el dedo encontrado, igualmente, en San Sebastián.

—Ahí es donde ha estado el cuerpo de Luz Márquez — deduce Carmen en voz alta.

En el interior del segundo congelador encuentran un ejemplar de *A pesar de todo*, la novela de Osvaldo Cartagena. Tal y como le sucede al anillo, la portada de tonalidades azules y verdes adquiere mayor protagonismo entre tan intensos blancos.

—Falta una hoja —dice Julia, nada más comprobar que no aparece la página en la que debería repetirse el título de la novela y nombre del autor—. La han arrancado —descubre tras un somero examen visual.

—Imagino que habría una dedicatoria —deduce Carmen.

—Lo más seguro, es la página que se suele utilizar —corrobora Julia.

—Por esa lógica, aquí ha estado Osvaldo Cartagena —dice Jaime.

—Eso nos lo tendrán que decir los de científica —Julia, más prudente, prefiere no emitir juicio.

—Todo apunta a eso. Veamos el tercer congelador —solicita Carmen Puerto.

Julia no tarda en levantar la tapa del último congelador. En el fondo, apenas se distingue, abrazado al color imperante, un sobre de un blanco ligeramente más apagado que el de las paredes del enorme electrodoméstico.

—¿Gabriel Lozano? —imposible disimular su extrañeza, se pregunta Jaime.

—¿Elvira? —pregunta Julia.

—Yo no lo tengo tan claro —se limita a responder Carmen, a la vez que rompe un lápiz en dos trozos—. ¡Coged el sobre!

—ordena.

—Vacío —señala Julia.

—¿Ni una palabra? —insiste Carmen Puerto.

—Nada de nada —reitera Julia, con el sobre a un palmo de sus ojos.

—Los *batiblanco*s van a tener trabajo —murmura Jaime.

—Ya te digo —asiente Julia.

—Pues mientras antes los llamemos, mejor —propone Jaime.

—A lo mejor no sirve de nada. Puede que algunos de esos congeladores no hayan cumplido con la función que les habían asignado —reflexiona Carmen en voz alta.

—¿Qué quieres decir? —circunspecto, pregunta Jaime.

—Pues que Gabriel ha acabado en una cuba azul, en Itsasondo...

Idoia Gaztelu camina hasta donde se encuentran los policías. Los mira muy fijamente antes de hablar.

—Juan Martos me pidió que les enseñara algo.

—¿El qué? —pregunta Julia.

—Más sorpresas, no, por favor —exclama Carmen.

—No lo sé —niega Idoia, al mismo tiempo que les muestra un *pendrive USB* de color negro—. Antes de marcharse, Juan me pidió que conectase esto a la televisión y se lo enseñara — explica Idoia.

—Deberíamos esperar a los *batiblanco*s —propone Julia.

—De eso nada —impone Carmen Puerto su voz a la vez que se pone en pie de un salto.

—Vamos a verlo —propone Jaime.

Los policías se sitúan frente a la delgada pantalla, Idoia introduce el *pen* en la ranura correspondiente, en la parte trasera del aparato. Tras accionarlo mediante el mando a distancia, Idoia presiona el botón *source* y selecciona la opción *USB* . El menú de la pantalla indica que se trata de un vídeo, que comienza a reproducir tras pulsar la tecla *ok* . Jaime, Julia e Idoia, *in situ* , Carmen Puerto a través de las sobreiluminadas imágenes que recibe por medio de las *Google Glass* , pueden ver a Luz Márquez con una camiseta blanca de algodón y unos pantalones vaqueros cortos, la melena de color cobre recogida en un moño, leyendo una libreta. A su lado, Osvaldo Cartagena, con gesto de impaciencia, la contempla en completo silencio.

Unos segundos después, sin apartar la mirada de la libreta, Luz Márquez dice, con un acento mucho más marcado que el utilizado en sus apariciones televisivas:

—*Soy la protagonista de un secuestro invisible, que no puedo demostrar, pero tan real como si me tuviera recluida en una celda...*

Osvaldo Cartagena no puede evitar emocionarse al escuchar a la actriz que, repentinamente, deja de leer.

—No me gusta esto, Osvaldo, y no lo voy a hacer —arroja Luz Márquez la libreta y desaparece del plano. Un segundo de un cariacontecido Osvaldo Cartagena, a punto de romper a llorar, antes de que el negro se apodere de la pantalla.

—¿Esto qué coño es? —pregunta Jaime, sorprendido.

—Si no me equivoco —comienza a decir Carmen Puerto, al tiempo que pasa páginas en sus libretas a toda velocidad—, esto pertenece... —alarga deliberadamente la palabra—, a *El amante anónimo* , ¡ya!, aquí lo tengo: *Soy la protagonista de un secuestro invisible, que no puedo demostrar, pero tan real como si me tuviera recluida en una celda* — y repite lo que acaban de escuchar.

—Pero esa telenovela...

—Nunca llegó a grabarse —concluye Carmen Puerto la frase.

—Es el guion que encontramos en el caserío, en Itsasondo.

—Ya, ya —cabecea Julia.

—¿Y esto qué quiere decir? —pregunta Jaime, tras volver a reproducir la grabación desde el principio.

—Todo y nada, todo y nada —repite Carmen con un bolígrafo en la mano.

—Puede que haya una imagen incrustada o algo así...

—trata de decir Julia.

—O nada de nada —sentencia Jaime.

No la enterraré hasta que no entierre al hijo de puta que la ha matado, como un repentino eco, recupera Carmen Puerto mentalmente la sentencia de Juan Martos que reprodujeron varios medios de comunicación venezolanos, tras el descubrimiento del cadáver congelado de su esposa, Luz Márquez.

—Idoia, ¿fue Juan Martos el que grabó su vídeo, verdad? — pregunta Julia, y Carmen cabecea afirmativamente.

—Sí, entre él y su sobrina... —responde.

—¿Cómo la convenció?

—Me dijo que era para protegerme... —se limita a responder la periodista, que no puede disimular el aturdimiento que aún padece.

—¿Y la chica de Barcelona, Verónica Caspe? ¿La conocía? — interroga Jaime a Idoia Gaztelu.

—No, no la conozco de nada —responde Idoia.

—¿Y a Javier Loiza?

—Tampoco.

—Jaime, no insistas, te está diciendo la verdad —advierte Carmen Puerto.

—Pues ya nos contarás tu teoría —solicita Julia.

—A su tiempo —Carmen Puerto da por finalizada la comunicación.

Clickea la pantalla, se pone en pie, siente que varios de sus músculos permanecen engarrotados, como consecuencia de la tensión que ha padecido en los últimos minutos. Le escuecen los labios y las yemas de los dedos, maltratados por sus dientes, que ha sido incapaz de controlar. Mira a Karen, siempre sonriente, comprueba que ha interrumpido la conexión antes de dirigirse a ella.

—¿Cómo lo ves? —le pregunta a Karen, inmóvil a su espalda.

En ese preciso momento, el viejo Nokia 6230 ilumina su pantalla, notificando que acaba de recibir un nuevo correo electrónico. No le sorprende a Carmen. Como supone, se trata de un envío de nodigassuerte@yahoo.es. *Imagino que lo estabas esperando*, lee Carmen en el encabezado del correo, mientras que en el cuerpo solo aparece una frase: *Estamos en paz*. Como documento adjunto, un archivo comprimido, *zip*, que contiene lo que parece ser un vídeo.

—Karen, Karen, me da que esto no va a ser el ensayo de un culebrón ni nada parecido — una sensación gaseosa y eléctrica se expande por el interior de Carmen Puerto mientras descomprime el archivo. Como había supuesto, se trata de una grabación de vídeo.

Vuelve a ver la filmación encontrada en el domicilio de Javier Loiza, esa habitación de hotel antiguo y elegante, con paredes de un rojo cardenalicio, la cama con piel de cebra, el cabecero tapizado en terciopelo turquesa, mesitas y cómodas con hojas de acanto. Una habitación prácticamente idéntica a la que se recrea en la casa de Juan Martos, en Ayamonte.

—¿Y aquí qué va a pasar? —pregunta Carmen en voz alta, mientras contempla el

dormitorio, escasamente iluminado, en un plano estático en el que nadie hace acto de presencia. Pincha la barra inferior del reproductor y le procura mayor velocidad de reproducción a la grabación.

Doce minutos después de haber comenzado la película, aparecen Gabriel Lozano y Javier Loiza, completamente desnudos. De perfil, pasan junto a la cámara y se detienen frente a la cama.

—Nos sentamos allí y esperamos a que ella se caliente — es Javier Loiza el que habla, nervioso, casi tartamudeando, al tiempo que señala hacia un lugar que no recoge el plano.

—Vale —se muestra conforme Gabriel, que exhibe una desnudez blanquecina.

—Nos deberíamos poner ya las máscaras —indica Loiza, a la vez que entrega al acompañante una máscara negra.

No puede ver Carmen cómo se colocan las máscaras, ya que los dos hombres desaparecen del plano.

Unos segundos después, es Osvaldo Cartagena quien hace acto de presencia. Más bajo de lo que Carmen Puerto habría supuesto, solo una máscara negra le cubre la parte inferior del cuello.

—Está a punto de llegar —supuestamente, le comunica Javier Loiza a Osvaldo Cartagena.

—Tú mandas —la voz de Cartagena es muy aguda, casi aniñada.

—Estamos preparados —el nerviosismo permanece intacto en Loiza.

Una mujer, todo hace indicar que se trata de Verónica Caspe, buena parte del rostro oculto tras una máscara negra, completamente desnuda, entra en la habitación. Está a punto de congelar la imagen Carmen Puerto, para examinar con más detalle el cuerpo de la mujer, cuando la grabación concluye.

—Vaya —lamenta Carmen.

Comienza a fumar al mismo tiempo que reproduce nuevamente la grabación que ha recibido en su correo electrónico, así como la descubierta en el domicilio de Javier Loiza. El tatuaje de Verónica junto al ombligo, una mariposa de varios colores, coincide. Repasa los comentarios encontrados en la página web contactfree.com.

—A lo mejor no hace falta ver ni leer nada más... —le dice a Karen.

Contemplar de nuevo la grabación y leer otra vez la narración de Loiza propician que Carmen Puerto, inevitablemente, recupere su último encuentro con Alberto. Pero ya no lo recuerda con desconfianza o miedo, su percepción ha cambiado, es distinta.

—Bueno, bueno, parece que esto llega a su fin. Habrá que llamar a *Jefe* para contárselo, pero, como siempre, vamos a dárselo muy clarito para que no se líe el hombre —le dice a la inmutable Karen.

Comienza Carmen Puerto a escribir frases sueltas, ideas, en su libreta de pastas verdes:

Elvira Tapia finge ser Luz Márquez en las cartas que escribe a Gabriel y Jesús. Osvaldo Cartagena participa en el «juego» de Elvira, le divierte maltratar, puede que asesinar, a supuestos pretendientes de Luz. Osvaldo y Gabriel entablan amistad en Venezuela, tal vez se conocieran con anterioridad, en Portugal o España. Cartagena, gracias a Gabriel, miembro muy activo de la web, conoce a Verónica Caspe y a Javier Loiza en la página de contactos. Participaron en los encuentros de la ‘suite’, que no dejaba de ser el almacén del negocio familiar, reproduciendo la habitación del hotel en Lisboa. ¿Fijación? Con toda probabilidad, alguna de las tres mujeres pretendió denunciar a Gabriel y Cartagena, lo que les obligó a urdir un plan, como si se tratase de la obra de un asesino en serie. Pero al

hacerlo, y también gracias a la información que le «facilitan», Juan Martos descubre que Osvaldo Cartagena, al que considera responsable de la muerte de su mujer, se encuentra en España. Imagino que con la ayuda de algún grupo delictivo, profesionales, localiza a Gabriel y organiza el falso secuestro de Idoia, a la vez que compra el dormitorio de la «suite» a través del anticuario. Sabe Martos que es el reclamo perfecto para atraer hasta él a Cartagena, seguramente haciéndole creer que Gabriel sigue con vida. La desaparición de Martos, así como del cadáver de Osvaldo Cartagena, seguro que es obra de los profesionales a los que ha acudido. También tengo que contarle a *Jefe* que a Lucía Sánchez, con toda probabilidad, la conoció gracias a Rocío Altamirano, que mantenía contacto con fans de la actriz en toda España, y que pueden entenderse como víctimas colaterales. También le tengo que contar lo que ha sucedido con mi Wifi, el asunto de la tienda de antigüedades, las flores en el asilo que Elvira Tapia recibe, y que con toda probabilidad se las enviaba Osvaldo, o puede que fuera Gabriel, o los dos.

Mientras Carmen Puerto sigue escribiendo en su libreta, Juan Martos, junto a su sobrina, asciende el Guadiana —acaban de pasar bajo el puente que une España con Portugal, a la salida de Ayamonte— a bordo de una embarcación de gran cilindrada, similar a las que utilizan los narcotraficantes para trasladar los portes de droga. La pilota un hombre joven, unos treinta años, muy moreno y de facciones atractivas, completamente vestido de negro, y al que Juan Martos se dirige por su apodo: *Chanclitas* .

—Todavía no sé cómo lo haces para no perderte en el laberinto de las marismas —le dice Martos al joven patrón.

—Tú ya sabes que eso es cosa de familia.

—De los punteros.

—De los punteros, no, que no todos los de la Punta conocen las rutas, de los Porta, de mi familia —le rectifica sonriente el llamado *Chanclitas* , que exhibe un acento cantarín.

—Qué buenos ratos he echado yo con el padre de este — se dirige Juan Martos a su «sobrina», sentada justo atrás, junto a un inmenso arcón frigorífico, el rostro cubierto por su rojo pelo, producto de la velocidad—. Si tu padre llega a coger una de estas lanchas, otro gallo habría cantado... —insinúa, y *Chanclitas* no responde, se limita a sonreír.

- Con el lápiz en la mano, repasa Carmen Puerto lo escrito, lo lee en voz alta, pretende que su narración sea lo más certera y clara posible, cuando la pantalla del *Iphone* se ilumina.

—Vaya —suspira desconcertada al descubrir la identidad de quien la llama.

—Abre, estoy abajo —le ordena.

Se piensa Carmen la respuesta unos segundos, tres, cuatro, no llega al quinto.

—Bajo.

Antes de abandonar la vivienda, conecta todas las luces que encuentra a su paso, procurándose una claridad desconocida. Se ajusta la pistola a los riñones y guarda el manajo de llaves en el bolsillo izquierdo del chándal. Le dedica una mirada triste, casi de despedida, a Karen. Baja la escalera muy lentamente, insegura del paso que va a dar. Toma aire mediante un gesto exagerado al tiempo que introduce la llave en la cerradura.

—Entra.

La puerta comienza a abrirse, mostrándole los primeros centímetros de acera, las ruedas de un coche aparcado, el comienzo de un naranjo y, a continuación, el bello y luminoso rostro de Alberto. El Alberto que sueña y espera cada día, el Alberto de siempre.

—Necesitaba verte —le dice, con los ojos más luminosos que Carmen recuerda, y comienzan a besarse, como si la vida les fuera en ello, nada más cerrar la puerta.

Carmen agarra el trasero de Alberto con fuerza, sin dejar de besarlo. Alberto responde con semejante energía, empieza a bajarle los pantalones del chándal.

—Espera, espera —repentinamente Carmen lo aparta, empujándolo con las palmas extendidas de sus manos.

—¿Qué te pasa? —desconcertado.

—Tengo que ir a la azotea.

—¿Ahora?

—Debería desenterrar a un amigo.

—¿A un amigo?

—Sí, pero no es lo que imaginas. Nada de vendas en los ojos. Hoy no quiero jugar.

Pedro Ginés, en tanto, lee el SMS que acaba de recibir en su *smartphone* : *Idoia Gaztelu ha aparecido en Córdoba, cerca de la estación de tren. Aturdida, pero en buen estado.*

Nota del autor

Cuatro años después, me reencuentro con esta novela que parecía condenada al olvido —o al coleccionismo—, primera de las protagonizadas por esa inspectora furibunda y perspicaz llamada Carmen Puerto. Gracias a Almuzara, a Manuel Pimentel y Javier Ortega, más concretamente, también responsables de la edición de *El lenguaje de las mareas* —no me puedo olvidar de Pau Centellas—, *Los amantes anónimos* contará con una vida extra, algo que no es habitual en el mundo editorial. Ante todo, mi más sincero agradecimiento.

Aferrarse a lo fácil, en cualquier ámbito de la vida, también en la literatura, no es síntoma de inteligencia. Todo lo contrario. Lo fácil, lo simple, todo aquello que no nos supone esfuerzo, no lo tomamos en serio. Y el que te concedan una vida extra, aunque sea literaria, es un asunto muy serio. Cuando esto sucede, hay que aprovecharlo.

No es la misma novela que, accidental y brevemente, vio la luz a finales de 2016. Sigo sin dar con la palabra adecuada que mejor defina esta vida extra de *Los amantes anónimos*, ya que no es una reimpresión, tampoco una reedición, como no es, exactamente, una nueva versión. Tiene mucho de la edición original, pero también ha cambiado mucho con respecto a ésta. Sigo sin encontrar esa palabra justa.

Chapa y pintura, volver a corregir, ajustar más la trama. Reforma integral, tanto de la cimentación como de la fachada. Sacar brillo. Engarzar y conectar. Pulir, corregir y volver a corregir. Limpiar tuberías. Reforzar la estructura, sanar, recuperar.

Acabada la tarea, expectante y algo —bastante— nervioso, le envié la novela a Carmen Puerto. Imagino que preparó un capuchino —bien caliente— y lió, al menos, una docena de cigarrillos para acompañar la lectura. Unas horas después, ya había acabado con todas mis uñas, la respuesta que me envió al correo electrónico me tranquilizó: ahora sí.

SALVADOR GUTIÉRREZ SOLÍS

Agradecimientos

Sin las lecturas y observaciones de Carmen y Pau y la paciencia y los consejos de Manolo (G.R.), esta novela no habría sido posible. Tampoco sin la existencia de Jesús, al otro lado de la ventana. Mi más sincero agradecimiento.

Table of Contents

Lunes, 2 de junio de 2014.	7.48 h.
Lunes, 2 de junio de 2014.	9:00 h.
Lunes, 2 de junio de 2014.	10 h.
Lunes, 2 de junio de 2014.	12.45 h.
Lunes, 2 de junio de 2014.	17.34 h.
Martes, 3 de junio de 2014.	1 h.
Martes, 3 de junio de 2014.	13.50 h.
Martes, 3 de junio de 2014.	23 h.
Miércoles, 4 de junio de 2014.	8.15 h.
Miércoles, 4 de junio de 2014.	15 h.
Jueves, 5 de junio de 2014.	8 h.
Jueves, 5 de junio de 2014,	20 h.
Viernes, 6 de junio de 2014.	8 h.
Viernes, 6 de junio de 2014.	10.35 h.
Viernes, 6 de junio de 2014.	15.12 h.
Viernes, 6 de junio de 2014.	18.55 h.
Sábado, 7 de junio de 2014.	0.07 h.
Sábado, 7 de junio de 2014.	4 h.
Sábado, 7 de junio de 2014.	10.29 h.
7 de junio de 2014, sábado.	13.36 h.
Sábado, 7 de junio de 2014.	22.29 h.
Nota del autor	
Agradecimientos	